DAVID PERSEGVIDO Y ALIVIO DE LASTIMADOS.

HISTORIA SAGRADA PARAPHRASEADA con exemplos, y varias Historias humanas, y diuinas.

Añadida por su Autor en esta quinta edicion.

CONSAGRASE

Al Rey de los Reyes, Christo Señor nuestro, por el Doctor D. Christoual Loçano, Comissario de la Santa Cruzada, del Partido de Hellin, Procurador Fiscal de la Reuerenda Camara Apostolica, y Capellan de su Magestad en su Real Capilla de los Señores Reyes nueuos de la Santa Iglesia de Toledo.





Con Priuilegio: *En Madrid en la Imprenta Real. Año de 1668.*

Se vende en casa de Francisco Seruano de Figueroa, Familiar, y Notario del Santo Oficio, y Mercader de Libros, en la calle mayor.



AL REY DE LOS REYES, CHRISTO Señor nuestro.



EN Todo tiempo, Señor, conozco que os fuera agradable obsequio consagraros, y ofreceros este libro por el objeto de la obra, que es Dauid, ascendiente, y Padre vuestro, en quanto à humano; Rey à quien aesde el aprisco señalasteis para el Cetro, y disteis la embestidura; Rey cortado à medida vuestra, y hecho à vuestro gusto; Rey à quien las persecuciones, trabajos, afanes, lides, le rotularon de Grande; Rey que al modo de Cesar, de dia con la espada, y con la pluma de noche exercitaua las fuerças, y el ingenio, lo soldado, y lo deuoto de dia auassallando enemigos, de noche cantando Psalmos; Rey en fin à quien con ser vos Dios le llama el Euangelio Padre vuestro (liber generationis Iesu Christi, Filij Dauid) *que es quanto puede dezirse Por esta parte, pues, no ay duda, si que os agradara siẽpre mi obsequioso empleo, pero por lo q̃ tiene de comento mio el describrir sus hazañas, el delinear sus hechos, el comentar sus trabajos, me pareciera soberuia llegar con estos escritos à plantas tan Reales, y Diuinas, como las vuestras, menos que auiendolos dado primero à la censura de todos los entendidos, y aun de los que poco entienden: porque obras que se os consagran, es bien que lleuen apoyo de doctos, y de ignorantes. Vienao, pues, q̃ mi Dauid ha corrido ya en tres impresiones, no solo las academias de las dos Castillas (à cuyo politico lenguage cedeu oy todas las lenguas, acciones, y derechos) sino las demas de España; y atrauesando mares, ha llegado à las Francias, à Italia, y à las Indias, y en todas partes ha sido bien recibido; por esta causa, pues, me ha parecido acierto en modo de accion de gracias (pues à vos, Señor, se os deuen todas) consagraroste humilde en esta quinta edicion,*

pues aunque es corta la obra, ya lleua por lo menos de grandeza la aprobacion general de mil Prouincias, de mil Ingenios, de mil Vniuersidades, confiança que me disculpa bastantemente lo atreuido, y que me ahorra en esta ocasion de aquella arenga comun, que à otros Principes se dize, de q̃ con su padrinazgo, con su proteccion, ò con su sombra no avrà emulo que ladre, porque si ya va censurado de todos, y es vn Rey, y Dios quien le apadrina, seguro, y libre està de emulaciones. Recibidle, pues, Señor, en vuestra gracia, y dadmele à mi, para que mejor os sirua.

Suma

Suma del priuilegio.

TIene priuilegio de su Mageſtad el Doctor Chriſtoual Lozano, Comiſſario de la Santa Cruzada, y Promotor Fiſcal de la Camara Apoſtolica, por diez años, para imprimir el libro intitulado: *Dauid perſeguido, y aliuio de laſtimados*. Como mas largamente conſta de ſu original, deſpachado en el oficio de Don Diego de Cañizares, y Arteaga, à 22. de Março de 1652.

FEE DE ERRATAS.

ESte libro intitulado: *Aliuio de laſtimados, Dauid perſeguido*, correſponde con el que antes eſtaua impreſſo, que le ſirue de original. Madrid 20. de Setiembre de 1664.

Lic. D. Carlos Murcia de la Llana.

Suma de la Taſſa.

TAſſaron los Señores del Real Conſejo cada pliego deſte libro, *Aliuio de laſtimados, y Dauid perſeguido*, à quatro marauedis, como mas largamente conſta de ſu original, deſpachado en el oficio de D. Diego de Cañizares, Eſcriuano de Camara de ſu Mageſtad. Dada en Madrid à 29. de Mayo de 1653.

Aprobacion del Reuerendissimo P. M. Fr. Diego Nisseno, tres vezes Prouincial de la Prouincia de Castilla, Orden del Gran Basilio, facilmente Principe de los Monges, y Proto-Patriarca de las Religiones, &c.

EL Libro intitulado: *Aliuio de lastimados, y Dauid perseguido*, cuyo Autor es el Doctor Christoual Lozano, Procurador, y Promotor Fiscal de la Reuerenda Camara Apostolica, y Comissario de la Santa Cruzada en la villa de Hellin, y su partido, que V.S. me mande censurar: he leido con sumo gusto, y consuelo mio, donde se hallaràn muchos documentos Christianos, y politicos dictamenes, escritos, y exornados con mucho aseo, ordenados, y dispuestos con tan retorico aliño, que me parece estar delineadas en esta estudiosa tarea, y judicioso desvelo, las ideas todas de aquel incomparable varon, y critico Monarca de la erudicion, Iusto Lipsio, que con tan discreta disposicion, y auisada serie hizo aquel tan armonioso maridage de los auisos, y exemplos, si bien lo laconico de aquel peregrino sujeto, se hallàra aqui difundido con elegancia, por las dilatadas campañas de la cloquencia, fabricando el Autor, como argumentosa aveja, artificiosos panales de miel para recrearse el Lector libando sus dulçuras, y de cera para aprouecharse, copiando sus luzes. Con lo qual ha cumplido exactissimamente con el deseo del Venusmo lyrico, haziendo aquel primoroso temperamento de confederar lo dulce con lo vtil, arribando de esta suerte a lo supremo de la cumbre del hablar, y emenencia del escriuir. Por lo qual juzgo, que deue V.S. hazer fauor, y merced al Autor, dandole la licencia que pide para estampar, esta dulce, y prouechosa fatiga, porque si es: *Aliuio de lastimados*, todos necessiten de:

Iust. Lip. in monit. & exē.

Horar. in Arte.

de sus doctos, y prudentes consejos, pues en el siglo que corre, corren tanto las lastimas, que no ay a quien no alcancen, y comprehendan, y porque en todo el libro no ay proposicion que se oponga al recto sentir de nuestra Catolica Fè, nial modesto proceder de las Christianas costumbres. Este es mi parecer. En el Gran Basilio de Madrid, Diziembre 19. de. 1651.

Fr. Diego Nisseno.

Licen.

LICENCIA.

NOS Don Rodrigo de Mandiaa, y Parga, electo Obispo de Siria, y Vicario de esta Villa de Madrid y su Partido, &c. Por la presente, y por lo que à Nos cace, damos licencia, para que se pueda imprimir, è imprima el libro intitulado: *Aliuio de lastimados, y Dauid perseguido*, compuesto por el Doctor Christoual Lozano, Procurador Fiscal de la Camara Apostolica, y Comissario de la Santa Cruzada en la Villa de Hellin, y su Partido, atento le hemos visto, y no ay en èl cosa contra nuestra Santa Fè Catolica, y buenas costumbres. Dada en Madrid à 20. de Diziembre de 1651. años.

D. Rodrigo de Mandiaa y Parga.

Por su mandado.
Manuel Lopez.

Aprobacion, y censura, por orden del Consejo Supremo, y Real de Castilla, del R. P. Fr Diego Fortuna, Lector de Theologia Moral en San Francisco de Madrid.

OBediente al mandato de V. A. vi este libro intitulado: *Aliuio de lastimados, y Dauid perseguido*, y hallo, que no solo por lo generico de ser obra de misericordia, se le deue, casi como de justicia, la aprobacion, sino aun por lo especifico de ser acertada en consolar al triste, merece toda atencion, pues en el salir à luz es prudente, por ser en tiẽpo, q̃ si biẽ nos podemos consolar, no vnos con otros, mas no vnos à otros, por ser los males co-

comunes, y tambiē por la villania del sentir humano, que con ver repartidos los males se consuela, y con ver los bienes en otros se lastima; y assi no es poco acierto el aliuiar a los que son pesados a si mismos, y aun dicha en el compassiuo que los sabe consolar, q̄ assi interpreta vn moderno graue: aquel *Ipsi consolabuntur*, que dixo Christo N.S. de los q̄ lloran sus culpas: ellos sabrosamente consolarān a otros, porque aquel *Consolabuntur*, es verbo deponēte, y dize voz actiua, y finalmente, aunque esta obra es diminucion de cargados, mas no carga de aliuios, pues ya abrē las ganas con su curioso assumpto al triste: para que se dexe remediar, pues la aprehension del deseo, es no admitir aliuio por primer passo de su dolencia. Infunde tambien esta obra, para que perſigamos a nuestras persecuciones, y reboluamos con valor contra ellas el talion de auernos embestido; que esso dize Dauid perseguido, a fuer de Españoles, que nacen desde la cuna ahogando serpientes, y que vltimamente la alegria de la buena conciencia, el obrar conforme a la ley de Dios, es el infalible aliuio q̄ nos defiende contra los pesares mayores, y assi dentro de si tiene con que mas eficazmente aliuiarse: *Pruebe cada vno su obra con que dictamen recto procedió, que assi, ni su gloria, ni consuelo dependerá* (dezia San Pablo) *de otro*. Y assi no sentirá carestia desto, pues para de veras aliuiar a otro, ha de tomar el compassiuo los males agenos por propios, y deste modo ay poco vso en el mundo, como dize S. Gregorio, y esto es lo especial desta obra.

P. Ant. Perez Laurea Salmāt. certamine 9. cap. 8.

S. Pablo ad Gal. 5. c. 8. S. Gregor. lib. 20. moral. c. 16.

Por lo individual de ser doctrina sana certifico, que se puede leer sin sospecha, ni contra nuestra Santa Fè, ni buenas costumbres, ni Regalias de su Magestad (que Dios guarde) y assi lo firmo en San Francisco de Madrid en 3. de Febrero de 1652.

Fr. Diego Fortana.

PRO-

PROLOGO.

LEctor mio, la gana cõ que veo que lees, y repassas mis escritos, pues son ya cinco impressiones las que desta primera parte de Dauid se han dado à la estampa, esso me obliga, y me ocasiona à que con mas veras prosiga en mis trabajos. Las persecuciones de Dios hõbre, Hijo de Dauid, fue el vltimo tomo que puse en tus manos, y remiti à tu censura. La segunda parte, que estoy acabando aprisa, saldrà à luz antes de passar el año, en la qual te ofrezco desvelos, y discursos peregrinos, exemplos famosos, y historias sazonadas, que no solo te entretengan, y diuiertan, sino que te obliguen à deuocion, y ternura, à dulces desengaños, y à vtiles escarmientos, que este es el fin, y pretexto de mis obras. No dexes de ver este libro quando salga, que à buen seguro te sea gustoso empleo. Dios te guarde.

TA-

TABLA DE LOS CAPITVLOS, Y materias de este libro.

Cap. 1. *De la mocedad de Dauid, y como fue vngido por Rey.* Fol. 5.

Cap. 2. *De como Dauid fue lleuado à la Corte por musico de Saul.* 13.

Cap. 3. *De la vitoria de Dauid contra el Gigante* 20.

Cap. 4. *De la priuança de Dauid.* 30.

Cap. 5. *De la caida de Dauid de la gracia de el Rey*, 43. *y exemplos de priuados que cayeron en desgracia.*

Cap. 6. *De la astucia de la Infanta Michol*, 94. *y similes de mugeres valerosas.* 88.

Cap. 7. *De la experiencia del Principe Ionatàs para saber la intencion del Rey para con Dauid*, 114. *Y exemplos de los amigos.* 124.

Cap. 8. *De lo que le passò à Dauid con el Sacerdote Achimelech, y con el Rey Achis*, 136. *Y exemplos de los que acabaron mal por vsurpar los bienes de los Templos*, 144.

Cap. 9. *De como Dauid se hizo Principe de fugitiuos, y se fue à valer del Rey Moab*, 158. *Y exemplos de los que de nacimiento humilde llegaron à ser Principes temidos, y respetados*, 166. *Y similes de Principes perseguidos*, 189.

Cap. 10. *De como supo Dauid las muertes de sus padres, y de los Sacerdotes*, 260. *Y exemplos de los que pusieron manos en los Ministros de Dios.* 269.

Cap. 11. *De como Dauid se huyò de Zeilan à los desiertos de Ziph, y el aprieto en que se viò por sus traiciones*, 292. *Y exemplos de la traicion.* 307.

Cap. 12. *De la piedad de Dauid con su enemigo Saul*, 356. *Y similes de perdonar enemigos.* 366.

Cap. 13. *De lo que le passò à Dauid con Nabal Carmelo, y con*

con la prudente Abigail,374. Y ſiviles, y exemplos de mugeres prudentes, y de lo mucho que valen,396. De mugeres poco atentas, y de la afrenta que cauſan, 414. Del poder de la aficion, y de lo mucho que vence, 454.

ALI

ALIVIO DE LASTIMADOS.

DAVID PERSEGVIDO.

INTRODVCCION AL PRINcipal objeto desta obra, al Pastor Dauid, à quien sus heroicas virtudes le vistieron la purpura, y le dieron la Corona.

LA virtud esclarecida, siempre se hizo lugar entre las Magestades mas altas, sin que la amedrentassen riesgos de la emulacion, ni la escureciessen peligros de la osadia: que el animo valiente, que a luzes de la razon se acomoda a cosas grandes, en lo dificultoso afila el brio para el corage, y en lo mas opuesto abre camino para el vencimiento. El valor osado es quien se puso siempre la corona, que el heredado laurel nunca adquirió triunfo sin merecerle primero a fuerça de batallas. Nobleza que se hereda, es cosa muy honrosa, mas la que se gana a fuerças propias, es

la mayor nobleza, demàs, que no ay honor, no ay lustre, no ay soberania, que si miramos a su nacimiento, no dimanasse de vnos principios humildes, de vna igual esfera, de vna masa misma se derramaron por el mundo los mortales, potencias, y sentidos tuuieron en igual agrado; pero de tal manera creció en vnos la altiuez, reynó en otros la floxedad, de tal suerte estos se dieron al ocio, y aquellos al trabajo: estos al vicio, y aquellos a la virtud, que en clases diuididos, para poder cõseruarse, fue necessario, que se hizieran los vnos Reyes de los otros; al que descollaua mas en esfuerço, y valentia, le dauan la Corona, y con esta golosina, el que queria ser mas, emprendia grandes hechos, y a poder de hazañas, se apoderaua de el mando. Vnos se hazian respetar por fuerça, y esto suele ser tirania: otros de grado eran obedecidos.

De estas cabeças, pues, de estos inclitos varones, se origina la nobleza, toman principio los linages ilustres. Mas que hará al caso venir de noble linage, nacer declara prosapia, si se degenera de aquel valor heredado, y si se estraga con vicios aquella virtud adquirida? No tendrà mas lugar quien de humilde nacimiento se dedicare al trabajo, se hiziere a la virtud, se arriesgare a los peligros? No tendria mas gloria quien començare a ser noble por su esfuerço mismo? Quien se ganare el laurel a alientos de su braço? No ha de negarse empero, que serà mas respetado el heredado ardimiento, que con nueuos brios procura mantenerse en la herencia ilustre de sus claros progenitores. Siempre el pueblo, para elegir cabeça, se acomodó a lo grande, siempre cedió la Corona a lo mas heroico, a virtud dimanada de nobles procederes. Que poco importa nacer de Magestades, si por si propio no se grangea el Principe el agrado de los electores, para que le llamen Rey. Las Coronas que se heredan,

aun

aun vàn con esta cortapisa. Los mayores imperios, aun de Barbaros, no han admitido nunca estas herencias. Quantos hijos de Reyes, aun mereciendola, se quedaron sin la Corona, y vieron con Magestad a los que fueron vassallos de sus padres? Quantos Principes, o por desgraciarse en sus obligaciones, ò por desgraciarlos su fortuna misma, se miraron despojados de la Alteza, que les vinculo su sangre? Quantos pereceando en el valor, se afeminaron con la esclauitud, y sin atender a miramientos de la honra, trocaron la equidad en tirania? Y quantos por el contrario arrinconados al mundo, oluidados de todos, y apenas conocidos, començaron à despertar en las cenizas de el oluido, llamas ardientes de su noble Estirpe? Y se vinieron a vestir la purpura, que a otros por mal mirados se la quitò el Cielo? Luego bien se infiere de todo lo supuesto, que es solo verdadero Principe aquel a quien la virtud corona, a quien sus merecimientos mismos ensalçan, a quien su orgullo engrandece, a quien su valor sublima; a quien no amedrentan riesgos, a quien los trabajos prueban, a quien por mas que le brumen, no le vencen los afanes? A estos tales dà el Cielo la embestidura, apropia el laurel, ofrece el cetro. Animese, pues, todo coraçon a vadear trabajos, sufra valeroso reueses de la fortuna, que quando sea tan infeliz, que no alcance la pretensa, y muera en la demanda, podrà morir consolado de auer emprendido hazañas de hombres insignes, de auer muerto en batalla, que consumiò a Reyes grandes. Siruan de consuelo agenas lides, para no desmayar en la liza de vn trabajo, de vna opresion, de vn infortunio, de vna aduersidad, de vna desdicha, que aunque mirar tragedias parece que desmaya, para lleuar las propias, mucho alienta. Sirua, pues, de farol en la obscura tempestad de vnas desdichas, sirua de Capitan en la batalla cruel de vnos ahogos: y sirua de guia en la cerrada maleza de vnas

En Espaẽa todo el tiempo que reynaró los Godos, no se permitiò se heredasse la Corona. En Alemania nunca se hereda el Imperio.

perſecuciones, vn Principe de Iſrael, vn Campion de las nueue que aclamò la fama, vn eſcogido de Dios para la Corona, que ſi ſupo ganarla, y merecerla, ſeràn prueba de ſus hazañas, dando principio a ſu Hiſtoria.



CAPITVLO PRIMERO.

De la mocedad de Dauid, y como por orden de el cielo fue vngido Rey de Israel.

DAuid, Hijo de Isaì, ò de Iesè, que otros llaman, Cauallero honrado de la ciudad de Bethlen, cuya clara estirpe, aunque embuelta en el rustico sayal, y aunque entre arados, y trillos procreada, traìa su origẽ de los mas grãdes varones, de los Patriarcas mas ilustres, que conociò Palestina, famosa alcuña de la Tribu de Iuda, noble descendencia de la casa de Booz, aquel en cuyo coraçon grande se hizieron lugar las piedades de la espigadera Ruth. Dauid, pues, digo, hijo de este padre noble, y el menor entre ocho hijos, zagal bizarro, y q̃ aun sin apuntarle el bozo, descollaua a cosas grandes, hermoso de rostro, de miembros bien formido, alto de cuerpo, galan talle, faz serena, ojos apacibles, rubio el cabello, algo crespo, dotado de muchas habilidades, adornado de mil graçias, y con todas estas partes; dignas de mas alto puesto, era guarda de ganado en los montes de Bethlen, era el pastorcillo del rebaño de su padre. Como al mas desechado de los hijos, le arrojaron al campo: que allà sus hermanos mayores, a fuer de soldados, queridos, y estimados eran, sus galas arrastrauan, y tràs las Reales vanderas, ganauan honrado sueldo. Solo de Dauid se hazia poco caso, que siempre los vltimos al nacer, hallan poco en que agradar.

Ex lib. 1 Re. c. 16 Texto, y Glossa. En el lib. 1. Paral. c. 2. señoran solos siete hijos cõ Dauid, y es, que aqui se cuenta tambien por hijo Ionarás hijo de Sama, y nieto de Isai, à quien el abuelo auia adoptado, y se criaua cõ los demàs; y assi señoran todos ocho hijos.

Con el afecto, cõ el gusto, con la hazienda, cõ todo cargan los mayorazgos, mas poco importa, que las leyes hu-

manas deshereden, si ay para el desheredado superiores llamamientos. Lo que la virtud vincula, suele ser patrimonio de los mas humildes.

No estaua, no, Dauid quexoso con su suerte, ni descontento cõ el cayado, y pellico, antes juzgaua estado dichoso, el que le acomodauan infeliz, porque como con su agrado, con su habilidad, se hazia querer. Estimauanle en tanto todos los pastores, que èl entre todos parecia el Reyezuelo. Era de ingenio agudo, de animo osado de coraçon valiente, y como de ordinario los pastores, gente rustica, y bozal, suelẽ parecer de partes semejantes, arrastrauales Dauid a su dulce imperio. Era el arbitro de las diferensiones, el Iris de los disgustos, el montante de la paz. Diose a la musica, para diuertir los ratos, que le dexaua ocioso su cuidado, saliendo tan diestro en tocar vn harpa, que qual otro Orfeo suspendia a los bruros al eco de sus acentos. Hazia versos tambien con lindo aire, cantaualos al harpa con dulce melodia, con que auia su poco de farao en los apriscos. Su esfuerço, y valentia era de suerte, q̃ hecho rayo de las fieras, al estallar el cañamo le huìan, y la que pereceaua en la carrera, por mas codiciota al robo, ò por mas descollada en la osadia, solia hallar la muerte entre sus braços. Estas gracias, y estas locanias, le ibã ya grãgeando emulaciones, pension notable de que no se escapa la virtud mas heroica.

Parecer de los Hebreos en la Glossa.

Habitaua aquellos campos a tiempos diferentes vn familiar de el Rey Saul, Doech por nombre, Idumeo de nacion, hombre al parecer, que seruia de vedel de sus ganados, siendo como Rauadan de los demàs pastores, que en aquel siglo tamb en los Reyes tenian sus hatos, y labranças, y no fiauan todo su sustẽto del sudor de los vassallos. Algunos quieren q̃ Doech no sea pastor, sino como Confesor, y de los mas validos de Saul, y para fundar este parecer, dàn interpretacion al nombre de aquel Idumeo, llamado

dolos Iuezes. Quitan tambien aquella palabra, donde dize la Escritura, que apacentaua las mulas de Saul. Colligen esto de lo que dize el Texto en otra parte, que Doech assistia al Rey, y era de los primeros de su casa, lo qual se verificò aun en la batalla infeliz de Gelboe, donde hasta el vltimo trance le acõpañò solo, y en la desastrada muerte le fue compañero. Mas salua la autoridad de los que assi lo tienten, me afirmo en lo literal de la Escritura, que Doech era el poderoso de los pastores del Rey, y el q̃ cuidaua de sus mulas, y camellos, y bien pudo ser, que ya en aquella Era fuesse titulo honroso el de Cauallerizo mayor, y que Doech ascendiesse a este oficio, y al valimiẽto, por adulador, y entremetido, cosa que se haze mucho lugar en los Palacios de los Principes. El fue quien por cõplacer a Saul, le diò noticia, como el Sacerdote Achimelech auia sustentando a Dauid, quando iba huyendo, y dadole la espada del Gigante. Y èl fue el sacrilego, que mãchò sus manos en la sangre de los Sacerdotes, quando aun los Archeros, y demàs ministros, rehuyerõ la maldad. Y assi, segun estos seruicios, bien pudo ser que de pastor que era de ganados, subiesse a mayor priuãça. Vno, y otro pudo ser. Vamos a nuestro intento.

Nicolao de Lyra, y los Hebreos en la Gloss. 1. Reg. 21.

1. Reg. c. 31. Los Rabinos.

A la fama de el zagal, a oir sus habilidades, acudia el tal Doech algunas vezes, donde coronado de los demàs pastores, le hallaua tocando la harpa, suspendiendolos a todos con musicas alegres. Quien duda, que de ver echarle tantas bendiciones, y q̃ las montañesas le coronauan de guirnaldas, no començaria la embidia a abrasar a Doech el pecho, despertando incendios en su coraçon dañado? Quien duda, que, no querria el Idumeo para si los aplausos, viendose pastor Real, y considerando a Dauid pastor humilde? Nadie quiere ver con medras al que es su igual; verlas en el inferior, engendra odios. Emulo, pues, de Dauid, dissimulaua Doech propios enojos, y descaua

ocasion para vengarlos. Quisiera quitar aquel padrastro de alli, para que darse solo dueño de los montes, y señor de las voluntades, como si las ausencias de lo que es bien quisto, huuieran de acarrear afectos a lo que no se estima. Del modo que lo traçò, veremoslo en su lugar. Doblemos esta hoja en tanto que referimos la mayor dicha, que pudo darle a Dauid su buena suerte. Quando mas descuidado de altiuezes, quando mas entretenido en su cabaña, le llega a Dauid vn propio de parte de su padre, en que le auisa, que pospuesta toda dilacion, todo cuidado, todo inconueniente, toda escusa se parta al punto a Belen, donde en su casa le espera vn Profeta de Dios, que quiere verle. Poco le alterò a Dauid la nouedad, que a quien tiene grande el pecho, no le ahogan cosas grandes. Obedeciò al mandato, dexando encargado su ganado al cuydado de algunos compañeros. Partiòse a la ciudad, llegò a su casa, a cuyas puertas saliò su anciano padre a recibirle, bañando sus blancas canas con lagrimas de gozo. Su madre por otra parte alboroçada, le recibiò en sus braços. Los siete hermanos algo desabridos, le dieron la bien venida, que como auian sido reprobados para la Corona, y juzgauan ya a Dauid por mas dichoso, no bastaua la sangre de la hermandad a disimular las embidias de su dicha. Començaron a asearle de vestido lo mejor que se pudo, haziendole relacion, como el Profeta Samuel por monicion diuina, y a escusas de Saul, auia venido a su casa, no menos que a vngir por Rey a vno de sus hijos, y que auiendole puesto en su presencia el mayorazgo, y despues de èl a otros seis hermanos, no auia hecho eleccion de ninguno de los siete, por cuya causa auia pedido Samuel, que si quedaua algun otro, no escusassen el traerle, y que assi le auian llamado por condescender al gusto de el Profeta, y por ver si era el merecedor de dicha tanta. Si esso es assi, dixo Dauid, y

a esso

a esso me aueis llamado, ya estoy aqui, padres muy obediente, si bien no hallo meritos en mi para tal grandeza, y aunque escusara mi humildad andar en pruebas semejantes, me obliga el respecto a esta sugeto a la suerte.

Abraços repetidos dieron a Dauid sus padres, viendole tan humilde, al passo que obediente. Tomòle por la mano Isaì, y entrole al retrete donde Samuel esperaua, que apenas le viò en su presencia, quando oyò, que hablãdole Dios al alma, le dixo, que aquel era el electo, que se leuantasse de su silla, y con toda reuerẽcia le vngiesse por Rey. Alboroçado se leuantò el Profeta de ver tãbiẽ empleada su venida, porq̃ las muestras del zagal hermoso, su compostura, su modestia, su Magestad, su talante, bien se mostrauan merecedoras de la purpura, q̃ la hermosura del cuerpo, casi siempre es pinta de la grandeza del alma. Tomò, pues, para hazer la ceremonia, el vaso que lleuaua cõ azeyte, y puesto en pie, y estando Dauid postrado de rodillas, le vngiò sobre la cabeça, cuya vncion causò al punto tal efecto, que el Espiritu de Dios quedo del apoderado, la fortaleza diuina se infundiò en su pecho, nueua valentia cobrò el alma, el coraçon nueuo aliento. San Geronimo dize, que fue el don de profecia el que se infundiò en Dauid en este instante, de donde añaden otros, que en la misma ocasion compuso en metros dulces el Psalmo veinte y seis. Todo pudo ser, que no auia de andar Dios escaso con quien auia labrado a medida de su gusto. Los hermanos de Dauid se hallaron presentes a esta solemnidad en medio de ellos, dize el Texto, que fue Dauid vngido, cosa por cierto digna de reparo, y que descubre campo para pensar muchas cosas. Por lo menos fue echar gran pension de embidia sobre la Corona, porque puede auer duda, que Heliab, que era el mayor, y el mas esguido, dexaria de estar con mucho sen-

Surge, & vnge eum ea. 16. 1. Reg.

D. Hier. in Ioss. fa.

Dominus illuminatio mea, &c. Psal. 26.

miento, ya de Samuel, ya de su suerte, de verse reprobado? Los otros seis hermanos, si quiera por lo mayores dexarian de estàr con la misma quexa? Pues para que delante dellos se haze esta eleccion? Para que en presencia suya se le dà a Dauid la embestidura? Si esta coronacion, si este Reynado no ha de salir a luz, hasta que Saul muera: si el leuantar los pendones, y aquello de Viua el Rey, al son de las trompetas, se queda reseruado a tiempo mas oportuno, porq̃ no se zela todo, hasta entonces, a hermanos descontentos, è indignados? No les basta su pesar de verse poco dichosos, sino que a sus ojos mismos les han de nombrar por Rey a vn rapaz, que no estimauan? En fin, assi lo dispuso el Cielo, quizà para q̃ viessen premiada vna humildad abatida, y respetassen Principe, a quien menospreciauan pastor; ò quizà para que fuessen testigos de caso semejante; que no se tacharian sospechosos, siendo hermanos agrauiados; sino es que ya fuesse para que tambien Dauid, sin quebrantar los terminos de su modestia, tuuiesse algũ alboroço de verse Rey cõ vassallos; pues poco importa el ser Rey, sino ay nadie q̃ lo sepa. Y aunq̃ es verdad, que nacen las emulaciones de auer quien sepa vna dicha, y que quizàs por esto se recrecierõ a Dauid persecuciones tantas; con todo vale mas que sepan los embidiosos, que es Rey a quien persiguen, que no, que sin perseguirle, no le tengan como à Rey.

Acabada la ceremonia, y vngido ya Dauid, despues de auer comido, lo que en ocasion semejante en casa de vn honrado Ciudadado pudo preuenir la solicitud; despidiòse Samuel para su Ciudad de Ramatha, y Dauid se partiò al monte a cuydar de sus ouejas; que aunque verse con señales de Principe, pudiera auerle mudado el animo a exercicios mas honrosos, no le dexò su modestia faltar a su obligacion. Con tan buen semblante se partiò al aprisco, como vino a la Corona. La Magestad

de

de que se embistiò el animo, no quiso que humeasse a desvanecimientos; que esso fuera ya querer ser Rey antes de tener vassallos, y bastaua q̃ lo fuesse, sin dar voluntad de serlo. Con el jubilo, y gozo q̃ sus padres quedarian, no ay para q̃ referirlo, quando ello se dà a entẽder. La dicha fue estremada, y assi merecedora de todas alegrias. Partiò, pues, Dauid al mõte, y por lleuar que cantar algo de nueuo, compuso por el camino vna cancion diuina de pensamientos profundos, de sentencias mas que humanas. A recibirle salen los pastores; con muchas norabuenas celebran su venida; todo es gozo en la cabaña, todo fiestas en el prado. Solo Doech, por mucho que disimula, no puede encubrir su pena, que como està embidioso, los mayores regozijos son flechas en su pecho. Por pagar Dauid con algo a deudas tantas, viendo que su musica era a todos alegria, tomò la harpa, y al compàs de sus bien templadas cuerdas, canto de esta suerte.

Dominus illuminatio mea, & salus mea, quem timebo? Psalm. 26.

Psal. 26. Texto, y Glossa.

SI es el Señor mi luz, mi Norte, y guia,
Si es Dios la salud mia,
Si èl pulsa mis alientos:
Si el alma siente ya sus valimientos;
A quien tendrè temores
De quantos llama el mundo vencedores?
Y à quien, quando lleguemos a los braços,
No dexarè en campaña hecho pedaços?

Si es Dios mi valedor, si es quien me ampara,
Por mas que me acometan cara à cara
Esquadrones de enemigos,

Haziendolos testigos
De mi valor, esfuerço, y osadia,
Haré, que amedrentados a porfia
Caygan vnos con otros lastimados,
De muerte heridos, de salud postrados.

Y si acaso valientes,
Al son del parche agauillaren gentes,
Y con campo formado
Procuraren tenerme bien sitiado,
Haziendo correrias,
Para experimentar las fuerças mias,
Puesta en Dios mi esperança,
No temeré reñir a espada, y lança.

Versos à este modo cantaua Dauid, en que mostraua bien la nueua fortaleza que Dios le auia infundido, q̃ porque no pareciesse jactancia solamente de palabras, la probò con experiencias, y fue el caso, que quãdo mas descuidados los pastores y embeuidos en la musica, baxò secreto del monte vn Leon hambriente, acometiò al ganado, hizo en los corderos presa, y contentos cõ el robo, boluia las espaldas, a tiempo que açotadas las ouejas, huyendo por los oteros en gauillas, dauan bastante auiso del fracaso. Acuden los pastores, vnos con hondas, y otros con los perros, hazeles cara el Leon, y temen todos. Doech echa brauatas, y huye el cuerpo el que mas se adelanta, và con miedo. Solo Dauid, dexãdo la harpa, sigue al Leon, desapoderadamente. La fiera, dad si le conocia de otras vezes, no le aguarda: En fin huye, y èl la sigue. Dale alcance, y con denodado brio le echa mano a la guedeja, y le saca el cordero de la boca, que aunque estropeado, buelue con tiernos balidos a buscar su madre. Brama afrentado el Leon, y esgrimiendo las nauajas de sus vñas, quie-

re emplear en Dauid todo el corage: mas poco le aprueche, porque Dauid mañoso, tanto le aprieta en sus braços, que le haze rẽdir en ellos los vltimos alientos. Todos miraua la brega, mas nadie daua ayuda, que aunque todos quieren a Dauid, temen arriesgar las vidas, y aunq̃ aplaudian su esfuerço, culpauan ya el arrojo. Pero serenose en fin la tempestad de los miedos, quando en rato breue vierõ palpitando al Leon, y a Dauid triunfante. Aplausos hizieron a la vitoria: lauro bien merecido, que aunque solia Dauid quitar la presa a los osos, hazer huir los Leones: no empero como agora les quita la vida con el robo, esta hazaña, y otras muchas, hizo Dauid en los montes de Belen; ensayos todos de mayores valentias, y de mas grãdes vitorias.

CAPITVLO SEGVNDO.

De como Dauid fue lleuado a la Corte à ser musico del Rey.

EN desgracia de Dios (que gran desdicha!) auia caido Saul por su ambicion, y soberuia, y de agradable, que algun tiempo fue a sus ojos, era al presente muy aborrecible. El mismo que le vngiò por Rey, fue a notificarle la caida. Sentencia rigurosa para vn poderoso, darle a entender, que passaua su corona a otra cabeça. Viendose, pues, despedido de la gracia, y que no auian bastado ruegos para ser oìdo, dio rienda a la melancolia, y dexòse lleuar de el sentimiento, y sobre tanta pena, dio el espiritu maligno en afligirle; males eslabonados vnos de otros, para seruir a vn alma de cadena. Creciò la enfermedad, y creciò la dolencia de tal suerte, que puso en cuidado al Palacio, a la Cor-

Texto, y Glossa. Ex. c. 15 1. Reg.

re

te a todo el Reyno. Procuraron hazer remedios muchos, y todos venian a ser vanos remedios, que a llagas semejantes, aprouechan poco humanas medicinas. Mas en fin, despues de algunas consultas, resoluieron los medicos, en que el aliuio mejor era la musica, porque al passo que suspende los sentidos, suele hazer pausa el tormento. No es mala esta question en la Teologia, y entre Fisicos tambiẽ, mas pues no es de nuestro intento, no ay para que apurarla, basta saber que se començò a hazer inquisicion de los mejores musicos; y yo juzgo, que algunos no deuieron de agradar al Rey, y que deuiò de maltratarlos con el frenesi de la dolencia, segun la malicia q̃ se viò en Doech en proponer a Dauid. Hallauase Saul aquexado de su furia, atormentado mucho de aquel mal espiritu, y dixoles a sus siernos, a sus Grandes, a sus mas llegados, que le buscassen vn musico, que supiesse cantar bien; que diessen buelta a su Reyno, sin perdonar diligencia, y sin reparar en gastos. Entonces Doech, que tambien en esta ocasion se halla-

Los Hebreos en la Glossa

ua en Palacio (que las noticias de estàr el Rey tan enfermo, le auian traido) toma esta ocasion por el cabello, para vengar la embidia que Dauid le daua; hizo este discurso en su maluado pecho. El Rey està en lemoniado, es dolencia q̃ atropella a la razon, èl se enfurece mas con quien mas quiere templarle; tira contra la pared a quien quiere diuertirle. El zagalejo Dauid es grande harpista, tieneme muy afrentado con sus bizarrias, pues cõ que traça mejor pudo vengarme, que con hazer que venga a tocar delante el Rey? Pues tal vez, por mucho que le agrade, le arrebatara vna furia, y con su misma harpa le darà la muerte? Con esto, dando muestras de que le hago fauor, vengarè todas mis rabias. Auiendo, pues, maquinado estas malicias, llegòse Doech al Rey, y fingiendo pena mucha de su maldad, y deseo grande de hallarle algun aliuio, le dixo desta suerte.

Rey,

Rey, y señor mio, aunque minimo criado de vuestra casa, juzgo, que avrà pocos, que deseen mas vuestra salud. Bien conocido teneis mi afecto, mis seruicios os lo dizen. Poderoso quisiera ser, para lançar de vuestro coraçon el cruel accidente que os aflige; mas pues esto no està en manos de los hõbres, y solo llegan las fuerças à procurar remedios, à preuenir aliuios, no perdonarè el trabajo en hazer diligencia, de vn buen musico teneis deseo; este os puedo proponer por vnico en el arte, tan diestro en tocar vn harpa que es emulacion de los que mejor lo entiendẽ; su voz tan sonora, que es pasmo a los que le escuchan, zagal dotado de muchas gracias, aunque muchacho, valiente; aunque de pocos años, entendido, muy prudente en las palabras, muy gracioso en sus donayres, tiene en fin vn espiritu de Dios, que es quãto pudo dezir. Dauid es este zagal, natural de Belen, hijo de vn noble ciudadano, llamado Isai. Traele su padre en el monte, pastoreando vn poco de ganado, que como tiene otros hijos, y este es el menor de todos, no lo juzgan por afrenta el darle a estos exercicios. Mãdad, pues, que os le traigan, que el solo podrà desempeñarme deste informe que os he hecho. *Et Dominus est cum eo.*

Apenas oyò Saul las palabras de Doech, que si bien verdaderas, llenauan en su intencion disimulado el engaño, quando por medio de sus mensageros despachò a Isai, pidiendole con todo afecto, que le embiasse a Dauid, porque informado de sus habilidades, juzgaua auia de ser el remedio de su pena. No entendiò (claro està) que avria llegado a Saul el rumor de estàr ya Dauid vngido por Rey de su Corona, que a entenderlo, no le llamara a la Corte, ni le traxera a Palacio; antes ya desde aqui començara a perseguirle, y a buscarle la vida; pero a juyzios de el Cielo, quien bastarà apearlos? Doech piensa, que trae a Dauid al suplicio, y no viene sino a ensayarse en ceremonias de Principe, en aparatos de Rey. Saul ima-

gi-

gina que viene a su casa vn sieruo, vn zagal, vn pastorcillo, y no viene sino vn señor inmediato a su laurel, sucessor de su Corona. Nadie procure hazer mal a quien esta inocente: nadie desprecie al que viere mas humilde, que donde la maldad procura agrauios, halla premios la inocencia, y lo que desprecia el poder, engrandece la humildad.

Oyò, pues, Isai la embaxada de el Rey, y como padre cō fin, loco de gozo, preuiene el viage de Dauid con toda diligencia, pensando quizà, que pues auia sido vngido por Samuel, ya el cielo disponia, que le llamasse Saul, para adoptarle por Principe, deuiendo pensar primero, que no se alcāça vn laurel, sino es a fuerça de afanes, de trabajos, de fatigas tales, como las que le estauan aparejadas al dichoso Iouen. Mandòle venir del campo, coronòle su dicha, vistiòle a lo cortesano, y porque no se fuesse con las manos vacias, como dizen, a vn Rey, de quien se esperauan mercedes conocidas, adereçòle vn presente de la cosecha de su casa, que aunque para estos tiempos fuera escaseza suma en aquellos siglos, qualquiera muestra de afectos se estimaua, como cosa grande. Demàs, que para quien professaua ser vn pastor humilde, no era agassajo poco vna carga de presente, pan floreado, buen vino, y vn cabrito mantecoso. Con esto se partiò Dauid a la Corte. Diòle el Rey audiencia, y pagado sumamente de su compostura, de su gracia, y de su destreza, le diò tanta cabida en su pecho, que començò a declararle por el mayor priuado de su gusto. Con ver a Dauid delante, sintiò la dolencia aliuios: confortòse el coraçō, disminuyòse el achaque. El espiritu maligno que le aquexaua, diò en desapoderarse al son de la harpa. A trueque de no escuchar la musica diuina, tomo por partido suspender el tormēto, y ausentarse de Saul, que como el instrumento era simbolo de cosas mas misteriosas, no podia el demonio mirar,

aun

aun en figura la repreſentacion de ſu tormento. Dexaua, pues, de atormentar al Rey por algun tiempo, pero todas las vezes que boluia era expelido con el miſmo remedio. En poniendo Dauid la mano en las cuerdas, no aguardaua el demonio a oir los acentos. Mal ſe le logrò a Doech ſu traza, mal ſu embidia, pues quando entendiò que el demonio acabara con Dauid, viò que Dauid acabò con el demonio.

Harpa de Dauid, era figura de la Cruz de Chriſto.

Conocida Saul ſu mejoria, viendoſe libre de tan penoſa dolencia, y conociendo, que era Dauid vnico remedio a mal tan graue, determinò tenerſele conſigo, y premiarle en algun cargo, hizole ſu page de armas, oficio muy honroſo, y eſcriuiòle a ſu padre, como era ſu voluntad, y importaua a ſu ſalud, que ſe quedaſſe Dauid en ſu Palacio, que lo tuuieſſe a bien, y conſideraſſe, que las gracias de ſu hijo auian robado la gracia de ſus ojos, que era ya ſu page, ſu valido, y con quien deſechaua peſadumbres. A medida de ſu penſamiento le vino a Iſai eſta nueua, pues lo iba mirando todo premiſſas de vn Reynado. No es marauilla, que auiendole viſto vngido, ſoſpechaſſe en el hijo paſſo de corona cada eſcalon de priuança. La laſtima es, que no le permitiò la fortuna ver cumplidos ſus deſeos, por quitarle la vida vn Rey fementido, como verèmos adelante, penſion eſtraña de la naturaleza, dar tan aguados los guſtos, y rematar vn placer con mucho azibar.

El Rey de Moab hizo quitar la vida a ſu padre de Dauid.

Ya tenemos a Dauid en Palacio, trocado en gala el pellico, y en eſpada el cayado, eſtimado de el Rey, querido, y regalado. Reſta aueriguar aora, qual ſea la cauſa, que luego inmediatamente nos refiere la Sagrada Hiſtoria a Dauid en el monte como eſtaua antes. Si acabamos de dexarle en la Corte metido ya a Cortesano, rozando ſedas, y arraſtrando galas, como tan preſto le han traſpaſſado al apriſco, cargado de vn zurron, y

embuelto entre pieles toscas? Que ha causado en tato breue vna mudança tan grande. Y si es, que entre vno, y otro, segun san Agustin, passaron algunos años; pues en esta ocasion, aun no tenia pelo de barba, y quando fue a los Reales le desemejaua el bozo, que causa pudo auer para echarle Saul de su Palacio, y boluerle a su padre desayrado? Y si la huuo, porque se passa en silencio? con tanta facilidad se han de mudar los Reyes? Tan presto cae el valimiento? Assi rueda la priuança? Dezir que fueron causas las guerras, que le sobreuinieron a Saul de los Filisteos, y que por no exponer a Dauid a trances peligrosos, le boluiò a su padre; no se compadece, quando por su valëtia le auia hecho su paje de lança, y segun esto, antes le auia de lleuar a su lado.

Dezir, que auria cessado ya la dolencia, y que por no auerle menester, le despedia: tãpoco se ajusta, supuesto q̃ a tiempos boluia el demonio a repetir sus iras, y assi qual vnico remedio, no auia de dexarle nunca. Demàs, que quando le huuiera despedido por alguna de estas causas, porque auia de boluer Dauid tãpoco medrado, y porque su padre auia de andar cõ èl tan grossero, que auia de boluerle al monte al rustico exercicio? Y assi, salua toda correcciõ, juzgo, que fueron chismes, y embidias los que desterraron a Dauid de la Corte, los que le malquistaron con el Rey, y los que le desazonarõ con su padre. El fundamẽto es este. No dexamos dicho, que Doech embidioso, propuso a Dauid por musico excelente, para aliuiar a Saul, y que esta proposicion era cautelosa, pues tiraua con el fauor a que Dauid padeciesse entre las furias del Rey? No vimos como saliò frustrado su dañado intento? Y que cayò Dauid tan en gracia de Saul, que su musica sola, fue baitãte a dexarle sin passiones? Que le premio por ello? Que le tuuo mucho amor? Que no quiso q̃ se fuesse? Luego auer precedido esto, y despachar despues a Dauid tan a la sorda,

da, bien dà a entender, que fueron chismes, mẽtiras, y testimonios los que ocasionaron el desayre. Discurramos en ello, y digamos lo que pudo ser.

Como viò Doech, que su traça le auia salido tan contraria de su gusto, y que a quien pensò traer al cuchillo, le auia traido a mayor valimiento, abrasado mas de embidia, discurriò a nueuas venganças, y como en los Palacios suelẽ ser chismes, y lisonjas lo que de ordinario priua, haziendo de ellos laços, para Dauid assechanças. Quien duda, que a fama de la musica poderosa, quanto dulce, no andaria inquieto de placer todo Palacio? Reyna, damas, y doncellas, no andarian bullicioſas por escuchar a Dauid? Ay Magestad, ni decoro, que pueda contenerse en tales lances? Las Infantas tambien no se entretendrian gustosas? No se dize, que Michol, como verèmos despues, amaua mucho a Dauid? Y que a èl no le parecia mal la Infanta? Iuntèmos, pues, todo esto, y verèmos si ay materia harta para que vn chismoso atize, para que vn emulo siembre su cizaña, Dauid mancebo, galan, bien hablado, muy corrès, gracioso en todo, vna Infanta cariñosa, siempre a la vida, damas siempre a los encuentros, musicas a cada passo, por mas sencillez que huuiesse, avria causa para que vn maldiciente murmurasse. Y si Doech se valiò de este camino, y fue con chismes al Rey, y mas estando ya bueno de su achaque, no ay que inquirir otra causa de boluerse Dauid a Belẽ, y de alli al apriſco. La embidia que le truxo a Palacio, pudo desterrarle al monte, y quien fue poderoso para hazerle subir al valimiẽto, podria mejor ayudarle a la caida. Por esto quizà con algun achaque le boluieron a su padre con tanta presteza; y el padre desabrido, por ver desvanecida su esperãça, y deshechos los humos, con que ya le parecia, que el hijo ascendia al Reyno, le boluiò al ganado, para que esperasse alli mejor fortuna, pues fue de alli, donde començò su dicha. Tan presto

como este trueca la suerte los dados, con tanta facilidad passan las humanas glorias: Oy subir, mañana caer. Dios os libre de priuanças, y mas con poderosos. Aora começamos, que adelãte veremos mayores caìdas, exemplos notables para tomar escarmiẽtos. Dauid boluiò a su cabaña, nada pesaroso de dexar la Corte, q̃ como tenia a Dios tan de su parte, en qualquier lugar se hallaua siempre gustoso; y esto de boluer a su centro, por mas humilde que sea, nunca desagrada a nadie. Dexemosle, pues, con sus ouejas, mientras que venga a buscarle otra fortuna.

CAPITVLO TERCERO.

De la celebre vitoria, que alcançò Dauid con la muerte del Gigante.

2. Reg. c. 17. Texto, y Glossa.

POR todos modos atormenta la fortuna a quien và en desgracia. En diziendo, muera, muera, se ponen en arma todas las desdichas, y cada qual quiere hazer suerte en quien mira que anda de caida. No le bastaua a Saul verse sentẽciado a perdida del Reyno, possedido a cada instante de vn demonio, lastimado con mil melancolias, sino que para mas afligirle, boluieron los Filisteos a las armas con tan grueso exercito, que llenaron de pauor a todo Israel, y pusieron en confusiõ los Reynos comarcanos. Como General venia vn bastardo, hijo de vn Gigante, y de vna muger Gethea, de tan disforme altura, que parecia vn monte de carne en campo armado. Entraronse, pues, por las tierras de Saul, y sentarõ los Reales jũto a la Ciudad de Azeca de los Cananeos. Cogieron las cumbres de vnos montes, sitio ventajoso para la batalla, que cubiertos de pauellones, y tiendas, formauan vna po-

Ita Interlin.

populosa ciudad. No se descuidò Saul, viendo el peligro, que le amenazaua. Iuntò todas sus gentes, haziendo muchas leuas de soldados de todos los pueblos, que para mas animarlos se hizo General de todos, que la presencia de el Rey, y mas en apreturas, a los suyos infunde valentia, y a los contrarios temor. Saliò, pues, a buscar al enemigo, o a resistirle por lo menos. Pusosele a la vista en otras fronteras cumbres, de modo, que entre el vn campo, y el otro, mediaua el famoso valle del Terebinto, arbol, cuyo sudor es precioso aroma. Rehusaua cada qual dar la batalla, porque de baxar al valle a acometer, se mejoraua el partido del contrario, pues de lo alto podia facilmente rebatir el orgullo, y hazer muertes a su saluo. Estauase todos quedos por este respeto, mas Goliat entonces (que este era el nombre del Gigante espurio) fiado de sus grandes fuerças, saliò a desafiar cuerpo a cuerpo a los Capitanes de Saul. Baxò al valle, armado de todas armas. Llegòse a los Reales poco a poco, y estando en parte donde pudieran oirle, dixo a grandes vozes desta suerte.

Aguardando hemos estado vuestra determinacion, soldados Israelitas, cara a cara qual valientes, se ha procurado rechazar vuestro orgullo, y amaynar vuestra osadia, no como cobardes hemos buelto las espaldas, ni dado muestras de flaqueza alguna. Y assi si venisteis a pelear, que hazeis suspensos? Si estais arrepentidos, y el miedo os tiene atados, porque no dexais las armas? Y si a fuer de criados de Saul os gloriais valientes, y quereis concluir este debate a poca costa, elegid vosotros el que os pareciere, y haziendo campo conmigo, si ay algun osado que se atreua, darèmos glorioso fin a la batalla. Si yo quedare vencido, os quedarèmos esclauos quantos cubre esta campaña Filisteos. Pero si mi destreza sujetare a mi contrario, aueis de quedar por siernos de nosotros. Ea, buen partido es este, para la cobardia, con que os mi-

no, salga el mas esforçado, que aqui espero: baxe el mejor Campion, que aqui le aguardo.

Con este reto desafiò el Gigante, no vna vez, sino muchas, causando tanto temor en los Reales de Saul, que hizo tenerse a raya a los mas atreuidos. La mayor valentia se quedò como asombrada: los mejores soldados se hizieron al miedo: nadie quiso arriesgarse al desafio, arriesgandose todos al vltrage. Corrido se hallaua el Rey, al passo que medroso de ver entre tantos Capitanes, no huuiesse quien le desempeñasse de vna afrenta. Enojo por vna parte, miedo por otra, por otra sentimiento, le obligaron a ofrecer partidos, y vētajosos premios, a qualquier soldado, que admitiesse aquella lid. Hizo echar vn vando por todo el exercito, porque nadie lo ignorasse, en que demàs de las riquezas q̄ se ofrecia, empeñaua su palabra, de dar por muger vna de sus hijas, a quien venciesse al Filisteo. En este estado andauan las cosas de la guerra, quando acaso el padre de Dauid, con cuidado de sus hijos, los tres mayores, que seguian a Saul, le llamò del monte, dōde, como a los principios, cuydaua del ganado. Y es de aduertir, que aunque supone el Texto Sagrado, que el ir los hermanos de Dauid, siruiendo al Rey en esta guerra, fue la causa el boluerse èl de la Corte a la cabaña: no por esto se ha de entender, que el boluerse fue al tiempo de la guerra, sino que auia ya mucho tiempo, que auia salido de Palacio, porque no se podia verificar de otra suerte lo que dize el Texto, al fin del mismo capitulo, que no conociò Saul a Dauid, y se informò por menudo quien era. Y dà la causa S. Agustin deste conocimiento, auerle crecido a Dauid la barba desde que estuuo en la Corte: y assi, este rumbo hemos de lleuar, para no apartarnos del parecer de vn Doctor tan grāde como Agustino, a cuya agudeza todo ingenio rinde parias.

Tribus igitur maioribus secutis Saulē: abijt Dauid, reuersus est a Saul, vt pasceret gregem patris sui in Bethleē.

Llamò, pues, Isai a Dauid, y rogolo, que fuesse al exer-

cito

cito a visitar a sus hermanos, lleuandoles algun socorro de comida, con que agassajarlos, que a soldados en cãpaña, y mas con la apretura en q̃ se hallauan entonces, nunca les sobra el sustẽto, faltarles es ordinario. Era muy pũdonoroso el viejo, y deseaua saber del modo que sus hijos se portauan en la guerra, debaxo de que estandarte se alistauan; y con que porte de gente hazian compañia. Como se miraua ilustre, no queria degenerassen sus hijos en accion ninguna, sino que en todo caso tuuiessen puesto de nobles. Este cuidado, pues, le aquexaua, este deseo le traìa inquieto, que vn padre en quien ay nobleza, mas q̃ de la propia vida, cuida de los aumẽtos de su sangre. Llegò Dauid al exercito, quando andauan los miedos mas validos, por ocasion del Gigante. Todo el campo hallò confuso, a todos los soldados afrentados, y corridos. Facil le fue saber la causa, oyendo los retos con que continuaua Goliat a publicar su arrogancia. Arrebatòse tanto de la honra, y del zelo de la Religion, que assi zeloso, començò a arder en deseos de vengar tales oprobrios. Preguntò a vnos soldados, que què paga daria el Rey, a quien cortasse la cabeça a aquel espurio? Y fuele respondido, q̃ a vna de las Infantas ofrecia por esposa, demàs de otras mercedes, y q̃ assi auia mandado pregonarlo en los Reales, pero que no auia hombre que arrostrasse a la empressa. Pues quien es este bastardo (dixo Dauid) que con tanta osadia se atreue a menospreciar los exercitos de Dios? Quien es este incircunciso, para atreuimientos tales? Vn Filisteo vil ha de prevalecer contra la justicia, ni el cielo ha de dar lugar se vaya sin castigo? O quien tuuiera licencia para entrar en la lid, y admitir el combate! O quien fuera dichoso de hazer tan justa vengança!

Entendiò esta platica Eliab, hermano mayor de Dauid, y conociendo el designio del valiente jouen, y que eran principios estos para gozar la purpura, que le tenia

guardada su fuerte desde que le vngiò Samuel, abrasado grandemente de rencor, y embidia, se airò contra èl, diziendole estas palabras desabridas, y injuriosas: Rapaz, quien te mete a tu en materias, y razones de estado? A que veniste al exercito a vender valentias? No te valiera mas estarte allì entre el ganado, cuidando de aquellas pocas ouejas, pues essa es tu profession, que no venir a blasonar donde ay soldados? Piensas, que no entiendo tu soberuia, y que ignoro los humos de tu arrogancia? Piensas que no sè que estas desvanecido desde aquella eleccion que de ti hizieron? Y que con color de visitarnos baxaste a mirar la guerra? Dexa, pues, esse desvanecimiẽto, y bueluete al monte: Trata de tu zurron, y tu cayado, y dexa cauallerias.

No falta quien quiera escusar a Eliab, y diga, que esta aspereza q̃ mostrò a Dauid, lo hazia por su prouecho, y para disuadirle de el deseo que mostraua al desafio, temiendo que le matasse el Gigante. Bien pudo ser le mouiesse esta intencion, que al fin era Dauid su hermano, y merecedor de todo afecto; mas lo comun es, que era mas embidia que amor quien le mouia, antes q̃ zelo, le pulsaua el odio. Sufriò Dauid con paciencia estos oprobrios, amansando la colera de el hermano con respuesta humilde, que fue dezir: Hermano mio, que he hecho para indignarte tanto? Esto ha sido mas que hablar sin perjuizio? Y sin hablar otra cosa, ni aguardar razones, se quitò de la presencia de Eliab: que es prudencia suma, para no aumentar enojos, boluer las espaldas a qualquiera indignacion. En lances, que de vna palabra en otra puede venirse a las manos, huir de la ocasion es la mayor valentia. No hizo tan poco ruido el caso, q̃ dexasse de llegar a oidos del Rey. De boca en boca passò presto la palabra, y deseoso Saul de ver hombre de tales ardimientos, que entre vn exercito atemorizado, blasonasse de valiente, mandò, que le le trajessen

a

sen a su tienda. Llegò Dauid, y con despejo gallardo, le dixo al Rey: Yo soy, señor, de quien estais informado, y porque veais, que corresponde mi esfuerço a lo que he dicho, solo espero la licẽcia vuestra, para ir a domar los brios de este Filisteo, que el zelo de la ley, y de la honra, me tienen de tal suerte, que lo que tardo en salir al desafio, me està atormentando el alma.

Gusto dio al Rey el varonil denuedo: aunque a los emulos les pareceria rapuzada. Temiò con todo afiançar tanta gloria en vn mancebo bisoño, que como tal vez engaña el coraçõ al que mas se confia de sus fuerças, es menester mucho seguro, quando se arresta tanto; y assi le dixo a Dauid, que estimaua su bizarria, y agradecia sus buenos deseos, pero que no queria arriesgarle a tan notorio peligro, q̃ era muy brauo el Gigante, y el era aun muchacho: el otro disciplinado en las armas, y èl sin vso dellas, y que no era razõ a juego conocido dar la vitoria al tirano. Apenas oyo Dauid la repulsa, quando mas zeloso, y lleno de espiritu Diuino (que este era quien le animaua) quiso a vista del Rey, y de sus grandes hazer alarde de sus valentias, y dar muestra de sus fuerças, mas para gloria de Dios, que para jactancia propia, y assi replico animoso.

Para que conozcas, ò Rey de Israel, el valor, de que me visto, la fortaleza que alcanço, y no atribuyas a arrogancias de la lẽgua los ardores de mi braço, oiga vuestra Magestad lo que soy alla en el arriete. Desde mi infancia he sido en Belen pastor del ganado de mi padre, y aunque no es este exercicio ensayo para la guerra, ni tiene que ver con Marte la rustiquez de el aprisco, con todo se me han ofrecido a vezes lances muchos de batalla, pues a vezes acometian al rebaño, ya el Leon, ya el Oso fiero, este arrendo, a aquel valiente, y sin hazer caso de estas Iudos de la honda, mate por assi se el perro a los ladrones, robauan de la manada, ya el carnero, ya la oueja, y

huian

huìan con ella al monte. Y entonces, yo siendo tuyo, siguiendoles las huellas, les daua muchas heridas, y al vno de la boca, al otro de los braços, les quitaua el robo. Y viẽdose despojados, bramando de corage, boluian sobre mi a emplear su saña; pero yo animoso, trabandoles, ya de la barba, ya de la melena, los maltraua de modo, que a mis pies rendian todo el brio, y tal vez quedauan muertos, porq̃ sin mentir en nada, a vn Oso, y a vn Leon quitè la vida. Serà, pues, este Filisteo incircunciso, este vil espurio tan brauo como vno destos? Se igualara a vn Leon, por valiente que sea? Tendrà las fuerças de vn Oso, aunque sea mas Gigante? No señor, no puede ser; y assi yo he de salir al desafio, y vengar tan grande oprobrio, pues miro a todo Israel auergonçado. Negocio de Dios es este, su causa voy a hazer; y pues me librò su diuina Mageſtad de las garras de vn Leon, y de los braços de vn Oso, èl me librara tãbien deste infame incircunciso, deste jayan arrogãte. Quien es este Filisteo, para atreuerse a maldezir al pueblo de Dios? como ha de quedar sin castigo semejante maldad? que se dirà de nosotros, sufriendo esta insolencia?

Esto hablò Dauid con tanto brio, con tanto donaire, que alboroçado Saul, no quiso resistir mas tã noble intento: abraçòle cariñoso, y por principios de honrarle, mandò, que le vistiessen sus mismas armas: traxeronlas al punto, y despues que le adornaron dellas, hallòse Dauid tan embaraçado, q̃ apenas podia mouerse. Diràn algunos seria la causa, ser las armas desproporcionadas, por ser Saul de grande estatura; pero no fue sino no estàr Dauid acostũbrado a militares adornos; y assi lo dixo èl mismo; que en quanto a la proporcion del cuerpo, algunos dizen, que igualaua Dauid a Saul; y a no ser assi, no le vistiera el Rey con sus vestidos. En fin, viendose Dauid armado, hallò le eran ligaduras lo que a otros defensas, y assi boluiò a desarmarse. Dexò la espada tambien: tomò el vaculo, y

su

su honda, y dandole Saul su bendicion, salió al cãpo a buscar al enemigo. Llegò a vn arroyo, y escogiendo cinco piedras acicaladas del agua, metiòlas en el zurron, y confiado, y valiente, fuesse acercando al Gigãte, el qual viendole muchacho, y desarmado, començò a vltrajarle con mofa, y menosprecio. Rapaz (le dize) soy yo perro, por ventura, q̃ me amenazas con palo? soy yo rapaz como tu para que assi te muestres atreuido? Essa es la honra de tu Rey, esse el valor de sus soldados, esse el rumbo de su pueblo, fiarle a vn zagal bisoño el trance de vna batalla? Ea, vente para mi, veràs quan presto fenece tu orgullo, desmembrado entre mis braços, entre mis manos deshecho, cuyas carnes harè que sean pasto de las fieras, porque aun no quede reliquia de tu cuerpo.

Vade, & Dominus te custodiat. 1. Reg. 17.

Con mucha cordura satisfizo Dauid a estas arrogancias que en pechos valerosos, nunca fue valentia esgrimir las lẽguas, estando con las armas en las manos, antes la arrogancia en el hablar, fue siempre indicio de cobardia, y assi le dixo: Ningun temor me causan tus amenaças, por mas armado que vengas, ni por mas que braues me acobardan tus fieros. Tu sales al campo armado de pies a cabeça, cõ lança, espada, y rodela me acometes: pero yo salgo qual vès, fiado solo en que vengo a pelear en el nõbre del Señor de los exercitos, Dios inmenso de Israel, a quien oy has menospreciado, y hecho escarnio de ellos: por lo qual su Magestad diuina te pondrà presto en mis manos, te cortarè la cabeça, despojo de mi braço, y los cadaueres frios de tus gentes, de que serà presto tumba esta campaña, los darè por sustento a las bestias, y a las aues, para que conozca el mundo quien es el Dios de Israel, y sepa la Iglesia toda, que para saluar su pueblo, no necessita de armas. Esta es causa suya, y suya esta guerra, por lo qual os pondrà en nuestras manos, para que experimenteis vuestro castigo a vista de mi victoria.

En-

Encendido en corage Goliat, ſe fue para Dauid con animo de acabarle, enriſtrada la lança iba a acometerle; mas el gallardo jouen con mucha ligereza, tomò lo que huuo menester del campo para la batalla. Puſoſe frente a frẽte del Filiſteo, ſaca entonces vna piedra, acomodala en la hõda, delembraçala brioſo, con deſtreza tanta, que al dar el cañamo el eſtallido, ya la piedra en la frente del Gigante auia abierto tal puerta, que priuado el ſentido, y el aliento, dio aquel monte de carne por el ſuelo. Viendole Dauid caido, y hallãdoſe ſin eſpada, corriò apreſurado: puſole el pie en la ceruiz, y tomãdole el alfanje de la cinta, deſcinbainole brioſo, con q̃ acabò de matarle, quitandole de los ombros la cabeça. Los Filiſteos, que por las cumbres de el monte eſtauan a la mira aſsi como de la otra parte de los exercitos de Saul, apenas vieron a ſus ojos eſpectaculo tã triſte, vẽcido ſu Capitan, muerto ſu caudillo, quando poſtrados todos al temor, rendidos al eſpanto, boluieron las eſpaldas, y començaron a huir deſapoderadamẽte. En los Reales de Saul, entonces ſe aclamarõ alegrias. Lo que allà en luto de triſtezas, viſtiò por acà de gozos; lo que alli lagrimas, aqui placeres. Viendo huir al enemigo, començaron a ſeguirle valeroſos. Los Filiſteos iban tan ſin ordẽ a cauſa del miedo, q̃ ſin eſperarſe vnos a otros, dauan caſi todos en manos de la muerte. Haſta las puertas de Acarõ, y de Geth los lleuarõ acoſados, quedãdo el camino de Sarin cubierto de cuerpos muertos, y bañado en ſangre. El deſtrozo fue cruel, notable la matãça, celebre la vitoria, y plauſible el triũfo. Cõ los muchos deſpojos ſe enriquecieron los ſoldados: ſolo Dauid, a quien todo ſe deuia, ſe cõtentò con las armas del Gigãte q̃ por blaſon, y trofeo las colgò en el Templo de Nobe, ciudad de los Sacerdotes.

Atento mucho auia eſtado Saul con ſus Capitanes a ver el deſafio. El caſo era digno de toda atẽcion, y cuidado, ver ſalir a la batalla a vn rapaz con vn Gigante, este veſti-

Vestido de hierro, aquel sin armas: este soldado diestro, aquel rustico pastor. No falta quien diga, que aunque Saul era malo, tuuo reuelacion diuina para dexar a Dauid salir a la batalla. Y mientras los combatientes andauan en demandas, y respuestas, preguntò Saul a Abner su General, si sabia acaso, quien era aquel mancebo? de que estirpe descendia? quien era su padre? qual su parentela? Parece, segun este cuidado, que estaua ya Saul seguro de la victoria, y como tenia ofrecida al vencedor vna de sus hijas, procuraua ya saber, si auia partes en Dauid dignas de esta honra. Aqui entra lo que otras vezes hemos repetido, q̃ desconociò Saul Dauid, a causa de auer passado algun tiempo desde q̃ le tuuo en Palacio, y auerle crecido el bozo. Iurò Abner no conocer a Dauid, y dixole Saul, q̃ se informasse, y hiziesse diligencia. Pocas deuiò de hazer, pues fenecida la batalla, y alcançada la victoria no hizo mas q̃ lleuar a Dauid a la tienda del Rey, para que informara el mismo. No parece desdicha, y aun malicia parece, que no aya tenido el exercito quiẽ conozca a vn hombre que tiene tres hermanos por soldados? q̃ le han visto con ellos? y que por reñirle ellos su osadia, llegò al Rey la fama? q̃ se criò en Palacio, y a fuer de sus gracias muchas se hizo conocido? Pero si hermanos le encubren, que mucho que estraños callen? Si hermanos le desconocen, que mucho que otros le embidien? Raro caso! que alcance Dauid la mayor victoria que viò Palestina, el mayor lauro que se ofreciò en Anales, y que aun sus hermanos mismos, que le miran victorioso, no vozeen, q̃ aquel es su hermano, hijo de Isai, descendiente de Booz, de la Tribù de Iuda! Que le negaran vencido, aun no auia que admirar, mas negarle vencedor sobra es de embidia, ò demasiada floxedad. Pero como hasta aora no ha subido al valimiento, ni sabe la merced con que han de honrarle, no ay que esperar que le deseen: quando suba a la priuança, todos se le harán hermanos.

En la Glossa.

S. Agust

C. A-

CAPITVLO QVARTO.

De la priuança de Dauid.

1. Reg. cap. 17. & 18. Texto, y Glossa.

QVando la fortuna va propicia con quien quiere hazer dichoso, por todos caminos, y con toda prisa, le va subiendo a la cumbre. No ay passo de vn bien afortunado, que no tropiece con vna felicidad. Amontonados se le vienen los bienes, aunque no los busque, y en donde menos piensa, halla las mayores glorias; pero guardar la buelta es de prudētes: porque como en esta vida no ay cosa estable, y el que oy sube, suele rodar mañana, ha menester començar à temer, quien comiença à priuar, y nadie puede temer mayor caida, que quien està en lo mas alto. Vamos a nuestro vencedor, que fue pauta de dichosos, como exemplar de caidos Fenecida la matança de los Filisteos, recogidos sus despojos, tocauan a recoger los Capitanes, para que el exercito junto fuesse acompañando al Rey triunfante, quando en la tienda de Saul, se hazia inquisicion de quien era Dauid. El General Abner, a quien se auia cometido este cuidado, quiso cumplir con traerle, a que el Rey le examinasse: y assi viendo a Dauid en su presencia, preguntole con agrado, le dixesse quien era? que linage era el suyo? quiē su padre? A que respondiò Dauid cortès, y comedido, diziendo: Ya ignoras, o señor, ya desconoces a tu siervo humilde, a tu fiel criado, que tantas vezes al son de mi instrumento fuy alivio de tus fatigas, y destierro de tus males? Yo soy Dauid, aquel pastorcillo, a quien honraste otro tiempo por musico tuyo. hijo soy de Isai, ciudadano hōrado de Belen, y descendiente de la nobilissima Tribu de Iuda, tan siervo de tu Magestad, tan deseoso de tus felizes progressos, que

sus

sus tres hijos mayores, hermanos mios, quiso se alistassen de los primeros para venir á seruirte. Su ansia, y cuidado de el estado de la guerra, fue la causa de embiarme aqui al exercito. Vine a sazon que el Filisteo arrogante retaua a todo Israel. Sentì el oprobio en el alma, tocòme Dios al coraçon, y zeloso de su honra, me ofrecì al desafio. Como era causa suya, me infundiò alientos, me vistiò de brios, me diò la vitoria, que rindo a tus plantas, para que qual tuya la celebres, para que la aclames como propia.

Fue tanto el contento de Saul de conocer a Dauid, y de escuchar sus razones, que luego al punto començò a premiarle liberal. Constituyòle por Capitan de su Guarda: mandò a sus soldados le respetassen por tal, y diòle orden, para que trocada la vida de Belen por la campaña, le asistiesse siempre en la Corte, y en la guerra, y que estos eran principios de otras mayores mercedes, con que pensaua honrarle. Mostròse Dauid qual era justo, grato al fauor, diò muestras de biẽ pagado, besando la mano al Rey. Recibiò parabienes de todos los Grandes, que a porfia se le hazian amigos: pero quien anduuo estremado con èl, fue el Principe Ionatas, que sin poder contener la alegria, se desnudò su rica vestidura, y sus preciosas armas, haziẽdo que Dauid se las vistiesse. Con esto descubriò visos de lo enlaçadas, y vnidas, que quedauan las almas, mediante el afecto, que obligò a tanta estrechez. Y aunque parece inopinada esta accion, y poco atenta, no ay que admirarnos quando ay secretos juizios que la rigen. Es Dauid para con Dios, Principe jurado, y aunque Ionatas parece inmediato al Cetro, es Dauid quien ha de empuñarle, y assi no es mucho, que sin saber que hazen tanto, truequen los vestidos, y ceda Ionatàs la purpura a quien està dedicada. Hizieron demàs desto Ionatàs, y Dauid sus pactos, y conueniencias de amistad perpetua, juraron ser amigos, sin q̃ nueues de el tiempo lo estoruassen, sin que mudanças de

de la fortuna siruiessen de impedimento.

No ay que dudar se harian en los Reales saraos, y regozijos, vnos por la alcãçada vitoria, otros por las mercedes hechas al vencedor, que en casos semejantes es muy antiguo lisongear al priuado, y mas a Dauid, que con su agrado se hazia querer de los mayores emulos. Quien duda tãbien, q̃ siendo Dauid tan diestro harpista, dexaria de mostrar su gracia, ò ya rogado, como puede presumirse, ò a fuer de agradecido, sin que se lo rogassen? Quẽ duda, que para complemento de la fiesta, no le harian cantar alguna cosa? En fin, que fuesse en esta ocasion, ò en otra mas adelante, es cierto, que cantò al harpa vn Psalmo, que cõpuso al entrar en la batalla, ya a vista del enemigo. Coraçon sobrado, hazer versos en tal lance; pero accion Catolica ser deuoto en tal aprieto. En su idioma Hebreo, claro està que seria el Poema mas limado, y misterioso; mas las traducciones Latinas bien lo enseñan: pero dando en la Castellana, podrèmos colorirle desta suerte.

S. Geronimo dize, que compuso Dauid el Psalmo 143. al entrar en la lid cõ el Gigãte.

Benedict. Dominus Deus meus, qui docet manus meas ad prelium: & digitos meos ad bellum. Texto, y Glossa.

El Señor absoluto,
Dios mio Omnipotente,
Dios, y Señor de quanto el Orbe encierra,
El que a mi ingenio astuto
Da dictamen valiente,
Y à mis manos leccion para esta guerra.
En cielo, y la tierra
Sea bendito, y a su nombre inmenso,
Toda criatura ofrezca sacro incienso.

En vos, Señor, confio
Triunfar deste arrogante,
Pues sois mi amparo todo, y mi clemencia,
Yo domarè su brio,
Y à mi braço triunfante,

Su

Su campo todo prestarà obediencia,
Pues por diuina ciencia
Sè, que he de hazer con honda, y mi cayado
Tumba de Filisteos este prado.
Pero, Señor diuino,
Quien soy yo, pastor pobre,
Para abrirme assi luzes à este encanto?
A quien, gusano indigno,
No ay luz que nò zozobre;
Porque le sublimais à trono tanto?
Mas si por Santo, Santo,
Santo, quereis que vença à este Gigante,
Prestad vuestros alientos à vn Adlante,
Inclinad essos cielos,
Baxad vibrando lumbres,
Y abrasad estos montes arrogantes,
Que à ver los paralelos
De las celestes cumbres,
Y al atender mis tiros, nada errantes,
Con difuntos semblantes,
De miedo quedaron todos postrados,
Vnos muertos del todo, otros turbados,
Libradme de atreuidos,
Que oprobrios de su lengua
Os han dado en las niñas de los ojos;
Y en versos bien medidos,
Por soldar esta mengua,
Vn cantico os harè como en despojos,
Con que olvidando enojos,
Os le cantarè al harpa, de tal modo,
Que se conozca sois quien lo haze todo.
Gracias os doy inmensas,
Porque ya en profecia,
Libres veo à dos Reyes de vn Tirano.

Dios le reuelò à Dauid auer de salir vitorioso. Nicolao de Lyra.

Felices recompensas
Consagra el alma mia,
A quien en lance tal me dà tal mano:
Feliz, bendito, y sano
Se aclame el pueblo, que en qualquier empeño,
A su mismo Dios tiene por su dueño.

Con celebre pompa, y magnifico aparato determinò Saul triunfar en Ierusalen de victoria tan grande. El contento era tan vniuersal, que toda la Prouincia le preuino fiestas, procurando todas las Ciudades adelantarse en esto a qual mas podia. En bien ordenados coros, y concertadas danças, salian à recibirle damas, y donzellas, cantando al son de los adufes algunas coplas, que les dictaua su ingenio, que quizà por poco limadas, fuerõ lima sorda, q̃ asserraron el coraçon de Saul, que como estas coplillas (ò folias, que llama el Castellano) son versos desnudos, que dizen sin rebozo lo q̃ quieren, suelen de ordinario ofender las orejas de aquellos por quien se dizẽ. Assi el Rey Saul se dio por tan ofendido de las que escuchaua, aun en alabança suya, por oir en Dauid aumentada la alabança, que en vez de agradecer el festejo, les hizo muy mala cara a las cantoras. El cantar, ò el estribillo, dezia desta suerte.

A mil diò muerte Saul,
Mas Dauid matò à diez mil.

Cosa sabida era, que auia sido Dauid el todo en esta guerra, y que no huuo mas victoria, que derribar al Gigante, por lo qual le erã deuidos todos los aplausos; pero por la autoridad del Rey, q̃ en persona assistia en la campaña, juzgaron las versiõas, era razon atribuirle parte de la hõra, y de el trofeo; y assi aclamauan à Saul por vẽcedor de mil hombres, y a Dauid por diez vezes vencedor. Sonòle, pues, tan mal al oido de el Rey verse menos aplaudido, que el vassallo, q̃ auiendo mil bolcanes de embidia, que fraguaua el pecho, començò a abrasarse en los incendios,

mis-

mismos, y aun rebentara el coraçon a fuerça del corage, si no desfogara en esparcir sentimientos q̃ escura à vezes para vn animo enconado, publicar a vozes la pena que le atormenta. Bueno està esto (dize Saul entre si, y aun lo dize que lo oigan) que a Dauid le apropien vitoria de diez mil hõbres, y a mi me la den de mil? A Dauid, pastor humilde, colmados los aplausos, y a mi coronado Rey inferiores alabanças? A Dauid, q̃ apenas se sabe quien es toda la honra, y a mi, à quien obedecen las doze Tribus, honra limitada? A èl, porque matò à vn Filisteo, diez mil bẽdiciones, y à mi, que tãtas vezes teñi las armas en sangre de Palestinos, con vn mil se contentan? A èl, hõbre de cayado, y honda, echan todo el resto, y a mi, arrastrando purpura, vn embite solo? En fin, a èl le dan lo mas, a mi lo menos? A èl todo el triunfo; a mi el desperdicio? Pues ya, que resta, sino que le ciñan el laurel, le dèn la corona, y le hagan señor del Reyno? Ponganle ya en el trono, y abatãme a la desdicha, que harto indicio es este, quando me considero reprobado, y veo partes en Dauid para ser electo.

Con semejantes despechos publicaua Saul la embidia que le aquexaua. Temia, y con razon (como dize Lyra) que fuesse Dauid quien le quitasse el Cetro, segun el fallo que le auia dado Samuel, quando le anunciò, que Dios le auia echado de su gracia: y assi sañudo, al passo que embidioso, començò a querer mal a Dauid, procurãdo acabarle por todos los caminos. Tanto fue el odio que le cobrò desde este ponto, tanto el rencor que concibiò contra èl, que dize el Texto sagrado, que nũca mas le mirò a derechas. Ni beneficios de Dauid pudieron aplacarle, ni buel-tas del tiempo bastaron a diluadirle. Nada siruiò de triaca al encono; y si alguna vez, mostrando arrepentimiento, ofreciò enmienda, fue con adulterada intencion, pues dando buenas palabras, pintaban mal las acciones.

Nicolao de Lyra in Glossa

Non respicis oculis Saul aspiciebat Dauid de alto, ut dicitur 1. Reg. c. 18.

Con emulaciones tan poderosas, mezcladas en fiestas

tantas se hizo la entrada en Ierusalen El triunfo fue muy celebre, muchas las alegrias, general el regozijo, todo grãde. Solo el Rey disimulaua su enojo, ò mal lo disimulaua; causa q̃ vino à ser de dar remate a las fiestas. Encubrese mal vna pesadumbre, quãdo es grãde, y es enconar mas la herida, echarle capa de disimulos: abochornase el coraçõ, y tal vez rõpe en delirios. Assi sucedio a Saul, pues a dos dias de llegado a la Corte, se le reuistiò el demonio, qual solia, y endemoniado, a fuerça de embidioso, comẽçò como frenetico à referir faltas agenas. Boluiole en fin su antiguo mal (digamoslo de vna vez) causando su dolẽcia turbaciones en Palacio, lastima en toda la Corte: Mas como Dauid auia sido quiẽ le aplicò remedio cõ lo dulce de su musica, tuuose a dicha hallar al medico tan a la mano, y aun el mismo Dauid lo juzgò a suerte de hallar nueua ocasion, en que hazer nueuos seruicios, que como estaua tan en jerga la priuança, bien conocido era menester vestirla de nueuos modos, para no quedarse en jerga. Tomò, pues, la harpa, y al son della, començò a cantar, quizà el Psalmo que dexamos dicho, q̃ a proposito vẽdria, para desterrar vna furia, cãtico de vna victoria, Solia Saul, quãdo allà a los principios le tomaua este accidẽte, mejorarse, al punto que Dauid cantaua: huyentauase el demonio al oir sonar las cuerdas, quitauase el mal, desterrauase la melancolia. Pero agora sucedio al cõtrario, pues mas furioso, y indignado mas, al ver a Dauid delãte, arrebatò de vn venablo, y arrojòle de suerte, que si Dauid no le huyera el cuerpo, le dexara cosido cõ la pared misma. Mas demonio parece tiene Saul, q̃ tenia antes, pues entonces boluia las espaldas, y agora haze roſtro; entonces se templaua, y agora se indigna, entonces quedaua muy apacible, y aora mas impaciente. Pero no ay q̃ espaurar, q̃ es aora embidia la q̃ auiua el achaque, y vn embidioso es mas, que vn demonio a vezes; y assi allà, a figura de vna Cruz, qual era la har-

harpa, el demonio huia, y aqui, contra quien le enseña la Cruz se muestra osado. O terrible mal de embidia, que tales efectos causa! O infelizes los que adolecèis de embidiosos, pues vuestra emulacion misma os labra carcel de infierno en que viuis abrasados! Pasmo vino a ser esta accion de Saul a todo el Palacio: pesar a los amigos de Dauid, placer a los mal contentos, q̃ ver tan en breue trocada vna dicha, ver tan presto tã mal pagado vn seruicio, causa turbaciones, aun en los mismos que gustan de la mudança: Ver caer a quien comiença a subir, haze templar al que està mas seguro, pues puede temer en si lo que vè abatir al otro. Dauid al sucesso atonito, al fracaso atento, y temeroso al peligro, procurò por pies saluar la vida: que en casos semejantes, no ay mejor seguro que la ausencia. Huyòse a Belen su patria, siendo y a la vez segunda, que la tomò por destierro. Hallò en sus padres el acostumbrado abrigo, aunque poco agassajo en los embidiosos hermanos; que estos siempre persiguen al que se les aventaja, y aquellos siempre son padres con el mas caido. Valgate Dios por priuança, y que poco duras con los que mejor merecen! En el primer escalon del valimiento le puso a Dauid el tropeçadero la fortuna: a los primeros passos le armò la zalagarda. Entendida de Saul la ausencia de Dauid, vino a entenderlo mal que auia andado, y comẽçò a rezelar peligros q̃ podia temer, q̃ siendo Dauid generalmente querido, y no mal emparentado, ofendido sin razon pudiera, a ser otro, buscar por muchos caminos el despique. Considerãdo, pues esto, procurò boluerle a su gracia, arbitrando nuevos modos, para quitarle la vida. Traxole de Belen con agassajos, disculpandose del passado yerro, con dezir, fue accidẽte de su dolencia, furia de su locura, y irritaciõ del demonio, q̃ assi le lastimaua, q̃ no creyesse, que auia sido rencor, odio, ò enojo, quando se hallaua lleno de obligaciones, para estimarle, y que-

Nicolao de Lyra.

rerle. Siempre finge quien mal ama, y procura con afeytes de amistad encubrir el rencor que està en el pecho. Creyòse Dauid la ficcion, como si fuera verdad; que pechos sencillos, que no saben de engaños, son faciles de engañar. Nunca juzga va pecho noble, que ay mas de lo que se dize, mas ya a lo q̃ se dize se ha de dar menos credito, pues son pocos a los que no acompañan segundas intenciones. Con nueuo cariño, pues, con nueuo agrado recibiò el Rey a Dauid, y por dar color mas viuo a las disculpas, cõstituyòle Tribuno de su Reyno, haziẽdole Caudillo de mil hõbres, oficio honroso, pues al modo q̃ el Rey salia a las batallas el primero. * Aqui està el engaño, en medio de las honras el peligro, pildora venenosa, que dorada a la vista mata al coraçon con lo que el oro encubre. Fue la intencion del Rey exponer a Dauid dõde muriesse, * que es lo que suele dezirse: No te matarè, mas te darè cõ que mueras. Iuzgò a mucha crueldad ensangrentar sus manos, demàs del escandalo que se seguiria horrendo, y assi queria, que en vna, ò otra lid le acabassen enemigos. Mas Dios, q̃ vè coraçones, no quiso se lograsse la maldad; antes bien lo que el Rey pensò desdichas, le acarreò el cargo honras, lo que se endereçò a muerte, se torciò a mas vida, pues coronado de triunfos, aplaudido con vitorias, se hizo mas ancho lugar en todos los coraçones: mas llenaua a Dios por guia, portauase con prudencia, y tales Nortes, no se puede perder nadie en montes de peligros.

La Interlin.

** Assi lo dize el Texto, 1. Reg. c. 18.*

No solo de Iudà, pero de todo Israel arrastraua Dauid animos, y afectos, y viendo Saul desvanecidas sus maquinas, frustrados sus intentos, diò mas viuos a su engaño, apretò mas la cuerda al arco de su embidia. Dixole vn dia a Dauid, que aduirtiesse, y reparasse, que la Infanta Merob, la mayor de sus dos hijas, estaua dedicada para matrimonio suyo, que eran sus deseos darsela por muger, y que serian sus mayores gustos, q̃ en talamo Real gozasse

ſe las delicias de Himenco, y que para el caſo reſtaua ſolamente emprender algun hecho valeroſo, arriesgar ſus brios a vna empreſſa grande, pues brindauan a ello tantos fronterizos, que les dauan guerra. Apretado lãce fue eſte, para quiẽ ſabe de amor, y procura honra; ofrecer vna belleza, vna Infanta por muger, a vn vaſſallo, y mas valiente, baſtãte brindis fue, para arreſtar la vida a rieſgos conocidos: Con menos cauſa ſe han perdido hartos valientes. Es cauallo desfrenado el amor, potro indomito la honra, temeraria la valentia; y aſsi, dudo aya valiente, que de el amor picado, ò de el honor herido, no ſe arroje al mayor rieſgo. Con palabras humildes ſatisfizo Dauid a oferta tanta, diziendo, que quien era èl? que vida la ſuya? qual ſu linage? para ſer yerno de vn Rey tan eminente; que eſtimaua merced tan ſeñalada, y procuraria con obras merecerla.

Con la golosina del cebo, no ay duda, ſi que Dauid emprendiò coſas arduas: en apretadas lides hizo hazañas valeroſas: ſalia vencedor ſiempre, y como no era eſto lo que el Rey queria, dilatauale mas la paga, quando boluia mas vencedor. Dauid penſaua, q̃ ſe aſſeguraua el premio en el vencer, y penſaua bien; mas Saul trabajaua por verle vencido, y muerto, y nunca ſe le lograua; y aſsi, mientràs mas vitorias le ofrecia Dauid a ſus ojos, ſe daua por menos ſeruido. Dauid penſaua como entendido, porque quien auia de imaginar, que cupiera en vn Rey penſamiento tan contrario? En fin, como no ſe lograua la malicia, añadiò a ſu embidia vna falſedad, rompiendo el trato, y quebrãdo la palabra. Eſto fue, que quando ya los muchos, y grandes ſeruicios de Dauid, pedian, como de juſticia, le caſaſſe cõ la Infanta, el Rey la casò con otro, por vengarſe quizà de ſu enojo, y de ſu pena. A vn tal Hadriel dierõ por eſpoſa a Merob. Si fue a guſto de la Infanta, no ſe dize, que ſeria a ſu diſguſto, es lo mas cierto. Si lo ſintiò Dauid, tambien ſe

calla, mas quien podia dudar, que no lo sentiria? Dissimular vn agrauio, no es dexar de sentirlo; antes se siẽte a vezes mas lo que se pudre en el pecho, que lo que sale a la boca. Era prudente Dauid, sentiria, y callaria.

Casada, pues, Merob, començò Dauid à inclinar la volũtad à la menor hermana, à la bella Michol, dotada de no menores partes, de discreciõ, y hermosura, para ser querida. Manifestole su pecho à razones de sus ojos, q̃ aunque mudos, hablan al alma mejor, que si tuuieran lengua. Michol, q̃ como tẽgo dicho, no era boba, en el mirar de Dauid, entendiò lo q̃ le hablaua, y como sea assi, que ella tãbiẽ le estaua afecta, no fue menester mucho para enlaçarse las voluntades. Del mirarse vino al trato, del trato à la correspõdencia, de esta al cariño, del cariño al galáteo, y deuio de ser ya tan à lo publico, q̃ ya los rumores de Palacio lo dezian à vozes. Con ser materias vidriosas, y que en ellas, aun los que se mueuen por zelo, suelẽ salir descalabrados: no faltaron curiosos, ò maldicientes, que dierõ razon al Rey de lo que passaua. No se descpegò Saul; antes bien mostraua holgarse dello, reboluiendo todavia allà en su pẽsamiento nueuos ardides, para que Dauid muriesse. Dexose dezir a los del chisme, que gustaria casar à Michol con Dauid, que se lo diessen à entender assi, no estãdo èl delante, põderandole, que le estimaua en mucho, y que le queria para yerno. Aguardaron ocasiõ los criados del Rey, y cõtaronle a Dauid su dicha en sus nueuos amores, animandole à la empresa. Dauid, como prudẽte, rezelando quizà, como suele acontecer, que aquello era sacar puntos, y querer saber su pecho, respondioles, muy a lo descuidado. Que el Rey me estime, y me haga toda honra, no es nueuo en su Magestad, que sabe premiar seruicios; pero esto de sublimarme à yerno suyo, tiene mucho inconueniente, pues no se ha conseguido, quando lo vi mas ganado. Con la Infanta Merob le juzgò muchas ve-

zes

zes mi casamiento cierto, ya porque maté al Gigante, ya porq̃ el Rey me lo dixo: y pues se desvaneció lo que dauamos por cierto, no ay que hazer caso de lo que está tan dudoso. Es cosa de poca monta, casar con vna Infanta, quien se vè vassallo? Sea yerno de el Rey quien está tan rentado? igualar a la Alteza, quiẽ es pobre? Michol se quedara para quien mas la merezca, y para quien tenga bienes con que poder dotarla.

Boluieron los criados al Rey cõ la respuesta de Dauid, y conociendo della, que todo el reparo era la dote, y las armas con que en aquel siglo se dotauã las hijas de los Reyes, mandoles, que boluerían à dezirle, que èl dispensara en la dote, permutandole las joyas que pudieran pedirle en cien prepucios de Filisteos; pues seria para èl la mayor riqueza, tener menos à cien enemigos, que cũpliesse con esto, y le daria á Michol. Creyoselo Dauid, como la vez passada; pues como dixe, vn pecho noble es muy facil de engañar. La malicia, y cabilaciõ del embite era grãde, el animo de Saul era meter à Dauid, donde no saliesse, ò por lo menos, y aũ escapasse de la liza, se malquistasse en sumo grado con sus enemigos; porq̃ aborreciendo los Filisteos la circuncision, mas que al morir, haziẽdoles Dauid aquella afrenta, procurarian con mas encono contra èl, la vẽganca, y el desplque. Pero poco valen las cabilaciones, y los engaños poco, si tiene a Dios de su parte, cõtra quiẽ se arman. Ignorante, pues, Dauid de la zelada que se armaua en la oferta, del engaño cõ que iba embozado el premio, mostrò mucho jubilo, y alegria, y ofreciose al Rey por deudor de nueuas obligaciones; aceptò el partido, y como le espoleana el amor de Michol, puso al pũto por la obra la condiciõ del trato. Juntò su gẽte, animò a sus mil soldados, que era el trozo, que militaua debaxo de sus vãderas, proponiendoles cariñoso lo mucho que le importaua esta jornada; pues le iba en ella todo el resto de su hõra, ga-

nar,

nar, ò perder la Infanta, en quien tenia depositado el gusto, y el viuir, que en ellos afiançaua la victoria, y desempeño, que hiziessen como valientes, y que èl les pagaria como amigo.

A la Ciudad de Acaron endereçò su campo, y como ibã denodados, quisieron entrarla sin temor ninguno, que es propio del valor abalançarse al riesgo. Salierõ los Acaronitas a la defensa, no menos brauos, por ver su osadia. Trauose la pelea cõ igual corage, y encẽdidos en furor, vnos, y otros fueron pasmo sangriento a la campaña. Mas como peleaua Dauid enamorado, en rato breue se mirò cõ la victoria huyeron los enemigos, menos dozientos, que en su sangre rebolcados quedaron, aunque difuntos, a dar testimonio, que era el triunfo de Dauid, pues con sus cabeças cumpliò con el Rey el trato al doble, que fue el concierto. Con cien despojos mas cumpliò su obligacion. Temiò Saul faltar de su palabra, y assi considerãdo, que era Dios quien ayudaua a Dauid, y que sin auxilios soberanos parecian imposibles tales triunfos, casòle con Michol, hizole su yerno, diòle su mesa, y tratòle como a hijo. Ni su mal querer, ni sus rezelos pudieron desbaratar aquesta obra: la emulaciõ se hallò muda, y a vista de la razon callaron todos. Celebrarõse los desposorios de Dauid, sino con festiua pompa, con iguales gustos si de los casados, que son las mejores fiestas. Amaua Michol a Dauid tiernamente, correspondia Dauid a ley de agradecido, y a fuer de galã; y assi, mirandose vncidos con laçada dulce en el yugo de Himeneo, con reciprocas ternezas, celebrauan su dicha, sin echar menos costosos aparatos, y celebres festines, cõ que otras bodas se ostentan. No ay mayor regozijo, que la vnion de voluntades de los casados, que como aqui estriua el gusto, aqui la paz, aqui el amor, en auiendo amor, y gusto entre marido, y muger, no les busqueis mas fiesta.

De lo que pudiera Saul concebir gusto, engendrò mas ve-

veneno, de ver tan vnidos a los desposados, se auiuò mas su embidia, començò a temer a Dauid con mas instancia, pareciendole ya Rey, antes que yerno. Prudente en todas acciones se portaua Dauid, hazia gorda la vista a los desspegos, dando a vezes gracias por descortesias. Continuauanse las guerras de los Filisteos, que como estauã indignados de perdidas, y oprobrios, ardian en vengancas cada dia. Dauid era quien primero se ofrecia a la resistencia, venciendolos muchas vezes con su acostumbrado valor, y añadiendo a sus trofeos nueuas vitorias, y triunfos, con que se hizo celebre en toda Palestina, llegando su nombre a las Prouincias remotas, y bolando su fama por las mas partes del Orbe.

Et celebre factum est nomen eius nimis, cap. 18. 1. Reg.

CAPITVLO QVINTO.

De la caida de Dauid de la gracia del Rey, y principio de su persecucion.

O Priuanças humanas, y que poco duraderas os hizo la fortuna! Quan presto rueda el valimiento de la cumbre de la dicha! Con que facilidad se desvanecen los humos de vn priuado! Con que prisa corren a la desgracia los que en aplausos felices se imaginan mas eternos! Los mas merecedores de las glorias, dàn mas presto la caida, que como cõtra el merito se arma la emulacion, trabaja por derribarle de la altura. En fin en esta vida jamas huuo cosa estable, los mismos que leuantan a vno, essos suelen ser quien le derriban, por la embidia, por la falsedad, por el antojo. Dauid nos darà presto la prueua a costa de sus trabajos. Viendo Saul, que por todos los caminos ocultos, que auia intẽtado acabar a Dauid, no auia podido, porque el ecbarle a las guerras, era echarle a mas vitorias: acosarle de enemigos, era añadirle laureles, procu-

Texto, y Gloss. Exc. 19 lib. 1. Reg.

curò quitar a la maldad el rebozo, y a cara descubierta perseguirle, y acabarle. Llamò, pues, vn dia al Principe Ionatàs conuocò a todos sus Grandes, y auiendoles propuesto las razones, y causas que a ello le mouian: les pidiò con todo esfuerço, que matassen a Dauid, que no reparassen en inconuenientes, quãdo le importaua, si quiera quitarle de la vista aquel padrastro, porque no podia asegurarle a Ionatàs la Corona, sino era con su muerte. Tan resuelto, y enojado deuiò de hazer la propuesta, q̃ no se atreuiò ninguno a contradezirle, ni aconsejarle. Todos quedaron mudos al fallo riguroso, que en casos semejantes, es el callar cordura, por mas que sea miedo, pues, de replicar a vna Magestad airada, se encona mas el enojo.

Amaua con todo estremo Ionatàs a Dauid, como dexamos dicho; y aunque estas venganças de su padre parece se endereçauan a prouecho suyo, pues era la mira, que Dauid no se alçasse con el Reyno: cõ todo pudo mas en el pecho del Principe la razon, que su interès, y assi, llamãdo a parte a Dauid, le contò lo q̃ passaua, y que le amenaçaua muy grãde riesgo a su vida, q̃ procurata guardarse, y escõderse hasta que èl hablasse a su padre, sin testigos, para q̃ sin rebozo le dixesse la verdad de sus intentos, q̃ le rogaua no tuuiesse pèna, que èl era su amigo, y q̃ quizà eran aquellos arrojos, dolècias envejecidas de su padre, nacidas de su accidente, y que quando no fueran sino rigores, y venganças, se buscaria camino para huirlas, sin que su vida peligrasse. En medio de tan penosa nueua cobrò Dauid mucho aliento con los consuelos del Principe, Cumpliò lo q̃ le ordenaua: saliòse de Palacio, y estuuose oculto el tiempo que le dixo, que fue por todo aquel dia, y parte de el siguiente, repassando con la Infanta su esposa estas penas, y acedias. Michol, que al passo que entendida, era de gran coraçon, le consolaua animosa, y le anima prudente, que no era poco alivio en tan crecido dolor.

Io-

Ionatàs, como amigo cuydadoso, passò en hartos desvelos toda la noche, previniéndo traças, y modos, para disuadir al Rey de aquel intento cruel de matar a Dauid. Y como estas cosas grandes requerian sazõ, y oportunidad, para no errarlas, pareciole buen medio salir con el Rey a caça, en cuyo diuertimiento le podria hablar a solas cõ mas libertad, y mas llaneza. Cõcertosele, pues, a medida de el deseo. Amaneciose el dia muy apacible, como haziendo brindis a gozar del campo. Salieron, pues, Saul, y Ionatàs, con la preuencion de caçadores, y mõteros, que la Magestad permite. Corrieron algunas fieras, mataron vnos venados, con que diuertidos los gustos, hizieron jocoso el dia. A la mejor sazon, quando para recrear las fatigas de la caça, suele prestar tapetes el verde heno, sus frescuras el arroyo, y sus sombras algun roble: llegòse Ionatàs al Rey, y viendole gustoso, trabò conuersacion, la que juzgò mas a cuento, para venir a dar en Dauid, que era adonde le llenaua su dictamẽ. Al nombrarle solo se alterò el animo del Rey, hizo mudança en el rostro, y inquietose el pecho. Entonces Ionatàs le hablò desta suerte.

No sè, Rey, y señor, que causa puedes tener de la indignacion que muestras contra tu siervo Dauid, quando nadie ignora lo mucho que le debes. Ayer mandaste, que le quitaran la vida, tan llenado de tu furia, tan lleno de indignacion, que por no enojarte mas, calle al oirlo, esperando esta ocasion para poder hablarte. Por quiẽ eres te suplico, que no ofendas, padre, al cielo, con muerte tan injusta, que no derrames sangre, que està tan inocente; que no busques la vida, a quien por tantas vezes la ha expuesto a los peligros. No has de hallar en Dauid vna accion mala, muchas buenas obras si: y para que lo creas, reduce, señor, a la memoria los seruicios que te ha hecho, y en ellos veràs finezas inestimables, hazañas las mas valientes, virtudes las mas heroicas. Su musica diuina, no

ha

ha sido la cura de tus males? El alivio de tus penas? El remedio de tus furias? Su valor, y valentia no nos quitò al Gigante de los ojos, con cuya vista estaua acobardado todo el Reyno? Quien sino Dauid, te quitò entonces de la mayor congoja? Quien te dexò vencedor de todos los Filisteos, si no el solo? A que victoria, de quantas has tenido, se ha hecho mas aplauso? No te alegraste mucho de mirar sus bizarrias? De ver su orgullo, y denuedo? De verle con vna honda, hecho rayo de paganos? Pues porquè agora le matas? Porquè agora le persigues? Es porque te ha vencido mil batallas? Es porque limpia el Reyno de enemigos? Es porque ha llenado modesto tus desayres? Es porque con humildad, y cortesia rehusaua ser tu yerno? Es porq̃ assolò a Acarõ, por traerte en sus cabeças las Arras de mi hermana? Es porque ya esposo suyo, la estima como a tu hija, la venera como a Infanta, y la ama como esposa? Pues si por todo lo dicho merece premios grandes, que razon ay que castigues a quien le deues los premios? No señor, no hagas tal, no peques contra Dauid, que tiene a Dios de su parte, y serà enojar a Dios, ofender a quien èl quiere, y serà buscarte mas castigos, a costa de tus venganças.

Con estas, y semejantes razones, pudo tanto Ionatàs, que trocado Saul en otro del que estaua, sacudiò el rigor, y se hizo a la blandura. Tanto puede vn buen consejo, aun con vn animo airado, es triaca, que le quita las fuerças al veneno. Viue el Señor (respondiò el Rey) q̃ no ha de morir Dauid por orden mia: el mandamiento reuoco, porque nadie le mate, ni le ofenda, reduzgole a mi gracia, pues veo, que es justicia. Alborozado Ionatàs del buen logro en sus intentos, le besò la mano a su padre, dãdole muchas gracias por la merced que le hazia, y ofreciendo por Dauid grande fe, grande lealtad, y gran seruicio. Con esto, juntando los criados, dieron buelta a la ciudad, que apenas estuuo en ella Ionatàs, quãdo despidiendose del Rey,

man-

mandò llamar a Dauid, que no poco cuydadoso le esperaua. Fue al punto a su llamado, y con mucha alegria le contò Ionatàs lo que le auia sucedido con el Rey, las razones, que en su abono le auia alegado, y lo reducido, que ya venia a no ofenderle: Con lagrimas de gozo, y echandose a sus pies, agradeciò Dauid la diligẽcia, que a mercedes exquisitas, son poco agradecimiento las palabras. Acudiò el Principe cõ los braços a la cortesia, y despues de los debidos cumplimientos, siruiendole de padrino, le lleuò a Palacio, entròle adõde estaua el Rey: besòle Dauid la mano: Recibiòle Saul con buen semblante, con que quedaron hechas las amistades por entonces.

Pero como ya el Rey auia manifestado su rencor hecho publica su pena, y descubierto el pecho: con mucha facilidad boluiò a su tema. Nacia su mal de embidia, y assi, qualquiera dicha de Dauid auiuaua los incendios de su enojo, que vna passion habituada en vn alma, es mal que nunca se quita. Bolvieron los Filisteos a las armas, que como enemigos, y agraviados, no dexauan jamàs la guerra. Tuuo a suerte Dauid esta ocasion, pareciendole, que en ella, siruiendo con su acostumbrado valor, dexaria a Saul muy desenojado. Iuntò sus gentes, compuso muy bien su campo, y salio a resistir al enemigo, que aunque le aguardò determinado, experimentò en breues dias su perdicion, y destroço. Venciòlos Dauid, y cargado de despojos, y vfano con la vitoria, boluiò a Ierusalen rico, y triunfante; mas cõ lo que pensò seruir, y dar gusto, ofendiò, y diò mas enojo, porque embidioso el Rey de esta vitoria, adolesciò de su achaque, boluiò a sus melancolias, y se encendiò en sus furias. Con esta desazon le hallò Dauid, y como ignoraua, que sus felicidades causauan aquellas dolencias, tomò la harpa, para al son de sus cuerdas alegrarle. Pero Saul, como la vez passada, hallandole acaso con vna lança, o venablo en la mano, arrojole a Dauid furioso, y impa-

cien-

ciente, procurando atrauesarle el pecho, y dexarle clauado en la pared, que esta fue su intencion, segun lo refiere el mismo Texto Sagrado. Cayò el golpe en vacio, porque Dauid [illegible] no escarmentado, aunque las manos en las cuerdas, dexia de tener los ojos en el Rey, y assi al ver el mouimiento, y la accion del braço, apartose diligente, y huyose liberal. La vida le fue en ello, porque la lança iba con tal violencia, que se quedò en la pared blandiendo. Pusose Dauid en salvo aquella noche, retirãdose a sus casas, donde en braços de Michol sentiria su desayre, y lloraria su pena. Embio Saul en seguimiento de Dauid, alguaziles, y ministros, para que le prendiessen, ò matassen, como si huuiera sido delito contra la Magestad, ganarle vna victoria, y festejarle compassiuo en su dolencia; mas quando para embidiosos no fuerõ delitos los meritos, y pecados las virtudes? Era la orden del Rey, que le cercaran la casa a Dauid, por el riesgo que podia auer de irseles entre las manos con las sombras de la noche: que guardassen hasta el dia las calles, y las puertas, y siendo amanecido, entrassen, y le quitassen la vida. Cruel mandato, al passo que injusto!

Quien duda, que a Michol no la cogeria esta pena bien descuidada? Porque viendo a su esposo vencedor, mejor esperaria las mercedes, que el Rey auia de hazerle, que las ofensas, de que le viò entrar huyendo. Llegò Dauid, como quien escapa de la muerte, como quien huye de su señor ayrado: si cõ prisa, ello se dize, si lastimado, y lloroso, juzguelo el discreto. Llamò a su puerta, y abriendo los criados, no parò hasta el quarto de su esposa, que viendole de aquel modo, el color perdido, medrosos los ojos, destroçadas las palabras, turbadas las acciones, se leuãtò asustada a recibirle, y con ruegos cariñosos examinò sus cuidados, que auiendolos oìdo, y viendo eran crueles, aunque los sintiò en el alma, procurò remediarlos valerosa, y alẽ-

tan-

tando los brios en tormentas del dolor. No te aflijas, Dauid mio (dize Michol, bebiendose las lagrimas, y tragandose la pena) no te aflijan peligros, quando pueden remediarse, y està por medio mi vida, para saluar la tuya. Poco importa, que mi padre procure tu muerte, si para q̃ se cumpla su dañado deseo, se oponen en tu defensa montes de dificultad: y nadie creo que serà tan atreuido, que se mueua a ofenderte, auiendo de topar conmigo, que soy la mitad del alma. Tu estàs biẽ quisto con todos; el pueblo generalmente te quiere, y estima; el Principe mi hermano es de tu parte, que aunque està agora ausente, basta el saber que es tu amigo, para tenerte atẽcion, y mirar por tu persona: y pues ay en tu abono todo esto, no entregues al dolor todo el discurso, ni dès cordel al ahogo, de modo, que acabes con la vida. Echa el pecho al agua, que golfos, de mas tormenta suelen vadearse. Passen agora estas furiosas olas, que de vna hora à otra se pone tranquilo el mar. Que tengas sentimiento, no me espanto, que se sienten mucho ingratitudes; que estès congojado, no lo admiro, si vn Rey procura matarte; que tengas temores, ya veo que es prudencia, quando se està amenaçada la desgracia, mas ni el sentimiento ha de ser desuerte, que te acabe, ni la congoja de manera, que te quite la salud, ni los temores de modo, que te embarguen el valor.

Gran dicha en lances tales, hallar vn marido muger que le aliente, y le consuele! Pocos son en esta parte los dichosos, pues los mas encuentran en sus mugeres penas, congojas, y sustos, que antes siruen de embaraço, que de remedio, pero como corria Dauid por cuenta del cielo, y le guardaua para mayores fortunas, parece q̃ quiso darle muchas ayudas de costa en sus trabajos. No fue la menor Michol, pues con su hermosura se minoraua la pena, con su discrecion se aliuiaua el tormento, y con su valentia se alentaua el coraçon. Consolado, pues, y reuestido de es-

fuerços, escuchò Dauid las razones de su esposa, y con el agrado, y cariño, q̃ entre marido, y muger permite la modestia, le diò repetidas gracias. Humedecieronse los ojos de entrambos, que no son bronces los coraçones, para en tales casos no hazerse a la ternura; pero como el peligro pedia el remedio a prisa, sacudieronse las lagrimas a toda diligencia, q̃ aun para el llanto ay penas que no permiten lugar. Fue el caso, que reparando Michol, ya porque ella viò las guardas, ya porque se lo dixessen, pues, como dize Lyra, algun criado del Rey, algũ ministro de aquellos, pudo ser que le dixesse a la Infanta el intento a que erã idos, y la orden que lleuauan de esperar al dia para dar muerte a Dauid. Reparando, pues, digo en tan apretado riesgo, y que ocultarle en casa, era exponerle a la muerte, pesò vna traça notable, y hechò el resto a su valor. Dexò entregarse las cosas al silencio, y allà a la hora que no ay mortal que no duerma, tomò a Dauid por la mano, y sin fiar su secreto a criado, ni a criada (que estos por hablar descubrẽ quanto saben) llevòle a vna ventana, que caia al muro, y dixole animosa de tu fuerte Dueño, y esposo amado, tu vida estriua en salir de la ciudad, porque tengo auiso, que mañana han de matarte, si esta noche no te libras: la casa nos han cercado, porque no puedas huirte; gente armada ay a las puertas, soldados, y alguaziles tienen tomadas las calles; pero aunque parece imposible escaparte de sus manos, como amor vence imposibles, y yo te amo en estremo, verás lo que puedo, y vençó con mi industria: dame los braços por la despedida, y sal por esta ventana, huyete a parte segura, que por mi cuenta correrà, que no salgan en tu busca, hasta que estès bien ausente.

Con abraços tiernos, y no sin lagrimas muchas, se despidieron Dauid, y Michol, y ayudado de vnas cuerdas, se descolgò Dauid por la muralla, y con el recato que le auisaua el miedo, tomò por sendas ocultas la via de Ramata,

ciudad dõde Samuel viuia. Fue a contarle su desgracia, para tomar su cõsejo, como de padre, q̃ le vngiò por Rey, y sin ceñir la corona, se miraua desterrado, y perseguido. Con harta lastima le recibiò el Profeta, aunque se holgò de verle, por ver ya bizarro jouen, a quien conociò rapaz. Escuchole sus tragedias, su priuança, y su caida, y con saludables consuelos, y razones amorosas, le animò en sus trabajos, le consolò en sus fatigas. Dexemosle, pues, aqui, en tanto, que con algunos exemplos de poco afortunados en priuanças de los Reyes, damos mas campo a algunos lastimados, que al modo de Dauid lloran en soledades su caida. Y puesto, que nuestra relacion và en lenguage Castellano, y en Español idioma, me ha parecido oportuno dar los viuos a esta historia con sucessos de España, en cuyos Anales hallaremos muchos, y varios para colorir, y adornar qualquier materia. Lo ordinario serà esto pero tal vez se alargara la pluma a otras historias diuersas. Esto assi aduertido, por si Dauid se lamenta, ò en su nombre otro, de que no ha auido priuado, q̃ siendo tan fiel, y leal a su dueño, ya caido en desgracia tanta, demosle compañeros, q̃ fieles, y leales corrieron la misma fortuna.

Exemplos de Priuados, que aunque fruieron fieles, cayeron en desgracia.

EXEMPLO I.

POr si Dauid se quexa por valiẽte, ò por ser yerno de vn Rey, que es puesto grande, sera razon le demos en primer lugar por compañero al mas valiente jouen que conociò España, y venerò aquel siglo, a quien sobrino de vn Rey se mereciò hartas vezes la Corona. Este fue Bernardo Carpense, ò de el Carpio, segun todos le apellidan, rayo de los Franceses, como Dauid de los Filis-

teo. Su origen, y su principio fue en esta manera. Corrian los años de 794. quando era Rey de los Godos D. Alonso el Casto, cuyas virtudes, y hazañas merecieron muchos premios, que no fueron pocos los que le dio el cielo, pues Angeles, en figura de plateros, le labrauan vna Cruz rica, y con diuinos anuncios se descubre en sus tierras el cuerpo de Santiago, tesoro el mas rico, que descubrió Monarca. Era hermana deste Rey la Infanta doña Ximena, que oluidada de sus obligaciones, se dexó lleuar de la galãteria del Conde de Saldaña, que se llamaua D. Sancho. Como el amor es ciego, se cegaron de suerte en sus amores, que haziendo su matrimonio clandestino, salió preñada la Infanta. Supòse la demasia, la afrenta fue muy publica, el dolor del Rey muy grande. Castigò el excesso, qual lo pedia el caso. A la Infanta la emparedò en vn Conuento, y al Conde, conuencido de el delito, le mandò sacar los ojos, y darle carcel perpetua en el castillo de Luna. Del preñado de la Infanta nació Bernardo, tã hermoso, y dispuesto, que aficionado el Rey de sus gracias, le mãdò criar como a hijo suyo en las Asturias, q̃ no quiso que en la Corte huuiesse despertador de las afrentas. Era el Rey mirado en todo, al passo que prudente. Con los años, pues, y largo tiempo se dàn cosas al oluido. Creció Bernardo en la edad, y en las costumbres, y viendose ya moço gallardo, y que su denuedo, y brios, le incitauan a la guerra, començò como soldado a mostrar su valentia. Las guerras tan continuas de los Moros en aquella edad, le prestauan la ocasion; salió en muchas vencedor con hazañas memora-

como ninguna otra cosa podia ser de mas aliuio al

duxo de ya a la Corte, haziendole caricias, y

hijo de la [illegible] no teniendo el Rey

bles,

Rey su tio,

agassajos. Sucedio

hijos, corria la voz que [illegible] en

tener el nombramiento del Rey legitimaua la sucessio a

Cuesta [illegible] y turbar al padre de

[illegible]

figurosa, bien assi como Dauid emprendia cosas grandes, ofreciase a los riesgos, triũfaua de los peligros, y haziase temer de toda la Morisma. Amauanle todos entrañablemẽte, gozosos en sumo grado de tenerle por caudillo, pero dõde echò el resto en sus proezas, fue en libertar à España del yugo de los Frãceses, como Dauid libertar a Israel de los Filisteos. Passò el caso desta suerte: Hallauase el Rey D. Alõso fatigado de las guerras, q̃ por vna, y otra parte le hazian los Moros, y aunque con la ayuda de Bernardo salia casi en todas vencedor, temia ya su mucha edad; y rezelaua el peligro a que estaua expuesto el Reyno, cercado de enemigos. Considerando, pues, la fama de Carlo Magno, Rey de Frãcia, y Emperador de Alemania, acordò, q̃ seria buen medio valerse de su ayuda, para desarraigar desta suerte los Moros de toda España; y en pago desto, puesto que estaua sin hijos, nõbrarle por sucessor a la Corona, adoptandole por hijo. Si comunicò este acuerdo, no lo dizẽ; si le dieron parecer, anduuieron bien errados los cõsejeros: pues no ay mayor desdicha, que sugetar los cuellos a dominio estraño. En fin, se efectuaron los despachos. Agradole a Carlo Magno el partido, pareciẽdole, q̃ solo le faltaua por lauro de sus glorias llamarse Rey de Españoles, o dexar afirmado en la corona, por ser ya èl viejo, a vn nieto suyo, hijo de Pipino. Cõ esta resolucio se mouiò desde Alemania, donde se hallaua entõces, y con gran poder de gentes, enderezò viage para España.

Es de notar, que desde D. Pelayo se ha venido heredãdo la Corona en España, sucediẽdo los hijos à los padres, ò los hermanos à sus hermanos. Lo qual fue al cõtrario todo el tiẽpo de los Godos, hasta el Rey D. Rodrigo que en cuyo tiempo se dana la Corona por eleccion de los Grãdes, y Prelados.

Aunque fue grande el secreto con que el Rey Don Alonso anduuo en estos tratos, no pudo serlo, de suerte, que dexasse de saberse; porq̃ muchos de los que assentian a ello (emulos quizá de la dicha de Bernardo) por ganar voluntades, y tenerlas de su parte, lo diuulgarian. Como era cosa tan graue, passò la palabra presto de vnos en otros, començò a malearse la nobleza, hablando cada vno en su rincon lo que se le antojaua: en publico nadie se

arreuia;tan antigua es la lealtad a ſus Reyes en Eſpaña, pues con ſer eſte vn abſurdo,digno de que en èl votaſſen todos;por ſer guſto del Rey,nadie ſacaua la cara a la defenſa:quexarſe mucho, norabuena: maalcarſe,y brauear, paſſe tambien: mas hazer reſiſtencia a la voluntad de ſu Principe,no lo lleua Eſpaña.O blaſon heroico,en quien deuen aprender eſtraños Parlamẽtos a ſaber ſer leales cõ ſus Reyes!Solo Bernardo del Carpio,brauo por ſu lozania,y como intereſſado al Cetro,q̃ puesto ya al tablero,ſe le barajaua la fortuna,ò como ſobrino del Rey,q̃ eſto ſeria lo mas,començò a oponerſe a aquellos tratos,acaudillando a todos ſus amigos,y a los Nobles,para la reſiſtẽcia,publicando a vozes no ſer razõ,ni juſticia,ſugetar a Francia ceruices Eſpañolas.El miſmo Rey,arrepẽtido de lo hecho,aprobò la reſiſtencia,ſegun lo eſcriuen algunos: y el Arçobiſpo D.Rodrigo dize,que ſe hallò el Rey en la batalla de Roncesvalles.Eſto puede la razõ;y aſsi,como el Rey don Alonſo era prudente,aunque parece deſdezia de ſu Mageſtad mudar de parecer,como del ſentir con ũ, aduirtio en ſu deſacierto;mas quiſo enmẽdarle recatado, q̃ ſuſtentarle proteruo,que no ſon Dioſes Reyes para no errar,y querer perſeuerar en los yerros,es de locos.Hecho,pues,Bernardo caudillo de los que quiſieron ſeguirle,y valiendoſe mañoſo de Marſilio,Rey Moro de Zaragoza,ſalierõ a eſtoruar la entrada a Carlo Magno,q̃ atraueſando los Pirineos con el mas luzido campo,que juntò Francia jamas,pẽſaua a fuerça de armas hazerle cumplir el trato a Don Alonſo.La diſpoſiciõ,y traça vale mas en la guerra,que la muchedumbre de gente. Alexandro,y Iulio Ceſar,con eſte ardid ſugetaron al mundo,pues con poca gente,bien regida deſtrozarõ a vezes exercitos copioſos.Aſsi Bernardo,aduirtiendo aſtuto,que el exercito del Francès era mas numeroſo,con ventajas conocidas,y que en llano es ventajoſa tambien la caualleria de Francia,

D. Rodrigo en la hiſtoria de Eſpaña.

cia, diò traza de tomarles el passo en los Pirineos, cogiéndo las cumbres por vna, y otra parte. En aquel sitio, pues, que llaman Roncesvalles, famoso desde entonces, quãto odioso a los Frãceses, se trabo la batalla biẽ reñida, y biẽ sangrienta. Como los nuestros estauã mejorados de puesto, y lo fragoso del monte no daua lugar a los contrarios a ponerse en ordenanca, hizieron dellos cruel carniceria. Mataron de los primeros a Roldan, Conde de Bretaña, q̃ fue Paladin valiente, y a otros de mucha cuenta, con que comẽçò a flaquear el exercito Francès. Animolos Carlo Magno con palabras bien arrogantes, que por no dilatar el cuento, no las digo. En suma fue dezirles, que era cosa ignominiosa, que las armas Francesas, tã esclarecidas con hazañas, se dexassen vencer por los pueblos mendigos de los Españoles, y de vna canalla, que al modo de vandoleros, les auiã assaltado en la estrechura, por no atreuerse a pelear en campo raso: que mirassen por su honor, y no escureciessen para siempre el nombre Francès. En fin, todo siruiò poco para dexar de quedar derrotados y vẽcidos. El destrozo fue el mas sangriento que se viò jamas. Algunos Escritores Franceses, o de corridos, o de lastimados, no quieren escriuirlo. Fueron pocos los que puestos en huida, escaparon por los pies. Los mas, y de mas cuenta formaron horrenda tumba en todo el mũdo. Carlo Magno salio huyendo, y a pocos dias acabò de pesadumbre.

Con esta vitoria, pues, con este triunfo, es indezible la fama que ganò Bernardo del Carpio. Lo agradecido que le quedo el Rey su tio, no puede ponderarse; pues cõ esta empressa, no solo quedo libre del trato, que ya temia, sino q̃ atemorizò las Prouincias comarcanas. Hasta aora va siguiendo Bernardo los passos de Dauid, y imitando sus fortunas. Quien pensara, que con esta hazaña no le adoptara por hijo, ò le dispensara en la bastardia, que todo era vno, quien quiso hazer adoptacion en vn estraño? Saul, si

aborrecia à Dauid, era por querer, que sus hijos heredassen la corona, y no el yerno, que era de otra alcuña: pero que estè el Rey don Alonso sin heredero, y que sea Bernardo hijo de su hermana, que le gane mil vitorias, que le assegure sus tierras, que sea el terror de sus enemigos, que sea de mas de valiente, tan amable, y tan bien quisto, y que no merezca, que el Rey le apropie el cetro, ò que le haga legitimo, permitiendo, que su padre se case con la Infanta cosa es que mira, y que prouoca a lastima à quãtos passan los ojos por esta historia, ò a todos los que la escuchan. La castidad del Rey, y el considerar la luiandad de su hermana, no le dexauan desistir del teson, por mas justificadas que eran las razones de Bernardo. En fin viendo, que con tantos seruicios, y con tantos ruegos de la Reyna, y de los nobles, no alcançaua la soltura de su padre, que era a lo que siempre anhelauan sus deseos, llegò a enfadarse, y aun casi a descomponerse cõ su tio, que como le sobraua la razon, y no era tan sufrido, como nuestro Dauid, quiso ver si con fieros hallaua mejor despacho; y assi vn dia le dixo con libertad estas palabras.

Quando los seruicios que he hecho a vuestra Magestad, que por publicos, y grandes ellos se pregonã, no merecieran de justicia sacar de la prision à vn lastimado viejo, que fue quien me diò el ser para seruiros, quando tantas suplicas como se han interpuesto no lo merecieran. Bastaua, Señor, ver, que soy vuestro sobrino, y sangre de vuestra hermana, para suspender las iras al enojo, y para afloxar las riendas al castigo. Porque quereis consentir, q̃ me llame bastardo, quãdo no legitimarme, es culpa vuestra, y quando no desmerece mi padre a vuestra hermana? En que os agrauiò el Conde, q̃ de la ofensa que os hizo, nacio el rayo que os defiẽde? Si yo no huuiera nacido, no me espantara, q̃ castigarais tanto aquel exceſſo: mas q̃ del yerro se fraguò esta espada, q̃ defiẽde vuestra vida, vuestro

tro honor, y vuestro Reyno, para que tanta prision? Para q̃ castigo tanto? Y si cumplir la palabra obliga a qualquier hombre de bien; porque vn Rey, cuya Magestad figura la del cielo, ha de quebrar su palabra? Quantas vezes, y alguna, q̃ os saquè en ombros de braços de enemigos, me prometistes tierno la soltura de mi padre? Quantas vezes, con lagrimas en los ojos, os tengo hechos recuerdos? Supuesto, pues, que vuestra Magestad se niega a obligaciones, q̃ a ruegos se endurece; que a lastimas se haze sordo, q̃ a seruicios no se obliga: borreme de todo punto de su gracia, y no se acuerde mas de quien tan poco merece. Deme licencia para retirarme a Saldaña, patrimonio de mi padre, y alli, a ley de hijo noble, trocada la gala en luto, llorarè su prision como su muerte.

Aunque sintiò el Rey la desemboltura con que le hablò Bernardo, y gustara de prẽderle, no se atreuiò a irritar mas su razõ, temiole enojado, y otorgòle la licencia que le pedia. Desde Saldaña comẽçò Bernardo, con los q̃ le seguiã, a vengar sus picaçones, haziendo entradas, y robos en las tierras del Rey. No imitò en esto a Dauid, pues quãdo mas agrauiado de Saul, y quando fugitiuo entre paganos, jamas le ofendiò en cosa q̃ fuesse suya. Pero quiẽ sino Dauid fuera tã mirado? La mucha razon de Bernardo le arrastrò al parecer a estos desaciertos. Como el Rey estaua ya muy viejo, y cansado de las guerras, no pudo resistir a estos bullicios, y mas viendo, que los Nobles fauorecian la parte de Bernardo: mas no por esto afloxò en su tema, ni quiso soltar al Conde, que era el fin a que miraua aquel rebeliõ, no valieron con èl este, ni otros torcedores, q̃ es cosa memorable, y vn exemplar digno de estàr siempre a la vista de todos los que siruen a los Reyes, para no atreuerse ossados a ofender, ni aun con los ojos la casa Real. Por donde entendiò Bernardo mouer al Rey al perdon, le prouocò a mas enojo: y assi, llegandose el fin de sus dias, le dexò de fi-

lle-

heredado de la corona, llamando por sucessor al Reyno a Don Ramiro, hijo del Rey Don Bermudo, que con menos derecho se antepuso a don Alonso. En lleuando la fortuna a vno de vencida, todo es irle despeñando de vna en otra desdicha: esta que hemos dicho fue la mayor para Bernardo, pues se hallò sin padre, sin Rey, y sin Reyno: solo le quedò la vida para llorar sus tragedias, y para sentir reueses de la fortuna. Toleròlos tan prudente, y tan leal, q̃ en tres Reyes que alcançò despues de su tio don Alonso, q̃ fueron el nombrado don Ramiro, y digno de nombrarle por sus virtudes, y hazañas, en quatro años que reynò, y don Ordoño su hijo, y Don Alonso el Magno, hijo de Ordoño, en cuyos tiempos huuo rebeliones, aun de hermanos propios, como fuerõ don Fruela, don Nuño, don Bermudo, y don Odoario, que conjurados contra su hermano el Rey Don Alonso, le quisierõ quitar la vida, y la Corona, delito que pagaron sacados los ojos, y en perpetua carcel. En todo el tiempo, pues, destos tres Reyes, siruiò Bernardo con lealtad, sustentandoles la Corona a esfuerços de su braço. No quiso apellidar derecho, quando se le auia quitado la suerte, antes procurò obligar con nueuos seruicios, por la libertad de su padre. Este querer le obligò solamẽte a salirse de la Corte, y desde el castillo del Carpio, que fundò èl mismo junto a Salamanca, hizo algunos desafueros, de modo, que puso en cuidado al Rey D. Alõso. Huuo sobre esto junta de Grandes en Salamanca, y todos vinieron, en que Bernardo tenia razõ y justicia en pedir de aquella suerte la soltura de su padre. Acordose, que se le entregaran, con tal, que Bernardo rindiesse primero el castillo. Obedeciò al punto, y aceptò Bernardo la condicion. Rindiò el castillo, deseoso de remoçar sus dias entre los braços paternos: mas aqui estuuo el engaño, porque al parecer auia tiẽpo mucho, que el desdichado Conde, brumado de trabajos, era ya muerto; y assi, quando pensò

Ber-

Bernardo verle viuo, le hallò cadauer: a cuya vista no ay q̃ referir las lastimas, y sentimientos q̃ hizo, pues qualquier discurso puede imaginarlos. Viendose, pues, despojado del castillo, y burlado de aquel modo, se passò a Nauarra, y Francia, en cuyas Prouincias, peregrinando de vnas tierras en otras, acabò su vida, embuelto entre lloros, y tristezas. En esto vino a parar aquella valentia, aquel ardor juuenil, aquel blason adquirido. Lastimas, tristezas, penas, fueron el galardon de tantas hazañas, de tantas vitorias, de tantos trofeos. Toda la priuança no pudo recabarle vna merced, y al parecer tan justa, como bien debida: para que con este exemplo, si el de Dauid no basta, sufra valeroso, quié se mira derribado, reueses de la fortuna. Ajuste el que se vè mas caido, sus meritos cõ los deste caualle ro, su valimiento, su priuança, y ponga los ojos en sus aduersidades, y como en espejo, verà a sus luzes, que son pocos sus trabajos, respecto destos agenos. La prudẽcia, y el valor es lo q̃ importa, para no desdezir cada vno de quien es, ni deslizarse a vileza, ni a traicion. Miẽtras mas trabajos, mas cordura, y sufrimiento, y mas el Christiano, pues con la mira en Dios los harà dulces. Y poco importa, que se acabe la vida a manos de la desgracia, quando dura la fama eternidades, sin que la consuman tiempos, ni la borren olvidos.

EXEMPLO II.

Esfuerce nuestra obra otro Bernardo tan leal, como el que dexamos dicho; pero mas desgraciado ojo al caer los que se vèn en la cumbre de la priuança. Gustoso es el subir; pero temase el rodar, que no es gustoso. En aquel tiẽpo calamitoso, y rebuelto, que en Castilla, Aragon, y Portugal, reynauã tres Reyes Pèdros, y crueles todos tres, si bien solo el de Castilla se alçò con el nombre: sobrecriò en

en Aragõ vn famoso Cauallero, llamado Bernardo de Cabrera, señor de las villas de Cabrera, y Osona, y de los pueblos de su Señorio. Su prudẽcia en las cosas del gouierno, su agibilidad en los negocios, y su buen parecer en las materias, vinierõ a grangearle la gracia, y valimiento del Rey de Aragon, temẽdole por el principal Cõsejero: assi en las cosas de cuẽta, como en las mas menudas. En todas dificultades preualecia el voto de Bernardo de Cabrera, no sin embidia de muchos, que començaron a embidiar esta priuança: que esta es la pension de todos los validos, las cargas de emulacion, que echan sobre ellos. En muchos encuentros que huuo con los Reyes de Castilla, y de Nauarra, fue siempre el componedor de las diferencias, y quien reduxo a la paz grãdes discordias; que este deue ser el buen dictamen del Priuado, conseruar en paz el Reyno, aunque se quiebrẽ con algunos derechos, porque del querer lleuar las cosas por los cabos, suele tal vez arriesgarse todo, y aun perderse. Muy biẽ se hallaua el Rey, y todo el comũ con el gouierno de Bernardo, arrastrando a si afectos, y voluntades. Y lo que es mas de admirar deste Cauallero, y en lo que se conocerà, que no le mouia ambicion en el mandar, sino el zelo, y la justicia, es, que mandando lo todo, nunca agregò a sus estados cosa alguna: jugo limpio en la priuança, que es virtud grande; y assi, como los emulos, en materia de interès, por mas que le mirauan a las manos, las vian siempre limpias, no hallauan que objetarle, sino aquello de todo lo quiere mandar, y no reparauan en que lo mandaua bien. Ser libre en su parecer, dar con libertad su resolucion, aunque fuera al Rey, le hizo algo odioso, y fue quizà de donde asieron los emulos para derribarle.

Los cargos con que honrò el Rey a Bernardo de Cabrera, fueron hazerle ayo del Infante Don Iuan, y darle titulo de Almirante de Aragon, La quenta que supo dar de

estos

estos oficios, preguntesele a la fama, ò passe los Anales de aquel Reyno, quien quisiere por extenso ver sus hechos, y virtudes. En lo que mas se trabajò en aquella edad, fue en las guerras tan sangrientas, y crueles, que huuo entre las dos coronas, Castilla, y Aragon, sobre que tantas vezes embiò el Papa Inocencio, sus Legados, Cardenales de cuenta, para vnirlas a la paz, en cuyas hablas, y juntas assistia siempre Bernardo de Cabrera, por la parte de su Rey, que solo a su talento se atreuia a fiar cosas tan graues. Lo desavenido que andaua el Rey de Castilla con sus Grãdes, y cõ sus hermanos, forçados muchos de su crueldad a buscar el amparo de el Rey Aragonès; esto, pues, atizaua el fuego a las alteraciones. Venciò Bernardo de Cabrera, yendo por General, muchos encuentros, reduxo a la gracia del Rey de Aragon al Infante Don Fernando, que fronterizò en la Villa de Iumilla, segun las partes de Castilla, que fue de mucha importancia, por mejorarse los Aragoneses. Mas quando los muchos seruicios parece que pedian de justicia el mayor premio, començò la fortuna, embidiosa, ò nouelera, a irse dexando caer, que esse es el pago que suele dar el mundo a los que vè con mas merecimientos. Fue el caso, que como el año de mil y trecientos y sesenta y quatro, se hallasse algo congojoso el Rey de Aragon en la ciudad de Lerida de las nueuas que tuuo, que el Rey de Castilla su contrario, le tenia sitiada a Valencia, tratò con el Rey de Nauarra, que se confederassen, para hazer resistencia al Castellano. Tuuierõn sus vistas en la fortaleza de Sos, en donde los dos Reyes, y el Conde Don Enrique, que se hallò a los tratos, con animo que tenia de apoderarse de el Reyno de Castilla, por las crueldades, y sinrazones de su hermano, hizieron todos liga, y amistades, siendo de repartir entre los dos la ganancia, que Vizcaya, y Castilla la Vieja, serian del de Nauarra, y del Rey de Ara-

gon,

gon Toledo, y Murcia. Esto se llama hazer la cuenta sin el dueño: repartir la capa agena, sin saber si el de Castilla se la dexaria quitar.

Como Bernardo de Cabrera estaua tan maduro cõ largas experiencias en semejantes cosas, y tenia bien tanteadas las fuerças de cada Reyno, y sabia la inconstancia destas ligas, y amistades, no lleuò bien estos tratos, y pretensas, y assi hablò cõ libertad, en esta forma: No aprueuo por ningun caso esta guerra, ni mi lealtad permita meter a mi Rey, donde para salir, aun no le basten las manos. La paz, y la concordia con el Rey de Castilla, es lo que importa al comun, al Rey, y al Reyno, y lo que parece bien en Principes Christianos, pues quando esto no fuera el mejor medio, ni las necessidades de todos lo pidieran, ni la Religiõ lo aclamara, bastauan los cõtinuos ruegos, y las plegarias pias de vn señor soberano, como el Papa, para hazer el deuer en esta parte, deponiendo las venganças, y amaynando los enojos. Que ha de parecer, que despues de tãta sangre inocente, derramada sin vtilidad ninguna, no mas de por temas, se bueluan à ensangrentar los azeros, en vez de embaynarlos? Demàs, que me espanto mucho, que hallen vuestras Altezas tan facil esta empressa, porque si bien se mira, antes juzgo, que es querer acabar con Aragon, que cõ Castilla, porque aquel Reyno, ya se sabe que es doblado en ventajas, que el nuestro, como, pues, se echarà de su casa, a quien en las nuestras no nos dexa? Nauarra, y Aragon juntos, ya sè de otras vezes a lo que pueden allegar a sustentarse en sus tierras, es muy bueno, pero oponerse a parte mas poderosa, es acabarse. Nadie mejor que yo põdrà por su Rey la vida; mas nadie ha de dezir, que mi Rey la ha perdido por mi. Quando toda Italia, y Francia se estàn burlando de nosotros. de que teniendo a las puertas tantos enemigos de la Fè, tantos Barbaros, que nos estèn molestando, nos estamos consumiendo en guerras ciuiles,

y intestinas, serà razon darles mas materia para que hagan burla? Serà justo darles nueuo motiuo para escarnio? No ciegue la passion animos Reales, ni por venganças agenas se busquen propios daños, que esto, ni Dios lo quiere, ni nadie ha de pedirlo, ni yo he de venir en ello.

Con semejante razonamiento desistiò de aquellas ligas Bernardo de Cabrera, dãdose por muy ofendidos los Reyes de lo que pudieran obligados. El de Aragon, por cuyo vtil miraua el Almirãte, deuiò de juzgar a démaña ir contra su gusto, que los Reyes tal vez, por razon de estado, se desazonan de que les repliquen, aunque conozcan, que es bueno lo que les aconsejan. El de Nauarra, y don Enrique se picaron grandemente, conociendo, que a ellos se hazia el tiro, y que era dezirles por buen modo, los inquietadores, y perturbadores de la paz. Sentidos, pues, murmurarõ de aquella libertad, y como que les haziã cargo al de Aragon, que fuesse tan sufrido con vn vassallo. Los emulos de Cabrera atizauan el fuego, enconando mas los animos, y aun quizà glossando palabras sencillas, y dandolas diuersos entenderes. Segun lo que resultò, no ay duda, sino que al buen Caualiero le leuantaron muchos testimonios, que ay hombres de tan dañada conciencia, que atrueque de salir con la suya, y vengar sus passiones, infernaràn las almas. Fuesse del modo que fuesse, el caso llegò a tanto, que entre tres Principes trataron de matar a Bernardo de Cabrera, y ojalà se executara entõces el pretenso, y a manos de vna traicion acabàra vna inocente vida, para no acabar despues a manos de vn verdugo en vna plaça. El dolor, y lastima que causa esta tragedia, parece estorua a la pluma el referirla. Abreuiarè el sucesso, por no alargar el dolor. No anduuo aquella platica tan secreta, que rugiendose de vnos en otros, dexasse de llegar a los oidos de Bernardo de Cabrera, y aunque como cuerdo, no hizo mouimiẽto del primer auiso, procurò recatado hazer mas cauta-

mente

men: descubriò algunos visos de las tramas, y temiendo el peligro, salio huyendo vna noche de Almudeuar, que era donde se fraguaua aquel fracaso, y tomando la buelta de Nauarra, procurò escaparse. Hasta en esto fue entendido, en no querer, como otros, confiarse de su valimiento de verse Almirãte de Aragon, Ayo del Principe, y amigo del Rey, y el mas priuado. O su coraçon le desengañò en esta parte, ò su grande experiencia le aconsejò lo que le importaua: mas de alguno pereciò por confiado.

Por todos los caminos arma laços la suerte, quando và de mala: assi se los armò este Cauallero, porque vnos Capitanes de a caualllo, que embiò en seguimiento don Enrique, le alcançarõ en Carcastillo, y preso, y cõ buena guarda, le detuuieron, hasta que al cabo de algunos dias, sobre ciertos cõciertos, el mismo don Enrique le entregò al Rey de Aragon. No ay si abreuiar el cuento, y dexar al entendido el pensar, y examinar aquestos lances. Lleuaron preso a Bernardo de Cabrera a la carcel de Corte de Zaragoça, hizosele causa; acusaronle delitos, hizose la probança, no faltariã testigos, q̃ los emulos sabrian buscarlos, y aun quizà los pagarian, que assi suele hazerse, para acabar a vn justo. Oyeronse los descargos, si es q̃ los admitieron, concluyòse para la sentencia, y diòla el mismo Rey de Aragõ, mandando quitar en vn tablado la mejor cabeça q̃ conociò aquel Reyno en aquel siglo. Sentenciòlo assi el Rey, y el Principe don Iuan su hijo executò la sentencia, miẽtras su padre estaua en Barcelona. El Rey condenò al amigo, al Cõsejero, al priuado, al todo de su Corona, y el Infante hizo matar a su ayo, a su maestro, a su segundo padre. Assi paga el mundo a los que siruen mejor, a los que mas se desvelan, a los que trabajan mas. Este fue el fin de vn Cauallero noble, de vn señor tan estimado, de vn Grande tan aplaudido. Nadie fie en las priuãças, por ajustado que viua, por recatado q̃ ande, por Christiano q̃ aconseje, que es

la

la embidia enemigo cruel, que arma siempre muchas zalagardas, dexando en perpetuo lloro al que se viò mas subido, y sepultado en lastimas, a quien se viò mas dichoso,

EXEMPLO III.

Denos el tercer assumpto otro famoso Heroe de Castilla, Ruy Lopez Daualos, cuyos seruicios a la Corona le hizieron harto lugar, y cuya desgracia haze, que duren eternas sus noticias. Salia como de entre las niñezes a gouernar su Reyno don Enrique, a quien por su poca salud llamaron el enfermo, quando Ruy Lopez Daualos con su prudencia, y saber, siendo Camarero mayor, era quien tenia mas mano en todas las materias. Seguian su rumbo Iuan Hurtado de Mendoza, y Diego Lopez de Zuñiga. Entre los tres lo mandauan todo, con embidia mucha de los Grandes, que lleuauan mal auerles cercenado los prouechos que vsurpauan de las Reales rẽtas. Por esta causa començaron a alborotarse, y aun a hablar mal de los priuados, en especial el Duque de Benauente, que auiendose retirado de la Corte, y hecho en Castilla la Vieja algunos desafueros, auiendosele embiado recaudo de parte del Rey, para que se reportasse, diò por respuesta, que no podia lleuar, que se gouernasse el Rey por hombres que poco antes se auian leuantado del polvo de la tierra; tirando en esto a Ruy Lopez, y a sus cõpañeros. Los otros señoras descontentos, que eran los Condes de Trastamara, y de Girõ, y el Arçobispo de Santiago D. Iuan Manrique, assi respondieron lo mismo. Quien quiere gouernar, ha de hazerse desentẽdido a muchas cosas, y hazer gorda la vista. Assi Ruy Lopez callaua, sufria, y gouernaua, mirando por el Reyno lo que estaua en su mano, y procurando con medios suaues, y recaudos corteses sossegar a los alborotados. No hazia caso, si bien se sienten adentro, de palabras di-

chas a las espaldas. Su nobleza era notoria; y assi no queria hazer duelo de lo que no le tocaua.

Honrò el Rey Don Enrique a Ruy Lopez Daualos cõ el titulo de Condestable de Castilla, que vacò entonces por muerte del Cõde de Trastamara, y aũ ay quien diga, que antes que muriesse el Conde, le despojò de aquella dignidad, por darsela a Ruy Lopez. Demàs desto, en ocasiones que se ofrecieron, le hizo su General, en que supo con las armas dar muy buena cuenta de su persona. Quando los Portugueses, el año de mil y trecientos y nouenta y siete, se entraron desenfrenados por tierra de Castilla, hasta llegar a sitiar la villa de Alcantara, saliò a la defensa Ruy Lopez Daualos, embistiò con los Reales, y no solamente los desbarato, y vencio, sino que se les entrò en su alcance la tierra adentro, tomandoles, y saqueandoles muchos pueblos. En el cerco de Miranda de Duero hizo otro tanto aquel año mismo. Amedrentòse tanto el Portuguès de estas dos buelras, que refrenado el orgullo, sentò treguas con Castilla. Mas todas estas vitorias, y buenos sucessos, era soplar mas el fuego de la embidia de los Grandes. Causauales odio los progressos felizes deste Cauallero, pero a mi ver, donde echò rayzes el rencor, fue quando el Rey don Enrique hizo aquella accion tan memorable, y digna de saberse, pues quando no lo atribuyen todo a Ruy Lopez, por lo menos rezelarian, que tuuo parte en la obra. Fue este el caso.

Recien entrado el Rey en el gouierno, y estando en Burgos, saliò en cierta ocasion a caça de godornizes, que era en la que mas se entretenia. Boluiò algo tarde, y aun bien cansado, dizen, y con buena gana de cenar: pero halliò, que no le tenian adereçada cosa alguna. En hombres de menos cuenta sucede esto de ordinario, buena gana de comer, y no auer que: pero en vn Rey de Castilla, y harto poderoso en Reynos que era entonces, no sè que aya su-

ce-

cedido jamàs, sino esta vez. Preguntòle el Rey al despensero, que causa auia tenido, para estar sin comida adereçada? A que respondiò, que no solo no tenia dinero, pero que aun ya le auia faltado el credito, para comprarlo necessario. Quedòse el Rey marauillado de la respuesta, y aũ sentido, y corrido quedaria, por mas que dissimulasse. Hizo pecho a la fortuna, y quitãdose el gauan q̃ traìa, dixo al despensero, que sobre èl comprasse vn poco de carnero, y q̃ con esto, y la caça alimasse la comida. Hizose assi, y miẽtras cenaua el Rey, los pages, y gẽtileshombres que assistian, salvo, que ay quien dize, que solo el despẽsero le sirviò a la mesa, trauaron diuersas platicas, quizà para diuertir al Rey. Vnà fue dezir, que muy de otra suerte se tratauã los Grandes en banquetes, y comidas, y mas aquella noche, que era el combite en casa del Arçobispo de Toledo, pues en que forma es esso? Preguntò el Rey, q̃ estaua atendiendo a todo. Y fuele respondido, que todos los grandes, como el Arçobispo de Toledo, el Duque de Benauẽte, el Conde de Trastamara, D. Enrique de Villena, el Cõde de Medina-Celi, Iuan de Velasco, Alõso de Guzman, y otros señores nobles desta data, se juntauã por sus turnos en explendidos combites, q̃ vnos a otros se hazian, y que aquella noche se hazia la Francia en casa del Arçobispo. Mucho me huelgo (dixo el Rey) de saber esso, y que mis Grãdes se huelguen. Abreuiò con la cena, y disfraçado lo mejor q̃ pudo, le fue a ver lo que passaua. Quien duda, que dexaria de acompañarle, ò irle haziendo lado alguno de sus validos, ò Iuan Hurtado de Mendoza, ò Diego Lopez de Zuñiga, ò su Camarero Ruy Lopez Daualos? En fin a lo de rebuelta, y entre otros muchos que iban à mirar aquella grandeza, se entrò el Rey, y se puso en parte que pudo notarlo todo, los platos sin numero, manjares exquisitos, vinos muy regalados, y todo en abundancia. Fue anotando cada cosa, y en especial las platicas que se mo-

uieron sobremesa, que como no se rezelauan de nadie, refirió allí cada vno las rentas que les montauã sus Estados, y los gujes, y pensiones que tirauan de la Casa Real.

Indignado el Rey, y desabrido en estremo de la conuersacion, boluió a Palacio, reboluiendo consigo, de que forma tomaria emmienda de semejantes desordenes. Pésó vna traça estremada. Mandó, que otro dia corriesse voz por la Corte, que estaua el Rey muy doliente, y que queria disponer su testamento. Juzgo, que tanto por este hecho, como por su poca salud, le llamaron el Doliente. Apenas salió la voz, quando todos los señores acudieron a Palacio, que era el Castillo de Burgos. Tenia el Rey dado orden, que al ir entrando los Grandes, hiziessen salir a fuera los acompañamientos, pajes, y criados. Hizose todo en la forma que estaua dispuesto, y vinierõse a jũtar todos los Grandes en vna espaciosa sala, q̃ admirados, y confusos esperauan ver el fin de aquella estratagema. Estando todos juntos, ahora de medio dia, entró el Rey muy bien armado, y cõ la espada desnuda, mirãdo airado, y seuero. Aqui fue donde el pauor, y el espanto hizo riza en los animos de todos, dexandolos atonitos, y suspensos. Leuantaronse en pie, y el Rey se assentò en su silla, y sitial, y ya sentado, boluióse al Arçobispo, y preguntòle: Quantos son los Reyes que aueis conocido en Castilla? Y esta pregunta misma fue haziendo por su orden a cada qual de los otros. Respondieron vnos, Yo conocì a tres. Otros dixeron: Yo conocì a quatro, y el que mas dixo fue cinco. Replicò entonces el Rey: Como puede ser esto, si yo de la edad que soy, que aun no tengo quinze años, he conocido no menos q̃ veinte Reyes? Marauillaronse todos de oir tal cosa; y prosiguió el Rey, diziẽdo: No, no os admireis, ni pẽseis, que mi dolencia, la que os han dicho que tengo, me haze dezir de tribus. Vosotros, todos, vosotros sois los Reyes de Castilla, en grande daño del Reyno, y en afrenta mu-

cha

cha nuestra; pero yo haré que dure poco el reynado, y que la burla que de Nos hazeis no passe adelante. Entonces leuantò la voz, diziendo: Ola? Llamò a los ministros de justicia, que con seiscientos soldados, que estauan de secreto preuenidos, entraron al instante bien armados.

No ay que referir el miedo q aqui se passaria, pues ello se dize. El mayor valor se quedo sin sangre, y los mayores brios rodaron, como dizen, por el suelo. Todos quedaron atonitos, y pasmados. El de Toledo, don Pedro Tenorio, varon bien esclarecido, como persona de buen coraçon, puestos los ojos en tierra, y no sin lagrimas, pidiò perdon, si acaso en alguna cosa auia errado, y a imitacion suya hizieron lo mismo los demas, ofreciendo en todo la enmienda, y la satisfacion. Dixo el Rey entonces: En que ley se permite, ni en que Anales de España, desde que huuo Reyes, se avrà dicho, ni contado, que no halle yo en mi Palacio que comer, ni que cenar anoche, ni tengan mis despẽseros dinero con q̃ comprarlo, y que aun fiado no hallen quien se lo dè, y que esteis vosotros en explendidos combites, malgastando mis rentas, y gloriandoos de ello? No penseis que es chisme, que no me pago dellos: yo mismo os vi, yo mismo os escuchè, yo lo notè todo. Y assi, para q̃ se conozca, que el Rey soy yo, y vosotros los vassallos, puesto que os miro humildes, y obedientes, antes que salgais de aqui, me aveis de entregar cada vno los castillos que teneis, y pagarme de contado los alcances de mis rẽtas de todo el tiempo que las aveis administrado. Con esto os perdonarè las vidas, que no es poco, quando vuestro deseo en me tiene tan ofendido.

Viendose en tal aprieto, tuuieron por buen partido cũplir todos con lo que el Rey pedia. Ofrecieronlo assi, mas no les dexaron salir del castillo hasta que lo cumplieron, gastandose mas de dos meses en los ajustamientos. Con este medio, y por esta via agregò el Rey a su Co-

rona muchas Ciudades, Castillos, y Villas, que con las rebueltas de los tiempos le tenian vsurpadas. Solo al de Villena le quitaron casi todos los lugares de su Marquesado, en el Reyno de Murcia, como fueron Chinchilla, Villena, Hellin, Almãsa, y otros Castillos, y Villas. Hellin fue el primero que se reduxo a la obediencia del Rey; assi lo dize la tradicion que ay en esto. Con esta maña, y ardid enriqueciò el Rey su patrimonio, y juntò muchas sumas de dinero, que atesorò en el Alcaçar de Madrid. Cortò los brios à los Grandes, y cessaron los leuantamientos, y tumultos.

Rezelosos, pues los mal contentos, de que era Ruy Lopez el dueño de esta obra, cobraronle mayor enemiga, y aunque dissimularon entõces, quando vieron la suya, derramaron el encono. En fin, todo el reynado del Rey don Enrique, que fueron diez y seis años, dos meses, y algunos dias, se mantuuo en su priuança. Muerto don Enrique, que fue el año de mil quatrocientos y siete celebradas las exequias en Toledo, donde fue enterrado, con todo el aparato, magestad, y pompa, que era razon, juntaronse los Grandes à tratar del sucessor à la Corona, con los omenages, y ceremonias que se acostumbrana. Quedò el Principe de solos veinte y dos meses, que se llamo Don Iuan, Segundo deste nombre. La edad tan poca, para gouierno tanto, fue causa de diuidirse en diuersos pareceres: y mas con la mala voz que començaron à darle al testamento, pues con mucho desahogo se dezia, que quando el Rey le otorgò, no estaua ya en su acuerdo. Tenia aun à la vista los passados daños, que se auian seguido por la minoridad de los Reyes, y assi alegauan los mas, que no era justo, por ningun respeto, boluer à exponer la Corona a las tempestades, y daños, que era fuerça se siguiessen. De esto se hablaua en secreto, de esto en publico, en plaças, y corrillos. Pero nadie se atreuia à sacar la cara, ni à dezir el modo, y traça que se auia de tomar; cada qual estaua à la mi-

ra,

ra, esperando que otro hablasse. Considerauan que de no salir bien el lance, se arriesgaua el perderse, y a mi juizio, aunque nadie lo declara, la caida de don Ruy Lopez Davalos (que ya se llama don desde que era Condestable) de aqui le vino, y por aqui le tiraron, viera de otras cosas. Qualquiera lo discurrirà mejor, quando sabida el fin. La mira, pues, que llenauan los que dissentian de jurar al Principe niño por successor, era poner en el trono à su tio el Infante don Fernando, hermano del Rey difunto. Concurrian en este Principe todas las partes necessarias para el gouierno, solo temian, que por su buen natural, manso, templado, y modesto, no auia de aceptar el embite. Determinaron en fin darle vn tiento. Tomò la mano don Ruy Lopez Davalos, por la autoridad de Condestable, y por estar el mas declarado, y hallando tibio al Infante, le hizo en presencia de todos vn razonamiento bien pensado, en esta forma.

Los Grandes del Reyno, que aqui, señor, veis presentes, os combidamos, y ofrecemos la Corona de vuestro padre, y abuelos insignes, juzgando, q̃ es lo que importa al bien, y comun de todos. Vuestro consentimiento falta solamẽte, para que este intento se efetue, y para que en vuestro nombre se leuanten los Estandartes, assegurandoos, que ni aqui ay engaño, ni es querer lisonjear à vuestra Alteza. Ni ay que hazer reparos de si parecerà mal amparar a vn Reyno, que en el peligro que teme, se viene à guarecer de vuestra sombra. Lo que se adquiere por mal camino, es lo que desagrada; pero no lo que se ofrece por buen medio. Mirèmos al origen de los Reyes, y a su naturaleza, y se verà con mucha claridad: testigos tantos exemplos, que pue de quitarsele la Corona a vno, y darse a otro, segun las necesidades lo pidieren. Quando el mundo comenco a poblarse, viuiã los hombres derramados por los campos, à modo que las fieras, que no auia entonces Ciudades, y

pueblos en que hazer comunidad, en malos aduares viuian las familias; y al que se auentajaua en la edad, y en la prudencia, respetauan superior cada vna dellas. Nacieron luego las diſenſiones, y las enemiſtades de vnos contra otros, assi deudos, como estraños: y para assegurarse, y no verse oprimidos de los q̃ descollauan mas en el mando, y el poder, eligieron por cabeça, para que los defendiesse, y amparasse, al de mas valor, de mas brio, y mas prudencia. Este fue el principio que tuuieron los pueblos, este el origen de la Magestad Real, la qual no se alcançaua entõces por sobornos, ni por negociaciones, el valor, la virtud, y la tẽplança preualecian. No passaua la Corona por herẽcia de padres a hijos, sino q̃ por voluntad de todos se nõbraua sucessor. El demasiado poder de los Reyes, vino à causar, que sucediessen al cetro los hijos, y a vezes de pequeña edad, y a vezes de costumbres dañadas, y peruersas. Porque no sè yo que pueda auer cosa mas perjudicial, que entregar a ciegas al hijo, sea el que fuere, los tesoros, las armas, las Prouincias. Y lo q̃ se deuia a la virtud, y meritos de la vida, dallo a quien no ha dado muestra alguna de tener bastantes prendas. No quiero para prueba referir exemplos antiguos, quando chorreando sangre pudẽ verse en nuestras Coronicas. No es bien notorio, que por la muerte del Rey don Enrique el Primero, no sucedió en la Corona su hermana mayor doña Blanca, que estaua en Francia casada, sino doña Berenguela, acuerdo bien acertado, como lo mostrò la santidad, y felizes sucessos de su hijo don Fernando? Don Sancho, hijo menor de el Sabio Rey don Alonso, se antepuso al cetro a los hijos del Principe don Fernando su hermano, por q̃ con sus buenas partes daua muestras de Principe valeroso. Y que ay que tomar exemplo tan antiguo? Vuestro abuelo el Rey D. Enrique quitò el Reyno a su hermano, y excluyò a las hijas de la herencia de su padre. Lo qual, no pudo hazerse, sin

rea

rà fuerça confessar, que los Reyes passados no tuuieron justo titulo, y que fueron Tiranos. En Portugal tambien vimos, que el Maestre de Avis se apoderò de aquel Reyno: y si fue sin razon, y tirania, no es deste pleyto apurallo. Lo que se sabe es, que se ha mantenido en èl contra todo el poderio de Castilla.

Assimismo, en Aragon dos hijas del Rey don Iuan perdieron la Corona de su padre, y se diò a don Martin, hermano del difunto. De suerte, que saco de lo dicho, que fue siempre justo, que mudasse el pueblo, cõforme à la necessidad que se ofreciesse, lo mismo que auia establecido, mirando siempre a lo vtil del biẽ comun. Si combidaramos con el cetro, si dieramos la corona, si ofreciera mos el mãdo a vna persona estraña, sin nobleza, sin partes, y sin meritos, pudierase reprehender nuestro dictamen. Pero quien tendrà por mal, que queramos por Rey a vn Principe de la Real Alcuña de Castilla? A vn Principe, que jaun en vida de su hermano, supo lo que es gouernar? Mirad, pues, no se atribuya antes a mal, que a bien, antes a floxedad, que a modestia, no hazer caso de la voluntad que os muestran grandes, y pequeños. No por escusar el trabajo, desampareis a la patria, que tendidas las manos viene a amararse, y a guarecerse debaxo las alas de vuestra proteccion, considerando los riesgos que vè que la amenaçan. Esto suplicamos todos, esto os pedimos, esto os conuiene, y esto lo que nos importa.

Doble esta hoja el Lector, hasta que yo le auise, porque teniendo a la vista este razonamiento, y este alegato de don Ruy Lopez Dauales, y considerando despues lo que sucede, vea si es mala mi conjetura. Anduuo tan modesto, y recatado el Infante D. Fernãdo, que en ninguna manera quiso acetar el cetro, diziendo no queria dar muestras de ambicioso, è inhumano, desheredando a vn niño inocente, y sobrino suyo, que antes en defensa suya arriesgaria

la

la vida. No empero dexò de mostrarse muy agradecido à los buenos deseos de Ruy Lopez, y de los demàs Grãdes, que le ofrecian con tanta voluntad la Corona. Encargòse, pues, el Infante del gouierno, juntamente con la Reyna viuda, del modo que el Rey don Enrique lo dexò ordenado en su testamento. Mientras gouernò el Infante, tuuo don Ruy Lopez Daualos el mismo lugar, y la misma cabida que tenia antes. Siempre era de quien en todos negocios se hazia mas caso, y èl cumplia tan bien con sus obligaciones, que aun no dexaua à la embidia que censurar mas de traiciones, è infamias, mal podia guardarse. Encendiose entõces la guerra de Granada. Salio el Infante don Fernando por General à reprimir el orgullo del Moro, y don Ruy Lopez Daualos à su lado. Pusieron cerco à la ciudad de Antequera, dieronla muchos combates, hasta que la rindieron, y ganaron. Fue de mucha consideracion esta vitoria, general el regozijo de los Christianos, grandes los aplausos.

Antequera se ganò à 16. de Setiembre de 1410

Siempre el cielo premia la modestia, y assi permitiò, que à este Infante don Fernando, que no quiso la Corona que le ofrecia el Reyno, en perjuizio del que viò con mas derecho, se le viniesse por herencia la de Aragon, Valencia, y Cataluña, que aunque tuuo muchos competidores, y en especial el Conde de Vrgel, q̃ le alegaua mejor derecho, por descender de varon, mirando al primer tronco, no bastò nada para que los Iuezes arbitros, que se nombraron sobre ello, que fue el vno San Vicente Ferrer, natural de Valencia, dexassen de adjudicar la corona à D. Fernando, en que se hallò presente el Papa Benedicto, aquel que en cisma, permaneciò siempre entero en su teson, sin que el poder del mundo pudiesse doblegarle. Y aũque el ascento desse Principe, y su felicidad, fue de suma alegria para don Ruy Lopez, parece que en su ausencia començò à sentir su falta, porq̃ como la Reyna viuda venia à quedar

darse sola en el gouierno de Castilla, quien duda, q̃ auiendo sido Ruy Lopez quien alentò el intento de desheredar à su hijo, dexaria de estar mas q̃ sentida? Mas como quien es prudente sabe tomar los tiempos como corren, fuesse portando al sabor del tiempo. Passaron algunos años, hasta que ya el Rey don Iuan frisaua en los catorze, que por esto, y por la muerte de la Reyna su madre, se encargò del Reyno, con no alteraciones pocas, que al modo de guerras ciuiles se empeçaron a mouer entre los Grandes, pretendiendo cada qual alçarse con el valimiẽto, y aun cargarse de la Magestad, para tener mas mano. Don Alvaro de Luna, sobrino del Papa Benedicto, y quien quizà con ayuda de Don Ruy Lopez llegò à ser page en Palacio, como sagaz, y mañoso, que lo era grande, y como quien se auia criado con el Rey en las niñezes, que es quando las voluntades toman vn genero de parentesco: este Caualllero, pues, se apoderò tanto de su voluntad, que aunque otros, y don Ruy Lopez con ellos, tenian alguna mano, èl lo trastornaua todo.

Del Rey don Fernando de Aragon, que viuiò poco, quedaron muchos hijos, don Alonso el mayor, que sucedió en la Corona, y los Infantes don Iuan, don Enrique, y don Sancho, doña Maria, y doña Leonor. Como el mayor quedò con el Reyno, heredò a los Infantes en los Estados, que de su patrimonio tenia en Castilla. A don Iuan le dió el Estado de Lara, y à Medina del Campo. A don Enrique le dexò á Alburquerque, y à don Sancho a Montalvan. Por este respeto, en compañia de su madre la Reyna doña Leonor, gran señora, se vinieron à Castilla, donde como primos hermanos del Rey, se hizieron todo el lugar que sus partes merecian. Casaron à doña Maria su hermana con el mismo Rey. Y don Enrique pidiò por esposa a la Infanta doña Catalina, hermana del Rey, y prima suya. Hubo alguna dificultad en darsela, y don Enrique, que era brioso, ca-

Leuantò muy malos de Villena, que boluieron à enagenar el Estado, auiédole rescatado antes à dineros, y dioles el Rey don Enrique priuilegio, que jamàs lo enagenaria él, ni sus Successores. Mariana tom. 2. li. 20 c. 12.

si à fuerça de armas, quiso sugetar la voluntad, q̃ aũ desto se vino a desazonar la Infanta, de que pidiesse con amenazas, y con fieros lo que se acostumbra pedirse con alagos, y finezas. En fin salió don Enrique con su pretension: casò con doña Catalina, y dieronle en dote el Estado de Villena, que como dexamos dicho, fue lo que el Rey don Enrique le cercenò al Marques, y antimismo el mayorazgo de Santiago. Con esto vino à quedar el Infante don Enrique el mas poderoso en fuerças de Castilla, como el mas alto en linage, cuñado del Rey por ambas partes, y primo hermano suyo. Arrastrò a su voluntad a los mas señores, y de ellos en primer lugar al Condestable don Ruy Lopez Daualos, que respetando en el hijo la persona de su padre, a ley de agradecido, le fue siempre leal, y compañero. Con las rebueltas, pues, q̃ dexamos apũtadas, fue forçoso auer parcialidades. Don Enrique, con los de su faccion, no pudiendo tolerar las demasias, los desacates, y exorbitãcias que con el poco gouierno del Rey auia en todas las cosas, culpa que generalmente se atribuia a don Aluaro de Luna, como que quiso por fuerça remediarlas. Su ardor juuenil, por mas que se mouiera zeloso, le precipitò a algunas acciones desatentas. Tuuo como cercado al Rey en la villa de Montalvan, y tan apretadamente, que ya los caualllos, y jumentos seruian de vianda á los cercados. Desta, y otras cosas començaron los emulos à leuantar sus torres. Con capa de zelosos, tiraron a destruirlos. Ayudaron al intento falsedades, con que vino a facilitarse la caida.

Acusaron, pues, al Condestable don Ruy Lopez, de auer ofendido a la Magestad Real: el mismo crimen imputaron al Infante don Enrique, y al Adelantado Pedro Mãrique, y a Garci-Fernandez Manrique su hermano, que estos quatro Señores eran las cabeças, y liga de vna faccion. Por mas inocentes que estuuiessen, temiendo el sonido de delito tan atroz. Andauan recatados, y aun casi vnidos sié-

pre. Publicaronse las Cortes para Madrid, aunque el principio dellas fue en Toledo. Citaron para ellas a estos quatro señores: auiaòse mas sa sospecha y temierõ alguna zalagarda: dieron por escusa tener muchos enemigos, y que procurauã huir algunos empeños. Apretòse por parte del Rey la dificultad, y aun se les amenaçò la fuerça, sino iban de grado. Ya comiença a rodar la fuerte: pues los que eran tan temidos, tan respetados, tan dueños, se miran ya temerosos, y cobardes. Don Ruy Lopez, como anciano, y valeroso, como auisado, y prudente, por mas que se animana su inocencia, temiò arriesgar la vida al lance de vna traiciõ, y assi diò de parecer, que ni todos fuessen, ni todos se escusassen, con que en lo vno se asseguranan las espaldas, a lo que podia suceder, y en lo otro se atajaua la calumnia de lo que podian objetar. Con este acuerdo vinieron a resoluer, que fuessen a las Cortes el Infante don Enrique, y Garci Fernandez Manrique; pero que don Ruy Lopez Daualos, y Pedro Manrique, quedassen a la mira en lugares seguros, para acudir al remedio.

Quando rueda la fortuna a la desgracia, casi siempre sucede lo que se està temiendo. Con mucho agrado fueron recibidos el Infante, y Garci Fernandez, aposentaronlos bien: mas todo fue asseguarlos, pues no durò sino vn dia la bonança. Al ir a besar la mano al Rey el dia siguiente los prendieron. Fiaos de buenos semblantes, y de ceremonias: hazer buena cara, y descargar el golpe. A don Enrique embiaron preso al Castillo de Mora, y a Garci Alvarez de Toledo por su Guarda mayor. Grande fue la acusacion, que a estos señores se puso, de traidores a su Principe, y a su patria, y de auerse para ello carteado con los Moros. Contra don Ruy Lopez se affestaron mas los tiros, pues en publica Audiencia se leyeron catorze cartas suyas, escritas al Rey Moro de Granada. La sospechosa caso, la mal dada tuvo la culpa: los otros desgra-

sonados. Los mismos que no querian creerlo, al ver los instrumentos se encogian de ombros. El que mas braueaua en dezir, no puede ser, al ver firma de Don Ruy Lopez Daualos, tragando saliuas, reprimia el incendio del coraje. Los que alentauan la obra contra el inocente, viendo a la suya, toda era discurrir de vnos en otros, mostrando a estos vnas cartas, y leyendo otras a aquellos, todo era inficionar los animos, mouerlos a desazon, prouocarlos a enojo, quitarles la lastima, todo era cõ ahumadas de traicion, apellidar con el vulgo, muera, muera, y todo era en fin echar por el suelo la opiniõ de vn hombre noble, la fama de vn Condestable, el credito de vn valido, las fuerças de vn poderoso. Todo era, si assi puede dezirse, querer mãciliar el generoso trõco de los Aualos, para que las ramas que dèl se desgajassen, impedidas con la infamia, no aspirassen a grandezas. Todo era, digamoslo de vna vez, quitarle la fama, y vida a don Ruy Lopez.

Los Iuezes que se nombraron para esto, priuaron a estos señores de sus bienes, y rẽtas. Pedro Manrique apenas supo lo que passaua, quando dexando a Castilla, huyò a Tarazona. Don Enrique, como era tan gran pajaro aunque estuuo mucho tiempo preso, al fin, cõ la ayuda de sus hermanos, Reyes de Aragon el vno, y el otro de Nauarra, saliò bien de todo. Boluieronle sus estados, sus honras, y sus tentas. Lo mismo le boluieron a Pedro Manrique. Solo don Ruy Lopez fue el mas desgraciado, y contra quien la enemiga tuuo siempre mas teson: indicio claro, que fue el Castillo roquero, contra quien los emulos assestaron mas las lanças. Al punto, pues, que supo el infeliz Caualle ro, lo que passaua en las Cortes, y la prisiõ del Infante D. Enrique, a toda diligencia se retirò a Segura de la Sierra, cuya fortaleza, vallada de inacessibles riesgos, juzgò le daria asylo para assegurarse de aquella tempestad. Lleuò en su compañia, a ley de buẽ amigo, a la Infanta doña Ca-

ta-

talina, muger de Don Enrique, que aunque hermana del Rey agraviado, no quiso dexarla expuesta al riesgo, que podia temerse en tal trasiego de cosas. Aunque la seguridad de el sitio pareció bastãte por algunos dias, como crecia la tormenta, no la tuuo ya Don Ruy Lopez por seguridad. Temia grandemente vna prision, por no dar a sus emulos mas vẽgança, y por no llorar entre grillos sus desdichas, y por no verse quizà en manos de vn verdugo. Estas consideraciones, repassadas con hartos sentimientos a la luz de su discurso, començaron a inquietarle, de manera, que sin fiar de su justicia clara, ni afiançar de su inocencia, dexò a Castilla, y se passò a Reyno estraño. Fuesse a Valẽcia, y en vna casa harto pobre, desnuda de asseos, desarropada de aliños, començò a llorar sus cuitas.

Dexò en Castilla don Ruy Lopez grandes Estados, que fueron Arcos, Arjona, Oforno, Ribadeo, Candeleda, Arenas, sin pueblos buenos, y muchos, con que la Casa ilustre Daualos, se manutenia en su grandeza; mas ya con este reuès de la fortuna, como el soberuio edificio, que herido de el rayo, ò desmoronado con la mucha edad, se viene al suelo, y de sus desperdicios, y ruinas, se suelen ir leuantando nuevas casas; assi cayendo en tierra esta gran casa, por toda excelencia grande, de los Estados muchos que la componian, se fueron apoderando muchas familias ilustres. A muchos hizo el Rey grandes señores con lo que era de vn señor, Duques, Condes, y Marqueses, se vieron dueños de la hazienda de Ruy Lopez. La capa del justo se diuidiò en muchas partes. El mejor giron, que fue la dignidad de Condestable, le tocò por suerte a don Alvaro de Luna. Gran bocado, pero pudiera temer la buelta, y considerar, que lo que no se adquiere por buẽ medio, suele hazer mal estomago, y cosas mal digeridas, arrastran a la muerte. Quizà por no boluerle a quitar a don Alvaro esta dignidad, fue causa, quando se sucriguò el en-

re-

redo, de boluerle a Ruy Lopez sus Estados; y quizà por esto permitiò el Cielo, que la perdiesse despues con mas afrenta.

Ya tenemos a Ruy Lopez despojado de sus honras, priuado de sus Estados, enagenados sus bienes, perdido su credito, dado por aleue, fugitiuo de su patria, desterrado por la agena, negado de los amigos, oluidado de parientes, pobre, en fin en vn rincon, cargado de años, y lleno de desdichas, y ya, si le dexaran con esto, pudierà tolerarse los trabajos mas no les parecia a los emulos, y a los q̃ con su hazienda estauan ricos, assegurauan su particular, sino quitauan de raiz el estoruo. La vida de don Ruy Lopez, aunque en miseria tanta, les daua pesadumbre; y assi, para acabarle del todo, hazian sus poderios, para que el Rey de Aragon le entregasse preso, como delinquente foragido. Embiaronse sobre esto Embaxadores al Rey don Alonso, que estaua a la sazon en la conquista de Napoles, * y oida la peticion, respondiò, que cõforme los fueros de su Reyno, no podia dexar de amparar a todos los que se acogiessen a sus tierras, demàs, que el estar en ellas don Ruy Lopez Daualos, era con saluo conduto que le tenia otorgado, y quebrantarle, seria contrauenir al derecho de las gentes. Dalmacio, Arçobispo de Tarragona, vino a Castilla a traer esta respuesta, que aunque el Rey por su blando natural, la admitiò sin enojo, desazonò en sumo grado a los mal contentos.

*Quando la Reyna Iuana le adoptò por hijo, y sobrellenarse mal, resultaron las discordias.

A estado tan miserable estaua reducida la grandeza de Ruy Lopez, quãdo Dios, que no se olvida de los afligidos, y en lo apretado de las necessidades abre camino al remedio, permitiò se fuessen desmarañando las tramas, q̃ dieró cuerpo al embuste. Rugiase siempre entre los que miran sin passion las cosas, que eran falsas aquellas cartas, que se atribuìan a Ruy Lopez, no pudiendo persuadirse, q̃ en Cauallero tan Christiano, y tan leal cupiesse aquella traiciõ.

Ha-

Hablauase, y oìase esto en muchas conuersaciones, y de el dezirlo assi, y del ventilarlo, no faltò quien discurriera el como podia auer sido. Començòse à tener sospecha de vn Secretario de don Ruy Lopez, llamado Iuan Garcia, hombre al parecer doblado, y de malas mañas. Dadme, pues, si èl auia sido notado desta habilidad en otras ocasiones, ò dadme si por alguna parte saltò alguna centella, que atrozes delitos siempre dexan rastros, ò dadme por el modo q̃ fue, que le echaron preso; hizieronle causa, salierõ graues indicios, condenaronle à tortura, y confessò de plano su traicion, y aleuosia: y como auia falseado aquellas catorze cartas del Condestable don Ruy Lopez Daualos, solo à fin de acabarle, y destruirle, como lo auia hecho. Castigaron, pues, a este traidor con la pena de la ley, bien merecida, mas no por esto restituyeron al paciente su honra, ni su hazienda. Lo que vna vez se quita, tarde, ò nunca se buelue, por mas justicia que aya. Mucho trabajò el Infante don Enrique, libre ya de su prision, y restituido en sus cargos, como queda dicho, por sacar à Ruy Lopez con vitoria, y pagarle su amistad con obras de amigo; pero quien mas se señalò, y quien entre sus blasones puede poner: *Non plus vltra de lealtad*, fue Alvar Nuñez de Herrera, natural de Cordoua, Mayordomo de don Ruy Lopez, en su prosperidad, y en su aduersa fortuna, paciente compañero: estuuo preso como consorte en el delito q̃ le imputaron; saliò libre de su prision, y no tuuo sossiego, hasta que conuenciò à Iuan Garcia de inuentor de la maldad, y como a falsario le hizo executar la pena. Esto concluido, solicitaua con todo esfuerço, y cuidado la causa de Ruy Lopez, no dexando diligencia por hazer, ni perdiendo punto en la solicitud, y lo que es mas digno de memoria eterna, sabiendo la necessidad cõ que viuia, don Ruy Lopez en Valencia, vendiò todos los bienes, alhajas, y preseas que de èl auia recibido, y hecho todo di-

nero, en cãtidad de ocho mil florines de oro, los metiò en vnos maderos de vn telar, que hizo huecos para el caso, à fin, que el negocio fuesse con todo secreto, y cargados en vn jumento, y su hijo à pie, con habito disfraçado, se los remitiò a Valencia, para q̃ se remediasse. Lealtad por cierto merecedora de todos elogios, y poco vsada, aun de los que se preciã mas de agradecidos. Socorrer al que ha cogido la rueda, al que cayò de la priuança, al que no puede valer: con vn pesame suele ayudar el q̃ mas; pero con darle su hazieda, nadie lo acostumbra. Todos les faltan a los miserables; y assi, por dexar a don Ruy Lopez todos sus amigos, pues sino fue D. Enrique, y su criado Aluarez Nuñez, le desampararon todos; no viò acabado su pleyto, aũque viuiò con esperanças siẽpre de ser restituido a su dignidad, y Estados. Era menester desnudar a muchos, para vestir al desnudo: y ropa hecha carne, y sangre en cuerpos de poderosos, tiene muy dificil la restitucion, y mas teniẽdo don Alvaro de Luna, que lo mandaua todo, el mejor bocado en si, qual era la dignidad de Condestable. Pero en vn Tribunal tan recto de Castilla, donde particularidades no tuercen el derecho, como se le niega a D. Ruy Lopez Daualos lo que al parecer es suyo? O sino se le niega, porque se lo dilatan? No se averiguò ya el chisme, y el engaño? No se supo el embeleco? No se castigò al traidor? El Infante D. Enrique no era el mas culpado? No se diò ya por libre? No le boluieron sus bienes? Pues porquè a Ruy Lopez no? Porque suspenso su pleyto? Porque no le sentẽcian? A mi ver, y a mi sentir, la polvora de los emulos hizo aqui su operacion; aqui andaria el chisme, aqui seria el atizar, trayẽdo a la memoria al Rey cosas passadas. Ea, desdoble el Lector aqui aquella hoja, que dexò doblada, aquel razonamiento de Ruy Lopez, sobre querer desheredar al Rey de la Corona, y darsela al Infante don Fernando. No avrian los emulos hecho al Rey sabidor del caso? No tendria

dria el Rey siempre esta brasa en el pecho? No la soplaria la embidia? No se rugiria el ser castigo justo, tomarle el Rey la hazienda de quiẽ quiso quitarle su Corona? Pienselo mas bien el discreto, que puede ser que yo me engañe. Ello es verdad, corriera por vn camino, ò por otro, que à Ruy Lopez, ni à sus hijos, no se les boluiò ningũ Estado. El Rey D. Alonso de Aragon anduuo bizarrissimo en socorrer, y amparar à vn Cauallero tan grande, y a vna Casa tan Augusta. Mientras viuiò D. Ruy Lopez le sustento con sus rẽtas, y à sus hijos, que tuuo muchos de tres matrimonios, los heredò en Italia de grandes Estados. Proceden dellos los Condes de Potencia, y de Bobino; los Marqueses del Basto, y de Pescara. Muriò en Valencia este famoso Heroe, dia de los Reyes, à seis de Enero, el año de mil y quatrocientos y veinte y ocho. Honrò sus exequias el mismo Rey de Aragon, porque el dia, y aparato fuesse todo Real, y Magestuoso. Despues de muerto le dieron por libre de lo que le imputaron. A buen tiempo el consuelo para quien ya no siente. Estas son las priuanças del mundo. Espejo son los exemplos, donde se deuen mirar los mejor afortunados, para ensẽñarse à temer en la mayor bonança, y para saber sufrir en la mayor caida. No es Dauid solo el que grangea odios por priuado, compañeros tiene con que poder consolarse. En Ramata le dexamos con Samuel, entretengase alli vn poco, pues serà razon, que boluamos à ver de la manera que entretiene Michol a los ministros, porque no vayan siguiendo las huellas de su esposo. La mas linda entretenida es que se halla escrita en las historias Sagradas, digna de todo elogio, y merecedora del mayor aplauso. Digamos como passo, pues es muy justo.

CAPITVLO SEXTO.

De la astucia de la Infanta Michol, para salvar à Dauid.

Texto, y Glossa. Ex 1. Reg. cá. 19.

DExamos à Michol con las cuerdas en la mano tendidas por el muro, si con dolor de la ausencia, ello se dize, si valiente en el fracaso, la obra lo pregona. Boluiòse à despedir desde el balcon de quien le lleuaua el alma en el efecto, y luego diligente, y presurosa, ayudada de criadas, que claro està, q̃ sin mucha ayuda no lo podia hazer todo, tomò vna estatua, ya fuesse marmol, ya bronce, de las que en los Palacios suelen tener los Principes por adorno, ò por trofeo, y aliñandole la cabeça de vna piel cerdosa, que en modo de cabellera suplia aquella falta, tendieronla en el lecho de Dauid, y cubrieronla cõ la colcha, y las olandas. Esto assi dispuesto, dexãdo sobre vn bufete vna buxia, cerraron las puertas, y ventanas del aposento, y echòse voz por la casa, que estaua Dauid doliente. Fingiòse la turbacion, y cuidado que suele auer en necessidad semejante, los criados, y criadas industriadas de su dueño, hazian lindamẽte sus papeles; Michol autora de todo, mantenia la tramoya. Vnos entrauã al aposento, otros salian, vno se llegaua al lecho como q̃ hablaua à Dauid, otro la hablaua a Michol, à modo de consolarla: por vna parte publicauan cõ suspiros la dolencia, por otra con ademanes la demostrauã mortal. Los ministros del Rey, q̃ como ya diximos, teniã cercada la casa, esperãdo que amaneciesse, para en leuãtãdose Dauid matarle (por q̃ matar à vno en su cama, era vna torpe maldad de los Hebreos) como vieron el desassossiego de los criados, y escucharõ los suspiros de Michol, y entẽdierõ finalmẽte la causa de dõde procedia el cuidado, quedarõse cõfusos, sin saber q̃ hazerse, por vna parte el mandato del Rey les apretaua, por

Nicol. de Lyr.

otra

tra el ver enfermo à Dauid les detenia: sentian por vna parte irritar mas el enojo de vn señor ofendido, y lastimauales por otra ensangrentar el lecho de vn paciente. Perplexos, pues, assi, no acabauan de determinarse: era ya tendido el dia, y Saul, que inquieto toda la noche auia madrugado a tener mañana alegre con la muerte de Dauid, como aduirtio la tardança, embio nuevos ministros a ver lo que se auia hecho, y con nueua orden, para que se executasse su primer mandamiento.

Llegaron, pues, los ministros de justicia (que cõ la sombra del Rey suelen ser pocos los que miran en respetos) y encontrando con Michol, que prevenida de discreta arẽga, les recibio algo lloroſa, le pidieron por Dauid, hazien dole notoria la orden que llevauan. Michol, cuyo solo fin era dar tiempo a su querido dueño, para q̃ ganasse tierra con la huida, començò querellosa a lastimarse de su poca suerte, y de la enfermedad con q̃ yazia Dauid, postrado en el lecho, todo pesadũbre, todo pena, y todo delazones: fingido este con tãta sal, con tan dilatados periodos, con tãtos parentesis de llanto, que abobados los ministros, y pẽdientes de sus razones, no atinauan a despedirse. Todo era ir haziendo tiempo al intento de Michol, que por las horas le iba tassando a Dauid las leguas. Fueronse en fin los ministros, llevando al Rey por respuesta, y por escusa el estar Dauid doliente, por cuyo respeto no auian executado su mãdato. El Rey q̃ quizà rezelo la maraña, les preguntò, si ellos mismos auian visto a Dauid? Respondieronle, que no; pero que el cuidado, y la turbacion que ardava por la casa, davan bastãtes indicios de la verdad, demas de auer sido la Infanta misma quien les auia contado la dolencia. No puedo creerlo (replicò Saul) y quizà es algun engaño, para suspender mi rigor, por lo qual bolued al punto, y sin respetar el sagrado del lecho, ni tener atẽciõ a la Infanta, traedmele aqui preso, sinuale de silla su misma cama, y en

ella misma desele muerte, sino pudiere hazerse de otro modo.

Con temor, y con verguenca boluieron los alguaziles, considerando el riesgo a que iban expuestos, si tomaua a mal la Infanta aquella befa. Hizieron sus poderios, por disuadir al Rey de rigor tanto; mas viendo, que era echar leña al fuego, boluieron como mandados, que cõ dezir que lo son, se escusan en tales ocasiones. Llegaron con mucha cortesia, hizieron su ceremonia, contaron su desazon, con las demàs arengas, de q̃ suelen valerse los ministros, quãdo van a sacar vn delinquente de la casa de vn señor, que por respeto, ò por miedo sienten la fachada, y temen la salida. Aquello de no quisieramos venir a esto, por el mundo todo, y sino es con mucho gusto de V. Alteza, nos boluerèmos; la obediencia nos trae, sentimos dar pesadumbre, hemoslo escusado, no ha tenido remedio, somos corteses, y obliganos a estragar la cortesia. A estas satisfaciones, que son el A.B.C. de los ministros, correspondio Michol agradecida, y preguntòles a lo que tornauan? q̃ siendo cosa hazedera, y gusto del Rey su padre, era fuerça darles lugar a todo. Entõces el que iba por cabo de la cohorte, dixo, que boluian por Dauid, para llenarle a la presencia del Rey, del modo que estuuiesse. Con semejãte recaudo se dió pie bastante para vn buen rato de dilacion, que en bien lastimadas quexas supo Michol gastarle. Pero en fin, ni estas lastimas, ni estas quexas, ni el mostrarles en el lecho la apariencia de Dauid, siruieron cosa alguna, para que dexassen los ministros de remitir a los ojos, y a las manos el examen, y violencia. Llegaron al lecho amontonados, temiendo, que irritado vn coraçon valiente, hiziesse los desafueros que ocasionaua el rigor; mas quando al leuantar la ropa, y al correr las cortinas, pensaron hazer presa en el cuerpo de Dauid, se hallaron atonitos, abraçados de vna estatua, que los dexò a todos tales,

con

con el miedo, quedando marmoles frios a la presencia de el marmol. Conocieron la burla, aduirtieron en la traça, y boluieronse corridos.

Informado el Rey del caso, ciego de la pesadumbre, y rabiando de coraje, hizo llamar a Michol, que preuenida de escusas llego aunque temerosaa su presencia. Hizola el cargo, diziendo: Porque razon me engañas desta suerte? Para que con fingimientos te burlas de la Magestad, y echas por tierra mi credito? Porque anteponès a la vida de tu padre, la vida de mi enemigo? Porque has hecho, que se huya, quien vendra mañana a matarme, y a quitarme la Corona? Porque en fin, Michol, me doblas los pesares, y aumentas las congojas? A todo lo qual satisfizo Michol con otro nueuo engaño. Que podia hazer, dize, vna muger forçada de vn marido? A vn amagado puñal, y a vna muerte amenazada, quien puede hazer resistencia? Dixome Dauid anoche, quando se vio cercado de tu guarda, q̃ le buscara modo de librarle, que entretuuiesse la gente, y le ayudasse a salirse, dõde no, executaria en mi vida muerte horrenda. A vna resolucion como esta, a vn coraçon despechado, a vn ofendido resuelto, que escusa podia darle vna muger hecha al llanto, y al miedo? Ofrecí le ayudaria, y valime desta traça, pensando fuera entretenida, que apaciguara tu enfado, pero si ha sido yesca al fuego de tu enojo, y todavia en tu pecho arden las llamas de la vengança, fulmina contra mi los rayos de tus iras, que pues Dauid, y yo somos vn alma, con quitarme a mi la vida, le darás a èl la muerte. Si intentas buscarle, matale en mi pecho, que seran las heridas que èl mas sienta, y muerte para mi menos crecida.

Interrumpiò el llanto, hecho en la garganta nudos, las palabras lastimosas de Michol, en auenida de lagrimas fluctuaron las razones, y en suspiros, y sollozos se rematò el discurso. Poca pena le diò al Rey, mas coraje si le diò,

y assi tratò con presteza del despique. A fuerça de las diligencias, tuuo noticia de que estaua Dauid en Ramata, y q̃ la casa de Samuel le seruia de asylo. No aguardò mas, sino al punto despachò personas que le quitassen la vida; pero Dios, que nunca oluidò a los suyos, permitiò, que los mismos que fueron à matarle, quedassen compungidos, y deuotos, cãtando en comunidad de los Profetas diuinas alabanças. Hizieronse a la parte del justo, y no quisieron executar el mandamiento tirano. Despacharon para el efecto a otros mas brauos, y à otros, y todos yendo crueles, se quedauan Religiosos. Hasta el Rey probo la mano, y le sucediò lo mismo, fue à matarle vengativo, y se conuirtiò en piedad toda la ira. Dexemoslo en este estado, y demos viuos à la hazaña de Michol, para que como en dechado aprendan à ser valientes las mugeres nobles, venciendo lo fragil de su naturaleza, con lo grande del afecto; que si la muger honrada es corona del marido, amandole como deue, obligacion le corre en apretados lances, à amparar, y defender la cabeça que corona.

Similes, y exemplos de mugeres valerosas.

EXEMPLO I.

POR muchos titulos es razon que tenga el primer lugar la Condesa doña Sancha, muger de el Conde Fernan Gonçalez, pues fue la primera que pudo igualarse a Michol en las astucias, en lo varonil, en lo bizarro, y hermoso, y en la que primero se llamò señora de Castilla, sin tributar vassallage à Rey ninguno, cuya heredada sangre, mezclada con la Austriaca, resplandece, y rebervera en los Reyes Catolicos de España. Fue esta señora hija de el Rey don Sancho Abarca de Nauarra, bien nombrada en las historias, y à que en el mismo Conde Fernan Gonçalez en campal desafio dió la mano para casar con el, mas

por

por cautela de quien hizo el casamiento, q̃ por otras conueniencias, ni alianças, aunque el color era honesto de borrar assi la reciente sangre de el difunto. Fue este el caso: Doña Teresa, Reyna de Leon, y ya viuda, era hermana mayor de doña Sancha, y hermanas las dos de D. Garcia, que por muerte de el padre sucedió en la Corona de Nauarra. Tenia doña Teresa muy a la vista la muerte de su padre, muy presente el agrauio, muy a los ojos la afrenta. Era de animo cruel, y vengatiuo, y procuraua hallar modo con que despicar sus rabias. Parecióle buena ocasion auer quedado el Conde viudo de doña Vrraca su primera muger, para con el color de ofrecerle a doña Sancha en casamiẽto poder prenderle, y matarle. Estaua la Infanta doña Sancha en Nauarra en poder del Rey su hermano. Supo los conciertos, aunque no entendió la zalagarda que se vrdia en ellos. Era entendida, y viò que le estaua bien el casamiento, pues fuera del Rey no auia mayor señor que el Conde Fernan Gonçalez. Su fama, sus hazañas, y sus hechos le hazian en aquella Era el mas celebre del mundo. Lo galan de su persona, y lo afable de su condicion, era parte q̃ le arrastrauan comunmente los afectos. El Conde tambien no se daua por menos interessado en casar cõ D. Sancha, no solo por sus altas prendas, sino por la dote de gracias con que la adornò naturaleza. En fin, los que auiã de hazer el matrimonio, se hallauan gustosos, y prendados; pero los concertadores miraua a diuersos fines, pues todo el intento iba endereçado a la vengança. El Rey D. Sancho de Leon, y la Reyna su madre, ca ni miraua a lo secreto, pues con agena mano buscauan el castigo. El Nauarro era fuerça auer de sacar la cara a la traicion, manifestando las tramas de su engaño en vna fea ronpida. Estaua el casamiento a todos tan a cuento para olvidar rencores, para sossegar motines, y para hazer amistades, que ni el Conde sospechò el engaño, ni nadie adiuinò la maldad,

dad;mas quien preuendrà trayciones, y mas de perſonas grandes?

Hechos,pues,los aſsientos,y ajuſtada la materia,ſe partiò el Conde a Nauarra a cumplir el trato,en el lugar que dexaron aplaçado para celebrar las bodas,y para hazerle la entrega de ſu eſpoſa. Lleuò acompañamiento lucido, pero todos ſin armas,que era eſta vna de las condiciones, por euitar alborotos,que entre gẽte de diuerſas naciones, y mas tan opueſtas como Caſtellanos, y Nauarros ſuelen ſuceder de ordinario.Eſte fue el color,pero no fue eſte el fin,ſegun lo que ſucediò,porque apenas el Conde, bien ageno de ſoſpechas,llegò al lugar ſeñalado de las bodas, quando en vez de hallar fieſtas preuenidas,hallò preuenidas armas;en vez de ſaraos,hallo eſtrepitos Marciales,en vez de guſtos priſiones,y en vez de talamo vna obſcura carcel.Hizo prẽderle el Rey,faltando à la fe,a la lealtad, y a la razon.Obra fue de cuñado,aunq̃ mala obra. La Infanta D.Sancha,que como queda aduertido,no tenia parte en la traicion,ſe vino à hallar como nouia de comedia, que ſolo dura miẽtras ſe repreſenta.Halloſe corrida,y conociò,que ſu boda no auia ſido mas de vna maſcara, con que encubrir el engaño.Como era auiſada,comẽçò à diſcurrir en la materia,diziendo: Como, que me echen à mi por capa para vengar paſsiones?Que me ofrezcan por muger de quien intentan matar? Que hagan a mi hermoſura cebo dulce,para atraer al laço a quien ſe mediò por dueño?Que venga yo a ſer cauſa,de que ſe venga el Conde à manos de ſus contrarios,y que pierda la vida en que tẽgo mi mitad?Por quien me tendrán a mi los que ſupieren el caſo?En que opinion quedarà D.Sancha de Nauarra?Si el Conde matò a mi padre,fue riñendo como honrado, no con traicion le matò: y aſsi el deſpique,buſquele mi hermano el Rey,lança a lança,y cuerpo a cuerpo,no con falſedad,ni engaño:y ſi acaſo no le atreue,menos q̃ con eſtas

tra-

traças, no me meta à mi en la aleuosía, ni haga a mi casamiento capa de su ruindad. El Cõde es ya mi marido, que aun sin vernos, mediante las voluntades, se han desposado las almas; y assi, mas obligacion vengo a tener al Conde, que a mi hermano; aunque se atrauiesse vn mundo, es vn marido antes, y pues me le dieron tal, procurarè defenderle à costa de mi vida.

Con estas, y semejantes razones sentia D. Sancha a sus solas la burla de su hermano, la prisiõ del Conde, y el credito suyo, y procuraua modos para vna grande hazaña. Era animosa mucho, hallauase enamorada, y viase reuuelta, q̃ no venceria? Tal fue su maña, tal su astucia, tal su animo que preuiniendo llaues, engañando guardas, y assegurando caminos, sacò al Conde de la carcel, y haziẽdole ladò, no solo de muger, sino de valiente, que en todo era estremada, se partieron a Castilla, dexãdo burlados los designios del Nauarro, y de su hermana D. Teresa, q̃ sabidores del caso, don Garcia comẽçò a apercibirse para la guerra, que era fuerça que le diesse el Cõde, y doña Teresa en Leon, comẽçò à urdir nueuas tramas, para auerle a las manos, y vengar sus iras. Còmo quien escapa huyendo, y mas de enemigo poderoso, y por sus mismas tierras, biẽ assi como Dauid, quando huyendo de Saul caminaua à Ramara, marchauan a toda prisa el Conde, y su amada compañia, harto alliuio para oluidar la pena, y harto gusto para no sentir el cansancio; porq̃ lleuar a la vista el dueño de la libertad, y dueño tan del alma, es huir con comodidad. Cõ menos sentimiento huyera Dauid, si le fuera haziendo ladò su hermosa Michol. En fin, por torcidas sendas, por caminos menos vsados salieron de Nauarra, y llegarõ à Castilla, donde es indecible el contento, y alegria, de q̃ se llenaron todos, el señor, y los vassallos, que à fuer de leales, iban ya por la raya de Nauarra, reuelros a no boluerse sin su dueño. Aumentò con mas alboroço los placeres la vis-

ta de tan hermosa señora como D. Sancha, y saber la bizarria con que auia andado su animo valiente. Llegaron à Burgos, donde se celebraron las bodas con todo genero de fiestas, y regozijos.

No aguardo el Rey de Nauarra, q̃ se apercibiera el Cõde, y fuera à su casa a buscarle, sino que con la mayor presteza que pudo, juntò toda su gente, y quiso a declãarse, fulminando amenazas muchas en despique de la burla de su hermana. Con estos buenos azeros, llegò a las frõteras de Castilla, donde ya el Conde, no menos apercibido, salio à recibirle. Dieronse la batalla campo à cãpo, en que saliò el Conde con la victoria, y el Rey D. Garcia quedò vẽcido, y preso, que fue lo que sintiò mas; q̃ venir à manos del enemigo, y cuñado, y agraviado, son tres males juntos, y terribles todos tres. Nadie pretenda agraviar, q̃ por los mismos filos permite muchas vezes el cielo el desagravio. D. Garcia prendiò al Conde, yendo sobre el seguro de su fe, y à vn bayben de la fortuna se viò prisionero del mismo q̃ auia agraviado. Trezc meses se le oluidaron en la prision, y sino fuera por lagrimas, y ruegos de su hermana D. Sancha, passara mas adelante. En fin, el Conde se dexò vẽcer, y puso en libertad à su cuñado, que cada vno en las ocasiones haze como quien es, y no ay victoria mayor, q̃ vencerse à si mismo vn ofendido. D. Garcia se partiò a Nauarra, y D. Sancha diò las gracias al Conde del fauor hecho a su hermano, que aunque no se lo deuia en correspondencia, puede mucho el derecho de la sangre en los peligros.

La Reyna D. Teresa, pesarosa de lo mal q̃ se le auia logrado su intencion, por no auerle sucedido como pensaua, la zalagarda que armò al Conde en el casamiento de D. Sancha; determinòse cruel à armarle nuevos lazos. Libreos Dios de vna muger vengativa, y mas si es poderosa, porque hasta conseguir lo que desea, mouerà el infierno. Persuadiole, pues, à su hijo el Rey don Sancho de Leon, à

que

que facassen la cara contra el Conde, y q̃ vengasse la muerte de su abuelo, con hazerle siquiera morir en vna carcel, entre cadenas, y grillos, que suele ser vna muerte prolongada, y mas penosa. Diole la traça, con que sin derramar sangre, ni costar ruidos podia auerle a las manos facilmẽte, y esto era llamãdole a las Cortes del Reyno, a que a ley de vassallo estaua obligado à acudir siẽpre que le llamassen. En esto solo eran sugetos los Condes de Castilla à los Reyes de Leon, en aquella edad, del qual dominio se libertò el Conde de alli à poco, por desquite de vnas cuentas. Y fue el caso, que en las Cortes que tuuo este mismo Rey en Leon, el año de nouecientos y cinquenta y ocho, le vendiò el Conde vn caualllo, y vn azor, ambos animales estremados, que aunque se los ofrecia graciosamente, viendo al Rey aficionado, no quiso recibirlos menos que por venta, en la qual se puso vna condicion terrible; que caso que no se pagasse el precio, el dia señalado, por cada dia que passasse, se fuesse doblando la paga. Passaronse muchos años, y al cabo de ellos, pidiendo el Conde su deuda, y nombrados por el Rey sus Contadores, para hazer la paga, hallaron que subia tanto la suma, que con todos los tesoros Reales no auia para pagar. Y assi vino à concertarse, que en recompensa de la deuda, quedasse libre Castilla, sin reconocer en adelante vassallage alguno a los Reyes de Leon. Cosa de chança parece, sino lo contaran por verdad las historias de España, y Autores de mucho credito, poner vn vassallo sobre cosa tan menuda condiciones à su Rey, y executarle por ellas: pero no ay que espantar, que eran aquellos tiempos mas sencillos, y no se reuerenciauan las Magestades como aora. Demas, que como fue gusto de vn Rey, no ay que andar en disputas sobre gustos. Boluamos à nuestro cuento.

Llamò, pues, al Conde a las nueuas Cortes, fue à ellas con poca voluntad, que escarmentado de la traycion pas-

passada, lo juzgana engaño todo. Como lo temiò vino à sucederle. No le saliò a recibir el Rey como solia, y al yrle à besar la mano, le hablò muy malas palabras, dixole muchos oprobios, y muchas pesadumbres; que quien tiene buena gana de reñir, en poca ropa halla bien en que cortar, quanto y mas donde auia tanta materia para desazones; la muerte de su abuelo don Sancho Abarca, la prision de don Garcia su tio, y el auerse traido à D. Sancha a hurto del hermano, cosas que con poco color parecian demasias. En fin le hizo poner en prision, y à buen recaudo, causando harta turbacion en los animos nobles. Sola la Reyna doña Teresa, viendo cumplido su deseo, no podia cõtener la alegria, lo que a todos fue pesar, le sirviò de placer. La Condesa doña Sancha, sabido lo que passaua, tuuo el sentimiento que puede presumirse de vna muger q̃ sabe sentir, y amar; que no todas las que aman lo saben sentir. Como era tan astuta, no quiso reducir à tropelia sus sentimientos, ni hazer alardes de guerra, que en vez de cura enconassen mas las llagas. Considerò prudente, que aunque sus vassallos erã muchos, y leales a fuer de Castellanos, se hallauã sin cabeça, que las fuerças del Rey eran mayores, y que assi en tales casos era cordura vsar antes de maña, que de fuerça. Reboluiò, pues, consigo muchas traças, buscò todos los ardides, è inclinòse al mas sutil, y menos peligroso. Fingiò querer ir en romeria a Santiago, porque la prision del Conde tuuiesse buen sucesso. Vistiòse de peregrina, que dãdolo mucho mas en la belleza, que a la q̃ es hermosa, hasta humildades del traje suelen parecer galas, y asseos. Partiò, pues, de Burgos con la compañia decente a su persona, * y como el camino recto era por Leon, donde tenian preso al Conde, que era el norte de sus passos, enderezò alla la proa, pidiendo el salvo conduto, que es costumbre. El Rey quando lo supo, admirado de la nouedad, quanto pagado de la fineza, saliò-

* Dos dueñas, y dos Caualleros ancianos, todos en traze de peregrinos iban con ella. Pero algo atràs encubiertos caminauan quinientos hombres armados, segun se fiere Iulian del Castillo en sus Reyes Godos, lib. 3. disc 9

la

à recibir como à tan gran señora, y tia suya, y hospedò-
la amorosamente en su Palacio; que no porque aya desa-
zones entre deudos, se ha de faltar à la cortesia, y mas con
las mugeres. Tuuieron sus hablas, quien duda que de to-
das las materias, en que doña Sancha con sagaz modo, an-
tes se mostraua pesarosa, que agrauiada, dauase por infe-
liz, sin darse por quexosa: iba à rogar, y assi procuraua ha-
zer la razon del poderoso, que andarle con replicas, fuera
desazonarle, y echar à perder el ruego. Pidiòle, pues, so-
bre mesa, con instancias muchas, con lagrimas no pocas,
la dexasse visitar a su marido, siquiera por consolarle en su
prision, ò por hablarle siquiera. La peticion era tan justa,
el ruego tan honesto, que no hallò escusa el Rey para ne-
garlo. Diòla licencia para estarse con èl toda aquella no-
che, que era lo que la Condesa desseaua, no para holgar
con el Conde, como pensarian todos, sino por lograr lo
honrado de su intento.

No ay para que referir los jubilos, y alegrias con q̃ los
caros consortes celebraron festiua aquella noche, y mas
quando supo el Conde la traça que lleuaua embebida la
visita. Al começar el dia a dar los primeros passos en cre-
pusculo de luz, por entre las negras sombras, salió el Con-
de de la carcel, vestido de los adornos mugeriles de doña
Sancha, y dissimulando bien el que era ella, sin que guar-
das, ni porteros hiziessen reparo alguno, porque como la
Condesa se auia puesto los vestidos del Conde, y le salió
acompañando hasta la puerta sin luz, y aũ no claro el dia,
hablando en su misma voz, que por no perder la jornada
se iba a aquella hora: el mas despierto ministro se engaña-
ra, y el mas auisado no diera en el enredo; pues hasta alli
no se sabe en las historias Diuinas, ni humanas, q̃ aya auí-
do otro exemplar. Solo nuestra Michol pudo ser remedo,
y pauta desta hazaña, bien parecida en todo, como puede
verse, ò sino comparadas las dos con honra de toda Es-
paña,

ña, y gloria de Castilla. Michol discreta, y hermosa. Doña Sancha tambien harto hermosa, y bien discreta. Michol de animo varonil, de disposicion valiente. Doña Sancha bizarra, y valerosa. Michol, hija de vn Rey, è Infanta de Judea. Doña Sancha hija de vn Rey, è Infanta de Nauarra. Michol dada en casamiento à Dauid cautelosamente, con intencion de matarle al resarcir la dote. Doña Sancha, ofrecida por muger al Conde Fernan Gonçalez, solo cõ engaño para prenderle, y hazer que perezcesse. Michol, muger del Heroe mas famoso que tuuo Palestina. Doña Sancha, muger del mas celebre Campion que tuuo España. Michol muy enamorada, y fina a su marido. Doña Sancha muy fina, y enamorada. Michol descuelga a Dauid por la ventana, para librarle del Rey su padre. Doña Sancha saca al Conde casi acuestas de la carcel de Nauarra, para librarle del Rey su hermano. Michol viste vna estatua con los atauios de Dauid, con que engaña à los ministros, en tanto que se huye. Doña Sancha se viste à si misma cõ los vestidos del Conde, y à èl le disfraça con los suyos, con q̃ engañados los porteros se escapa de la prision. Hasta aqui corren parejas estas dos Infantas: mas en el vltimo aprieto juzgo que à nuestra Condesa cedio las armas Michol, porque ella fingiò con el Rey su padre, q̃ auer hecho aquel engaño, fue porque Dauid la auia amenazado de muerte, sino le fauorecia con modo que se saluasse; pero D. Sancha no solo no fingiò auerla forçado el Conde a aquella traça, sino que con muchos bries se hizo autora del engaño, y ofreciò por èl su vida al filo de la muerte. En fin Michol temiò algo; pero doña Sancha ninguna cosa temiò. Boluamos à nuestra historia.

Disfraçado, pues, el Conde con los vestidos de D. Sancha, con reboço el rostro, y bien dissimulado, saliò de la pieça donde estaua preso, y baxando à vn zaguan, segun l or den que la Condesa le auia dado, hallò vn cauallo pre-

preuenido, y dos hombres de valor, que le assistiessen: subio, pues, en èl, y a toda priessa con el secreto q̃ les fue possible, caminaron al monte de Somoza, donde hallarõ quinientos Caualleros bien apercibidos, que auia dexado en zelada la Condesa. Quedaron admirados, quando vieron al Conde, y supieron la traça con que auia escapado, que la Condesa à nadie auia reuelado su disignio, por ser prudente hasta en esto; que en casos semejantes, aun al mas amigo no es seguro descubrir el coraçon; porque quantos quebraron el amistad, por la golosina del interès? Quantos por acomodarse vendieron a sus amigos? En casos arduos, obseruar la sentencia de aquel Capitan valiẽte, que dezia, que si su camisa supiera lo que tenia dentro de su pecho, la quemara. Finalmente, alborozados con el repentino placer, besaron la mano al Conde, y caminaron juntos à Castilla à preuenir armas, y gente, para boluer à Leon por la Condesa. No fue menester, porque sucediò mejor que se pensaua.

Venido que huuo el dia, entraron à visitar al Conde algunos de estos que suelen comer à costa de el preso, y se nombran camaradas, siendo vn grado menos que corcheres. Entrarian, claro està, a darle los parabienes de la buena noche. Lleuaria cada vno preuenida su chança, con que tener vn rato de passar tiempo. El Alcaide lleuaria quizá los grillos en la mano, ò a lo menos el martillo, para boluer a echarselos, q̃ en aquella edad, aun con personas Reales, no se trataua de prision, menos que cõ grillos. Auia mandado el Rey quitarselos al Conde aquella noche, por contemplacion de la Condesa, que no fue de poca monta, para lograr el lance. Como hallaron, pues, a otro Conde nueuo, mas muchacho, y mas hermoso, que le representaua doña Sancha con mil gracias, se quedaron atonitos, sin saber que hablarle. La Condesa, con lindo despejo, les quitò la turbacion, diziendoles, que no se

marauillanse de aquella mudança, quando en lugar de el preso, se quedaua ella por prenda; que le auisassen al Rey, para que si en aquello auia auido culpa, la penasse. Fuerõ cõ el recado: y sabido por el Rey lo que passaua, diò lugar a su enojo, y hizo muchos sentimientos. Pero como la razon sugeta à la ira, y el buen discurso atropella la passion animados ya los primeros mouimientos, fue el mismo Rey à la carcel à visitar a la Cõdesa. Hizola cargos del engaño, que con los ele mucho, y ella satisfizo con donayre, diziendo: Yo, Señor, a fuer de muger honrada he hecho lo que deuia, librando a mi marido, cosa que si la mirais desapasionado, antes es digna de premio, q̃ de pena: mas si lo juzgais delito, en vuestro poder estoy, hazed lo que mandareis, que a todo me hallareis dispuesta. Quedò el Rey gustosissimo de oir tales razones, y con tãto valor dichas: y assi deponiẽdo ya el enojo, le aplaudiò el hecho, y le leò la hazaña, y atribuyòse à si la culpa de auerse dexado engañar. Lleuòla à Palacio, donde la regalò mucho, y luego con muy lucido acompañamiento, la mandò lleuar al Conde, que en recompensa desu cortesia, oluidò la vengança de su prision, y repartiò grãdes joyas a todos los Caualleros que vinieron acompañando a la Condesa.

Estas hazañas se cuentan desta Infanta valerosa; pero serà razon, q̃ antes que cerremos el discurso, digamos el cuento que le passò con vn cierto Arcipreste de Nauarra, que es donoso, y es valiente, pues donayre, y valentia se alçaron con la vitoria. El caso es este. Quando D. Sancha libròla primera vez al Conde de la prision, en que el Rey don Garcia de Nauarra su hermano le auia puesto, por aquellos rencores que quedan referidos, escaparõ de Castroviejo, cuya fortaleza era la carcel, solos los dos, y a la media noche, q̃ un criado ninguno no deuiò de atreuerse à fiar la Infanta cosa de tãto peso. Deuia de saber la poca fidelidad que ay en criados, y assi antes quiso de en-

gañar a los que algo fio. El Conde de las prisiones salia tã lastimado, que apenas podia mouerse: buen ligamento en caso de tanta prisa. la Infanta no desmayò por esso; antes animando el brio, y mas como enamorada, le iba llenando acuestas muchos ratos, siendo la primera Eneas, que con vn marido al ombro borrò piedades de Anchises. Que mucho que el Troyano saque a su padre acuestas de entre llamas, si ay Condesa de Castilla, que saca a marido en ombros de entre riesgos? Cogioles, pues, el dia, y considerando el peligro, si alguno los topaua, emboscaronse en vn monte, para desde alli escondidos procurar algun socorro: mas como a los desdichados jamas la fortuna alli uia, antes les tira la soga, armoles en la maleza vn fuerte laço. Andaua caçando por el mõte vn Arcipreste, y viniẽdo acaso por aquella parte, y descubriendo caça mejor, que a la que con fatigas le arrastraua el deseo, acercòse a los consortes, que agenos del trance, estauan entretenidos en repartir sus cuytas. Con lo conociò, que eran el Conde, y la Infanta, adiuinando el sucesso, començò a mofarse, y desabrirse. El Conde entonces cortès, y comedido, doña Sancha amorosa, y lastimada, le rogarõ con instancia, que no los descubriesse, ofreciendole para otro tiempo la paga de aquel fauor. Pero el Arcipreste, brindado de la ocasion de ver al Conde tan impedido, y sin armas, y a la Infanta tan hermosa, y que solo en su silencio estriuauan sus dos vidas, dexose llenar de vn pensamiento infame, y dixoles, que menos que no gozasse a la Infanta, auia de dar noticia, y hazer que los prendiessen. Delicada condicion para vn trasquilado hornado! Cruel atreuimiento para vna matrona honrrada! Bien parece, señor Licenciado, dixo el Conde, que me mirais hollado de la fortuna, y sujeto a vuestra cortesia, pues por tan infames medios quereis que cõpre la libertad. Quando fuera mal vidas las que yo tuuiera, antes las echara todas a la muerte,

que diera consentimiento a lo que aueis pedido. Idos en buen hora, y hazed lo que os diere gusto, que boluer a la prision es el vltimo mal que puede sucedernos, y serà mas tolerable, que permitir demasias.

La Infanta, en cuyo ingenio afiançaua cosas grandes, considerando el peligro, si los descubrian, quiso valerse de vna astucia braua. Pusose pensatiuo vn rato, y como q̃ auia deliberado lo que estaua mas a cuento, encogiẽdose de ombros, y dando mil suspiros, le dixo al Conde, que se retirasse a vn lado, por si podia mejor àsolas vencer aquel imposible. Obedeciòla el Conde, bien satisfecho que iba seguro su honor. Entonces la Infanta tomòle las manos al Arcipreste, ademan muy ordinario de muger enternecida, que quiere hazer algun ruego. El abrasado mas al tacto de la nieue, quiso encadenarla al pecho con los braços; pero la Infanta con varoniles brios, le trauò dellos cõ tãta fortaleza, que no pudo desasirse, por mas que lo pelcò, y llamando al Conde, acudiò cõ toda prisa, y cõ el mismo cuchillo de monte, que lleuaua el Arcipreste, le quitò la vida, castigo merecido de su culpa. Esto assi acabado, subieron en su quartago mismo, y marcharon a Castilla, como queda dicho. De muchas mugeres se cuentan bizarrias, y hazeças grandes. La otra Reyna de Ponto, muger de Mitridates, con disfraz de hõbre, fue siguiendo a su marido por montes, y soledades, quando derrotado de su fortuna aduersa, andaua huyendo. Cornelia tambien, desde la Isla de Lesbo, hasta Egipto, fue en seguimiento de Pompeyo su esposo, quando escapò vencido de la batalla memorable de Farsalia. La Reyna Dido, por guardar la fee a su marido Sicheo, aunque difunto, se arrojè a las llamas, por no venir a los braços del Rey, que la perseguia de honesto. La muger de Asdrubal hizo otro tanto, por no exponer su honor a vna desdicha. Mas ni a las hazeñas destas, ni a ninguna otra quiero ceder ventajas doña Sancha.

EXEM-

EXEMPLO II.

Hagamos lugar entre mugeres valientes à la Reyna mejor que conociò Castilla, honra de España, y gloria de mil Reynos, que con esto se dize, que es doña Isabel la q̃ se alçò por excelencia con el blason de Catolica. Son tan conocidas sus virtudes, tan notorias sus proezas, y tan celebradas sus bizarrias, que para no cansar con lo que todos saben, recogerèmos las velas al discurso, y harèmos solamente apuntamientos de lo que requeria espacios grandes. Naciò en Madrigal esta esclarecida Reyna el año que se contaua de mil y quatrocientos y cinquenta y vno. Fueron sus padres el Rey D. Iuan el Segundo de Castilla, y la Reyna D. Isabel, hija del Infante de Portugal. Criòse en tiempos bien calamitosos, y rebueltos, y esto quizà la hizo mas auisada, que en los trabajos suelen acrisolarse las virtudes, como en los ocios se estragan. En Arevalo passò sus niñezes sin pompas, ni regalos, acompañada de la Reyna su madre ya viuda. Como el Rey D. Enrique su hermano (a quien dieron renombre de impotente) estaua sin sucesion, pretendieron muchos Principes casar con ella, vnos por la expectatiua del Reyno, otros por su singular virtud, discrecion, y prudencia. Don Carlos Principe de Viana estuuo muy adelante. Atajòle la muerte los passos, y el Rey de Portugal estuuo bien apique de lleuarse la joya. Pero quien recibiò ya los parabienes, aunque con menos titulo, y con mucho menos gusto de la esposa, fue el Maestre de Calatraua don Pedro Giron, señor de Vruña, y de Ossuna, muy gran personage en aquel tiempo, como en los nuestros Grande.

Era este Señor la principal cabeça de los amotinados contra el Rey don Enrique, quando sobre sus temas, y debates aclamaron en Avila por Rey al Infante don Alõso, cosa harto lastimosa, y en que la lealtad de Castilla perdiò

harto. Por modo, pues, de paz, y para sossegar aquellos bullicios, se llegò à cõcierto, en que casando a la Infanta doña Isabel con don Pedro Giron, se rindiessen los rebeldes, assi el Maestre, como el Marques de Villena su hermano. Diò este consejo el Arçobispo de Seuilla don Alonso de Fonseca. El Rey don Enrique se via tan a maltraer, que vino muy bien en ello. Con esto efectuaron el trato, sin hazer la cuenta con la nouia. Lastimauase la Infanta de que sin saber su gusto la casassen, que al passo que era humilde, tenia en su razon de estado muy altos los pensamientos: y assi sentia discreta, que siendo hija de Reyes la hiziessen muger de vn vassallo. Diò, pues, en melancoliçarse, diò en afligirse, regando con muchas lagrimas el suelo, y embaraçando el ayre con lastimados suspiros. Como la viò de aquel modo su Camarera mayor, llamada doña Beatriz de Bobadilla, preguntòla la causa de su llanto, de su pesar, y tristeza? A que respondiò estas tan sentidas, quanto valientes razones.

No aduertis doña Beatriz en la corta suerte de mi estrella, no reparais en la desventura mia, que siendo hija de Reyes, y descendiente de tales, y con harta esperança de suerte mas dichosa, me intentan casar (corrome de dezirlo, no quisiera hablarlo) con vn hombre tan inferior à mi altura, de prendas tan baxas, respecto de lo que soy? No he de sentir esta afrenta? No quereis que llore esta desbonra? El dolor no me dexa dezir lo que quisiera: la pena à la garganta me ahoga las razones: no puedo de sentimiento passar adelante. Respondiò doña Beatriz, por consolarla: Ea, señora, no os affligais de essa suerte, que quizà no serà assi como os han dicho, ni Dios permitirà, que os dèn marido à disgusto: *No, no lo sufriré* (replicò con mayor brio la varonil matrona, sacudiendo el llanto) *No serà lo que intentan por mas que lo deseen, porque à no auer mas remedio, con este puñal, que mirais desnudo, juro quitarle la vida, quando*

Temblòla Camarera al ver el azero, y al oir la resolucion, y como la boda deuia de estar muy cierta, temiòse de vna desgracia. Pero Dios, que guardaua joya tan rica para mas precioso engaste, remediò aquel peligro facilmẽte. Caminaua ya el Maestre a toda diligencia desde su villa de Almagro, para efectuar de todo el casamiento, quando subitamente le assaltò vna fiebre aguda, que con mucha breuedad le quitò la vida. Si fue permision del cielo por las plegarias deuotas de la Infanta bella, juzguelo el curioso, que el vulgo assi lo dezia, porque como aborrecia aquel casamiento, y estaua resuelta a hazer vna locura si se efectuaua, y Dios la tenia preuenida para pilastra de la Fè al lado de otra Catolica coluna, quizà la Diuina Magestad quiso por este medio quitar aquel estorno.

* *D. Alõso Carrillo y Acuña, hijo de Lope Vazquez de Acuña, que de Portugal se vino à Castilla, y tio de D. Iuan Pacheco, Marques de Villena. Fue grã persona, de gran coraçon, aunque muy dessassossegado, por lo mucho q̃ dió en q̃ entender à Espaã.*

Corrian a esta sazon vnos tiempos miserables, porque como la casa Real, por el poco miramiento de la Reyna, y por el mucho descuido del Rey, andaua llena de afrẽtas, los Grandes alborotados, intentaron del todo quitarle a don Enrique la Corona. Alçaron por Rey en Avila al Infante D. Alonso su hermano, como ya aduertimos. Quexòse el Rey al Pontifice. Descomulgò a los Grandes. No bastò esto, muriò don Alonso, y aun no se sossegaron: antes fueron à Arevalo a ofrecer la Corona a la gran doña Isabel. Hablò en nombre de todos el Arçobispo de Toledo, * persuadiendola con muchas graues razones, para que la acetasse. Dixola muy por menudo la afrenta de la Casa Real, el descuido de su hermano, la cobardia, la desemboltura, el escandalo, los partos adulterinos, el peligro de que heredassen el Reyno hijos agenos, que para remediarlo importaua su valor, su sombra, su autoridad, y que assi no escusasse el peso, que la dauan, quando era de obligaciones. Estuuo atenta la Infanta a la proposicion, y satisfizo a todo desta suerte.

Mucho os estimo la voluntad, que mostrais de seruir-

me, y desearè poder gratificarla en algun tiempo; pero aunque la voluntad es buena, juzgo, que lo que intentais es contra justicia, y desagradable a Dios, y lo colijo de la muerte de mi hermano mal logrado, à quiẽ por lo mismo q̃ ahora os mueue, alcasteis tambien por Rey. Desear cosas nueuas, mudanças de estado, de que puede seruir, sino de acarrear muchas desdichas, discordias, parcialidades, y guerras? Pues para euitar daño tan grande, no serà mejor disimular otro daño? De dos males, no es mejor tomar lo menos? No es mas tolerable sufrir descuidos de vn Rey, q̃ lleuar guerras de vn Reino? De mas, que ni la razõ de mandar, ni la naturaleza misma sufre que aya dos Reyes. Los frutos cogidos sin sazon jamàs duran mucho, y assi yo desearè, que me venga muy tarde la Corona para que la vida del Rey sea mas larga. Primero ha de faltar èl, que yo acometa a mandar; primero no ha de auer Rey, que yo me intitule Reyna: y assi, si deseais seruirme, bolued el Reyno a don Enrique mi hermano, con que restituireis a la patria la paz, y el sossiego, y a mi hareis el mayor seruicio que podeis hazerme, y el que os estimarè mas.

Venciò tanto esta modestia heroica, que admirados quantos se hallaron presentes de verse chaçar con brio lo que por alcançar otros se entran por lanças, y picas, y q̃ juzgandola mas merecedora del Laurel que la ofrecian, solo por darla gusto depusieron sus temas, y se reduxeron a la paz. Hizieronse los assientos en Avila, sacando entre otras por condicion, q̃ la Infanta doña Isabel fuesse jurada por Princesa, y por heredera de la Corona, y que para su sustento se fuessen señaladas las Ciudades de Avila, y Vbeda, y las villas de Medina del Campo, Olmedo, y Escalona. Juraron, pues, a la Infanta vn Lunes 19. de Setiembre del año que corria de mil y quatrocientos y setenta y [illegible]

Soſſegados ya con eſto los bullicios, la Infanta doña Iſabel ſe fue a la villa de Ocaña, donde acudieron Embaxadores de muchos Principes, que à vn miſmo tiempo la pretendian por muger. Por el Rey de Portugal, viudo à la ſazon, vino el Arçobiſpo de Lisboa. Inclinauaſe a eſto el Marques de Villena don Iuan Pacheco; pero la Infanta no deuia de guſtar de quien ha deſflorado ya la juventud enlaçado a otra yedra: y aſsi, cõ mucho deſahogo, reſpõdiò al de Portugal, que no queria. Al Duque de Berri, hermano del Rey de Francia, reſpondiò lo miſmo. Solo al Rey de Sicilia don Fernando, Principe de Aragon, moſtrò inclinarſe, y aun aficionarſele moſtrò. Acudiò a eſto el Arçobiſpo de Toledo, grangeado cõ muchas ofertas del padre de don Fernando, que mañoſo, y prudente con preſentes, y dadiuas procurò tener gratos a los que priuauan mas con la Infanta, que no ay mejor modo de negociar, que la dadiua delante; y ſiempre en el mundo ha priuado el interès, diganlo que quiſieren los que dizen que no toman. Reſoluioſe en fin la Infanta doña Iſabel a caſarſe cõ el Principe don Fernando; ſolo ſe hallaua congojada de las inſtancias que la hazia por las otras partes, y ſe temia no quiſieſſen contraſtar ſu voluntad, porque era gran mullidor el de Villena, por lo de Portugal. Aſſegurò eſtos rieſgos el Arçobiſpo de Toledo, lleuandola a la villa de Dueñas, donde con la diligencia, que el caſo requeria, ſe diò traça, que ſe celebraſſe el caſamiento. Vino deſde Cataluña don Fernando a largas jornadas, y muy diſfraçado ſe metiò en Caſtilla, y no paró haſta Dueñas, ni aun haſta el aposento de la Infanta no parò, y aun ay quien diga, que entrò hecho moço de mulas. Todo ſe puede penſar de los rieſgos, que ſe ibán atropellando, y no ſeria mucho ſe fingieſſe moço, quien entraua de verdad a ſer ſeñor. La alegria, que los deſpoſados recibieron de verſe el vno al otro, es inſcrible. [illegible] los ſemblantes, y con [illegible]

racteres muros de purpura, y nieue, diò testimonio del amoroso laço con que se vnieron las almas. Eran iguales estos Principes en lo personal del alma, y cuerpo, y en prendas tambien iguales: Moços los dos, de hasta diez y nueue años. * Los dos agraciados mucho; lindos talles, gran presencia, hermoso brio. Bien entendidos los dos, prudentes, recatados, valerosos: Zelosos de la virtud en igual grado, acerrimos defensores de la Fè, castigadores de vicios, premiadores de las letras: Amantes vno del otro, no amigos de cosa agena. Los dos Principes, en fin, de Aragon, y de Castilla, y los dos Reyes de España, y Catholicos los dos. Tanta igualdad, pues, en dos sugetos, con quanto gusto, y placer se enlaçaria? Hechas las vistas, passaron a Valladolid, donde quedaron casados, y velados, que esto se llama hazer la cosa con todos sus Sacramentos, que à negocios tan graues, donde las contradiciones pueden hazer molestia, es industria famosa cerrar todos los portillos. El de Toledo, que en todo sabia bien, fue quien lo dispuso, y aun le objetan, que fingiò por entonces la dispensa, porque eran estos Principes muy deudos, y menos que con dispensacion no podian casarse. El Arçobispo dixo estauan dispersados: buen Letrado era, y pues lo dixo, bien lo entenderia.

* *El Padre Mariana dize, que D. Fernando tenia seis años. Iulian del Castillo dize eran los dos de 9 Elija el curioso lo que mas quisiere.*

Como se hizo el casamiento à escusas del Rey, y de los Grandes, por estar inclinados a diuerso rumbo, no se puede pensar el torbellino de desazones, que empeçò à mouerse. Bramaua de coraçon el Maestre de Santiago, Marques de Villena, que fue quien mas lo sintiò, como mas Grande. El Rey era de tan buena condicion, que por ir al son del agua, y dexarse llenar della, huuo de sentirlo. Procurò la Infanta, con muchas disculpas, sazonar aquel enojo, escriuiendo a su hermano, vna y dos vezes, y representandole con discreto modo, que ella auia podido ser Reyna, à instancia de los q̃ aora se mostrauan sentidos, y que dexò de aceptarlo, por guardarle el decoro, que en pa-

pago de aquella fineza, le rogaua, y pedia con todo amor los recibiesse a su esposo, y a ella como hijos, y que como tales le estarian obedientes, y sugetos. Nada aprouechò cartas à este modo; antes creciendo la indignacion de los mal contentos, hizieron al Rey declarasse por su hija legitima à la Princesa doña Iuana (que fue la que se rugia, que era de otro padre, y llamauan comunmente la Beltraneja) esto solo a fin de que no heredasse el Reyno la Infanta doña Isabel: mas poco bastan malicias contra disposiciones del cielo. Lo que està de Dios, no lo pueden contrastar humanas fuerças, y lo que và por mal fin, jamàs se logra. Assi sucediò en este caso; porque aunque en acto publico, celebrado entre Buytrago, y Segouia, con gran concurso de Grandes, juraron el Rey, y la Reyna, q̃ era su hija legitima la pretensa Princesa, aunque alli la hizerõ pleito omenage de auerla por sucessora en el Reyno, renunciando los omenages hechos a la Infanta doña Isabel, y aunque alli por poderes la desposaron cõ el Duque Carlos, hermano del de Frãcia, para añadir mas fuerças, que la sustentassen la Corona, toda esta tempestad de opuestos medios no fue bastante à contrastar el derecho à cuyo era. Todas estas tramas las deshizo la razõ, echando la muerte la tixera. Muriò el Duque Carlos de alli à poco, y aun mudado de parecer de casarse con la referida doña Iuana, por ser Princesa en duda. Muriò repentinamente el Maestre de Santiago. Muriò el Rey don Enrique, con que se jurò en Segouia por Reyna indubitable la Infanta doña Isabel.

Como en todas las cosas ayà opiniones, y pareceres, en medio de las mayores alegrias, se leuantò vn nublado de desazones, sobre alcgar algunos, que al Rey don Fernando no le tocaua el gouierno, ni aun debia intitularse Rey de Castilla. Sobre esto se hizieron grandes informaciones, pero en fin se diò el modo, con que sin perder Castilla su derecho, quedasse seruido don Fernando, como

Rey,

Rey. Decretòse que por respecto de marido, en las escrituras, leyes, y priuilegios, y moneda, se pusiesse primero el nombre de D. Fernando, y despues el de doña Isabel. Y al contrario en el escudo, y armas por respecto del Reyno, estuuiessen las de Castilla a la mano derecha, y a la izquierda las de Aragõ. Quanto a las prouisiones de Obispados rezassen en nombre de ambos; pero que se diessen à voluntad de la Reyna. Y en quanto al demas gouierno fueron de la misma suerte, dando forma, y haziendo cortapisas. Esto fue causa, que el Rey don Fernando, aunque para lo de afuera mostrò disimularlo, se desabriesse mucho, y se diesse por sentido. Conociòlo la gran D. Isabel, y como tan discreta, y entendida, procurò cõ sus caricias aplacar aquel enojo; que vence montes de dificultades vna muger prudente. Cogiòle, pues, a solas, y con palabras llenas de amor, y ternura, le dixo:

El disgusto que veo que teneis, me tiene tan disgustada, que à tras que de no veros assi, perdiera yo mil derechos, que quãdo el estrecho nudo del matrimonio nos tiene à los dos hechos vn alma, vn querer, vna voluntad, vn gusto, que necessidad auia de andarnos deslindando los derechos? Mugeres avrà, que procuren tener cosa propia, y apartada de sus maridos; pero yo no soy muger, que à quien he entregado mi alma, le auia de escasear el Cetro, y la Corona. Tuuiera por delito tener yo autoridad, de que vos no fuerais dueño, y seria yo muy necia, si no os apreciara en mas que à todos quãtos Reynos tiene el mundo. Es donde yo fuere Reyna, vos aueis de ser el Rey, sin limite ninguno, vos lo aueis de disponer, y gouernar como cosa vuestra. Esta es mi determinacion, y la experimentareis eterna mientras viua. El tiempo que corre me ha hecho disimular para lo publico, conformandome en hazer caso de Letrados, que con sus estudios tienen ganada la opinion de doctos. Pero si caso en esta diuision que entre nos han hecho, pretenden tener mano en alguna cosa del gouierno, presto se verán burlados, porque si no fue-

fuere con vuestra voluntad, nadie ha de alcançar la menor merced. Solo os ruego, que atendais, que en este negocio se hã assegurado dos cosas muy vtiles. La primera, que con auer decidido, que el Reyno me toca à mi, y que las hembras en Castilla, à falta de varones, heredan la Corona, queda assegurado el derecho de nuestra hija, y sino fuera assi, quedara excluida de la herencia paterna, cosa q̃ algun dia os pudiera dar cuidado, y sentimiento. La segunda, que queda assentado, y fixo para adelante, que los pueblos de Castilla se gouiernen en paz, y si lo q̃ se ha hecho, junto con lo que os digo, no os dà mucho cõtento, vuestra soy toda, hazed de mi, y de mis cosas quanto os diere gusto, porque en almas tan vnidas no ha de auer mas que vna voluntad, y ha de ser vuestra.

Abraçòla amoroso el Rey Don Fernando, trocada la pesadumbre en alegria, y agradecido a tanta voluntad, satisfizo a todo con pocas palabras: *Vos mi Isabel* (dize) *podeis gouernar al mundo, que no vn Reyno, y assi tengo à mucha dicha, que gouernemos los dos.* Començaron, pues, estos esclarecidos Principes, a gouernar los Reynos de Castilla con prudencia, virtud, y valor, q̃ estas son tres armas con q̃ vencen los Reyes. Fuera largo de contar lo mucho q̃ trabajò para reducir a su mando todas las fortalezas de Castilla, haziendoles siẽpre el mal contra ste la pretensa Princesa D. Iuana, que vino à ser la piedra del escãdalo, pues con ella hallauan harto motiuo los mal contẽtos, para obedecer a los verdaderos Reyes, y para buscar sus comodidades, haziendo Reyna a su gusto. El Rey don Alonso de Portugal, tio desta señora, fomentado de muchos Grandes de Castilla, la hizo lado, y tanto, que se desposò con ella en Plasencia, no obstante el deudo estrecho que auia entre los dos, y se coronaron por Reyes de Castilla. Fue invalido el matrimonio, y assi no tuuo efecto, como ni el reynar tampoco. El Arçobispo de Toledo, sentido grandemente, que los Reyes don Fernando, y do-

ña Isabel, no le huuiessen premiado sus seruicios, y tales, que la actiuidad, y maña suya (como èl dezia) basto a ponerles la Corona. Sentido, pues, desto, dió en ladearse a la otra parte, y a seguir el rumbo de la intrusa Reyna. No se espante nadie de inconstancias de los hombres, que en los grandes personages se han vsado.

Muy antiguo es dezir: No me dàs lo que yo quiero, pues voyme con tu contrario. Hatte oluidado de mi, pues tu enemigo me ruega. Mucho procurò la Reyna doña Isabel desenojar al Arçobispo, hasta querer verse con èl, para aplacarle, hasta embiar al Rey don Iuan de Aragon, padre de don Fernando, que le desenojasse; pero à Rey, ni à Reyna quiso dar oidos. Era cabeçudo, muy aprehensiuo, muy tenaz, y como auia ya declarado su intencion, resoluiose à morir en la demanda. Llegaua a tanto el enojo en q̃ ardia à vezes, que se soltaua de lengua, y fulminaua amenazas, y dezia: Yo hize Reyna a doña Isabel, pero la harè boluer à la rueca. Ya le daua en cara la pobreza con q̃ se auia criado en Arevalo, desde que murio su padre, objetando por valdon lo que deuia aplaudirle por virtud. Pero quãdo el encono de vna intencion dañada, no mancha con su veneno a la virtud mas sencilla, el deseo, y la intencion se le pudo recibir, pues no le quedò por diligencias, y tan grandes, que èl mismo en persona con quinientos de acaualio, fue a ayudar al de Portugal en la batalla memorable, que se tuuo junto a Toro, bien reñida entre los dos Reyes don Fernando, y don Alonso. Pero el de Portugal quedò vencido, aunque los Portugueses sienten otra cosa.

No descansaua la Reyna doña Isabel mientras D. Fernando se entretenia en la guerra, antes como tan varonil, y valiente, acudia a todas partes a sossegar motines, que como las cosas andauan tan rebueltas, con muy poco calor se leuantauan incendios. Grande fue el que mouiò en Segouia, queriendo los Ciudadanos, puestos en arma, apo-

ca-

derarse del Alcaçar, que era dõde los Reyes tenian su tesoro. Acudiò la Reyna, a cuya vista quedò todo llano, apagose el fuego, mediante algunos castigos. En Vclès se leuantò vna como guerra, sobre la eleccion del Maestrazgo de Santiago. Antes que se ensangrentasse, procurò a toda prisa ser estoruo. Diose tanta diligencia en esta jornada, que en solos tres dias llegò dosde Valladolid à Vclès, que son casi seis jornadas, y por puertos desabridos. Logrò biẽ la Reyna este cuidado, pues dispuso de tal suerte la materia de las diensiones, que por via de concordia consiguiò se diesse el Maestrazgo, con no en administracion al Rey D. Fernando su marido, aprobandolo el Pontifice. Los preteẽsores, vnos por ganar la gracia de la Reyna, otros, porque los contrarios no tuuiessen mejor dicha se resolurieron todos en lo que les fue pedido. Esto acabado, fue a visitar a Toledo, donde por voto que hizo, juntamẽte con el Rey, y vencian al de Portugal, mandò edificar el Magestuoso Conuento de Franciscos, que con titulo de San Iuan de los Reyes, resplandece, emulacion de fabricas insignes.

Ni las guerras, ni los alborotos, ni los desassosiegos serã causa de faltar a la administracion de la justicia, y al culto de la Religion. Para obviar los robos, muertes, y maleficios que se hazian, semilla que suele ser de tiempos turbados, hizo se instituyessẽ en las ciudades, y pueblos las Hermandades, cuyo vtil lo mostrò, y ha mostrado la experiẽcia. Para castigar los Apostatas de nuestra santa Fè, hizo se instituyesse el santo Tribunal de la Inquisicion, que para tales crimines, todo castigo es poco. Trabajo grandemẽte para desarraigar de España la Morisma: y assi hasta ganar a Granada assistiò casi siempre en los Reales, que no queria, que honra tan señalada se la ganasse solo su marido. Y aunque no falta quien diga la aquexarian zelos, porque queria al Rey mucho, y para quien ama, es grande dolor la ausencia con todo, ya que tuuiera algo desto, el

zc-

zelo de la honra era quien mas la arraſtraua. Entrò en Granada triunfante al lado del Rey ſu eſpoſo, el qual puſo en ſus manos las llaues de la ciudad, auiendolas èl recibido primero de mano del Rey Chico. Vltimamente hizo con el Rey, que derramaſſen de ſu Reyno à todos los Iudios, porque con eſto no quedaſſe raza de ſecta, ni vicio alguno. Concedioles el Pontifice Romano à Rey, y a Reyna, por tan heroicos hechos, el titulo, y renombre de Catolicos, blaſon con que la Corona de Caſtilla ſe haze reſpetar del Orbe. Hazañoſa, pues, en las virtudes, valeroſa en las hazañas, coronada con mil triunfos, pagò el tributo à la muerte eſta eſclarecida Reyna en Medina del Campo. Axoſe la mejor flor, que conociò Caſtilla: marchitoſe la mas honeſta beldad que tuuo Eſpaña, pues quiza por no quebrantar los fueros de lo honeſto, por no manifeſtar, digo, oculta doſencia a humanos ojos, para que la curaſſen, dexò a la parca cruel, que le cortaſſe el hilo de ſu vida. Fue tanta ſu honeſtidad ſobre las bizarrias de varonil, que aun para que la ſeaſſen, no permitiò la deſcubrieſſen los pies. Murio, pues, el cuerpo, pero ſu fama, reſucitada Fenix entre ſus miſmas cenizas, viuirà eterna lo que durare el mundo.

EXEMPLO III.

Puesto que tratamos de mugeres valeroſas, y mas de aquellas, que en pro de ſus maridos, venciẽdo lo fragil de ſu naturaleza, emprendieron coſas arduas, razon ſera, que corone nueſtro aſſunto la induſtria, y valentia de aquella gran matrona, muger de Guelfo. Corria por cuenta deſte Capitan, y de otros nobles, la defenſa de Vvinſperga, en tiempo que Conrado, tercer Emperador, con groſſo cãpo la tenia ſitiada, y oprimida. A mayores fuerças, poco importan reſiſtencias valientes. Que importa que los cercados hagan ſu deuer, ſi potente el enemigo aprieta, ò dila-

lata el cerco? El Guelfo se resistia valeroso, pero el Emperador le apretaua mas cada dia los cordeles cõ la necessidad. Creció la hãbre, a falta de el sustento, y por no perecer a manos de si mismos, fue forçoso rẽdirse a los cõtrarios. Rẽdida, pues, la plaça, como estaua el Cesar muy sentido del teson con q̃ le auian molestado, mandò publicar vn vando desta suerte: Que quedassen prisioneros todos los nobles, de qualquier edad que fuessen, y perdidas sus haziendas; pero q̃ las mugeres saliessen libres, y pudiessen sacar las joyas, y riquezas que pudiesse cada vna. Riguroso fue el decreto, para los que ya rendidos esperauan mas clemencia. Las matronas se hizierõ al llanto, sus maridos, y hijos al sentimiento, vnos y otros al dolor. Entonces la muger de Guelfo, que al desperdiciar lagrimas, maquinaua industrias, con animo varonil hizo a las demas que la siguiessen, y tomando à su marido en ombros, y colgados de los pechos sus dos hijos, salió cargada assi por medio de los Reales, siguiẽdola de la misma forma el resto de las nobles. Causò admiracion a todo el exercito, espectaculo tan pio, al passo que lastimoso. Quedòse pasmado el Cesar de la industria. Los que eran interessados en los prisioneros, començaron à azorarse, alegando, que era fraude sacar en vez de alhajas los que ya eran sus cautiuos. Publicauan à vozes el engaño, estoruauan la salida, y llegauan al Cesar con la quexa. Las matronas tambiẽ asidas al decreto, y sin soltar la carga, dezian de su justicia: Que si el Emperador las auia permitido sacar sobre sus ombros las riquezas que pudieran, y ellas, menospreciando joyas de mas precio, sacauan por de mas gusto a vnos miseros esclauos, por tener en ellos la mitad de el alma, que en que agrauiauan el orden, ni faltauan al derecho?

Fue tanto el gusto que tuuo el Emperador del ardid, y la piedad, que mandò con graues penas, que nadie las agrauiasse, ni ofendiesse, y que por el hecho honroso, con

que se auian añadido laureles, mandaua, que sacassen tambien, y se lleuassen consigo todas sus riquezas. Premio debido a quien antepuso el amor reuerencial a todo interès humano. Contradixo Federico, hermano del mismo Cesar, diziendole, que mirasse, que en la permission que auia dado a las mugeres, de que sacassen qualesquiera joyas, no se mencionauan hijos, ni maridos, antes biẽ ya los declaraua prisioneros. Satisfizo a esta objeccion el Emperador, diziendo, que èl empeñò su palabra absolutamente, y que palabra de Rey no ha de boluer atràs: y que pues la industria se adelantò al intento, era razon premiarla, y aplaudirla. El premio fue mayor que pudo pensarse, pues no solo concediò perdon a Guelfo, sino que le recibiò por amigo, haziendole muchas honras. * Tanto puede vna muger, quando es discreta, y leal. Vna muger honrada es corona del marido; quiẽ la alcança se puede llamar dichoso.

* Iuan Naucl. 2. p. histor. vol. 2.

CAPITVLO SEPTIMO.

De la experiencia que hizo el Principe Ionatas, para saber la intencion del Rey Saul su padre, para con Dauid.

Texto, y Glosa. Ex 1. Reg. ca. 20.

SIEMPRE fue vn buen amigo el desahogo de vn coraçon lastimado. En vn amigo fiel descansa siempre la mayor tristeza, y males comunicados con quien los siente igualmente, son siempre mas lleuaderos. Diximos con el parecer de Lyra, y otros, que el Principe Ionatas estaua ausente de la Corte, quando tratò Saul de prender a Dauid. Mucha falta le hizo en aquella ocasion; pues quizà su vista bastara, como otras vezes, a quitar al Rey su padre aquella resolucion: mas ya la industria de Michol supo soldar las quiebras del ausente hermano. Dauid se entretuuo en Ramata con Samuel, assegurado alli como por milagro, pues no bastaron las diligencias de el Rey,

Rey para prenderle, antes bien se hazian de su parte los mismos Alguaziles, y demi ministros que iban, se boluian Religiosos. Al Rey sucedió lo mismo, como todo lo que da dicho, que pensar que pueden obrar humanos poderes cõtra fuerças diuinas es disparate. A quien Dios quiere amparar, todo el poder del mundo no basta à cõtrastarle. Espere en Dios el mas afligido, y riase de todo. Sabiendo, pues, Dauid, que era ya venido el Principe, procuro verse con èl. Buscóse la ocasion, cogióle à solas, y haziendo prologo de vn suspiro ardiẽte, le dixo enternecido estas palabras: Principe, dueño, y señor, despues que me asseguraste, que ya tu padre me trataria benevolo, por quanto a consejos tuyos se auian sugetado sus passiones, a lo qual agradecido, ofreci en nueuos seruicios recompensas: despues que esto sucedio, has visto, o alguno te ha contado, que no he andado medido en mis acciones, leal en mi trato, fiel en mis seruicios? He desmerecido en algo la gracia del Rey? Ay delito contra mi? Objetanme alguna causa? Si la objetan, diganla, y sino la ay, porque quiere el Rey matarme? Porque con tanto rigor me busca la vida? Para que tanta potencia, con quien està tan humilde? Para que fue leuantarme para dexarme caer? Para que me hizo su yerno, para perseguirme tanto? Para que me dio a la Infanta, para que en tristeza, y luto malogre su tierna edad? Tanto rigor contra quien està inocente! Tanta indignacion, para quien no tiene culpa! Tanto le estorua vna vida, que tan poco vale! Tanto cuydado dà vn hombre a quien es Rey absoluto!

Atajole Ionatas suspenso, y confuso, diziendole ò que no le entendia, ò que perdiesse los miedos, si acaso eran solos los que le inquietauan, que por ningun caso trataria su padre de matarle, ni de hazerle la menor ofensa. Y que quando lo intentara, era forçoso, que èl lo sabria primero; porque en materias grandes, y pequeñas, no pondria el

Rey mano sin que le diesse parte. A que replicò Dauid, q̃ en quanto a su partido, no era buena aquella confiança, porque supuesto, que sabia el Rey, que eran los dos tan amigos, tendria quizà aduertido a los criados, que no diessen parte al Principe, por no entristecerle. No està mal hecho el reparo, dixo Ionatas: posible es, que mi padre me zele su intencion: y assi, mira Dauid, que quieres que haga por ti, dime tu gusto, y fia de mi amistad, q̃ aunque sea rompiendo por montes de imposibles, harè lo que ordenares; dispon la materia, y el obrar quede a mi cargo. Entonces Dauid, estimando los fauores, y agradeciendo las honras, le hablò de esta suerte: Ya sabes, señor, que es mañana la Pascua de las Kalendas, ò de las Neomenias, fiesta que celebramos los Hebreos, en memoria de el Diuino beneficio, para conseruacion de las cosas, y que tales dias como estos suelo comer con el Rey, dandome esta autoridad ser marido de tu hermana, que los Reyes de Israel, sino es a personas puestas en la dignidad que estoy, no suelen darles su mesa. Ir, pues, agora a ponerme a su lado, quando con tanto enojo me ha buscado la vida, no es acierto; y assi me ha parecido, me des licencia, que yo me retire al campo, y que me estè alli escondido estos tres dias, y conforme lo que se descubriere, assi obrarèmos. Si quando sentados a la mesa todos, echare de ver tu Alteza, que el Rey, mirando a vna parte, y a otra, anda inquiriendo por mi, y acaso lo preguntare, podrà vuestra Alteza responder entonces: Dauid me rogò mucho le diesse licencia para ir a Belen su patria, a assistir a las fiestas solemnes de sus contributos, y assi la falta que haze, no se le atribuya a culpa. Si entonces su Magestad respondiere, que està bien, sin alterar el semblante, sin dar muestras de sentirlo, cierta tenemos la paz, y ya sin nuestro peligro podrè boluer a la Corte. Pero si acaso se turare, si se mostrare sañudo, si hiziere mal, que me

ayas

ayas dado licencia, se conocerà a la clara su malicia, y assi solo a mi, Principe mio, pedirè con lagrimas, y cõ ruegos, pedirè, q̃ vses de misericordia con este tu siervo humilde, mediante el pacto que hizimos. Y si descubrieres algũ delito en mi, si alguna culpa mè hallares, a tu mano remito los castigos, al rigor de tu justicia hago juez de mi causa. No me lleues a tu padre, y lleuame a la muerte, que muerte por ti, quizà no la sentirè, que vn amigo hiere siempre con dolor, pero muerte a manos de vn agrauio, a manos de vna passion, en quien sabe sentir son muchas muertes.

Aplicò el lienço a los ojos, diziendo esto David, y el Principe aplicò mucho valor a los suyos, para no llorar; que a lastimas bien dichas, aun coraçones de bronce se hazen al llanto. Dixole, pues, Ionatas: No quiera Dios, q̃ aora, ni en ningun tiempo te haga la menor ofensa: amote de verdad, eres mi amigo, y assi fuera imposible dexar de auisarte al punto, que conociera en mi padre alguna malicia. Esso, y mas fio de tu Alteza (replicò David) pero quien ha de auisarme, quãdo suceda el caso para poder tener tiẽpo de hazerme al monte? Has reparado bien (le respondiò Ionatas) y para que ajustemos la materia, y podamos sin testigos hablar en estas cosas, salgamos a essas orillas, que quiero mas sin reboço manifestarte mi pecho. Salieronse, pues, los dos mano a mano, passeando àzia el campo, buscando en lo mas ameno de la fresura, lo mas secreto del silencio. Estando en parte dõde nadie los oìa, hablò Ionatas en esta forma: Dios, y Señor de Israel, si auiendo escudriñado el parecer, y sentencia de mi padre en la causa de David, y conociẽdo que echa de paz, no despachare al punto con la buena nueua, a quien tan fiel la aguarda, priuadme de todos gustos, y aumentadme todos males, y si viendo que dura todavia el rencor, y enojo no viniere yo mismo à dar noticia, serà faltar a quien tengo. Esto David es dezirte, que no tengas cuidado, que yo te

descuido en auisarte, siendo la nueua triste. No sufrirà mi voluntad en caso tan aduerso fiar en agenos pies cosa tan graue: yo mismo en alas de mi fineza te vendrè a dar auiso, y despedirme de ti con los vltimos abraços. Estorbarè al rigor la demasia, siendo escudo de tu defensa, para que vayas en paz a esperar entre auenturas la ventura que te aguarda, que no ignoro, q̃ llevando a Dios tã de tu parte, dexes de conseguir el Reyno de mi padre. Y si el cielo quisiere guardarme hasta tal dia, no has de olvidar conmigo el ser piadoso. Con diuina clemencia has de ampararme. Pero si acaso yo no viuiere entonces, mira q̃ has de guardar lo que en otras ocasiones me tienes ofrecido, y yo te he suplicado, esto es, que con mi casa, y con mis hijos vses de misericordia mientras viuan. Quando el Señor destruya a tus enemigos, borrando aun de la tierra sus memorias (porque de perseguir inocentes, no espero menos fines) entonces haràs memoria de tu amigo Ionatas, y à èl, y à toda su casa los librarás del estrago. Prometes esto, Dauid? Respondiò Dauid: Si lo prometo. Lo juras en esta forma? (Replicò Ionatas.) Si lo juro (dixo Dauid.) Pues conforme lo que hizieres (añadiò Ionatas) lo haga Dios con tus contrarios, por no dezir contigo.

Auiendo jurado assi estas alianças, pareciendole a Ionatas (segun sentir de Lyra) que podia ofrecersele allá en la mesa tal embaraço, q̃ no tuuiesse lugar de acudir a Dauid con la presteza, que podia ser necessaria (que siempre el temor en cosas dificultosas, es prudencia) previno a Dauid con otra seña, para que mas veloz le anunciasse su cuidado. Dixole, que se estuuiesse escondido junto a la piedra Ezel. Y que èl saldria àzia el campo, como para diuertirse en tirar al blaco, q̃ dispararia ázia aquella parte tres saetas, y que despues de tiradas, embiaria a vn paje, que se la traxesse: que estuuiesse atento al modo con que le hablara al paje, porque [illegible] tan

tàs dentro de ti: traylas. Entonces sin temor ninguno podia venirse adonde èl estaua, porque la paz era cierta, y el Rey estaua propicio; pero si acaso le dixesse al paje: *Aduierte, que las saetas están fuera de ti*. Era señal de grã mal, que no aguardasse vn punto, sino que se huyesse a toda prisa. Encargòle demas desto el Principe, que de todo lo que auia passado entre los dos, de lo que auian jurado, de lo que auian propuesto, no lo supiesse jamàs otra persona que Dios. Con esto Dauid se quedò en el campo, y el Principe Ionatas se boluiò a la Ciudad. Y por si reparare algun curioso, que de que importancia era esta seña de las saetas, supuesto que, como se verà adelante, al modo que auia ofrecido, salió Ionatas en persona a dar a Dauid las nueuas? Y que mirada al primer viso, parece ser superflua esta diligencia? Satisfago, que fue vna preuencion discreta, y acordada, y en que mirò el Principe a dos cosas. Lo primero, preuenir, que si acaso sucediesse, que el Rey enojado procurasse por Dauid para prenderle, y èl sin q̃ fuesse notado, no pudiesse llegar personalmente a darle auiso, ya con aquella seña sabria Dauid lo que passaua, y sin nota del Principe podria ponerse en saluo. Lo segundo que aunque el mismo Ionatas tuuiesse lugar, como le tuuo, de ir en persona adonde estaua Dauid oculto, era fineza de amigo, si lleuaua buenas nueuas, darselas con breuedad, a passos de saetas, pues todo aquel tiempo que se adelantauan mas, venia a añadir de gusto, que el amor nũca admite perezas con lo amado: y si las nueuas eran malas, como fueron, era tambien medicina, para que no le matassen de repente, preuenirselas poco a poco; que llegar vn amigo cara a cara con vn mal anuncio, se tiene por descaro en leyes de amistad. Dar vna mala nueua, y apriesa, y a quien se quiere bien, es mucho rigor, y aun inhumanidad. Por esto, pues, Ionatas discreto en todo, hizo su cuenta con dar esta seña: Si huuiere vitoria, sepala presto mi amigo: si ay

desgracia, digasela otro primero; denle saetas la herida, no se la dèn mis palabras. Esto juzgo yo deste hecho de Ionatas, no sè si he dado en el blanco.

Llegòse, pues, la Pascua de las Neomenias, y sentandose el Rey a la mesa con el Principe Ionatas, y con su Capitan General, que era Abner, vino a quedar vaco el asiento de Dauid, aunq̃ le echò el Rey menos, no preguntò por èl, juzgando que tendria ocupacion legitima, qual podria auer sido el no estar purificado, segun el rito con q̃ se mandaua comer de los sacrificios. Auer tratado con su muger la precedente noche, podia escusarle; que aunque vsar del matrimonio lo permite la ley natural, tal vez auer vsado, es indecencia para llegar a cosas sagradas. Repare el Catolico en esto, y verà el decoro, y la limpieza que serà menester para llegarse al Altar. Mucha purificacion de cuerpo, y alma requiere tan sagrada mesa. El segundo dia, viendo el Rey la misma falta, ya creyò otra cosa, q̃ segun su intẽcion, le causò pesadũbre, y assi le preguntò a Ionatas: Que nouedad es esta de faltar ayer, y oy el hijo de Isai a mi mesa? Aun no quiso nombrar a Dauid por su nombre, que esto es propio de vn animo indignado, aun no tomar en la boca el nombre del que aborrece. Genero tambien de menosprecio, como aduierte Lira, no queder dar nombre à quien le tiene por fama. Pudiendo preguntar por Dauid, no quiso sino dezirle: El hijo de fulano. Miren hasta donde llega la fuerça de vna passion, y el encono de vn enojo. Respõdiòle, pues, el Principe en la forma que se lo aduirtiò Dauid (que parece que proferizò el sucesso) Rogòme Dauid con mucho esfuerço, le permitiesse ir à Belen su patria, a hallarse en las solemnidades de vna fiesta, a que sus hermanos le auian hecho instancia. Dixo bolueria muy presto a su seruicio, y puso me por medianero, para que su Magestad lo tolerasse, y lo tuuiesse a gusto. Fuerte la pesadumbre, y tanta la irritaciõ que tomò Saul, q̃ su

chan-

thando la respuesta, que sin dar a la Magestad genero de disimulo, rompiendo las leyes de la modestia, y atropellãdo los fueros del recato, vltrajò al Principe de infame: llamòle hijo de vna adultera, desconociendole por hijo. A todo esto se arroja vn animo indignado, hasta a si mismo se afrenta. Vn odio reconcentrado en el alma, todo es ponçoña, y veneno quanto cria. Para que me andas con traças (dixo Saul) quando esto y muy al cabo de tus intétos? Ignoro yo por ventura, que amas al hijo de Isai? Que le estimas? Que le quieres? Solo para quebrarme los ojos, y para que se conozca tu infamia, y de tu madre: pues no puedo creer, que sea mi hijo quien haze lado, y esparidas a quien yo aborrezco: Pues lo que sè dezirte, que mientras que el hijo de Isai viuiere, no ceñirà tus sienes la Corona; mientras èl durare, despidete del Reyno; pero mira adonde està, y hazle traer sin tardança, que quiero con su muerte assegurar mi Estado. Con quitarle la vida me quito de temores. La amistad de Ionatas para con Dauid era tan fina, que a sus propios intereses anteponia el logro de el amigo. No sentia que Dauid se le antepusiesse al Reyno, y que se le alçasse con la Corona, sino el no poder darsela sentia. No se viò jamàs animo mas bizarro de Principe, pues en vez de quitar el estoruo para ascender al Cetro, procura guardarle como su alma misma. Gran exemplo de amistad, pero de pocos seguido. Oyendo, pues, que procura su padre por Dauid para quitarle la vida, sin atender por entonces a las palabras feas con que le auia vltrajado, olvidando el propio valdon, y atendiendo a la amistad, dixo con brio. Porque ha de morir Dauid? Que es lo que ha hecho? Sin dar respuesta el Rey, arrebatò vn venablo, y a no valerse Ionatas de la diligencia, experimentara rigores de la furia. Quitòse de delante. Abner tuno al Rey del braço, la comida se hizo duelo, el Palacio se llenò de vozes, y todo fue confusion, y estruendo.

do. Ya del todo quedò Ionatas entendido, que la intenciõ de su padre estaua declarada contra Dauid, y que el asse-gurarse, con ningun color era arrastrarse à peligros: y assi lleno de melancolia, de pesadumbre, y tristeza, se passò todo aquel dia sin comer. En repassar amarguras huuo bien en que entender, y faltò tiempo. Por dos partes lleuò penas que sentir, y lagrimas q̃ llorar. Verse vltrajado de infame, si bien vn padre no afrenta, ver condenado a vn amigo, y mas estando inocente, harto potro para atormentar vn alma, bastante Cruz para vn pecho: heridas de la honra, y ausencias de vna amistad, son crudos tormentos, para quien sabe sentir. Cada vno de los dos darà bien que hazer à vn coraçon valiente, pues juntos ambos, que haràn?

Todo aquel dia, y la noche se passo en tristezas, y al començar la mañana à ostentar las primeras luzes, salio Ionatàs de caça, de arco, y flechas preuenido, y vn pagecillo solo en su compañia; que no quiso fiarse de hõbre de mas cuenta, porque no sospechasse de las señas, que iba à dar, alguna cosa. Llegados, pues, al lugar, donde Dauid oculto esperaua en el auiso el mal, ò el bien. Dixo Ionatàs al paje, que fuesse à traerle las saetas que èl tirasse. Corriò el pajecillo a la obediencia, y en seguimiento suyo disparò vna flecha Ionatàs. El paje llegò al tiro, y Ionatàs comẽçò a darle vozes, diziendo: Repara, aduierte, mira, que ahi està la saeta fuera de ti. Disparò otras dos de la misma suerte, repitiendo las mismas palabras, añadiendo a lo vltimo. Corre con toda diligencia, no te detengas. El pajecillo recogia las saetas, ignorante del misterio que lleuaua el caso. Solo Dauid, y Ionatàs se entẽdian. El susto que recibiria Dauid con el auiso, considerelo el discreto. Vn fallo de muerte, à que coraçon no desalienta? A que valẽtia no acobarda? Despidiò Ionatàs al paje, dandole sus armas y mandandole las lleuasse a la ciudad. Quedose solo, preuiniendo lagrimas, para deshazer los nudos del dolor

que

que ya al cuello eran cordel. Saliò Dauid de donde estaua oculto, sino mas lastimado, con igual sentimiento, y como ya la voz iba ahogada en llanto, quiso hablar con las acciones, que estas dizen mejor a vezes lo que siente el pecho. Arrojose a sus pies, bañado en llanto, y Ionatas abraçado de su cuello, le huye los pies. Luchan el vno con el otro à sumissiones, y fenecese la porfia a reciprocos abraços. Lloran los dos igualmente, tan enternecidos, que las desatadas fuentes de sus ojos, forman vn mar de lagrimas, en que anegadas las vozes, no aciertan a hablarse, por mas que lo porfian. Miren si fue mala la seña, pues a no auer explicado el suceso con aquella traza, quizà a muchas palabras no pudiera, y fuera aumentar congojas, a quien esperaua el fallo. Vna lastima, vna pena, vn mal suceso se pronuncia mal por quien amigo la llora: es fuerte nudo el dolor, mejor es hablar por señas.

Tan lastimoso, y sentido fue este passo, que el sagrado Historiador, no dize trauassen plática alguna, que llorarõ solo dize, y Dauid con mas exceso. Tanta fue la pena de ver que se diuidian, quando eran los dos vna alma, que no huuo valor, ni lengua para dezirse vno a otro lo que sentia. Ionatas, quizà por lo que le importaua el aduertirlo, hablò vna razõ, y se la dexò a medio acabar, como reparò bien la Interlineal: el dolor le cortò el hilo, y quedòse al entender lo que le quiso aduertir. Dixole, pues, con fuerça que hizo al valor: *Vete en paz Dauid, y lo que auemos jurado en el nombre del Señor, de que èl sea entre mi, y ti, entre tu descendencia, y la mia para siempre.* Y sin poder acabar la razon, estoruãdosele el llanto, boluio las espaldas, y fuesse a la ciudad, y Dauid se huyò azia el monte. Lo q̃ auemos jurado, q̃ fue esto: *Mira que sea firme* (quiso dezir) mas como aduirtio la Glossa, el demasiado dolor no dexò acabarle hablar, a medio hablar la dexò. No pudo el Sagrado Texto pudiera con mejor modo vn sentimiento gran-

grãde entre dos amigos, que en pintar los mudos a la voz, retoricos al llanto, y que al hablar vna palabra, la dexasse imperfecta. Hazañas son del amor, que en los animos que reina, haze estremos, y marauillas notables. Demos algunos viuos a esta historia, ò para aliuiar a Dauid entre los montes, ò para animar a otros a verdadera amistad.

Exemplos de amigos, y como la aduersidad es quien los experimenta.

EXEMPLO I.

AVia en cierta Ciudad vn mancebo rico (segun refiere Tom. Cantip. 2. l. Apum. c. 20. p. 2. y lo cita el Espejo de los exẽplos, q̃ en no siendo historia de nuestra España, cuyas noticias son frescas a los naturales, es menester dar Autores) tã prospero, y abundante en los bienes de fortuna, que por medio de sus hazedores, comprando, y cõtratando, manejaua innumerables riquezas. Embiaualos à diuersas partes del mundo, a las ciudades, y puertos dõde ay contrato, como al Cayro, a Alexandria, Genoua, Mecina, y otros. A vnas partes iban à vẽder, a otras a comprar, y como el trato era grueso, montauan infinito las ganancias. Succdiò, pues, que vno destos hazedores, criados dest te mancebo, aportaron a vna ciudad de Oriente, que aunque era de Gentiles, tenian saluo conduto para poder cõtratar, sin tecibir ofensa. Hallarõ alli vn mercader Gentil, en todo genero de mercancias rico mucho, y poderoso, hombre de mucha verdad, y liberal en estremo. En su trato, y en su modo tenia poco de pagano. Agassajòlos mucho, regalòlos, hizoles muy gran passaje, y de mas a mas, noticuble escuchado de la ciudad dende eran, y el dueño que los embiaua, y que en lo galante, y generoso eran vn simil los dos, les dio para q̃ le llcuassen algunas pieças

de

de estima. Alborocados los criados con tales tratamientos, boluieron a su señor, haziendose lenguas en las alabãças del mercader Gentil, y dieronle el presente que le embiaua. El mancebo quedò muy vfano, de ver que llegaua ya su nombre a los Gentiles, y que con solas noticias les robaua los afectos. Holgose como era justo, mas no se desvaneciò, sino que diò al cielo las gracias, estimando aquellos fauores, como de su mano, que esto es de pechos Catolicos, holgarse del bien, con el reconocimiento al Criador. A fuer de agradecido, boluiò a embiar los criados a la patria del Gentil, remunerando la oferta con doblados dones, que en animos bizarros siempre son las recompensas de beneficios con muchas creces. Enlaçòse la amistad con estas tornas; pero picado el Gentil a lo liberal, boluiò a embiarle joyas de mas estima. Animauase el amor cõ la correspondencia; cruçauanse los presentes, y encontrauanse los regalos, sin que les fuesse estoruo tanta tierra, y tanto mar.

A excessos de amor tan raros, no sabia ya que hazerse el Catolico mancebo, admirando, y estrañando mucho, que cupiesse en vn Gentil amistad tan notable. Cabando en estos pensamientos, descubriò vn deseo de ir a verle, pareciendole, que menos que con esta fineza no satisfacia à la amistad que professaua. Demas, que amar sin saber a quien, parece paradoxa de el amor, ò es encanto de amistad. Ver, y conocer, es lo q̃ arrastra al afecto. Como se hallaua libre, hallò pocos estoruos al cuidado: y assi, executando su deseo, se partiò a aquella Ciudad del Oriente, cõ grande acompañamiento de pajes, y criados, y con el mayor tesoro que tenia, galas, y libreas muchas, y muy ricas. Iba à vistas de vna aficion, y hazer ostentacion de su grandeza, claro està que iria con todo el resto de preuenciones. El Gentil quando lo supo, salió a recibirle con no menos aparato. Llegole à su casa, hizo aderezar la apo-

sen-

to, a los criados tambien, todo con tanta magestad, y pō. pa, como si fuera vn Rey de la Prouincia. Dieronse los bra. ços a la primera vista, con el gozo, y cariño que puede pre sumirse, saliendose con jubilos los coraçones a los ojos, que a fuer de la inmensa alegria, no cabian en los pechos. Con palabras vrbanas, con razones corteses se dieron el vno al otro las gracias del empleo, significandose cada vno por muy dichoso. El hospedage, el regalo, el agassa. jo, el gusto, y el seruicio, con que el Gentil cortejò al mā. cebo por muchos dias, es indezible, porque como era amor quien lo gouernaua todo, y auia recado de bienes, con que acudir al gusto, vn perpetuo banquete eran los dias, las noches todas saraos.

No podia, ò no se atreuia el Christiano a ir a la mano en esto, por no contradezir al gusto de vn liberal, que tal vez estoruarle lo que gusta, lo juzga por afrenta. El mejor re. medio hallò, que era despedirse, alegandole cuydado de su casa. Diosele a entender assi, significandole, y enca. reciendole las cargas de obligaciones con que boluia, y que estimaria solo el q̄ le diesse ocasion para pagarlas. El Gen. til, que al passo que sagaz, era entendido, aunque con mo. dos corteses, le brindò a estarse otro poco tiempo, dando por causa, no auerle seruido nada; con todo, viendole de. terminado, no quiso hazer violencias al gusto. Concediò con su voluntad: mas antes de partirse, quiso hazerle alar. de de sus aueres. Entrole a vna galeria, en que tenia su ma yor tesoro, y no solo con ruegos, sino con porfias, le per. suadiò mucho à que eligiesse, y tomasse las joyas mas de su gusto. El mancebo, que aunque admirado de las rique. zas grandes, no se hallaua menesteroso de ninguna, escu. sose sumamente de tomar nada, siempre muy agradecido, y muy obligado siempre, que quando se escusa de recibir la cosa, de quien la ofrece con voluntad, es menester mos. trar agradecimiento, como si se huuiera recibido, porque

de

de otra suerte se haze mucho agrauio al animo generoso.

Viendo, pues, el Gentil, que ni à persuasiones, ni à ruegos auia podido conuencerle a que tomasse la mas minima joya, y que parece era descredito suyo el no lleuar à su tierra aquel su amigo vna seña de su amor, procurò vencerle con traça mas poderosa. Tomòle por la mano, y lleuòle à otra sala rica, donde tenia siete doncellas muy illustres, y muy nobles, tan dotadas de hermosura, que pudiera la imaginacion respetarlas Serafines. Estas tenia el pagano para casarse con ellas, segun su rito, que les permite las que pueden sustentar, ò las que quiere. Dixole, pues, al Christiano, que estaua del caso absorto. Ea, amigo, supuesto que riquezas, ni joyas no te agradan, porque no las necesitas, elige destas beldades, destas dõcellas nobles, que tengo para esposas, la que te agradare mas, la que mejor te pareciere, para q̃ qual muger propia te haga dulce compañia. El mancebo, que de vna hermosura en otra andaua trauesseando con los ojos, escogiò de las siete vna, que le llenò mas el alma en lo hermosa, y en lo honesta. Eligiò, en fin, la que era entre todas mas amada del Gentil. Caminos quizà secretos para acarrearle la bienaventurança. Parece que lleuado del amor, errò en la oferta; que enagenar vn hombre, ò poner a riesgo de enagenar, y perder aquello que mas ama, es error grande, es desatino; pero segun el efecto, acertò. Parece, pues, q̃ vino a ser causa el yerro de hallar aciertos al alma. Trocadillos del amor, y la amistad, guerrearon el coraçon del Gentil. A la amistad de el amigo, brindò con la cosa amada, quisieronle el embite, y hallasse muerto de amor, quando dà el alma a su amigo. Por cumplir con este, agrauia a su mismo amor. Satisfecho, y agrauiado se viene a hallar en si mismo. Imitador fue de Alexandro, quando la dama querida se la dio al amigo. Pocos Alexãdros avrà en esta materia, mas lo que es nuestro Gentil, vino a ser en todo vn Gentil Alexãdro.

Vien-

Viendo, pues, la eleccion que auia hecho su amigo, dissimulando el dolor todo lo que pudo; aunque dolores tales mal se dissimulan, le dixo: Yo, amigo, te di a escoger vna destas siete doncellas: Tu entre todas has elegido la que mas robada tenia mi voluntad, la que mas estimaua mi amor, la que mas amaua. Por lo qual, tu como discreto, y entendido, echarás de ver en esto lo mucho que he hecho por ti, lo mucho que te he dado, que dar la muger que se quiere, no creo que ay mayor dar. Y yo, como menos prudente, por tu respeto, jamàs te darè disculpa de lo mucho que he perdido, ni alegarè escusas, ni achaques, para boluer à repetir lo que por ti he dexado. Lleuatela en buena hora, porque estimes mi amistad. Diziendo esto, la diò innumerables joyas, y gran parte del tesoro, dotandola conforme a su calidad. Esto fue añadir finezas à la bizarria, ò para mostrar animo grande en vna perdida de monta, ò para despreciar riquezas, quando auia dado el alma.

Alboroçado, y contento se partiò el mancebo à su patria, lleuando a la doncella Gentil con la estimacion, y recato que requerian sus prendas, y su hermosura. Con el agassajo, con el galanteo, con sus procedimientos la lleuaua ya cautiua a la voluntad; y assi, a pocos ruegos, conociendo discreta, a luzes de la Fè, los intereses del alma, q̃ quiso la bautizassen. Boluiòse Christiana, y casaronse los dos cõ grande admiracion de toda la Ciudad, que al bautismo, y à las bodas publicaron fiestas, y regozijos. No lo passaua assi el Gentil, sino con tristezas muchas, que le assaltaron de manera el gusto, quando se hallò sin la doncella querida, que sin aprouechar diuertimientos, cayò en vna melancolia mortal. Triste, y melancolico, dio tanta ricnda a la pena, tantas largas à la imaginacion, que pararon los discursos en delirios. Hizo rapto al entendimiẽto la dolencia, y ya bolcado el sentido, començò a decaer

del

del puesto que tenia. La hazienda, el trato, y las riquezas, como en la casa sin dueño, andauan bienes comunes, expuestos a toda perdida. De vn dia en otro iba creciẽdo la falta, y en pocos años se hallò en suma miseria, quiẽ se mirò poderoso. Lances son de la fortuna, y es yerro grande fiar en sus prosperidades, pues faltan tan facilmẽte. A solo vn bayben suele rodar por el suelo, quien se mira en la cumbre. Quedò en fin del todo pobre, y como tenia enemigos del tiempo, que emulos de su poder le aborrecian, (que es muy ordinario, el q̃ està en mas altura tener mas que le calumnien) procuraron entonces acabarle del todo, y destruirle. Ruynes animos los que en la necessidad hazen los tiros. Apuraron tanto al pobre Cauallero, q̃ tomò por partido dexarles el cãpo libre, y ausentarse. Triste, y menesteroso buscaua en tierras estrañas el sustento, quando le ocurriò a la imaginacion la memoria de aquel tan querido amigo, por cuya causa quizà se via en tal miseria; y pareciendole, que seria imposible auerse oluidado de aquellos beneficios recibidos, determinò de ir à verle. Al imaginatiuo poco basta para executar su intento. Como lo pensò lo puso por obra. Caminò a la ciudad, dõde el amigo viuia en mucha mayor altura, y mayor predicamento que antes; porque a fuer de sus riquezas, se auia hecho gran lugar entre lo noble.

Informado de su casa, y aguardando que la noche encubriesse con su capa las desnudezes de vn triste, llegò à llamar a la puerta. Baxò vn criado a ver quien era, ò lo q̃ pedia? Dixo, que auia menester verse con el dueño, que le hiziesse fauor de dexarle entrar. El criado, que al modo q̃ se vsan, era desabrido, y mas encontrando con vn pobre, donde ningun interès se esperaua, respondiòle con mucha desazon, que no estaua su señor para visitas, que si era pedir alguna limosna, essa podria darle, pero q̃ no aguardasse otra cosa, Porfiò el Gentil, y aun le dio alguna luz de

que le dixesse al amo, q̃ era vn intimo amigo q̃ en queria hablarle. Segũ el ropaje, juzgò el criado, que era algũ loco, y sin darle mas respuesta, le dio con las puertas en los ojos. O miseria humana! O pobreça siẽpre menospreciada, y abatida! No ay para vn pobre vna mano, que le ayude à leuantar, muchas si para ayudarle a caer. Por esso el que cayda de la cumbre, donde se viò feliz, no buelua los ojos mas a humanos socorros, que le despeñaran mas, sino acuda solo à Dios, que es para todo el remedio.

Triste, y afligido, quante se puede pensar, se apartò el Gentil de las puertas de su amigo, y buscãdo alvergue, dõde passar la noche, se recogio a vn portal grãde de la Iglesia. Alli arrojado a vn rincõ, començò con sollozos, y suspiros a llamar el sueño. Quedose dormido, y allà a la media noche, sucedio acaso, que vn hombre de mal viuir, sobre robar a vn passagero el dinero que lleuaua, le quitò la vida, y porq̃ no tropeçassen cõ el cuerpo, le retirò a aquellos soportales de la Iglesia. El Gentil sepultado en sueño no oyò nada. Amaneciò el dia, y los que mas madrugarõ, hallaron casi juntos al herido muerto, y al Gentil dormido. Bastò este indicio para hazer la justicia sus diligẽcias. Prendieron al desgraciado Gentil, y hizosele el cargo de la muerte. Pudo con verdad negarla, mas viendose ya tan apurado de su aduersa suerte, como el que està cãsado de desdichas, se arrojò a perder la vida, que vn coraçon despechado suele tomar la muerte por aliuio. No quiso, pues negar el cargo que le hazian, con que en breue termino le condenaron los juezes a que pagasse en vn palo la pena del delito. Sacaronle a ajusticiar a vna ancha plaça, donde el concurso grande de la gente la hazia estrecha. Hasta aqui puede llegar la pena de vn desdichado, la lastima de vn triste, a verse blanco afrẽtoso, de todos los ojos de vn vulgo, q̃ le mira. Mas como los juizios del cielo son tan ocultos, y nũca oluida Dios a la inocẽcia, antes por caminos

nos inauditos suele atraer a su gracia al alma que iba perdida, permitiò q̃ à ver el espectaculo se hallasse tambien el amigo del Gentil. Assi, pues, como le vio, assaltandole el alma vn tropel de sustos, hizo reparo de mirarle mas atento. Mirôle punto por punto, y discernidas las señas, conocio que era su amigo: y lleno de valor, al passo que lastimado, rompiendo por la gente, començò a dezir à vozes: Este hombre està inocente, yo he sido el malhechor, aqui està mi vida, yo la ofrezco al cuchillo, deguellenme en esta plaça, y vayase este hombre libre.

Quedaron todos atonitos con la nouedad, hizose el vulgo a la vozeria, sus amigos, y deudos al llanto, y a la tristeza, todos a la confusion, quando otro nueuo accidẽte aumentò admiraciones. Fue el caso, que el mismo homicida, el reo del delito se hallò tambien presente, y mordido de su conciencia, y lastimado de que aquel Cauallero noble perdiesse la vida, por librar a otro inocente, disponiẽdolo assi el cielo, salio a publico, y con grandes alaridos començò à dezir: Los dos que se hazen culpados està inocentes, porque ninguno dellos hizo el homicidio. Yo fuy solo el culpado, y quien cometi el delito: y assi no es justo, que consienta q̃ padezca quiẽ no lo deue: Muera yo solo, y vayanse los dos libres. Pasmò el suceso a toda la ciudad. Los Magistrados, y Señores del gouierno, embueltos en confusion, no sabian que hazerse. Suspendiose el castigo por entõces, y hasta auerigua la intrincada causa, lleuaron a los tres presos: tomarõles sus cõfesiones con maduro acuerdo, y auerigiado lo q̃ auia mouido a cada vno a hazerse reo, salio la verdad en limpio (que por mucho q̃ la adelgaçan desdichas, nũca quiebra.) Conocio se en fin la inocencia del Gentil, y del amigo: dierõlos por libres, y al mismo reo por la accion heroica, le absoluieron de el castigo; que a quien cõfiessa sus culpas, siempre le perdona el cielo. El Cauallero Christiano lleuò al Gentil a su ca-

sa, haziendole muchas honras, regalandole infinito, y pidiendole con ruegos se reduxesse à la Fè: el Gentil, que era entendido, aduirtiendo en sus tragedias, y juzgando, que auian sido quizà torcedores, con que el cielo le auia traido de las tinieblas de su profesion a la luz de la gracia, condescendiò contrito a lo que tan bien le estaua. Bautizòse, y el amigo contento en gran manera, le dio por muger a vna prima suya, noble, y hermosa mucho, que quiso darle buenas tornas por la galanteria que auia vsado con èl allà en su tierra. Demas desto partiò con èl la hazienda, y las riquezas que tenia, quedando iguales en todo, y siendo exemplo raro de amistad a todo el mundo. O si las amistades que oy se vsan fueran con tanta fineza! Mas ay amigos doblados, que solo se hazen amigos al tiempo de la abundancia, y en llegando la desdicha, son traidores. El siguiente exemplo nos darà el desengaño.

EXEMPLO II.

Huuo vn Cauallero (cuenta en su historia moral Vicente Belouac. lib. 12. cap. 16.) bien abastado de los bienes de fortuna: manejaua las rétas Reales, era el dueño del tesoro, y por cuya mano corrian todos los gastos q̃ auia de hazer el Rey; que esto es pintar lo grande, y lo poderoso que era el Cauallero. Tenia tres amigos mas del alma, q̃ a ser iguales los tres, les quadrara mejor otro apellido. Los dos le arrastrauan el afecto, y a la hazièda le arrastrauan, erã dueños absolutos de todo quanto tenia; porque adõde ay amistad nunca se reserua nada, hasta la vida les ofreciò mil vezes, si fuesse necessaria, para seruirles con ella. Tan de coraçon los estimaua, y queria. Al tercer amigo le amaua de cumplimiento, mostrauale vna voluntad muy tibia, vn afecto poco grato. Conforme el amor era el fauor que le hazia. Socorrule muy poco, y en cosas muy menudas, y essas se las estimauã tãto, q̃ esso le obligaua a tenerle en su amistad. Desuerte, que todo lo que con los otros era prodi-

dia

digo, era con esto otro auaro. Lo que allí eran desperdicios, eran aquí niñerías, lo que allà banquetes, eran acà vnas migajas. Rodò, pues, la fortuna, que aun en mayores cumbres nunca para. Nadie fie de prosperidades, solo el viuir ajustado es el mejor estriuo.

Como era Tesorero del Rey el Cauallero, al tomarle las cuentas, cayò en quiebra. Hizosele vn grande alcance, a que toda su hazienda no bastaua, porque quien gasta sin cuenta, quando se llega a la cuenta, conoce lo que gasta. El credito, la reputacion, el disfame, la vengança de los emulos començaron, qual verdugos, à darle en el coraçõ trato de cuerda. Pidiò espera, y sin oirle, le apretaron a la paga. Hallòse perdido sobre lastimado. El pundonor no le dexaua auergonçarse a nadie: mas ya la necesidad huuo de sacarle à la verguença. Acordòse de sus dos amigos, que estauan bien puestos, quizà con lo mucho que èl les auia dado. Acudiò al primero, y con suspiros, y lagrimas algunas le dixo estas palabras: Ya sabràs, amigo mio, en el aprieto en que estoy, y la pena, y el cuydado con que podrè estar, expuesto a los rigores de vn Rey, que me pide lo que es suyo. Y supuesto que sabes lo que me deues de amistad, y beneficios, y que en pechos nobles, es propio de la nobleza el agradecimiento, ayudame en este aprieto con lo que pudieres; socorreme en esta necesidad en satisfacion de tantas como yo te remediè, y no me pesa, sino que no fuer mas, para con mas derecho rogatte lo que te pido; que a pensar yo entonces, que me auia de ver en tal miseria, hiziera mas largezas, para hallar a quien pedir. Lo que pude hize contigo, socorreme en lo que puedas.

Quando llego a pintar con la pluma vn pecho ingrato, vn falso amigo, falta el disculso, y las palabras faltan. Con voz serena, con palabras huecas, con semblante zahareño, respondio el mayor amigo: *Señor don Fulano, yo*

tengo casa, y familia, y tengo mis obligaciones, que es fuerça sean primero que las estrañas. Lo que os aueis comido, y mal gastado, no es bien que lo pague yo. Si amistades me hizisteis, tambien os hize amistades: Yo tengo tãbien amigos, y he menester cõtentarlos, y no quedarme desnudo para pagar vuestras trampas. Vn par de camisas podrè daros, breue socorro para la necesidad en que os miro, mas no espereis otra cosa de mi mano. No ay q̃ dezir qual quedaria el afligido Cauallero, oyendo esta respuesta, pues ello se pregona. Con el silencio se habla mucho a quien entiende. Basta escuchar vn despego de vn ingrato, para entender el dolor del paciẽte que le escucha Andaos a fiar de amigos, gastad por ellos la hazienda, echad en su defensa la capa al toro, arrojaos a otros peligros por su causa, que al auerlos menester no hallareis a ninguno a vuestro lado; al veros en el empeño, se pondràn en la barrera; al veros en el trabajo, huiràn de veros; y si acaso los llamais, o los buscais sin acaso escucchareis desayres por cõsuelos, vn cordel os daràn, si es q̃ os dã algo, para ayuda a ahogaros cõ la pena. Traslado à este tesorero, q̃ hablarà de experiencia, la qual, aunque pudo desengañarle, oyendo lo que oyò al mayor amigo, no se dio por rẽdido, sino que porfiò a hazer mas prueba. Fue en casa del segundo amigo, y a quien no menores beneficios tania hechos. Contòle el estado de sus cosas, su aprieto, su necesidad, y pidiole algun socorro para ayuda al desempeño. Si el primero anduuo ingrato, lo anduuo mas el segundo. Cõ las mismas palabras le hizo pago, solo para si se iba huyẽdo, le ofreciò acompañar algunas leguas, mas no darle otro socorro. Buen aliuio a quiẽ tiene pundonor, aconsejarle que buelua las espaldas, y que paguen los fiadores lo que no han gastado, ni comido. Por vna desgracia puede vn hombre de bien dexar la tierra. No se estraga el pundonor, huyendo del riesgo, que amenaza a la vida. Pero por cosas ciuiles, y con daño de terce-

ro,

ro, huir la cara, es mucha ciuilidad, y es de ser credito mucho en quien sabe lo que es honra. Mejor modo es, quando ya la necessidad llega al estremo, seruir à quié se haze la deuda (pues ay seruicios honrosos, ò por letras, ò por armas) que no dexar à quien afiançò el credito, que lo pague. En hombres de poca cuenta aun es baxeza.

Despedido, pues, como se ha visto, de los dos amigos grandes, sin auer sacado dellos, sino claros desengaños, que no es poco, pues enseñan a viuir: començò a lamentarse de su poca dicha, siendo despertadores del dolor, y llãto los beneficios hechos a ingratos coraçones, las derramas de su hazienda en malos correspondientes. Por no dexar en fin diligencia por hazer, quiso probar su necessidad con el tercer amigo, bien con pocas esperanças de refugio, quãdo considerava escasos los fauores hechos; porque esperar mas del que està prẽdado menos, o es virtud, ò desatino. Fuesse, pues, à èl, y con rostro auergõçado, los ojos en tierra, las lagrimas a la vista, le dixo de esta suerte: No sè, amigo, como tengo boca para hablarte, quando de mi conozco, lo poco que por ti hize, siẽpre anduue escaso en satisfazer tu afecto, siempre con despecho te hize algunos seruicios, siẽpre a tu amistad mostraua semblante aduerso: y assi siento de venir a pedir a quien no supe corresponder; pero la necessidad con que me hallo, la ingratitud que he visto en los que gastè prodigo mi hazienda, me obliga a buscar remedio en las menos esperanças. Tomame cuẽtas el Rey, hallome muy alcançado, no basta toda mi hazienda, hanme faltado los mayores amigos: y assi vengo a valerme de tu piedad, para que ayudado con alguna cosa, pueda suplicar espera en lo que falta.

Alboroçado el amigo de el piadoso ruego, con palabras amorosas, le hablò en esta manera: Doyte mi palabra, a ley de Caualiero, que siempre te he estimado como amigo, no apartãdo jamàs de mi memoria mercedes,

y beneficios que me hiziſte, que aunque en ſi no fueron grandes, en mi aprecio fueron muchos: y aſsi, pues ha llegado tiempo de moſtrar mi gratitud, quiero pagarte lo que deuo con vſuras, pues ſon licitas ganancias aquellas que grangea vn beneficio. Dexa la congoja, oluida la pena, no te aflija nada, ten valor mucho. Yo le hablare por ti al Rey, afiançarè tus creditos, y harè que ſalgas triũfante de todos tus enemigos. Por mi corrè ya tus deudas, ſolo pido que te alegres. Lagrimas deſpertò el gozo a viſta de la bizarria, y entre ſuſpiros tiernos, començò el Caualliero a llorar ſu paſſado engaño, y à eſtimar agradecido ſu bien preſente. Ay de mi (dize abraçado del amigo) y que engañado viui, quando tuue con que obrar! Que vano ſaliò mi afecto en tomar tales amigos! Que poco que diſcurri en no eſtimar a eſte que lo merecia! A los falſos di mi hazienda, y al amigo verdadero apenas le hize vn fauor! Eſte es ſolo amigo, que en la neceſsidad no falta: aquellos ſon traidores, que en tiempo de la bonança ſon ſolo amigos. Deſuerte, que de quien menos penſo eſte Caualliero, ſe hallò remediado, y ſocorrido, y aquellos que juzgò le deſempañaran, ſe le boluieron ingratos. Cuydado en buſcar amigos.

CAPITVLO OCTAVO.

En que ſe cuenta como llegò Dauid à la Ciudad de Nobè, y lo que le paſsò con el Sacerdote Achimelech, y con el Rey Achis.

DE los abraços de ſu amigo Ionatas ſe deſpidiò Dauid, como diximos, hecho vn mar de llanto, que en ternuras deſpedidas, donde la laſtima es mucha, nunca ſe afrentò el valor de dar a los ojos reliquias del ſentimiento. Por montes, y por malezas le abre camino el miedo; que a quien huye, le es ſiempre ſeguridad

dad apartarse del camino. Presuroso alarga el passo, sin saber adonde và, q̃ esto se llama huir, caminar a tiento, buscando en los lexos sagrado del peligro. Vnos pocos criados desarmados, y hambrientos le acompañan, que ocultos en la espesura esperauan su venida; que no fue poco aliuio à tanta pena hallar criados leales, que se determinassen à seguirle. Con ellos, pues, camina a la ciudad de Nobè, famosa poblacion, y albergue de los Sacerdotes. Alli estaua entonces el Tabernaculo del Señor, y alli acudian todos con sus votos, y promessas. Y como el mejor medio en las tribulaciones, y trabajos, sea el acudir à Dios, è implorar su auxilio; assi Dauid deuoto, y prudente, al començar su destierro, quiso valerse de las fuerças diuinas, mediante sus oraciones; que para poder huir de tan poderoso enemigo como vn Rey, son poca ayuda socorros humanos. Llegò a la ciudad, fuesse al Templo donde tenia su morada el Sacerdote Achimelech, Principe entre los demàs; el qual viendole de aquella suerte, perdido el color, desarmado, sin el aparato militar, y tan sin gente, quedòse como atonito, y confuso, y preguntòle la causa de ir tan solo? Dio à esto Dauid algunas escusas, fingiendo iba a vn negocio secreto, cosa que importaua al Rey, y que por esta causa, no solo no aguardò a su gente, la qual tenia conducida en lugares distantes; pero ni aun tomò sus armas, por venir mas diligente.

Creyòselo Achimelech, bien ignorante de lo que passaua: y como Dauid era hombre de tanta verdad, hallò en sus palabras la ficcion aprecio, como al contrario, en quien suele mentir, siente quiebras la verdad. Que causa moviò a Dauid, a no descubrirle con Achimelech? Ni el Texto la señala, ni los Comentadores la aduinan. Quedase al discurrir de cada vno, y no ay duda, sino que le moviò gran causa. A mi me parece, que fue miedo de la muerte, porque si, como dize Lyra, ya q̃ el Rey Saul auia

hecho pregonarle en la Corte, y por el Reyno por vandido, como à hombre facinerosso, mandando pena de la vida, que nadie le recibiesse, ni hospedasse; claro està que se temeria Dauid de descubrir su desgracia a quien por temor, o cõplacencia le podia entregar a su enemigo, y quãdo no temiera la traicion del Sacerdote, podia rezelarla de otros, a quien llegasse la noticia. Y no se espante nadie, que Dauid temiesse, que en los mas grandes hõbres, quando huyen, halla lugar el miedo: y rezelar, y preuenir en casos arduos, siempre fue prudencia.

Lyra in Glossa, 1. Reg. 21.

Assegurado, pues, Achimelech, preguntole Dauid, antes que se alargasse la conuersacion (que a quien llega hãbriento suele ser entretenida) si tenia alguna cosa a mano que darle de comer, aunque no fuera sino vnos cinco panes, ò otro qualquier manjar? Nunca la hambre es melindrosa, aun en pechos Reales suele hazerles plato dulce de vn tassajo. En el modo de pedir, aduirtiò Achimelech la necessidad, y assi respondiò al proposito, diziendo: No tẽgo tan a mano, como pides, del pan comun, que es el que se permite dar a los seglares. Panes santificados tengo solos, que son de la proposicion, permitidos solamẽte a los Sacerdotes; pero si tus criados estàn limpios, principalmẽte de auer tocado à mugeres, coman dellos sin escrupulo, que la necessidad con que os miro, os harà saluos. Agradecido Dauid de la preciosa oferta, satisfizo à la condicion con dezir, q̃ en quanto a mugeres, se hallauan purificados, y que esto, y la necessidad con que se vian, podia escusarles de qualquier otro defecto, en que huuiessen caido en el camino. Continencia, y necessidad juzgaron el Sacerdote, y Dauid por causa bastante para comer los legos del Pan Sagrado. A tan alto fastigio llega vn continente, a mesa tan santa se atreue vn necessitado. Siempre ha sido Dios clemente, aun quando se llamaua Dios de las vengancas; nunca quiso la muerte del pecador.

Lyra, y los Hebreos, vbi sup.

Diò-

Diòle, pues, Achimelech a Dauid del pan santificado, y quiso la fortuna, que no fuesse el caso tan secreto, que dexasse de verlo algun chismoso, y mal intencionado. Estaua en aquella sazon en el Templo Doech, de quié ya diximos, Idumeo, aduenedizo, priuado de Saul, mayoral de sus pastores, el qual obligado de algun voto, assistia aquellos dias en el Tẽplo con la ofrenda, que soliã ofrecer los que iban à cumplir tales promesas. Este, pues, atendiò curioso à todo quãto passò entre Achimelech, y Dauid. Desde donde estaua oculto, no solo viò las acciones, pero aun deuiò de oir las palabras que huuo entre los dos. Bien pudiera Achimelech rezelar este daño, pues no ignoraua el estar Doech en la ciudad; pero como auia de tener rezelo, quando no sabia que iba Dauid fugitiuo, ni que le amenaçaua daño alguno? Dauid pudo rezelar, mas quando los leales reparã en las traiciones? En fin Doech estaua hecho todo oidos, todo ojos, para ver, y registrar quãto passaua; propio de soplones, que por saber vn secreto, ò por lleuar vn chisme, suelen andar desvelados las noches, y los dias.

Viendose ya Dauid con sustento con que remediar la hambre dèl, y de los suyos, pidiole a Achimelech, si tenia acaso algunas armas, se las diesse, porque la prisa con q̃ el Rey le despachò auia sido tanta, que aũ no le dio lugar de tomar las suyas. Aquel alfange (respondiò Aquimelech) con õ degolleste al Filisteo en el valle del Terebinto tengo en solo mi poder, que como trofeo de tã singular victoria, le colgamos en el Templo. No tengo otra arma alguna: Si quieres, y gustas de lleuarte esta, supuesto que es ropa tuya, y tan famosa, lleuatela en hora buena, que vn Capitan como tu, no parece bien sin armas. Estimo, como es justo (respondiò Dauid) la merced que me hazes, y el alfange que me ofreces, porque sè que no ay espada que le iguale. Dumele, y quedate en paz, que me da prisa el cuidado, y vozes la diligẽcia. Entonces Achimelech le entregò

gò el alfange, dioselo a Dauid, èl le recibiò cortès, ciñose le valiente, y dandole por todo las deuidas gracias, se saliò del Templo, y de la Ciudad. Repartiò con sus criados el pan que lleuaua, con que mas esforçados prosiguieron su destierro.

No se assegura Dauid en todo el Reyno de Iudà, las ciudades del refugio las juzga poco sagrado, que para vn Rei ofendido, no aprouechan priuilegios. Los montes mas espesos, quando le dàn mas seguro, le atemorizan con sombras. Las cabernas mas ocultas, las teme ya calaboços, q̃ roban la libertad. Los paxaros que cãtan, los animales q̃ rugen, las fieras que gimen, piensa que auisan a que le maten, ò prendan. Todo en fin lo juzga miedos, todo lo topa peligros, todo lo mira embaraços, hasta el silvo del pastor que a otros descaminados causa gozo, à èl le acorroja, y asusta: y assi determina buscar en tierras estrañas la quietud, de que le prina el patrio nido, que en casos semejãtes, quando el Señor justa, ò injustamente, busca al subdito la vida, quando està fiesco el enojo, en agraz la pesadũbre, calientes las heridas, no ay prudencia mayor, no ay mejor medio que la ausencia, y el retiro. Con esto suelen vẽcerse causas graues. El enojado, cõ no ver a los ojos quien le causò el disgusto, se templa, y se sazona. El paciente, cõ no viuir en tierras del señor, aunque viua entre Barbaros, se quieta, y se assegura. Gran consejo es este para perseguidos, salir de entre los pies q̃ los estàn hollando: Aũ Christo con ser Dios, para enseñança nuestra, vsò desse remedio en algunas ocasiones. Siendo niño se desterrò de Belen, y entre Barbaros Egipcios passò sus niñezes, hasta que muriò el tirano, que le perseguia. Siendo de madura edad, se saliò de Iudea à otras Prouincias, huyendo la muerte que le amenaçauan los mal contentos, hasta que se cumplio el tiempo en que la ofreciò gustoso por los hombres. Qué marauilla, pues, que Dauid, auiendo de ser padre de esta dei-

deidad soberana, experimente primero estos destierros, y calamidades. Padezca, y sufra Dauid, que a quien padece sin culpa, es gran gloria el padecer.

Resuelto, pues, quiere ir a valerse de Achis Rey de Get. No repara que conozcan que es Hebreo, tan opuesto a su nacion, fiase en ser valiente soldado, y que para vn Rey, que anda metido en guerras, es acepto siempre el agregar fugitiuos a su campo, por mas contrarios que sean en la religiõ. Hallò, pues, en el Rey buena acogida, recibiole muy contento, hizole todo agasajo, dandose puesto, y plaça, conforme a su persona. Ya estas caricias le grangearon odios con los priuados del Rey. Brotò la embidia incendios de su coraje, y a llamas de emulacion, procurò descõponer al nueuo huesped. Fue el caso, que como es ordinario, en viendo a vn forastero, informarse quien sea; q̃ nombre, que patria, que profession? Assi los validos del Rey, dadme de que medio vsaron, que llegaron a alcançar ser Dauid el contenido, que al parecer Dauid lo auia encubierto, considerando la enemiga que tenian con èl los Filisteos, desde que matò al Gigante su adalid valiente. No huuieron menester mas, para hazerle el tiro en modo de lisonja, que estas son traidoras heridas, que con capa de amistad derramã el veneno. Dixeronle, pues, al Rey: A señor, gran hõbre nos ha venido al Reyno, muy buena ayuda de costa, gran socorro; porque lo dezis? les dixo el Rey Getheo, sin escusar que Dauid oyesse la platica, como no sabia la malicia, que llenaua embuelta. Porque? (respondieron ellos) Pues acaso no es este Dauid el caudillo valiente de su nacion, Rey de su tierra? No es este, a quien auiẽdo extinguido el rayo de Palestina, al famoso Goliat, le cantauan las doncellas en sus bayles: Saul dió muerte à mil, mas Dauid matò a diez mil. Pues que mas fauor queremos, que vn hombre mata Gigantes?

Ironicamente loauãa Dauid estos priuados, modo con-

La Interlin. teloso para indignar a su Rey, procurãdo cõ alabãças despertar embidias, que le destruyessen. Assi lo reparò vn docto, y assi lo entendiò Dauid, pues lleno de temores, començò en su coraçon à desentrañar aquel modo de palabras, y repassadas vna, y otra vez a la luz de su juizio, las descubrio el veneno que lleuauan reboçado con lo dulce. Era entendido, y assi diò presto en el blanco; que lisonjas de enemigos, en quien discurre, pintan en traicion. Hallòse, pues, atajado, sin saber que hazerse, metido entre contrarios, y embidiosos, que es mas. Temiò el peligro, y quisso acudirle con vna famosa traça, q̃ para de repẽte fue harto astuta. Fingiòse loco, y lo fingiò tã bien, q̃ tuuieron por verdadera la locura. Começò a hazer ademanes, y meneos con ojos, y boca, ya pintando en las paredes, ya enfurecièdose entre los q̃ le mirauan. Apesadumbròse el Rey, y mãdò, que se le echassen de alli, diziendo a los suyos, y haziẽdoles cargo, que a que proposito le auian lleuado vn loco quando los auia sobrados en su tierra? Cõ esto le ausentaron de Palacio, y quando Dauid viò la ocasion, huyòse cõ diligencia del peligro. Dexò el Reyno Getheo, y boluiose al de Israel à buscar mejor seguro. Y a de lo que se fue huyendo le pareciò mas sagrado; propio de los que arrastra la fortuna, no hallar en ninguna parte consuelo, ni reposo.

Con todo, es de reparar, que de tres vezes q̃ en sus persecuciones se fue Dauid a amparar de los Gentiles, como se vera adelante, nunca, si no es vna vez, se viò apique de perder la vida. En las otras ocasiones, ya con el Rey de Moab, ya con el Rey de Get, hijo del que aora huye, hallò famosa acogida, le estimaron, y quisieron en tanto grado, que cada vno le señalò vna Ciudad en que viuiesse: y aun el Moabita, que le estimaua por deudo, como viznieto de Ruth, Infanta de aquella tierra (segun dizen los Hebreos) sintiò tanto que le dexasse, y se boluiesse a Israel, q̃ en vẽgança desto hizo matar a los padres de Dauid, y a muchos

de

de sus amigos, y parientes. Que causa, pues, puede auer aora para hallar Dauid, en vez de refugio, amenazada la muerte entre embidiosos? Que misterio escondido puede auer en este lance? Recibirle despues bien, y aora mal recibirle; que serà el misterio? Entonces, que iba como de guerra, con gran troço de soldados, gente allegadiza, todos fugitiuos, le socorren, y le dàn sus casas, y aora que và tan de paz, solo con quatro criados se indignan de saber quié es, y tirã a matarle? Entonces se enojan, porque los dexa, y aora se malean, porque se và a valer dellos? Entonces no se acuerdan que es Dauid, quien ha hecho en ellos tantos estragos, y muertes, y aora hazen recuerdo, que es Dauid quien les matò a su Gigante? Que es esto? En que ha pecado mas aora Dauid, pues parece que el Cielo le desampara? Seria por vẽtura, por auer comido el pan sagrado, que le dio el Sacerdote? No pudo ser por esto, pues como queda dicho, la estrema necesidad le escusò de culpa. Antes bien, por auer comido de aquel pan, figura de el soberano Sacramento, juzgo, que le diò gracia, para saber mañoso escaparse de el riesgo. Seria acaso por passarse a los Gentiles, gente tan contraria a su Religion? No, que si por esto fuera, no le sucediera tan bien las otras vezes. Demas, que aun el mismo Christo (como ya diximos) no juzgò ilicito irse à valer de infieles, quando se huye de ingratos. Pues si no fuera nada desto, por que seria? Ea, no lo encarezcamos mas. Yo imagino (y deuaseme esta conjetura) que fue por auerse traido del Templo la espada del Gigante; porque si ay quien dize, q̃ esta espada, ò alfanje se le consagrò a Dios en hazimiento de gracias, por aquella tã celebre vitoria: claro està, que si fue assi, no pudo Dauid, ni otro ninguno valerse de la tal arma, menos que no fuera para defenia de el mismo Templo de Dios, porque lo q̃ se consagra a Dios vna vez, no puede boluer jamas a vsos profanos, que assi lo mandò Dios por el Leuitico. Luego si hizo mal Dauid

Glossa.

Leui. ca. 27.

en

en tomar del Templo lo que era ya propio del Tẽplo, que marauilla que no le suceda bien en la jornada? Y yo quiero (como siente Lira) que aquel alfanje no se consagrasse a Dios, sino que simplemente se huuiesse colgado alli como trofeo, y que Dauid no pecasse en boluer a tomar lo q̃ era suyo: yo quiero que no huuiesse culpa en esto; pero se podrà negar en lo exterior al padecer amagos de descredito, desadornar al Templo de vna arma tan preciosa como aquella, viuo testimonio, que pregonaua alli a quantos entrauan, fauores inmensos, q̃ hizo Dios a Dauid, con darle aquella victoria? Puedese negar, ya que no lo fuesse, el parecer delito, òdesacato? Esto no podrà negarse. Siente pues, tanto Dios, por mas montones de causas q̃ lo justifiquen, el tomarle de su Templo cosa alguna, q̃ quizà para escarmiento de otros, permitiò le sucediesse a Dauid tã mal este viage, topando con mas peligros, donde pensò hallar socorros. Y si las que son sombras de desacato, qual estas, las castiga desta suerte, como castigarà atreuimientos sacrilegos? El tomar de sus Templos las riquezas, so color de guerras justas? Tiemble el mas alto poder del poder Soberano: y antes embista desnudo al enemigo, que con ropa, que es de Dios quiera vestirse, porque en lo vno verà victorias patentes, y en lo otro experimentarà estragos, y desdichas; y quien no lo creyere, buelua los ojos a historias lastimosas.

Exemplos de los que acabaron mal, y tuuieron sucessos infelizes, por vsurpar los bienes de los Templos.

EXEMPLO I.

POR los años de mil y nouenta y quatro reynaua en Aragon don Sancho Ramirez, Principe esclarecido, y famoso, no menos por sus virtudes, que por sus grandes victorias, que porque el curioso tenga noticia de algunas, las sumarè en breues lineas. Este Rey fue

el

el primero, que de los encumbrados montes, donde fortificados de la aspereza del sitio, viuian sus antecessores, baxò a lo llano su Imperio, ganandoles a los Moros muchas fortalezas, y ciudades. Fue quien con guerras continuas vino a affligir de manera a los Reyes de Balaguer, de Lerida, de Monçon, y de Barbastro, que los hizo tributarios suyos, cobrando dellos parias ventajosas. Tomò despues à Barbastro, ciudad, que en las dilicias de sus amenos cãpos, es emulacion de otras que la miran. A Monçon tomò tambien, villa, que por su Alcaçar, y fortaleza la han estimado los Reyes por precioso asylo. Tuuo principio en su tiempo la villa de Luna, casa solariega desta familia illustre, cuyos Varones claros ennoblecen aquel Reyno. Diòsela el Rey à Bacalla, Cauallero principal, y famoso tronco de tantas ramas nobles. Fue de mas de guerrero este Rey muy bien quisto en el gouierno, que no todos los q̃ saben menear las armas, tienen maña en ajustar las cosas. Fue muy piadoso, y deuoto mucho de los Religiosos, y assi alcançò del Pontifice Alexandro Segundo, que el Monasterio de San Iuan de la Peña, con los demas de su Corona, fuessen exemptos de la jurisdicion de los Obispos. De suerte, que en la guerra, y en la paz fue siempre Don Sancho bien acepto. Pero como nunca a la mayor virtud falta vn desman, que procure desautorizarla, y desluzirla; assi à este Rey le acometiò vn gran contrario, vn vicio sabroso, y dulce a nuestra naturaleza, ya veneno, que sin sentir se traga, fue la codicia el meter las manos en la ropa agena, el valerse muchas vezes del tesoro de las Iglesias, con capa de guerras justas, de la defensa propia, del bien comun. El color parece bueno, mas poco importa el colorir la accion, si el meter las manos en las cosas sagradas no se ajusta, y Dios se indigna.

Desto, y no de otra cosa fue notado este Rey: harto fue esto; y si hizo, ò no hizo mal, si pecò, ò no pecò, vease en

sus diligencias, pues dellas mismas consta la inquietud, y desassosiego de su alma. Siempre la conciencia es despertador que aduierte, llama, y despierta. Para soldar sus escrupulos, ganò vna Bula del Papa Gregorio Septimo, para que a su voluntad trocasse, mudasse, o diesse las rentas de las Iglesias nuevamente edificadas. El ajustarse a la voluntad de la concesion es lo dificultoso, el exceder de lo que el dueño permite es el peligro. El ser verdadera, o no la causa que alega, es todo el toque: y aqui, como en piedra de toque, està el fiscal de la conciencia, tocando el hecho, y la causa. Y como es ropa de Dios, de sus Templos, de sus ministros, se mira con gran cuydado: y quando cae la culpa en quien la siente, como este buen Rey, o como en nuestro Dauid, ò como en otros, es gran consuelo, porque al fin con lagrimas se cura, con satisfacion se sana. Dios os libre de quien no haze cuidado de tomar lo ageno, de quien no escrupuliza lo que quitò injustamente, de quien a vozes de la conciencia se haze sordo, q̃ en tal caso mayores males se temen, mas horrendas desdichas se amenaçan.

Como no se escapò al Rey la murmuracion del pueblo, en que via claramente, que le afeauan algunas destas codicias, y que las llamauan sacrilegios, dio de tal manera en afligirse, que determinò soldar la nota con vna accion heroica, y señalada. Conuocado el pueblo, vn dia en la ciudad de Roda, en la Iglesia de San Victorian, y presente el Obispo Raymundo Dalmacio, arrodillado el Rey delãte el altar de san Vicente, con humildad grande, con lagrimas muchas, con gemidos, y sollozos, pidiò perdon publicamente de su exceso, y prometiò satisfacion de vida cõ la enmienda. Hecho por cierto digno de loar, y que entretuuo al concurso: y para confirmar con las obras esta accion, mandò restituir al Obispo todo lo que le auia quitado de su Iglesia. Todos los Principes quedan heridos de esta

accion

achaque, ſe ſienten cargados, auian de imitar a eſte Rey en la penitencia, ò temer por lo menos ſu deſaſtrado fin: que en delitos graues, en culpas eſcandaloſas, y mas en las cabeças, no ſe ſatisfaze Dios cõ q̃ las giman. y lloren (harto es perdonarſelas por eſſo) ſino que para eſcarmiento de otros permite que ſe caſtiguen. No ay mejor exemplo, ni mas prueba que Dauid, quando le quitò a Vrias ſu mugen, y la vida; pues aunque con ſus lagrimas, y dolor borro la culpa, no por eſſo ſe le perdonò el caſtigo, que fue bien laſtimoſo, permitiendo el cielo, que ſu hijo miſmo le quitaſſe ſus mugeres, y le afrentaſſe con ellas a viſta de todo el pueblo. Aſsi, pues, aunque el Rey D. Sancho por ſu penitẽcia, no ay duda, ſi que alcançaria perdon de ſu pecado, no por eſſo ſe librò de vn exemplar caſtigo, que fue en eſta manera.

Proſiguiò el año que auemos dicho la guerra contra los Moros. Determinò valiente ſitiar a Hueſca, y tomarla. Iuntò todas ſus gentes, y formando vn groſſo campo, partiò a la execucion. Por los montes, y collados, que la circundan, la fue ſitiando, de modo, que no podian entrar, ni ſalir de la ciudad, ſin dar en las zeladas, los Reales principales los puſo en vn montecuelo, que deſde entonces, dizen Hiſtoriadores graues, tomò el apellido deſte Rey, y ſe llamò Poyo de Sancho. La ciudad era muy fuerte, y eſtaua muy bien pertrechada, y ſocorrida de bituallas, y gente, y aſsi el cerco iba a la larga, mas no por eſſo deſiſtio el Rey de lo començado, como tampoco baſtaron a diuertirle algunas correrias, con que el de Caſtilla le acometiò por la parte de Nauarra (torcedor reboçado en fauor del Rey Moro.) Pero los Infantes de Aragon, por mandado de ſu padre, ſalieron a la defenſa, con que el cerco fue adelãte. Vn dia, pues, acompañado de algunos Capitanes, andaua el Rey dando buelta a la ciudad, mirando con atenciõ ſus fuertes muros, por ſi via alguna parte por dõde pudieſſen

acometerla. Aduirtiò vn lugar algo a proposito para su di
signio, y estendiendo el braço para señalarle a los q̃ ban
con èl, sucediò, que al mismo punto le flecharon del adar-
ue vna saeta, que hiriendole por baxo del mismo braço, le
quitò la vida. Salió luego la voz del comun, en q̃ era ven-
gança de Dios, por auer puesto la mano en los bienes de
las Iglesias. Que fuesse por esta, ò por otra causa, el rumor
lo publicaua assi, y fines desgraciados, en quien ha agra-
uiado al Templo, siempre se presumen ser castigos, para
quizà con ellos atemorizar Dios à otros atreuidos, pues
mal huuiera escarmientos, y mas en la codicia, sino huuie
ra el temor de sus fines temejãtes. Mucho dissimula Dios
de otras materias, mas en tocandole al honor de sus Tem-
plos, de sus bienes, no quiere dissimularlo: crudamente lo
castiga, y mas à quien no lo llora, ni se arrepiente dello,
como se verà en la historia siguiente.

EXEMPLO II.

Por muerte del Rey don Alonso el Sexto, aquel que, ò
por su liberalidad, ò por sufrir el plomo, le llamo el de la
mano horadada, y ganando à Toledo, la hizo con mucha
razon Corona de Castilla, sucediò en el Reyno su hija do-
ña Vrraca, viuda, que era a la sazon del Conde D. Ramon
de Borgoña, tan briosa, y alentada, que con sus bizarrias
desdoro su honestidad, y su decoro. En otra ocasion po-
dra ser que digamos algo desto, si bien es materia tan vi-
driosa, que ojalà los Coronistas la huuieran passado en-
tre silencios, para no despertar cenizas frias à vozes mal
sonantes. Casò, pues, esta señora, en segundas nupcias,
aun viuiendo su padre, con el Principe don Alonso de
Aragon, hijo del Rey don Sancho, que murió en el cerco
de Huesca, como dexamos dicho. Por ser deudos en terce-
ro grado, y no auer abierto entonces la puerta los Ponti-
fices à las dispensaciones (que aun con los Reyes no se per-
mitian) despues de muchos dias de casados, y despues de-

tomada la posseſsion del Reyno, y llamarſe yà D. Alóſo, Rey de Caſtilla, y ſeptimo deſte nombre (que otros, por la nulidad deſte matrimonio, le excluyen del Catalogo) deſpues de todo eſto vino vn Breue del Papa Paſqual, en que les mandaua, q̃ ſe apartaſſen. Eſta diligencia deuiò de nacer de parte de la miſma Reyna D. Vrraca, y de los q̃ mal contentos del Rey eſtraño, no querian ſe llamaſſe D. Alóſo, Rey de Caſtilla. En fin, à amenazas del Põtifice, y à cõtradiciones de los Grandes, ſe diuorciò don Alonſo cõ la Reyna, y mandò ſoltarla del caſtillo de Soria, donde la tenia preſa, por cauſa de ſu licencioſa vida, y poco recato. Gran mengua en vna Reyna de Eſpaña! Nadie ſe admire, ni eſpante de flàquezas, quando aun en paños Reales caen las mãchas. Aunque D. Alonſo hizo eſte diuorcio cõ mucha voluntad (ſino es que fue fingida) como la ambicion del mando ſea tan poderoſa, y tan dulce à nueſtra naturaleza, no queria dexar el ſeñorio del Caſtellano Reyno, q̃ era la dote, que le auia lleuado D. Vrraca. Comẽçò à azedarſe, y à embrauecerſe contra todos aquellos que preſumiò auian ſolicitado el apartamiento, en eſpecial con los Prelados, y Obiſpos: y aſsi hizo prender al de Palencia, y echò de ſus Igleſias al de Leon, y al de Burgos. Al Abad de Sahagun deſpojò de ſu dignidad, y ſe la diò a ſu hermano Fr. Ramiro (que aunque Monge, vino deſpues à ſer Rey de Aragon, por morir Don Alonſo ſin hijos, y hizo aquella memorable campana de cabeças.) Haſta el Arçobiſpo de Toledo don Bernardo, con ſer Legado Apoſtolico, obligò a andar deſterrado de ſu Igleſia por dos años. Contra los Grandes que le hizieron punta en defenſa de la Reyna, y de la patria, tomò las armas con tan gran denuedo, q̃ en dos batallas campales los dexò vẽcidos, quedãdo en la vna dellas, que fue junto à Sepulveda, muerto D. Gomez, Conde de Candeſpina, trõco famoſo de la illuſtre familia de los Sarmientos, que ſiẽdo nueuas vides co-

ronan tantas casas. La otra fue entre Leon, y Astorga, en vn lugar que llaman Fuente de Culebras. Vsano destas victorias, se entrò robando toda la tierra de Leò, Burgos, Nazera, y Palencia. Pero todo este estrago, aunque sangriento, y injusto, pudiera tolerarse, sino passara la ambicion, y la codicia los limites sagrados. Diò en profanar los Templos por donde iba, haziêdolos establos, que mas hiziera vn Gentil? Ni porque mas tuuo Pompeyo desastrada muerte, sino porque en Ierusalen hizo al Templo alvergue de sus caualos. A desacatos sacrilegos, no es escusa la infidelidad, pues el mas barbaro sabe que ay Dios, y que son los Templos su Casa. Metiò la mano tambien en sus riquezas, y teloros, coloreando la accion, con que su guerra era justa, y tenia necesidad extrema de dineros. Sin duda se le pegò a este Rey el achaque de su padre; pero pudiera temer el fin q̃ tuuo. Del Templo de San Isidro de Leò tomò gran cantidad de plata, y oro, y de otras muchas Iglesias, quitò los vasos sagrados, injuria que vengaron muy bien los santos Patrones dellas. Y fue cosa milagrosa, pues desde el punto que hizo el Rey estos desafueros con los bienes de la Iglesia, se fue empeorando su partido. En Carrion le tuuieron cercado, y a pique de perderle. En fin, por algunas conueniencias se le concedieron treguas por parte de Castilla. Diò buelta a su Reyno, por causa que los Moros de Zaragoça le inquietauan con algunas correrias, haziendo notables daños en los Christianos pueblos. Ganò despues de largos combates la Ciudad de Zaragoça, que no se le ha de pegar a este Rey auer sido de los mas valientes, y bien afortunados que tuuo Aragon, y conocio España. Veinte y nueue vezes afirman Autores graues, que trabò batalla cõ sus enemigos, y q̃ en las armas salio vitorioso, y triunfante, por lo qual ganò renombre de Barallador.

Pero poco importan las vitorias, poco los buenos lances de fortuna, y aun las virtudes tambien importan po-

co

co, quando ay ofensas del Cielo que las borrá: los desca-
tos cometidos contra las Iglesias, vnas derribadas, pro-
fanadas otras, y otras despojadas de sus bienes, estauan pi-
diendo a Dios vengança. Y juzgo, que ola el Rey las vo-
zes, o se las representaua a su cõciencia, segun el testamẽ-
to que dispuso tres años antes de su muerte, en que dize
dexaua mandas de muchos pueblos, y castillos a los Tem-
plos, y Monasterios de casi toda España, y por no tener hi
jos, repartia el resto de sus Estados entre los Templarios,
y Caualleros de la Tierra Santa, con graues maldiciones,
contra los que innouassen algo de su disposicion, y volun-
tad. Que mas prueba de que la conciencia le mordia, y el
pecado le aquexaua? Pero dexar para despues de muerto
la restitucion, y en tales materias, nunca es acertado: por q
aunque los albaceas sean muy amigos, ò se descuidan en
cumplir las mandas, ò a vezes permite Dios, que no las cũ
plan: demas, que a falta de herederos forçosos, quizà los
albaceas quieren serlo, como estàn llenas de exemplos
las historias, que aquellos mismos, en quien afiança vn
Rey la execucion de su voluntad, ellos son quien la dimer
ten, procurando para si lo que han de dar a otros; como
vino a suceder en este caso, pues no ay duda, sino que Fray
Ramiro, hermano del mismo Rey, por Religioso, y por
hermano, seria el principal de los que quedaron con el
cargo de cumplir el testamento, y bien lo cumpliria; si à
ruegos de los demas, y dispensando el Pontifice, cargò
con la corona: el satisfazer en vida es lo seguro, porque
fiarlo de amigos, lleua mucho riesgo.

Con este testamento, pues, que se otorgò en Bayona,
se hallaua el Rey Don Alonso, quando se le ofrecio a los
ojos la conquista de Fraga, plaça conocida, mas por el de-
safuero que diremos, que por otra cosa alguna, que la apo-
ye, mas por suplicio de vna Magestad, basta sea vn pueblo
triste. Pusole cerco, que duro muchos dias, a causa que la

fortaleza del sitio, le seruian de defensa. Huuo algunos encuentros bien reñidos, en que los Moros lleuaron casi siempre lo mejor. Vn dia, pues que se cõtauan siete de Setiembre del año de 1134. junto al lugar de Sariñena, cayò el Rey con vna esquadra de trecientos de a caualio, que lleuaua, en manos de la caualleria enemiga, que era muy grande en numero. Visto el peligro, animò a los suyos cõ palabras graues, poniendoles por delante el ser Christianos, y el deuer de Caualleros. Trauòse la pelea con ardimiento grande, con coraje mucho. Los Fieles, considerãdo el aprieto, peleauan como desesperados de valientes, que suele infundir animo la falta del remedio, pues ya que se ha de morir, es consuelo en parte, saber vender bien la vida. El Rey, como Rey en fin, se señalò entre todos, mas como quizà esta desgracia la causaua su culpa, poco le aprouechò el esfuerço, poco la valentia, pues cayendo del caualio entre el sangriento tumulto, no pareciò jamàs viuo, ni muerto. Sucessò el mas infeliz, que lloran los Anales de Aragon, muerte la mas lamentable, que se viò en vn Rey Christiano! Varios rumores ocasionò el desastre, la presumpcion de mas credito es, que fue castigo, por los desacatos que tenemos mencionados. Nadie se burle en meter las manos en los bienes de la Iglesia, que corre el despique por cuenta de Dios, y sabe castigar con tales muerres. La deste Rey fue muy horrenda, pues aun no se le permitiò sepulcro, que honrasse sus cenizas. Tiemble el mayor poder de vn sacrilegio.

Aunque semejantes fines, no solo son castigos, sino que dan escarmientos, se aprouecho muy poco la Reyna doña Vrraca del que tuuo don Alonso su marido, pues pudiera aduertida, para no imitar sus passos, temer de el successo, pero à que razon no ciega la codicia [illegible] encuentros con [illegible] Don Alonso [illegible] Rey de Castilla, y [illegible] Alonso, que se llamo [illegible]

paña (tales fueron sus hechos, y virtudes) para sustentar con èl la guerra, metiò tambien la mano en los tesoros de S. Isidro de Leon, no reparando en que aquellas reliquias, y vasos consagrados seruian al Diuino Culto: no aduirtiendo en que por ser muger era mucha demasia entrar al robo, quando aunque fuera de vn templo de Gentiles, era accion muy contraria à las mugeres, en quien la piedad, y la modestia han de ser timbre, no el desgarro, y la crueldad. Caso ay, que en vnas personas irritan mas que en otras. Cõ algunos se puede disimular vn delito, y cõ otros no ay paciencia que lo disimule: Con el Rey don Alonso parece que disimulò Dios algun tiẽpo, y los Santos ofendidos disimularon tambien pero con doña Vrraca, ni San Isidro, ni Dios (segun me lo parece) quisieron disimular, porque apenas con el despojo sacro, ò con el robo sacrilego, iba a salir de la Iglesia, el vn pie dentro del vmbral, y el otro fuera, quãdo rebentò subitamente, y quedò difunta. Quedese à la consideración hazer discursos: pues basta ver tan desastrados fines en vn Rey, y en vna Reyna, para que se compunja el animo mas osado. No ay que burlarse con Dios, ni con sus cosas, que sabe tomar vengança.

EXEMPLO III.

Corone este assumpto el Rey don Iuan de Castilla, y Primero de este nombre, el qual auiendo ido à Portugal a tomar posseśion de aquel Reyno, que por la Reyna doña Beatriz su muger le venia de derecho, como hallasse las cosas mas alborotadas, y rebueltas, que pensaua, à causa que los naturales no querian Rey estraño, y en vandos diuididos, trataua de hazer Rey de su misma nacion, como en fin lo hizieron, que fue el Maestre de Avis, hijo bastardo del Rey D. Pedro de Portugal, que se llamò tambien Don Iuan. Estando aquel Reyno, pues, assi alborotado, y dicho

fos,

lo, pues quitandole a doña Beatriz la corona, se mantuuo en ella con general aplauso de su nacion, y la dexo por herencia de sus hijos: para acudir, pues, a los gastos grãdes, y a las guerras forçosas, que se le ofrecian, procurò valerse, justificandolo graues Consejeros, del rico tesoro, del famoso Santuario, y magnifico Templo de nuestra Señora de Guadalupe. Tomaron, pues, en joyas, y preseas cantidad de quatro mil marcos de plata, y aunque fue mal el caso en todo el comun, y pronosticaua sucessos infelizes en la amenaçada guerra, no por esso dexo de executarse el despojo. Poca atencion a la Virgen, que con milagros tan estupendos enciende en deuocion hasta los mas barbaros infieles. Si es que fundo esta osadia, y este desacato, publiquelo en presunciones la desgracia.

Apenas huuo el Rey tomado el sacro tesoro, quando el Maestre de Avis, neutral hasta entonces en admitir el cargo, se le alço con la corona, llamandose Rey de Portugal, con votos de todo el Reyno. Turbò la nueua al Rey Don Iuan de Castilla, y para acudir al remedio, huuo de juntar todas sus gentes, por mar embiò a Lisboa vna grande armada, que puso harto temor à los Portugueses, por tierra despacho a D. Pedro Tenorio, Arçobispo de Toledo, hõbre en todo grande, y que su fama permanece eterna, con no pequeño golpe de soldados, q̃ rompieron por Ciudad-Rodrigo. El nueuo Rey de Portugal, como hombre de gran coraçon, y mucha maña, no desmayò por esto, antes denodado, y briolo, juntò para la defensa todas las fuerças Lusitanas, y auiendole quitado al Arçobispo de Toledo todos los despojos, con que de la parte de Viseo boluia triunfante, con no poco estrago que hizo en sus soldados, se rehizo de manera, que dio terror al de Castilla, que ya con todo el exercito estaua a la raya de Portugal.

Juntaronse campo à campo los dos Reyes, el de Portugal en vn lugar estrecho, bien aproposito para su defi-

nio,

fmio, pues los mismos montes le seruian de murallas: el de Castilla en vna grande llanura al descubierto. En gente eran de iguales los exercitos, si bien no tan de iguales: como quieren algunos Portugueses; pues componia al Castellano de treinta y seis mil combatientes, y al Portugues de solos seis mil. Que eran doze mil ellos, dizen Autores graues dos mil y dozientos caualllos, y diez mil peones, y los nuestros seria harto llegassen a veinte mil, q̃ no es biẽ metan en cuenta el socorro, que aun no llegaua a tiempo de Nauarra, y la muchedumbre, q̃ estaua en las Galeras a vista de Lisboa. Mas cuenten como no quisieré, pues llebian propicia a la Madre de Dios de Guadalupe, y los Castellanos la lleuan enojada y assi, con ventaja igual, aunque ellos fueran menos de seis mil, y los contrarios vn millon entero, que mucho que alcancassen la vitoria? Trocaranse las fuertes, y pusieranme a la Virgen desta vanda, y viera como les iba. Diose, pues, la batalla en el lugar nombrado, q̃ es Aljubarrota, por la pequeña aldea, grande en fama desde entonces, que corona el sitio. Fue reñida valerosamente de ambas partes, costò mucha sangre a todos los Castellanos tres dobladas vidas. El Rey de Castilla, por no cõ poca salud, desde vna silla, en que le lleuauã en ombros, iba animando su gente. El Rey de Portugal, viendo q̃ los suyos cejauan a las primeras cargas, q̃ se las dieron fuertes, puesto à pie con su espada, y rodela, dixo a grandes vozes: Aqui està vuestro Rey, soldados, adõde boluereis? No tema nadie, que no ay esperãça de vida en boluer las espaldas: sólo en el valor la ay, passad adelante, pues vuestro Rey os guia. Animan mucho las palabras del Principe, la presencia del Rey infunde valentia. Conocioſe aqui muy biẽ, pues en breue rato, los q̃ ya medrosos buscauan por donde huir, bueltos sobre si, con la presencia de su Rey, se aclamaron vencedores, buscando a quien poder matar. Quedò en fin por el Portugues la vitoria, y nuestro Rey de

Cas-

Castilla escapò huyendo, corriendo mas de onze leguas aquella noche. Fue esta desgracia tan grande, y tan digna de ponderar, que le costò al Rey D. Iuan perder aquel Reino, que derechamente le tocaua por su muger, y afirmarle para siempre al Portuguès la Corona. No quedò menos deshecho el gran Põpeyo en la Farsalia, quando saliò huyendo a vña de caualllo hasta Larisa, donde entrando en vna barca, passò a Lesbos, como quedò el Rey D. Iuan en campos de Aljubarrota, huyendo hasta Santaren, y desde alli en vn nauio hasta Sevilla.

Pero averiguemos aora, por dõde tanta perdida en fuerças ventajosas? Por ser los Portugueses mas valientes, como dizen ellos? Por pelear los Castellanos con menos vẽtaja de sitio, como dezimos nosotros? O seria acaso por auer alli mas mañas? Mas gouierno? Mas destreza? O seria, porque acà les daua el Sol en los ojos, y les turbaua la vista? seria por algo desto? Por nada desto me parece que seria, sino por el intento a que nos trae esta historia, por vẽgança del desacato hecho al Templo de la Virgen. No se tomò para ayuda a esta empressa su tesoro? No despojarõ su casa de las joyas q̃ ofrecieron otros Reyes? No fue tãbien este Rey de Portugal, este don Iuan el Primero, quiẽ presentò à la Virgen, sea despues, ò sea antes, vn Caliz grãde de oro con su patena, cuyo esmalte, y hechura monta mas que el peso, joya de las mas preciosas que ay en aquel Santuario, y que en mis manos he tenido algunas vezes? Pues si fue todo esto assi, para que se cãsan los Historiadores en buscar mas causa? Para que buscan los Castellanos mas colores con que colorir su afrenta? Para que los Portugueses buscan mas blason, con que engrandecer sus armas? No serà mas gloria confessar q̃ les ayudò la Virgen, que dezir fue ardimiento de sus braços? Finalmente la sonada, el rumor del pueblo, la voz comũ atribuyò esta desgracia à enojo de la Soberana Virgen, y parece, que las es-

tre-

tremadas demóstraciones de sentimiento, y tristeza, q̃ hizo el Rey por esta perdida, dauan color à que fue solo castigo de su culpa, pues nunca, sino es por esto caben en pechos Reales tristezas demasiadas, por rebeses de fortuna, jamàs hazen tãto assiento. Siete años vistiò luto, solo por este fracaso. Desde Aviñon le embiò à consolar el Pontifice Clemente con vna carta (de que traè al principio) llena de exemplos de historias Sagradas, y antiguas. El Rey de Francia le ofreciò socorros muy grandes de gente, y dineros. Todo era menester para aliuiar su mucha melancolia. Finalmente, ni por preuenciones, ni diligencias, nũca cobrò a Portugal. Su salud fue siempre poca, y poca su vida, pues le faltò en la flor de su edad, y con fin bien lastimoso. Sucediò desta suerte. Auia tenido en Alcalà de Henares el Verano, y à la entrada del Inuierno llegaron a aquella villa vnos valientes ginetes, llamados Farfanes, de profession Christianos, y ganoso el Rey de verlos escaramuzar a la vsança Africana, salió vn Domingo, despues de Missa, nueue que se contauan de Octubre, por la puerta de Burgos, que es la que està arrimada al famoso Monasterio de las Bernardas. Salió, pues, por alli al campo en vn canallo tan loçano, y brioso, que su mismo orgullo parece que incitò al Rey que le corriesse; que ay animales de tan sagaz distinto, que hablan con las acciones. Quiso, pues, el Rey darle vna carrera. Endereçole por vna labrada, arrimole valiente las espuelas, hizo el bruto alas de las herraduras: arrancò qual recio viento, y tropeçando quiza en su furia misma, pues aun no hollaua los surcos, cayò con el desgraciado Rey con tanto impetu, que el caer, y hazerle rendir la vida, fue todo de vn golpe. Al instante rindio el alma, causando su muerte la mayor lastima, que experimentò aquel siglo. Assi acabò el Rey don Iuan, despues de otras desgracias, en su edad florida, a los treinta y tres años, dexando al Principe niño, y al

Rey,

Reyno en peligros hartos. No digo, que el morir assi seria tambien castigo de aquella culpa, sino solo digo, que por marauilla ha auido Rey, Principe, ni Señor, que meta las manos en cosas de Iglesia, que tenga buena muerte. Iustos juizios son de Dios, no ay para que escudriñarlos. Valerse del escarmiento es lo que importa.

CAPITVLO NONO.

De como Dauid llegò à la cueua de Odolla, y se hizo Principe de foragidos, y despues se fue a valer del Rey de Moab, con lo que le passò alli.

YA vimos como Dauid saliò de Geth hecho loco, afiançando la vida con la industria. Viendo que toda era riesgos por qualquier parte que echaua, neutral, y confuso no sabia que hazerse; por mas que discurria, se hallaua atajado: todo lo miraua inconuenientes. No se asseguraua de ir a las ciudades del Refugio, que cõtra enojos de vn Rey, no se repara en sagrados; por lo qual juzgò por mejor asylo la aspereza de los montes. Acordose de los desiertos de Odolla, cuyas cabernas, y grutas erã alvergue siempre de tristes, y desdichados. Considerando, pues, hallar alli compañia, con quien diuertir su pena, enderezò allá los passos. Cogiole la noche a la entrada de los riscos, y sin camino, y sin luz, es caminar desdichado. Temeroso, pues, de algun precipicio en tierra tan quebrada, encomienda a las vozes el remedio. Aunque ay muchos que le oyen, se hazen sordos, que los que andan en trabajo, todos temen. Guiar àvn descaminado, cosa es piadosa, mas rezelar no sea espia, tambiẽ es cordura. Los que habitan aquel monte son todos fugitiuos, y el que menos, tiene mucho que temer: que marauilla, que calle por mas que le voceen? Pero tãbien vn pobre es porfiado, y a porfias

fias demasiadas, tal vez por no ilas, suele el menos piadoso socorrerlas Assi creo que le sucedió a Dauid en este lance. Como menesteroso alçaua el grito, y por salir de cuydados, los mismos que estauan mudos, le respondierõ atentos. Preguntaronle quien era? O que queria? Dixoles, que era Dauid, que venia a ampararse dellos. Al oir el nombre temblaron vnos, y se alegraron otros. Los que ignoraua su caida temieron: los que sabian ya el caso, salieron a recibirle. Lleuanle, pues, a la cueua, danle de cenar muy bien, preguntãle su desgracia, cuentales toda su historia, lastimados le consuelan, y dispuestos a seruirle, quieren hazerle su Rey.

Pregonó la fama la llegada de Dauid a aquellos montes, corrió hasta Belen la nueua, al tiempo mismo, que por mandato del Rey le pregonauan vandido, mandando cõ graues penas, que nadie le remediasse, y socorriesse. Sus padres, y hermanos, por vna parte afligidos, por otra temerosos, tomaron por mejor partido irse con èl al monte, que esperar en la Ciudad alguna demasia, que de rigores de vn Rey, que persigue a vn inocente, no ay que assegurarse padres, amigos, ni deudos, a todos llega el rigor. Assi el buen viejo Isai, con su muger, y hijos, y con su casa toda partió al monte. Con su vista, aunque a Dauid se le aumentó el cuidado, se alboroçó la pena: pues no ay gozo a vn afligido, por mas que le enternezca, como la vista de vn padre que le estima, de vna madre que le ama, y de hermanos que le buscan. Alli fue el mezclarse lagrimas de pesar, y de alegria: alli el contar sentimientos, alli el referir trabajos. Pero amaynadas ya las olas primeras del llãto, y la ternura, començó a entrar el consuelo, de que tendriã fin aquellas tempestades, y mas lleuando por proa tan debil fundamento. Consolaronse, pues, vnos con otros, y en reciprocos abraços se dió treguas al dolor.

No solo los que fugitiuos poblauan aquellas grutas, fino

sino los que en otras muchas partes sus fracasos, y delitos traian arrastrados de cada dia, se iban llegando a Dauid, juzgando el estar con èl por el mayor asylo. Quatrocientos eran ya los allegados, y tan cõformes en el prestarle obediencia, que no auia en todos mas voluntad, y gusto, que el de Dauid. Nõbraronle, pues, por su Capitan, y hizierõle su Principe; que voluntades conformes, en quãto les toca, no haziendo agrauio a nadie, biẽ pueden dar el Cetro para su defensa. Dellos, y de sus cosas le hizierõ Principe, no de cosas de otro Rey, que esto fuera traicion: y que aquello pueda hazerse, la misma razon natural lo dize, exemplos muchos, como despues verèmos, lo pregonan. Solo se dificulta, si pecaria Dauid en hazerse caudillo de gente semejante, a quien deudas, y delitos hazian culpados? Que no pecò en ello, es cierto: porque como dize Lyra, no tomò Dauid esta gente, ni se hizo Capitan dellos, para ofender à nadie con robos, ni maleficios (qual suele vn Capitan de vandoleros) antes bien para seguir à los Infieles, y sustentarse, y passar con los despojos, assi como en nuestra España lo supo imitar el Cid, quãdo se viò desterrado; y antes dèl, en semejãtes ocasiones, Bernardo del Carpio, y el Conde Fernan Goncalez, hombres todos insignes: Demas, que pudo acaudillarlos, para defender su persona contra los rigores, y persecuciones de Saul, tanto mas por verse ya Rey vngido el qual derecho quitaua todo escrupulo, pues podia como Rey absoluer delitos, y suspender las deudas, viendose en necessidad vrgente.

Carga es de obligaciones la que tiene vn Principe, pues corrẽ por su cuenta los que estàn a su cargo; assi Dauid, viendose ya Capitan de quatrocientos hombres, comenco, demas de sus cuidados, a cuidar de su sustento. Era poco el posible, mucho el gasto, y temiendo que el aprieto les obligasse al robo, como acostumbrauan, dixoles vn dia: *Por no desestimar, amigos, vuestro afecto, admiti,*

mi, como ya visteis encargarme de vosotros, y aunque la ambicion del mando obliga à mucho, quando miro la obligacion que tengo à sustentaros, ò à daros arbitrio, para que podais hazerlo, y que ni tengo bienes que repartiros, ni hallo consejos que daros, mas quisiera hallarme como vno de vosotros, y verme de todos dueño, pues como particular cuydara solo de mi, sin agrauiar à nadie, y no que como cabeça he de cuidar de tantos, sin permitir, q̃ agrauieis, ni hagais la menor ofensa. Pero en fin, ya que la suerte nos ha traido a este estado, no ay sino mostrar buen pecho, y acudir à Dios, que lleuandole por Norte, no hemos de perecer, sino viuir tenemos. La primera ley que os pongo, como Principe, es, que os abstengais del robo, que no quiteis nada à nadie sin su voluntad. Aunq̃ la necessidad os fuerce, vale mas pidais humildes lo que os falta, que no quiteis soberuios lo que no es vuestro. Mas que la violencia grangea la cortesia: y quien faltare desto, despidase de mi gracia. No se ha de dezir, que Dauid acaudilla vandoleros, si que ampara desdichados. Para defender nuestras personas, contra los que nos buscaren atreuidos, nos hemos coligado: y esto no es culpable, pues el derecho lo salua. Para no estar ociosos, y tener con que passar, y ganar nõbre, me ha ocurrido vn brauo arbitrio, y es, que con maña, y traça nos vamos à amparar de algun Rey destos infieles. Ofrecerèmos ayudarles en sus guerras contra el Rey que nos persigue. Recibirnosha muy bien, que viendonos agrauiados, es fuerça se confie de nosotros. Pedirèmos vn castillo en q̃ viuamos, y desde alli, con la traça que yo diere, harèmos nuestras salidas contra los mismos paganos. Con esto comerèmos à su costa, y nos harèmos famosos para con Dios, y la patria.

Que Dauid puso esta ley a sus soldados, y que se valiò mañoso de estas traças, no admite duda, como del mismo Texto sagrado lo verèmos adelante; lo vno, en la embaxada que embiò a Nabal Carmelo; y lo otro, quando le señalò el Rey Achis la ciudad de Siceleg, desde la qual hizo

infinitos estragos en los mismos Infieles. Auiendo, pues, escuchado atentos la platica de Dauid, le ofrecieron muy conformes la obediencia, prometiendo seguirle, y defenderle, hasta perder las vidas. El les estimò el obsequio cõ mucha gratitud, y auiendo conferido, que Prouincia eligiria por mas conmoda, se resoluiò Dauid de ir à Moab, obligado de dos causas, como sintiò bien vn docto * Hebreo: la vna, porque cõtra aquel Rey tenia Saul mas assestadas las armas, mas encendida la guerra: y assi se daua à entender, que viendo los enemigos de Saul, los recibiria con mayor afecto; que a enemigos del enemigo, siempre se hãze buen passaje; la otra, porque el Rey de Moab venia à ser muy deudo de Dauid, por parte de la hermosa Ruth, que fue Moabita, y Infanta de aquel Reyno, cuya lealtad con Noemi su suegra, menospreciando por ella las riquezas, y la patria, la traxo à Belen a ser abuela de Christo, siendolo de Dauid. Siempre arrastra la sangre los afectos; y en los trabajos, por poco que socorra, es adonde mas se acude.

* *Rabi Salomõ.*

Abraçòse comunmente el parecer de Dauid, padres, parientes, y amigos le aprobaron, que en tan cerrado mõte, la menor senda se toma por camino; en peligro vrgente, la menos seguridad se elige por sagrado. Marcharon, pues, a la ciudad de Masphat, Corte al parecer de aquel Rey idolatra. Embiò delante sus mensageros, para anunciarle como iban de paz, y valerse de su amparo. Dieronles cõ esto entrada. Recibiò el Rey à Dauid con cariño, y agassajo, y èl agradecido, despues de passados los primeros cũplimiẽtos, le hablò desta manera: Nũca me prometi menos socorro, que el que ya tengo seguro de vuestra Magestad, a que estarè mientras viua rindiendo obsequios, que aunque desterrado aora, suele mejorarse la fortuna, y mas a quien no ha hecho agrauios. La gente que me acompaña son quatrocientos hombres, que sugetos a mi volũtad, es-

tarán obedientes a la vuestra. No quisiera daros aqui en la Corte embaraço, ni cuidado, antes quisiera nos señalasedes plaça donde poder seruiros, y alli serèmos de prouecho, lo que aqui de estoruo. Solo os suplico, que mis ancianos padres, que mirais presentes, con las mugeres, y deudos impedidos, q̃ los acompañan, se queden en la ciudad en vuestra compañia, porque aqui tendrán sagrado, lo que alla de riesgo. Y no quiero que peligren sus vidas, quãdo las aprecio mas que la mia propia, basta verlos arraſtrados, sin lleuarlos al cuchillo. Obligacion es tambien de vuestra Magestad, y assi no ay que esforçar mi ruego, quando os considero tan bizarro.

Gustoso escuchò el Moabita la peticion, y suplica, y assi lleno de alboroço, mandò darles quarto à Isai, y a su muger, con la decencia deuida a sus personas, de que Dauid quedò en estremo pagado. A los demàs anſimismo se les diò buen alojamiento, y a Dauid, y a sus soldados señalò vna fortaleza a la raya del Reyno de Iudà, para que alli fronterizos defendiessen su Reyno del contrario. Obedeciò Dauid la disposicion del Rey. Fuesse con su gente al fuerte señalado, donde fueron recibidos alegremente de los naturales, pues mediante su socorro, assegurauan sus vidas.

Algunos meses, y dias se le passaron a Dauid en aquel destierro, siempre con la esperança de mejor fortuna, que si biẽ para la vida humana no le faltaua el regalo, para lo de la conciencia, era penoso mucho viuir entre infieles. No puede auer mas desdicha, que llegar a verse vn hombre entre idolatras, y Barbaros, donde aunque niegue sus ritos, es fuerça que los vea, aunque menosprecie su Religion, no ha de dezir mal della. Para los que sabẽ, suele esta penalidad ser crisol, en que la virtud se apura, y perficiona: y assi à los mas perfectos, a los hombres mas grandes, parece los passò Dios por este martirio.

Mirese en Abrahan, en Loth, en Isaac, en Ioseph, en Tobias, y otros muchos, y hasta el mismo Dios hecho hombre, para ser dechado de los assi afligidos, quiso experimentar estas penalidades, y amarguras entre Barbaros Gitanos. No auia de ser, pues, Dauid hombre de menos cuẽta, para eximirse deste trabajo, quando auia de intitularse el primer Padre de Christo: Mas esto, como digo, es bueno para quien sabe, para quien es cõstante en la Fè; pero para gente de pocas obligaciones viene a ser el mayor mal de los males. No son todos para esta prueba, que ay naturales tan viles, q̃ por gozar de la comodidad, y del regalo, negarán a Dios mil vezes. Mouido, pues, de esto, se llegò vn dia a Dauid el Profeta Gad, y le dixo estas razones.

Aunque conozco Dauid, que viuir en esta tierra te sirue de martirio, y que el venir à ella fue solo necessidad, y nada gusto; aunque sè tambien, que por lo que a tu parte toca, no padece el Diuino culto quiebra alguna, cõ todo, considerados los inconuenientes, que puede auer de parte de algunos de tus soldados, te aconsejo, y te requiero, q̃ te vayas de Moab, pues mas vale, que padezcas necessidades, y trabajos entre gente que conoce a Dios, que no gozar de quietud, y de regalo entre Gentiles, que en esto se arriesga el alma, y alli por mal que suceda, solo se arriesga la vida. Avrà soldado, que brindado aqui de las delicias que goza, y temeroso de lo q̃ en su tierra deue, quiera mas viuir idolatra, que boluer fiel a morir. Son hermosas las Moabitas, y atractiuas mucho, y si dàn en cautiuarse los afectos, arrastrarà las armas a sus ritos. Huye, pues, Dauid de riesgos tan notorios; bueluete con tu gente a la tierra de Iudà, que pues eres Rey vngido, y sabes que Dios no falta de su palabra, y que por tarde que sea, te has de ver coronado, y poderoso, no ay que temer los trabajos que passares, ni ay porque acobardarte de quantos peligros vieres.

No ay discurso que a la razon no se rinda; y assi aduirtiẽdo Dauid, que era justicia, y razon lo que le amonestaua aquel Profeta, puso por obra al instante sus preceptos. Hablò cõ sus soldados vno a vno: reduxolos por mejores modos a seguir aquel dictamen. Era mañoso Dauid, supo hazer bien el papel, cõ lo qual allanò todas las dificultades de los que ya sabian a la tierra. Resueltos en vn acuerdo, determinaron salir secretamente, temiendo quizà, que los Moabitas se diessen por ofendidos, y quisiessen estorvarlos; que siempre fue peligroso huir de el enemigo, que se ha hecho confiança. Solo se aquexaua a Dauid tener a sus padres, y a muchos de sus deudos en la corte de Moab, baxo del amparo de aquel Rey. Embiar por ellos, era darle sospecha; ir a sacarlos, peligro conocido; dexarselos alli mucho rigor; no hallar medio en tanto mal, la mayor pena. En fin, la mayor obligaciõ venciò al amor paternal, no pensando nunca, que siendo su padre tan deudo de el Rey Barbaro, auia de hazer el menor desafuero. Aguardãdo, pues, los silencios de la noche, con cuya capa reboçado qualquier triste passa sin que le conozcan: salìo Dauid del castillo con su gente, por la parte mas secreta, y segura que les ofreciò la ocasion. Caminaron a toda prisa, hasta passar los terminos estraños, temiendo embaraçarse con algun encuentro: y auiendo entrado en tierra de Iudà, llegaron al monte Areth, en cuyas malezas sentaron su real, y hizieron mansion, por ser lugar a proposito para estar ocultos. Dexemoslos aqui, y boluamos a Moab à ver lo que passa, que despues le traerèmos las nueuas a Dauid.

Apenas el Rey Barbaro supo la fuga de Dauid, quando agrauiado dello, y muy ofendido, quiso despicar la colera, y enojo en la inocente sangre. Quiẽ tal pẽsara! Cruel, y sangriento hizo matar a los padres de Dauid. * Braua tirania! caso lastimoso! y q̃ sin derramar lagrimas no puede dezirse. Que les sirviò a estos nobles viejos ver al hijo

* *Rabi Salomõ y Lyra.*

vngido por mano de Samuel allà en su pobre casa? que les siruiò, quando venciò al Gigante, verle aplaudido de todos? Que le siruiò verle à la mesa del Rey? Desposado con la Infanta? coronado de vitorias? Que les siruio todo esto, quando al verle desterrado, pobre, y perseguido, les viene a coger la muerte, y ausente de sus ojos, y en poder de vn Rey tirano? De nada siruen las glorias desta vida: solo a quien repara en ellas les siruen de escarmientos, las dichas mayores suelen cortarse en agraz. A muchos de los entes llegò tambien el rigor, y los igualàra a todos, si algunos ayudados de su diligencia, no se pusieran en salvo. Los que escaparon de estos, segun mejor parecer, fueron a valerse de Naas Rey de los Amonitas, que les hizo buen passaje, a lo qual Dauid se mostrò toda la vida agradecido. En tanto, pues, que llegan a Areth las nueuas (que presto llegaran, por ser tan desgraciadas) demos algunos viuos a la historia. A dos partes ay que satisfacer, al auerse hecho Dauid Principe de fugitiuos, Capitan de desdichados, y al auerido a ampararse de Barbaros infieles. Para todos nos darán exemplos las Coronicas de España.

Exemplos de algunos, que de nacimiento humilde, llegaron por su virtud, y esfuerço à ser Principes, respetados, y temidos.

EXEMPLO I.

HOnroso principio nos darà Virjato, Campion el mas famoso q̃ tuuo Lusitania, Heroe el mas insigne q̃ respetò aquel Siglo, gloria de Españoles, y rayo contra Romanos. Fue su nacimiento humilde, baxo su linage, pastor fuè, dizen, de ouejas, como si a Dauid le huuiesse quitado honra el ser pastor. Siempre en las obras consistiò lo grãde, y nunca fue baxo quien tuuo heroicas, como ni grãde

de quien las tuuo viles. Floreciò casi dozientos años despues de Dauid, y casi en el mismo tiempo que nacia allà en Iudea a ser famoso Iudas Macaboo, que es tambié gloria de España, auer siempre tenido vn Capitan valiente, quando en otras Prouincias ha descollado alguno. Cotejarè algunos tiempos, por dar prueba, y el que durare emulo, auerigue lo demàs. Quando Dauid saliédo de su aprisco (como dexamos dicho) era rayo en Palestina: acà en España vn nieto del Rey Gorgoris, llamado Avidis, criado entre los montes, a piedad de fieras, que le dieron sustento en la ticiuios, se hizo Principe famoso en las armas, y el gouierno. Quãdo Iudas Macabeo era pasmo de Israel cõtra paganos: era Viriato en España otro assombro semejante cõtra el Imperio del mundo. En las hazañas, y muertes fuerõ iguales estos inclitos Campiones. El Macabeo, por no boluer las espaldas, se arrojò a glorioſa muerte, y Viriato, por fiarlas a los suyos, a manos de su traicion, rindio la vida. Quando en Francia era hijo de Marte Carlo Magno, era en España Bernardo del Carpio rayo del mismo Marte. Estos fueron Capitanes de la fama: no ay que dar menos exemplos. Boluamos a nuestra historia.

Andaua en España tan encendida la guerra con los Romanos, que querian tenerla baxo de su dominio, que ya fuesse necesidad, ya rumbo propio, huuo de trocar Viriato el cayado en armas, bien assi como Dauid contra los Filisteos. La causa fue esta. Por aquella parte, que Guadiana desboca en el mar, auia entrado el Pretor Sergio Galua, lleuando a fuego, y a sangre a todos los Portugueses, que rebeldes no inclinauan las ceruizes al yugo Romano. Pero bueltos a rehazer los Lusitanos, apretarõ a Galua, de manera, que con muertes de mas de seis mil Romanos, le obligaron a encerrarse en la Ciudad de Carmona, fortissima en aquel tiempo. Por despicar esta afrenta, auiendo Galua juntado grandes socorros, apretò mucho a todos

los naturales. Pidieron pazes en fin, y cauteloso Galua, se las concediò propicio, ofreciendoles grandes partidos, y muchas tierras, dõde viuiessen contentos. Y para efectuar estos tratos, dixoles a los Portugueses, que se conuocassen todos en ciertos lugares, que assignò por sitio, dõde auian de acudir, repartidos en tres esquadrones. Sin rezelar la traicion, fueron todos en la forma dicha, y acorralados en vnos profundos valles, y despojados de las armas, hizo el Pretor impio, que su gente, bien apercibida para el caso, los matasse a todos. Carniceria espantosa, y traiciõ cruel! Fueron nueue mil los muertos; los que escaparon por pies fueron muy pocos. Vno dellos fue Viriato, que animoso, y valiente, rompiendo por el sangriento estrago, y pisando amontonadas muertes, escapò con vida. Aqui fue el humear en su pecho vn ardor noble, vn ardimiento honroso. Aqui fue el leuantar el animo a cosas grandes, el no serle estoruo sus humildes principios. La ocasion es la que prueba los hombres, ella es la que saca a luz lo que encubre el pecho. Ver afrentado el pueblo de Dios a fieros de vn pagano, le haze a Dauid desceñirse la honda, y salirse con èl a la campaña, quando los de mas obligaciones estauan como medrosos, y assustados. Ver hecha tũba de cuerdos inocentes los valles de Portugal, extinguida la gloria de su patria, muertos sus amigos, le haze à Viriato, que depuesta la humildad con que naciò, aspire a vna vengança honrosa. Trepando por las breñas sale Viriato de aquel peligro, partido el coraçon de lastima, encendiendo el ayre con suspiros, y enterneciendo a quexas el monte. Cõgregò animoso a los pocos que le siguiõ, y que mira derramados por la sierra. Vansele llegãdo lastimados, y corridos, y junto assi con ellos, quãdo ya juzgo se auria ido el tirano rico con los despojos, aunque tan mal ganados, boluiò por diuersas sendas à ver los valles sangrientos, por si quedaua viuo algun triste. Pero no viendo sino vn estanque

de

de cuerpos difuntos, nadando en ſu propia ſangre, deſnudos juntamente hombres, mugeres, y niños (que como penſauan de paz, ſalieron tambien muchas adornadas de preſeas) Ilcuado del eſpectaculo triſte, hizo a los que iban con èl metieſſen las manos en las heridas de algunas dõcellas, y juraſſen de vengar aquella ſangre inocente, haſta perder la vida. Hecha eſta diligencia, fue diſcurriẽdo por toda la Luſitania, publicando la traicion, y alcuoſia, y incitando los animos de todos a la vengança.

Dieron todos en ſeguirle, y èl en ácaudillarlos, de tal ſuerte, que ya con campo formado, ſe entrò por tierras de Toledo, aſſolando quanto hallaua, caſi ſin que topaſſe reſiſtencia. Boluiò à entrarſe en Portugal cargado de deſpojos. Para apagar eſta llama vino el Pretor Marco Vitilio, ſuceſſor de Galua, à tiempo que Viriato con diez mil combarientes, iba robando furioſo por la Andaluzia. Iban los ſoldados con poca o. 'en, y èl, que aun entonces no ſe atreuia à mandarles como cabeça, con buenos terminos procuraua reduzirlos. En fin, el ir deſordenados, fue cauſa que Vitilio les dieſſe vna mala carga, dexandolos vencidos, y a infinitos muertos. Con los que pudo ſe reduxo Viriato à vna ciudad fuerte, deſde la qual haziendo ſus ſalidas, diſminuìa las fuerças al Romano. Conociò el daño Vitilio, y cercando la Ciudad, apretò a los cercados, de manera, que pedian paces con algunas conueniencias, coſa que no deſagradaua al Pretor. Mas ſabiendo eſto Viriato, abraſado en furor, les dixo deſta ſuerte: *Que fuerça de eſtrellas, ẽ ira de los Dioſes es eſta, q̃ os incita, ò nobles Portugueſes, à buſcar deſatentos tan altos precipicios? Ciegos à la razon os quereis ſolicitar vueſtra ruina. Con perpetua eſclauitud hazeis vueſtro nombre infame. Ya ſe os ha olbidado, auiendo tan poco tiempo, quando diſteis los valles de Azamonte corriendo arroyos de ſangre de hijos, padres, y mugeres? Ya os falta de la memoria tanta ſangre vertida à*

ma

manos de la mayor traicion que ha visto el Orbe? Tan facilmente quereis boluer à exponeros à clemencias de quien no tuuo Fè, palabra, ni verdad? Quereis que nuestros naturales nos bueluan à llorar muertos, ò cautiuos? Quereis que los Romanos bueluan à gloriarse con nuestras desdichas? Exemplo tan de la puerta adentro no os cõuence? Falsedad, que està aun chorreando sangre no os obliga? Temed, temed, qual de Galua, las promesas de Bitilio. Temed en la blãdura con que os ofrece la paz, la maldad, y la traicion q̃ puede ir encubierta. No desestimeis, ni el honor de vuestra patria, ni el bien de vuestra vida. Y si este cerco, en que os veis, es lo que os acobarda, y amedrenta: juroos por los Dioses, q̃ si compañeros fieles seguis mi dictamen, sin que os cueste vna vida, os ponarè à todos en lugar seguro, quedando à vuestra eleccion dar, ò no la batalla al enemigo.

Fueron estas razones tã poderosas, que mouidos todos dellas, mudaron de parecer, y se sugetaron a la voluntad de Viriato, dandole apellido de su Capitã, y defensor comun de toda la patria; q̃ hasta entonces, aunque le seguian como caudillo, no era con la sujecion, y respeto que pide la milicia. Aora de comun acuerdo le dieron el poder, y el mando. Con lo qual prendado mas Viriato, començò valiente à desterrar de todos la tristeza concebida. Y luego astuto mandò, que mil de acauallo, bien apercibidos, saliessen con èl de la ciudad à hazer rostro al campo de los Romanos, dexando orden a toda la Infanteria, y a los demas moradores de lo que auian de hazer, que era ponerse en cobro. Sucediole todo del modo que lo dispuso, porq̃ el Romano, viendo que le presentauan la batalla, puso su gente en orden, y estuuose à la mira. Viriato se estaua quedo, embaraçando con esta suspension al enemigo, y dando lugar a los suyos para ponerse en saluo. Era vna graciosa entretenida, q̃ aduertida ya de los Romanos, y sabiẽdo, que ya en la ciudad no auia Portuguès ninguno, rabiauan

uan de coraje. Pero à extinguir estas rabias, arremetiò Viriato con sus mil ginetes, con tal denuedo, que bastò a entretener todo el dia el exercito copioso de Vitilio, que su intenciò no era mas q̃ entretener: y assi al cerrar la noche, dexandose burlado al enemigo, marchò callado, y oculto à la ciudad de Tribola, a donde ya su gente le aguardaua.

Corrido Vitilio desta burla, fue siguiendo las huellas à Viriato, q̃ ya con nueuo ardid, a la garganta de vn valle le estaua aguardando oculto, repartida toda la gente en las cumbres, y malezas de los montes. Descuidado entrò Vitilio en la celada, pues brindado de la frescura de aquel sitio, quiso q̃ sus soldados descansassen. Quitadas, pues, las armas, y a los caualos los frenos, ellos se dauan al reposo, los brutos al delicioso pasto, quando inopinadamente vieron llouer sobre si vna espesa nube de rayos Portugueses, que abortados de las breñas, iban partiendo montones de Romanos. El pasmo, y la admiracion apenas les diò lugar de acudir a las armas, aun para acudir a los pies les faltò el brio. Assi quedò la campaña poblada de quatro mil cadaueres, y vno de ellos el Pretor Vitilio, Roma afrentada, y Portugal vengado.

Los que huyeron del conflito, juntandose en Tarifa cõ otros muchos Romanos, que de la España Citerior les fueron de socorro, boluieron à probar ventura, y perecieron todos en la pelea. Laureado destas dos vitorias, causò Viriato assombros à la Romana potencia, porq̃ pisando despojos, entrò talando, abrasando, y destruyendo por toda la Carpentania, sin dexar cosa Romana à vida. El Pretor Cayo Plaucio vino à reprimir el incendio. Vieronse campo à campo, y como en las lides suele poder mas la industria, que la fuerça, dio muestras de huir Viriato, los cõtrarios gozosos começarõ a seguirle desapoderados. Boluiò Viriato sobre ellos, y hizo vna cruel matança de quatro mil que iban delanteros. Passo el Tajo, y entrò en Portu-

gal.

gal. El Pretor auergõçado, y deseoso de despicar la burla, porfiò en irle siguiendo. A la vista de Evora se dierõ la batalla, en que Plaucio huyò vencido, dexandole a Viriato vna de las mas celebres vitorias cõ q̃ coronò sus timbres.

A Plaucio sucedió Claudio Vnimano, que en los campos de Vrique dexò en manos de Viriato otra no menor vitoria, y juntamente la vida. Por valiẽte que era, embiaron de Roma a este Vnimano, mas estaua ya Viriato tan hecho a destroçar valentias, que no quiso q̃ boluiesse vivo, a causa que le embiassen otros mas valiẽtes. Embiaróle despues a Cayo Nigidio. Y aunque entrò arrogãte, experimentò junto a Viseo otro sangriento estrago, de q̃ no fue poco, que èl escapasse con vida. Tras Nigidio vino Cayo Lelio, aquel que segun Ciceron, tuuo renombre de Sabio. En todas las cosas importò mucho la sabiduria, y assi Lelio, no tanto con las armas, como con la buena disposicion tuuo refrenados los brios de Viriato, pero no vencidos. Assombrada estaua Roma, su Senado confuso, viendo lo que les costaua este Marte Portuguès, y temiẽdo sucessos mas aduersos, por lo qual para acabarle del todo, determinaron, q̃ viniesse à España vno de los dos Consules, con exercito copioso. Encargòse la empressa à Quinto Fabio Maximo Emiliano, hermano de Scipion, que casi al tiempo mismo destruyò a la gran Cartago. Este, pues, con diez y ocho mil de pelea, caualos, y peones, desembarcò en Osuna. Despues de algunos encuentros, y escaramuzas, se dieron campo a campo la batalla. Huyò Viriato vencido, mas nunca desanimado, que no ha de ser siempre vencer, que ay tambien dias de todo. Miẽtras el Consul se entrò a inuernar en Cordoua, andana Viriato de monte en monte, y de poblado en poblado, recogiendo gente, y incitãdo los animos a buscar la libertad. No solo en la vlterior España, sino en la Citerior tambien, los cõmouiò à todos, y en especial a los Numantinos, que en valor los primeros començaron a tomar las armas.

Vi-

Vino el Pretor Popilio, sucediendo al Consul en el cargo, a tiempo, como dezimos, que andaua Viriato incitando los animos de todos los Españoles Castellanos, y Andaluzes, a q̃ vnidos acabassen con el Romano poder; pero hallandose poco acompañado, a sus naturales fatigados mucho, y a los estraños poco resueltos, huuo de ofrecer pazes à Popilio. Abraçòlas el Romano, mas q̃ si ganar la mayor vitoria: mas duròle poco el gozo, porque auiẽdole llegado a Viriato los socorros de los Celtiueros, en especial de los confinantes de Numancia, hecho ya de vn grueſſo cãpo, y dãdose batalla de poder a poder, quedò Popilio roto, y desbaratado, y lo mas lucido del exercito passado à cuchillo. A vengar esta afrenta vino el Consul Fabio Seruiliano con mas de veinte mil hombres de pelea, sin otros socorros de la Africa. A tan grueſſo tumulto, supo Viriato resistir mañoso, porque haziendose a los bosques, los guerreaua desde alli con muchas correrias, trayendolos desassossegados, y no dexãdolos reposar de dia, ni de noche. La falta de sustento huuo de obligarle a retirarse al patrio suelo. Entròse en Portugal a amparar a los naturales. Passado el Inuierno, y sabiendo Viriato, que estaua el Consul sobre la ciudad de Erisana, que con guarnicion famosa de Portugueses se mantenia en su deuocion, saliò à socorrerla determinado, y valiente. Fue lo mas secreto q̃ pudo por ocultas sendas, y con traças, que buscò, sin que le sintiessen los Romanos, se entrò en la ciudad, reboçado con las sombras de la noche. Con su presencia se infundiò va Leon en cada Portuguès; y assi à la mañana, con buena orden, les diò a los enemigos vn assalto, tan sin pẽsar para ellos, que quando començaron a ponerse en defensa, assombrados al peligro, se hizieron a la fuga, menos los que dexaron la campaña matizada en sangre. Amparòse el Consul con los que escaparon en vn lugar algo fuerte, mas alli Viriato le apretò de manera, q̃ le obligò a

que

querer pazes, y aun à proponerlas. Capitularõse, pues, por vna, y otra parte; à los Romanos les concedian las vidas, a los Portugueses restituìan lo que les auian robado. Fue el principal capitulo, que quedasse Viriato amigo del pueblo Romano, y le pareciò al Consul, que hazia en esto vna cosa grãde, quando venia a ser el vltrage mayor de la Magestad Romana. Vn hermano de Seruiliano, llamado Seruilio Cepion, llcuò à Roma con embaxada especial las capitulaciones. Ay quien diga las aprobò el Senado; pero lo mas cierto es, que lo llcuaron muy mal en Roma, y depusieron por ello del oficio à Seruiliano, y a su hermano Seruilio, que fue con la embaxada, le hizieron Consul, y con el cargo mismo, a causa que hizo diuerso papel del que a otorgar las pazes. Quando se viò en el peligro, amenazada al cuello la espada Portuguesa, vino bien en el cõcierto, y dixo era cosa hõrosa; mas en Roma, porq̃ le premiassen, acusò à su hermano, cargandole las culpas. O etta ambicion de mãdar a lo que obliga! A su sangre no perdona.

Hasta aqui pudo llegar la gloria de Viriato, a tener tratos de paz con quien mandaua al mundo, a que le llamasse amigo Roma, y le dexassen en libertad dueño de la Lusitania. No puede dezirse mas de vn hombre humilde, del mas ilustre Campion no puede dezirse mas. A la cumbre del valor, de lo poderoso, de lo estimado, de lo temido llegò Viriato. Tente, fortuna, para, para las ruedas, no camines mas a triunfos, basta de vitorias; no andes mas vn solo passo, que esto de estar en la cũbre, amenaça precipicios. Aguero suele ser triste lo que parece mayor ventura, que como no ay gloria estable en esta vida, en llegando vn hõbre a la mayor gloria, puede temer prudente la caida. Tẽblando và la pluma a descubrir el infeliz sucesso de Viriato: mas no ay que espantar, que topa la tinta en sangre vertida aleuosamente, y causa horror à los ojos ver tinta bermellon. Fue este el caso. Vino de Roma el nueuo Consul

Sci-

Scipion con gran potencia, para deshazer aquellos tratos de paz, que otorgaron à Viriato. Rompiò por el Andaluzia, y entrò a escala vista a la ciudad de Arsa. Viriato, que con el seguro de la paz estaua descuidado, y poco preuenido, aunque tuuo animo para venir desde Valencia, donde a la sazon se hallaua, no tuuo fuerças bastantes para resistir al enemigo. Con todò le presentò la batalla, y al modo que en otras ocasiones, diò vna entretenida, en tanto que su infanteria se ponia en cobro, y dexòle burlado, retirãdose con toda su gente a lo fragoso de los mõtes. Siguiòle Seruilio, procurando atajarle los passos de Portugal. Viriato cansado ya de guerra tan larga, y mas no viendo toda aquella confiança, que era justo en sus compañeros, temiendose, que quizà algun dia quisiessen con su cabeça comprar ellos su libertad, acordò de pedir al Consul pazès. Dixo bien vn docto a este proposito, que suelen muchas vezes perderse los hombres por el camino mismo que pensauan remediarse. Porque no le vendan, pide Viriato pazes, y el pedirlas es causa que le vendan. Quien podrà preuenir juizios tan secretos?

Despachò, pues, Viriato a tres Embaxadores, Capitanes suyos, y claro està serian de los de mas cuẽta, para negocio tan graue. Recibiòlos el Consul con mucha cortesia, regalolos muy bien, hizoles todo agassajo, y descubriendo en ellos campo harto, en que entablar su malicia, descubriose con dezirles matassen a Viriato, y que asiançassen en èl premios infinitos, que de parte de el Senado les ofrecia. Desleales, y traidores, golosos del interès, ingratos a su dueño, ofrecieron executar la maldad. Hecho assi el concierto, boluieron a Viriato los enemigos de la libertad, y dandole de parte del Consul buenas esperanças, de que las pazes se efectuarian, le asseguraron del todo para hazer mejor el hecho. Vna noche, pues, quando el mudo silencio sirue de guarda sueño a los mor-

ta-

tales, entraron los traidores a la tienda, dõde Viriato dormia, ageno de tanto mal, y dandole de puñaladas, le quitaron la vida, que fue cuchillo de tãtas. Este fue el fin lastimoso deste varon singular, deste Heroe Lusitano, de este Marte Español, digno de mejor fortuna, y no merecedor de fin tan desgraciado. De baxos principios, y de nacion humilde, subiò con la grandeza de su coraçon, con su valor, con su industria, a ser Principe esclarecido, y pasmo, y terror de la grandeza Romana, quando estuuo en el colmo de su potencia. Y à no quitarle la traicion la vida, no solo fuera libertador de España, sino que realçara sus timbres à mas glorias. Visto, pues, como la honrosidad de el animo, es la que ensalça a los hombres, que ay que espantar, que Dauid suba de pastor a Principe, quando lo grande de su coraçon le hazia merecedor de mas Imperio? Sea Principe Dauid de fugitiuos, acaudille desdichados, que ensayos son del cielo para mayor corona. No sea causa de exclusion su nacimiento humilde, que donde sobra valor, no es el naciminto falta. Demosle otro simil.

EXEMPLO II.

Quinto Sertorio, que auiendo nacido en Italia en vn pueblo junto a Roma de padres humildes, vino a ser en España el defensor comun de la libertad contra los Romanos: este, pues, en aquel cruel incendio de las ciuiles guerras, que entre Syla, y Mario se leuantaron en Roma, auiendo salido, como dizen, chamuscado de las llamas, (por quanto por ser de la faccion de Mario, quedò Syla vencedor, y el contrario vencido) por no verse a pique de vna afrenta, de ser despojado de vn triunfo, ò esclauo de el triunfador, negando totalmente el patrio suelo, se passò a viuir a España, acaudillando los pocos soldados, que quisieron seguirle, Con su afabilidad, y amigable tra-

to

to grangeaua las voluntades, de manera, que cada dia se le iban llegando gente sin numero, Sabiendo, pues, que los Portugueses erân los mas opuestos al Romano dominio, ofreciò les ayudaria con todas sus fuerças. Atraxoles con esto a su voluntad, con que hecho Capitan de todos, vino a verse en la mayor soberania que pudo imaginarse. Las partes de Sertorio eran apropositadas, para cõsegir quanto quisiera, era entendido, biẽ hablado, muy cortès, agasajador, cariñoso, manso, sufrido, y valiente; partes todas para hazerse qualquier Principe bien quisto, y respetado. Robò, en fin, las voluntades Españolas, y leuantando pendon, y haziendo tocar los atambores, causò a Roma mil assombros, que como ya la conocian, que Capitan de Italianos auia dado tanto en que entender, considerandole agora caudillo de Españoles, les diò mucho que pensar

En tanto, pues, que el Senado hazia grandes preuenciones para ir contra Sertorio; èl desde la ciudad de Euora, en donde principalmente residia, teniendo en ella su Corte, y su gouierno, començò tambien a pertrecharse de reparos, y recelando astuto, que siendo èl estrangero, tal vez pudieran los Españoles faltarle en ser leales con vna traça honrosa, quiso tenerlos sugetos, y fue que en la ciudad de Osca, que aora se llama Huesca, no la de Aragon, como pensaron algunos, sino la que està en Andaluzia, junto al Reyno de Murcia, fundò vna Vniuersidad, para que los hijos de los mas nobles, y principales Españoles, cursassen en ella, y se diessen a las ciencias. Alegaua para esto, que las demàs naciones, en especial Italia, que entonces en armas, y letras era corona del mundo, no menos se hazian ilustres por los estudios de sabiduria, que por el manejo de las armas. Y que assi no era razon, que puesto que en lo demas se igualauan a los Romanos, les reconociessen ventaja en esta parte. Esta era la voz, esto lo que sonaua en publico; mas su intencion era tener aquellos

moços como en rehenes, para tener seguro su partido, y escusar qualquier ofensa de los naturales. De lo mejor de Italia hizo venir, siendo ançuelo, salarios ventajosos, professores, y maestros de las ciencias, con que a medida de su deseo, y a gusto de todos quedò la Vniuersidad famosa, y ilustrada.

Demàs desto, para que fuesse España emula en todo de Roma, ordenò vn Senado de los Españoles mas diestros, y auisados. Con los cargos mismos, con los oficios, y nombres de Magistrados, que allà se vsauan. Honraua a todos, para tenerlos gratos, y contentos al tiempo del menester. Bolò la fama destas cosas, de tal suerte, que no solo se hizo señor de todos los Lusitanos, y Andaluzes, sino de la España Citerior; porque todos coligados entendian, que teniẽdo por Principe a Sertorio, auian de escurecer la gloria de los Romanos, avassallar sus brios, y quitar su tirania. Para corona de todo, miraua mucho por el culto de la Religiõ, que este ha sido siempre el medio mas eficaz, para prendar los coraçones del pueblo. Fingia, y daua a entender, que la Diosa Diana le auia daua vna ceruatilla, que le dezia al oydo quãto auia de hazer, y era el caso, que a la cierua la tenia acostumbrada a que en la oreja misma comiesse alguna cosa que alli le ponia, con lo qual siempre que la llamaua, quando en el Senado se auia de tratar algun negocio graue, ò le venian cartas de importancia, llegada de la golosina, se le iba luego a la oreja. Con este engaño pensaua el pueblo, que le aduertian los Dioses lo que estaua por venir, y lo que auia de hazer, y assi le obedecian como a Oraculo en todo quanto mandaua, y disponia.

A derribar este imperio de Sertorio, esta magestad, esta potencia partiò de Roma con poder inmenso, con pujança mucha al Pretor Didio. Saliò Sertorio al encuentro, y a las orillas de Guadalquiuir, dando se la batalla de poder a poder, quedò Didio desbaratado, dos mil Romanos,

nos, muertos, los demàs vencidos, y Sertorio triunfante. En otra batalla Naual junto al estrecho, venciò al Capitan Cota, quedando con estas dos vitorias, mas temido de los contrarios, mas amado de los suyos. Con exercito Consular embiò Syla al Consul Quinto Metelo, que llamaron el piadoso, y en su cõpañia al Pretor Domicio, que para apagar tan grande llama quisieron amontonar todas las fuerças. A todo hizo rostro el animo de Sertorio, y con su buena maña dispuso las cosas de manera, q̃ desbaratò en muchas ocasiones el poder Romano. Para reprimir el orgullo, con que el Pretor passaua los Pirineos, despachò con cãpo formado a vn Capitan suyo, llamado Hirtuleyo. Este anduuo tan valeroso, que con muerte del mismo Pretor, desbaratò, y destroçò todo su exercito. Sertorio aguardò a Metelo en la Andalucia, donde le venciò muchas vezes, amontonando riquezas, y trofeos a fuerça de vitorias.

No solo ya en España, y en las mas partes de Europa, se estendia la fama de Sertorio, sino que en la Africa, y Asia se hazia mucho lugar. El Rey Mitridates, que era el mayor opuesto a los Romanos, despachò Embaxadores a Sertorio, combidandole con su amistad. Admitiò Sertorio embite que le estaua tan bien, y ayudò a Mitridates con vn gran socorro. Pero como donde ay mas fuerças, si se vnen, es forçoso, q̃ arrastren a los menos, assi los Romanos, bramando de coraje, de considerar, que vn hõbre como Sertorio, que no tuuo mas principio, que de soldado particular huuiesse subido a tal altura, que era ya assombro de todos, determinaron juntar nueua campaña, no menos numerosa, ni luzida, y por cabo della al gran Pompeyo, que en los primeros ardores de su edad loçana arrastraua ya triũfos de vitorias. Las alcançò de Sertorio le dieron nombre de Grande, si bien otros lo attribuyen al teatro que hizo fabricar en Roma, obra insigne, y que fue assombro en aquella edad, y en otras marauilla.

Vino, pues, Pompeyo a España contra Sertorio, y hasta auerse juntado con Metelo, no quiso probar ventura, ni arriesgar el credito. Iuntos ya los dos campos, que componian exercito copioso de treinta mil infantes, y mil caualllos, partieron a buscar a Sertorio, que estaua a la sazon sobre la ciudad de Laurona, que oy se llama Lyria, fundada junto a las corrientes del rio Iucar, quatro leguas distante de Valencia. Quisieron con su venida obligarle a leuantar el cerco, y fue el caso, que procuraron con traza cercar con nueuas trincheras a los cercadores. Pusieronlo por obra, pero Sertorio, que no se le escondiò aquel disaio, procuro ganar la cumbre de vn monteçuelo, en competencia de los Generales Romanos, que se quedaron burlados con el deseo. En fin, los exercitos se pusieron de modo, que Sertorio tenia cercada a la ciudad, y Metelo, y Pompeyo tenian como cercado en aquel monte al mismo Sertorio. Pompeyo no tan experto entonces, blasonaua ya de vitorioso, y aũ embio a dezir a los de la ciudad, diessen gracias a los Dioses, por verse ya libres, pues desde sus almenas podian mirar como tenia cercado a su cercador, y que cõ salir ellos a la pelea, no quedaria soldado contrario a vida.

Assi se vanagloriaua Põpeyo, sin saber lo que la astucia de Sertorio le tenia preuenido: y fue que auia dexado seis mil soldados en vna emboscada, para atajar qualquier intẽto del Romano. Viẽdo, pues, las jactancias de Pompeyo, dizen, que dixo a los suyos: *Yo enseñaré à este rapaz discipulo de Syla, quanto mas importa al Capitã experto traer los ojos en las espaldas, que en la frente.* Diziẽdo esto hizo a los emboscados la reseña, con que desde las grutas, y matorrales començaron a llouer sobre los Romanos. Lo qual visto por Põpeyo, atonito del caso, tuuo por buen partido estarse quedo, mirãdo como Sertorio combatia a la ciudad, dandola saco, y abrasandola despues. Fue esta vna de las mayores bessas, que pudo hazerse, y mas a dos Generales tan grandiosos, y temidos.

Car-

Cargados desta afrenta Metelo, y Pompeyo, como Sertorio de despojos ricos, ellos se fuerõ a inuernar a las faldas de los montes Pirineos, y Sertorio se recogiò à Euora, donde fue recibido con aparato de triunfo. El por tener mas gratos los animos de todos, hizò muchas mercedes comunes, y particulares. Cercò la Ciudad de fuertes muros, de los quales aun oy se vèn vestigios, y ruynas. Labrò vnas famosas casas para su persona. Traxo de varias fuentes el agua por vn aqueducto artificioso. Y para mas honrar los Españoles, se casò en Euora con vna hermosa Lusitana, hija de Firmio Laberio, ciudadano de lo mas ilustre. En esto se entretenia el Capitan valiente miẽtras el tiempõ daua lugar para tomar las armas. Passados los frios, en tanto que Metelo allà en los toros de Guisando, vencia a Hirtuleyo Capitan de Sertorio, por cuya victoria dizen, q̃ se puso vno de los dos toros, que yazen alli entallados de piedra. Pompeyo, y Sertorio se dierõ la batalla de poder a poder, junto al rio Iucar. Anduuo Marte dudoso a los principios, porque cada vno de los dos Generales hazia marauillas, mirando al credito que les iba. Pero Sertorio anduuo tan bizarro, que se alçò con la victoria, y aun con todo Pompeyo se alçara, y preso triunfara dèl, si quãdo le derribaron del caualo de vn bote de lança, no se cebaran mas los soldados que se hallaron cerca, en los preciosos jaezes del bruto, que en prender al dueño. En fin escapò Pompeyo derrotado de la lid, Sertorio iba siguiẽdo el alcance. Sobrevino a la sazon Metelo con su gente a enmẽdar lo passado. Sertorio entonces tocò a recoger, por no perder lo adquirido, si bien dizen, que dixo sañudo quanto gracioso: *Yo embiàra à Roma açotado à este rapaz* (por Pompeyo) *si esta vieja* (por Metelo) *no me le quitàra de las manos*. Siempre las guerras tienẽ sus altos, y baxos: el que oy se vè vẽcedor, se vè mañana vencido, y al cõtrario. Vencer siẽpre, pareciera ser tener sobornada la fortuna. Assi

Pompeyo, y Sertorio en batallas, que se dieron muchas, en vnas se aclamò la vitoria por el vno, y en otras por el otro. A pocos dias despues de aquella derrota, que dexamos dicha, boluieron a encontrarse con no menos potencia, ni menor deseo. Quedò Sertorio vencido, su exercito deshecho, muerta mucha gente, y en tanto que se rehazia, se retirò a Calahorra, donde queriendo Pompeyo cercarle, tuuo traça para huir de la apretura. Dio buelta àzia Lusitania, donde ya los suyos tenian campo formado, y con èl partiò brioso à buscar a su enemigo, que puesto sobre Palencia, trabajaua por tomarla. Obligòle a que leuãtasse el cerco, cosa con que dexò muy obligados a los Palẽtinos, y cosa que pudo costarle la vida, a no tener tan buẽ lado, como la lealtad de los Españoles, q̃ viendole enmedio de la pelea, derribado del cauallo, y haziendo marauillas entre vn remolino de espadas, rompieron por todas a costa de sangre, y vidas, y cogiendo al dueño en ombros, y puesto en otro cauallo, fenecieron la batalla, con verse con la vitoria en las manos, que fue grande, por los ricos despojos que se ganaron en ella.

Mas como en esta vida no ay cosa permanente, aquellos mismos, de que siempre hizo Sertorio mas confiança, començaron a quebrar en la fineza. Los que eran de su nacion se sintiẽron, por verle mas confiado en los Españoles. Muchos tambien destos se mostraron ofendidos de la crueldad que executò Sertorio con los hijos de los nobles, que estauan en la Vniuersidad de Huesca. La causa que para ello tuuo, se juzga fue justa, por quanto sus padres se auian hecho al vando de Pompeyo, que los tenia sitiados en la misma ciudad. No fue mucho se despicasse la colera de vn General ofendido en la sangre, aunque inocente, que era de padres ingratos. Pero en fin no bastò su justificaciõ à quietar los animos de los naturales, que ya no le mirauan con el amor que solian. En estos de-

sa-

Sabrimientos hallò la traiciõ lugar para emprender su hecho. Como la ambicion del mando sea poderosa, el mas amigo, que era el Capitan Perpenna, quiso, brindado de la ocasion, alçarse cõ la mayoria, a costa de ser aleue. Casi siẽpre se verà, que al que và de caida, y dexa la fortuna de su gracia, los mas allegados, los mas amigos, los que son vna misma cosa con el dueño, suelen ser los traydores, y aleuosos, los que ayudan a caer para poder subir. Perpenna era el mayor amigo que tenia Sertorio, lo qual se conociò en el testamento que le hallaron hecho, en que le instituìa heredero suyo, y le nombra por su sucessor en el gouierno. Toda esta amistad, todo este afecto tuuo el pago que suele dar vn traidor. Presto lo verèmos.

Cercò Pompeyo la ciudad de Huesca, y a socorrerla acudiò Sertorio con la gente que se hallaua, rompiò furioso por los Reales del enemigo, y con todo el batallon que pudo se entrò en la ciudad. Arriesgò la vida, por dar calor a sus Ciudadanos con su presencia, y la arriesgò demodo, que puesta en saluo, la puso en mas peligro; porque como aun vermejeauan las calles con la sangre derramada de los estudiantes muertos, y ya el Autor del daño le veìan tan desfauorecido de la suerte, y por otra parte considerauan los premios que Metelo ofrecia, a quien se le entregasse muerto, ò preso. Por estos respetos, Romanos, y Españoles, començaron a conjurarse contra èl. Perpenna era autor de la traicion, por tomar el baston que le ofrecian; mas andaua cauteloso reboçando la maldad con finezas fingidas. Creìasele Sertorio, no imaginando nunca, que el mayor amigo auia de faltarle. Antes le dio quexas de algunos conjurados. Castigaron muchos de ellos, y Perpenna alabaua el castigo, para reboçar su intẽto. No se fiaua ya Sertorio de ningun Romano: de quien mas se fiaua era de Españoles, mas para vna aleuosia, quãdo huuo sagrado? Combidòle Perpenna vna noche a vna

cena suñtuosa, y en la variedad de platos fue el puñal del traidor mismo, que con veinte y vna puñaladas le quitò la vida, siendo el postre de la mesa vn lago de sangre, en que se ahogò bien combite. Este fue el fin desgraciado deste Capitan insigne, deste Heroe famoso, cuyas virtudes, y cuya valentia, no cedieran ventajas a los mas inclitos Campiones, sino las escureciera algo con aquella crueldad, q̃ auia exercitado con los niños que estudiauan en Huesca. Alli le destinò la suerte el fin lastimoso, donde auia lastimado a tantos. Fue el hombre de mas gouierno que alcançaron aquellas edades, assi en gouernar las armas, como en regir la Republica. Amonestò a los suyos la fuerça que tiene la concordia, y como la maña puede mas q̃ la fuerça muchas vezes, diolo a entender cõ vn exemplo raro. Hizo traer vn cauallo, y al jouen mas valiente mandò, q̃ le arrancasse todas las cerdas juntas. Fue trabajar en vano, por mas que instò el vigor, y la porfia. Entõces se le entregò a vn viejo, brumado de años, y sin fuerças ningunas, y mandò, que vna a vna las arrancasse todas. Cumpliòlo con mucha facilidad, con lo qual quedaron bien aduertidos del consejo, en q̃ es dificil deshazer fuerças vnidas; y separadas, es muy facil deshazerlas. Que valentia sin maña suele valer poco contra enemigo pertrechado, y poca valentia, ayudada de la industria, atropella cosas grandes. Muchos dichos sentenciosos se leẽ de Sertorio, fue vno dellos el dezir: Mas querria vn exercito de cieruos, y por Capitan vn Leon, que vn exercito de Leones, y vn cieruo por capitan. Otro, aquel que dixo, quando tomò a Pompeyo las espaldas: Propicio es de Capitan prudente, antes de entrar en el peligro, poner los ojos en la salida. En la ciudad de Evora dieron sepulcro a Sertorio, cõ las mayores demonstraciones de sentimiento, que pueden imaginarse; su muerte fue tan sentida, como echada menos su presencia, pues à falta suya quedò Pompeyo triunfante, sujetando a su domi-

minio quanto auia adquirido la libertad. Al traidor Perpenna, auiendole derrotado, no quiso Pompeyo, ni que le viesse, ni perdonarle, antes mandò le cortassen la cabeça, que traidores siempre tienẽ este pago, aun de los mismos a quien pretenden lisonjear con la traicion. Quitar la vida aleuosamente a vn hombre grande, los mismos à quien està bien, llegan a sentirlo, y cumplen, como quien son, en castigar los traidores.

EXEMPLO III.

Salga Agathocles del alfahar de su padre, hollero humilde, y de principios tan baxos ascienda en ombros de su prudencia, y valor à ser Capitan, y Rey de Sicilia. Suba à tanta altura desde escalon tan debil, y si es que la fortuna le dà la mano, no ay mucho que admirar, pues passa de rueda à rueda. Contauan los Anales el año quatrocientos y treinta de la fundacion de Roma. Mandaua casi todo el mundo el Magno Alexandro. Los Españoles le embiauan su embaxada a Babilonia, Corte famosa del Asia, pidiendole su amistad, fauor, y ayuda contra los Cartaginenses, que les dauan pesadumbre, quando en Sicilia fue Agathocles hecho caudillo de los Siracusanos, que viendole valiente, y dotado de prudencia, no hallaron hombre mas a proposito, para que los defendiesse de el poder de los Encos. Admitiò Agathocles el oficio sin escrupulo de su humildad, afiançando en sus procedimientos lo que le auia negado su naturaleza. Tomò el baston con tan lindo brio, como si le huuiera heredado, y començò la guerra con tan buena maña, que à batallas pocas vino à cõcluirla, apropiandose ya nobles trofeos, nombre heroico, fama mucha. Y como ver glorias en quien naciò humilde, cause siempre emulaciones en los que se nacieron con la nobleza, como ya los Siracusanos le auian menester menos, dieron en calumniarle las acciones, llamandole à su gouierno tirania. Temieronse en fin, que con la mano,

que

que le auian dado, quisiesse hazerse señor de su libertad. Parecialesya afrenta lo que en la necessidad eligieron por honroso. Al tiempo del peligro no huuo reparo, que era hijo de vn hollero, mas al tiempo de la paz, les pareciò insufrible ver cabeça a quien se criò entre el barro. En fin, ya por esta emulacion, ya por sus sospechas, ya por todo, entraron en su acuerdo, y desterraron a Agathocles de Syracusa. Con esto lo pagaron el seruicio que les hizo, porque la embidia nunca bate otra moneda, sino ingratitud.

No desfalleciò Agathocles con este primer reuès de la fortuna, que como se gouernaua con prudencia, y via que el poluo de sus principios le daua en los ojos, buscaua cõ buenos medios el despique, no con hinchaçon procuraua la vengança. Fuesse a valer de los Murgantinos, que por la enemiga que tenian con los Siracusanos, le recibieron, como dizen, con los braços abiertos. Encargaronle al pũto el gouierno de la ciudad, en que diò tan buenas muestras de proceder, que para paz, y guerra le hizieron su General. Con este cargo procurò Agathocles, mediante alguna hazaña, hazerse mas lugar en los animos de los ciudadanos, y assi, dando al viento los taferanes, marchò cõ no mal formado campo sobre la ciudad de Lintim, y apoderose della, sin que bastaran a contrastarle resistencias. Temerosos entonces los de Siracusa, y aun arrepentidos de mirar por contrario, a quien pudieron por amigo, llamaron en su ayuda a Amilcar Cartagines, el qual con orden del Senado de Cartago, entrò a socorrerlos, cõ los troços de soldados que regia. No bastò este socorro, para q̃ Agatholes dexasse de endereçar la guerra a Siracusa: que vn hombre ofendido, si tiene humos de honor, siempre està cabando en soldar su afrenta. Mu. y cerrados hallò los passos para el intento, mas como en casos tales, sean ardides de guerra vencer con el engaño, o con la negociacion lo

que

que no baſta el poder, tuuo modo de tener tratos con el Capitan Cartagines, al qual ya con el agaſſajo, ya con las ofertas, reduxo a ſu volũtad. Tanto ſupo obligarle, que le entregò la ciudad. Entrò en ella, no à tomar vẽganças, ni a caſtigar agrauios, que fuera acabarſe con guerras tã inteſtinas, ſino a robar voluntades, abſoluiẽdo los paſſados yerros; q̃ en Capitanes prudentes, eſto es ſaber negociar.

Sintiòſe en Carthago la traicion de Amilcar, y la pagara con la cabeça, ſegun el decreto, ſi antes en la miſma Sicilia no pagara a la muerte el natural tributo. Deſpacharon con nueuo exercito a otro General del miſmo nombre, para vengar en Agathocles el diſfame que auia dado Amilcar à la nobleza Africana. Cõ ſocorros de Eſpaña ſe aſſegurauan el logro de la accion. Deſembarcaron pujantes en la Iſla, y en bien formado campo fueron buſcando a Agathocles. Dieronle vna embeſtida, con que le obligaron à encerrarſe dentro de la ciudad de Siracuſa. Y quando el peligro conocido pudiera amedrentar al coraçon mas oſſado, el animo de Agathocles ſe reuiſtiò de brios, que el rieſgo deſanima a los cobardes, mas no poſtra los valientes. Quando apenas ſe hallaua con poder la guerra preſente, ſe determinò a triũfar de dos, ayudado de ſu induſtria. Para eſto juntò a los Siracuſanos, y cõ vn razonamiento que les hizò, en razon de que no deſmayaſſen, ſino que valeroſos ſufrieſſen el cerco, mientras èl por otra parte daua guerra al enemigo, dexolos animoſos, y por Capitan a ſu hermano Antandro. Con eſto paſsò con ſu flota à Africa. Saliole al encuentro Hanon, Capitan de los Cartaginenſes. Dieronſe la batalla bien ſangrienta, y biẽ reñida. Mas como Agathocles peleaua por viuir, y el Cartagines por vencer, ſobrepujò el coraje de ſaluar la vida al ardimiento de alcançar la vitoria: y aſsi, con muerte del miſmo Hanon, ſe hallò Agathocles triunfante.

Llego a Siracuſa la nueua feliz tan preſto como à Cartha-

thago el auiso de la desgracia. Lo que allà infundiò alegrias, sembrò por acà tristezas. Lo que allà añadiò valor, acà fue miedo. Animado Agathocles con la vitoria, no quiso malograrla con la omision, que en casos tales, el dar lugar que se abroquele el contrario, suele ser causa, que se pierda lo adquirido. Y assi, qual rayo abrasador, que escupido de la preñada nube, và talando quanto encuentra, iba abrasando las villas, y los pueblos, llevando todo à fuego, y sangre, y enriqueciendo sus gentes con la muchedumbre de los despojos. Dio vista à Carthago con sus vanderas, y à sus ojos les saqueò, y abrasò las alquerias. Las labranças, los campos, las riquezas, todo el regalo, en fin de los vezinos humeaua con el fuego. No se descuidauan los de Siracusa en esta sazon, antes animados, y valientes, salieron de la Ciudad a dar sobre el enemigo, que descuidado, apenas acertò a poner la gente en orden. Mas fue la arma que se le dio tan braua, que en rato breue le dexaron à èl sin vida, y su campo derrotado, dos mas muertos, prisioneros muchos, los demàs huidos.

Temblò la Africa toda con perdidas tan grandes. Hizose Agathocles dueño absoluto de Sicilia con estas vitorias. Boluiose de Carthago arrastrando trofeos, coronandose de triunfos. Limpiò toda la Isla de Cartaginenses, sin dexarles plaça alguna de donde no los echasse. Viose, en fin, gozando con sossiego lo que auia ganado, que esta es la mayor dicha de vn vencedor, porque auer de estar siempre en la campaña, para poder conseruar lo que dio la vitoria, son ganancias con mucha pension. Propicia anduuo con Agathocles la fortuna, pues en la misma ciudad de Siracusa, donde en humildes principios passò el curso a las niñezes, viendose Principe, rico, y poderoso, acabò con mucha paz el curso de su vida. A su muger, y hijos dexò grandiosos tesoros, y como tuuo noticia, que

Pirro,

Pirro, Rey de la Albania, venia con gran poder, afligiendo a los Romanos, aconsejóles, que tomando sus riquezas, se passassen a Egypto, antes de experimentar reveses de la fortuna. Bastante prueba hemos dado con estos tres exemplos a la proposicion, en que de gente humilde ha auido por su virtud Principes grandes: y assi, no harà nouedad, que Dauid, de pastor pobre, asciendà a ser Capitã de vnos soldados perdidos, y mas teniendole Dios señalado ya por Rey.

Exemplos de Principes, que se vieron perseguidos.

EXEMPLO I.

MIENTRAS Dauid llora en la soledad sus cuytas, diuirtamos la memoria con similes lastimosos, que siruan de consuelo a los que brumados de trabajos, ya en destierros, ò ya en carceles, les dàn rienda a las tristezas. A Principes, y Reyes pondrèmos por exemplo, que para aliuiar las penas, han de ser personas grandes. Tenga, pues, primer lugar vn Santo Rey de los Godos, que a costa de su sangre trocò el laurel temporal por la Corona eterna. Este fue Ermenegildo, hijo de Leuvigildo, y de Teodosia, hija que fue de Seueriano, Duque de Cartagena, y hermana carnal de los Santos Leandro, Isidoro, Fulgencio, y Florentina: que sangre de tales rios, no es mucho engendràra en Ermenegildo vn animo tan Catolico, sin que la Arriana, que adquiriò de el padre, bastara a contrastarle sus intentos. Estaua entonces España inficionada de la secta de Arrio. Eran los Reyes los que mas la defendian, y assi todo el comun imitaua sus pisadas. Los Catolicos eran perseguidos. Los protectores dellos, que eran san Leandro, y san Isidoro en Seuilla, y en Murcia san Fulgencio, aunque cuñados de el

Rey

Rey, padecieron mil desdichas. Ermenegildo, pues, aunque criado Arriano, dió en ladearse atento a la Religion Catolica, siruiendole de guia su tio San Leandro, que con amonestaciones, y con ruegos, no cessaua de persuadirle lo terso de la verdad. Tuuieron buena ocasion, a causa que Leuvigildo su padre andaua entonces en el Reyno de Toledo. Demàs desto, Ingundis, ò Ingunde, muger de Ermenegildo, que era muy Catolica, fue la que mas parte tuuo en obra tan heroica, sobre que padeciò hartos malos tratamientos de su abuela la Reyna Gosuinda. Fue este el caso. Esta señora Ingundis era hija del Rey de Lorena Sigilberto, y cõ ella casò el Rey Ermenegildo, y a èl, y à su hermano el Infante Recaredo los hizo sus compañeros en la Corona, llevando la mira à que despues de sus dias le sucediessen, sin que los Grandes, que eran los que elegian, los contrastassen. Dividio en tres partes la Prouincia. A Ermenegildo encomendò el gouierno de Seuilla, que era donde hasta aquel tiempo auia estado la silla, y Corte de los Reyes Godos. A Recaredo, segun mejor parecer, puso en la Celtiuèria, donde fundò la ciudad de Recopolis, que es donde està Almonacir. Y el Rey puso su Corte en Toledo, comẽçando desde entonces à llamarse ciudad Regia. Por muerte de Teodosia, madre de los Principes Ermenegildo, y Recaredo, auia casado el Rey con la Reyna Gosuinda, viuda que era del Rey Atanagildo. Brunechilde fue hija de Atanagildo, y Gosuinda. Casaronla con el Rey Sigilberto de Lorena, y deste matrimonio nacio Ingundis, la qual vino à casar con Ermenegildo. Todas estas aduertencias son necessarias, para que no tropiecen los que no estàn cursados en historias, y como se ha de hazer mẽcion, assi del gouierno de Ermenegildo, como destas grandes Reynas, es bien poner primero la claridad, y principios de su origen, que lo demàs fuera caminar a escuras, o ir guiando sin luz à los Lectores.

Esto

Eſto aſsi aduertido, entrarèmos a pie llano por la hiſtoria. Vino, pues, Ingundis de Lorena a dar mano de eſpoſa a Ermenegildo el año de nueſtra Redempcion, que ſe cõtaua de quinientos y ſetenta y nueue. Traxo de Francia el acompañamiento mas lucido que puede imaginarſe, como Princeſa, que por todos lados tenia ſangre Real que la iluſtraua; ſi biẽ ſu mayor luſtre, era el ſer Catolica en eſtremo. Su abuela Goſuinda, ſuegra tambien por lo de madraſtra de ſu eſpoſo Ermenegildo, la tuuo en ſu compañia muchos dias, tratandola cõ caricias, y regalos, ya fueſſen de voluntad, y a por lo que ſe deſcubriò, por atraerla à ſu ſecta. Dio en perſuadirla a que abraçaſſe la ſecta de Arrio, y dexaſſe la Religion Catolica, exortandola a que ſe baurizaſſe de nueuo, ſegun que acoſtumbrauan los Arrianos. Ingundis, que aunque de poca edad, tenia prudencia mucha, nunca daua oidos a los malos conſejos de la abuela; haziaſe deſentendida a la platica, y deſpediaſe de la cõuerſacion, con dezir, que ella auia recibido el Bautiſmo Santo, debaxo la invocacion de la Santiſsima Trinidad, ſegun coſtumbre Chriſtiana, y que en eſta Fè auia de perſeuerar mientras viuieſſe. La abuela, que era ſobre lo poco agraciada (por faltarle el vno de los ojos) muy ſoberuia, y muy cruel, dio en deſabrirſe con eſtas reſpueſtas, y deſvios de la hermoſa Ingundis, y lo que haſta alli auia procurado por alagos, quiſo lleuarlo por fieros. Hizoſe graue, moſtroſele ſeuera, y hablòla con imperio; pero Ingundis al miſmo tenor ſupo facudirſe; dioſe por ſentida la vieja, de que aquella moça hizieſſe tan poco caſo de ſus palabras, y con rabia mucha la vltrajò con mil baldones. Y como en llegando à quebrar las leyes de la corteſia, y del reſpeto, no ay freno q̃ reprima impulſos de vn atrojo; de las palabras paſsò la atreuida Reyna a las manos, y puſolas vn dia en la conſtante Ingundis. Aſiola por los cabellos, y arraſtrola por el ſuelo, de tal ſuerte, q̃ por la boca,

y

y narizes la hizo rebenrar sangre, cuyos roxos desperdicios, por ir derramados por la Fè, fueron hermosos rubies, con que quedaron las losas esmaltradas. Mas no bastaron estos, ni otros malos tratamientos, para que ella mostrasse flaqueza, ni desmayasse en la Fè, antes creciendo los brios se mostraua mas entera: que a quien se arma con Dios, le hazen fuerte los tormentos.

Quien duda, que no llegarian a oidos de Ermenegildo, ò ya los sentimientos de su madrastra, ò ya las tiernas quexas de su esposa. Nunca a quien ama, y mas siendo marido, pueden encubrirse las penas de lo amado, que aunque Ingũdis, ò por escusarle el dolor, ò por no descubrirle la materia, como era tambien Arriano, procuraua encubrirle sus castigos; con todo, el auer ya señales en la cara, lagrimas en los ojos, y al preguntar quien es dueño, de q̃ nacẽ? Mal pueden ya dissimulos callar la verdad. En fin, por vno, ù otro camino, supo Ermenegildo las riñas de Gosuinda con su cara esposa, y como ya Dios le iba tocando al alma con inspiraciones, lastimose mucho, de que por guardar su Religion la castigasse su abuela. A lo compassiuo se añadiò el acariciarla: y viendo Ingundis bastante campo en el pecho de su esposo, para vn honroso intento, mostrandose agradecida al regalo, cariñosa al consuelo, humilde al fauor, le dixo vn dia: *Todo quãto he passado, dueño mio, de malos tratamientos, y de afrẽtas, lo vinculara por propio de mi vida, y lo padeciera gustosa el tiẽpo que durara, si al contrario de lo que en mi pretende mi abuela, pudiera yo recabar contigo, q̃ es, q̃ recibieras la Fè como Catolico, pues es la verdadera, la que la Iglesia tiene declarada, y la que abraçan, y siguen los Sãtos, y Doctores que la entienden. Ya veo, que aquí en España siguen casi todos al condenado Arrio, tu padre, tus vassallos, todo el Reyno: ya conozco, que el diuertirte, es arriesgarte à trabajos, exponerte à mil peligros; mas tambien reparo, en que es mayor perdida el que se pierda el alma, que*

auen-

auenturar la possession de vn Reyno perecedero, q̃ quãdo por esta causa te faltasse, le permutauas por vna corona eterna. Y quando mis consejos no fuerã ajustados, bastantes pueden ser los de tus doctos tios. Quien mas docto q̃ Leandro, à quien sè que escuchas de buena gana? A quien no confunden argumentos de Isidoro? A quien no postra la Religion de Fulgẽcio? Tu madre Teodosia, porque la aplauden santa, sino por auer sido tan Catolica? Pues quando tu prosapia noble ha seguido, y sigue la verdad, porq̃ te ha de diuertir ageno rũbo? No te hierue en las venas aquella sangre ilustre, que en el materno seno te hizo cuerpo para el alma? El nectar, q̃ à sus pechos beberias hartas vezes, no te pica al coraçon con punçadas tiernas? Tu cõciẽcia misma no te dà aldauadas? Pues porque has de resistir à tantos llamamientos? Porque te has de hazer fuerte contra el cielo q̃ te llama? Mira que aunq̃ ocultos, ay Catolicos sin numero, que seguirã tu estãdarte, y que en defensa tuya arriesgarán sus vidas. Mira que muchos Grandes te harã lado. Mira que es buena ocasiõ, pues està ausente tu padre, y mira à quiẽ eres, con q̃ te lo digo todo.

Con razones, y consejos semejantes, fue tanto lo que obrò Ingundis en Ermenegildo, que à pocos lances le dexò vencido, de tal suerte, que no se sabe si fueron mas poderosas las palabras de Ingundis, que las del mismo San Leandro. Mucho puede vna muger, y mucho arrastra, assi à malo, como a bueno; y assi no ay que marauillar, que en esta honrosa pretensa, se las apostasse Ingundis à Leandro en alcançar la vitoria. En fin, moniciones dèl, y ruegos della ganaron à Ermenegildo. Bautizòse como Catolico, y bien instituido en la Fè, se expuso al riesgo. Acaudillò todos los Catolicos, y sacò la cara contra el poder Arriano, en caso que quisiessen contradezir su intento. A este declararse por la Fè llamaron los Arrianos leuantamiento. Acudieron a su padre con mil chismes. Diòles credito, lo que bastò a desabrirse con Ermene-

gildo. Enconaronse los animos, y tocaron a guerra los sentimientos. La Reyna Gosuinda, que entre padre, y hijo tenia obligacion de hazer buen tercio, para sossegar motines y quietar alteraciones, atizaua mas el fuego. Al fin como madrastra, irritando al Rey, y prouocandole à mas ira, y mas enojo. Humeaua la indignacion, que contra Ingundis tenia concebida, y ardia con braueza en la vengança. Publicòse guerra sangrienta entre padre, y hijo. Diuidiòse el pueblo en dos parcialidades. Los Catolicos, que aũque menores en fuerças, eran mas en numero, se hizieron al vando de Ermenegildo. Los Arrianos, que eran los mas poderosos, seguian à Leuvigildo. Antes que se viniesse à las manos quiso el Rey ver si por buenos medios podia reduzir al hijo à su voluntad, y apartarle del començado intento. Para esto le despachò Embaxadores desde Toledo, con vna carta del tenor siguiente.

CARTA DEL REY LEVVIGILDO A Ermenegildo su hijo.

MEjor que por carta, quisiera en presencia tratassemos nuestros debates si gustaras dello, porque ò ya como Rey mandando, ò ya castigandote, como padre, fuera facil alcançar de ti qualquiera cosa. Pusierate por delante los beneficios que te he hecho, los regalos con que desde tu niñez te he procreado, con disinio siempre, que sucedieses en la Corona. De lo qual parece que hazes escarnio, pues veo lo mal que hazes. Sin que lo pidiesses tu, te ensayè à ser Rey, y haziendote compañero en mi Reyno, para que me ayudasses à lleuar la carga: y han sido ensayos tan dañosos para mi, que ya me quieres dar guerra, armando gentes estrañas que me ofendan, y te ayuden, trocando como ingrato, los bienes que te he hecho, por los males que me dàs, los fauores recibidos, por el dolor que me causas. Si te era cosa pe-

sa-

lada esperar la muerte deste viejo, y el poco tiempo que naturalmente me puede quedar de vida, ò si te he desazonado, y has llevado mal, que se diesse parte del Reyno à tu hermano, fuera justo me declararas tu sentimiento antes de llegar à romper, y yo procurara como padre suavizar tus desazones. Mas ya considero, q̃ la ambicion de reynar es quien te despeña, y cubresto con la capa de la Religion, y essa es la con que tu conciencia te llama por esse rumbo. Bien lo veo, y bien lo entiendo todo, y assi te digo, que no solo quebrantas las humanas leyes, bolaliendote contra mi, que soy tu padre, ano q̃ provocas contra ti mismo la ira, y rigor de Dios que te amenaça. Tu te avias de apartar de aquella Religion, con cuyo auxilio el nombre de los Godos ha descollado en poder, y se ha aumentado en riquezas? Tu avias de menospreciar la autoridad de tus claros ascendientes, quando devieras tenerla por sacrosanta, y divina? Quieres tu saber, guiado de tu antojo, mas q̃ todos Reyes que supieron ser Christianos? Tu solo quieres ser el que aciertas, y condenar por errados à los otros? Tu solo has entendido, y los demàs no lo han alcançado? Colige de essas razones, y considera la vanidad de esta nueva Religion, pues aparta el hijo del padre, y los nombres de mas ternura los trueca en odio mortal. Como padre me toca el aconsejarte, q̃ buelvas en ti, y mandarte, q̃ quietes tu coraçon, y dexes de proseguir en cosas tan dañosas. Si assi lo hizieres, hallaràs en mi gracia facil el perdon de lo q̃ hasta aqui has delinquido. Si acaso protervo no assientes à mis consejos, y me obligas à tomar las armas, no tendràs q̃ esperar clemencia en mi, ni aguardar como de padre ninguna misericordia.

Mucha pesadumbre diò esta carta à Ermenegildo, que como tenia ya el alma tan Catolica, tocarle en la Relig ō era tocarle al alma, era quebrarle los ojos, era llegarle à lo vivo. Y assi resuelto à perder antes la vida, que mudar de parecer, despues de aver tenido el ojo, y quietado el animo (que para escrivir à vn padre, tiene es menes-

netter cordura) tomando tinta, y papel, le escriuiò de a-
questa forma.

RESPVESTA DE ERMENEGILDO al Rey su padre.

COn paciencia mucha, y con valor no poco, he visto, Rey, y señor, lo q̃ contiene tu carta, sufriẽdo los baldones q̃ me dàs, y tolerando las amenaças q̃ me hazes, q̃ aunque padre pudieras tẽplar la colera, y refrenar la lengua, quando en nada te he ofendido. A tus beneficios, que los confiesso, qual dizes, mayores que mis merecimiẽtos, sabe el cielo, que deseo corresponder con seruicios, que igualen à lo que es razon, y à lo que como à padre me cõsidero obligado, à cuya reuerẽcia no faltarè jamàs, mientras yo viua. Pero en abraçar la Religiõ mas segura (que tu por hazer odiosa la llamas nueua) nos conformamos con el juizio de todo el mũdo, pues los mas son quien la sigue, demas de razones fuertes, q̃ ay para abonalla. Yo no trato aora, qual sea mas verdadera, sino q̃ doy libertad à que siga cada vno lo que mejor le pareciere, con tãto que no se agravie la parte q̃ he elegido. Atribuyes à la secta Arriana los progressos felizes de nuestra nacion, y q̃ por este respeto han ensalçado sus timbres los que la han seguido, y no aduiertes en la costũbre, que tiene Dios de dar prosperidades, y tolerar castigos algun tiempo, à los que pretende aclarar de todo punto, para q̃ piensan mas, y mas los postre el ver trocadas las dichas cõ reueses tã contrarios. Los Vandalos, y los Ostrogodos pueden ser prueba bastante, cuya potencia, quãdo mas empinada en altiuezes, se ha postrado à dar ruinas. Y si acaso te dàs por ofendido, porque sin cõsultarte me he inclinado à lo que juzgo es mejor, tambiẽ puedo yo sentir, que no me dès lugar à que estime en mas mi cõciẽcia, que todas las demas cosas. La Fè Catolica sigo, y por ella estoy dispuesto, si fuere necessario, à derramar la sãgre, y à perder la vida. Y en esta materia no es razon, q̃ vn padre quiera po-

der

der mas que el hijo, que sigue la verdad, y ampara à las diui-nas Leyes. Suplico à nuestro Señor, que sean tus consejos sanos à la Republica, y no perjudiciales à los que somos tus hijos, y que te alumbre tu entendimiento, y abra los ojos de la razon para que no dando lugar à los chismes, que son los q̃ te inquie-tan, procures, que nuestra casa no quede afeada con infamia, dando lugar à que sean las armas arbitros de la victoria.

Embraueciose mas Leuvigildo con esta respuesta, no quiso con mas palabras buscar medios, sino remitir a las manos el despique, para lo qual començò a juntar sus gen-tes, formando exercito, y buscando fauor de los estraños. Ermenegildo no se descuidaua, antes con mucha diligen-cia procurò tener de su parte a los Romanos. Hizo aliança con sus Capitanes, y para seguridad de los conciertos, les entregò a su muger, y vn hijo q̃ ya tenia della. Como bien entendido, quiso assegurar assi las prendas que mas ama-ua, caso que le sucediesse algun desastre, que siempre quien quiere bien, antes que para si mismo, busca la seguridad para lo amado. Por esto, pues, procurò que la hermosa In-gundis, y el caro hijo estuuiessen apartados de la guerra, en cuyos sucessos varios, nunca ay esperança cierta. Falta-ron los Romanos a la fee, porque brindados de Leuvigil-do con mas ventajas, y con mucho oro, que les dio de ante mano, le ofrecieron su ayuda. Eran hombres que se ven-dian a quien mas pujaua, sin reparar en credito, ni injusti-cia. Fortificò Ermenegildo a Sevilla, y a Cordoua, pro-ueyendolas de trigo, y demàs bastimentos, para algunos años hizo batir monedas de buen oro, para pagar los sol-dados, y aun con insignias dizen, y diuisas, con que se dife renciassen de los Arrianos; y assi llenauan por arma, de vna parte el nombre, y rostro de Ermenegildo, y por la otra vna imagen de la Victoria, con estas palabras: *Hombre huye del Rey*. Aludiendo a lo de san Pablo, que manda, que euiten al Herege, despues de la segunda monicion.

Mientras Ermenegildo ponia en orden todas estas cosas, partiò Leandro a Constantinopla à pedir fauor al Emperador Tiberio, y aunque tuuo poco efecto este viage, firuiole al fin a Leandro de trabar amistad estrecha con San Gregorio, que estaua entônces en aquella Corte por Legado del Pontifice Pelagio. Y de aqui resultò, que a instâcia suya, escriuiò el libro de los Morales sobre Iob, tan vtiles a la Iglesia. Côtauase entonces el año quinientos y ochênta, año bien desgraciado, y azaroso para la Christiandad, por nacer en èl en la Arabia el falso profeta Mahoma, caudillo en adelante de tan dañosa secta. Leuvigildo, que no se descuidaua, marchò con su gruesso campo, y puso cerco a Seuilla, aunq̃ considerando, que los cercados no se auiã de rendir, por estar muy afectos a su hijo, y tener por protector al Arçobispo Leandro, quiso valerse de traça para la conquista. La que eligiò fue famosa, si bien costò gran trabajo. Y fue, que vna legua de la ciudad, donde resplandecen desmoronados edificios de la antigua Italica, desangrò a Guadalquiuir, de tal manera, que le echò por otra parte, sin que entrasse por Seuilla. Fue vna empressa muy costosa, pero logròse la intencion cõ ella, porque los cercados comẽçaron a sentir la falta de los mantenimientos, de que eran socorridos con la nauegacion del rio. Ermenegildo entonces perdidas las esperanças de poderse defender, saliose secretamente de la ciudad, y fuesse a los Romanos, ignorante de que auian mudado de partido. En la mala acogida, que hallò en ellos, conociò su deslealtad, y assi con trecientos de los suyos se recogiò en el lugar de Osseto, aunque otros dizen, que en Cordoua, procurando hazerse fuerte en la tal plaça, por lo incontrastable de su sitio, y por serle los moradores muy afectos, no reparando que al que và de caida, aun los amigos le faltan.

No se contentò Leuvigildo, con que se le rindiò Seuilla, sino que ardiẽdo en furor, procuraua auer el hijo à las ma-

manos, que vn padre quando se enoja, suele arder mas en vengança. Partióse, pues, a toda priessa, y pusole fuego à Osseto por todas partes, porque a vista del incẽdio saliesse Ermenegildo a su obediencia, ò quedasse sepultado en sus cenizas. Recogióse al Tẽplo el Principe, si infeliz a la fortuna, dichoso para el cielo, y para el mundo, que como vna hora de vida, al fin es vida, y de vna hora a otra suceden mil mudanças, quiso entretenerse alli lo que tardasse de llegar las llamas, por si cessaua en el interin la saña de su padre. Su hermano Recaredo, que acompañaua al Rey, y aunque menor de edad, era en la nobleza Principe famoso, y igual à Ermenegildo, pidiò licencia a su padre para verse con su hermano. Diosela Leuvigildo: llegò al Templo, y llamando à Ermenegildo sobre seguro, y èl dandole lugar que entrasse, despues que ahogada la voz en tierno llanto, estuuo sin poder hablar por algun tiempo, rompiendo por los nudos del dolor, le dixo estas palabras.

De flacos coraçones suele ser mostrar dolor por la infelicidad de los que bien se quieren, quando no se les acude con mas remedio que lagrimas. Siento, Ermenegildo, como deuo, la desventura en que estàs, el aprieto en que te miro, la pena en que te hallo; porque desventuras de sangre que es tan propia, de daño que es forçoso que toque a padre, y hermanos, no son tuyas solamente, porque son nuestras tambien. No quiero reprehender tus intentos, ni el zelo que muestras de la Religion, quando tu conciẽcia te llama por essa parte; pero que razon has podido tener ajustada a tomar armas contra quien te dio la vida? Menos hago quexa de los que con sus consejos te han engañado, y diuertido, que al fin las cosas passadas, mal se pueden enmendar, solo llorarse pueden. La desgracia destos tiempos ha consistido en nuestras discordias, porque diuertida la gente en dos parcialidades, la vna, y la otra se ha arrimado a nuestra casa, siendo causa de mil da-

ños. Boluer los ojos a la paz es lo que importa, para que nuestros enemigos, que estàn a la mira, no se rian mas de nuestras desventuras, y ojala esto se huuiera obrado antes que se llegara a rompimiento: mas en fin mejor es tarde, q̃ nunca, que en vn pecho paternal, recurso queda para implorar clemencia, y alcançar perdon, si con voluntad le pides. Esto es lo acertado, esto lo que te conuiene, pues ya de lo passado tendràs hartas experiencias de quanto mejor te serà seguir la seguridad, que perseuerar en los peligros que miras. En las aduersidades es necessaria la prudẽcia, que el dexarse llenar del impetu ardiente, es desatino. De mi parte te prometo, que si de coraçon hazes lo que pide la necessidad, se aplacara nuestro padre, y con vn leue castigo te dexara el apellido, y las insignias Reales.

Iuradas, y aceptadas estas promesas, hizo Recadero llamar a su padre, a cuyos pies se postrò Ermenegildo con sẽblante triste. Recibiole Leuvigildo con muestras de alegria, y hablandole con blandura, le diò indicios de perdõ; mas otra tenia en el pecho, segun se viò adelante. Despojòle de las insignias del Rey, y remitiole preso a vna torre de Seuilla, que està a la puerta de Cordoua, tan espantosa por su altura, quanto conocida, por auer sido carcel de vn Rey martir perseguido. Entre el horror, y escuridad de que està llena, le cargan de prisiones. Al cuello atadas las manos, y con vn pie de amigo ponen al santo moço, para añadirle a la prision tormento, pena, y dolor. Lastima causa el dezirlo, q̃ seria el verlo! El mas facineroso foragido, quando arrastrado de sus mismas culpas, se mira en vn calaboço aprisionado, mueue naturalmente a compassion a los menos compassiuos (que ver padecer, y no sentirlo, aun las fieras no lo vsan) pues mirar a vn Principe de España, y ya con nombre de Rey, amarrado a vna cadena, metido en vna mazmorra, sin que le dè luz de cielo (si bien el cielo [illegible]) [illegible] en vn dilicio el [illegible] que le causo.

comiendo vn pobre manjar, sin admitir mas regalo, lançando suspiros tiernos, al compas de dulces quexas, sin amigos que le assistan, sin nadie que le consuele, preso donde se viò Rey, y su padre autor del daño, a que coraçon de piedra no rebentara a dolor? En q̃ animo de tigre no despertara ternuras? Mirenlo los lastimados, y si aflicciones pueden ser aliuio de otras aflicciones, ningunas como estas daràn mayor consuelo. Lastimas de vn inocente aliuian mucho los tormentos, y las penas de quien suspira culpado. Ver padecer sin delitos, es fuerça que anime a quien por ellos padece. Carceles, prisiones, penas, si se pautã por las de Ermenegildo, si a la luz dellas se miran, al mas afligido causaran aliento, al mas desconsolado daràn brios. Tome la luz de vn martir quien padece, quien se mira en vn trabajo, quien llora en vna prision, y a buen seguro, que halle paciencia para el dolor, descanso para la pena, cõsuelo para el llanto. Con el rigor de carcel, y prisiones que hemos dicho passaua Ermenegildo sus trabajos, consolandose con Dios, q̃ es gran cõsuelo. Suspiraua enternecido por verse en su presencia, y con deuotas ansias anhelaua por su gloria, sin aspirar a otra libertad, ni a otra soltura, q̃ como padecia por la Fè, se asseguraua corona mas glorioſa, y assi, respeto della, hazia ya poco caso de los caducos laureles. Llegò, pues, la pascua de Resurrecion, que fue a 14. de Abril, del año que se contaua de quinientos y ochenta y seis (segun quien mas bien los cuẽta) y Leuvigildo, que deseaua por medio de sus rigores, ò por mas suaues caminos, reducir a su hijo a su dañada secta, y aduertirle de la Religion Catolica, despues de la media noche, entre los mudos officios, embiò a la carcel vn Obispo Arriano, para que de su mano recibiesse Ermenegildo la cõmunion aquel dia, conforme los Arrianos, y de su parte le ofreciesse la libertad, si se reduxesse a esto. Llego el Obispo con alhagos, y promessas a hazer la proposicion a Ermenegildo,

el

el qual apenas oyò la platica, y conociò ser Arriano el del mensage, quando diziendole mil oprobrios, le despidiò a mas de passo. Fuesse el Obispo corrido, y contòle al Rey su afrenta. Sintiòla Leuvigildo, como propia, y dando riẽda a la ira, tratò al punto la vengança. Despachò vn verdugo, para que en la torre misma cortasse a Ermenegildo la cabeça. Al mandato riguroso se siguiò la execucion. El verdugo fue vn Sisberto, que sin turbaciõ, ni escusa de ver que era vn Rey inocente a quien iba a degollar, llegò intrepido a la carcel, y con animo cruel dio la muerte a Ermenegildo, matiçando con su sangre hierros, losas, y paredes, cuya barbara osadia, permitiò el cielo la pagasse con vna muerte fea, que le succediò bien breue.

Al cuerpo del Rey Martir (segun lo cuenta San Gregorio Magno, que como tan amigo de san Leandro, escriuiò su vida en el capitulo treinta y vno del libro tercero de sus Dialogos) quiso el cielo que se hiziessen honras celestiales, y assi baxò la Angelical Capilla a hazer el entierro, ya que el padre no le hizo, oyẽdose en la torre Angelicas vozes, que en dulces melodias rompieron de la noche los silencios. Fragrantes luzes acompañaron el tumulo, y a la hora misma, por muchas noches continuas, aparecian lãparas resplandecientes, para dar indicios, qne era cuerpo santo el q̃ alli yazia. Con estas señales prodigiosas se cõuocaron los animos Catolicos a tener en reuerencia a su Rey martir. Su padre mismo, que arrepẽtido de lo hecho, passò en tristezas lo que le restò de vida, a vista de los prodigios, conocio por verdadera la Religion Catolica; pero temiendo a su gente, no se atreuio a declararse. Lo que hizo, fue boluer del destierro a San Leandro, y pedirle con ruegos, que al modo que a Ermenegildo, instruyesse en la Fè al Principe Recaredo su segundo hijo. El qual, siguiendo las pisadas de su hermano, no los ritos de su padre, vino a ser el mas Catolico Rey que conocieron los Godos,

cu-

cuchillo de todos los Arrianos, assombro de los hereges, y vino a deuerse todo al santo Ermenegildo: si acaso allà en el desierto, donde a Dauid dexamos, rastrea por profecia la persecucion, la carcel, y el martirio deste Principe, no se le harà tan penoso su destierro, ni harà mucha admiracion, de que vn suegro le persiga, quando acà vn padre deguella: al compàs destos trabajos, podràn aliuiarse aquellos.

EXEMPLO II.

No es solo Dauid el que por no hallar humano socorro en sus mismos naturales, se vè obligado a valerse de paganos, y de infieles, que muchos Principes son los q̃ en semejantes aprietos han seguido sus pisadas, que a reveses de fortuna, quando da en tirar la soga al que và de caida, mas seguro suele ser el mas estraño, q̃ el mas amigo: mas se suele hallar en vn infiel, que en la propia nacion, y quãdo falte, ya no se sentirà tanto por lo menos, pues no serà marauilla falten los de menos obligaciones, a quien no se assegura de los que las tienen mas. Acompañe nuestro assumpto vn Principe esclarecido, el Rey D. Alonso el Sexto de Castilla, de quien no pocas vezes en historias varias hallèmos memoria. Contaremos su tragedia, su destierro, su aduersidad hasta dexarle en possession de su Corona, que el progresso de sus hechos, y de sus hazañas, ni haze al intento, ni ay lugar de contarse, por ser muchas.

Fue don Alonso hijo del Santo Rey don Fernando, el que à fuerça de batallas, restaurò de los Moros grandes Reynos, primero de aquel nombre, y primero en armas, y en virtud, Religion, y Christiandad. Su madre fue la Reyna doña Sancha, igual en todo al marido. Mouido, pues, don Fernando, de que por si mismo, no por herencia, sino a fuerça de su braço, auia agregado Reynos, y Prouincias al pequeño Reyno que heredò de sus padres,

mo-

mouido tambien del paternal afecto, cõ que amaua igualmente a todos sus hijos, y pensando finalmente tenerlos por esta via mas en paz, y mas contentos, diuidiò el Reyno entre todos, desta suerte. A D. Sãcho el mayor dexò a Castilla, a don Alonso le diò a Leon, y a D. Garcia el menor le diò a Galicia. A la Infanta D. Vrraca dexò la ciudad de Zamora, y a D. Elvira la de Toro. Huuo contradicionẽs muchas, para que el Rey no hiziesse esta diuisió, y en especial se cuenta de Arias Gonçalo, hombre experto, de gran valor, y prudencia, que lo contradixo mucho, como pronosticando futuros males, pero el Rey no quiso mudar parecer, antes echò bendiciones a quiẽ guardasse lo por èl dispuesto, y maldixo a quien le quebrantasse. Don Alonso se mostrò mas obediente, y a lo que el padre dezia, respõdia, Amen. D. Sancho el mayor callaua, mostrandose en ello su reuoçada intencion. Iuzgò siempre, que se le hazia agrauio en no darselo todo; por ser mayor parece q̃ tenia justicia, pero mayor fuerça tiene la obediencia, que segun derecho natural, se deue a los padres, y se mostrò bien en los futuros successos, pues le alcançò a D. Sancho de castigo, lo que de bendicion a don Alonso, qual verèmos adelante.

Muerto el Rey don Fernando, todos los tres hijos se llamaron Reyes; don Alonso se partiò a Leon, y como aquel Reyno era herencia de su madre la Reyna doña Sancha, nunca mientras viuiò ella (que fueron dos años, ò seis, segun el epitafio de su sepulcro) se atreuiò Don Sancho a molestarle, ò ya por tenerla este respeto, ò ya por estar ocupado en la guerra de Aragon, que hazia entonces al Rey don Ramiro su tio, el qual en vna batalla quedò muerto; pronostico triste para el mismo Rey don Sancho, començar a reñir las armas en sangre de vn Rey pariente, y tan Christiano. Apenas, pues, ajustadas estas diferencias, cerrò su madre los ojos, quando boluiò la guerra contra sus hermanos. Començò por D. Alonso, q̃ viendose

con

con fuerças desiguales para poder resistir a enemigo tan feroz, les pidio ayuda a sus primos los Reyes de Aragon, y de Nauarra. Ellos que estauan desabridos con D. Sancho, por la guerra que les auia hecho, acudieron muy bien al ruego de don Alonso. Cada vno por su parte le acudiò cõ gente, con la qual, y con la q̃ pudo juntar de todo su Reyno, saliò en busca de su hermano. Vinieron à encontrarse junto à vn pueblo llamado Plantaca. Alli, ordenados sus esquadrones, se dieron la batalla, reñida de ambas partes con valor, y esfuerço. Quedò en ella vitorioso el Castellano, y don Alonso vencido. Boluiòse a Leon, pesaroso del desastre, aunque no sin animo para boluer a probar fortuna. Rehizose de fuerças, y a las riberas del rio Carrion se dieron segunda vez la batalla, en que trocadas las suertes el Rey don Sancho se retirò derrotado, y D. Alonso quedò vitorioso, y triunfante. Mas como al q̃ và de caida, hasta los buenos sucessos se le bueluen al reuès, no quiso su poca suerte se lograsse la ganãcia. Su descuido de verse ya vencedor tuuo mucha culpa; que quien tiene el enemigo a las espaldas, por mas vencido, y destroçado que estè, nunca ha de descuidarse, que en la guerra pueden mucho los ardides. Del que vsò en esta ocasiõ el Cid (cuya historia reserno para otra parte) fue estremado. Hizo vna congetura de q̃ D. Alonso, y sus soldados vfanos cõ la vitoria, se aurian echado a dormir sin cuidado, ni rezelo alguno, y que siendo assi, se podia a poca costa quitarles la ganãcia de las manos. Animado, pues, de solas estas sospechas, trabajò grandemente toda aquella noche en recoger los soldados huidos, y formando dellos vn pequeño exercito, capitancãdolos su industria, y su valor, que todo era mucho, hirió al amanecer en los Reales de los enemigos, que vnos bien bebidos, y otros cargados de sueño, hizieron bien cierta la cõgetura del Cid, muy agenos todos de cosa semejante. Con el susto, y con el peligro inopinado, los co-

bar-

bardes, aun mal abiertos los ojos, miraron por dóde huir, los valientes se hizieron à las armas mal despiertos, y sin orden. Era cosa ridicula, verlos entre el temor, y el peligro embaraçados, sin saber adonde estauan, ni que gente los heria. En fin quedaron vencidos, y don Alonso se fue a guarecer en la Iglesia de Carron, en que tenia muchos soldados de guarda; pero nada aprouechò para no quedar preso, y en manos de sus contrarios. Lleuaronle al Castillo de Burgos, por tenerle mas guardado.

Assi se truecan las suertes de los hombres, con tanta facilidad se mudan los sucessos. Quien ayer se miraua coronado de vassallos, vestido de insignias Reales, respetado como Rey, oy se halla metido entre paredes, cargado de prisiones, assistido de porteros. Que vanas, y caducas son las humanas glorias! A vn solo bayben ruedan por el suelo: lo que parece mas estable, se desvanece mas breue, la mayor pompa es vna representacion, no ay cosa fixa. Por los mismos eslabones de la cadena que le tiene assido (que en aquellas edades, aun con los Reyes, en estando presos, no auia cortesias) repassa don Alonso sus cuydados, y para no desmayar en braços de la pena, anima con esperanças el sentimiento, que dar rienda al dolor en casos semejantes, es dar cordel à la vida, y darla garrote es. Animese el afligido en las aduersidades, si procura viuir, consuele sus cuitas con otros que padecieron, que donde ay altos, y baxos, mientras huuiere vida, siempre quedan esperanças al mas triste, al mas aherrojado, al mas caido.

Causo la prision deste Principe mucho dolor al Reyno. Quien mas lo sintiò era quien mas le queria. Esta fue la Infanta doña Vrraca su hermana mayor, que amò siempre à don Alonso, como a hijo, y èl a ella la respetò siempre como à madre; que en vna buena hermandad, siempre son reciprocos los afectos. Lastimada, pues, del desaliento de su hermano, metiose de por medio a tercear con don San-

cho,

cho. Ayudò al intento el Conde don Perançules Caualle ro muy prudẽte, valeroſo, y leal, y que en todos ſus traba- jos hizo lado à D. Alonſo. Deſpues de muchas hablas, de que ſurtia poco efecto, a cauſa que el Rey don Sancho no ſe aſſeguraua de tener por ſuyo el Reyno de Leon, poniẽ- do a don Alonſo en libertad, dieron la Infanta, y el Conde en vna traça famoſa, que fue proponer, q̃ renunciaria don Alonſo el eſtado ſeglar, y tomaria habito de Monge en el Monaſterio de Sahagun, que eſtà a la ribera del rio Cea. Ayudauan la traça con dezir, que don Alonſo, ganoſo de la paz, y de ſu quietud, ſe inclinaua à la Religion. Abraço don Sancho eſte medio, como muy ſeguro; y aſsi dio licẽ- cia, para que don Alonſo fueſſe a tomar el habito. Tomo- le en fin en el dicho Monaſterio, el año de mil y ſetenta y vno, que à todo eſto obliga huir de vna aduerſidad, y te- mer vna deſdicha; que aunque entrarſe en la Religion es el mas perfecto eſtado; quando fuerça a la voluntad algu na deſgracia, y mas en perſonas grandes, ſe toma por lar- timoſo. Aſsi el Rey don Alonſo, como no tenia voluntad de ſer Frayle, lleuaua aquella vida con alguna triſteza, que como dize el refran, el habito no haze al Monge.

Paſſado, pues, algun tiempo, y viſto por la Infanta lo mal que ſe hallaua don Alonſo con aquel genero de vi- da, diole por conſejo, ayudando à ello el Conde Peran- çules, que renunciaſſe el habito, y ſe fueſſe a amparar del Rey Moro de Toledo, como amigo que auia ſido de ſu pa- dre, y que alli podia entretenerſe haſta q̃ el tiempo abrieſ ſe otro camino. El amparo de vn barbaro ſe le da por re- medio a vn deſdichado; por marauilla ſe le hallara refu- gio, que no ſea como priſion, ò deſtierro, y de qualquier fuerte priuacion de la libertad. De la anguſtia de vna car- cel ſale don Alonſo a la eſtrechura de vna Religion, y pa- ra aliuio deſta, toma por aſilo la ſugecion de vn Rey Mo- ro. No ay para vn triſte conſuelos, que no ſean trabajos eſ-

eslabonados. Tomãdo, pues, el cõsejo de la hermana, dexò el habito, y con todo secreto se huyò a Toledo, Corte del Rey Alimaynon, ò Almenon, q̃ llaman otros. No le pesò al Rey de ver entrar por sus puertas a D. Alonso, antes con tanto placer, como el Rey de Moab a Dauid, aunque con mas lealtad, le recibiò en su Palacio: diole vn dia audiencia en presencia de sus Grandes; y èl despues de auer hecho su acatamiento, reuerencia, y cortesia, cõ bien sentidas palabras, mezcladas de suspiros, hablò de aquesta suerte. Harto me huuiera holgado, famoso Rey Almenon, tener grangeada tu amistad con algunos seruicios, quando forçado de la necesidad en que me hallo, vengo à pedirte socorro, fauor, y ayuda, yo que poco antes me mirè Rey poderoso, y aora me miro pobre, y desterrado. Pero ni mi poca edad, ni la diferente Religion q̃ professamos, me ha dado lugar à ello, y para los Principes generosos, y grandes, qual tu eres, causa bastante es para dar la mano à los que vèn caidos, su misma benignidad, y su grandeza. Y como yo en mis trabajos huelgo de acudir à valerme de tu asilo, antes q̃ al de otro alguno: alentandome a ello la fama de tus virtudes; assi a ti deue ser consuelo mucho se aya ofrecido ocasion para amparar, y hazer bien a vn hijo del gran Rey D. Fernando, aquel a quiẽ debiste amistades, y le pagaste con ellas. Mas q̃ podia yo hazer en riesgos tã notorios? Donde auia de acogerme en mis necesidades? Despojado me hallo de mi Reyno, mis riquezas, y mis bienes en ageno poder, mis vassallos sugetos a la necessidad, sin fuerças mis amigos, todos mis socorros me hã faltado a vn tiẽpo, porq̃ quien ha de ayudarme, quãdo es mi hermano mismo quiẽ tirano me persiguè? si deue darse nõbre de hermano a quiẽ quiebra la lealtad, y falta al parẽtesco. D. Garcia està temiẽdo otro tanto: los Reyes de Nauarra, y Aragon, si primos nuestros, estàn algo desabridos con nuestra Casa: las Infantas mis hermanas, haràn hatro

en conseruarse. Finalmente no me quedò mas remedio, q̃ boluer las espaldas al peligro, y abraçar el destierro por sagrado, y acogerme a tu sombra, como a asilo. No es mi intencion, que por causa mia tomes las armas, y mueuas alguna guerra, para restituirme al solio, de que me miro despojado, que aunque es de Principes grandes amparar desta suerte a los caidos, y deshazer desta forma semejantes agrauios; no quiero que te desassosiegues, ni põgas en balanças la tranquilidad que gozas. Solo te suplico halle mi necessidad abrigo en tu casa, dandome lugar en ella, para passar mi destierro, que para mi serà el mayor aliuio, y para ti el mejor de tus blasones. Entretenido en tu Reyno podrè passar mis tristezas, ayudado de las esperanças de q̃ el causador destos males, feroz, y vfano al presente, trocãdo el cielo las cosas, hallarà su castigo merecido: que crueldades contra su sangre misma, jamàs vierõ logrados sus deseos. Y si acaso sucediere, y me sacare Dios destos trabajos, puedes estar cierto, q̃ a ley de agradecido tendrè siempre en la memoria la gracia, y acogimiento que me hizieres tu piedad, y tu grandeza. No poco alboroçado oyò el Rey Alimaymon a D. Alonso, atribuyẽdo a honra mucha, que vn Principe, como aquel, que se auia visto temido, y respetado, acudiesse tã humilde a estar baxo de su proteccion. Y considerando, que podia en algun tiempo serle aquella venida prouechosa, satisfizo muy alegre a su demãda, desabrochando del pecho piedades, y bizarrias, tanto mas dignas de estimarle, quanto hechas por vn infiel. Pesame, dize, Rey don Alonso, de tu desgracia, y siento qual propia la desdicha en que te miro: mas quando tu conciẽcia te haze libre, deues llenar con valor reueses de la fortuna. No ay cosa en esta vida, que no estè sugeta a mil mudanças: y assi, quien sabe sufrirse en la aduersidad, sucle triunfar de sus cuytas, y ver postrado a sus pies el mayor trabajo. Mi casa, mi Reyno, y mi persona te

ofrezco con mucho gusto, sin que para tu seruicio, y tu regalo te falte cosa alguna. Podras viuir en Toledo el tiempo que quisieres, sin miedo que me moleste tu asistencia, sin cuydado que en mi falte la fe que te prometo. Tratamiento qual de padre hallaras mis caricias, y el aprecio q̃ de vn hijo veras en mis afectos. Por tu padre por quien eres, por quien soy, por verte en desventura, reconozco deuda a lo que juzgas fauor: y assi veràs por la paga, que sè pagar lo que deuo.

Estimò don Alonso, como era justo, la generosa oferta del Rey Moro: hizole pleyto omenagè de serle fiel, y leal y que le guardaria este fauor, hasta pagarle con iguales recompensas, ofreciendo acudir a su seruicio, como vno de sus vassallos. En pechos igualmente generosos, procuran excederse vnas a otras las bizarrias. D. Alõso era bizarro, prudente, liberal, agradecido, hallauase obligado, y assi prometia generoso. Almenon era Clemente muy pundonoroso, nada escaso, y assi andaua liberal. Iũto su alcaçar mismo le señalò casa, para que viuiesse, que dizẽ fue en aquella parte, que està ahora el Monasterio de la Cõcepciõ, y la Iglesia que es oy de los Carmelitas, era entonces vno de los Templos de Christianos, que se seruaron siempre en Toledo, desde la perdida de España; con lo qual tenia don Alonso comodidad para oir Missa, y los oficios Diuinos, y para hablar al Rey siempre que queria. La buena condicion de Don Alonso, su agassajo, y cariño, robò de tal manera las voluntades de aquella gente infiel, que los tenia a todos seruiciales, y contentos.

La Infanta doña Vrraca desde Zamora, cuydaua tambien de don Alonso, embiandole ya el dinero, y a el regalo, ya el presente, porque con estar sobrado para sus menesteres, no sintiesse las tristezas de verse desterrado. Embiòle assimismo al Conde don Perançales, y dos hermanos suyos, con otros Caualleros, para que le acompañassen,

sen, y siruiessen, y en cosas que se ofrecen, pudiesser. acoose jarle, que claro està que fuera vida triste para vn Principe auer de conuersar siempre con Moros, y no tener vn amigo, con quien desechar cuydados. Todos quiso Alimaynõ que ganassen sueldo, porque tuuiessen con q̃ sustentarse, y para que le ayudassen en las guerras, que tenia ordinarias con otros Moros comarcanos, q̃ quando Christianos con Christianos, y deudos con deudos las tenian tan sangrientas, no era marauilla que Moros con Moros se guerreassen tambien. El Rey Moro de Cordoua, y el de Toledo andauã siempre en deuates, causa que vino a ser para q̃ en lances q̃ se ofrecieron, diesse muestras don Alonso con los que le acompañauan de lo mucho q̃ deuia al de Toledo. Salio en fin a ayudarle en algunas correrias, siruiendole de diuertimiento lo que en otra ocasion le fuera penalidad. En esto passaua su destierro, y quando cessaua la guerra, dauase a la caça, propio exercicio de Principes, y tiempo mas bien gastado, que entre la ociosidad: labrò para este efecto vna casa de campo, que porque fuesse solar destas memorias, creciò despues en vezinos, y con nombre de Brihuega, es oy vn pueblo notorio en aquel Reyno. Ya en este retiro, diuertido con la monteria, ya en la ciudad, donde residia de ordinario, passaua su vida D. Alonso, en tanto que rodaua su fortuna. Trataua muchos ratos con el Rey, al qual con su buen termino, y cortesia, le ganaua mas por horas la voluntad. Gustaua mucho el Moro de su conuersacion, de su compañia, y de su trato: y assi vnas tardes en el Axedrez, otras con el passeo, solian diuertirse. Baxauanse algunas vezes de la ciudad a la famosa huerta, a quiẽ las aguas del Tajo, sacadas por las azudas, la hazen abundante, y fertil, y que quizà desde entonces se llama huerta del Rey. A su amenidad, y a su frescura rinden parias los demas ogarrales de Toledo, si bien ya ausencias de la Magestad Real, que la mira qual dueño, tienen muy desmelenada su gra-

deza, q̃ hasta las plantas suelen desluzirse, sino las mira el Señor. En esta huerta, pues, ya en quadros de sus frutales, ya en sus floridos tapetes, ya en las delicias del baño, q̃ cõ nõbre de Palacios de Galiana, aun resplandece vestigios, passauã D. Alõso, y el Rey Moro sus recreos. Y como la buena conuersacion aliuja siempre vn cuidado, quien duda, q̃ al ver triste à D. Alõso, dexaria el Moro de acudir cõ algũ cuento, ò historia con q̃ diuertirle. Aunque tan seruido, y regalado, dexaria D. Alonso de echar menos el regalo de su casa, la magestad perdida, el cariño de su esposa? No sõ perdidas estas, y mas en quien sabe sentir, para apartarlas de la memoria, sino es a fuerça de muchos consuelos. Casado estaua D. Alonso en esta sazõ, si cotejamos las historias, con la señora D. Ines, porque el Arçobispo D. Rodrigo, y Pelagio Obispo de Ouiedo, a los quales sigue el Padre Mariana, conuienen, en q̃ vn año despues que fuesse D. Alonso restituido a su Reyno, quedò viudo por muerte de D. Ines, y q̃ casò luego cõ D. Cõstança, y aunq̃ no declarã si estaua ya casado en el tiẽpo del destierro, parece q̃ lo supõẽ, ò q̃ lo dexã al arbitrio. Y caso q̃ entonces no lo estuuiesse, por lo menos, segun los mismos Autores, no puede negarse, q̃ no tenia ya D. Alonso a la hermosa Zayda, hija del Rey Moro de Seuilla, llamada D. Isabel, por su dama, como quiere Pelagio, ò por su muger, como dize don Rodrigo, aunq̃ todo pudo ser, amiga a los principios, y su muger despues de D. Cõstança. Fũdo en q̃ ya la tenia, porq̃ dizen historiadores graues, q̃ quando traxo D. Alõso a Zaida para bautizarse, era en vida del Rey Don Fernando su padre; y siendo assi, es fuerça, q̃ hora estuuiesse, ò no casado con doña Ines, tuuiesse à Zaida en Leon, ò en Zamora con su hermana, y suspirasse por ella, porque la amò con estremo. Y como el alma cautiua del amor, y mas en vn Principe moço, sieura con mayor fuerça ausencias de lo amado, suele talvez hallar tãbiẽ cõsuelo entre las mismas

mc-

memorias, que no se cura el amor siempre cõ oluidos. Segun esto, no serà fuera del caso, antes del caso serà, y mas para aliuiar a alguna doliente, que padece deste achaque (amor, y ausencia, penosa enfermedad al mas sufrido) suponer, que estos Reyes vno a otro se cuentan sus historias, y sucessos, verdaderas las dos, y muy notables. La misma ocasion de la huerta, y recreo, dõde los hemos traido, parece que està brindando a la conuersacion, pintemos como seria. A la sombra de vn copado arbol, sirviẽdo de tapete la texida yerua, estauan recostados vna tarde el Rey Moro, y don Alonso, diuirtiendo a musica de las aues cuydados de algunas penas. Y mientras don Alonso se entregaua al sueño, baraxando el Moro vnas cartas, y papeles, començò a leer algunos con lagrimas, y suspiros. Atendiole grande rato don Alonso, aunque haziendo del dormido, y por saber la causa, dio muestras que desperraua, y viendole enternecido, y humedecidos los ojos, pidiole cõ ruegos le contasse su pesar, para que èl como amigo se le ayudasse a sentir. No pudo escusarse el Moro, y assi le dixo: q̃ por buscar vn papel, auia topado cõ vna carta de su hija Casilda, la vltima que le escriuio desde Briuiesca, dõde buelta Christiana passò el curso de su vida, cuyas memorias era forçoso renouarle sentimientos. Ya me acuerdo (dixo don Alonso) de essa Infanta, por quien lloras, digna de eternos laureles, pues su vida penitente la ha hecho venerar por santa de todos los Christianos, de que deues estar gozoso, pues tiene mejor Corona, que la que pudieras darle. A exemplo suyo se bautizò tambien Zayda, hija del Rey de Seuilla, que se hizo tanto lugar en mi pecho, que es oy la que manda toda mi voluntad, llamase doña Isabel, y la quiero mas que a hermana.

Contariate la traça con que la lleuè a Leon, si gustasses primero de dezirme el modo con que Casilda salió de tu poder, y si fue voluntad tuya, que se bautizasse.

Atrueque de diuertirte (respondiò Almenon) y que mẽ cuentes tu historia, escucha atento la mia.

Historia de santa Casilda, hija del Rey Moro de Toledo.

Reynaua el Rey D. Fernando, padre tuyo, en Castilla, y en Leon, quando yo Almenon brioso por los juueniles años, me llamè Rey de Toledo. Tuue por hija à Casilda, entre otros hijos, tan dotada de hermosura, como publica la fama. Criauase en mi Palacio siempre a mis ojos, y a mi mesa siempre, que la niñez, y el afecto, aũque sea entre los Reyes, atropella ceremonias. Era piadosa en estremo, y tã compassiua de qualquier trabajo, que males de los cautiuos los lloraua, y los sentia. Yo entonces, si he de cõtar la verdad, trabajaua à los Christianos grandemente. Probè en batallas mis fuerças contra el poder de tu padre, y en Nauarra, y Aragon hize temer mis vanderas. Y aunque no vencedor siempre, al fin las vezes que vencia, acarreaua a Toledo muchas riquezas, y cautiuos muchos. Tratualos como à esclauos, metialos en mazmorras, en especial aquellos que eran auiuadores de mis pesadumbres, siendo mi vengança hazerles malos tratamientos. Este rigor mio, y esta crueldad, que vsaua con los Christianos, fue causa de que Casilda se hiziesse a la compassiõ, y a la ternura. A escusas mias se iba à visitar los presos, lleuãdoles por su mano la comida, y los regalos, y dandoles consuelos para llenar su miseria. No faltò quien me dio auiso; porque nunca a la virtud faltò quien la murmurasse. Y aunque por vna parte me mostrè muy irritado, y me di por muy sentido, por otra la misma piedad que aduerti en Casilda, me tirò el freno al enojo, que en el rigor mas cruel, suele la lastima hazerse tal vez lugar. Aunque lo sabia, en fin lo dissimulaua, que no todo se ha de ver, si a todos se ha de agradar. Y por no disgustar a mi Casilda, me hazia desentendido, hasta que en cierta ocasion me cogiò el chisme tãdesazonado, que por reñirla muy bien, si hallaua ser el caso verdad, me hize espia de ella misma, azechando las accio-

nes,

ñes, y los pasos. Cogila casi en la puerta de los calaboços cõ la falda prouecida de sustẽto para aquellos miserables, segun contaron despues, porque yo no lo vi. Preguntèla, que lleuaua? y sin turbarse del susto, me respondio, q̃ vnas rosas. Rara marauilla! Descogiò la falda, y mostrome arracimadas flores, lo que supe era manjar.

Tan admirada, como yo suspenso, quedò Casilda al milagro. Yo suspendi mi enojo, imaginando las rosas verdaderas, allà auiuò mas su Fè al ver obrado el prodigio: yo me di por engañado, y ella con el desengaño quedò mas caritatiua. Aduertida desde entonces, mas atenta a la piedad, mas dada al recogimiento, atareada al trabajo, negada a la diuersion, virtudes en vna doncella dignas de toda loa. Vn penoso achaque, vn fluxo de sangre la afligia, y molestaua, sin que bastassen curas al remedio. Tuuo vna reuelacion, segun me contò vn dia con algunas lagrimas, que el baño del lago de san Vicẽte, que esta en tierra de Briuiesca, le auia de dar salud, yendo a bañarse en èl. Comunicòme esto algunas vezes, y mas quando le apretaua la dolencia. Y yo, con el deseo de verla sana, dexandome vẽcer de sus ruegos, quise darla gusto, fiado del amistad estrecha, q̃ tenia ya trauada con D. Fernando tu padre: que esto, y no otra cosa, me mouiera a arrojarme a lo que hize. Cargada de algunos dones, y con carta mia se la embiè a su Reyno, para que hiziesse curarla con el mismo cuydado, que a hija propia. Tuue respuesta del Rey, tan cortès, y comedida, como yo fiaua de su grãnobleza. Cobrò Casilda salud, bañandose en aquel lago, y quando yo la esperaua para mi aliuio, y consuelo, me escriuiò resuelta su determinacion, y el camino que auia tomado para saluarse. Hizose en fin Christiana, recibiendo el Bautismo con vna Fè increible, y junto al mismo lago mandò fabricar vna pequeña Hermita, donde oluidada su patria, su regalo, y su grandeza, passò vida penitente muchos años. Assi me lo escriuiò tu

padre, escusandose conmigo tener parte en la obra, atribuyendolo solo a inspiracion del cielo. Todos me lo han dicho assi, engrandeciẽdo, y loando su virtud, y santidad. Y porque en esta materia es forçoso que sepas mas que yo puedo dezirte, como cosa que ha passado allà en tu tierra, no alargo mi discurso, antes te ruego me hagas relacion de Zayda, que aunque tengo de ella algunas noticias, no son tan por entero, como podràs referirme.

Historia de Zayda, hermosa Esclava, hija del Rey Moro de Seuilla.

Conclayò la platica el Rey Moro algo tierno del dolor, y D. Alonso entonces, correspondiẽdo cortès, le refiriò su historia desta suerte. Benauet Rey de Seuilla, a quien por vuestras diferencias conoces muy bien, tuuo por hija a la hermosa Zayda, tan dotada en gracias, y de afseos, quanto hermoseada de virtudes, prendas, que en vna dõcella son el mas precioso esmalte. Desde sus años tiernos mostrò afecto grande à la Religion Christiana, corriẽdo à las parejas con Casilda en amparar los cautiuos, y socorrerlos en sus necessidades. Deseaua bautizarse, y el paternal respeto la estoruaua descubrir su voluntad. Pero Dios, que a quien llama para suyo, le abre el mas cerrado puerto, descubriò camino, por dõde lograsse Zayda sus deseos. Sucedio, que el Rey mi padre, auiendo reedificado la Iglesia de Leon, y queriendo para darla lustre juntar en ella cuerpos, y reliquias de muchos Santos, procurò auer de Seuilla el de la inclita Martir santa Iusta, aquella Alfaharera, q̃ a labrar vasos de barro ganò tesoros eternos. Y conociẽdo, que por dadiuas ningunas, ni por precios quantiosos, se auia de negociar con Benauet, valiòse de vna traça, que fue mouerle guerra, y apretarle demodo, que se lograsse fuimiento, que por torcedores, y mas tan apretados como este, se suelen traer a la melena cosas muy dificiles. Por aquella parte de Lusitania se entrò haziendo tala a los campos finalazes, saqueando muchos pueblos, y tomando, [illegible]. Porque en vnos començaua a ensayar [illegible]

[illegible]

licia con gana de señalarme en algun hecho, le di vista a Seuilla con no mal golpe de gente, que iban a mi orden. Temiò el Moro mi ossadia, sobre lo atemorizado de los malos tratamiẽtos, y ayudòse de mi para pedir las pazes. Hizole a mi padre vn rico presente con ofertas muchas, y yo que a ruegos humildes soy y piadoso, acudi tambien cõ mi intercesion. Solo ficamos por partido, el auernos de dar el cuerpo de la Santa, que era el fin principal q̃ nos mouiò a la guerra. Vino Benauet en ello, con que se sentò la paz, y quedamos de entonces muy amigos; que aũque no se consiguiò el que se lleuasse el cuerpo de santa Iusta, en trueque del qual, por auiso celestial, se lleuò el de S. Isidoro, q̃ se venera en Leon, siendo advocacion suya aquella Iglesia, no por esto se quebrantò la amistad que alli juramos; que no teniendo el Moro culpa, y siendo juizio de el cielo aquella disposicion, fuera agrauio conocido faltar à la fe jurada. Cõ esta causa, pues, de sacar de Seuilla el cuerpo de S. Isidoro, se auiuò en el pecho de la hermosa Zayda su Catolico deseo. Ayudò el cielo con vna reuelacion, con q̃ resuelta vn dia, quitando las ataduras al temor, y los candados a la lengua, le dixo al Rey su padre su voluntad desnuda, de que queria ser Christiana, por quando Dios cõ aldauadas al alma la estaua llamando siempre, q̃ en especial se le auia aparecido S. Isidoro vna noche, acõpañado de luzes, cercado de esplendores, y vestido de gloria, y cõ palabras regaladas la auia dicho, que no resistiesse tanto à inspiraciones diuinas, sino q̃ executasse aquel santo proposito, que ella lo auia escusado, por no darle pesar; pero que ya no podia dexar de descubrirse, que la ayudasse à ello, y no se lo estoruasse, porque seria cortarle a su vida el hilo. Añadiò a esto sus pocas de lagrimas, que en muger hermosa, y que las derrama a tiempo, suelẽ ser perlas, que compran lo que quieren. Lastimòse el Moro de verla enternecida, enterneciòse tambien viendola llorosa.

Ama-

Amauala infinito, no quisiera disgustarla. Temia por otra parte la indignacion de los suyos. Lo que en Zaida le tirana la aficion, le hazia contrapesa su temor, y miedo. Perplexo en estas dudas, no sabia q̃ camino se tomasse. Es bien entendido Benauet, començò a buscar arbitrios, y vino à dar en vna traza, tan digna de su ingenio, quanto merecedora de estimarse. Escriuiòme vna carta, fiado en nuestra amistad, y dixome en ella la resolucion de su hija, de querer ser Christiana, que èl a cara descubierta no podia venir en ello, q̃ lo que podia hazer era dar permisiõ que cautiuassen a Zaida, y que assi cautiua, mudasse de Religion, q̃ para esto, con formado cãpo, boluiesse yo a hazer la guerra, tomando el acha que que eligiesse mas honesto; que caminasse muy secreto, y à la sorda, hasta ponerme cerca de Seuilla, y que en vn pueblo de aquellos, con son de salir à caça, y a diuertirse en el campo, tendria puesta la Infanta, que èl gustaua mucho de hazerla mi cautiua, y q̃ a mi padre, y a mi nos la encargaua. Quien pensara tal de vn Moro? Tan cautiuo me tiene esta fineza, que no sè con que pagarla las vezes que me acuerdo, ojala se mude mi fortuna, y en talamo Real coloque Reyna a la que supo por Christo andar tan fina, para que vea Benauet lo que vna Infanta Mora interessa en ser Christiana. Mas vamos a nuestro cuẽto. Sin reparos, ni cõsultas (que hasta en esto ayudò el cielo) no descubriendo el disinio sino a mi padre solo, marchè con mi gente la buelta de Seuilla. Hasta allà no hize sonada de guerra. Reconocì las señas que Benauet me auia dado. Cerquè a Zayda en vna aldea, pusose luego en mis manos, aunque no sè quien cautiuò a quien, segun me mirè rendido a su hermosura. Sin hazer daño alguno, ni procurar otra presa, bolui cõ ella a Castilla. El Rey Moro formò sus sentimientos, hizo la desbecha, saliẽdo con sus tropas en mi busca. No pudo, ò no quiso alcançarme, con que logrado el intento, no mas suyo que de todos, se quedò con-

consolado. Lleuè a Zayda a Leon, ya porque ella quiso pagar al Santo la visita q̃ en Seuilla la hizo en sueños, ya porque yo, como à Reyno, que al fin vino a tocarme, tuue siempre particular afecto a aquella Ciudad. En aquella Santa Iglesia, con festiuo aplauso, con celebre pompa, con regozijos grandes recibiò Zayda el santo Bautismo con el nombre de Maria, y Isabel, q̃ no es nueuo en Bautismos de señoras grandes, el darlas dos, y tres nombres, si bien suele nacer desto la equiuocacion de los que cuentan el caso.

Ya Christiana Zayda, començò con mejor titulo a enseñorearse mas de mi voluntad. Di en galãtearla à lo Principe, esto es, con recato, no con publicas sonadas de galanteo, siendo la llama de mi amor mas viua, quanto mas reboçada en disimulos. No se hizo Zayda esquiua al trato honesto, antes correspondiendo amorosa, me dio en su pecho toda la entrada que quise, causa que vino a ser de hallarme tan prendado en sus amores, que a no tener en la sazon empeñada mi palabra con doña Ines, me casara con ella, pues tiene partes Zayda merecedoras de qualquier grandeza. Pero anublòse presto toda esta bonança, con la muerte de mi padre, y con las desgracias, que me han sobreuenido, despojado de mi Reyno, sugeto a merced agena, y casi priuado de mi libertad; mas no pueden ser baitantes todos estos trabajos, y infortunios, para poner en oluido obligaciones de la bella Zayda, cuyos recuerdos, las vezes que les doy rienda, me lastiman, y me afligen. Situate, pues, de aliuio mi cuydado; y no llores a Casilda, que pisa estrados de estrellas, q̃ no ha de ser menos tu valor, que el de Benaquet en gustar que vna hija sea Christiana: oluida essas memorias, o pautalas por las mias con que tendràs consuelo.

Con estas, o semejantes conuersaciones, es cierto se diuertian don Alonso, y el Rey Moro, que para aliuiar à vn triste, no ay mejor remedio que la diuersion. Lo que se pien-

pienſa en otra coſa, ſe ahorra de cuidado. Eſtar cabando ſiempre en vna pena, es matarſe. En otra ocaſion cuentan tambien, que eſtando en la miſma huerta recreandoſe vna tarde, ſe quedò adormecido don Alonſo, brindado de la freſcura, ò del bullicioſo zefiro, que ſoplando en la alameda, parece llamaua al ſueño con dulce ruido. Guardauale el Rey el ſueño, con otros Moros graues que los aſſiſtian, y recoſtados tambien entre las ſombras, començaron a hablar de coſas varias. Contemplauã deſde alli el inexpugnable ſitio de Toledo, cuyas torres, y murallas tan fuertes, quanto hermoſas, eran emulacion a los mas empinados edificios. Miraua ſu fortaleza con la ſoberuia caba, que le forma el Tajo, pues la ciñe caſi toda con ſus aguas, por dõde a vezes con barcos puede ſer ſocorrida de ſuſtento de muy lexos. Dezian vnos, y afirmauan otros ſer impoſsible conquiſtarſe aquella ciudad por aſſaltos, ni por fuerças. A lo qual replicò vno de los que mas ſabian, y dixo: Concedo en lo que dezis; pero yo hallo vn camino ſolo por dõde pudiera tomarſe, y es con tenerla cercada ſiete años continuados, talandole en cada vno los cãpos, y las meſſes, porque faltando el ſuſtento, y no teniendo de donde ſer ſocorrida, era forçoſo rendirſe, y entregarſe. Oyò eſto don Alonſo, ò porque del todo no dormia, ò porque acaſo iba a deſpertar entonces. No quiſo empero moſtrarſe recordado, por euitarles ſoſpechas. Haziendo del dormido, guſtò mucho de oir aquella conuerſacion, que muy atento la encomendò a la memoria.

Reparò el Rey Moro, y todos repararon (ſi hemos de ſeguir lo que muchos dizen) en ſi avria D. Alonſo oido, ò no aquella platica. Culparon ſu deſcuido, y con harta deſazon quedaron ſobreſaltados. Mas para ſalir de duda, dieró eſta traça, que le echaſſen en la mano plomo derretido, al modo de burla, y ſi al tenderle el braço la tuuieſſe queda (ſiendo accion tan natural el retirarla al peligro)

gro (seria señal cierta, que dormia; y que si la encogia, ò retiraua era euidente el estar despierto, y que en este caso seria bien matarle, para que en ningun tiempo pudiesse con las armas del arbitrio que le auian dado, venir a destruirlos, y a echarlos de sus casas. Andan aora varios aqui los Historiadores. Cuentan vnos, que se executò la traça, y que le echaron en la mano a don Alonso derretido el plomo, y q̃ le llamaron por esto, el de la mano horadada. Dizen otros, que esto es fabula, y habidla de las que vrde el vulgo, y alegan para ello; q̃ donde auiã de tener alli tan a la mano el plomo derretido? Y como a dolor tan graue, y aburla tan pesada auia de corresponder el disimulo? Para concordar pues, estas opiniones, y no cõceder, ni negar del todo lo vno, ni lo otro, podemos dar vncorte, y dezir (y casi pudo ser esto) q̃ en realidad de verdad no le echaron el plomo, esto es, no se llegò al efecto, pues para la traça de saber si dormia, no era necessario el golpe: pero el que hiziera la desecha, no admite imposible, pues bastaua la amenaça para salir de su duda, siendo assi q̃ no pretendian otra cosa. Y pudo ser que el cõcertar la traça, fuesse con palabras tan secretas, que no las percibiesse dõ Alõso, por despierto que estuuiesse. El venir ya en ello seria hablando de modo, que pudiesse oirlo, si acaso no dormia, y retiraffe la mano a la menaza. Como sucediesse pues, que llegassen denodados, diziendose a modo de chacota: Ola don Alonso se ha dormido, hagamosle vna burla: echemosle en la mano deste plomo derretido; veamos si lo sufre, ò lo que haze. Don Alonso entonces, quizà creyendolo por verdad, al descogerle la mano la tuuo queda con valor notable, ya fuesse por no dar a entender que estaua recordado, ya por no mostrar flaqueza. Viendole, pues, los Moros inmouil el braço al amenazado tiro, quedaron muy satisfechos que dormia. Y por quanto don Alonso sufriò el golpe en el afecto, pudo con razõ llamarse

el

el de la mano horadada. Los que niegan el hecho, dizen, que este apellido le vino por su franqueza, por ser muy liberal, y manirroto. Cada vno podrà acomodar el credito à su gusto.

Mientras passauã estas cosas en Toledo, apretaua el Rey D. Sancho el cerco de Zamora, dandola muchos assaltos, que no contento con auer despojado a sus dos hermanos de los Reynos q̃ les dexò su padre, reboluiò la guerra cõtra las Infantas sus hermanas, por quitarlas tambien à Toro, y à Zamora. Barbara demasia en vn Rey Christiano, y q̃ le acarreò el castigo merecido! Tiranias, y contra sangre propia, siẽpre paran en fines desastrados. Fue el caso, que hallandose D. Vrraca afligida, y temerosa del aprieto en que ya miraua su ciudad, desmayando los animos à vista de la necessidad, hambre, y peligro, llegòse à ella resuelto vn ciudadano mañoso, atreuido, astuto, llamado Vellido Dolfos, y dixola, q̃ le daria, y libraria à Zamora de aquel cerco. La Infanta, que ignoraua su disignio, por vna parte lo juzgò temeridad, por otra le hizo ofertas, fiando en alguna industria, q̃ en la guerra a campos grandes, los desbarata vn ardid. Saliò, pues, Vellido de Zamora, y aun dizen, q̃ hablando muchas libertades cõtra la misma Infanta, y cõtra Arias Gonçalo, a causa de hazer bien la deshecha, de q̃ salia huyendo, y que se iba a amparar de los Reales. Como le vieron salir de aquella suerte, y en seguimiẽto suyo los hijos de Arias, ganosos de acabar con èl, dieronle acogida. Pidiò por el Rey don Sancho, y puesto en su presencia, comẽçò à dezir mil males de los Zamoranos, alegando su teson, y rebeldia, en no rendirse a quien era de derecho su Rey, y señor. Añadiò à esto, que por auerles èl aconsejado lo que les estaua bien, y era tan justo, auian querido matarle, por cuya causa se auia èscapado huyendo, pero que en vengança de aquel vltraje auia de avassallarlos, y rendirlos, con mostrar vna parte secreta

des-

desmantelada del muro, por donde con mucha facilidad podia la ciudad ser entrada, y combatida.

Rindese a vn engaño facilmente la inocencia, aũque es de hombres faciles dexarse engañar cõ debiles fundamẽtos. Como si fueran de vn Angel las palabras de Vellido, las abraçò el Rey don Sancho, sin persuadirse a genero de traicion, aunque desde el muro de Zamora dauan hartos auisos con destempladas vozes. Nada bastò, para q̃ no hiziesse el Rey mucha confiança de aquel hõbre engañoso, en tanto grado, que acompañado solo con èl, saliò vn dia passeandose, para que le mostrasse la rotura de la muralla, que le auia dicho, La codicia le cegaua la razõ, y ella misma le lleuò al precipicio, porque auiẽdose el Rey apeado del caualllo a cierta necessidad, el traidor Vellido le tirò vn venablo, cõ que le atrauesò el cuerpo de parte a parte. Aleuosia la mas rara que se viò en Castilla, y muerte de vn Rey, la mas lastimosa q̃ viò España: mas como cantò vn Lirico, el morir de aquella suerte, fue señal q̃ no andaua en buenos passos. No sucedẽ acaso las desgracias, pues suele permitirlas el cielo por castigos. Rebolcado en su sangre se mira el Rey D. Sãcho, y por no atajarle las breues horas de vida, le asieron el venablo por las dos partes. A esto acudierõ los mas de los suyos a vista del fracaso, mientras otros, en especial el Cid, seguian desapoderadamente al matador, que al fin se saluò por pies, y entrãdose en la ciudad, diò causa a todas sospechas. La confusion, y trasiego de cosas fue notable. Los soldados de Leon, y de Galicia, que al fin estauan violentos, y lleuauan mal las empressas del Rey muerto, desampararon al punto las vanderas, y se fueron à sus casas. Los Castellanos, como vassallos en fin, parte dellos lleuaron al Rey difunto à sepultar al Monasterio de Oña, donde con mas sentimiento, que aparato, celebraron las exequias, y la mayor parte quedaron sobre Zamora, resueltos de hazerla à fuego, y à sangre,

nue-

nueua Troya en vengança de aquella traició. Quien tomò el caso mas à pechos fue don Diego Ordoñez de Lara, a quien esta familia ilustre reconoce feudos en pago de los blasones, con que la ennobleciò mas por esta hazaña. Este Caualiero, pues, jouen brioso, y de grandes fuerças, armado de todas armas. Y puesto a caualio, se presentò delãte de la ciudad, y desde vn lugar alto, q̃ le pudiessen oir, retò a los Zamoranos de traydores, haziendolos participes del caso lamentable. Fulminò contra ellos amenaças terribles, a lo qual los ciudadanos entre el miedo, y la vergueça, no ossauan satisfacer. No se teniã por culpados, y la cobardia hazia q̃ lo pareciessen. No pudo sufrir Arias Gonçalo, aunq̃ le escusaua ya su mucha edad, q̃ en pechos nobles pueden los años estragar las fuerças, mas no quitar los brios, y el valor. Saliò, pues, a la demanda, y ofrecioseco sus hijos al desafio, por librar a su patria de aquella nota, y disfame. Era costumbre en Castilla, que quien retasse a alguna ciudad de aleue, mantuuiesse campo con cinco cada vno de por si, y venciendolos a todos, quedasse probada su intencion, pero quedando vencido por alguno dellos, se diesse la ciudad por libre de aquella infamia. Segun este fuero se aceto el desafio, mas en tanto que se nõbrã juezes, y se viene a la lid, boluamos a dõ Alonso.

Sabido que fue en Toledo el cerco de Zamora, costaua no pequeños cuydados, assi al Rey Moro, como a don Alonso, este sintiendo la cuita de su hermana, y aquel temeroso de alguna rebuelta. Cuidadoso, pues, del sucesso de aquella guerra, y de las mudanças que podian de ella originarse, hazian cada vno, sin que el otro lo supiesse, apretadas diligencias. El Moro tenia derramadas sus espias entre los Christianos, que cada dia le acudian con nueuas de todo lo q̃ iba sucediendo. Perançules de parte de don Alonso, salia con son de caça los mas dias de Toledo a informarse de los caminantes, y a la espia de los

Mo-

Moros, que podia auer à las manos, le apartaua del camino, y le mataua. Mas no bastò este cuydado, para que dexasse el Moro de sãber primero la muerte del Rey Don Sancho. Callauala recatado, y temeroso, que aunque parece que debiera holgarse, que heredasse su huesped la Corona, no quisiera con todo verle ya mas poderoso que èl. Supo tambien la nueua Perançules de vn peon, que à toda prisa despachaua doña Vrraca a su hermano D. Alõso con vna carta cifrada por lo que pudiesse suceder, si la tomasse alguno. Tomòla Perançules, y despachando al propio, boluiòse a la Ciudad, y contòle à D. Alonso lo que auia oido. Abrieron la carta, y vieron que dezia:

Carta de la Infanta doña Vrraca al Rey D. Alonso su hermano.

No ay en esta vida cumplido contento, ni placer, que no sea mezclado de algun pesar. A la mayor alegria haze ladado tristeza. Assi nos ha sucedido. A don Sancho ha dado muerte vn traydor, y me pesa que sea Zamorano, por el dissame q̃ ya estamos temiendo. Muerte ha sido merecida por su ambicion, y codicia, y por tantos agrauios como à todos nos ha hecho; pero en fin era nuestro hermano, y es forçoso que sienta la sangre propia su desgracia, y mas tan lastimosa. Sabe el cielo, hermano Don Alonso, que siempre han sido mis continuas suplicas, que heredasses la Corona, por el afecto grande que siempre te he tenido. Oy la tienes ya en tu mano, si sabes grangearla con partirte al punto, y venir à ganar las voluntades de los que estàn desabridos. El cerco de esta Ciudad se està en pie todavia por los Castellanos, que nos retan de aleues. Es el principal Don Diego Ordoñez, que al passo que leal anda temerario. Temo, que se ha de llegar à rompimiento; y assi importa tu presencia, para atajar estos daños, y reduzir à paz las disensiones. En la tardança està el peligro. La diligencia es madre de la ventura. Gastar tiempo en demandas, y respuestas, es auenturarlo todo, y aun perderlo. No tengo que aduertir mas à quien entiende. Dios te guarde.

De notable confusion se hallò rodeado D. Alõso al golpe de vnas nueuas. Pesar, y alboroço, tristeza, y alegria batallauan en el pecho de poder a poder: fuerte pension de las personas Grandes, que al heredar laureles, han de passar por el golfo de muertes, y pesares! Lagrimas sacò el dolor, y el gozo huuo de enjugarlas. El deseo de la herencia começò a alcançar espuelas, y el miedo, que el Rey Moro lo estoruasse, puso muro de cuidados. Fiarse de vn pagano, y en caso semejãte, parecia recia cosa irse sin despedirse dèl, sonaua a descortesia, y era ingratitud. Del pedir licencia podia seguirse mucho daño: del no pedirla, causarse justa quexa. En aquello se amenaçaua vn riesgo, y en esto se daua causa a vn peligro. Que mas perplexidad, ni que confusion mayor podian guerrear à vn pecho? Perançules echaua de los dos males por el menos peligroso, acõsejaua, q̃ sin descubrirse saliessen de Toledo. D. Alonso, entre los dos caminos, se endereçaua por el mas honesto de dar le parte al Moro. Esto, al cabo de porfias, vino a prevalecer, aunq̃ el Historiador de Tuy siente lo contrario, si bien pudo auer de todo, captar primero la venia, y huir despues los lances. Contòle, pues, a Almenon lo que passaua, y cõ suplicas corteses, al modo que si estuuiera su libertad cautiua, y en manos de aquel Barbaro, le pidiò licencia para ir à tomar la possession del Reyno, a q̃ le llamauan, dixole como sin ella no auia querido partirse, por no parecer ingrato a las cortesias, y mercedes que auia recibido, q̃ con Corona, ò sin ella estaria sugeto siempre a su voluntad, y gusto. Vencióse el Barbaro con estas cortesias, y estimò como era justo esta lealtad. Mostrò holgarse mucho, de q̃ le ofreciessen la Corona, y de que le huuiesse dado parte de ello, pues conocia en esso su fineza, porq̃ partirse de otra suerte, y sin despedirse, lo tuuiera por agrauio, y huuiera sido estruo de mucha pesadumbre, por quanto èl, que ya estaua noticioso de la nueua, le tenia tomados todos los gas-

Don Lucas Obispo de Tuy en su Historia de España.

passos, y puestas guardas en los caminos para que no se escapasse. Que no queria estoruarle lo que le daua su suerte, que fuessen en buẽ hora à gozar del Reyno que le ofrecian, y llenasse para ello el dinero que quisiesse. Que solo para seguridad de sus tratadas amistades, gustaria, que de nueuo le boluiesse à hazer el juramento de ser toda la vida amigo suyo, y de Hisen su hijo, que puesto Dios por Iuez, y por testigo de aquel trato, quedaria satisfecho, q̃ jamàs se romperia la fee, ni faltaria la palabra. Correspondiò don Alõso muy bizarro a lo que el Moro pedia. Diole en todo gusto, y apercibiò su viage; pero al passo que èl daua mas prisa, andaua el Moro con mas tibieza. Sospechòse alguna mudança, y temiòse ya algun riesgo, que como de quien no tiene fee ay muy poco q̃ fiar, rezelauan no huuiesse alguna zalagarda en aquellas dilaciones; y aqui puede entrar lo que dize el de Tuy, que temiendo Perançules alguna maldad, le acelerò à D. Alonso la salida, sin que nadie lo entendiesse, que fue en esta manera. Previno postas por medio de sus ardides: dioles las señas donde auian de acudir, y señalòles la hora. Esto assi apresstado, vna noche, que embuelta en obscuridades, se sepultaua en silencios, se salieron de sus casas don Alonso, y Perançules, tan secretos y tan solos, que aun no lleuaron criados, que en tales ocasiones suele la compañia ser dañosa: mientras menos tropa, menos ruido, y mas seguridad. Endereçaron los passos a la puerta del Cambron, bien nombrada, y mas por este hecho. Subẽ al adarue, por donde la industria, y la diligẽcia les diò passo, y de alli, con vnas cuerdas que lleuauan preuenidas, se fueron descolgando poco a poco, ayudandole primero Perançules a D. Alonso, a ley de buen amigo, y vassallo, que aunque viejo, era brauo su valor, valiẽte el brio. Los que esperauan de afuera, los recibieron gozosos, y montando todos en muy buenos caualos, se hizieron al camino à toda diligencia.

Assi acabò D. Alõso su destierro, assi su persecuciõ, assi su aduersa fortuna. Casi al modo mismo q̃ Dauid del presidio de Moab, y no cõ menos temores, escapò de Toledo; pero fue ya en fin para empuñar el cetro, y ceñirse la Corona. Fuesse à Zamora derecho a verse cõ su hermana, madre en las obras, y afecto, pues en todas sus aduersidades fue quien mirò por èl siẽpre. Llegò en ocasion, q̃ en confusos pareceres andaua rebuelto el cãpo del Rey difunto, sobre el desafio de D. Diego Ordoñez, q̃ como ya diximos, se aprestò à mantener batalla con los cinco nõbrados Zamoranos, que fueron Arias Gonçalo, y sus hijos. Como sucediesse, pues, q̃ entrados en el palenque huuiesse muerto don Diego a los tres hijos de Arias, y de vna herida q̃ diò el vltimo a su cauallo, le huuiesse sacado fuera de la palizada, y q̃ por salir della, segun el fuero, quedaua por vẽcido, y perdidoso, y èl alegasse auer sido culpa del cauallo, mas no suya, y los otros replicassen lo contrario; de q̃ nacio vna cõfusion notable, disensiõ entre los juezes, grita, vozes, y alborotos. Vnos dãdo à Zamora por libre, y otros à D. Diego por vencedor. Debate fue tan notable, que se quedò siempre con mil amagos de dudas. Pero con la presencia de don Alonso, començaron las cosas a sazonarse. Venciò lo dificultoso con el agassajo, y con el sufrimiento, que todo esto es menester para grangear vassallos. Llamòse Rey de Castilla, de Galicia, y de Leon. Fue Principe muy feliz, despues de tanto destierro. Hizo cosas señaladas. Introduxo en Castilla el Missal Romano; ganò a la Imperial Toledo; que quando no huuiera hecho mas que estas dos cosas, bastaua à darle el laurel de esclarecido. Llamòse Emperador de España, aunque no se sabe con q̃ titulo. Fue feliz en matrimonios, pues enterrò seis mugeres (que no fue el menos vencimiento.) En dexar sucesiõ fue desgraciado, pues quedò por heredera la Princesa doña Vrraca; que huuo en su segunda muger doña Conf-

La conquista de Toledo se començò despues de muertos el Rey Almenõ y Hisen su hijo mayor, con que se cumpliò el omenage que hizo D. Alonso

tan-

tança, señora, que dió harto que dezir con su poco recato, aunq̃ se le puede perdonar alguna cosa, por el buen sucessor que dexò al Reyno en D. Alonso, famoso imitador de las virtudes, y hazañas de su abuelo. En Zayda hija de el Rey Moro de Seuilla, con quien casò la tercera vez, vencido de sus amores, tuuo al Principe D. Sancho, que heredara la Corona, si al tiempo que començaua a florecer en bizarrias, no le deshojara al cierco de vna desgracia, que le cortò la vida en la batalla de Vclès. Viuiò setenta y nueue años, auiendo reynado los quarenta y tres. Falleciò en Toledo vn Iueues primero de Iulio, año de mil ciento y nueue. Fue llorada su muerte hasta de las mismas piedras (rara marauilla!) como dieró testimonio las losas de la peaña del Altar de San Isidro de Leon, pues ocho dias continuos antes de la muerte deste Principe manaron agua en abundancia, no por las junturas, sino por el medio, cosa q̃ causò terror a quantos lo vieron, y que fue pronostico del lloro general de toda España, como lo manifestaron bien las desdichas, y rebueltas que se siguieron. Baste lo dicho para nuestro assumpto, y a imitacion de Principe tan grande, sepa el prudẽte, cada vno en su esfera, tolerar trabajos y sufrir persecuciones: que a quien paciente los sufre, sabe el cielo trocarlos en laureles. Y quando no sea en los desta vida, nunca faltan los eternos.

EXEMPLO III.

Si ay algun triste, que ya por su desgracia, ò ya por sus delitos se mira rodeado de prisiones, encerrado entre paredes, ageno de libertad, si al son de la cadena, y al cõpas de los grillos quiere cantar sus cuytas, ò aliuiarlas quiere, ponga los ojos de la consideracio en vn Rey aprisionado, no de Barbaros cautiuo, sino de sus hermanos preso, que no cõtentos cõ auerle quitado el Reyno q̃ le dió su padre, le priuan de la libertad en vn castillo. El Principe D. Gar-

cia es de quien hablamos, hijo del famoso Rey D. Fernã-
do, y hermano de don Sancho, à quien matò Vellido, y de
don Alonso el Sexto, de quien poco ha hizimos mencion.
Tocole à D. Garcia por el testamento de su padre el Rey-
no de Galicia, que le gozò con quietud mientras viuio su
madre la Reyna D. Sancha, cuya santidad refrenò los im-
pulsos de D. Sancho, que lo queria todo; que vn padre quã
do es bueno, vence cosas grandes. Apenas, pues, faltò este
muro, quando don Sancho feroz começò à guerrear a los
hermanos. Quitò el Reyno a D. Alonso, y luego embistiò à
D. Garcia, que por estar malquisto con los suyos, diuidido
su Reyno en parcialidades, causa de su mal gouierno (que
esto es de ordinario lo que acarrea a los Reyes desventu-
ras) se saliò como huyèdo de Galicia con solos trecientos
soldados, que quisieron seguirle. Acogiose a Portugal a
valerse de los Moros, siguiendo en esto las pisadas de su
hermano, que ya entonces estaua en la protecciõ del Rey
Moro de Toledo. Brauo rigor, q̃ obligue la fortuna a am-
pararse de paganos! Con muchos ruegos pidiò le fauore-
ciessen, representando ya amistades de su padre, ya pro-
pios intereses. Haziales grandes ofertas de lo que estaua
por ganar. Los Moros, que eran sagazes, hizieron poco ca
so de quien iba tan de capa caida, que esto de pedir, y mas
a pechos tiranos, es odioso por lo pobre.

Oyeron, pues, la peticion de don Garcia, y sin andar en
muchas consultas, le respondieron hinchados, q̃ no que-
rian poner sus cosas al juego de la fortuna, quando les de-
xauan viuir en mas, y mas por fauorecer a vn Rey, que su-
po conseruarse cõ sus vassallos mismos, en que parece lle-
uauan ya el azar por delante; que les pesaua de su de gra-
cia, de su mal, de su disgusto; pero que no podian reme-
diarle. Ai se llega a pedir a las puertas de vn Christiano, y
à vezes suele dar con ellas en los ojos, miren que harà vn
Moro à vn Christiano que le pide?

Con

Con este despacho ya puede colegirse del modo q̃ quedaria vn Rey, corrido, y lastimado. No desmayò cõ todo, que la necessidad suele tambien hazer animosos, y sufridos. De pueblo en pueblo, y de ciudad en ciudad llegò la gente q̃ pudo, dellos Christianos, dellos Moros, vnos por estar desabridos con D. Sancho, otros por codicia del interès, si acaso vencian. Llegò en fin tan grueso troço de gente, que rompiò animoso por sus mismas tierras, tomado a hierro los pueblos que no se le dauan a partido. Don Sancho, que no se descuidaua, le salió a los encuentros, y junto à Santaren se dierõ la batalla, bien reñida de ambas partes; pero muy infeliz para D. Garcia, pues entre el estrago sangriento que mirò en los suyos, se vió tãbien prisionero de su hermano, desastre que le cortò de todo punto el hilo à sus esperãças. Al castillo de Luna, fortaleza conocida en Galicia, memorable por lo que siempre ha tenido de custodia de grandes personages, le lleuarõ preso, y alli al son de las prisiones, començò a sentir el reuès de su desgracia. Aunque las mudanças de las cosas suelen acarrear mejor fortuna a los perseguidos, bastò poco la que sobreuino a D. Sancho en el cerco de Zamora, para que el partido de D. Garcia se mejorasse; que en andando vn hombre de mala con su suerte, aunque se le abra algun camino, en èl le buelue à armar laços. Con la muerte de Don Sancho tuuo modo don Garcia para escaparse de la prision, ò la misma desgracia hizo la soltura. Como su natural era inquieto, temiò don Alonso su hermano, que le hiziesse mal contraste en la Corona; y assi, antes que se rehiziesse de fuerças, y soldados, le embiò à llamar con son de paz. Tenia don Garcia tanto de sencillo, como de reboltoso; y assi creyendo con facilidad las buenas razones que le embiò à dezir su hermano, se fue para èl bien confiado, y cierto, que auia de restituirle en su Reynado, pero engañòle su confiança, pues donde pensò hallar in-

terès mayor halló segunda vez la perdida de su libertad. Boluieron a lleuarle preso a la misma fortaleza, y aunque fue la prision cõ mas regalo, y comodidad, sirviò poco para aliuio a quien priuauan de vn Reyno, q̃ regalos, y en prisiones, es comer el pan con piedras. No tuuo mas desquite deste agrauio, q̃ vengarse con la lengua. Con mucha soltura hablaua quanto queria, cosa en que le culpã mucho, porque el hablar contra quien tiene el palo, y el mando, y mas puesto en vna carcel sin manos, ni pies, suele seruir solamente de auiuar la indignaciõ, para descargar mas golpes. No ay mejor remedio en casos semejantes, que saber ser sufrido, y si al callar llaman sabio en alguna ocasion, es en esta; pues muchas vezes el silencio prudẽte venciò en ojos de animos ensangrentado. Pero esto es aconsejar lo q̃ conuiene, no empero culpar del todo quexas justas, que no es vn hombre bronce, para dexar de rebentar a extorsiones conocidas. Que se sufra vn vandolero, quando harto de quitar vidas da en vn calaboço, es mucha razõ, pues ya las deudas de sus delitos, son disculpa, y hazen contrapeso a los malos tratamientos. Calle, pues, este, y calle el otro homicida, y el otro facinerosso, por mas hierros que les carguen: por mas grillos que les pongan, pero que brumẽ a vn Rey, solo por serlo, ò porque le hizo su padre, que le encarcelẽ, y carguen de prisiones, y que no se aya de quexar, esso es bueno para vn marmol, ò para algun Rey de bronce. Nadie se admire, que se quexe vn inocente que se mira maltratado, y aũque rompa enfurecido las leyes de la modestia, nadie se espante, porque es fuerça del dolor, que embuelto en la pesadumbre haze desgarros de loco. Aconsejar paciencia, es cosa santa, tenerla, mucha prudencia, sufrir a quien no la tiẽne, es caridad, y aun justicia.

Que marauilla que hable don Garcia, y que se quexe tras diez años de prision? Meta cada vno la mano en su pecho, y considere lo que hiziera a tales tratamientos.

Diez

Diez años en vna torre, y siempre en los pies los grillos, y en vn Rey, y hijo de Reyes, es cosa para no hazerse a las quexas, quando otros remedios faltan? En vida lastimosa puso el curso de la vida. Vnos dizen, que a lo vltimo se hizo a la penitencia, de que da indicio bastante el no permitir jamàs le quitassen las prisiones, aunque por orden del Rey D. Alonso su hermano, le combidaron mil vezes con este aliuio, y aũ tal vez con la libertad, y no quiso aceptarlo, que vn animo endurecido al mucho dolor, y hecho ya a los sentimientos, menosprecia despechado los aliuios. Otros cuentan, que disgustado, y rabioso, y cansado de viuir de aquella suerte, se hizo desangrar, rotas las venas, q̃ a tal desesperacion puede llegar vna rabia. En fin, de vna, ò de otra suerte llegò al vltimo trance de la vida, y entre otras cosas que dispuso, mandò, que le enterrassen con los mismos grillos que tenia puestos. El mãdato fue terrible: pero la execucion parece que fue cruel, pues dizen que le enterraron con ellos. Caso raro, y que dudo se aya oido en las historias. En san Isidro de Leon le dieron la sepultura con celebre pompa, y magestuosas exequias, hallandose en el entierro las Infantas sus hermanas, muchos Obispos, y Grandes, que ya que en vida se acordaron poco dèl, quisieron honrarle en muerte: buen consuelo para vn difunto. Sobre su sepulcro pusieron vn epitafio, que dize assi.

Aqui descansa don Garcia, Rey de Portugal, y Galicia, hijo del Rey don Fernando el Mago, fue preso con arte de su hermano, y murió en prisiones, año de mil y nouenta, à veinte y dos de Março.

Este fue el fin desgraciado deste Principe, exemplo que puede ser a muchos afligidos, para tolerar pacientes rebeses de la fortuna.

EXEM-

EXEMPLO IV.

Si consuelan las desgracias a vn afligido, ò le aliuian a caso en sus fatigas, pongansе los ojos en vn desgraciado Rey, echado de su casa, y de su Reyno a quexas vniuersales de sus vassallos mismos, q̃ siendo Portugueses, hazen mas sentido el caso, por lo que se precian de leales a sus Principes. Este fue el Rey don Sancho de Portugal, a quien llamaron Capelo, por la forma de sombrero con que le criò la Reyna su madre en sus niñezes, y que deuiò de cõtinuar en adelante, q̃ como al otro Emperador llamaron Caligula, por el calçado q̃ vsaua: assi D. Sancho tomò tambiẽ el renombre de el sombrero extraordinario. Fue este Principe de condicion tan mansa, tan pacifica, y tan quieta, que esta misma bondad se tomò por achaque de los que estauan sentidos, para tirar a derribarle de la altura, y magestad, bien que dandole otro nombre de floxedad, de descuido, y de insuficiencia, que a ser de otra suerte, ya se descubriera ser passion, y no zelo lo que se objectaua. A bayben es como estos tan vidriosos está expuesto quien manda, y quien gouierna, por mas que se nazca Principe, y por mas que se vea ceñido de el laurel. Si administra justicia, dizen, que es cruel, sino la guarda, le llaman descuidado: al castigo llaman rigor, y floxedad al dissimulo. En fin la bondad de don Sancho fue el obice para hazerle el tiro. La causa principal, fue rabiosa emulacion de los mal contentos. Naciò esta, de que queriendo el Rey tomar estado, algunos Caualleros mas de su gusto, no sin maña, y diligencias le inclinaron a Doña Mencia, hija de don Lope de Haro, señor de Vizcaya. Efetuose cõ ella el casamiẽto, sin que bastassen a contrastarlo muchos Grandes de el Reyno, que vnos por casarle de su mano para quedar validos, y otros para estarlo, no casandole, hizieron gran repug-

pugnancia. La hermosura de D. Mencia embelesò al Rey de modo, que la hizo dueño absoluto de todas sus acciones: ella gouernaua, ella daua los oficios, las honras, y los cargos: y como a fuer de agradecida se señalasse siempre con los que fueron parte de su dicha, brotò llamas la emulacion de los contrarios. Aqui entrò llamar floxedad al dexar vn Rey llenarse del gusto de su muger: aqui llamar descuido a su modo de gouierno: aqui objetarle en fin, q̃ estaua enhechizado, como si para hazer desatinos vn animo prendado del amor, necessite de bebidas.

Sintiendo, pues, los principales de el Reyno, que vna muger lo mandasse todo, y que olvidada de los mas ilustres, echasse siempre mano de hombres de menos porte, comunicado entre todos el negocio, sacaron la cara para remediarlo. Intentaron dos caminos, vno para apartar a la Reyna, sin que al Rey se le tocasse, como fue, proponer nulidad de el matrimonio, a causa del parentésco, que auia entre los dos, ò por ser ella esteril, en que verdaderamente (perdonenme estos Grandes) ya confessaron con modo tacito, que el Rey era capaz para el gouierno. Otro camino fue tirar a todo, dar al Rey por inhabil, y clamar por sustituto. Librenos Dios de animos conjurados, quando ya sin reboço assestan los tiros, que por salir con la suya, a vn Santo le tiraran, quanto y mas a vn inocente. Con que se dissoluiesse aquel matrimonio, dexauan al Rey en su buena opinion; mas no pudiendo, no se la perdonan. Tentaron, pues, el vado el primer medio, despachando Embaxadores al Pontifice, y echandole al Rey personas Religiosas, que le hablassen, cargandole la conciencia con el escrupulo del deudo, que con la Reyna tenia. El Pontifice, dad si hallo poca ropa para resolverse en negocio tan grave, dilataua la sentencia, aunque vn Autor Portuguès dize, que promulgo censuras para que se apartassen. Caso que fuesse assi, passaria algun tiempo.

po. El Rey se hallaua tan enamorado de su muger, que atropello los escrupulos que le ponian. De suerte, que por este medio surtia poco efecto la negociacion, por lo qual sentidos los Grandes, soltaron toda la presa del encono, y echaron toda el agua a su ojadiza. Poderosos indignados; rara es la vez que no salen con la suya.

Gouernaua ya la barca de san Pedro el Papa Inocencio IV. quando boluieron a despachar a Roma Embaxadores graues, como fueron los Obispos de Braga, y de Coimbra, para q̃ informassen a boca en el negocio, objetando nuevamente la insuficiencia de el Rey, su inhabilidad para el gouierno, su floxedad en administrar justicia: causas q̃ las juzgauan bastantes, para q̃ se les sostituyesse nueno Rey, y a èl le echassen del Reyno, tanto mas por ser don Alonso hermano de D. Sancho, dotado de buenas partes, y que a falta del Rey heredaua la corona. Este don Alonso estaua casado en Francia cõ Matilde, Condesa de Boloña, con quien siendo despues Rey, correspondiò harto ingrato, pues vino a repudiarla por mejorar partido con la belleza, y pocos años de D. Beatriz, hija de el Rey de Castilla, q̃ aũ a la sangre Real se pega la ingratitud. A este, pues, propusieron para la corona. Los esfuerços, y diligencias fueron tales, tan fuertes los informes, que promulgò al Põtifice vn decreto, para que gouernasse el Reyno el Infante don Alonso mientras don Sancho viuiesse: Saluo, que no por esto se dexasse de tratar a don Sancho cõ la magestad Real, que hasta entonces, y que si tuuiesse hijos, sucediessen en la corona. Esto, y no mas se recabò del Pontifice; el que le echassen del Reyno por ningun caso. Assi consta de vn Capitulo del Derecho, que comiença, *Grãdi* en el titulo *de supplenda negligentia Prælatorum*, en el libro sexto de las Decretales, dirigidos a los Grandes de Portugal, bien practicado en materias de gouierno.

Mientras llegaua, ò no a Portugal esta sentencia, pro-

no-

curarõ tãbien los alborotados quitarle al Rey de los ojos la idolatrada belleza de la Reyna, causadora de todos sus disgustos. Abanderizò la plebe vna persona ilustre, quando hallaron ocasiõ de hazer el hecho, y sin q̃ pudiesse estoruarlo todo el poder del Rey, sacaron a la Reyna de la Corte, y la lleuaron a Castilla. Llegò casi al mismo tiempo don Alonso, mas con humos de Rey, q̃ de Gouernador, y con las ordenes del Pontifice, y con la voluntad própria de los naturales, en especial de los nobles, y validos, se apoderò del gouierno, bien sea verdad, q̃ muchas plaças se le hizieron fuertes, guardando fidelidad al Rey don Sancho, el qual viendo el trasiego de cosas, por vna parte amenazado con las censuras, por otra desamparado de los Grandes, las armas de Portugal opuestas entre sí mismas, sin fuerças para remediarlo, acordò salir huyẽdo del Reyno, sin dar lugar, que le echassen; que es prudencia en tales riesgos tomar el desayre voluntario, si al cabo ha de ser forçoso. Afiançò su remedio en el amparo de Castilla, y juzgo le alcançara, a no faltarle tan presto el Rey D. Fernando el Santo, que ya en los vltimos tercios de su edad descansaua en Seuilla. Tengo esto por mas cierto, segũ se colige de que con hija del Rey don Alonso de Castilla, llamada doña Beatriz (de quien ya hablamos) casò el Rey don Alonso de Portugal, Gouernador solo entonces, para impedir, que el de Castilla socorriesse al desterrado D. Sancho. Lo qual mal podia verificarse, si esta historia huuiera sucedido en tiempo del Rey don Fernando, y antes de la toma de Seuilla. En fin, don Fernando, y don Alonso Reyes de Castilla, ampararon en su Corte, que estuua en Toledo entonces, al desterrado Rey: y si como hemos dicho, la muerte de don Fernando por vna parte, y por otra el casamiento de don Alonso de Portugal con doña Beatriz, no lo estoruaran, creo, que a fuerça de las armas le restituyeran a su Reyno. No diò lugar su aduersa

for-

fortuna, que como ya le lleuaua de caida, le atajò por todas partes el remedio.

En Toledo, pues, le señalò el Rey casa con magestad, y grandeza, dandole de sus rentas las bastantes para sustentarse, y seruirse como Rey, que en esto comutò el no darle socorro para ser Rey en su tierra. La Reyna D. Mencia su muger, dizen algunos, que vino à visitarle a Toledo, para ayudarle a sentir aquel desastre, aũque mas seria para animarle a vengar aquella afrenta, que como muger varonil, y agrauiada, no ay duda si que auiuaria la llama del enojo, incitãdo a la vẽgãça, y a soldar aquella quiebra. Otros dizen, y pienso es lo mas cierto, que ella se estuuo en Galicia, y que el Rey arrastrado de su amor fue a passar con ella su destierro: y que destas vistas resultò ir à Toledo a pedir socorro al Rey don Alonso, para recuperar su honor, y Estado. Lo vno, y otro pudo ser en diuersos tiempos. El no salir mas de aquella Corte fue sin duda. Alli passò lo q̃ le restò de vida, lleuando su aduersidad con tanta paciencia, y sufrimiento, que era admiracion a los mas sufridos. Diose en exercitar en buenas obras, gastãdo las riquezas que sacò de su Reyno, y el superauit de la renta, que le daua el de Castilla, parte dello en gruessas limosnas, y parte en Hospitales, y Tẽplos. En esto puso todo su cuidado, para ganar el Reyno celestial, despues q̃ perdiò el terrestre, diligencia de Principe aduertido, y que pudo desmentir la objetada insuficiencia; que Rey que sabe ganar vn Reyno de los cielos, habilidad tendria para vn Reyno temporal. Por apassionado me tendrán deste buen Rey los que han juzgado justo su destierro, y solo mi dictamen me inclina a este rumbo, mouido de compassion, que vn Rey de Lusitania, que no perdiò de sus Estados plaça ninguna, antes agregò a Mertola, y a otros pueblos, quitandolos a los Moros en batalla que les dio, venga a ser casi el primero entre Christianos, quien sus vassallos mismos por tela

de

de justicia, le priuen de la corona, y le obligan a que viua desterrado. Lastima es, que la hizo feliz el cielo, por medio de sus auxilios, dando a don Sancho paciencia en sus desdichas, con que ganò inmortal fama.

Sean testimonios en su abono, auersele aparecido San Lazaro dos vezes, y animado en sus trabajos, y dichole la hora de su muerte: que a quien cuyda de los pobres, le cõsuela assi Dios por medio de sus Santos. Atestiguelo tambien la fidelidad de muchas plaças, que mientras viuiò se mantuuieron por suyas, sin querer reconocer otro dueño, en especial Coimbra, a quien no pudieron doblegar hambres, ni assaltos. Cercada, y apretada mucho la tenia don Alonso, quando el Rey don Sancho falleciò en Toledo, y aunque la nueua cierta de su muerte era ya causa bastante para rendir las armas, y las ceruizes, a quien por derecho de la herencia era ya su Rey, con todo anduuo aquitan fina la lealtad Portuguesa, que el Alcaide de el Castillo, y Gouernador de la ciudad, llamado Martin Freytas, ò Flectio, que llaman otros, no quiso assegurarse, ni rendirse con sola la nueua, menos que èl por sus ojos viesse difunto a su Rey: y assi pidiò por partido a D. Alonso, le dexasse ir a Toledo a satisfacerse. Vino don Alonso en ello, y entretanto se hizieron treguas con los cercados. Llegò el Alcay de a Toledo, y sabida la verdad, que el Rey Don Sancho era muerto, pidiò al Rey de Castilla por merced, le abriessen el sepulcro. Diosele gusto en ello, y puesto ante el Rey difunto de rodillas, pusole en las manos las llaues de Coimbra, diziendo estas palabras.

En tanto, Rey, y señor, que entendi erades viuo, sufri trabajos notables, la hambre la sustentè comiendo cueros, y apaguè tal vez la sed bebiendo orines; alentè à mis ciudadanos, para que no se rindiessen, animandoles con valor à padecer estos males. Cumpli en fin, quanto puede prometerse de vn hombre fiel, y constante. Cumpli con mi obligacion, y con la

fee

see que os deuia. Aora que os miro muerto os entrego las llaues de vuestra Ciudad, que es la postrer diligencia con que os puedo seruir. Con esto, dandome lugar à ello, auisaré à los Ciudadanos, como he cumplido con el debido omenage, que supuesto que aueis muerto, se entreguen ya à vuestro hermano. Lealtad fue esta la mas digna de marmoles, y bronces, que puede hallarse en historias, y que califica bien la desgracia de don Sancho, mejor que la insuficiẽcia; que ay sin duda Principes desgraciados, como tontos venturosos: y assi destos se passa por mil descuidos, y de aquellos se cẽsura la bondad. Esta, pues, fue la tragedia del Rey D. Sancho Capelo, espejo q̃ puede ser de Principes perseguidos.

EXEMPLO V.
Añadido.

Bien podrà vn Rey de Castilla, y mas siendo tan sabio, hazerse sufrido en sus aduersidades, a exemplo de vn Rey de Portugal, a don Sancho Capelo, a quien èl mismo diò albergue en su destierro, que experiencia de impaciente, bien basta a consolar a otro desterrado. Don Alonso, Dezimo de este nombre, Principe de los mas esclarecidos de la Europa, cuya fama de su ciencia puso carteles por los cantones del mundo; y assi vino a coronarse con el renombre de Sabio, fue hijo del Rey don Fernando el Santo, y de la Reyna doña Beatriz, hija de Felipe Rey de Francia, famoso en armas, y en letras, pues en todo diò muestras señaladas, aunque la hinchazon, que infunde el saber, a vezes le ocasionò precipicios, primer escalon quizà de su fortuna aduersa; que aunque el saber es bueno, el querer ser resabido vn hombre, y mas en cosas altas, siempre es pernicioso, humea en desvanecimientos, y cae en castigos. Criauase este Principe hermoso, y agraciado, y quando su vista era el descanso de los ojos de su pa-

padre, pues solo el verle, sacaua del coraçõ el alboroço al rostro, para los de la Reina era vn inmẽso dolor, q̃ sin poder reprimirlas, la hazia derramar lagrimas, lloro q̃ la desconsolò toda la vida. Iuzgaua el Rey, q̃ aquella ternura la ocasionaua el placer, q̃ en pechos tiernos, suele el mayor gusto celebrarse en llanto, hasta q̃ vn dia vẽ sola llorar, en ocasiõ q̃ el Principe D. Alõso, por festejar a sus padres, les siruiò cõ vnos dulces a la mesa, la pregũtò cuidadoso, q̃ por q̃ lloraua? La Reina respõdiò despues q̃ hizo prologo, vn lastimoso suspiro, y sin q̃ el Principe le oyesse, desta forma.

95 No puedo, señor, negaros, puesto que lo mandais, la lastima que lloro, y la pena que me aflige, si bien pudiera escusar hazeros participante de vn justo sentimiento, de que igual parte os alcança, que aunque creer pronosticos en estas materias, es supersticioso, con todo quando se vè cumplir algunas señales, causa pena. Sabreis, pues, que estãdo yo doncella en Francia, en casa del Rey mi padre, vna criada, entre otras que me seruian, Griega de nacion, y que por su saber se llamaua la Aduina, me pronosticò algunas cosas, prestandole mi curiosidad licencia. Dixome, despues que mirò los signos, que vendria yo a casar con vn Rey muy poderoso, esclarecido en virtud, dotado en sabiduria, celebre en triunfos, y vno de los mejores del Orbe. Que tendria deste Rey vna feliz sucesion, muchos hijos agraciados, y que el mayor dellos lleuaria las vẽtajas de hermosura, y seria el mas sabio, y valeroso de toda la Christiandad. Pero que andando los tiempos, y rodando la fortuna (ay de mi! que aqui me ahoga el dolor) vendria a ser despojado de sus Reynos, y echado de sus Estados. Viendo, pues, quan verdaderos, y ciertos han salido hasta aqui aquellos pronosticos, assi en el casar con vos, como en los hijos que tenemos dotados de hermosura, y que es D. Alonso quien descuella mas en gracias: como veo tan cũplido lo que me dixo la Griega, temo q̃ vẽ-

ga a cũplirse el reuès, y la desgracia que le amenaçaua al Principe su fuerte; y assi siempre que le veo, y me acuerdo del pronostico, me causa tanto dolor, que a no rebentar en lagrimas, fuera cordel a la vida. Esto es, pues, lo que me aflige, esto lo que me atormenta, esto lo que lloro.

96 Tan anticipada como esto se lloraua la caída deste Principe, q̃ aunq̃ no se deue dar credito a adiuinaciones, (cõ cuya aduertencia procurò el Rey D. Fernãdo disuadir a la Reyna de aquellos sentimientos, como tã santo, y prudente) ya por lo menos se temian las sospechas, al modo que amenaças, y era infausto aguero derramar lagrimas al ver las mayores dichas.

97 Apenas tenia D. Alonso edad para regir la espada, quãdo el Rey su padre, hizo q̃ se exercitasse en la guerra, q̃ para gouernar Reynos, y defenderlos de los enemigos, es menester, q̃ el Principe sepa manejar las armas, y q̃ a vista de las lides sepa lo q̃ son trabajos. Salio D. Alõso diestro, y valiẽte, al passo q̃ en letras docto, con cuyas habilidades comẽçò luego a dar muestras de sus progressos insignes. Su fama sola, parece q̃ atemorizò al Rey Moro de Murcia, llamado Hudiel; pues sabiẽdo q̃ baxaua de Castilla D. Alõso a la guerra de Andaluzia, por causa q̃ el Rey Fernãdo quedaua doliẽte en Burgos, le despachò embaxadores a Toledo, donde a la sazõ estaua, en q̃ le cõbidaua con aquel Reyno, cõ solas dos cõdiciones. Que fuesse el Rey Hudiel recibido baxo del amparo de los Reyes de Castilla, para q̃ le defendiessen de todos sus aduersarios, en especial del Rey Moro de Granada, su cõpetidor. Que miẽtras èl viuiesse, le dexassen la mitad de las rentas Reales para sustẽtar su casa. Oferta fue esta tã grãdiosa; y con tã corta pension, q̃ pudiera sospecharse corruptela, a no lleuar D. Alonso tan en popa la fortuna. Sin aguardar a cõsultas de su padre, abraçò el partido; q̃ en vencimientos q̃ vienen de auenida, cõsiste en la diligencia el saber lograrlos. Assi D. Alonso con bra-

bráuo denuedo se arrojò tras de la dicha, sin dar lugar a q̃ el Moro mudasse de parecer, por saber son inconstantes.

98 Llegò, pues, el Principe con su cãpo a la ciudad de Murcia, q̃ le recibiò cõ las puertas abiertas, el Rey Hudiel le entregò las llaues del Castillo, y con los Moros de mas autoridad, q̃ auian venido en aquel medio, le cortexaron, al modo q̃ vassallos, a lo qual teniendo don Alonso la atẽcion deuida, correspondiò liberal, haziendoles muchas honras, y premiandolos con rentas, segun la autoridad de cada vno. No era mucho premiarles con lo q̃ ellos se tenian, ò con parte de lo q̃ le daua. Las demas fortalezas del Reyno se fueron entregãdo, al modo q̃ la Ciudad. La villa de Hellin, castillo, en aquel tiẽpo de los grandes, y famosos, ya oy desmoronado, y casi deshecho, a fuerça de las edades, y ruinas; juzgo fue la primera, como frontera de Castilla, q̃ se entregò a D. Alonso, por causa, q̃ las plaças q̃ nombran los Historiadores auer estado proteruas, y rebeldes, fuerõ solas la ciudad de Cartagena, Lorca, y Mula, de lo qual se infiere, q̃ el Moro que gouernaua à Hellin dio la obediencia, q̃ esto ha tenido siẽpre esta villa de leal à los Reyes de Castilla (suplaseme el afecto de la patria) que ya siẽdo de barbaros, ya de señores particulares, como fue de el de Villena, siempre se ha llenado la primacia en fugetar la cerviz à la protecciõ Real: Touarra, Iumilla, y Zieza, siguieron el mismo rumbo, como partido q̃ les estaua mejor. Con los lugares rebeldes, no quiso D. Alonso vsar de fuerça; lo vno, por no ir apercibido para hazer guerra; lo otro, porq̃ le pareciò bueno lo ganado sin ninguna sãgre, y no quiso arriesgarse à derramarla por ganancia incierta.

99 Partiò à Toledo por la posta à dar cuenta al Rey su padre, que ya conualecido de su achaque auia llegado a aquella Ciudad, y alegre mucho con tan feliz sucesso, loandole la accion por cosa grande, boluiò con èl en persona à visitar el adquirido Reyno, y confirmò a los Moros

las franquezas, y mercedes que el Principe les auia hecho; con que dexando las cosas bien dispuestas, y guarnecidas las plaças de soldados, se boluieron a Burgos.

100 Con tan heroicos principios, começò D. Alonso a ensayarse para Rey, auassallando Reynos cõ tan poca costa. Mouiòse por estos tiẽpos la guerra de Seuilla, Ciudad, donde el santo Rey D. Fernando tuuo siempre inclinados los deseos, y rezeloso, que mientras se ocupaua en ella, no se rebelasse Murcia, ò el Rey Moro de Granada se inquietasse, hizo q̃ el Principe D. Alonso fuesse a residirla (diligẽcia bien pensada) pues no solo aprouechò para el intento, sino para reprimir al Rey D. Iaime de Aragon, que por estar desabrido con el Principe, sobre ciertas diferencias de la raya, y terminos de los Reynos, queria cõcluirlas cõ las armas. El castillo de Iumilla, fue siempre el embaraço de las dos Coronas, q̃ como mojon de entrambas, cada vna pretendia incluirla en su termino: litigio q̃ costò por muchos años mas debates; y mas guerras, q̃ piedras tiene el castillo. Apaciguose este enfado por entonces con vn casamiento, q̃ de ordinario suele ser el mõtante de las riñas. Casaron al Principe don Alonso con doña Violante, hija del Rey don Iayme de Aragon, partido que estuuo bien a ambas partes, y q̃ por todos se abraçò con gusto. En Valladolid se celebraron las bodas cõ regozijos, y fiestas. Solo no pudo assistirlas el Rey don Fernando, por no boluer las espaldas a lo de Seuilla, a cuyo cerco, fenecidas las bodas, acudiò tambien don Alonso (sin que pudiessen ser freno a los halagos de Violante) cõ muy buẽ trozo de gẽte, que por llegar de refresco, fueron remedio, y aliuio a los q̃ ya cejauan cansados de las cõtinuas fatigas. Cõ este socorro, y el de muchos Grãdes, q̃ ansiosos por tener parte en la obra, acudieron a porfia, se tomò aquella grã Ciudad, despues de diez y seis meses de cerco, en que huuo cõ bates grandes, assaltos bien peligrosos, escaramuças sangrien-

grẽtas, causa q̃ hizo celebres los hechos de Garci Perez de Vargas, natural de Toledo, cuyo valor, acometimiẽto ceſas indecibles, le uãtò plumaje entre los Capitanes mas famoſos. Ciẽ mil Moros ſalierõ de Seuilla cõ todas ſus alhajas, y preſeas, ſegũ la cõdiciõ del rendimiẽto, dellos ſe paſſaró à Africa, dellos ſe acomodarõ en otros pueblos de Eſpaña Entròſe en la ciudad cõ proceſsiõ ſolẽne, cõ aparato grãde, a los veinte y dos dias de Diziẽbre del año q̃ ſe cõtaua del Señor de mil y dozietos y quarẽta y ocho, ſegũ la cuẽta de algunos. Alli en la Igleſia mayor, deſpues q̃ la bẽdixo el Arçobiſpo de Toledo, oyerõ Miſſa el Sãto Rey D. Fernãdo, y el Principe D. Alõſo, cõ la Mageſtad, y põpa q̃ dexa entẽderſe, con el guſto, y regozijo, q̃ puede preſumirſe.

101 A poco mas de tres años de la toma de Seuilla, muriò en ella el Rey D. Fernando, hallandoſe a ſu muerte D. Alonſo, en que pudo tomar liciones de ſantidad, y deuocion, mediante los catolicos auiſos que le dio, vnos ſecretos, otros publicos. En la miſma Ciudad fue alçado por Rey, cuya coronaciõ fue indicio de la lealtad q̃ le guardò ſiempre en ſu deſtierro. Lo primero q̃ hizo deſpues de coronado, fue renouar los conciertos con el Rey Moro de Granada, llamado Alhamar, y atendiendo a la amiſtad, y ſeruicios que hizo al Rey ſu padre, le hizo ſuelta de la ſexta parte del tributo q̃ pagaua: merced bien merecida, por el reconocimiento q̃ tuuo de agradecido: pues cõ ſer Moro, embiaua cada año à Seuilla grã numero de los ſuyos cõ ciẽ antorchas de cera blãca, para q̃ hizieſsẽ al Rey difunto aniuerſarios, y exequias: mucha fè para vn barbaro ſin ella.

102 Deſeaua mucho el Rey D. Alonſo tener ſuceſsion (deſeo muy ordinario en los Principes) y viendo la eſtirilidad de la Reyna doña Violante, dio en deſabrirſe con ella. Dio parte de ſu congoxa a algunos de ſus validos, q̃ en vez de conſolarle con medios honeſtos, dieron en arbitrar modos, para q̃ el matrimonio pudieſſe diſſoluerſe;

que esto de ir al paladar de los Principes, es propio de aduladores. Resoluiòse en fin a casarse en otra parte, y cõsiderãdo, q̃ ningũ Principe de los comarcanos, q̃ supiesse estaua casado, y cõ Reyna de las partes de D. Violãte, auia de arriesgar cosas suyas a vn desaire, y a vna afrẽta, tratò buscar muger de muy lexos, y vino a ser la infeliz la Infanta Christina, hija del Rey de Dinamarca; pues no le costò menos q̃ la vida el dolor de la burla. En tãto q̃ la embiauã a España, cõ aparato de Reina, llegarõ a ensangrẽtarse los enojos, porq̃ sentido el Rey D. Iaime de aquel trato primero, cõ embaxadas, y despues cõ muestras de pelea, procurò q̃ no se efetuasse; mas como no bastassen razones, ni amenazas, se vino a rõpimiẽto. De vna, y otra parte se hizierõ correrias, muchas talas, muchos robos. Llegò Christina a Toledo, en ocasiõn q̃ la Reyna D. Violante estaua ocupada, cuya nouedad trocò en amor el aborrecimiento del Rey, y a le parecio cosa fea vsar del repudio. Los mismos q̃ hallauan razones antes, para la nulidad del matrimonio, las boluierõ en fauor. Mudose de parecer, cõ q̃ cessarõ las armas de Aragon, y cessaron los justos sentimientos de la Reyna, aunque començaron otros de Christina, q̃ aunque el Infante don Felipe, hermano del Rey don Alonso, renũciado el habito Clerical, y la Mitra de Seuilla, a q̃ era electo, quiso soldar el desaire cõ casarse con ella; no fue bastãte, para que la pena de la afrenta de ver tã trocada su suerte, dexara de acabarla en breue tiẽpo; que tanto puede vn dolor en vn pecho noble, que sabe sentir las cosas. La vẽtura de la Reyna de auerse mudado su esterilidad en fecundidad notable, pues le dio al Rey nueue hijos, hizo infeliz a Christina, que estos son los juegos de la fortuna, hazer que los placeres de vnos, sean lagrimas de otros.

103 Varios fueron los sucessos del Rey don Alonso, por espacio de catorze años, de como se coronò en Seuilla. Apenas hizo las amistades con el Rey don Iaime su

sue-

luego, sobre el repudio de la Reyna, que dexamos dicho, quando anduuo contemporizando los animos de los Grandes, que andauan muy desabridos sobre las baxas que se hizo a la moneda, yerro que para enmendarse se esclabono con otro peor, como fue el baxar los precios a las mercaderias. Tan antigua como esta es la desdicha, q̃ ha empobrecido a España en ocasiones, y mas en especial en nuestros tiempos. Dios haga a nuestro gran Rey mas feliz que a don Alonso. No tienen culpa los Reyes, quãdo es el animo de acertar: los arbitristas son siempre los perniciosos, y quien a trueque de su poco de interès, ponen a los Reynos en estremo de perderse (al modo que està oy Castilla) sin poder ya resistir tantas armas reueladas. El dolor no dexa hablar, el temor entorpece la pluma, el llanto borra las letras. Passemos adelante.

104 Siguiose al motin domestico el rebeliõ del Rey Moro de Murcia, q̃ confederado con el de Granada, quiso reduzirse a su antigua grandeza. Acudio D. Alonso, y cõ fauor del Rey don Iaime, reduxo a los barbaros al deuer, si bien costò muchos debates, y no pocos encuentros sobre allanar las plaças, en q̃ se hizieron mas fuertes. A este tiẽpo le llamaron de Alemania para el Imperio, cosa q̃ acarreò al Rey, y al Reyno hartos desastres, como iremos viẽdo. No tuuo en la eleccion mas que tres votos, q̃ fueron el Arçobispo de Treberis, el Duque de Saxonia, y el Marques de Brandemburg; pero con solos estos se alegaua ser su eleccion juridica, a causa de impedimentos, q̃ se oponian a la parte contraria, assi a los Electores, que eran el de Colonia, el Palatino, y el de Maguncia, como al electo, que era el Infante Ricardo, hermano del Rey de Inglaterra. Esforçò la parte de don Alonso, que el Rey de Bohemia, a quien en causa de discordia de votos iguales, le compete la eleccion, le acudio con su nombramiento. Mas no bastò nada para que Ricardo dexasse de coronarse en Aquisgran

gran por mano del de Colonia, tomando las demàs insignias del Imperio. Don Alonso, que por vna parte los desabrimientos de los suyos, y por otras las guerras de los Moros le traian trabajado, no pudo acudir con la prisa q̃ pedia aquel negocio; y assi huuo de esperar ocasiõ para por papeles, ò por armas buscar la guarda de su justicia.

105 Era don Alonso, aunque en condicion afable, muy ostentatiuo, tanto, que por ensalçar la fama de su grandeza, sin serle freno su ciencia mucha, hizo vn desatino, q̃ el mas cuerdo, y el mas sabio yerra tambiẽ los aciertos. Fue assi, que estando el Rey en Burgos, llegò la Emperatriz de Constantinopla, arraſtrando luto, y bañada en lagrimas. Hizole relacion de su tragedia, de como auiendo sido echados de su casa, y de su Imperio, por armas de Paleologo, auia caido Valduino su marido en las manos del Soldã; y que por su rescate le pedia ciẽto y treinta mil marcos de plata, q̃ el Pontifice, y el santo Rey Luis de Francia le dauan dos tercias partes; y que assi para cũplir la resta le pedia alguna cosa. Esta fue en suma la peticiõ, y la embaxada de la Emperatriz, a que el Rey acudiò tan liberal, ò tan prodigo, que le ofreciò toda la cantidad del rescate. Ostentaciõ imprudente, empobrecer su tesoro, quãdo era biẽ menester grauar a sus vassallos, y sin ganar gracias (digamoslo assi) de a quiẽ cediò los dos tercios, malquistarse cõ todos, cõ los suyos por enojo, cõ los otros por desaire.

106 A las famas destas bizarrias, embiò el Rey de Portugal al Principe don Dionis su hijo, y nieto de D. Alonso, a que pidiesse por merced alçasse la mano en la paga del feudo, que auia ofrecido, quando casò con la Infanta doña Beatriz, hija bastarda del mismo Rey don Alonso, à causa de que le amparasse en el Reyno de Portugal, y no fauoreciesse al Rey don Sancho Capelo (como ya lo tratamos, refiriendo su tragedia.) Entonces, pues, ofrecio, que los Reyes de aquel Reino pagarian a los de Casti-

lla

lla cierto tributo, sobre que se hizieron sus omenages. Aora piden ya la effencion. El Rey vino bien en ello. Cõtradixeron los Grandes, y quien sacò la cara, y hablò en publico por todos, fue don Nuño Gonçalez de Lara. Poco sirvio la contradicion, para que el Portuguès dexasse de ir contento; mas que marauilla, que vn nieto del Rey fuera con gusto, quando vna señora estraña, como la Emperatriz, se auia lleuado vn tesoro? Quando se feriauan mercedes, porque auia de caber mas parte a los estrangeros, que à los propios?

207 De estos principios, pues, se encendio tal llama, que alborotados los Grandes, pusieron en arma todo el Reyno. Costò mucho apaciguarlos, mas nunca de brasas tan encendidas dexaron de quedar cenizas, que se auiuaron à su tiempo. Como murió Ricardo su competidor en lo de Alemania, boluio à su derrota en la pretensa; que esto de ascender à mas, y mas en hombres de letras, y tantas como tuuo don Alonso, es propio de animos grandes. El Rey don Iaime, como tan prudente, procurò disuadirle de viage tan penoso, proponiendole razones bastantes para estarse quieto en su casa, sin ir à lidiar con estrangeros. El Pontifice, que era Gregorio Dezimo, le embiò legado, aconsejandole lo mismo, tanto mas por auer ya nueuo Emperador electo. Ofreciale las tercias dezimales, para ayuda a las guerras contra infieles; que tan antiguo es el derecho que tienen los Reyes de Castilla en estas rentas. Nada bastò para que dexasse de passar à Italia, dexando el gouierno de Castilla al Principe don Fernando de la Cerda (dicho assi por vna cerda larga con que naciò en las espaldas) y casado a la sazon con la Infanta doña Blanca, hija de San Luis Rey de Francia.

208 Viose en Beteayre con el Pontifice, que por lugar ameno, dandole el Rodano la frescura, se assignò pa-

para las vistas. Alli en presencia de los Cardenales, informò de su justicia cõ vn galante razonamiẽto: expressò su agrauio, manifestò su intencion, dando a entender, q̃ acabarian las armas el debate, si en descredito suyo se arropellaua el derecho. El Pontifice, que era muy afable, y mũso de condicion, procurò con agassajos sossegar la colera Española, que en don Alonso ardia. Satisfizo a su propuesta, significandole aduos impedimentos, encuentros terribles, guerras muchas, sino dexaua aquel disignio, y para obligalle, le echò al cuello los braços, y diole paz en el rostro. Con este modo suelen pagar los señores, quando se sientẽ embarazados de poder dar otras pagas. Mostrò se agrato don Alonso a la cortesia, mas no por esso dexò de sentir el desaire. En fin, mal contento, y desabrido se partiò de Francia, sin querer dexar de llamarse Emperador, y vsando siempre de las insignias Imperiales, hasta que à fuerça de censuras, le hizo desistir el Papa. Cõcediòle empero en recambio la tercera parte de los diezmos de las Iglesias, como antes que hiziesse aquel viage se lo auia ofrecido. Sola esta recompensa sacò don Alonso del Imperio, solo este fruto de aquel penoso viage.

209 Co no sea assi, que la ausencia de los Reyes cause siempre muchos daños, y mas quando enemigos caseros estan a la vista de las ocasiones, que les acarrea su fortuna: assi la de don Alonso originò muchos males. Vno fue, que el Rey de Marruecos, brindado del de Granada, infiel a don Alonso (como Moro en fin) vino de la Africa a España con la mayor Morisma, que vieron en si jamàs los campos Andaluzes, pues los cauallos solos eran diez y siete mil. Diuidido el exercito en dos troços, començò a molestar los pueblos de Andaluzia. La resistencia costò la vida a don Nuño de Lara, cuya muerte por de tan grande personage, fue comunmente llorada, y sentida. A don Sancho, Arçobispo de Toledo, y hijo del de

Ara-

Aragon, le sucediò otro tanto, por querer junto à Martos, con gente poca romper al enemigo. Y sobre estas, la mayor desgracia, fue la muerte del Principe don Fernando, Gouernador del Reino, que de vna dolèccia muriò en Ciudad Real. Dexò dos hijos, a don Alonso, y don Fernando, bien encomendados a don Iuan de Lara. Con la muerte del Principe començò a humear en el Infante don Sancho su hermano, y hijo segundo del Rey don Alonso, aquella braueza heredada, aquel natural ardimiento, con q̃ siempre descollò bizarro, rindiendo voluntades, y auassallando afectos. Su industria, y maña, ayudada de la vineza de el ingenio, bien como allà la del Principe Absalon, comẽçò a hazer gente, que en qualquier peligro se le mostrasse grata. Considerando, pues, al Reyno en aquella apretura, se hizo Capitan valiente en su defensa. Guarneciò biẽ las plaças mas importantes, y congregando tropas de soldados, hizo rostro al Africano orgullo. Casi sin costarle sangre atemorizò al Moro, de manera, que se boluiò a Marruecos con menos gente, con menos pompa, y con menos brio. Con estos ensayos, ya el vulgo le aplaudia como à Rey, aun siendo viuo su padre. Y como nunca las lisonjas se han hallado mal en las orejas de los Principes, no le sonaua mal à don Sancho el apellido Regio, y mas yendo su rumbo guiado a la sucesion de la Corona.

110 Llegò a Toledo el Rey don Alonso, tan desazonado de su viage, y mal sucesso, como apuntamos arriba, y con la nueua tristeza del Principe difunto, se hizo mas a la pena, y al dolor. Vino el Infante don Sancho a grandes jornadas a visitar a su padre, y aunque la voz sonaua à diferente disignio, la intencion iba enderezada a que se sentasse el derecho de sucesion con gusto de su padre, y voluntad del Reyno. Quien trauò la platica fue don Lope de Haro, como quien tenia mas mano para todo. Sintiòlo el Rey, infinito, ya porque se tratasse de la sucesion

cesion en su vida, ya por ver el agravio, que venia à hazer à sus nietos, hijos del Principe D. Fernando, a quienes amaua en estremo. Con todo, a instancia del Infante don Manuel su hermano, amigo ya de don Sancho, se juntaron Cortes en Segouia, donde se ventilò el derecho, y preualecieron los votos, y saliò sentencia en fauor de D. Sancho. Como le mirauan tan apoderado de las voluntades, temierõ los menos afectos darle enojos. Juzgáron por bien comun no quitarle la Corona. Venciò en esto mas el derecho de las gentes, que el de la sucesion, trayendo quizà razones del tiempo de los Godos, q̃ harto ajustadas seriã para el caso. Poco aprouecharon, para que la Reyna doña Violante dexasse de sentir mucho el que antepusiessen à don Sancho, y menospreciassen la tierna edad de los nietos, que como son dos vezes hijos, tenian dos vezes mas lugar en su coraçon. Por mostrar su sentimiento, y por sacarlos del notorio peligro, que amenazaua sus vidas, valiendose de industria, se passò con ellos à Aragon, donde su hermano don Pedro era ya Rey, por muerte de D. Iayme. Esta ida ocasionò muchos alborotos, y les costò la vida a los que por sospecha tuuieron parte en ello, como fueron el Infante don Fadrique, hermano del Rey D. Alõso, y don Simon Ruiz de Haro, señor de los Cameros, que el vno fue degollado en Burgos, y el otro quemado en Truiño: crueldad que malquistò en grá manera los progressos de don Sancho; pero hallauase el Rey tan desazonado con la ausencia de la Reyna, que no cuidaua tanto de los castigos, por injustos que fuessen, quanto de hazer instancias con el de Aragon, le embiasse su muger. El Aragonès se escusaua, con dar por respuesta, que si los fueros de su Reino dauan amparo a quantos a èl se acogian, porq̃ auia de ser excluida su hermana? Lo que esta razon tenia de fuerte, le aniuaua mas el coraje a don Alonso, de tal modo, que faltò poco para llegar à las manos. En fin, vẽtilado

el

el negocio, se acordò que la Reyna boluiesse con su marido, y que los Infantes quedassen en Aragon. Pusieronlos en el Castillo de Xatiua, no sin lagrimas de doña Blanca su madre, que viendo sus caras prendas, como aprisionadas de su misma sangre, en quien afiançaua mas la libertad, començò a temerles mayor cautiuerio. Passose enojada a Francia a hazer que el Rey su hermano tomasse las armas contra Aragon, y Castilla.

III Pujante andaua don Sancho, arrastrando medias lunas en lo de Granada, y ganádo aplausos nuevos, a fuer de sus vitorias, afectos positiuos todos para coronar sus intentos. Ya las voluntades en comun seguian su partido, y cejauan del respeto que se deuia a su padre. Cada qual se acogia a lo mas llouido, por tener mas segura la cosecha del interès. Ya el pobre Rey don Alonso (demosle ya este titulo) començò a sentir desayres de sus mismos vassallos, sin que ya sus fuerças, cansadas con la edad, bastassen al remedio. Y assi mucho saber, no le era de prouecho, sino para mas sentir, que en tales aduersidades, aun fuera aliuio saber poco. Culpan a este Rey de que era vario, y yo digo, que la variedad no era achaque del animo, sino fuerça de la ingratitud, que esta obliga a vezes a que el mas entendido quiebre los fueros de la entereza. Ver vn Rey tan poderoso, que por dar mano a vn hijo, se le alça cõ el gouierno, y le tiraniza el mando, no obligara a locuras nacidas del sentimiento? Assi don Alonso, mouido de los desacatos de don Sancho començò a abrigar el derecho de sus vietos, llamandolos sucessores de su Corona. No se le escondian a don Sancho estas quemazones de su padre, que siẽpre ha auido, y mas entre los Principes, corredores de oreja; y assi andaua sobre el caso siempre, contandose a su padre las acciones, y los passos, y procurando la gratitud de los Reyes comarcanos. Sentò sus alianças con Aragon, y Portugal, haziendo los omenajes que se vsauan

uan entõces de ser amigos de amigos, y enemigos de enemigos. Con el Rey de Granada hizo otro tanto, soltãole las dos partes del tributo q̃ pagaua, con que procurò tenerle de su parte en los encuentros, q̃ ya entre padre y hijo se vian amenaçados, centellando enojos, y auiãdo pesadũbres. El Rey don Alonso, auñq̃ con menos poder, buscaua tãbien socorros. Despachò à Francia sus Embaxadores, para q̃ el Rey Filipo, como tio q̃ era de sus nietos, buscasse camino para ponerlos en libertad, juntãdose las vnas fuerças cõ las otras. Vltra desto, quitandose el reboço, llamò à Cortes para Toledo, poco apercibido, y menos recatado. Era su intẽciõ apaciguar los animos de los nobles, y reduzirlos cõ suauidad á su gracia, como si ya tuuiera recabado dellos el dexar su rũbo, o estuvieran entendidos de el agassajo, q̃ pensaua hazerles. Assi fue muy poca gente à su llamado, y mucha en demasia al llamado de D. Sancho, q̃ en contraposicion hizo tambien juntar Cortes en Valladolid, donde ya el rebeliõ se quitò la mascarilla, y se hizo publico el leuantamiento; pues hasta la gente vulgar (q̃ gran malicia!) começò à dezir a vozes: Viua el Rey D. Sácho. Y auñq̃ èl mostrò repugnarlo, diziendo, q̃ mientras su padre fuesse viuo, no auia de consentir le quitassen el nõbre, y hõra de Rey: cõ todo, sin respetar su modestia, salio sentẽcia publica en nõbre del Infante D. Manuel, tio de D. Sancho, y hermano de D. Alõso, esforçado assimismo de los Grandes del Reino, en q̃ priuarõ al Rey D. Alõso de la Corona, tantos siglos heredada, tãtos años possecida.

112 Hasta aqui pudo llegar la ambicion, y la tirania, hasta priuarà vn Rey de sus Estados, y apropiarselos à vn hijo. Desgracia biẽ parecida à lo que le sucedio à Dauid, quando se vio mas señor, y vn hijo ambicioso le hizo salir huyendo de su Corte. Consuelese, pues, el Rey Don Alonso con Principe tan grande, y consuelense los demas en semejantes fracasos con estos dos Reyes. Que es grande

de aliuio en vna aduerſidad hallar exemplos mayores, en que repaſſar las fatigas. Dauid ſe porto paciente en el cõflicto; en lagrimas compaſsiuas desahogo el coraje: Dexò a Dios la vengança, y triunfo de la tiranta. Buen decha lo, para que le imiten Principes afligidos, quando perſeguidos de los a quien dieron ſer, ſe miran deſamparados de remedio. Don Alonſo abochornado del enojo, librò iras contra el hijo; a fuer de maldiciones procurò deshazerle. La razon que tuuo, juſta de ſentimiẽto, vino à hazerſe ſinrazon por mal ſentirlo. Aſsi no ſe le logro la vengança, antes, ſegun voz comun, fue caſtigado del Cielo ſu deſaltre, por no sè que propoſiciones temerarias, que dixo en dos ocaſiones, lleuado de ſu ciencia. Quiſo, dizen, como poner falta, ò la puſo en lo q̃ Dios hizo, y para retratarſe huuo meneſter el Cielo amenaçarle caſtigos. Tempeſtad horrenda, embuelta en piedras, y rayos, amenaçò vna noche a Seuilla fatal eſtrago, haſta el miſmo lecho Real llegaron las centellas, quemandole a la Reyna parte del tocado. Confeſsò el Rey ſu culpa, y ſereno ſe luego la tormenta. Por eſto, pues, dize fue permiſsion Diuina verſe abatido, menoſpreciado, y pobre. Quedeſe para Dios eſte juyzio, y laſtimemonos de ſu poca dicha.

113 Quando ſupo el Rey don Alonſo lo que paſſaua en Valiadolid, no ſe atreuio a aparar en Toledo, ya por hallar ſe deſapercibido para empeño tã grande, como ſe le ofrecia, ya por no fiarſe tanto de ſus ciudadanos, cuyas voluntades via afectas a ſu hijo; y aſsi temeroſo de no verſe reduzido a la vltima deſdicha, preſo, ò reſtado en alguna fortaleza, deſpidio las Cortes, y ſe partiò a Seuilla a toda prieſa. Solo en eſta Ciudad, y en la de Murcia hallò ſiẽpre lealtad firme; trofeos ilustres de q̃ ſe preciã ambas, al paſſo que leales. Laſtimoſo recibieron los ciudadanos a ſu Rey, q̃ laſtimado, y ofendido en vna ſolẽne junta, priuo a don Sancho de la ſucceſsion del Reyno, con palabras tan

ſen-

sentidas, como puede pensarse; à fuerça de maldiciones pensò cõsumirle. Todo era despecho, todo iras, todo enojos. Y viendo la guerra ciuil, y cruel q̃ le esperaua, començò a buscar socorros. Cerrados hallò en España todos los puertos, cogidas todas las fuerças de Catolicos, è infieles, declarados por su hijo. Por su cuñado el de Aragon, y por el Moro de Granada, no lo sintiò mucho; que vn Moro prẽdado del interès, y vn cuñado por su comodidad, no es mucho que se la dèn a lo mas valido. Pero quien le sacò de paciencia, fue Dionisio Rey de Portugal, por ser su nieto, y à quien (como diximos) hizo suelta del feudo q̃ deuia pagar a Castilla, por obligacion de su padre, cosa que ocasionò los primeros desabrimientos de los Grandes. Esta ingratitud de sangre tan propia, y tan beneficiada, le reduxo a mil pesares. Mas quando llegaua a considerar, que se le alçaua vn hijo con sus Reynos, y que tomaua cõtra èl las armas, daua vado a las demas ingratitudes. No hallando ya otro camino, determinò valerse de el Rey de Marruecos, al qual por medio de don Alonso de Guzman, señor de San Lucar, embiò a pedirle dineros, y gente, embiando en prendas su Corona Real, que era de precio infinito. Estaua Alonso de Guzman en la Corte del Rey barbaro muy cabido, siendo como General de sus gentes. Passòse à Africa, por no sè que disgustos que tuuo con el Rey don Alonso. Y obliga a tanto la necessidad, que vn Rey le ruega a vn vassallo, demas de perdonarle los enojos. Escriuiole vna carta, que oy dia la guardan, y veneran los Duques de Medina Sidonia, pidiendole con palabras harto humildes se acuerde de su amistad antigua, y de su nobleza, que se oluide de los passados disgustos, y recabe del Rey Moro el socorro que le pide, que haziendole este seruicio, serà eterno en su memoria. Acudiò el Guzman a su deuer, viendose obligado por tan estraños modos. Informò al Rey de Marrue-

cos

costo bien que venia a estarle grangear con aquella fineza la amistad del Rey don Alonso: el Moro adelantò aun mas el pensamiento de lo bien que le estaua; pues en guerras ciuiles quien entra a poner paz, suele sacar grangeria, tomandose lo que puede. Con numeroso exercito passò a España. Viose con don Alonso en vn pueblo del Reyno de Granada. Trataron el modo de començar la guerra. Pusose cerco a Cordoua, que estaua por don Sancho. No se sacò fruto alguno, antes teniendo don Alonso cierto auiso, que el Moro queria prenderle, se boluiò a Seuilla. Rugiose la nueua, y el Barbaro, dizen que sintiò mucho, que se huuiesse puesto duda en su lealtad; y assi se boluiò a Africa con sus gentes.

114 No fue sola esta vez la que se valiò el Rey D. Alonso del Rey Africano, antes con segunda suplica, le traxo en su ayuda; pero todas fueron diligencias sin prouecho, porque el Infante don Sancho se hallaua muy poderoso, muy amparado de los Grãdes, muy de su parte casi las Ciudades todas. Murcia, y Seuilla eran los estriuos de D. Alõso, mas era poca la fuerça, al passo q̃ la lealtad mucha. Cada dia iba en diminucion su poder cada dia, afloxaua la grandeza, que a quien và de caida, por mas q̃ sea Rey, todos le van faltando. Casi a vida particular llegò a verse reduzida toda aquella altiuez de don Alonso, reuès de la fortuna tan amargo, que a no auer tanto pecho en que digerirse, pareciera imposible tolerarse. Animo, y saber, son dos cosas para no desmayar en los riesgos de vna desgracia; con el saber se alienta, y con el animo se sufre el desman. Con estas partes, pues, que dio el cielo a don Alõso, aliuiaua sus trabajos con esperanças siempre de verse restituido en su antigua Magestad. No era mucho esperasse lo que era tan suyo, y lo que tan derecho le era deuido; mas no lo permitiò su poca suerte esta alegria,

115 Reduzido ya al vltimo baiben de la fortuna,

desterrado entre sus Reinos, solo entre los suyos, y pobre entre sus riquezas, acudiò por medio de sus Embaxadores al Pontifice Romano, que era a la sazon Martino Quinto, y delante dèl acusò a don Sancho de ingrato, inobediente, y cruel, pues haziendo armas contra quien le dio la vida le auia vsurpado el mando, y la Corona. En estas razones estriuò la querella, bien dispuesta en sentimientos, bié lastimosa en quexas. Dio grato oido el Pontifice a tan justa demanda, y doliendose de que vn Principe tan sabio como don Alonso, huuiesse venido a tal miseria, expidiò su Bula, descomulgando a todos los Grãdes, y Caualleros, q̃ contra don Alonso siguiessen al Infante don Sancho, y para la execucion nombrò sus juezes, para que en todas las Ciudades, y Villas, que seguian aquel rumbo, se pusiesse Ecclesiastico entredicho. Executose esto con toda puntualidad. Viòse entredicha Castilla, cerrados los Templos, y afligidos los naturales. El miedo de las censuras venciò a muchos a mudar de parecer, y apartarse de don Sancho. De las Ciudades hizierõ algunas lo mismo; mas todo era poco aliuio en su miseria tanta; pues ni con esto creìa la autoridad de D. Alonso, ni el poder de D. Sãcho iba a menos; sola la turbacion era mayor, mayor el desassosiego, mayor la pena. Ocasionose empero, que entre padre, y hijo se tratasse de amistades, y para ello saliò acuerdo de ambas partes q̃ se viessen. Al executarse, saliò de traues la malicia, poniendo, y representãdo muchas sospechas a D. Sãcho, de q̃ el Rey le prẽderia. Ay muchos, q̃ en tiempos de la guerra, y miẽtras mas ciuil, mas mejoran su partido, haziendose ricos, y poderosos de todas las derramas q̃ se hazen para la guerra; y ansi nunca quieren estos q̃ se acaben los debates, ni que la turbacion cesse; pues como dize el adagio, a rio reuelto, ganãcia de los q̃ pescã. Estos son la polilla de los Reinos, q̃ encubiertos en sus tramas, les roẽ poco a poco el cimẽto de la vida. Estos en fin, so color de

buen

buen consejo, diuirtieron las vistas, sembrando con las sospechas mas desazon, y encono en los animos Reales. Don Alonso desde Constantina se fue a su Seuilla, y Don Sancho desde Guadalcanal a Salamanca.

116 No quiso la fortuna, que se viera este Principe restituido a su antigua Magestad. Assistiole en Seuilla la muerte, cortãdo con su guadaña el hilo a tantas pesadumbres, q̃ quando no han de cessar, cortesia es el morir. Muriò, pues, este gran Rey en medio de sus lastimas deuoto, q̃ para trãce tal, mas ayuda a la deuocion la miseria, q̃ la dicha: siẽpre vn afligido llama a Dios con mas cuidado. Recibiò los Sacramentos, fallecio en Seuilla por el mes de Abril el año de 1284. Nõbrò a los hijos à la sucessiõ de la Corona, y excluyò della a don Sancho, como si acaso despues de muerto auia de mandar mas en las voluntades de todos, lo q̃ no pudo en vida. En fin, cumpliò con su obligaciõ, ò cõ su afecto. Hizo mucha memoria de las Ciudades leales, aquellas q̃ en todos sus trabajos le estuuierõ fieles: y assi mãdo, q̃ su coraçõ se enterrasse en el Mõesterio Cisterciense de Seuilla, y su cuerpo en la Iglesia de la misma Ciudad, ò en la de Murcia. No se cũpliò cõ esto enteramẽte, si biẽ en ambas Ciudades se repartiò su cuerpo. A Murcia se le dio el coraçon, y las entrañas, cuyas cenizas se cõseruan hasta oy, junto al Altar mayor de la Iglesia Catedral. A Seuilla se le entregò el cuerpo, q̃ yaze enterrado junto al tumulo de sus padres don Fernando, y doña Beatriz. Este fue el fin del Sabio Rey don Alonso, dechado, q̃ a los mas doctos puede enseñar a saber, pues poco importa el ser Sabio, para no estar expuesto a baibenes de fortuna: antes al q̃ mas sabe, como al que mas puede, suele perseguirle mas. El rayo de la inuidia, nũca hiere al ignorãte, ni al desualido. Contra los q̃ descuellã se arma el rayo. Harto exemplo es este Rey, y mayor Dauid, luzidos en ingenio, y poderosos en armas. No nos alarguemos mas en esta materia.

CAPITVLO X.

De las nueuas lastimosas que le vinieron à Dauid de la muerte de sus padres, y de los Sacerdotes.

QVANDO aflige la fortuna, nunca haze los tiros con vna persona sola, sino que eslabonando vidas, y otras desdichas, aprieta los cordeles del rigor, poniendo el animo mas fuerte en mortales apreturas. Bien vengas mal si vienes solo, dixo vn proberuio Español, y està bien dicho, porque vn mal, vna desgracia, puede lleuarse; vn cuidado, vna pena, puede sufrirse; pero quando los males, ò las desdichas se siguen vnas a otras, y amontonadas lastiman, mucho Dios es menester, para que el coraçon mas valiente no desmaye en los assaltos, ò no perezca en la liza. En los desiertos de Areth, andaua Dauid huyendo de vnos cuidados en otros; despues que se ausentò de Moab, del modo que diximos, dexandose a sus padres, y otros muchos deudos en la Corte, en los quales quitandoles las vidas, auia el barbaro Rey despicado sus enojos. De los que escaparon del cuchillo, no faltò quien traxo a Dauid las nueuas, porque para vn pesar, siempre sobran mensageros. El sentimiento que le causaria tal anuncio, no ay que ponderarlo, quando al mas rudo sentir, se abre camino la inteligencia. Escuchar muertes desgraciadas de vnos padres, que coraçon de fiera no haze estremos? Grandes, quanto lastimosos, fueron los de Dauid en este trance, viendo que por su causa iban sucediendo estas desdichas, y que quando pensaua iba llegando al coto de sus trabajos, tropeçaua con mayores azares. Y a la persecucion suya, èl andaua arras-

tra-

trado, el verſe fugitiuo lo juzgaua tolerable; mas viendo nueuas penas, le apurauan el ſufrimiento; y conſiderando, q̃ tras de aquellas podian ſobreuenir otras muchas, tirò la rienda al dolor en medio de los ahogos, y acudiò a Dios por auxilios; q̃ no ay medio mas eficaz para vencer peſares, y tribulaciones, q̃ afiançar en el Cielo los remedios. Abracen eſta propoſicion como Catolica todos los afligidos, y por mi cuenta ſino quedaren conſolados. Al miſmo Dauid les darè por deſempeño, pues en vn Pſalmo nos dexò eſcrito los diſguſtos que venciò con eſta traza. Quando me ſentia atribulado (dize) daua vozes a Dios, y me oìa, y remediaua. Que oir Dios al laſtimado, y remediarle, todo es vno. Pſ. 119

Ayudado, pues, Dauid de ſus conſejos miſmos, puſo en manos de Dios aquel cuidado, y por cõſolar ſu gẽte, q̃ atonitos de mirarle eſtauã mudos, començò a borrar del roſtro las triſtezas. Hizo cara a la fortuna, y diole enſanches al pecho. Apercibioſe de valor, qual ſi viera ya nueuas penas q̃ ſufrir. Importante fue el apercibimiẽto, pues de alli a poco llegaron otras nueuas a refreſcar las heridas. El Sacerdote era Abiathar Sacerdote, hijo de Achimelch. Venia, como quiẽ eſcapa de entre eſpadas enemigas, y como a quien huyendo va picando la muerte a las eſpaldas. Cõ eſto ſe dize todo, y ahorramos la pintura, de quien deſapoderado, atonito, y confuſo eſcapa de vna refriega. Cõ nueuos ſuſtos ſe eſpeluzaron los animos, cõ nueuos medios le recibieron todos, que a quien anda fugitiuo, y mas de vn poderoſo, la menor ſombra le aſſalta. Preguntòle Dauid la cauſa de ſu venida, y Abiathar todo inquietudes, todo deſaſſoſſegado, todo lagrimas, reſpondio deſta manera.

Gracias doy al cielo, Dauid, Principe mio, pues ſolo a mi entre tantos me concediò eſta dicha de llegar viuo a tus pies a hazerte ſabidor de la mayor tragedia, q̃ viò, ni verã los ſiglos, del eſtrago mas ſacrilego, y ſangriẽto, q̃ ſu

cediò jamàs. Ojalà no me ahogue el dolor antes de referirle, para que con mas veras puedas llorarle. Sabràs, pues, que apenas el Rey Saul, que tàto te persigue, y aborrece, tuuo noticia de tu buelta de Moab a aqueſtos montes, quando furioſo hizo junta de Grandes en la Ciudad de Gabaa, y pueſto enmedio de todos, armado de ſus armas, les hizo vn razonamiento, quexandoſe dellos, porque no te matauan, ò prendian. Con los de Benjamin, por ſer de ſu linage, moſtraua mas ſentimiento, con demonſtraciones de ternura. Al Principe Ionatas, por ſer tu amigo, hizo grandes cargos, aſſomando al roſtro todo el encono del pecho. De los demas ſe dio por deſeruido, por no auerle dicho nadie el lugar donde te ocultas, la tierra que te ſuſtenta, ò los paramos que habitas. Y quando los nobles, y los demas que le oìan, reſpondieron con callar à todo el cargo, vnos por no malquiſtarſe contigo, y otros por no darle guſto, tomò la mano Doech, eſſe priuado ſuyo, eſſe intruſo en nueſtra ley, y moſtrandoſe zeloſo, y compaſsiuo, le contò por muy extenſo, como te viò en la Ciudad de Nobe, y atendiò, y eſcuchò todo lo que te paſsò con Achimelech mi padre, como conſultò à Dios en tu abono, como te diò a comer el pan ſagrado, y como te ofreciò el alfange de Goliath, que eſtaua en el Templo. Dando ſus eſcuſas, de que ſi èl ſupiera que ibas huyendo, entonces pudiera prenderte, y haziendo ſus demonſtraciones ſentidas por no auerlo ſabido. Quien creyera que eſſe chiſme cauſara tantos daños? Quien penſara que vn chiſmoſo nos hiziera tanto mal?

Apenas oyò Saul la relacion de Doech, quando deſpachò ſus Embaxadores, a que mi padre con todos los Sacerdotes de Nobè fueramos a ſu preſencia. El mandato iba apretado, ſin replica, ni eſcuſa, y obedeciendole llegamos a la Corte. Ibamos veſtidos con los ornamentos Sacerdotales, traza piadoſa cõ que Achimelech penſò, ablan-

ablandar el rigor, ò misterioſa traza, con que nos ibamos a ofrecer al ſacrificio! Hizo el Rey el cargo, mediante la relaciõ de Doech, bomitando bolcanes por los ojos, y eſcupiendo vengança por la boca. A lo qual mi padre reueſtido de valor, y arrattrado de zelo, ſatisfizo cõ dezirle; que a quien entre todos ſus vaſſallos deuia honrar mas q̃ a ti? Que quien mas que tu ſe moſtrò fiel, y leal? Que quien mas honrado ſiendo tu ſu yerno? Quien mas valeroſo en triunfos, ni mas celebre en vitorias? Y en quanto auer cõſultado por ti à Dios, no deuia formar quexa, quando no auia ſido aquella la primera vez que lo auia hecho en gracia tuya, demas que èl no auia ſabido que ibas fuera de ſu gracia, ni el negocio porque huìas, que a ſaberlo claramente, èl ſe diera por culpado, y por reo del delito.

Quando pensò mi padre cõ eſtas ſatisfaciones dexarle ſatisfecho, y aplacado, ciego a la razon, endurecido a la piedad, ſordo a los ruegos, pronunciòle tal ſentẽcia deſta ſuerte: *La vida ha de coſtarte, Achimelech, à ti, y à toda la caſa de tu padre.* Y apenas pronunciò el fallo, quãdo mandò a los miniſtros, q̃ fueſſen degollando a todos los Sacerdotes. Quien penſara tal crueldad! Quiẽ creyera tal rigor! Los Sacerdotes de Dios, reueſtidos de los ſagrados ornamẽtos, entregados al cuchillo, y a manos de verdugos, q̃ ojos pudieron verlo? Que lengua puede cõtarlo? Que valor puede ſufrirlo? El dolor no me dexa referirle como fue, aunq̃ la miſma crueldad ſe dize como ſeria. No quiero hazer pie aqui cõ la cõſideracion, q̃ cortarà el llanto el hilo a las palabras, paſſo adelante en mi cuento. Los Campiones, y Caudillos, por cuya cuẽta corre hazer matar los reos, que ſon Abner, y Amaſa, anduuieron como nobles; pues cõ animos oſſados ſe opuſieron al decreto, ſin querer obedecerle. Eſcuſaròſe con razones graues, alegando Textos ſantos, de que a los Reyes que mandan coſas injuſtas, y cõtra la ley de Dios, no ſe les deue obediẽcia. Salieròſe con

Rabi Salomon.

cõ ello sin reparar en rigores. Bufaua el Rey de còraje, por no verse obedecido; pero quando faltò modo para dexar de executarse vna maldad? Viẽdo, pues, que sus ministros se escusauan del hecho, dio comissiõ a Doech, q̃ executasse el mãdato. Como aduenedizo en fin, como intruso en nuestra ley, como bastardo infame, no tuuo empacho de arrojarse al sacrilegio, sino que desnudãdo el azero, se fue para mi padre, y en presencia de todos, dandole heridas muchas, le quitò la vida. Lo mismo fue executando en los demàs Sacerdotes, qual lobo carnicero, que en sangre de corderos inocentes, se ceeba vengatiuo. No sè como el cielo pudo ver, y sufrir tan horrẽdo espectaculo, tã cruel carniceria, tãinfausta matança! Correr arroyos de sangre por el Real Palacio, salpicarse las paredes cõ los desperdicios, sembrarse los estrados de Sacerdotes muertos. Ochenta y cinco fuerõ los degollados aquel dia por Doech, y sus sequazes, hombres a su modo desalmados, è insolentes; y si paràra alli la crueldad, aun tuuiera el dolor algun alivio; pero quando las crueldades no lastiman por los cabos?

A toda la ciudad de Nobè mandò passar a cuchillo, como si en la accion de Achimelech, quãdo fuera culpa, huuierã pecado todos. Padres, hijos, y mugeres passaron por el rigor. Ni el viejo por la edad, ni el niño por la inocencia pudieron saluarse; de la cuna al ataud andaua fiera la muerte: a nadie se cõcedia indulto, hasta los animales domesticos llegaua la vengança. Ni al buey escusaua la mãsedũbre, ni al perro su lealtad, ni al jumento su simpleza, el cordetillo en el campo aun no paciò seguro; tinta con el roxo humor, iba dexãdo la grama q̃ pacia. Toda la ciudad en fin, por ser de los Sacerdotes, quedò hecha vna funesta tumba, y vn lago de cuerpos muertos. Referir la cõfusion de aquel miserable dia, los llantos, los gemidos, y las vozes, no avrà discurso, que aunque se empine mas en exageraciones, acierte a ponderarlo; q̃ ay lastimas de tal

ar-

arte, q̃ no son para dichas, ni pintadas, por mas q̃ el pintor las mire. Ver entrar vn esquadron de verdugos en vn pueblo descuidado: yr tomãdo las calles, y las puertas; entrarse de casa en casa, de aposento, en aposẽto, começar à cortar vidas, como quien siega en vn trajo; matar aqui à puñaladas a vn padre de familias, alli de vna estocada derribar à la muger: aqui al hijo, que sale a la defensa, dexarle hecho pedaços: alli al criado, que grita, segarle la cabeça, ver à vna madre abraçada de sus hijos, sin q̃ les valga lo sagrado: ver a vna doncella, q̃ huyendo de vn tirano, dà en manos de otro verdugo. ver que ni padres a hijos, ni el marido a la muger puedẽ socorrerse: ver todas las calles correr arroyos de sangre, y como caliente, aũ parece q̃ salia a los exidos a dar vozes, y publicar la maldad: Ver, pues, cosas como estas, q̃ lengua, ni q̃ pincel sabrã explicar cõ palabras, ni demostrar cõ pinturas como fueron? Quien sintiere mejor, podrà cõsolarlo, q̃ yo con hallarme en ello, no acierto a dezirlo. En fin de entre tantas muertes, de entre riesgos tan notorios, yo solo escapè con vida, y lo atribuyo a milagro, permitiendolo assi el cielo, ò porque quedassen ojos que llorassen tal estrago, ò porque no faltasse quiẽ te traxera estas nueuas. Lo que he tenido de dicha en quedar viuo, lo juzgo a infelicidad, por lo que me ha de seruir de repassar tantas muertes. Esto, señor, es lo que ha passado: Achimelech muerto por tu causa, Nobè destruida, Sacerdotes, y vezinos degollados todos, yo a tus pies huyendo, mira con este auiso lo que estè a tu vida bien.

Atonito, y confuso estaua Dauid, escuchando la relacion de Abiathar, dudando a vezes, si era verdad lo q̃ oia, ò si era pesado sueño q̃ le atormentaua: q̃ en lances semejantes, aun lo q̃ tocan los ojos, lo pone el juizio en duda. El mucho dolor iba a romper ya en gritos, la apretura del pecho iba a desahogarse en lagrimas, mas reparãdo atẽto q̃ el miedo de la tragedia referida, tenia a sus soldados en

vn

vn hilo, pues ya cada qual juzgaua tenia al lado vn verdugo, y los pinos, y las matas se les antojauan hombres, se reuistiò de esfuerços, tragandose los suspiros, y sollozos; q̃ el buen Capitan, para que sus soldados no desmayen, ha menester a vezes deslumbrar los cuidados que le afligen, darse por desentendido del propio dolor que siente; assi Dauid valiente, a fuer de discreto, le respõdiò a Abiathar, sin mostrar en las palabras la inquietud del coraçon. Esso, dize? que me cuentas? bien me lo adiuinaua yo, bien me lo temia desde que vi à Doech, hecho el Templo testigo del socorro, y del fauor que recibi de tu padre; que de vn maldiciẽte, y de vn chismoso, no se puede esperar menos. En fin yo me confiesso por reo del estrago, y de las muertes de Achimelech, y su casa. Sabe Dios quanto lo siento. Tu te quedaràs conmigo, y desecha los temores, pues siẽpre en mi compañia tendràs refugio, y amparo.

Sin hablar mas palabra, ni hazer otros estremos, que pudieran registrarse, se retirò a su quartel, seno opaco de vna gruta para llorar a solas, lo que no podia en publico. Los demas se acogieron a sus ranchos, algo sacudido el miedo, que començò a embestirles, porque de ver a Dauid tan animoso, trocaron la cobardia por aliento. Ya publicaua brauatas, quien antes vendia miedos, el que se vio masa sin brios, hazia ya valentias. Tanto puede estar sana la cabeça, hallar calor en el Principe, ver osado al Capitan. Quando recogidos, pues, baxo del negro manto, con que les hizo pauellon la noche, pagando al sueño el natural tributo, quando ya la campaña tocò a la queda en silencios, començò Dauid a llenar su estrecho albergue de gemidos, y à regar el suelo de copiosas lagrimas. Llorauà à padres, y hermanos, a Sacerdotes, y amigos muertos todos por su causa. Bien auia que llorar, bié que penar, y sentir. Hizo pausa en los sollozos, y buelto contra Doech, començò a dezirle en verso estas palabras:

Mal-

Quid gloriaris in malitia, &c. Psal. 51 Texto, y Glossa.

¡Maldiciente famoso,
Porque te jactas, di, tan poderoso
De auer executado tus malicias
En tanta sangre como desperdicias
De inocentes vertida,
Que clama à Dios fiscal contra tu vida?

Todos los dias, y los años todos,
Con cautelosos modos
A mi, y à mis amigos perseguias,
Sin faltar que acusar todos los dias,
Porque para mi mengua
Iamàs faltan engaños à tu lengua.

¡Mas tanto doras la maldad que hazes,
Que metes mucha riña en son de pazes,
Con capa de justicia
Al Rey indignas, y logras tu malicia,
Qual nauaja esfilada, que à la vida
Corta el alambre antes que sentida.

Entre el odio, y piedad, al odio amasse,
Con que tu mal querer acreditaste,
Y quisiste mas ser vn mal hablado,
Que vn bien intencionado,
Por cumplir los mandatos insolentes,
Quitando tantas vidas de inocentes.

¡Mas Dios por esta causa hará de modo,
Que en castigo cruel lo pagues todo:
Al fin de la jornada
Permitirá, que con tu misma espada,
Vengas à ser en vn confuso abismo
Verdugo, y homicida de ti mismo.

Aun-

Aunque agora braueas tan vfano
Con vn Rey de la mano,
Que premia tu insolencia,
Algun dia en vn monte avrà sentencia,
Que te mande tildar, porque teassombre,
Del libro de la vida, fama, y nombre.

Los justos viendo el caso,
Temerosos sabien de tal fracaso,
Harán escarnio de tus valimientos,
Y que eres hombre, anunciarán contentos,
Que confiado en tu riqueza vana,
Renunciaste la ayuda soberana.

Yo empero qual la oliua, que en verdores
En la cara de Dios rinde licores,
Simbolo à todos siglos de esperança,
En su clemencia espero mi vengança;
Que pues sabe, y conoce mi inocencia,
Siempre me serà escudo su clemencia.

Con estas, y otras razones semejantes, gouernando sus impulsos el diuino Espiritu, diuertia Dauid su lastimosa pena; q̃ siempre ha sido aliuio de vn afligido quexarse de quien le agrauia; pero aplacado el dolor, y a medio enjugar las lagrimas, consolò con su presencia a sus soldados. Madrugò mas q̃ otras vezes a darles los buenos dias; mas q̃ mucho, si aun no auia visto al sueño? Todos se leuantarõ contentos, y briosos a recibir a su Principe; cõ nueuos aliẽtos le ofrecian las vidas, para que las empleasse en qualquier riesgo. Dauid grato a las ofertas, correspõdiò cõ caricias. A esta ocasiõ les llegarõ otras nueuas, como los Filisteos, indignados quizà por la fuga q̃ hizieron de su Reino, auian sitiado la ciudad de Ceylan, y q̃ la apretaua mucho.

cho. Dauid q̃ no reparaua en boluer beneficios por agrauios, antes pensando aplacar a Saul, con sus seruicios, consultò a Dios sobre el caso, si seria acierto, ò no socorrer los Celainitas? Respondiole Dios que si. Y sin esperar mas prenenciones, ni atender a las escusas, que oponian sus soldados, afiançado solo en la diuina palabra, acometiò valeroso a las trincheras, haziendo tal estrago en los infieles, que tuuieron a buena suerte los que escaparon viuos, que les dexaran camino para la huida. Cargados con los despojos, y vfanos con la victoria, los recibiò la Ciudad con solemnes alegrias. Dexemos aqui a Dauid, y mientras descansa en Ceilan, adornemos con algunos similes la muerte lamentable de los Sacerdotes de Nobe, para que los sacrilegos, q̃ ponen manos en las personas sagradas, vean los desastrados fines con que los castiga Dios, que aunque no lo hemos mencionado, por no auer llegado allà, el fin, y el paradero de Saul, y su Priuado, assi en ellos, como en otros, podràn sacarse experiencias que causen horror, y espanto a los mas arrojados en tales demasias.

Exemplos de algunos, que pusieron manos en los Ministros de Dios.

EXEMPLO PRIMERO.

REynaua en Castilla don Pedro, a quien sus muchas crueldades, le apropiaron apellido, llamandole el Cruel, tan aborrecible a todos, que aun hasta el nombre de Pedro, quedò odioso entre los Reyes, como el de Rodrigo, por auer perdido a España. Sea conjetura mia, ò sea verdad, que por lo menos desde aquellas edades ningun Monarca Catolico ha puesto nombre de Pedro, ni Rodrigo a los que han de sucederse en la Còrona; porque de vn cruel, no es mucho que hasta el nombre

bre

bre se aborrezca. Muchas cosas buenas tuuo este Prin-cipe, que no hemos de desdorarle en todo, muy zeloso fue de la justicia, que por este respeto le llamã justiciero, biẽ entendido, muy diestro, y famoso en armas: mas ya fuesse con justicia, ya sin ella, fue tal la carniceria que hizo de Grãdes, y Caualleros en diuersas vezes, y en lugares distintos, que aun de la sangre que se vertiò en tonces, nacen salpicadas las familias, con los recuerdos tristes de ascendientes muertos. Por no salir de mi assumpto, dexarè de contar hechos atrozes, si bien son tan notorios comunmente, como llorados de algunos. La crueldad con la Reyna doña Blanca, que desde el talamo, a manera de dezir, fue a la prision, hasta que en la estrecha carcel de Medina Sidonia, la hizo matar con yeruas, sin que el fuero de ser su propia muger, sin que su honestidad, su hermosura, su inocencia, su discrecion, ni virtudes, bastassen a mouer su animo airado: a quien que le toque sangre, y aũque no le toque, no prouocara a lastima? Manchar sus manos en la sangre fraternal del Infante don Fadrique, y a ojos del cuerpo difunto hazer que le siruiessen la comida, el Alcaçar de Seuilla pudo verlo, y cõ ser de piedra, fue harto no llorarlo. Matar a don Iuan su primo alla en Vilbao, y hazer arrojar el cuerpo de vna ventana a la plaça a que le viessen cadauer, quando le aguardauan con titulo de señor, en que barbaras Historias se avrà visto? Mas estas, y otras atrocidades semejantes, aunque le traxeron a mal traer, no empero le arrastraron al suplicio, hasta que se eslabonaron sacrilegios: que vna cosa es llenar la soga arrastrando, y otra tirar de la soga.

Quando ya iba de caida su grandeza, porque amontonados los pueblos, iban siguiendo la voz de don Enrique, aclamado por Rey en las principales Ciudades de Castilla. Entonces, pues, que de vna parte a otra andaua procurando con que defenderse, executaua rigores en los

les que le auian negado. Por tierras de Portugal passò a Galicia, y llegado à Compostela, sin respetar Sacerdocio, assi como otro Saul, sin mirar en Dignidades, sin temer castigos, mandò quitar la vida à don Suero, Arçobispo de Santiago, y à Peraluarez, Dean de aquella santa Iglesia, naturales ambos de la Imperial Toledo. A los Obispos de Lugo, y Calahorra, desterrò de sus Iglesias. Al Arçobispo de Braga, que le cogiò en Burgos, le hizo meter en vn filo, y vltimamente al Maestre de san Bernardo, Dignidad Eclesiastica, y de Religion en aquel tiẽpo, despues que le huuo preso en la batalla de Naxera, le hizo dar la muerte. Es cosa muy de notar, q̃ despues q̃ hizo este Rey estas demasias con personas consagradas al diuino Culto, y en vilipendio del Sacerdocio, fue como por la posta rodando à su precipicio. Primero passò por el cuchillo de las cẽsuras, y despues vino à parar al corte de otro cuchillo. Castigos del Vice Dios, que es el Pontifice Sumo, experimentò primero, y Dios, que es el mas ofendido en estos casos, acabò de castigarle con dar permission à su desastrada muerte. Sucediò desta manera.

Por la muerte del Maestre, y destierro, y prision de los Obispos, el Papa Vrbano, Quinto deste nõbre, despachò vn Breue, en q̃ le declarò por publico excomulgado. Y para hazerselo notorio, vino vn Arcediano de Roma, q̃ zeloso de la inmunidad Eclesiastica, aunq̃ sabidor de la austera condicion del Rey D. Pedro, se quiso encargar del caso, q̃ rehusaron otros muchos: pero temiẽdo cõ todo alguna vexaciõ, ò algũ desayre, se valiò de semejãte industria. Vino à Seuilla en vna galeota, ò vergãtin ligero, y puesto en las orillas del cãpo de Tablada, aguardò ocasion q̃ passasse el Rey, como solia por aquella parte. Sucediole à medida del deseo. Saliò el Rey passeandose vna tarde en vn potro, hijo del Betis, y viendole el Arcediano, le pregũtò, si gustaua de saber algunas nouedades de Leuante, que

se

se llegasse mas cerca, y le contaria cosas prodigiosas, y inauditas, como quien venia de verlas, y tocarlas. El Rey sin rezelo de la burla, y ansioso de algunas nueuas, se llegò hasta la lengua del agua, y el Arcediano entonces con sindo despejo, le intimò las letras Apostolicas, y apenas intimadas, quando escapò a vela, y remo, haziendose a la marina el rio abaxo.

Fue tanto el coraje, y el enojo q̃ recibiò el Rey de verse assi burlado, que sin reparar en riesgos, metiendo mano a la espada, y arrimando al caualio las espuelas, se lançò en el rio, escupiendo blasfemas cõtra el Papa, y amenaçãdole hazer armas contra èl, y quitarle la obediencia. Tã ciego, y encarnizado le puso la pesadumbre, que fue siguiendo la galeota, hasta que cansò el caualio, que sin poder hazer pie, se iba apique, y a no ser socorrido con vn barco, peligrara entonces. El Arcediano, aunque escapò con victoria, se lleuò buen miedo pues la primer cuchillada, casi le rayò el vestido, dando el golpe en la chalopa. En fin, lleuò a Roma que contar, y casi le hizo temer al Padre Sãto, pues admirado de la fiereza del Rey, por obiar males mayores q̃ podian encenderse de aquel fuego, le embiò a desenojar por medio de vn Cardenal sobrino suyo. Absoluiole de la excomunion, con q̃ a los Obispos desterrados los restituyesse a sus Iglesias. Por los muertos no pudo auer satisfacion, ò huuo medio en el pedirla, pero reseruòse a Dios, que para castigar no repara en atenciones.

A pocos dias, yendo con su exercito marchando àzia Toledo, en busca de su hermano don Enrique, que no con menos brio se adelantò a recibirle. Sentò su campo a vista de Montiel, villa famosa en la Mancha, y por lo que sucediò mas conocida. Lleuaua don Pedro la mitad del exercito de Moros de Granada, con que aquel Rey le auia socorrido (ayuda vil, y mas contra Christianos) y como sea assi, que en estos lances, en que de poder a poder

se

se buscan dos cõtrarios, arrastrando el lance de vna batalla, la perdida, ò la vitoria, y mas en guerras ciuiles, se suele desear saber el suceſſo por medio de adiuinos, al modo, q̃ sucediò a Põpeyo en la Farsalia, y a Saul en Gelboe, y ambos en los agueros supieron suceſſos triſtes, pues rotos, y deſtrozados acabarõ cõ las vidas; juizios quizà del cielo, y a nueſtro intento entrambos, pues los dos fueron sacrilegos, Põpeyo profanando el tẽplo Santo de Ieruſalen, dãdo alli de comer a ſus caualios, y Saul quitando las vidas a los Sacerdotes de la ciudad de Nobè, y es tan graue esta maldad, q̃ el miſmo delito va aſſombrando en miedos, y amenaçando ruinas. Como sea, pues, tan ordinario esto a quiẽ và con esta culpa; assi don Pedro, como temeroſo de ſu conciẽcia miſma, y poco cõfiado en tãtos eſquadrones, quiſo saber el fin de ſu jornada, por medio de Agoreros. Algunos Aſtrologos le pronoſticaron q̃ auia de morir en la torre de la Eſtrella, y que aſsi no entraſſe jamàs en caſtillo, ni poblado de aquel nõbre. Cõſultò anſimiſmo al Moro Benagatin, gran Magico de aquel tiẽpo, y muy eſtimado de los Reyes de Granada. Eſte, mediante vna profecia de Merlin, le anunciò la muertè en va lugar de la Selua, y muy deſaſtrada, pues le amenaçaua cõ la eterna, diziẽdo: *Que moriria dos vezes, vna al mundo, y otra à Dios.* El aguero iba reboçado con nõbre de aue negra, q̃ naceria en las partes de Occidẽte entre los montes, y el mar, robadora, y comedora. Eſta gormaria deſpues lo q̃ auia comido, y andaria como deſterrada, buſcãdo de puerta en puerta, quiẽ le dieſſe aluergue, y q̃ nadie la acogeria, con q̃ deſpechada ſe encerraria en la ſelua, y alli moriria dos vezes, a Dios, y al mundo. Eſta profecia le aplicò el Moro a D. Pedro, ſegun los procedimientos de ſu vida, que bien mirado, le quadraua en todo, por ſu ambicion, por ſus crueldades, y por ſu deſtierro. Solo le reſtaua ya el vltimo trance, que ora encerrarſe en la ſelua, y morir deſaſtrada muerte.

Buenos anuncios, y consuelos serian estos a quien iba escarapelado con los miedos, y temores. Diose en fin la batalla en el campo de Montiel, en que don Pedro quedò vencido con gran perdida de gente, y a vña de cauallo escapò huyendo. Encerrose en la Villa con los pocos q̃ pudieron seguirle. Don Enrique triunfante le cercò al pũto, deseoso que no se le escapasse, pues en acabar con èl estriuaua todo su sossiego, y la comun quietud. Mãdò fabricar en vez de trinchera vna pared de piedra seca, que al modo de muralla cercaua toda la Villa, maña bien aduertida, y prouechosa. Bien se podia aplicar, que ya el aue estaua acorralada en la selua, con bien pocas esperãças de saluar la vida, porq̃ el cerco era apretado, sin auer el menor resquicio por donde aventurarse. La hambre, y la sed apretauan animismo por adentro, no menores enemigos contra la vida humana, que los que estauan por fuera abroquelados. Reduzido, pues, a tan miserable cuita, procurò a fuer de promesas salir de quel peligro, interponiendo para ello la ayuda de algun contrario. Este fue Beltrã Claquin, General de los Franceses, que auian venido en fauor de don Enrique. Como de estrãgero, le pareciò seria mas segura la confiança, que al fin por leales que procedan, siẽpre humea en ellos la enemiga, que han tenido siempre a España. Consultò estos intentos con Men Rodriguez de Sanabria, cauallero que siempre le assistiò leal en todos sus trabajos. Aprobò el parecer, viendo que ya era el vltimo remedio, y assi èl mismo con son de paz salio a verse con Beltran Claquin. Exagerole de parte del Rey el seruicio grande que recibiria, solo con darle puerta para huirse, ofreciendole por principio de paga dozientas mil doblas, y muchas villas, y castillos.

Confuso se hallò el Francès, hecho fiel de dos empeños, y puesto su credito en balanças. Por vna parte le brindaua el interès; por otra le tiraua la lealtad, aqui reconoci-

cia deuda, y alli miraua piedad. Con todo rehusò de hazer traicion semejante a su señor don Enrique, temiendo mas la infamia en que incurria, que perder aquel logro, q̃ le dauan. Replicò a las escusas Men-Rodriguez, haziendole mas instãcias, y èl le pidiò tiempo para mirarse en ello, que cosas grandes, no pueden resoluerse sin mirarlas bien primero. Quedaron en esto a las primeras vistas, y Beltran comunicado el caso con algunos amigos, les pidiò su parecer: ellos le aconsejaron, que contasse a don Enrique lo que le auia passado, con que ganaria fama de leal, y a fuer de gratitud consiguiria quiza lo que le daua don Pedro. Tomò este consejo, cõtò el caso a don Enrique, el qual, cõ las promessas mismas que le ofrecia su hermano, le vino a persuadir a que con trato doble le llamasse a su tienda, para segũ lo pactado darle passo libre, y que vna vez puesto alli, èl veria lo que auia de hazer. D. Beltran, aunq̃ conociò que en las dos partes querian hazerle fementido, y q̃ cada vno le brindaua a la traicion, abraçò esto segundo, como mejor partido, pareciendole que engañar al contrario, y mas en las materias de la guerra, no era tanta culpa. Sètò, pues, con Men-Rodriguez el trato, y concertaron noche, en que don Pedro saliesse. Notable desdicha, que aun las Magestades no pueden estar seguras de traiciones!

Llegò la noche infeliz no sin agueros de sombras. Vayetas arraſtrò al ayre, de q̃ cortaron capuzes las estrellas. Los pajaros solitarios gemian en el monte, quando saliò el Rey don Pedro de Montiel, tan sobresaltado de miedos, y tan lleno de tristezas, como quien desde la carcel sube en la enlutada mula para marchar al suplicio, q̃ quiẽ ollado ya de la fortuna, por mas Principe que sea, se va a poner en manos de vn estraño, para que le socorra, es lleuar la vida puesta en el tablero, y jugada a los dados. Assi aconteciò a Pompeyo, quando rompiendo el mar a toda priesa iba a ampararse del Rey de Egipto, y en vez de am-

paro hallò muerte. No es marauilla, pues, que vaya el Rey don Pedro temeroso de dar con vn Tolomeo, quando se va a valer de vn enemigo. Demas que apretauan las tristezas los agueros, pues lo vmbroso de aquel sitio lo juzgaua por la selua, en q̃ el pronostico del Moro le amenazaua. Luego en la torre del omenage auia visto vn rotulo, que dezia: *Esta es la Torre de la Estrella.* En donde muchos Astrologos le auian pronosticado su muerte.

Con estos cuidados, pues, con estos miedos saliò el Rey armado sobre vn caualio, lleuando en su compañia algunos Caualleros, en conformidad del trato. Encubiertos con la noche, llegaron a la estancia, y alojamiento de Beltran Claquin. Apearonse a la puerta, entrò el Rey dentro, hallò poca luz, y viò como turbados los que estauan en la pieça, y que en vn murmurio sordo se hablauan vnos a otros, sin dexarse entender, todas señales tristes del fracaso amenazado. Dixo entonces el Rey a Beltran, que se fuessen luego, y no lo dilatassen a tiempo que les embargasse el passo algun estorbo; y en esta instancia entro don Enrique armado, con buen sequito de gente, que se quedò a la puerta de guarda. Dizen algunos, que dixo al entrar con voz desentonada: *Donde està el hi de puta Iudio, que se llama Rey de Castilla?* Y que respondiò don Pedro: *Tu eres el hi de puta, que yo hijo soy del Rey don Alonso.* Otros dizen, que antes el vno, y el otro se quedaron como atonitos, y pasmados de mirarse, y todos los que estauan en la pieça, muy confusos. Quien duda, que en lance semejante no vacilarian todos entre miedos, y esperanças? Va Francès entonces, que como le tocaua menos de la lastima, se hallo mas desahogado, dixo a don Enrique, señalando con la mano a don Pedro: *Mirad, señor, que es este vuestro enemigo.* Que fue, como dezirle: Dexad la confusion, pues esta aqui a quien buscais. Y don Pedro, con aquella ferocidad de animo, que le

diò

dio la naturaleza, respondio dos vezes: *Yo soy, yo soy*. Entonces don Enrique, metiendo mano a vn puñal, se fue para èl à herirle. Don Pedro reparãdo el golpe, vino a cogerle en los braços, y bregando vno con otro, cayerõ ambos en tierra, y don Enrique debaxo. Los circunstantes no hazian mas que mirarlos, sin mouerse ninguno a dar ayuda. Solo Beltran Claquin, reparando, en que D. Pedro por ser hombre muy membrudo, y de mas fuerças, podia sufocar a don Enrique, se llegò como a esparcirlos, y no hizo mas que darles buelta, dexando a don Enrique encima, y diziendo estas palabras: *Ni quito Rey, ni pongo Rey, pero ayudo à mi señor*. Al punto, pues, que viò don Enrique mejorado su partido, hiriò a don Pedro de muchas puñaladas, con que le quitò la vida. Lamentable sucesso! Caso atroz! Desdicha suma! Ver á vn Rey de Castilla rebolcado entre su sangre, muerto a manos de vn hermano. Prodigioso exemplo, para que miren todos, por mas grandes que se vean los fines, y paraderos que les permite Dios a los que con vida escandalosa no saben gouernarse. Quien no tuuo empacho de hazer derramar sangre inocente de los sagrados Ministros que en Compostela, y en los campos de Naxera, quizà abriendo bocas como la de Abel, pedia vengança al cielo: que marauilla, que la suya en el campo de Montiel se vea derramada? Nadie mire a Saul, por agrauiado que estè, en poner manos sacrilegas en Sacerdotes de Dios, porque quando piense que està mas olvidada la maldad, se verà qual èl en otro Gelboè, vertiẽdo arroyos de sangre, ò en otro Montiel cosido a puñaladas. Quien toca a Christos de Dios, tiene poco de Christiano, y hallarà muy poco en Christo.

(§)

EXEMPLO II.

Aunque el Sacerdote no haga lo que deue, no tiene poder el Principe para castigarle, ni poner en èl las manos, q̃ esso le toca a Dios, y a quien exerce sus vezes en la tierra, que es el Pontifice Romano; y hazer en contra desto, aunq̃ le dèn color de justicia, y aunque le echen capa de zelo, tendràn siempre su castigo, mas ò menos, conforme fuere la culpa; y menos, o mas, conforme la penitencia de quien delinque. Exemplo nos darà bastãte vn caso, que sucedio al Rey de Aragon don Iaime, que fue desta sustancia. Tuuo este Rey, siendo moço, entre las trauesuras, a que la mocedad suele desmandarse, su poco de galanteo, y conuersacion, no poca, con cierta dama, llamada doña Teresa Vidaura, de prendas, sin duda grandes; pues tuuo brio, y calor, al tiempo que el Rey, harto ya de sus amores (que hasta los amores hartan) casò con D. Violante, hija del Rey de Vngria, para pedirle la palabra, que la tenia dada, y formar sobre ello pleito en la Romana Curia. Aduertèciamucha, para que qualquiera señora no afiance la joya del honor en palabras, y promessas de hombres enamorados, por mas Principes que sean, porque goloso el apetito de nueuo manjar, les tuerce facilmente a nueuos empleos. Assi sucedio a don Iaime, pues sin mirar obligaciones, ni atender a caricias, dexò burlada a doña Teresa, quando ya dos partos la llamauan madre, y ella se pensaua Reyna. Sèntida entablò su pleito, pidiendo al Rey por marido. No tenia prueba, ni testigos; el Rey negaua; padecia su justicia. Diose en Roma sentencia contra ella, sin hazerle agrauio, porque la Iglesia nunca juzga de lo oculto. El Rey (ya fuesse traza de doña Teresa, valerse de sus Confessores, ya fin de por otro fin) descubriò lo que passaua, y la verdad debaxo del Obispo de Girona, baxo de los candados del

del natural sigilo, y aun de los de la confesion. Dixole, pues, como auia dado palabra de casamiento a doña Teresa, y que siempre fue su intencion tenerla por muger; pero que aora. En este pero formaria sus escusas, sus causas, sus conueniencias, que si fueron ajustadas, solo Dios pudo saberlo.

Quando vi esta historia, vine a desengañarme, q̃ ay tambien Prelados tontos, que hazen bobetias, que ocasionan mil empeños. Por lo menos la deste buen Obispo, no puede negarse, pues ya fuesse zeloso de la conciẽcia del Rey, ya compassiuo del agrauio que se hazia a doña Teresa, quebrantò el sigilo de la confesion; que aun quizà por esto, y para terror de todos los Padres espirituales, permitiò Dios el castigo que le dieron; que a vezes no son acasos algunas desgracias. Pareciendole, pues, que hazia vna obra de misericordia, escriuiò en cifra vna carta al Papa Inocencio Quarto, dandole auiso como el Rey no hazia su deuer en dexar a doña Teresa, con la qual estaua casado, y que assi el matrimonio, que pretendia con doña Violante se auia de dar por ninguno, y por de ningun valor. Que esta verdad la sabia de boca del mismo Rey, que se lo auia reuelado baxo de secreto, por cuya causa no se quietaua su conciencia, menos que dando este auiso, para que su Santidad lo remediasse por el mejor modo que pudiesse, y con el recato, y secreto que pedia la materia.

Mediante este auiso, mudaron de parecer los juezes de la Rota, y començaron a inclinarse a la parte de doña Teresa. El Pontifice daua calor a ello. Y como jamàs faltaron chismosos, y mas en las Cortes, y Palacios de los Reyes, que oyendo en vna parte, y susurrando en otra, cogen la palabrilla que se cae, y el cuento que se dize, para ir a relatarlo a quien lo paga, y agradece, no faltò quiẽ vino a entender, que el Obispo de Girona, por carta que auia escrito, auia sido la causa de auerle puesto el pleyto

de mala condicion. Llegò este chisme a oidos del Rey D. Iaime, y juzgando q̃ era cierto, por no auerse descubierto a otra persona alguna, ardiendo en el coraje, q̃ mueuẽ las primeras iras, y vẽdados con el enojo los ojos de la razõ, hizo llamar al Obispo a la Corte. Vino como otro Achimelech al llamado de Saul, bien ageno de lo q̃ le esperaua, y apenas D. Iaime le tuuo en su presencia, quãdo mãdò a vn verdugo q̃ le cortasse la lengua. Executose la crueldad cõ horror de quantos lo miraron, con mucha lastima de los que lo supieron, que tal carniceria, aunque se executara en vn seglar, mouiera a dolor, quanto mas a vn Obispo.

Nadie creyera de tan Catolico Principe desacierto tan grande, y no ay duda, sino q̃ el castigo fuera cruel a no saber purgarse con la penitencia; que estas ventajas haze vn entendido al que no lo es, que ya que tropieza, y cae, sabe leuantarse, ya q̃ yerra, sabe arrepentirse, al modo que sucediò a nuestro Dauid, quando ya Rey coronado se dexò enredar de vna hermosura, cõ que tropeçò en vn adulterio, y cayò en vn homicidio; pero a baños de lagrimas, y a fuerça de penitencias, aplacò a Dios los enojos, y purgò las culpas. Bien anduuo don Iaime, en quanto a esso, ya que auia andado mal. Fue el caso, que al punto que llegò a Roma la nueua, y supo el Pontifice el atroz delito, dizen, que hazia braburas de colera, y enojo, y q̃ se llenò de espantos el Palacio Sacro. Esgrimiò contra el Rey la espada de la Iglesia, aterrãdo a todo el Reyno con golpes de censuras; que excessos de los Reyes, todo el con un los paga de ordinario. El Rey fue declarado por excomulgado publicamente, y el Reino de Aragon quedò entredicho, cerrados todos los Templos, suspenso el diuino culto, y embuelto todo en tristezas. Conociò D. Iaime el yerro suyo, y mostrando arrepentimiento, despachò con suplicas humildes a pedir absolucion con todo el cargo de penitencia, que el Pontifice gustasse de imponerle. Despachò por su Embaxa-

xador al Obispo de Valencia, que para negocio tan graue no se atreuiò a embiar menos persona. El Pôtifice no se fiò de cartas, ni palabras; y assi para la aueriguacion embiò a dos Legados cõ facultad plenaria de alçar el entredicho, y absoluer al Rey, si hallassen q̃ su dolor, y pesar lo merecia. Los Nuncios guardãdo en todo las ordenes q̃ traìan, auiendose juntado en Lerida muchos Obispos, y Grandes en la Iglesia mayor, y a vista de todo el pueblo, absoluierõ al Rey publicamente, con las ceremonias solẽnes, q̃ el Derecho dispone. Puesto de rodillas, y cõ humildad mucha, oyò la reprehension q̃ se le hizo, y acetò gustoso la penitẽcia q̃ le fue impuesta de labrar à su costa el Monasterio Benifaciano en los Mõtes de Tortosa, dotãdole de rentas sufi cientes q̃ en Girona fundasse vna Capellania; en Valencia acabasse vn Hospital, y hiziesse otras limosnas. Todo esto precedio para absoluerle, y todo lo cumplio despues de absuelto, q̃ marauilla qué templasse a Dios en la vẽgança?

Ser este Rey penitente, despues del sacrilegio, vino a aprouecharle en no morir desterrado. Con limosnas, con obras pias, con muchas hazañas supo purgar el exceso. Fue tan deuoto, que edificò mil Iglesias, vtas desde los cimientos, otras que fueron mezquitas, consagrandolas a Dios. Fue tan feliz en las armas, que por treinta vezes entrò en batalla cãpal con los infieles, y siẽpre salio triũfante. Sesenta y tres años tuuo la Corona, cõ aplauso vniuersal de sus vassallos. Dexò grande sucesion, ramas ilustres con que oy se coronan muchas Casas. Pero con todo, como aquella lengua cortada del Obispo de Girona dàua vozes en los estrados diuinos, parece q̃ quiso el cielo q̃ quié a vn Ministro sagrado dio muerte tan lastimosa, sintiesse algunas desgracias en su muerte. Bueno es que se salue el alma de quien supo llorar arrepentido; pero razon es, que sienta el cuerpo algo de las penas que hizo padecer a otro. Assi don Iaime, aunque murio Catolico, y contento

en

en la ciudad de Valencia, fue originada su muerte de tristeza, y pesadumbre, porq̃ auiendo salido a sossegar los Moros de su Reino, fue destrozado su campo en la villa de Luxen, y fue tal estrago, y la matança, que por ser Martes el dia de la batalla, dizen, que desde entonces começò a llamarle el vulgo, dia aziago. Murieron personages de gran cuenta, y otros quedaron prisioneros, y muchos de los q̃ escaparon derrotados, y heridos. El Rey don Iaime, q̃ estaua en Xatiua, assi como oyò la nueua, fue tanto el pesar que recibiò, tanta la tristeza de que dexò lleuarse, que cayò en la cama, y murio de alli a pocos dias. Este fue el fin deste Rey, apesadumbrado con vna desgracia, quien en tantas lides salio siempre con vitoria. Quedese al Lector la conjetura, que harto ay q̃ ver en el caso. Quien dà muerte con dolor, dolorosamente muere. Respetar el Sacerdocio, hasta a los Reyes importa, o aparejarse al castigo.

EXEMPLO III.

Corone este assumpto vn caso raro, tan moderno, y reciente, que ningun Escritor, al menos que yo aya visto, se ha atreuido a darle al molde, por no lastimar con la relacion a los que ignorantes quizà del excesso son ramas nobles del que padeciò el castigo. De personas fidedignas lo he escuchado, y aun en pulpitos lo he oido, con el disfraz, y reboço que pide la materia, y siguiendo el mismo rumbo, avrè de contarlo, callando apellido, y nõbre: passò, pues, desta manera. En aquella Hera, que reinaua en España, vno de los mejores Reyes que ha tenido, y a quien la Corona Augusta del Imperio ciñò las sienes, (que quando digamos que fue Carlos Quinto, importa poco.) Sucedio que desazonados los naturales del gouierno estrañ̃o, se leuantarõ algunos motines en muchas Ciudades, y pueblos, con titulo de Comunidades. Los leuan-

ta-

tamientos fueron mas comunes de la plebe; q̃ los nobles raras vezes hazen estas salidas. Las cabeças fuerõ ansimismo hombres ordinarios. Esto sonaua por defuera, mas à lo secreto deuia de auer personages de valor, que vrdian las tramas, y atizauan el fuego. La cosa andaua tan reboçada, q̃ solo las conjeturas, y sospechas podian hazer juizio, y este incierto. Castigòse la maldad como merecia: los mas culpados pagaron con las vidas, y por no acabar con muchos, los dieron a los demas por inocentes. Sossegòse el Rey no a vista de su Rey, y al miedo de la justicia. Entre las pesquisas que hizieron los ministros, vnas publicas, y otras de secreto, dize se, que aueriguaron, q̃ el Obispo de Zamora (no importa explicar el titulo, quando callamos el nombre)* auia sido vno de los principales promotores de aquel rebelion, y escandalo. Que fuesse verdad, ò no, no lo aueriguo. Lo mas cierto es, eran solos indicios, y conjeturas, por estar acaso mal contento con los que gouernauan. Y como acontece no pesarle a quien està desabrido del daño, que sobreuiene a quiẽ causa su disgusto, no auia menester mas la emulacion, que auer visto al Obispo vn buen semblante, para acumularle qualquier culpa, y leuantarle vn falso testimonio.

El Padre Mariana, Castillo, y otros, dizen sin reboço, q̃ el Obispo se llamaua D. Antonio de Acuña, y que fue cabeça de los comuneros, y que le dieron garrote en la carcel de Simancas. Aqui se procura hablar con mas piedad, y modestia.

Vn Alcalde, pues (este nombre le darèmos) que entre los demas pesquisidores queria ganarselas a todos en lo brauo, en lo zeloso, y en lo presumido, quetia ser, en fin, mas juez que los demas; que ay hombres, que por sobresalir aun en su oficio, se arrojan a temerarios. Este Alcalde, pues, tomò por su cuenta la aueriguacion del Obispo de Zamora. Si la hizo bien, o mal, con passion, o sin ella, èl solo lo supo, y ya aurà dado la cuenta. Era cosa grande para aplaudir al Rey, descubrir vn comunero: descubrir vna cabeça, que seria? Claro està que se venian por ello las mercedes a la mano. Con esta golosina, y con esta ambicion, hizo el Alcalde la causa, sin miedo de cen-

su-

suras, que ay juez Letrado, que en cosas de jurisdiciõ quie re torcer los Canones Sagrados, al modo que las leyes, pa reciendole que sirue en ello al Rey, y es desseruicio, porq̃ nunca quiere el Rey sino lo justo, y hazer causa el seglar a vn Eclesiastico, es injusticia. La prueba le pareciò tan ple naria, que no buscaua ya mas, sino modos para passar al castigo. Remitirle a su juez, lo tuuo por cosa larga, y lo mis mo despachar a Roma, donde era forçoso auian de ampa rarle, disminuyẽdo la culpa, por lo qual quiso vsar de vna traza caprichuda, con que engrandecer su fama. Iuntò vn dia vna tropa de ministros, y criados, y sin dezir a ningu no lo que lleuaua en su pecho, se fue en casa del Obispo, fingiò q̃ iba a otros negocios, por encubrir las sospechas; dexòse en el çaguã los criados, aduirtiendoles estuuiessen sobre auiso, para quando èl los llamasse. Con esto, auiẽdo pedido audiencia, y siendole concedida, se entrò a hablar con el Obispo, el qual sin rezelar daño alguno, le recibiò con muy gran cortesia, y agassajo. Correspondiò el Alcal de al mismo tenor, cariñoso, y muy cortès. O pechos huma nos, y que bien, quando quereis, disimulais la maldad!

Aunque el Obispo le combidò con silla, no quiso sen tarse, ò por hazer mejor el hecho, ò ro estar el coraçon para tanto reposo, que vn animo traidor, vacila en desas sosiegos. Començaron, pues, a passearse, hablando so bre el negocio, que fingiò iba a tratar, y quando mas em beuidos en la platica, y mas descuidado el Obispo, con la conuersacion, sacò el Alcalde vn cordel, que lleuaua en la pretina, y echandosele al cuello, dio vozes, pidien do ayuda. Acudieron los ministros, vnos a ayudarle, y otros a tomar las puertas, por impedir los estorues, y an tes que pudiesse ser de nadie socorrido el Obispo, ni pu diessen quitarle de las manos de tantos verdugos, le echa ron de vn corredor abaxo, dexandole colgado de las va randillas, a vista de quantos quisieron verle agonizando

en

en el ayre. No entiendo que desde Saul acà se viò tal carniceria, ni maldad mas descarada, ni delito mas cruel. Prudentes, y auisadas han andado las plumas en no auer escrito atrocidad semejante, pues aun Barbaros Iapones no anduuieran quizà tan desatentos, como anduuieron Christianos, y vn juez con vna vara en la mano, que exerce vezes de Dios. Que juez se hizo jamàs verdugo, aunque dexasse sin castigar mil delinquentes? Ni que verdugo puso jamàs cordel al cuello de vn Obispo? Quedese al discurso este dolor, esta lastima, este sacrilegio, y veamos el castigo deste Alcalde, que causara tal terror, que sea escarmiento a quantos se hallaren juezes.

Por el miedo del rayo de la Iglesia, viendo que era el caso, para que el Pontifice hiziesse vna demostracion muy grande, poniendo entredichos, fulminando excomuniones, y amenazando otras penas. Por este miedo, pues, se solapò la maldad, encubriose el homicidio, desluziose el sacrilegio. Como eran cosas del Rey, nadie hablò palabra; los que mejor lo supieron, se hizieron mas ignorantes, y es lo bueno, ò lo malo, podemos dezir, que cargauan al Rey la culpa, en que aun no tenia parte, por zelar mejor el hecho. Gran desdicha, que hagan los ministros capa de las Magestades, para colorir sus yerros! Otro tanto hizo Borbon, quando el saco de Roma, acumulando al Catolico Monarca la culpa de su maldad: mas Dios mira por sus Reyes, y no permite que les mancillen su fama con lo que no han cometido, por lo qual castiga de contado los dueños de el delito. Borbon al subir del muro, le assaltò la muerte, quedando hecho espectaculo a vista de su exercito: en esto paro su orgullo. Nuestro Alcalde murio vn poco mas de espacio, porque royendo el gusano de su dañada conciencia el estambre de la vida, tuuiesse en la dilacion mas dolor, y mas tormento. Nunca desde entonces le amanecio vn dia alegre, assombrado

de

de si mismo lo hallaua todo disgustos, y todo desazones, creciò la melancolia, sobreuino vna dolencia, cayò en la cama. Aqui fue la inquietud, aqui los ahogos, aqui las apreturas. Agrauauase el achaque, y mordia la conciencia. Por vna parte el Medico, por otra el Confessor, por otra el Escriuano, andauan baraxados, y confusos, sin acertar ninguno a lo que iba, porque el grito del achaque alteraua al Confessor: el ay de la conciencia atemorizaua al Medico, y vno, y otro turbaua al Escriuano. Todo era andar cõ prisa medicinas, y Sacramentos, y con nada se quieraua el doliente, que quando està enferma el alma, poco aprouechã remedios. Confessò en fin su pecados, si bien, ò mal, luego lo verèmos. Recibiò la sagrada Eucaristia, Viatico Diuino, y soberano socorro, para quien le come en gracia. Hizo tambien testamento, y echando de ver que se moria, pidiò que le llamassen al Principe, porque importaua a su saluacion comunicarle vn negocio.

Era este Alcalde hombre de importancia, y de quien el Rey, y Principe hazian mucho caso. Sus muchas letras, y grandes seruicios, le auian leuantado a tanta altura, y pues fue vn Principe, como Filipe Segundo a visitarle a su casa, no puede dezirse mas. Visitòle, pues, por consolarle, despejaron la pieça, quedaron solos, y hablole de esta forma. Yo Principe, señor mio, siento que me muero, y no me aflige el verme morir, quando es deuda natural; no me aflige el dexar mi casa, quando queda biẽ puesta, y amparada de vuestra Alteza. nada de aquestas cosas me aflige, solo me atormenta, solo me atemoriza vn cuidado, vna pena, vn recuerdo de aquella muerto que di al Obispo de Zamora, esto me trae desassossegado, inquieto, y con pesadumbre; y pues yo no tuue alli otro fin, que hazer el seruicio de su Magestad, castigando sediciosos, segun las ordenes que me tenia dadas: holgariame en estremo, que este cargo, y esta culpa, si en ello tuue alguna,

lo

lo tomasse su Magestad sobre su conciencia, que siento en mi, que si vuestra Alteza me descarga desto, morirè con grande aliuio.

Oyole con atencion el Principe, y con aquel gran talento que Dios le diò, le dixo: Que si las ordenes que el Rey su padre le auia dado, las auia cũplido sin exceder dellas, no auia porque tener escrupulo: porque comissiones de vn Rey Catolico, siempre se procura que vayan ajustadas a lo que puede estenderse su jurisdiciõ; pero que si èl auia excedido por hazer seruicio mayor, ò por qualquier otro respeto, metiendose en castigar lo que no deuiera, no era razon que su padre se cargasse dello, y mas en cosas q̃ tienen dificiles los descargos; que no haria poco vn Rey en pagar lo que peca, sin añadirse cargas de lo que el otro pecò, que si tenia escrupulos, hombres doctos auia para aconsejarse, y ajustar bien su conciencia.

Con semejante respuesta saliò el Principe muy bien de la demanda, aunque se quedò el enfermo atonito, y confuso. Finalmente, ò èl no supo confessarse, ò no deuiò de querer, pareciendole quizà era gran desdoro de su opiniõ acusar por delito, lo que èl avria vendido por vna gran justicia; que ay pecadores, que por entendidos, se condenan mas que otros por ignorantes. En lo mismo que conocen que es malo, tienen empacho de dezir a vn Confessor, que hizieron mal, pensando es mengua escuchar reprehẽsiones de quien sabe menos que ellos. No hazen mas las mugeres en pecados de flaqueza, que hombres doctos en pecados de justicia: estos por pundonor, y aquellas por verguença callan las culpas, y infiernan las almas. Ojo, pues, a este castigo.

Muriose, pues, este Alcalde, y aunque con todos los Sacramentos, se descubriò poco efecto en su persona, pues agonizando en bascas, y con mil desassossiegos causaua miedo, y espanto a los que se hallaron a su muerte.

Mu-

Muriò en fin de la mala gracia, que en esto se dize todo. Su entierro se hizo con mucha pompa, muy grande acompañamiento, mucha cera, muchos lutos, muy solemnes las exequias, mucho fausto. En vn Conuento de Religiosos tenia su sepulcro, ostentando los marmoles con las grauadas armas de su grandeza; alli, pues, le sepultaron. Passò su carrera el dia, descogiò la noche el manto, y tocaron los reloxes a silencio. Dadas las doze serian, y quando ya los Frayles, acabados sus Maytines, iban a salir del Coro, començaron a llamar con desaforados golpes a la proteria. Causòles nouedad, por ser tan a deshora, bien que imaginaron ser algunos delinquentes, que iban a valerse del sagrado. Embiaron al portero a q̃ inquiriesse quienes eran, y que querian. Assomandose, pues, a vna rejuela, hizo lo q̃ le ordenaron, a que le fue respondido por los que llamauan, que baxasse a abrirles, porque importaua mucho a lo que iban. Diò esta razon el portero al Prior, y con algun enfado le mandò boluiesse, y que dixera, que no era aquella hora de abrir el Conuento, que diessen el recado, ò dixessen su embaxada, ò que boluiessen de dia. Boluiò el portero con esta respuesta, bien desazonado, y con mucha pesadumbre. Hizo muy bien el papel; hablò con brio, y como quien està en su casa; pero con mas imperio, y ossadia le replicò entonces vno desta suerte: Vaya padre, y digale a su Prelado, que mande abrir estas puertas, que està aqui dos Ministros de la justicia de Dios, ò que sino, verà con la facilidad que las abrimos.

Qual quedaria el pobre Frayle oyendo esto, no ay que ponderallo, pues aun a quien no se halla en ello, de solo oirlo, le harà el miedo espeluzarse. Embargadas las acciones, perdido el color, muertas las palabras, todo temblando, contò al Prior, y a los Frayles lo que le auian dicho, causando en todos no menores miedos, y mas confusion, y espanto. Mirauanse vnos a otros con semblan-

tes

tes de difuntos, quien mostraua mas valor, estaua mas temeroso; cada vno pensaua que por èl iban: el que estaua con rencor, con deseos de vengança, ò enredado en otras cosas, y a se contaua por preso, ya se miraua en juizio, y a no hazia caso de la vida, solo de la alma hazia caso. Que haremos Padres? preguntaua el Prior, que se les abra (dezian los mas animosos) otros, que no se abra, otros estauan neutrales sin responder, si, ni no, todos en fin vacilauan entre confusion, y miedo, quando con mayor ruido boluieron los de la puerta à assegundar los golpes. Aqui fue el desquadernarse, aqui el imaginar ya, q̃ iban al suelo las puertas, aqui el mirar cada vno por donde auia de huir. Mas el Prior entonces reuestido de valor, y animandolos a todos, mandò al hebdomadario, que se reuistiesse, y a los acolitos, que tomassen la Cruz, y candeleros, y que assi en procession, y en forma de Comunidad baxassen a recibir a la puerta a los que se intitulauan Ministros, ò Embaxadores de la justicia de Dios.

Aprobaron todos el acuerdo; salieron à la porteria en la forma dicha, abrieron las puertas, y vieron entrar dos emboçados a guisa de valientes, calados los papahigos, altos de cuerpo, morenos de color, y en todo bravos. En el olor de la ropa, que era de azufre, en vez de admizcle, se podia conocer de la region que venian. Hizieron su acatamiento, y haziendo la salua de que perdonassen aquel desassosiego, dixeron, como iban de parte de Dios a cierta diligencia, que guiassen a la Iglesia. Respondiò el Prior, que èl, y toda aquella Comunidad estauan muy obedientes a los Diuinos Mandatos, y al cumplimiento de las ordenes de sus Ministros, en cuya consequencia estauan promptos en cumplir, y executar lo que mandassen. Diziendo esto, caminaron à la Iglesia, la Cruz delante, luego la Comunidad, y detràs los emboçados. Llegado que huuieron, vno de ellos hizo señas, que guias-

sen al sepulcro, donde auian enterrado al pobre Alcalde, y que quitassen de encima el tumulo de marmol.

Aunque con esto creciò en algunos la confusion, todavia se disminuyò el miedo en todos, pues cada qual iba en duda, si seria por èl la diligencia. Llegaron, pues, al sepulcro, y el Prior se hallò muy embaraçado en auer de leuãtar la losa, que era maquina de marmol, y a los Frayles los via tales de miedo, que dudaua de mãdarles lo que no podian hazer. Propuso la dificultad con mucha turbacion, y entonces vno de los contenidos, le dixo: Ea Padre, no se acongoje, que aqui leuantarèmos la piedra, haga que vn Sacerdote traiga vn Caliz, y descuide en lo demas. Diziẽdo esto, sacò de la cinta vna varilla, al modo de Alguazil, y tocando con ella a vn lado de la losa, se reboluiò de improuiso, sin que la tocassen manos. Quedò patente el cuerpo del difunto, cuyo rostro estaua de buen color, muy claro, y resplandeciente, aunque todo lo demas afeado, y denegrido. Quien duda, que a vista del expectaculo, y al mirar aquel prodigio no crecerian los miedos, y se multiplicarian los espantos? Considerelo quien lee, en tanto que prosigo.

Traido que fue el Caliz, hizo que llegassen la copa a la barba del difunto, y leuãtandole vn poco la cabeça, y dãdole con la mano en el celebro, cayò en el Caliz la consagrada forma con que le auian comulgado, y luego al punto se le quedò la cara obscura, y fea. No quiere Dios (dixo) que quien no ha confessado sus culpas, tenga socorro, y ayuda deste grande Sacramento, ni que especies debaxo de las que està su carne, y sangre, se digieran en vn pecho duro, y obstinado; y assi lleuese esta forma al Sagrario, y guardese con toda reuerencia.

Cubierto el Caliz con vn paño negro, le tomò el que iba reuestido, y acompañado de la Comunidad, y de las luzes q̃ auia, al passo que si fuera ceremonia de vn Viernes Santo,

to, y no con menos tristeza, fueron al Altar mayor. Abrieron el Sagrario, y depositaronle allí. Gran leccion, y enseñança grande, para que cada vno mire del modo que comulga, y para que aprendan todos el como han de cõfessarse. No quiere Dios que el pecador perezca, que se arrepienta quiere, que gima, y llore su culpa, y que la sepa acusar delante del Confessor; porque confessar, y comulgar sin las partes necessarias que piden estos actos, hazerlo solo por cumplimiento, de que podrà seruir, sino de temer vn fracaso semejante, y vna desdicha qual esta?

Buelros todos adonde el difunto estaua, dixo el vno de los dos, que quitassen de aquel cuerpo el habito bendito, con que estaua amortajado, porque no era digno dèl, ni podia aprouecharle. Dos Frayles entonces con no poco temor lo desnudaron, dexandole en paños menores. Hecho esto les dixo por remate. Lo principal a que fue nuestra venida se ha executado. Solo resta, prestando consentimiento de vuestras Reuerẽcias, que saquemos este cuerpo de aqui, y nos le lleuemos, donde tenemos ya el alma. Vuessas mercedes (respondiò el Prior por todos) podràn hazer conforme al orden, y disposiciõ que traen de la justicia diuina, a lo qual, ni queremos, ni podemos estoruar, ni impedir. Pues segun esso (replicaron) no lo dilatemos mas; y apenas dixeron esta palabra, quando arrebataron los dos el cuerpo miserable, y leuantándo vn denso remolino, desaparecieron con èl, sin que quedasse rastro, ni memoria. Este fue el fin, este el paradero, este el castigo, de quien osò temerario manchar sus manos en la sangre de vn Obispo, de vn Sacerdote de Dios. Mirense todos los juezes en este exemplo, que solo con mirarse, dexaràn de entremeterse con personas de la Iglesia.

CAPITVLO XI.

Como Dauid se fue huyendo de Ceilan à los desiertos de Ziph, y el aprieto en que se viò por traicion de los Zipheos.

VItorioso, y festejado de los de Ceilan se hallaua Dauid, quando tuuo auiso, como Saul su suegro marchaua con grueso campo a cercarle en la ciudad. La fortaleza del sitio, y estar algo apercebido de sustento, le asseguraua el poder resistirle, la poca confiança de los naturales le hazia no assegurarse; que en casos tales, por redimir cada vno su vexacion, suelen ofrecer al enemigo al mismo que los defiende. Temiò alguna zalagarda de los Celainitas, no quisiessen con su vida redimir sus daños. Consultò sobre ello à Dios, y hallò cierta su sospecha, por lo qual juntando su gente, que serian hasta seiscientos soldados, saliò de la ciudad a toda prisa antes que Saul llegasse. Hizieronse al monte, y en los desiertos de Ziph sentaron el Real, pareciendoles a todos a proposito el sitio para estar ocultos. Lo enmarañado de la selua, y lo intrincado del monte les hazian vallado, al modo de trincheras, lo obscuro, y caliginoso de el lugar les daua capa de sombras. Los moradores, descendientes de Ziph del linage de Caleb, y del Tribu de Iudà, que en casas pagizas, y rusticos albergues passauan su vida, les hizieron buen passaje, y recibieron muy bien; que no fue poco consuelo hallar este socorro en tal trabajo.

Quando supo Saul que Dauid se auia ido de Ceilan, bufaua de coraje, juzgando se le auia ido la presa de las manos. Por no sentir el desayre dissimulò la salida, comẽ-

çan-

çando à hazer nueuas diligencias para saber dõde estaua. Nada se le encubre a vn Rey, y mas contra vn desdichado. El premiò, el interès, y la codicia hazen lisongeros, y por dar al Rey vn gusto minan la tierra; hallar que contar vale vn tesoro; ir con vn cuento, ò vn chisme, es tener cierta la paga. Por este camino no se le encubriò a Saul lo que pretendia; en la forma que fue verèmos presto.

Con mas cuidado que el Rey, aunque con mejor intento, diligenciaua el Principe Ionatas saber de su amigo. Segun Nicolao de Lyra, tenian los dos sus espias secretas, por cuyo medio se comunicauã. Sabiendo, pues, q̃ estaua en aquella selua, a hurto de su padre, determinò ir a verle por consolar sus trabajos. Saliò, pues, de la Corte de reboço, y à escondidas. Llegò a aquella soledad, donde no puede dezirse los placeres, y alboroços, que se mezclarõ de ambos, aunque al referir desdichas metieron como cizaña las tristezas, y se aguaron los gustos. El Principe animò a Dauid, diziendo, que no temiesse, ni se le diesse nada de los desafueros de su padre, porque tenia por cuidencia clara auer de sucederle en la Corona, y que aunque èl la perdia, lo tendria por ganancia verla en su cabeça; que no desfallecieffe en los trabajos, sino que hiziesse buen pecho a la fortuna, que miraffe que estaua de su parte, que era su amigo, y que no auia de faltarle en lo pactado, de tenerle por señor en viendole con la purpura. Con mucha gratitud estimò Dauid estas palabras. Boluieron à renouar sus tratos, y promessas, y dandose vn estrecho abraço, se partiò cada vno a su paraje, Dauid a la soledad, y Ionatas a la Corte.

Causan admiracion las variaciones del mundo, lo encontrado de los genios, lo opuesto de algunos hombres. Saul buscaua a Dauid por todos los caminos, para quitarle la vida, y el mas llegado à su sangre, q̃ era el Principe, se desvelaua en guardarle. De casa de su enemigo salia quiẽ

le auisaua, y de su misma casa salia quien le vendia. En el campo contrario hallaua lealtad, y en su mismo campo se fraguaua la traicion. Quien viò terminos mas opuestos? Expliquemos mas el caso. Miêtras Ionatas por ocultas sendas iba buscando a Dauid, para darle vn buen rato, y animarle, procurauan los Zipheos ir a la Corte a venderse, cõ la codicia y golosina del interès, que el Rey podia darles, ò quizà no mas de con solo el deseo de tenerle grato, mediante este seruicio. Quien imaginara tal traicion en vna gente sencilla como aquella, y que jamàs auiã sabido mas q̃ ser vnos pobres ganaderos de aquel monte? Quien auia de pensar, q̃ a quien auian dado buena acogida, recibiendole gratos, hospedandole alegres, y dandosele por deudos, pues descendian de vn tronco, le auian de armar vn laço donde acabasse? Por esto no ay mayor tiro que el de amigos, y allegados, el de aquellos que haze vn hõbre confiança, fiandole sus secretos, y la vida: pues claro està q̃ si tuuiera Dauid por sospechosa a esta gente, anduuiera sobre el caso, y aun los asistiera poco. Tenialos por vezinos, por amigos, por parientes, quien q̃ sospechasse? Agauillaronse, pues, los Zipheos, hizieron su consulta; parecioles q̃ les estaua bien, y partieron a executar su maldad.

En Gabaa tenia Saul su Corte; fueron allà los traidores, y tomando la mano los mas entendidos, hizieron relaciõ de aquesta suerte: Si ignoras, muy poderoso señor, el lugar que tiene a Dauid oculto, y la parte en que se halla, hazemoste saber, que habita entre nosotros. Lo mas agrio de los bosques le sirue de guarida, y el collado, que està a mano derecha del monte, le haze escolta. Si quiere V. Magestad auerle a las manos, podrà muy facilmente, llenando exercito para atacar los passos, porque no pueda escapar se. Lo que estuuiere de parte de nosotros, no ay que tener cuidado, quando es conueniencia nuestra seruir a V. Alteza en darle preso.

Esto contenia la embaxada, con q alborocado Saul, dio muchas gracias al cielo, y a los Zipheos muchas bendiciones. Que aunq̃ dize por aca vn refran: *La traicion agradada, pero no el traidor*; con todo, pocos traidores ha auido, q̃ no salgã premiados, q̃ aun quizà por esto no cessa de auerlos. Muy biẽ los agassajã, y buenos guãtes les dan, solo procuran guardarse dellos, pero no castigarlos. Bien ayais vosotros (exclamò Saul) y el Señor os guarde, pues os aueis apiadado de mi suerte. Andad, amigos, os ruego, y procurad con toda diligencia hazer inquisicion mas apretada del monte, y del lugar en q̃ Dauid habita. Mirad curiosos, si està de assiento, ò si anda de leuante, q̃ como sabe que le busco la vida, siẽpre se rezela de mis assechanças; y assi para no errar el golpe, ni q̃ sea darle auiso de leuantar mi cãpo, cõuiene assegurarle, y cogerle descuidado. Idos, pues, delante, atended a lo q̃ passa, y dadme secreto auiso para q̃ yo me aperciba. En duda no està bien ir a cosa cierta, saldrè sin pereza alguna: buscarlehe de monte en monte, y de collado en collado, y aũque la tierra en sus senos le dè albergue, ò me le oculte, minarè toda la tierra por hallarle.

Con este razonamiento, y con muchas caricias, y promessas, despidiò Saul à los Zipheos. Si supo Dauid, ò no este trato doble, antes de verse apretado, no lo declara el Sagrado Texto. El q̃ lo supo despues, no admite dificultad, por vn Psalmo, que compuso al auerle Dios librado de esta traicion, y peligro, como referirèmos despues en ver los Castellanos. Tener noticia que iba el Rey à buscarle, esto si lo supo al punto, y bien se lo rezelo Saul hablando a los traidores, por q̃ Dauid al passo que valiente, era auisado, y muy entendido; y assi tenia de secreto sembradas espias por la Corte, y en el campo, con q̃ sabia por horas todo lo q̃ passaua. Supo, pues, q̃ el Rey iba en su busca; y assi apressando su gente, se puso en huida; y para poderlo hazer cõ menos embaraço, se dexaron el poco caudal, trastos, y al-

hajas encerrado en vna cueua, gruta oculta de aquel mõ-
te, segun parecer de algunos, ò en vn fuerte que tenian,
como sienten otros. Cruzaronse a toda prisa al desierto
Rabi Sa- de Maon, ciudad de quien tomò el nombre, segun vn doc-
lomon. to Hebreo.

Como echò de ver Dauid en el semblante de los Zi-
pheos, que ni el susto de su fuga los auia inquietado, ni el
apartarse dellos lo sentian, tuuolos ya por sospechosos, y
rezelò la traicion: que mal puede encubrirse vn trato do-
ble, por mas que le rebocen disimulos. Con esto comen-
çò à huir antes dellos, que de sus cõtrarios, que enemigos
encubiertos, son mas fuertes enemigos. Emboscados,
pues, en la selua de Maon, procurò mañoso, mediante sus
atalayas, estar siempre sobre auiso, para ir diuirtiendo al
Rey, sin llegar a las manos; que siempre vn justo en seme-
jantes lides, escusa los rompimientos. Por esto, pues, quã-
do via que el Rey acometia por vna parte a penetrar la
maleza, se ponia èl por la otra. Si el Rey trepaua a la cum-
bre, èl descendia a los llanos; si el Rey le atajaua el valle,
èl se saluaua en la cumbre. Desta suerte los traìa arrastra-
dos por el monte, hasta que vn nueuo ardid cortò los pas-
sos. Mandò Saul, que toda su gente se hiziesse vna media
luna, diuididos en hileras, que tomassen todo aquel de-
sierto, y que fuessen marchando de aquel modo, yẽdo cer-
rando siempre en forma de corona. Tan apretada fue es-
ta traza, tan imposibilitada de remedio, q̃ desesperò Da-
uid de poder librarse. No desconfiò (como aduirtiò bien
Lyra) de saluarse su persona, que quando Dios le tenia
Lyra. empeñada su palabra de hazerle Rey de Israel, no auian
de poder mas montones de amenazados riesgos, que vna
palabra de Dios. De lo que desconfiò, fue dexar de llegar
à rompimiento, y de ver derramar sangre de muchos ino-
centes, porque para poner su vida en cobro, estaua claro
el costo de muchas vidas.

Va-

Vacilando en confusiones, se hallaua aquel grã pecho; sin descubrir flaqueza llorauа ya la desgracia; àzia dentro sentia la pena, y àzia fuera mostraua la osadia; que bié mirado, era sentir dos dolores, vno de sentir, y otro de dissimular; vno del riesgo preuisto, y otro del temor posposesto, que tambien es dolor, mostrar no tenerlo de lo propio que atormenta: *Ea, amigos, les dize, no ay sino à las armas; en el valor consiste la valentia, y la vitoria, mas q̃ en la muchedumbre; y mas quando solo la defensa, y el saluar las vidas es nuestro disignio; que vna cosa es pelear para vencer, y otra romper por el enemigo para huir. En este caso, vno vale por veinte, y mas quando nos apadrina la justicia, y la razõ. Como vuestro Capitan, yo irè delante, y adonde estuuiere mas apoderado el peligro, no os faltarà mi persona, q̃ quando moris por mi, no auia yo de hazer mi vida mas preciosa que la vuestra: ojalà tuuiera muchas, para darlas en defensa de vosotros. Antes murais à manos del agraaio, q̃ à manos de vuestro miedo, que el morir deste modo, serà baxeza, y morir de aquella suerte, serà bizarria. Morir como valientes, siempre es honra; morir como cobardes, siempre afrenta.*

Con semejantes razones puede presumirse, que alentaria Dauid a sus soldados, par aque no desfalleciessen en riesgo tan notorio, animandolos a defenderse para huir, no incitandolos a matar para vengarse. El aprieto iba creciendo por horas, porq̃ el Rey, y su gente coronauan ya las cumbres, sin dexar portillo en la maleza por donde escaparse vna aue. Visto, pues, por Dauid, que en ningun humano medio podia sustentarse la esperança, acudiò à Dios al modo que otras vezes. Hablòle con el alma, q̃ es lenguaje, que solo Dios le entiende por lo verdadero, que el de la lengua suele salir mentiroso, porque no todas vezes siente lo que dize. Oyole Dios, y entendiole al mercar los labios del pensamento, y aunque es gusto para Dios, comedia, y entretenimiẽto el ver padecer a vn justo, ver-

le abra el de vna fortuna aduersa, luchar con los trabajos, y estar entre las fatigas, no por esso le dexa de acudir con el socorro, quando le mira en el vltimo trance: hazele que salga vitorioso, porque supo trabajar. Assi a Dauid, quando mas desesperado se hallaua de remedio, le puso en saluo. Guardole para mas lides, y para mas Vitorias. Permitió la Magestad Diuina, que los Filisteos, brindados de la ocasion de ver a Saul diuertido en sus persecuciones, se le entrassen por sus tierras, talandolas, y abrasandolas. Llegòle esta nueua al monte, y pusole en tanto cuidado, que dando de mano a la persecucion, huuo de acudir a la defensa. Con tanta facilidad se truecan las cosas: el que se via acosado, quedò libre, y el que braueaua triunfante, se retirò cuidadoso.

Ido que se huuo Saul, no pueden ponderarse los jubilos con que Dauid, y los suyos dieron al cielo gracias de su buena dicha. Alli fue el animarse contra qualesquier otros reueses de fortuna. Alli fue el preuenir rezelos, para no verse otra vez vēdidos de traidores. Alli el loar el animo, y valentia de Dauid, y engrandecer sus consejos. Todo, en fin, era hablar de la buena suerte que Dios les auia dado en tā apretado riesgo; todo tratar de las traiciones, con que Zipheos, y Celainitas les auian armado la zelada. Dauid, como mas entendido, era quiē mas lo sentia; y por echar cuidados a vna parte, y mostrarse grato a Dios, en tanto que los soldados preuenian el viage para lugar mas seguro, compuso, y cantò los Psalmos en metros graues, y tristes, tomando por assumpto la traicion de los Zipheos, y las assechanças de los Celainitas. Siempre en la Poesia descansò el mayor cuidado, y en la musica se diuirtiò la pena. Estas dos canciones bueltas en nuestra lengua, fueron del tenor siguiente.

Psal.

Psalmo 54. en hazimiento de gracias de auerle Dios librado de la traicion de los de Ceilan. Gran materia para lo que se siente la ingratitud

Exaudi Deus orationẽ meam, & ne despexeris deprecationem meam, &c.

Dios, y Señor presta dme grato oido,
Que os invoco afligido;
No desprecieis mis ruegos,
Quando el dolor del alma toca à fuegos;
Oid, y estadme atento,
En tanto que mis lagrimas os cuento.
Estoy triste, Señor, y lastimado,
De ver vn buen seruicio mal pagado,
Pues sin irme à mi nada,
En fauor de Ceilan saquè la espada,
Viendoles ya el cuchillo à la garganta,
Con pena, y hambre tanta,
Que à no ser de mi braço socorridos,
Muertos se vieran, quanto y mas rendidos;
Y en pago desta obra, y deste hecho,
Que me venden sospecho,
Viendo que mi enemigo alborotado
Viene à cercarme: Hallome turbado,
Temiendo entre mil varias confusiones,
Aqui peligros, por alli traiciones.
Cargan me su malidad los Celainitas,
Alegando razones imperitas,
De que siendo yo reo,
Contra vn Rey, que me busca por trofeo,
No ay ley que les obligue à serme fieles:
Aprieta los cordeles
Su rigor, aunque haziendo la desecha,
Y assuma de mas brio mi sospecha.

Afsi en este Psalmo, como en los demas, se sigue el texto, y Glossa, con la exposicion de Nicolao de Lyra.

Contristatus sum, &c. Et conturbatus, &c.

Quoniã declinauerũt in me iniquitates.

Cor meũ contu ṽ batum est in me

Al passo que les miro ya traidores,
Turbase el coraçon entre temores:
Miro el peligro, considero el daño,
Aduierto la traicion, veo el engaño,
La muerte me amenaza, teme el brio,
El cuerpo entre temblores queda frio,
El bien està dudoso, el mal muy cierto,
Apelo à Dios, contandome por muerto.
Temi, que el pueblo ingrato,
Para hazer mas seguro su mal trato,
Las puertas me cerrara,
Con que de su maldad la claue echara;

Et dixi quis dabit mihi pennas sicut columbæ, &c.

Y assi dixe, la voz entre suspiros:
Quien para penetrar del aire giros,
Hasta llegar de vn monte à la alta loma,
Alas me prestarà como paloma,
Con que podrè bolando,
Huir de vn riesgo que me và buscando?

Ecce elõgaui fugiens, &c.

Esto dixe, y hallando el passo abierto,
Iunto mi gente, y huyome al desierto,
En cuyas soledades
Me puse à repassar las falsedades,
Los engaños del mundo, las traiciones,
Y hablè con Dios, cargado de razones.

Praecipita Domine, &c.

Precipita Señor, de tal manera,
De aquella gente, quanto ingrata fiera,
Las lenguas, que aun hablando
Vnas con otras se confundan, quando
Concierten de entregar al enemigo,
A quien fue en su defensa fiel amigo.

Quoniã audiui, &c.

Esto era, porque via,
Segun que el coraçon me lo dezia,
Su maldad, y traicion, si bien no todos
Se conformauan con los falsos modos,

Que

Que algun justo ha de auer de mejor gusto,
Que contradiga el sentenciarà vn justo.
Los mal intencionados,
Que andauan por venderme trabajados,
Hechos Argos espias
Rondauan la Ciudad noches, y dias,
Sin que con esto solo
Les faltasse en la plaça vsura, y dolo;
Que los que entrato vil à vn justo ofenden,
Tambien tendràn su vsura pues le venden.
La paciencia se apura,
El sufrimiento falta, y la cordura:
Porque si viera yo que mi enemigo
Indignado conmigo,
Porque le di el pesar, le hize el agrauio,
Me maldezia, le sufriera sabio,
Porque no puede dar vn agrauiado,
Sino es pesar, quando pesar le han dado:
Y assi, quando yo viera,
Que este me aborreciera,
Buscandome la vida
En poblado, en el monte, en la guarida,
Dandome pesadumbres à montones,
A barbaras regiones
Me fuera, y me ocultàra,
Donde la emulacion annuo me hallàra,
Que es el mejor partido,
Que se le puede hazer à vn ofendido;
Pero que tu, Ceilan, mi pueblo amado,
De cuyo amor prendado,
Capitanes os hize de mi mismo,
Dexandome guiar (que barbarismo!)
De lo que siempre fue prouecho vuestro,
Llamandome ya padre, y ya maestro,

Die, ac nocte circundauit eam.

Quoniã inimicus meus maledixisset mihi, &c.

Tu vero homo vnanimis, &c.

En la jurua, en la mesa, en la comida,
Vosotros, pues, me persigais la vida?
Venga la muerte, pues, sobre vosotros,
Y como allà los otros
Abiron, y Datar, y sus sequazes,
Como ingratos que fueron, y tenazes,
Vivos se los tragò la tierra dura,
Al infierno baxeis por sepultura,
Pues que en vuestros albergues, y moradas
Tuvisteis las maldades alojadas.
Yo empero llamè à Dios, y en breue rato
Me puso en saluo del aleue trato,
Por lo qual noche, y dia,
Desde que el Alva fria
Ensartados de perlas los cabellos,
Madrugué à ver del Sol los rayos bellos,
Hasta que ya la tarde con su sombra,
Vista de bocaci la verde alfombra,
Al mundo contaré los beneficios,
Con que premia el Señor cortos seruicios.

Veniet mors super illos &c.

Ego autem ad Deum clamaui

Al verse libre Dauid de la traicion de los Zipheos,

Psalmo 53.

Dios, y Señor Diuino, Omnipotente,
Por vuestro santo nombre, en quien confio,
Y à quien innoco humilde, y obediente,
Os suplico, atendais al riesgo mio,
Ponedme en saluo de vna, y otra gente,
Pues se conjuran con infame brio
Los Zipheos, poniendome asechanças,
Y Saul assestandome mil lanças.

Deus in nomine tuo saluum me fac, &c.

Iuzgaldo vos, Señor, como Iuez Sabio;
Conseruadme, os suplico, mi inocencia,
Y castigad tan descarado agrauio,

Con

Con que irritar pretenden mi paciencia:
Oid mis ruegos, ò cerrarè el labio,
Dadles à mis palabras vuestra audiencia,
Y vereis con traiciones insolentes
Los que me engañauan por parientes.

Deus exaudi orationẽ meam.

De deudos mios los vereis ya estraños,
Hechos gauilla vil para venderme,
En vez de bienes me procuran daños,
Y en vez de me librar, quieren prenderme;
Mas poco seruiran tales engaños,
Si à Dios, que està empeñado por valerme,
No le tienen temor, con que no ay duda
De tener miedos yo, pues Dios me ayuda.

Quoniã alieni insurrexerunt, &c.

Apartad de mi, pues, todos los males,
Que piensan contra mi mis enemigos,
Y assi esta, si es bien, contra los tales
Sus mismas armas, para ser testigos;
Que dais las recompensas muy iguales,
Termutando sus odios en castigos;
No queden delitos, no, ni aun desperdicios,
Que yo os lo estimarè con sacrificios.

Auerte mala inimicis meis.

Voluntariè sacrificabo tibi.

Con semejantes modos, y aliuios tan honestos consolaua Dauid sus pesadumbres, diuertia sus cuidados y desechaua sus melancolias; que como la Poesia leuanta siempre el espiritu a cosas altas, es forçoso q̃ oluide la memoria en aquel rato aquello que le aflige, y mas en Dauid q̃ no solo en la corteza de la letra leuantaua el pẽsamiento, sino que en la medula se iba à conceptos profundos. En el sonido hablaua de su tragedia; pero en el significado, de el mismo Dios hablaua. Tantos siglos antes se lamentaua Dauid en nombre de Christo de ingratitudes del pueblo, y de traiciones de Iudas. La mayor paciencia por mas su-

frir

frida que sea, en llegando à experimentar vn ingrato, prorompe en desabrimiento. No entiendo que fuera, a ser entendido, ser manso à vna ingratitud.

Pero vna dificultad se nos viene a los ojos. Porque David auiendo sabido por orden del mismo Dios, que los de Ceilan le eran traidores sobre ingratos, y que estauan dispuestos a entregarle al enemigo: porque digo, quando ya se puso en saluo, ò aun antes de ponerse, no hizo con ellos alguna demonstracion? Porque quando supo la celada, y descubrió el trato doble, no reboluió sobre ellos? Porque no castigò aquel agrauio, y despicò su enojo?

O Magestades humanas, y q̃ asistencia aueis menester de la diuina, que profundo sufrimiento, que prudencia, q̃ cordura para salir con vitoria en tales riesgos! Que gran pecho es menester, para poder digerir semejãte maldad! Todos los delitos se templan con el castigo, y siendo la traicion contra vn Principe el delito mayor, la mayor culpa, es menester para castigarse templança, lugar, y tiẽpo; porque hazer de otra suerte, serà perderse, y serà quizà hazer menos culpable el tiro de los cõjurados, despues de auer hecho lo que ellos queriã, que era perderle. A vn motin de vn pueblo, a vna conjuracion de personas señaladas, huir el golpe, y disimular el castigo, hasta ver ocasion, y aũque la aya se ha de castigar por rodeos, no a castigo descubierto; premiando ha de castigarse, llevando el fauor reboçado el cuchillo, yendo ed la houra disimulado el veneno. Traza es esta, que como ya vimos, tomò Saul al principio para matar á David. Hizole Capitan de a caualllo, para que arriesgado mas con esta honra, acabasse la vida entre las lides. Los hõbres grandes del mundo, que castigaron traiciones deste modo, triunfaron de la maldad, y se conseruaron en la Corona: los que a espada descubierta quisieron vengarse, se perdieron.

De exemplos estàn llenas las historias, y a cada passo se en-

encuentran, y por dar exemplo mas viuo, sea dechado de tan gran materia nuestro Monarca Catolico, el mas grãde el que oy reyna, a cuya vida consagren las edades numerosos siglos. No sean mis palabras lisonjeras, como las de Plinio a su Traxano, mas afectuosas si en alabãças mas dignas, porq̃ en materia de estar templado a vista de las traiciones, de disimularlas prudente, de colerarlas sufrido, de castigarlas piadoso, no ha auido, ni ay valor como el de Felipe Quarto. Solo su pecho ha podido digerir cosas, que ni la entereza de Traxano, ni el valor de Iulio Cesar, ni la piedad de Pompeyo bastàran a digerirlas. Aleuantamientos de Reynos, a traiciones de vassallos ha estado siempre inmobil en el sentir, y en el disimular, de tal modo, que ni el sentimiento grande de el coraçon ha prorrumpido en iras, ni el disimulo de la Magestad ha absuelto a los castigos. Ha sabido castigar disimulando, y hazer buen rostro, sintiendo; alardes en lo publico en las cabeças que no ay riesgo, castigos disimulados en mayores cabeças.

Vn politico moderno concluyò bien vna duda en dezir, q̃ aunque supiera Iulio Cesar antes de entrar en el Senado, el dia que le quitaron la vida, la conjuracion que contra èl estaua armada, y supiera con distincion quienes eran los conjurados, no hiziera alardes, ni tocàra rebatos, ni executàra prisiones, sino que con madurez, fingiendo achaques se escusàra aquel dia de entrar en la junta, y con recato, y silencio inquiriera la verdad, y hallando ser cierta la traicion, a Bruto, y a Casio los apartàra de si con cargos honrosos; embiaralos donde Marciales peligros los acabàran con honra, sin que ellas, ni los suyos lo adiuinassen agrauio, y que a los de menos cuẽta los castigàra poco a poco, segũ la ocasion ofreciera oportunidad, y tiempo. Presumese que haria esto, segun la valentia de aquel pecho grande, que valentia fuera disimular con prudencia vna maldad amenazada, vn crimen opuesto a la Magestad. Y en casos

D. Francisco Quevedo en la vida de Marco Bruto

arduos cómo estos, sino son Cesares, y Filipos, pocos Principes avrá que disimulen los castigos, y acallen los sentimientos. Nuestro Dauid sí, que fue pauta de sufridos, tolerando reueses de la fortuna con animo gallardo. En ocasiones muchas que tuuo en sus manos la vengança, se venció a sí mismo, teniendo por mayor trofeo la gloria de remitir, que el gusto de castigar. Assi, pues, considerando prudente, que destruir a Ceilan, era poco despique contra su traicion, è ingrata correspondencia, mas quiso dexarlos para ingratos cõ la vida, que dexarlos muertos, sin que pudieran sentir el auerle sido ingratos. Mas castigo fue en su modo dexarlos viuos a vista de su ingratitud, q̃ dexarlos castigados a vista de su sangre. Es muerte ciuil, y muerte dilatada, y mas penosa muerte la que siente vn ingrato, quando ha sido traidor a quien le hizo el beneficio. Es muerte, digo, tan cruel dexar a vn ingrato viuo con la memoria delante, de que ha sido traidor, que para no padecerla, será tal vez verdugo de sí mismo. Buen exemplo fue el traidor de Iudas, significado en los Celainitas, pues no dandole Christo mas castigo, ni mas pena, que descubrir su traicion, è ingratitud, quando le dixo en el huerto: que porq̃ entregaua, con beso de paz al Hijo de la Virgen? El
S. Luc. cap. 22. se hallo tan embaraçado entre su misma maldad, tan sospechoso consigo, tan corrido, tan auergonçado, tan impaciente, que tuuo por mas ahorro echarse vn lazo, y matarse, que verse ingrato, y viuir. Dexese, pues, Dauid con la vida a los de Ceilan, y los Zypheos, que sabida ya la traicion, y su ingratitud, mas castigo les dexa en su verguença, que si los dexara cadaueres con vengança.

Castigue el cielo a traidores, porque no vanagloriosos se jacten de su maldad, y en los que a sus manos, y asechãças mueren, saquen escarmientos los Principes que viuen, dechado de sus acciones, desbio de sus peligros, escudo de sus riesgos, enmienda de sus costumores han de ser siẽ-

pre

pre las vidas de aquellos que acabaron desdichados. Mirar a quien se haze bien, es el primer punto de quien preside cabeça, sea Reyno, sea Prouincia, sea vn solo pueblo. Premiar, y fauorecer con templança, por mas que aya meritos, es lo segundo, que ay emulaciones a la vista, y podrian serles traidores, que la embidia engendra mõstruos, y mas en los palacios. Tener buenos Consejeros, buenos lados, es de importãcia suma, y saber el Principe por si solo, lo que mas importa. Con estar atento a cosas que por otros han passado, con ver por donde hizieron el tiro, con saber las astucias de que se valieron, facilmente podrá vn Principe, ni morir de confiado, como Cesar, ni assegurarse de ingratos, como Pompeyo.

Pongamos, pues, por espejo lastimosos similes, y porque en diferente assumpto quedan ya ponderadas dos traiciones, y dos aleuosias contra dos herores, y Capitanes famosos, que fueron la de Viriato, y la de Sertorio, (que a manos de sus vassallos mismos, y de los mas llegados rindieron las vidas) si el curioso, no auiendolas alli visto, quisiere aqui acomodarlas, buelua a trás vnas pocas hojas, y en el titulo de Capitan de gente humilde las hallara escritas, y en tanto darèmos viuos con otras semejantes.

Exemplos de personas grandes, que perecieron à manos de las traiciones, y de otros que se libraron dellas.

EXEMPLO I.

AVnque es verdad, que de vna traicion el mas entendido, y auisado no se escapa, y que semejantes riesgos nunca pueden preuenirse, porque siempre los traidores nacen de los q̃ se tiene mas confiança, cõ

todo para defender a los Principes, y mas siendo Catolicos, parece q̃ haze señas el cielo cõ prodigios, y milagros. A muertes de Magestades, aunq̃ sean barbaras, è infieles, jamàs faltaron cometas, y agueros tristes, ò para preuenirlas, ò para llorarlas. Que auisos portentosos no tuuo Iulio Cesar, para que se guardasse del dia quinze de Março? Que pronosticos no tuuo el Rey don Pedro para no encerrarse en Montiel? Temerarios arraftraron a los riesgos para no perfuadirse, que podria auer quien se les atreuiesse; y assi murieron desconfiados, como otros de temerosos. Denos, pues, la primera luz de nuestro assumpto vn Rey famoso, y vn santo Prelado, que atentos a las sospechas, y obedientes a los auisos, se libraron de traiciones. Estos fueron Recaredo, y Mausona, este Arçobispo de Merida, aquel Rey de los Godos, de quien ya hizimos mencio en otra parte. Fue Recaredo hijo de Leouigildo, y hermano de Ermenegildo, aquel que por defensa de la Religiõ Catolica ofreciò el cuello al paternal cuchillo. Muerto el padre, biẽ arrepẽrido de la crueldad, dexò recomendado a Recaredo al santo Arçobispo Leandro, para que como Ermenegildo le diesse a beber la Catolica doctrina.

Saliò Recaredo tan disciplinado de tan gran Maestro, que el començar a reynar, fue començar a perseguir los Arrianos, y restituir a los Catolicos a sus Iglesias, de donde su padre los auia desterrado. Fue vno dellos el Arçobispo Mausona, hombre insigne en aquel siglo. Boluiò a su Iglesia de Merida, de donde quitaron al Arçobispo Sunna grande Arriano. Sintiò el Herege esta buelta de fortuna, verse despojado de la dignidad, y verla restituida en su competidor, dos sentimiẽtos juntos de vna herida. Afrentado, y embidioso solicitò la vengança, dando parte de su desaire a muchos de sus amigos, parciales de su secta. Tratò con ellos quitar la vida a Mausona, que menos que con tan atroz maldad no le parecia quedaua despicado

do. Haziales mucho estorno residir en Merida el Duque Claudio, como Gouernador de toda Lusitania, hombre de grandes prendas, y de señaladas virtudes, pues merecia la correspondencia en cartas del santo Pontifice Gregorio. Este freno detenia a los conjurados; pero como el animo que se resuelue vna vez à vna maldad, no repara en q̃ por medio de otras se execute, acordaron de matarlos a los dos. Tal sucede en casos graues, para destruir a vn justo, deguellan mil inocentes.

Creciò con todo la dificultad en el modo que auia de auer para quitar dos vidas, y no hallarõ mas eficaz medio, que valerse de el mayor priuado del Duque, pues nadie mas a su saluo podia executar el hecho. No ay traiciõ que no vaya agauillando alcuosias. Vn traidor haze otro traidor, y juntos procuran vn ingrato para con mas reboço executar la maldad. Valieronse, pues, de Vviterico, moço animoso, y ossado, y que por sus partes, y ardimiento era muy estimado del Duque, el mas de casa, y el mas valido. Sobornaronle con dadiuas, y ofertas, q̃ como tenia pensamientos altos, pues en tiempo adelante alcançò a ser Rey de Godos, ya le propondrian para escalõ de su fortuna el alçamiento con aquel gouierno. Tãto pueden intereses, y ambiciones, que de los mas beneficiados hazen ingratos.

Vrdianse estas tramas contra el buen Arçobispo, y otras no menores, y mas inteſtinas contra Recaredo. Como andaua tan zeloso en sentar en toda España la Fè Catolica, y postrar los Arrianos, rugianse entre ellos desabrimientos, enconos, iras, vengaças. La Reyna Gosuinda madrastra del Rey, y muy enemiga siẽpre de los Catolicos y el Obispo Vldida, cõ quien se comunicaua, eran las principales cabeças, q̃ abrigauan aquellos sentimientos; pero iba muy de reboço, por quãto conocido el brio, con q̃ Recaredo arrassaua aquella secta, el la fingiò ladearse a lo Catolico, disimulando con esta ficciõ el veneno q̃ abrigaua

el pecho. El tal Obispo vsò de la misma traza. Cõ vestidos aparentes de Catolicos vestian almas Hereges. Comulgauan, dizen, y al recibir la consagrada forma, la escupiã secretamente de la boca, teniendo por sacrilegio trasladarla al pecho. Tan de atràs vienen las desdichas, que ha experimentado España con Hereges, con Iudios, y con Moros, que temerosos de perder sus conueniencias, professauan ser Christianos sobre intenciones contrarias: con capa de Religiõ cubrian su mala secta, daño tan graue, q̃ tiene salpicadas con sus manchas lo terso de hartas familias.

Debaxo desta capa de Catolicos, tramauan Gosuinda, y el Obispo Vldida darle muerte a Recaredo, y no ay duda, sino que lo consiguieran à no dar el cielo auisos de la traicion, porque vna Reyna, madre tan de las puertas adentro de Palacio, quien sino el cielo pudiera estoruar, que executara su intento? Por esto dixo al principio, que mira mucho Dios por los Reyes, de tal modo, que los que acaban desastradamente, ò es que de puro soberuios atropellan los auisos, ò es que de muy culpados les permite el cielo aquel castigo. Guardaua Dios a Recaredo para columna de la Fè; era quien auia de borrar en España el nombre de Arrio; era quien auia de dar principio a lo solido de la Religion Catolica: y assi qual a otro Dauid le descubriò la celada de vno de los mas confidentes de su casa, y de su mesa. Supo en fin el Rey, que querian matarle, y que la Reyna su madrastra, y el Obispo eran las cabeças de la conjuracion. Supolo por sospechas, por indicios, por barruntos, y al cabo por certidumbres. Que harà vn Rey en caso semejante? En riesgo tan notorio? Y en reos tan poderosos? Prudencia, fortaleza, justicia, y templança, es menester que le assistan para auer de acertar, y vna de estas virtudes que falte, và a pique de delaciertos.

Toda esta tempestad andaua mouida, y amenazada en Palacio contra el Rey, y en Merida contra el Arço-

bis-

biſpo, y el Duque. Conjuraciones poderoſas en vna, y otra parte de Hereges contra Catolicos: enemigos encubiertos contra pechos deſcuidados. Luz del cielo es meneſter que alumbre a la verdad, y a la inocencia. Orgulloſo Sunna, viendo que grangeado Vviterico, era perder tiempo con la dilacion, buſcò traza para matar à Mauſona, y fue embiarle recado de querer viſitarle, pidiendole para ello tiempo, y lugar ſeñalado. De humildades, y corteſias de enemigos ay poco que fiar: de ellas ſoſpechò el ſanto Prelado que le querian vender, ò hazerle algun deſafuero. Deſdeñar la corteſia del contrario, le pareciò temeridad; fiarſe de ella, lo juzgò por boberia, y por cumplir con todo, ſin faltarſe a lo cortès, ni arrojarſe a confiarſe, embiò a llamar al Duque, para que ſe hallaſſe preſente a la viſita, cuya preſencia, autoridad, y poder era baſtante àſilo para reprimir qualquier genero de maldad. En vez de deſabrirſe Sunna, y los demas conjurados, moſtraron en ſu interior mas dilatado el placer, pues con aquella ocaſion podiã ſin hazer dos alborotos, quitar las vidas a entrambos. Fueron, pues, a la viſita, tan apercebidos, como determinados. Saludaronſe, como es coſtumbre, los vnos a los otros, y al trauar las primeras razones, hizieron la ſeña à Vviterico, que conforme acoſtumbraua, eſtaua a las eſpaldas el Duque, al modo que Caſca ſe hallo a las de Iulio Ceſar. Segun el trato, èl le auia de herir primero, que en aleuoſias ſiempre la ingratitud mete primero la mano. Probò, pues, a arrancar de la eſpada, y quedò embargado el braço, ſin que pudieſſe executar la accion. Vnos dizẽ, que ſe cortò con el miedo, y otros, que fue milagro, que auiẽdo cauſa para ſerlo, como amparar inocencias, y confundir heregias, no es mucho que Dios le hizieſſe.

Quando deuieran quietarſe à fuerças del prodigio, quedaron con mas azeros los conjurados de executar ſus intentos. Buſcaronſe la ocaſion, y fue, que en vna junta, ò

profession, que hazian à la Iglesia de santa Olalla, que estaua extramuros de la ciudad, determinaron matar al Arçobispo, y à quantos alli se hallassen. Valierõse con secreto de muchas espadas, que ocultaron para el caso. Ya el peligro parecia irremediable, sino acudiera Dios a la defensa inspirando a Vviterico, para que mudado de proposito descubriera aquellas tramas. Claro està, q̃ a vista del milagro passado auia de acobardarse la mayor ossadia, y reprimirse el mas atreuido impulso. Cõtò, pues, al Duque Claudio lo que passaua, y la celada que estaua preuenida. El Duque al punto quiso ganar por la mano, juntò toda su gente, y como en Real de enemigos embistiò con los traidores. Quitò las vidas à quantos se defendieron, y a todos los demas puso en prisiones, y juntamente a Sunna, cabeça principal de la conjuracion. Esto obrado en esta forma hizo relacion al Rey de todo el caso.

Hallauase Recaredo, como queda dicho, harto embaraçado en la traicion, que contra si auia descubierto, y quando el nueuo sucesso pudiera atemorizarle mas, tomò antes motiuo para hazer justicia, y castigando los conjurados de Merida, era como leerles castigos a los de Palacio. Sacò la cara prudente, arriesgòse valeroso, portòse templado, castigò hasta donde pudo, Dios acudiò a lo demàs, con que laureado en la vitoria, dexò dechado a los Reyes, del modo que han de portarse en semejantes castigos. A los conjurados contra el Arçobispo, despojò de sus haziendas, quitòles los cargos, y desterròles à diuersas partes. A Vacrila, porque se retraxo al Templo de santa Olalla, mandò que siruiesse alli de esclauo perpetuamente. Al Conde Paulo de Sega, que por lo de Titulo sobresalio à ser cabeça, hizo cortar las manos, y desterrarle a Galicia. A Sunna, la cabeça principal de la conjuracion, quando quitarle la vida juzgaran otros por adequado castigo, o dexarle con ella, lo llamarã omission, le dio

vna

vna pena leue, y suaue al parecer, y para èl harto graue; fue que escogiesse, o renunciar la heregia, o desterrarse de Espeña: Eligio lo segundo, rabiãdo de coraje, y se passò à Africa. Estos fueron los castigos de aquella conjuracion, con que teniendo hecha ya la mano a la clemencia, castigò del mesmo modo las tramas que Gosuinda tenia vrdidas contra èl: esto fue, que desterrò de su Corte al Obispo Vldida. Mostroles con esto, que sabia la maldad. Con la Reyna, como persona tan grãde, no se atreuio a hazer demostracion alguna, que sonasse a sentencia, o à castigo; pero quitandole la correspondencia del Obispo, reformandole la comunicacion con los demàs, negandole sus visitas, mostrando guardarse della, fue, segun lo que surtio, tã gran castigo, pena tan cruel, que acabò con breuedad lo que le restaua de vida, y fue su muerte el sossiego vniuersal de todos los Catolicos. Alzò la Fè su estandarte, y quedò por el suelo la heregia. El Rey, el Arçobispo, y el Duque quedaron triunfantes de las traiciones, y los conjurados cõ vna dilatada muerte, pobres, auergonçados, y perdidos, quedaron bien castigados.

Guardò Recaredo justicia, con fortaleza, y templança; que querer en tiempos mal assegurados llenar a fuego, y a sangre los castigos, vendrà à ser vna justicia destemplada, è imprudente, pues suele arriesgarse lo que està ganado, y empeorarse lo perdido. Y querer, descubierta vna traicion, no distinguir la pena contra los inquietos, sino parejarlo todo, grãdes, y chicos, nobles, y plebeyos, cabeças, y parciales, serà poner la cosa a pique de mas motin, y de mayor leuantamiento, y de peligro mas graue. No ha de ser con todos el cortar cabeças, que demas de ser carnicerias que hazen de vn Rey justiciero vn Rey cruel, y al tanto aborrecible, suele auer cabeça, que cortada, produce como hidra otras mil que la defiendan. A pajaros grandes que han delinquido, para assegurarse

de

dellos, no ay medio mejor, que cortarles las alas, pelarles las plumas, y enjaularlos; que para castigo, por atroz que le merezcan, fu verguença basta, y su desnudez les sobra. Con esto haze vn Rey su hecho, castiga el delito, remedia el daño, y gana fama de piadoso; queda con todos bienquisto, sin malquistarse con nadie. No fue solo Recaredo quien se portò desta suerte en los castigos, que mas de mil siglos antes enseñò nuestro Dauid esta politica, no solo qual queda visto con los Celainitas, y Zipheos, siendo Principe, sino quando ya Rey coronado de los doze Tribus mostrò en muchas ocasiones su prudencia. Matanle aleuosamente al Principe Amon, y vn destierro de la Corte fue el castigo del fratricida. Y si ser hijo tambien el matador, hazia mucho, no ensangrentar el Palacio con otra crueldad, hazia mas. Reuelauasele Absalon, haze armas contra èl, echale de su casa, fuerçale sus mugeres, y quando ya le lleua de vencida, manda que no se le maten, y llora la inobediencia con su muerte. Descubrele Ioab el sigilo de su carta, esle traidor, eslo tambien con Abner; pues estando baxo de su seguro, le quita la vida, y abriga prudente en el pecho estas demasias, sientelas, y callalas, y suspende el castigo; porque considerando a Ioab tan gran cabeça, su mas valido, el dueño de todas sus armas, el idolo de su Corte, no le parecia arriesgar su credito, y su Corona por quitar vna cabeça: y assi estando para morir, le encargò a su hijo que lo castigasse. No son todos los tiempos vnos; ay tiempo que el castigo es cosa santa, y ay tiempo que lo santo de vn castigo puede alborotar vn Reyno. Conforme la grandeza del delinquente se ha de buscar la ocasion para castigarle. O Augustissimo Monarca, Filipo, de dos mundos, y quien pudiera, si el emulo callara (que las juzgara lisonjas) hazerse lenguas aqui en vuestras alabanças! Lo benigno, lo piadoso en castigar agrauios, no es solo, como piensa el vulgo, sobra de mucha bondad, sino sobra

de

de prudencia, y fuerça, à vezes de necessidad, y tiempo.

EXEMPLO II.

Hasta aqui hemos visto amenaçadas traiciones, pero castigadas antes de lograrse: passemos a casos mas lastimosos, que sean diuertimiento, de quien llora lastimado, algunas tragedias suyas. Vna historia tan antigua, como sabida de todos, nos dará principio. Despues que se perdiò España a traiciones de Iulian (que las mayores perdidas suelen ser de ordinario por traiciones) quando extinguido de los Godos el antiguo Imperio, sucessores de Pelayo le iban restaurando poco a poco, reynando en Leon, y Asturias don Bermudo, Segundo de aquel nombre, el año que se contaua de nouecientos y ochenta y cinco, florecia en Castilla, assi en paz, como en guerra siete hermanos, jouenes valiētes, de claras prendas, y nobilissima sangre. Su padre se llamò Gonçalo Bustos; otros le llaman Gustio, rama noble del Conde don Diego Porcellos, tronco ilustre de las mas insignes casas. La madre fue D. Sancha, hermana de Ruy Velazquez, señor de Villaren, de no menos nobleza. De vn parto, dizen, tuuo a estos siete Infantes, cosa prodigiosa, pero no imposible: * antes quizà ser tā juntos al nacer, fue aguero triste de lo juntos que fueron al morir. Por ser su padre señor de Salas de Lara, tomaron el apellido del solar, llamandose los siete Infantes de Lara. Descollaron desde niños en la bizarria, y ardimiento, assistidos de la buena enseñança de Nuño Salido su ayo, pues antes que la edad les apuntasse el bozo, se hazian ya temer de la Morisma. En algunos encuentros con los Barbaros dieron ventajosas muestras de lo mucho que se esperaua en adelante; que bizarrias en la edad tierna, siempre pronosticaron trofeos en la vejez.

* *Otros passando en silencio la dificultad, suponen que estos Infantes fueron de diuersos partos.*

Siga cada vno lo que mas biē le pareciere.

Que de cosas que caminauan a grandes haja vna des-

gra-

gracia! Què de verdores ardientes agosta vna desdicha! Apenas los siete Infantes salian de pimpollos de la puericia, a ser rayos de las lides, y Martes de las guerras, quando vna ocasion harto leue, hecha azahar de sus bizarrias, y armando lazo traidor, les atajò los progressos a sus glorias, si bien el saber morir como soldados, les adjudicò trofeo, que durarà inmortal en el Templo de los siglos. Passò el caso desta suerte.

Casauase en Burgos Ruy-Velazquez, tio de los Infantes, con vna señora ilustre, prima del Cõde Garci Fernandez, llamada doña Lambra. Concurrieron a las bodas todos los nobles, el Conde, y Gonçalo Bustos, y los Infantes sus hijos, y aunque en estos actos presiden de ordinario regozijos, y placeres, tal vez de los mismos juegos se suelen armar debates. Vnos dizen, que las dos cuñadas, D. Sancha, y D. Lambra se trauaron de palabra con pequeña ocasion; que mugeres, y mas cuñadas, con muy poca les sobra para reñir. Dixeronse algunas quemazones, y llegàran à las manos, sino las esparcieran. Gonçalo, el menor de los Infantes, boluiò, dizen, por su madre, y dixole a la tia algunas pesadumbres, de que quedò muy picada, con animo de vengarse. Otros lo cuentan de otro modo, diziendo, q̃ la riña, y question fue entre Gonçalo, el Infante, y vn pariente de D. Lambra, llamado Alvar Sanchez. Poco importa que fuesse lo vno, ò lo otro, quando todo pudo ser; que de vna pendencia, en que se hallan deudos de ambas partes, resultan muchos enfados. En fin, aquello se cõpuso, sin que al parecer quedasse brasa encendida, que auiuasse mas enojo. Doña Lambra cubriò con disimulo su ponçoña, hasta que hallasse lugar para verterla.

Antes de concluirse las fiestas se ausentò Ruy-Velazquez, y a fuesse despachado del Conde, ò ya llamado del Rey para cosas de importancia, que andauan en aquel tiempo los negocios de la guerra de no buena condi-

cion.

cion. Doña Lambra se partiò a Barbadillo, y por honrarla los Infantes, la fueron acompañando hasta el mismo lugar. Ella que siempre estaua con el veneno del passado agrauio, juzgando tenia ocasion para su despique, mandole a vn esclauo, que tomasse vn cohombro mojado en sangre, se le tirasse a Gonçalo, el Infante menor, dandole palabra, que en ella tẽdria afilo para qué no le ofendiessen. Puso por obra el esclauo, lo que mandò la señora. Teniase aquella accion en España por vna graue injuria: era afrenta que manchaua: y assi al punto el Infante, y sus hermanos con èl, sacando las espadas siguieron al esclauo: El baxo del seguro prometido, se fue a guarecer de D. Lambra. Poco le prestò su amparo, pues en su regaço mismo le quitaron la vida: justo castigo, merecido de los dos.

Pintar aora las lagrimas, las quexas, el sentimiento, y el luto, con que esperò a su marido, ponderandole aquella injuria, y afrenta, parece que es escusado, pues al menos discursiuo se està dando a entender. No encareciò Florinda tanto su fuerça a su padre el Conde, como Doña Lambra su injuria a su marido; ambas fueron exclamaciones vengatiuas, que vnas ocasionaron la perdida de España, y otras la perdida de siete excelentes vidas. Dios nos libre de mugeres. Era Ruy Velazquez bien entendido, hombre sagaz, y astuto, y qual si huuiera cursado la escuela del Conde don Iulian, començò con dissimulos a disponer la vengança.

Enjugò las lagrimas de su muger con cariño, hizo como donaire del caso, y diò muestras en lo publico ser mala razon de estado leuantar por pocas cosas incendios, que cuesten mucho. Quedauale otra en el pecho; pero dissimulauala bien. Con muestras de paz, y beneuolencia empeçò a armar sus lazos para la vengança; modo infame de traidores, cara alegre, y dañado el coraçon. Para no errar el tiro, quiso tirar primero a la cabeça; y assi con

con despachos de el Rey, ya falsos, ya verdaderos, que so-
nauan cierta cobrança de vna paga del Rey Moro, dió tra-
za para que su cuñado Gonçalo Bustos fuesse a Cordoua,
La intencion fue, de que allà le matassen, segun vna carta
que le dió escrita en Arabigo, en que le rogaua a aquel
Rey, por lo bien que auia de estarle, que le quitasse la vi-
da. Muchos Vrias ha auido, que a fuer de leales han lleua-
do cartas para su muerte.

El Moro, que era Miramamolin Almançor, hombre, aun-
que Barbaro muy auisado, y prudente, y recto en adminis-
trar justicia, sintió mal de la traicion, apiadose de las canas
venerables de varon tan principal, y no quiso matarle. Lo
mas que hizo fue tenerle en prision, por no desazonar
sus conueniẽcias. Gozaua en la carcel de mucha libertad,
que como no era mas de entretenida, tenia casi por suyo
el Palacio, y andaua a sus anchuras. Era Gonçalo Bustos,
aunque ya cargado en dias, de gẽtil presencia, viejo, brio-
so, y galan. Dió en mirarle con afecto vna hermana de Al-
mançor, y con achaque de consolar sus tristezas, trauò pla
ticas con èl. Era ella de buena cara, con que Bustos, cono-
cido su distinto, no quiso mostrarse ingrato. Correspondió
galan a los cariños de la Infanta, y juntas las volunta les,
y soplando amor el fuego, touierõ los dos vn hijo, que fue
Mudarra Gonçalez, tronco ilustre, y principio generoso
del clarissimo linage de los Manriques de Lara.

Mientras Gonçalo Bustos entretenia en Cordoua su
prision, con los galanteos, muy regalado, y seruido de la
Infanta Mora, no cessaua Ruy Velazquez de buscar mo-
dos, y trazas con que matar sus sobrinos. Tan vengatiuo
tenia el animo, que no contento con tener preso, y deste-
rrado al padre, anhelaua por ver derramada la sangre de
los hijos. Carteauase con Almançor para executar su da-
ñado intento. Significauale lo bien que auia de estar a su
Imperio, quitar delãte de los ojos siete enemigos brauos:

que

que su orgullo, y osadia atemorizaua ya sus fronteras. Que él por estar agraviado queriá hazerle este seruicio, que no lo desestimasse, ni perdiesse la ocasion que le ofrecia. Estos eran los auisos del traidor. Conocia el Moro la conueniencia, y mostrandose grato, diò orden a sus Capitanes, para que estuuiessen prestos a lo que les dispusiesse Ruy Velazquez.

Vrdidas estas tramas, solo se aguardaua la ocasion. Fingiò, pues, Ruy Velazquez, y echo voz de hazer vna salida a tierra de Moros. Los Infantes, que no deseauan cosa de mas gusto, y mas quando estauan muy sentidos de la prision de su padre, ignorantes de la causa della, poco huuierõ menester para no ofrecerse briosos a irle acompañãdo. Su ayo Nuño Salido, ya fuesse porque no se arriesgassen, no auiendo causa vrgente, ya que como mas cuerdo sospechò algun trato doble, procurò disuadirlos de aquella empressa. Atropellaron por sus consejos, que lozanias de la juuentud nunca ahondan las materias de peligros, no saben temer, y arrojanse imprudentes.

A las faldas de Moncayo en campos de Arauiana, que cubiertos por partes de espesura, parece que atraidoradamente se emboçauan con las sombras, tenia puesta Ruy Velazquez vna celada de Moros, muchos, y bien preuenidos. Con los Infantes iban solos docientos de acauallo. Metieronse por aquella parte, bien descuidados de la traicion, que sin poder ya huirla, les saliò al encuentro. Dieronse por perdidos a vista del engaño, pero en vez de desmayar se reuistieron valientes de mas brios. Vnos a otros, antes de entrar en la batalla, se animaron a morir como buenos. Viendo que eran poca gente, respeto de la gran Morisma, que como hormigueros se iban apareciendo entre las matas, quisieron peleando como muchos, vender bien caras sus vidas. Trauose la pelea con denuedo notable, haziendo los Infantes tanta riza en la ca-

canalla; que primero que caia alguno dellos, dexaua a sus pies vn monte de difuntos. Casi podian sospechar los Moros, a no crecer el numero, que auian sido ellos los engañados, pues solo se reconocieron vencedores en no quedar Christiano que peleasse. En lo demas, quanto a cantidad de muertos, ellos fueron los vencidos, pues para doziẽtos Catolicos, quedaron en la cãpaña mil Alarues Africanos.

Assi quedaron muertos los siete Soles de Lara, rayos de Marte, flores de la juuentud. Cortaronles las cabeças, y juntas con las de Nuño su ayo, las embiaron presentadas a Cordoua, para que el Rey Almançor se diesse por pagado, y estimasse en el presente lo grande de el seruicio. Con el calor de el tiempo, y distancia de el lugar llegaron desfiguradas, y para satisfacerse el Moro si eran ellas, rezelando no fuesse alguna zalagarda (que de vn traidor todo puede sospecharse) quiso que se las mostrassen a su viejo padre, y que las reconociesse. Para que esto se hiziesse con algun modo, combidò el Rey a Gonçalo Bustos a comer con èl vn dia, no estrañando dar su mesa, a quien por su alto linage merecia todas honras: Sirueronse platos, y manjares muchos, con aparato Real, y sobremesa sacaron las ocho cabeças en vna fuente, y dixole el Rey, que mirasse aquella fruta, y reconociesse de que arbol, ò en que tierra se auia criado.

No pueden ponderar plumas, llorarlo si se puede, el inmenso dolor, con aquella vista de el espectaculo triste quedò sobresaltado el noble viejo, palpitando el coraçon, rasados de lagrimas los ojos, mudas las palabras, las manos torpes, todo temblando, començò a reboluer vna a vna las cabeças, sin que la desemejança pudiesse ponerle dudas, que eran de sus siete hijos, pedaços de el alma dulces, reliquias nobles de su triste coraçon; que sangre derramada, puesta a la vista de quien le diò el ser, ella misma se harà conocer por señas, y aun voceará la vengan-

ça,

ça. Los estremos de sentimiento, que començò a hazer con ellas, besandolas, y abraçandolas, diziendolas mil ternuras, fueron tales, que provocò a lastima al Rey Moro, y a otros Barbaros que se hallaron presentes. Quien no tiene compassion a vna desdicha; aunque sea en su enemigo, mas tiene de Bruto, que de racional. No deseaua Cesar otra cosa mas que destruir a Pompeyo, y ver su sangre vertida; pero con todo, al mirar cortada su cabeça, se le partiò el coraçon a lagrimas. Assi Almançor, lastimado de ver a Gonçalo Bustos, y con poco enojo de temeridades, a que le irritò el dolor (pues dizen, que arremetiò furioso a herir en los Moros que alli auia) por ahuiarle en algo aquella pena, le dio libertad, y le dexò ir libre a su lugar de Salas.

Dexemosle alli renouando con su muger doña Sancha lastimas, y dolores, passando catorze años vna vida triste, sin que de el traidor, por ser tan poderoso, pudiessen tomar vengança, y veamos en que forma, y porque camino permitiò el cielo que se castigasse aquella demasia. Ya diximos, como tuuo Gonçalo Bustos en la hermana de el Rey Moro a Mudarra Gonçalez. Este, pues, se criò en los Palacios de su tio, tan agraciado, y valiente, que se hizo querer por fuerça, y aun temer tambien se hizo propio de bastardos, quãdo miran a los nobles, hazerse bien quistos, grangear voluntades, saber con maña deslucir aquella nota de su nacimiento. Mudarra, pues, desde niño supo hazerse lugar con el Rey, y con los Grandes, humeando en èl la sangre ilustre de Lara, y la Real, aunque infiel, de que se via compuesto.

Passados los años de la puericia, y siendo ya buen moço, sucediò, que estando jugando vn dia a las tablas con cierto Rey Moro, vassallo del de Miramamolin su tiò (porque a Almançor, los demàs Reyes Moros de Espaùa le prestauan obediencia) se trauaron de palabra so-

bre el juego, que es muy propio sobre si fue la mano bien, o mal jugada, nacer diferencias, y parar en pesadumbres. Mudarra no sè que le dixo al Rey, que deuiò de doler le, y el Rey le llamò bastardo, y hijo de quien no sabian. No fue palabra esta para despicarla con palabras, y assi Mudarra asiendo del tablero, le diò con èl tan gran golpe en la cabeça, que no fue necessario hazer gastos en la cura, pues se le dexò alli muerto. Cosas como estas suele ir enredando la fortuna para enderezar la proa a vn efecto grande.

Mientras confuso el Palacio en alborotos, cuidauan vnos de el Rey, y otros acudian a Almançor a darle cuenta, se fue Mudarra lleno de la pesadùbre a donde estaua la Infanta su Madre, y amenazandola con la espada tirada, la preguntò, que padre le auia dado, puesto que le vltrajauan por hijo de ninguno? La Infanta por vna parte sobresaltada de el susto, por otra regozijada de el denuedo, le recibiò cariñosa con los braços; hizo que se sossegasse la furia, templole los enojos, y quando le tuuo quieto, le contò quien era, y el modo con que le auia auido, intimandole infinito la nobleza, y calidad de su padre. Diole cuenta assimismo de la traicion con que auian muerto a sus siete hermanos, y de la soledad, y tristeza en que su padre viuia, y los suspiros, y lagrimas que a ella le costaua. Esto bien dicho, con la energia, y afecto que suelen las mugeres ponderar lo que les cumple, de tal modo mouiò el animo a Mudarra, que no auia cosa ya que deseasse, sino ir a ver a su padre, y vengar a sus hermanos. Alentaualo la Infanta estos deseos, que como quiso bien, nunca olvidaua, y aunque infiel, tuuo fee siempre con quien supo merecerla.

Hablò sobre ello a su hermano, rogando le concediesse licencia. Almançor, que de la accion passada estaua algo cochuroso, y algo ofendido (porque matar a vn Rey, por grande que sea la causa, suena siempre a atro-

atrocidad) juzgò serle conueniencia quitar de su palacio aquel estoruo: y assi dandole para el viaje joyas, y dineros, y muchos cautiuos Christianos, que le acompañassen, le despachò a Castilla. Assi lo cuentan algunos Coronistas; otros por parecerles quizà cosa dura de creer, que embiasse el Moro a hazer armas contra si, suponen, que sola la Infanta instò, y supo la ausencia. Pero si, como dexamos dicho en otra parte, en la historia del Rey don Alonso, que ganò à Toledo, huuo Reyes Moros, que embiaron sus hijas para que fuessen Christianas, bien que à escusas de los suyos; porque Almançor, siendo tan buẽ Principe, no permitiria, que su sobrino, y hijo de Catolico, fuesse à ver à su padre? En cosas tan antiguas, quien que apee la verdad?

Llegò, pues, Mudarra a la villa de Salas, donde su anciano padre, hecho tronco de la edad, y blanco de tantas penas, remoçò con su vista las canas, y los años, con alhagos, y ternuras le conociò por hijo, pues aunque no lleuara señas de la Infanta, en su talle, y en su rostro viò vn retrato al viuo de los que lloraua muertos. El orgullo de Mudarra no le permitia dilaciones al desinio de lo que lleuaua trazado: juzgaua ya por afrenta ir reconociendo deudos tã ofendidos, antes de auerlos satisfecho: tal era la bizarria de su animo. Las galas que lleuaua trocò en vestido comun, y con mas recato, que su edad le permitia, dispuso su vengança. Hizose encontradizo con Ruy-Velazquez, andando caçando dizen algunos; otros, que buscandole en su pueblo, poco importa ser vna, ò otra parte. Retòle de traidor, y de aleuoso, y à pocas idas, y venidas le derribò à sus pies muerto. Cortole la cabeça, y lleuòsela a su padre, para que despicasse con ella la lastima, y dolor, que recibiò quando viò las de sus hijos. Esto assi cumplido, se fue en casa de Doña Lambra, y hizo que la apedreassen, y despues de muerta, porque no quedasse de ella la menor reliquia, la quemò en vna hoguera. Este fue el paradero

de vna muger vengatiua, y que causò tantos males, escarmiento, que deuen ser ella, y su marido, a no arrojarle los hombres a demasias, por lagrimas, y chismes de sus mugeres. En haziendo vn hombre razon de estado quexillas de su muger, cosas de poca monta, por agradarla, por quererla, se hallàra metido en golfos de Ruy Velazquez, donde pierda vida, y honra.

Con esta vengança que tomò Mudarra de las muertes de sus siete hermanos, grangeò las voluntades de todo su linage. Prohijole su madrastra doña Sancha el mismo dia que se bautizò en Burgos, y que le armò Cauallero el Conde Garci Fernandez, a vsança de Castilla. La ceremonia de que vsò para recibirle por hijo fue notable. Metiole, dizè, por la manga de vna camisa muy ancha, y sacole la cabeça por el cabeçon, y diole paz en el rostro, con que quedò incorporado en su familia, y heredero del Señorio de su padre. Otros dizen, que despues de todo esto matò a Ruy Velazquez, y a doña Lãbra; pero tengo por mas cierto lo que està dicho, y assi lo escriue el Padre Mariana; no parece q̃ puede presumirse de vn animo bizarro, como el de Mudarra, dexarse premiar con estas honras, sin auerlas ya ganado con seruicios. Ni la brasa que ardia en su pecho le permitiria quietud hasta estar vengado, ò hasta auer hècho castigo tan merecido, que vengar aleuosias, y traiciones, aun no merece nombre de vengança.

De aqui salio el refrã, entra por la manga, y sale por el cabeçon.

EXEMPLO III.

No ay que marauillarnos del passado exemplo, en que vn tio fue vn traidor a sobrinos, y a cunado, quando al presente verèmos, que ay madre que es traidora para vn hijo: desdicha notable de nuestra naturaleza: no ay Emperador, no ay Rey, no ay padre, no ay hijo, no ay hermano que es-

estè libre de traiciones. Con prosperos sucessos gouernaua à Castilla el Conde don Sancho Garcia, nieto del brauo Fernan Gonçalez. En vengança de la muerte que dieron los Moros en vna batalla al Conde Garci-Fernandez su padre, hizo tal estrago en ellos, tomandoles muchos castillos, y fuerças, que le comprarõ los Barbaros la paz à peso de dineros. Triunfante se veìa el Conde cõ estas glorias, quando vn desastre vino à escurecerlas; que glorias humanas, por encumbradas que estèn, se apagan, y se extinguen facilmente. Doña Oña, madre de don Sancho, lleuada de vn torpe afecto, puso los ojos en vn Moro principal, que ya Embaxador, ya prisionero, residia en la Corte. Tan antiguo es como esto, parecerle bien à vna señora, aunque sea vn Turco, pero auia de auer horcas de malos pensamiẽtos. La bizarria del Barbaro, su robustez, y despejo cabò tanto en la Condesa, que le admitiera esposo, y se casara con èl, si el escrupulo de la Religion contraria, y el miedo de su hijo no le pusieran delante tanto inconueniente. Pero enamorada ya del todo, muger, y determinada, que impossibles, y peligros no auian de romperse?

Otros la llaman Sancha. Mar. li. 8. c. 9.

La nota, y el que diràn, aunque en muger principal, es cosa de tanto peso, ella lo echò a las espaldas: tomò al amor por escusa, sin preuenir a este riesgo mas satisfaciones; el temor de el hijo lo esturuaua todo. Interponer ruegos, era diligencia escusada; irse de con èl, muerte cierta, casarse contra su gusto era lo mismo, no casarse, era morir; pues para salir de todo, y lograr su gusto, se determinò cruel a matar al Conde primero con algun bebedizo, ò traza semejante. Quien de vna madre oyò jamàs tal crueldad? La hambre de Palestina, la de Calahorra, y de Numancia si ocasionaron tales efectos; pero eran efectos rabiosos, nacidos de la hambre, y con todo se llorarõ por portentos. Mas que por complacer à vn apetito aya madre que eche la segur al natural afecto, y quie-

ra matar a lo que diò la vida, no sè que se aya contado de otra mas que de aquesta Condesa.

Maquinando andaua modos la imprudente señora para executar su maldad, sin que nadie lo entendiesse; pero como sea assi, que cosas como estas no pueden preuenirse por vna persona sola, y que quando mas recato aya, es menester ayuda de vna criada, ò amiga; al tanto la Condesa fiò las llaues de su secreto a vna Camarera suya, dama tambien de buen brio. O ya fuesse, que sin fiarse della atendiò la dama a lo que hazia, viendola destemplar las yeruas venenosas, amerando cõ ellas la bebida. El dia que determinaron para el hecho, y a la hora de el comer, diò orden la Condesa a la tal criada, que quando pidiesse el Conde de beber, le lleuasse de aquel vaso, que estaua preuenido: que al parecer en aquellas edades, ni los Condes, ni los Reyes se seruian con el aparato, y grandeza, que aora se acostumbra: vna criada solia seruir la mesa.

Armado assi este lazo a esta descuidada vida, vrdida esta traicion contra el noble Conde, no quiso el Cielo que llegasse a granazon, antes permitiò el castigo. Fue el caso, que la criada tenia tambien su poco de galanteo, que en casa de el dancador todos suelen ser dançantes, y no era mucho, que andando diuertida la señora, anduuiesse la criada entretenida. Al son que anda la cabeça, andan continuo los pies. Sancho Montero, dizen que se llamaua el galan, del valle de Espinosa: y aunque ay quien le llama marido, poco importa que lo fuesse antes, o despues. Contole la dama todo lo que estaua armado, porque entre dama, y galan, siendo fina la correspondencia, nunca ay secreto partido.

Atonito el Caualiero de semejante maldad, despues de auer discurrido en el modo que daria para atajar aquel daño, se fue al Conde, y con harta turbacion le dixo lo que passaua. Aunque estaua prendado de el secreto, an-

tos

tes quiso quebrar con la amiga, que con el señor, que sobre la lealtad que al dueño se deue, no supone lo galan, si bien a la dama no le pesò despues que el Conde lo supiesse. Quan confuso se hallaria con semejante auiso, discurralo el discreto. Repasse por si mismo el tropel de cosas, en que se veria embarazado el mayor entendimiento, las dudas que ocurririan, si serà? Si no serà? Si serà embeleco de la criada, ò traicion de la madre? si seria falsedad de la vna, ò aleuosia de la otra? Como todo podia ser, acongojaua todo. Por la vna, y otra parte eran penas, y cuidados. Nada de los dos estremos podia aliuiar el dolor, fuesse vno, ò fuesse otro, todo era desdicha. Nadie se vea en tan penosas lides, y si acaso se las acarreare la desgracia, armese con Dauid, y llame a vozes al cielo, que en tribulaciones como estas, en peligros apretados, solo es Dios quien puede abrir camino.

Despues que el lastimado Conde huuo hecho mil discursos, se resoluiò a vna prueba temeraria, pareciendole, que apearia de aquel modo la verdad de el caso. Dissimulando el dolor, y rebocando en el semblante el mismo dissimulo, se sentò a comer a la mesa el dia que le estaua amenazado. Sobra fue de valor, y confiança, como entrar en el Senado Cesar, menospreciando los auisos, que aunque aquisse llenaua de cuidado lo que allà de descuido, tambien podia auerse conmutado el veneno en alguna celada de traidores. Començò a comer, mal mascados los bocados, que donde ay tantos ahogos, harto es poderse comer. Pidiò la bebida sin alterarse el animo. Mirò la Condesa a la criada, que fue como dar la seña, diose por entendida, tomò la copa adondeestaua el veneno, y como ignoraua lo que el Conde queria hazer, mouiò los passos turbados, y alterò al rostro colores. El que a todo estaua atento, sin mostrar que lo entendia, tomo el vaso en la mano, y viando de vbani-

dad, hizo à su madre la salua, en que bebiesse primero: que de espantos se ofrecieron à este punto! Que de sospechas à la Condesa! Que de admiraciones a la criada!

La Condesa entre turbada, y corrida, atribuyendo la turbacion á aquel cariño, escusòse con cortesias, y agradecimientos. Porfiaua el Conde con mayores ruegos: reduxose a question la causa que le mouia. Alegò el Conde el derecho paternal, a que todos rendimientos son deuidos. Alegò por el contrario la Condesa, que el respeto de Principe es primero. El replicò, que dispensaua en aquel derecho: y ella dixo, que no lo permitia el que gustaua dello, y ella que no gustaua. De las porfias de cumplimiento, passaron ya à ensangrentadas porfias, porque enterado el Conde de la traicion, viendo las escusas, echò mano à la amenaza, y dexò el ruego. Hizola beber por fuerça, con que a pocas horas obrado la ponçoña, se quedò sin vida. Assi acabò esta Condesa, la muerte que quiso dar, la diò la muerte.

Aunque al parecer de algunos fue ajustado el hecho, muchos lo condenaron por temerario, que en materia tan dudosa, quedò campo para todo. Desluziose mucho el Conde, notandole de crueldad, la que èl llamaua justicia, y para sossegar a los mal contentos, fundò en contemplacio de su madre, y de su mismo nombre el Monasterio de Oña, bien celebre, y conocido por su antiguedad, y grandeza. La fundacion fue para Monjas, y assi durò algunos años, hasta que vn Rey de Nauarra diò el Monasterio a los Mõges de Cluñi. Con esta obra pia, y capa de Religion procurò cubrir el Conde la atrocidad del caso. A Sancho Mõtero, porque le diò el auiso, y a la dama que descubriò el engaño, mandò que se casassen, dandoles buena renta, con q̃ pudiessen viuir: y para memoria de la lealtad, concediò privilegio à los Monteros de Espinosa, de q̃ perpetuamente sean guarda de noche de la persona Real. Assi lo acle-

por

por tradicio los naturales de aquella villa, y puede creerse quando lo mereciò el caso. Tambien dizen, q̃ naciò desde este cuento la costumbre recibida en muchas partes de España, que beban las mugeres antes que los varones. Tãta es la sospecha que queda de vna aleuosia; tanto dexa amedrentado vna traicion.

EXEMPLO IV.

Contra el sentir de muchos Republicos, q̃ desterrados, y mal contentos, anhelauan por la libertad de la patria, hizo el Emperador Carlos Quinto a Alexandro de Medices, Gran Duque de Florencia, despues de auerle casado con Madama Margarita hija suya. Començò el Duque à dar muestras de vn gran Principe, perdonando a muchos de los enemigos, alçando el destierro a otros, y fauoreciendo, como era razon al linage de los Medices, parientes, y deudos suyos que tanta obligacion es de vn Principe mirar por su casa, y engrandecer su linage, como leuantar la mano à los rebeldes rendidos. Començò, pues, con estas virtudes à ganarse la gracia del pueblo, y a tenerlos gratos à todos. Pero como la edad, que en los primeros ardores de la juuentud, siempre suele deslizarse a trauesuras, y mocedades, dio en inclinarse a torpezas, dexandose leuar tan a rienda suelta del desordenado apetito, que vino à hazer gusto, y gala toda suerte de mugeres: falta notable, que acarrea en vn Principe descredito, y deshonra. Y como ordinariamente, quien se la dea a otro amor se olvida de la muger, no solo dio el Duque en estar mal hallado en braços de Margarita, sino que passo el desaire à aborrecerla. No he, pues, que oluida obligaciones tan juntas, se espante de las desdichas, que andar vn Principe tan, e, esparse precipicios, y armarle celadas es.

Con esta ocasion, con este achaque (que achaque que

quadra mas bien) tuuo entrada en la amistad del Duque vn tal Lorenço de Medices, deudo muy cercano suyo, que amistades, y parentescos, suelen ser celadas de mayores enemigos. El animo pues, deste era matar al Duque; quié creyera, que para matarle no auia antes de apartarse de su amistad? Pero esso cae en hombres de bien, no en dobla dos ni traidores. Hizose Lorenço tan amigo de Alexandro, que juntos a todas horas, parecian vn sujeto con dos almas, o vn alma con dos sujetos. Todo era chacota, todo juego, todo risa, ver damas, rondar de noche, y acuchillar à quantos encontrauan, y tal vez con riesgo de las vidas. Para hazer mejor sus hechos, tenian las casas juntas, de tal suerte, que entre el palacio del Duque, y la casa de Lorenço, solo era arbitro vna pared, y juzgãdola aun mucho estoruo para su poco juizio, la abrieron vna puerta secreta, de la qual tenia su llaue cada vno. Con esta traza se hablauan quando querian, sin atrauesar calles, y sin que nadie los viesse. Mil males han sucedido desto de casas juntas, aun entre padres, y hijos, quando el hijo tiene estado, es lo mas seguro estar cada vno en su casa, y abrir puerta a casa agena, quando no à traicion, huele a pesadumbres.

Enseñoreòse Lorenço tanto de este Principe, que no auia para el secreto que lo fuesse, hasta de sus mas intimos pẽsamientos tenia parte. Todo esto puede vna edad, vnos mismos años (veinte y seis se contaua cada vno) y vnas costumbres mismas. Demas, que como Lorenço era el tercero de los amores de èl Duque, y quien cada dia le buscaua nueuos gustos, mas dueño venia a ser de sus acciones que el Duque mismo. Sobre esto era de ingenio agudo, alegre, gracioso; entretenia con la lisenja, acariciaua con el alhago. Era tambien Poeta, pintauale con sonetos las gracias de sus damas, hazia comedias graciosas, representaualas muy al viuo, captauale la voluntad por todos modos. Quien và amasando vn engaño, vna traicion,

Vi-

vrde las tramas con estos disimulos. Demas de esto, porque ni aun en la apariencia no se pudiesse sospechar de èl la menor cosa, no queria llevar armas en la cinta como los demàs Cortesanos. Mostraua tener miedo de cosas sangrientas, y ser inclinado solamente a la quietud, y reposo. Andaua de ordinario con rostro amarillo, semblante melàcolico gastaua pocas palabras, huìa las conuersaciones, buscaua los lugares solitarios, con que calladamente se burlauan dèl algunos, y otros mas auisados sospechauan fraguaua alguna traicion.

Nacer sospechas contra Lorenço, procediò de auerle visto en hablas con muchos desterrados, y auerse dexado dezir mucho mal del Duque, y que auia de matarle, y restituirle a Florencia su libertad antigua. Por esto començò a ser tenido por sospechoso; pero èl con sagacidad curaua para con el Principe sus engaños, con adelantarse a llevar le nuevas de quanto los desterrados le dezian, tomandoles tal vez algunas letras firmadas de sus intentos, y mostrandolas al Duque modo con que le tenia hechizado en su amistad, y deshazia todo genero de sospechas. Desuerte, que hablando mal del Duque, y de la tirania, y suspirãdo por la libertad, conocia las intenciones de todos los q̃ estauan mal cõtos (de que se alegraua mucho, por verlos conformes a lo que èl abrigaua, y encubria en su dañado pecho, y viniendo al Principe con algun chisme de los indignados, le dexaua seguro de rezelos. Que de cautelas semejantes ay en el mundo! Dezir mal de quien quieren mal, para descubrir los votos que ay de su parte, y boluer al mismo con el chisme, para que no se tengan por sospechoso. Ruindad es, pero ingeniosa, y astucia mas digna de vn Vlises, que de vn Lorenço.

Pero con todo estando entendido de la maraña Pedro Stroci, vno de los mas principales desterrados, y no pudiendo sufrir a fuer de noble hombres de tan malos tra-

tratos, y tales dobleces, encontrandose acaso con vn amigo del Duque, llamado Pandolfo Pucci, le dixo estas palabras: Muy desatinado està, ò Pandolfo, esse vuestro Duque, y muy poco versado en materias de engaños, y lisonjas, pues se dexa llevar, y haze caso de vn hombre tan cabiloso, y traidor como Lorenço de Medices, el qual jactandose cada dia, nos promete ha de matarlo, para que con su muerte se quite el pesado yugo à la libertad. Allà engañarà con otra invencion diferente, y dirà, que los muertos hemos de ser nosotros. Diga èl lo que mandare, que por lo menos no hemos de fiarnos dèl. Si el Duque quiere fiarse, verà lo que le conviene.

Apenas escuchò esto Pandolfo, quando lleno de rabia, y de pesar se fue al Duque, contandole a la letra lo q̃ Straci le auia dicho, que materias tan vidriosas, cayẽdo en pechos leales, nunca sufren dilaciones. Quedose el Duque harto perplexo, y confuso, sin acertar que dezir, i que hazerse. Por vna parte la amistad de Lorenço le assegurava los miedos, por otra, la mala voz le multiplicava dudas. En lo vno via ahogos, y en lo otro tropezava en embarazos. En fin, viendo que el consejo era de enemigo, y que de los tales se ha de elegir el primero, se resolviò a declararse. Llamò a Lorenço, y mezclando suspiros entre razones lastimadas, le contò todo lo que auia sabido.

Entonces el traidor con dissimulada risa, con semblante reposado, sin mostrar alteracion, confessò, que era verdad, lo que Straci auia dicho, y que auia muchos dias, que se auia valido de esta traza, y de este ardid, para tener conocidos, y sabidos los intentos de los contrarios; porque a no ser de esta suerte, como, o de que manera huviera apeado tantas cosas, tantas cabilaciones, tantas tramas, de que en diuersas vezes le auia dado noticia? Que podia estar sentido, que lo que èl auia hecho con tanto cuidado, con quiebras de su credito, fingiendose traidor

dor para eſcudriñar con mas certeza los pechos enemigos, ſe lo pagaſſe tã mal, que ſe huuieſſe dudado de ſu lealtad, y ſu fee, y ſe huuieſſe ſoſpechado de ſu amiſtad verdadera, que eſtuuieſſe cierto, que auia ſido eſpia de ſu vida, y de ſu honor, y que ſaber eſpiar neceſsita de cautelas, y ficciones, que mal aſſegurara Sinon a los Troyanos, a no hazer bien el papel en contra de los ſuyos.

Con eſtas, y otras razones ſemejantes, bien eſtudiadas de atràs, y bien dichas, que ſoſpecha, y rezelo no aſſegurara? Creyolo el Duque de manera, que en vez de andar cuidadoſo, le acabò de hazer dueño de ſu voluntad. No es marauilla, que vn pecho noble es muy facil de engañar, y vna traicion de vn amigo mala de creer, è impoſſible de aduertir. A cautelas bien fundadas, a engaños tan bien vrdidos; que contracautela podia hallar vn Principe confiado? Que auiſos pudieran deſvanecer ſemejante ficcion? Tal embeleco? Creciò antes entre los dos la amiſtad, el Duque multiplicando mercedes, y Lorenço aumentando los ſeruicios, y mas en aquellas materias laſciuas, a que el Duque era inclinado. No auia dama de buen porte, ni moça de buen brio, con quien Lorenço no hizieſſe la negociaciò, a vnas ſe las llenaua a palaciò, y con otras le aſſegurana la entrada. Halta Conuentos de Monjas no eſtuuieron ſeguros; que vn Principe con amor, ſuele ſer llaue maeſtra, que abre qualquier cerradura. Conſumaronſe en fin nefandos ſacrilegios, y quando llega la maldad a tocarle a Dios tan en lo viuo de la honra, que ay que buſcar otras cautas de deſdichas, y deſatres? Que mucho que ſe fragüe vna traicion, quando vna ofenſa de fraguarſe contra quien tan inmediatamente ofende al cielo? Contra ſacrilegas culpas, pecados caſtigados con ſeguida muerte, mas caſtigo auia de ſer.

Mas de ſeis meſes anduuieron en eſta maldad, y en la traça,

secreto, con recato tanto, que à nadie descubriò jamàs, ni aun los menores indicios de su intento. Prudente, astuto, y callado anduuo Marco Bruto para matar a Cesar. A Porcia su muger le costò la vida (que ella se quitò à si misma) afiançarle el secreto. A amigos intimos, y sabios, qual Ciceró, por conocerlos de poco animo, no quiso darles parte; pero en fin todo aquel recato, y secreto andaua entre muchos, y aunque hazian vn cuerpo, conjurados todos à vn disignio mismo, y hechos vna voluntad de igual animo, de igual recato, y de igual silencio, ya con todo eran los sujetos muchos, y por lo menos todos ellos lo sabian, aunque huuiessen callado todos. Pero el astuto silencio de Lorenço de Medices para vn hecho tan grande, y espãtoso, no se ha leido, ni dicho jamàs de ningun hombre, exemplo puede ser al mundo, para que en casos graues, a que vn hombre se dispone, se le imite lo recatado, ya que no lo traidor. Acciones grandes se han visto perderse solo por reuelarse. Poco importa pensar bien, si se yerran los aciertos para conseguir. Que importa que el Principe, ò Capitan, ayudados de su ingenio, dèn en el blanco de conseguir la hazaña, si acaso el a quien lo reuelaron, haze que llegue a oidos del contrario? Cosas graues, y que en descubrirse se amenazan riesgos, aun à sus mismos labios, porque no lleguen, ni aun à sus orejas no ha de fiarlas vn hombre. Por mas del alma que sea la muger (qual era Porcia de Bruto, que se amauan en estremo) no se le han de cõfiar materias que son del alma; que ay almas tambien, que ya que no malicioſas, pecan de ignorantes. Solo vn traidor, qual Lorenço, pudiera ser tan callado, y tan sufrido; pero que no harà vn traidor!

No huuo cosa, que mas estudio le costasse, que pensar el lugar donde se auia de executar el delito, y siempre fue esto lo de mas cuidado, en quien quiso sin peligro de su vida arriestarse a vna atrocidad. Lo mas bien pen-

pensado en el sentir de algunos, en aquella conjuracion de Iulio Cesar, fue matarle en el Senado, porque en ninguna otra parte se le diera la muerte, que no costasse alborotos grades, y escandalosos gritos, y amotinado el pueblo se pudiera exponer a la vengança. Assi Lorenço, para matar a este Principe, escogiò modo, tiempo, y lugar, requisitos en que afiançò saluar su vida del riesgo. Por lugar eligiò su misma casa, pegada, como hemos dicho, al palacio del Duque; porque esto de ir a matar a vn Principe a su casa, a su palacio, no se aliñò jamàs bien al mas desahogado traidor. Aun qualquier particular puede mucho dentro de su casa; muerto que estè no pueden echarle de ella, sino entran tres, ò quatro; y como la traicion es cobarde siempre, el rugir de los tafetanes los temieran hombres armados, la voz de vn solo paje, ò los gritos de vna dueña, turbàran todos los brios, y juntàrà la ciudad. Por esto Lorenço quiso, no en casa del Duque, sino en su casa misma, darle muerte. Por tiempo eligiò la media noche, que siempre la noche es capa de maldades, y delitos. Y a tener Bruto tanta familiaridad con Cesar, como Lorenço con Alexandro, que pudiera llenarle de noche donde gustàra, no le matàra de dia, con q̃ se hiziera menos ruidosa la muerte. Por modo tomò, acomodarle al Duque vna hermosura, por cuyos amores auia dias, que andaua muy perdido. Ya me espantaua yo, que para perderse vn Principe dexasse de ser el lazo vna muger. Fue este el caso.

Viuia en la calle del Principe vna bizarra señora, tan valida de los titulos de noble, quanto arreada de los asseos de hermosa, tan bien hallada en su beldad, y tã atenta a sus obligaciones, que ni la censura hallò en que corregirla, ni la malicia tuuo que objetarla. Pero ni esta virtud, ni verla principal, ni el reparo de casada bastaron para que el Duque dexasse de poner en ella los ojos, y buscar modos, y trazas para auerla; que el poder, y con amor, a todo

arros-

arroſtra. Comunicò con Lorenço ſu cuidado, por ver ſi como otras vezes le buſcaua los remedios al dolor, que aũque via que eran muchos, y dificiles los inconuenientes, y mas que la tal ſeñora era deuda muy cercana del miſmo Lorenço, con todo eſtaua tan ſatisfecho de ſu amiſtad, y ſu ardid, que no temiò deſcubrirſe, y declararſe con èl. Pareciole al traidor, que era la ocaſion buena para colorir ſu engaño, y diſponer ſus trazas: y aſsi, aunque le repreſento lo impoſsibilitado de la materia, le ofrecio no ſoſſegar haſta rendirla; que qualquier concertador de eſtos negocios infames, nunca por cerrado que eſtè el muro, dexa de prometer rendimientos, pues no puede perder nada en el trato, aunque no conſiga el triunfo.

Con diferente diſsignio empeçò Lorenço à eſta negociacion, deforma, que el Duque lo entendieſſe, començò a viſitar a aquella dama, a ella tratandola de otras coſas, y à èl fingiendole trataua de las ſuyas, deſuerte, que a los dos los engañaua. Proſiguio eſte embeleco algunos dias, haſta que le pareciò ocaſion de efectuar ſu dañado intento: y aſsi à los cinco de Enero, viſpera de dos Reyes, juzgando quizà, que como en tales Paſcuas hazen mercedes las Reynas de aguinaldo, venia bien la preſumpta, de que aquella ſeñora le queria dar al Principe la joya de ſu belleza, llegòſe a èl aquella tarde alborozado, y contento, diziendo: Albricias, ſeñor, albricias, Principe mio, que he ſalido con mi empreſſa. Ya eſſa beldad que adoras, eſſa hermoſura que idolatras, eſſa luz por quien ſuſpiras, la tienes rendida a tu voluntad: ya eſta noche la veràs entre tus braços, y te pagarà a cariños los deſvelos que te cueſta: ya a luzes de ſu hermoſura te daràs por bien pagado. Solo ha podido mi induſtria conquiſtar entre impoſsibles tan dificultoſa empreſſa, vencer batalla tan ardua, y humillar tan inexpugnable roca. Solo aduierto a tu grandeza, que eſte rendimien-

miento està ofrecido, y assegurado por mi, baxo de dos condiciones. La primera, que nadie mientras durare el mundo ha de ser participe de liuiandad, ni de la injuria que haze a su marido, que en sepulcro de silencios se ha de sepultar el caso. Lo segundo, que le ha de ser cierta la cantidad de dineros que la he ofrecido, que ya que vẽde su honor, procura gastar el precio en socorrer muchas necesidades, en que su marido me consta que està empeñado. Vno, y otro le he ofrecido cõ la misma vizarria que lo otorgaras tu mismo.

No es dezible con el gusto, y regozijo que el engañado Principe recibiò estas fingidas nueuas, que aunque pudiera rezelarlas sospechosas en dama de tanto lustre, considerando, que en los lazos del amor, y mas si los para vna grandeza, la muger mas alta cae, presto las creyò verdades. Ya culpaua de perezosa la noche, porque se tardaua tanto: a cada hora de luz la iba contando por siglo, que esta es la ignorancia de los mortales, desear cercanias de la muerte, sin saber lo que desean. Llegò, pues, la noche, y apenas sobre la luz tendiò el manto de sus sombras, quando por aquella puerta, que correspondia à la casa de Lorenço, passò allà como otras vezes, a esperar se hiziesse hora, y que todos estuuiessen recogidos, para poder ir secretos a la engañosa visita. Llcuaua con èl dos criados camareros suyos, los quales hizo Lorenço que los despidiesse, puesto que el caso a que ibã era solo entre los dos, y no para mas testigos. A todo assentia el engañado Duque, sin que pudiesse inquietarle la menor sospecha. Despidiò los criados, quedòse solo en el quarto de Lorenço, y dixole el traidor: que para que no llcuasse toda la noche en vela, se recostasse alli sobre su cama, y que en siendo hora èl auisaria. Caso notable, y maldad nunca pensada, brindar con la cama propia, y trazarle alli la muerte! Dar lecho para dormir, y disponerle pira para sacrificar.

Hasta el sueño le fue traidor al Duque aquella noche: caseros enemigos fueron sus sentidos mismos, porque en echandose a dormir, los ojos, oidos, manos, y lengua, todos son cosa muerta. Pero que marauilla, que a quien ya lleua arrastrando la soga de su aduersidad se le duerman los amigos? Aquexado, pues, de el sueño, ò de su desventura, se acostò el Duque vestido como iba sobre la cama de Lorenço, el qual le aduirtiò, que se quitasse la espada, para que durmiesse mas à gusto. Quitòsela, y tomòla èl, y muy disimulado reboluiò la correa en la empuñadura, porque si acaso para defenderse fuesse a echar mano, no pudiesse desembainarla. Desuerte, que es la traicion tan medrosa, que aun para matar a vno, que està dormido, y desarmado, ha de menester temerle, y assegurarle, qual si estuuiera despierto. Cerrando, pues, el pauellon, y dexandose la luz sobre vn bufete, se saliò Lorenço de la sala tirãdo la puerta tras si, que por ser de golpe se quedò cerrada.

Esto assi dispuesto, llamò a vn amigo, ò criado suyo, por nombre Scoron Conculo, al qual por parecerle ossado, y valiente, y muy para su proposito, auia alcançado perdon de el Duque sobre cierta muerte, de que se le hazia cargo. Y como la gratitud, y reconocimiento sea cosa natural, deseaua mucho Conculo se le ofreciessen ocasiones a Lorenço con que poder satisfacer, y pagarle la deuda, y obligacion en que le estaua. Llamandole, pues, aora, le dixo de esta suerte: Ya, amigo, ha llegado el tiempo, en que con vn seruicio me pagues, lo que confiessas deuerme: a vn hombre has de matar, de el qual estoy agrauiado, mira si te atreues, ò si su presencia, porque es persona muy ilustre, y muy noble te ha de encortar el brio. Seguridad de la vida, esta te ofrezco que solo resta auer valor para el caso, que en lo demas no ay peligro. Mucho me pesa, respondiò Conculo, que quando estoy esperando alguna grande empressa, en que seruirte,

te, me pongas miedos delante, y dudes de mi esfadia. Dime quien es tu enemigo, y cuentale por muerto, aunque sea vn gran señor, y aunque sea el mismo Duque Alexandro; que a la determinacion de vn hombre temerario, no le amedrentan Altezas.

O amigo mio, replicò el traidor, echandole los braços, y como has adiuinado mi intento! Sabe, pues, que es el Duque el hombre que has de matar, ò contra quien me ha de ayudar tu espada. No ay sino buen animo, que del modo que le tengo encerrado en mi quarto, y dormido sobre el lecho, es muy facil la vitoria. Encruelece el coraçon, reuistete de saña, y entra figuiendo mis passos. Dicho esto, y llamando tambien otro moço de cauallos, llamado Flecha, animoso, aunque de ruin talle, abriò la puerta de la sala con gran silencio. Con secretos passos entraron dentro los tres, y boluiendo a cerrar, sin hazer el menor ruido, llegò Lorenço a la cama, abriò el pauellon, y con el puñal desnudo, que lleuaua, le embaino cruel en las entrañas de el Duque, passandole el pecho de parte a parte. Al dolor de la mortal herida despertò el desdichado Principe luchando con la muerte. Reboluio furioso de la otra parte de la cama, abraçose de Lorenço, y en despauoridas, y lastimosas vozes, començò a vltrajarle de traidor. Leuantose de la cama forcejeando cõsigo mismo, que los vltimos aprietos de la vida pueden mucho. Lorenço entre turbado, y confuso, trabajaua assimismo por desasirse del, pidio ayuda a los dos criados, que desnudos los azeros ya se miravan cobardes a vista del fracaso; pero aduertidos de su mismo peligro, començaron a tirar al Duque muchos golpes. El que qual animal rabioso, que acosado de perros, y caçadores suele en el monte hazer riza con garras, vñas, y dientes, ya bañado entre su sangre, no esperaua mas remedio, que morir vengado de los que assi le matauan, tomando vn taburete q̃ se hallò mas à mano, comẽçò cõ èl à defen-

fenderse, dando, y recibiendo golpes. Cruel era la refriega! Desapoderada la confusion, desastrado el lance. Vn Gran Duque de Florencia con el pecho à mil heridas, vn taburete por armas, vna sala por palestra, rodeado de tres enemigos; ellos con espadas, èl sin ella; èl aunque desangrado, siempre animoso, ellos aunque sin herida temerosos, y cobardes. Tan desapoderado, y encruelecido anda entre los tres el Duque, que faltandole ya las manos, a causa de los golpes, arremetiò con los dientes, y cogiédole a Lorenço el pulgar de la vna mano, se le arrancò della. Afligido el traidor del dolor grande, pidiò a Cõcnlo, que le ayudasse. Hizolo assi, porque abraçandose al Duque, le abatiò al suelo, donde a estocadas repetidas le acabaron de matar. El cuerpo echaron despues sobre la cama, donde alagado en sangre fue espectaculo funesto a quantos le miraron. Al passo que lastimado con la mortal tragedia, irà el lector confuso con las dudas que se ofrecen bien pẽsadas, de como en vna casa de tanta familia, qual la de Lorenço, y tan pared enmedio del Palacio, auiendo sido el estruendo, y el ruido en la forma dicha, no acudiò nadie à ver lo que passaua? Como a tantas vozes estuuieron todos sordos? Como en alboroto tan mañoso aun la curiosidad se faltò à si misma? Como es posible que vn paje, ò vna criada no despertassen a tan ruidoso tropel? Parece, ò que fueron todos traidores, ò que no passò assi el caso. Satisfazese a esta duda, en que fue todo maña, y ardid de Lorenço, que qual si adiuinara lo mismo que sucediò de vozes, grita, y estruendo, previno muchas noches antes, por deslumbrar a los de su casa, y aun los de la vezindad, burlarse con sus amigos en aquella sala misma, y aquella misma hora, dandose con los bancos, y las sillas, tirandose en las rodelas muchos golpes, y moviendo tanta grita, qual si fuera vna pendencia muy braua. Al principio acudian, assi de la misma casa, como de Palacio, vnos à

mu-

medio vestir, y otros desnudos del todo; vnos por remediar algun daño, y otros por curar su miedo. Llegauan al quarto, vian cerrada la puerta, dauã vezes a que abriessen, fingian dentro mas sangrienta riña, mas soberuios los denuestos, llamandose fementidos, desleales, y traidores, y quando vian que los de afuera iban a batir las puertas, abrianlas entonces, y cõ chacota, y risa les corrian el campo (que es lo que en España dezimos *dar la vaya*) embiandolos auergonçados, y corridos. Como auia, pues, passado esta burla, y este juego muchas vezes, y ya escarmẽtados, aunque se ardiesse la casa, no hazian caso dello, de aqui vino, que al suceder la verdad de el lastimoso caso, las criadas, y otras personas que lo oyeron, lo juzgaron tambien burla, y nadie quiso mouerse. Toda esta fuerça tiene vn engaño, con fingidas apariencias, quita a la verdad el credito; quando mentira, haze que sospeche verdad; y quando es verdad, haze la juzguen mentira.

Que cosa tan natural, ser cobarde la traicion, pues quando al parecer auia Lorenço de publicar a vozes la libertad de la patria, mostrando al pueblo la cabeça de el Duque, y pregonando al mundo su ossadia, para que en parabienes, y lauros le diessen la recompensa, se hallò tan turbado, y tan embargadas las acciones, que ya sus paredes mismas las juzgò prision, las figuras de los tapizes se le antojaron Ministros: mas quando la conciencia es fiscal, que està acusando, que marauilla tenga temores el reo? Los dos criados al mismo tenor quedaron amedrentados, y perdidos. No de otra suerte, que quando Bruto, y Casio con los demàs complices, dexando al Cesar rebolcado entre su sangre, salian despauoridos huyendo a mas poder, buscando a filo (porque aunque el tirano, que ellos llamauan, le mirauan muerto, la misma aleuosia apellidaua vengança, y a los que pensauan agradar con el hecho, a essos temian.) Assi de la mis-

ma fuerte Lorenço, y sus criados, dexando al Duque muerto a mas heridas que allà al Cesar, en vez de publicar la hazaña, buscauan por donde huir. Cerrando, pues, la sala, tumba ya de vn cuerpo triste, y fingiendo lo que quedaua de vapor de la maldad, ser por causa de nueuas que auian llegado de Cafagindo, en que su hermano estaua à la muerte: llegò con toda prisa à las casas de Angelo de Marci, Teniente que era del Duque, y pidiò, que le diesse los caualios de posta, porque le importaua mucho el ir à ver a su hermano aquella noche para la disposicion de el testamento.

Sin rezelos de otra cosa concediò Angelo quanto pidiò Lorenço, que como tan priuado de el Duque, èl podia alcançar sin dispensa lo que ninguno otro; que abrir las puertas de la ciudad a aquella hora sin mandamiento de el Duque, no era permitido à nadie. En fin, su priuança abriò facilmente las puertas de las dificultades. Tomaron, pues, las postas el, y los dos compañeros, y partieron à Bolonia, y desde alli à Venecia. Lisonjearon con la nueua à Filipo Stroci, y a otros de tenta los, si bien todos mostraron odio al traidor. Al tiempo de partirse, dio la llaue de aquella sala a Iuan Francisco Zephi, Mayordomo de su casa, y dexole aduertido, que antes de amanecer entrasse dentro, y lo que hallasse hiziesse no corto o algunos Ciudadanos opuestos al Duque, y a su familia. Cumpliò el Mayordomo lo que le dexò ordenado, con pasmo, y admiracion de ver aquel espectaculo sangriento. Callaron todos, sin atreuerse ninguno a publicar el hecho; que en casos semejantes vienen a ser sospechosos los autores. Los dos Cnmareros que el Duque apartò de si, quando quedò con Lorenço, como viàn que tardaua le anduuieron a buscar toda la noche, y no hallandole, y siendo ya entrado el dia, fueron al quarto del Cardenal Cibo, y dieronle parte de la cõfusion, y pena con que estauan. El Cardenal que era entendido,

do, sobresaltandole el repẽte de la nueua, adiuinò lastima do todo el hecho. Perſuadiose a fuerça de las ſoſpechas vrgentes, q̃ auia Lorenço quitado la vida al Duque, porque hallar cerrado ſu quarto, no parecer el Duque, auerèl caſo oido parte de las vozes, que las juzgò chacota, ſaber ya que Lorenço iba con poſtas cruzando el Apenino, ver en ſu caſa turbados los criados, hallar las puertas del quarto manchadas de ſangre, que mas teſtigos, y prueba para adiuinar vn fracaſo? Comunicò eſtas ſoſpechas con el Secretario Franciſco Campana, y hallandole conforme à ſu juizio, determinarõ ſecretos padecer aquel dolor, ſin buſcar al Duque, ni abrir aquel quarto haſta q̃ fueſſe noche. Preuiniendo aquel dia por medio de correos diligentes, que ſe juntaſſen en la Ciudad todos los Capitanes, y ſoldados del contorno. Eſta fue vna diligencia muy acertada, para que aquel Principado ſucedieſſe en Coſme de Medices, cercano deudo del Duque, y hijo del celebre Capitan Iuan de Medices, y de Maria de Saluiati.

Auiendo, pues, con induſtria de vna fingida maſcara diuertido a los Corteſanos aquel dia el ver al Duque, aſsi como cerrò la noche, fue el Cardenal con pocos familiares, y entrando en el quarto de Lorenço, que bañado en ſangre manifeſtaua la deſdicha, y reboluiendo el cadauer en vna alfombra, le lleuaron ſecretamente a ſan Laurencio: quando ya eſtuuo aſſegurado el peligro de algun alboroto, ſe publicò la traicion, y la muerte laſtimoſa. Fue electo por Principe de aquella gran Republica, è Imperio Toſcano Coſme de Medices, aunque no con titulo de Duque, porq̃ ſiquiera en algo ſupieſſe a libertad el nõbramiento. Aunque en edad poca deſcubriò mucha capacidad, començò à gouernar con gran prudencia. Perdonò a todos los deſterrados; conduciolos amoroſo a ſus domicilios, grangeò el comun aplauſo. Por ſentencia publica dio a Lorenço por traidor contra ſu dueño, y rebelde a ſu patria. Caſa-

carôle los bienes, y para memoria del castigo, le derribaron las casas. Ofrecieronse siete mil escudos à quiê le diesse preso, ò le matasse, y sin esto se hizieron apretadas diligencias para auerle a las manos. Tuuo el traidor auisos, y no assegurandose en Francia, se passò a Constantinopla. Pensò que Soliman le hiziesse buen passage; pero pensò mal, pues no hizieraviê vn Turco de assegurarle de quien auia sido traidor contra vn Christiano, su dueño, su amigo, y su pariente. No ay Barbaro, ni Turco, que no aborrezca a vn traidor. Assi Soliman tratò que le prendiessen, para remitirle à Florencia, y que allà le castigassen. Entêdio Lorenço el caso, y huyòse segunda vez a Venecia; pero como quien lleua el cordel de su delito hecho dogal al cuello, no puede hallar parte segura, donde no le estè la muerte amenaçando, cogiòle alli su castigo, rindiendo la infame vida a espadas nobles de dos soldados, que auiendo sido de la guarda del Duque Alexandro, se mouieron de su voluntad, no con la mira del ofrecido interès de el Senado, puesto que no quisieron recibirle, a buscar al traidor por todo el mundo, y vengar con su muerte aquella injuria. Recojamos ya las velas a este assumpto, porque a querer espaciarnos por el inmenso Occeano de alevosias, y traiciones, fuera imposible aun en mayor volumen mencionarlas todas. Bastan, me parece, los exemplos referidos, para consuelo de los que a tales heridas lloran lastimados, y para escarmiento de los que a infames impulsos se arrojan à traidores.

EXEMPLO V. Añadido.

No toparèmos en el mundo, si reboluemos historias, sino con traiciones, y alevosias. Esto ha de ser causa de alargarnos algo en esta materia, que como sea principal objecto de alentar afligidos, y de meter animo a lastimados,

dos,

dos, no juzgo ſerà canſancio a quien quiſiere leyendo diuertirſe. Vviterico, pues, aquel de quien hizimos mençió, no atendiendo a que le diò por libre Recaredo, por cauſa que diò el auiſo de aquella conjuracion contra Maſona, y contra el Duque Claudio, y no mirando al prodigio que le embargò las fuerças, quando fue a meter mano contra el Duque, ingrato a entrambos reſpetos, a dos años de como ſucediò a Recaredo el Rey Liuua ſu hijo, Principe hermoſo, y gallardo, y que ſiguiendo las piſadas de ſu padre, daua mueſtras de vn gouierno grande, le dio la muerte a traicion, dexando como en tinieblas el Imperio Gotico, embuelto en luto, lagrimas, y quexas. En ſu reciente edad veinte y dos años ſe le contauan ſolos, qual arrebatado cierço, que al ver la roſa los primeros arbores de la luz, la maltrata, y eſtropea, ajò Vviterico con ſu aleuoſia toda la Mageſtad de aquel Principe. Eſtas fueron las tornas de la clemencia que ſe vsò con èl, quando apuntò a ſer traidor; eſte es el agradecimiento de no auerle caſtigado. Perdonaronle entonces, porque diò el auiſo, ſin hazer reparo en que auia ſido traidor, y que podia ſer conueniencia ſuya moſtrarſe deſpues zeloſo, y arrepentido. Harta miſericordia era dexarle con la vida, ſin dexarle en la altura que gozaua, pues la mucha piedad quizà le diò el pie para aſcender a otro mayor delito, porque como dize el Eſpañol prouerbio: *Vn hombre de malas mañas, tarde, ò nunca ſuele perderlas.*

Logrò muy bien el Tirano ſu traicion a los principios, pues ayudado de ſu parcialidad, ſe apoderò de el Reyno, y tomò la embeſtidura. Logròſele en fin la dulçura primera de el reynar, en ſentencia de el otro, que dezia: *Reyna yo oy, y matenme mañana.* Seis años obtuuo el Cetro, ſeñalandoſe en las armas. Con Romanos, y Franceſes tuuo ſus encuentros, y debates, en eſpecial con Theodorico Rey de Borgoña, a cauſa, que auiendole dado a ſu hi-

ja en casamiento, y embiadosela a Francia, boluio aquel Rey a embiarsela donecella, dizen de la manera q̃ fue, dã-do por escusa estar ligado, y no poder tener ayuntamien-to con ella. Sentido Vviterico del desaire, hizo assomadas de guerra, defendiose Theodorico con socorro que pidio a su hermano Teodoberto Rey de Lorena.

Fueron los Arrianos los que dieron calor à Vviterico para matar à Liuua, y alçarse con el Reyno, ya fuesse por recompensa, ya por su mal animo, determinò restituir en España la secta de Arrio, extinguida, y apagada à sudores, y desvelos del famoso Recaredo. Siempre vna maldad dà motinos para otra, siempre vn malo se precipita a peor. Mas buelue Dios por su causa, quãdo la necesidad aprie-ta. Permitio, pues, que derramada esta mala voz se alboro tasse el pueblo con impetu tan grande, que sin hallar resis-tencia, tomando todos las armas, y escogiendo por cabe-ça à Gundemaro, persona de muchas prendas, entraron en el Palacio Real, al tiempo que el Rey sentado a la mesa queria comer, bien descuidado. Arremetieron à èl, como canes rabiosos, y a heridas innumerables, quitãdole la vi-da, lo embiaron a yantar al otro mundo. Que fin podia es-perar quien auia sido traidor? Quien auia vsurpado vna corona, que esta bilidad queria de Reyno que no era suyo? Muera, pues, a traicion quien se hizo Rey con traiciones.

No parò en esto la rabia del popular motin, sino que co gieron el cuerpo afeado con las muchas heridas, y atado con vnas sogas le sacaron arrastrando por las calles: hor-rendo espectaculo, aun a los que le miramos en sola rela-cion! Ibanle diziendo mil oprobios, y denuestos, y des-pues que rociaron la Ciudad con la sangre que brotauan tantos rotos orificios, le dieron sepultura en vn lugar asqueroso. Este pago, y este fin tuuo Vviterico;

ojalà sirua de espejo para refrenar traidores.

EXEM-

EXEMPLO VI. Añadido.

Que con vn traidor se vse de clemẽcia, no ha de negarse que es bueno; pero dexarle en puesto, para que buelua à alçar, nunca es acertado. Al pedir misericordia cõ humildad, razon es, que el Principe que està en lugar de Dios, suspenda el enojo, y temple el castigo: pero que lo absuelua en todo, no es razon. Otro Rey Godo nos darà exemplo del medio q̃ ha de tomarse en estos casos. Subiò Vvamba a la corona por comun acuerdo de los Grandes, afiançando en su prudencia, y madura edad el vniuersal sossiego, que como el Rey Recesuindo muriò sin dexar sucessiõ, se alborotaron muchos pretendiendo cada vno empuñar el cetro. A Vvamba le hizieron aceptar por fuerça, y con tanta resolucion, que vn Capitan le amenazò de muerte con la espada desnuda. Buen exemplo para ver que personas son aptas para el gouierno, los què lo acettã forçados, no los que pretenden ambiciosos. No fue Vvamba, como algunos piensan, villano, antes muy noble, y que con los Reyes antecessores suyos tuuo gran cabida, y primer voto en las juntas, y demàs desto fue muy señalado en armas; hallandose cargado en dias, se retirò a descansar à vna aldea, que es el comun desahogo de los que se escapan abochornados del bullicio de la Corte. Allì trocado en sayal el trage (si bien en aquella era se vsauã muy pocas galas) y conuersando con sus labradores, passaua vna vida alegre, quando fueron à ofrecerle la corona. Vino a Toledo, donde fue vngido por Rey, siendo el Arçobispo Quirico sucessor de S. Ildefonto quien hizo la ceremonia, y al tiempo de coronarle, ay quien dize, que se leuanto de la cabeça vna vapor en forma de coluna, y vna abeja, que bolò a lo alto; otros los hazen antojos del vulgo; pero bien pudieron ser pronosticos, y señales de vn buen gouierno.

Iuliano, Arçobispo de Toledo, en la historia de Narbona.

Hi-

Hizieron todos los Grandes sus omenages al Rey. Fue vno de ellos Paulo, Griego de nacion, como quieren algunos, ò Godo de sangre Real, segun parecer de otros. Su poca lealtad puede auer sido causa de no querer que sea Godo; y aunque lo sea, quien se expone a vna traicion, ya no es Godo, sino Griego. Començò Vvamba a reynar cõ gran cordura, y prudencia. Huuo algunos alborotos en lo de Nauarra, por no auer sido la eleccion a su gusto; partiò el Rey a sossegarlos, quando en la Gallia Gotica, como Prouincia mas distante, se reuelaron tambien Hisperio, Conde de Nimes, y Gumildo Obispo de Malagona. Si este Principe con ambicion, ò tirania se huuiera llamado Rey, no auia que marauillar, que vnos no le obedeciessen, y que otros se reuelassen; pero hazerle Rey por fuerça, y luego hazerle desaires, no es cosa para sufrida.

A castigar este rebelion despachò el Rey a Paulo con titulo de General, dandole gente, la que pareciò bastante. Paulo, que aunque estuuo callado, sintiò infinito auer hecho Rey a Vvamba, juzgò muy a su proposito la ocasion que le ofrecia, para sacar en publico el veneno, y la ponçoña que abrigaua en su pecho, y assi marchando poco a poco, diò lugar al enemigo para mas fortificarse. Comunicò sus disignios cõ algunos de sus parciales, y hallandolos gratos, se hizo principal cabeça de la conjuracion. Apoderòse de Barcelona, y de otras Ciudades, y Villas de aquel Principado. El Duque de Tarragona, y el Conde de Nimes se le dieron por amigos, con cuyas fuerças quedò tan desvanecido, y tan soberuio, que apoderandose de Narbona, no temiò llamarse Rey. Alegò por no juridica la eleccion de Vvamba; pidiò, que se hiziesse Rey; estaua hecho ya el trato con sus camaradas; gritaron, que èl solo lo merecia; callaron los que sentian mal, porque eran pocos, y temieron el tumulto, y assi fue el traidor alçado por Rey, poniendole en la cabeça la

Co-

Corona de san Felix Martir de Girona, que auia ofrecido el Rey Recaredo. Que buen pago a la honra recibida, quitarle el cetro a quien le diò el baston, pagarle con vn agrauio el beneficio.

No parò en esto la desverguença de Paulo, sino que atreuido embiò a desafiar a Vvamba con vna carta llena de oprobios, y afrentas, donde lo menos era tratarle de villano. Que mas pudiera hazer vn ofendido? Con el sentimiẽto, que se dà a entender llamò el Rey a Cõsejo a todos los Grandes, para tomar parecer en caso tan arduo; todos se mostraron finos en darle su ayuda contra el traidor, solo anduuieron diuersos sobre si seria bien rehazerse de mas gẽte para ir a la empressa, ò seria mejor acudir sin dilatarlo: siguiòse esto vltimo con aprobacion de el Rey, que como soldado viejo, y bien disciplinado en la milicia, sabia lo pernicioso que era dexar fortificar al enemigo: qualquier mal si se arrayga, de pequeño se haze grande.

Diuidido, pues, su campo en troços, marcharon a Cataluña, sujetando cõ facilidad los pueblos rebeldes, y castigando tal vez, mas las demasias q̃ hazia̅ sus soldados con la gente miserable, forçando doncellas, y robando sin piedad, que no las culpas de los mismos rebelados. A todos los insolentes hazia cortar los prepucios, con cuyo castigo tomauan escarmiento los demas. Era el buen Rey zeloso de la justicia, y no queria lleuar a Dios enojado cõ maldades de los suyos, quando ibana a castigar sinrazones de contrarios. Llegò á Barcelona, que sin dificultad le abriò las puertas, porque aunque auia rebeldes poderosos, eran muchos mas los leales, premiò a estos, y castigò de aquellos, segun la grauedad de la culpa en q̃ auian delinquido. En Girona hizo otro tanto, con que atrauesando los Pirineos, se puso sobre Narbona, ciudad muy noble de Francia. No quiso aguardar alli Paulo, sino q̃ dexando en ella a Vvitcrico, vno de los principales conjurados, se retirò a

Ni-

Nimes, donde esperaua socorros de Francia, y de Alemania. Narbona fue entrada por fuerça, costando mucha sangre de ambas partes. Vvitirico se retirò a vn Templo, pensando que le valdria el sagrado, y sin pensar que nunca las Iglesias amparan a traidores. Alli fue preso con otros muchos rebeldes, y entre ellos el Arçobispo llamado Argebaudo.

Tomada Narbona, y otras ciudades comarcanas, embiò Vvamba vn grueſſo exercito de treinta mil hombres de pelea à tomar la ciudad de Nimes, vna de las mas hermosas poblaciones de toda la Francia en aquel siglo, de cuya grandeza, y hermosura, en especial del teatro, que pegado à los adarues seruia de fortaleza, resplãdecen oy vestigios, y claros rastros. Pusieronse en defensa los de adentro, y acometiendo los de afuera denodados, se trauò vna pelea muy sangrienta, y muy reñida, sin que por vna, ni otra parte se aclaraſſe la vitoria, con durar de sol à sol. Esparcidos con la noche, embiaron los de Vvamba a pedirle mas gente. Despacholes diez mil hombres de refresco; tornaron otro dia a la liza con mayor ardimiento. Paulo con los suyos los recibieron con mayor corage, que como se veian ya perdidos, peleauan como desesperados. De ambas partes se echò el resto del valor, arrestada la ossadia de poder a poder; pero en fin prevaleciò la muchedũbre de los de afuera, haziendo q̃ desmayaſſen los de adentro. Pegaron fuego a las puertas, y desportillaron la muralla de forma, que pudieron entrar, matando, y destruyendo todo quanto topauan. Fue tan sangriento el estrago, tan cruel la carniceria, que las plaças, y las calles cubiertas de cuerpos muertos, brotauan mares de sangre. La gritería, y estruendo; gemidos aqui de heridos; llantos alli de mugeres, vozes de todas partes confusas, era en tal manera, que el ayre embaraçando repetia lastimosos ecos.

A vista de tantas lastimas conocio Paulo su yerro, y con-

confessò à vozes su maldad, y su locura; que es muy propio de traidores, quando se vèn vencidos, confessar acobardados sus maldades: raro es el traidor que muere valiente. Assi Paulo, no quiso arrestar la vida en la pelea, sino tratar de conseruarla por el camino que pudiesse. Desnudose de las insignias Reales, cõtra derecho vsurpadas, y retiròse al teatro, como a parte mas segura, con animo de pedir partido. El Rey caminaua a toda prisa à gozar de el triũfo de aquella vitoria. Y como sea cosa natural apiadarse el vencedor de quien ya tiene a sus pies, y mas quãdo son debates, y riñas entre los de vna nacion, donde se interpolan parentescos, lastimados los vencedores mismos, de ver à los rebeldes en tan miserable estado. Dierõ traza para que pidiessen al Rey misericordia; que como sabian lo piadoso de su condicion, juzgaron, que tendrian buen despacho. Salió a hazer el parlamento el Arçobispo de Narbona en nombre de los culpados; postrose de rodillas delante del Rey, y haziendo prologo de lagrimas copiosas, el Rey perdonò al comun las vidas, y reseruò el castigar las cabeças. Triunfò con Paulo en Toledo, y hizo que acabasse en carcel perpetua; que aunque fue clemencia reseruarle la vida, fue muerte mayor viuir siempre encarcelado.

EXEMPLO VII. Añadido.

Antes de tratar la muerte aleuosa, y tragedia lamentable de el Conde Don Garcia, aduierto para mas claridad, que el Conde de Castilla Don Sancho tuuo por hijas a Doña Nuña, y Doña Teresa, esta que casò con el Rey Don Bermudo Tercero de Leon, y aquella con Don Sancho Rey de Nauarra, en quien tuuo a los Infantes Don Garcia, y Don Fernando, que fueron los que leuantaron a su madre el falso testimonio, y por casar despues

este Infante Don Fernando con Doña Sancha, Infanta de Leon, y hermana de Don Bermudo, vino à heredar el Reyno. Demàs destas dos señoras, tuuo el Conde Don Sancho a Don Garcia, que de edad de treze años le sucediò en el Señorio de Castilla. Porque no se embaracen los que no estàn muy en las historias, he hecho estas aduertencias, para que con mas desahogo se sepa de quiẽ se trata.

Castillo, y otros.

Heredado don Garcia el Estado de su padre, aunque ay quiẽ diga, que sucediò su tragedia antes que el padre muriesse. Tratò de casarse con la Infanta Doña Sancha, hermana, que ya hemos dicho, del Rey don Bermudo de Leõ. Como el Rey era cuñado ya por vna parte, por estar casado con doña Teresa, hermana de el mismo don Garcia, se ajustaron con facilidad las bodas, y los cõciertos, que claro estaua, que teniendo dos cuñados Reyes, y vn Señorio tan grande como el de Castilla, en visperas ya de Reyno, se auia de tener por trueco dichoso, casarle cada vno que pudiesse con su hermana. Con estos lazos de parentesco se pretendia vna sossegada paz entre los Christianos, que debates entre los mismos Principes arraigaron mas los Moros en España. Porque a estar siempre vnidos, como deuierá fueran echados al precipicio cõ mucha facilidad.

Mientras el Conde Don Garcia, entre la bizarria de su tierna edad, preuenia galas, y aparatos grandes para ir a ver su esposa, penado ya por ella, por lo hermosa que le auia parecido retratada, siendo ya todo este afecto deuda muy deuida, pues no menos enamorada estaua la Infanta de èl. En tanto, pues, digo, que se trazauan estas vistas, los hijos del Conde Don Vela (que al modo que al padre por reboltoso, echò de Castilla el Conde Fernan Gonçalez, ellos por otro tanto viuian en Leon) andauan vrdiendo tramas, para despicar en el Conde niño los agrauios, y las quexas que tenian de su padre. Pare-

cio-

cioles ocasiõ a proposito verle muchacho, y auer de verle en jurisdicion agena. No puede vn Reyno venir a mayor miseria, que hallarse con Rey moço. No solo se le atreuen los traidores, pero aun los leales no le estiman. Guarde el Cielo eternidades a nuestro gran Filipo, y hasta que tenga Principe de maduros años no se le atreua la muerte.

Conjuraronse los tales, Rodrigo, y sus dos hermanos, comunicando su intento a los deudos, y amigos, de quien les pareciò podian tener confiança. Eran sagazes, y astutos, y assi no se fiauan de todos, que no todos, por amigos que sean, saben ser callados, ni prudentes. Para hazer mejor su hecho, procuraron con capa de amistad disimular el encono, desmentir la falsedad, y desluzir la traicion: heridas sin reparo las que se dan desta suerte.

Saliò el Conde de Burgos para Leon con mucho acompañamiento mucho fausto, mucha pompa. El Rey don Sancho de Nauarra su cuñado acudiò a assistirle juntamente con sus hijos, que es muy de grandes señores el honrarse vnos a otros. Formauan los soldados de vna, y otra Nació vn campo entero, y assi por modo de emplear el tiẽpo en algo, por diuertirse, como si dixeramos, fuerõ ganando de camino algunos pueblos, que por desprecio de la tierna edad de el Conde, se auia alçado con ellos vn tal Fernando Gutierrez, que en tales ocasiones de vn Principe moço, ò de vn Rey descuidado, es propio de ambiciosos apañar para si todo quanto pueden. Por la muchedũbre de la gente iban haziendo muy cortas las jornadas. Y como quien và à casarse, aun el caminar apriſa se le antoja dilacion, no quiso el Conde hazer actos de sufrido, siẽdo nouio, sino que se adelantò muy a la ligera con algunos de a cauallo, dexandose al Rey don Sancho con toda la tropa en Sahagun.

A la entrada de Leon saliò el Rey a recibirle con lo noble de la Corte. Salieron juntamente los hijos de don Vela, bien engañosos, y bien disimulados, como traidores en fin. Dieron muestras de querer arrepentidos ganar la gracia del Principe su señor, besandole la mano. Assi lo hizieron, pidiendole perdon postrados de rodillas. Esto se via en lo publico; pero en el pecho tenian abrigada la maldad. Quien de humildad voluntaria sospechara vna traicion? Quien creyera, que debaxo de aquella apariencia iba encubierto el engaño? Quien pudiera presumir, que viendose perdonados, no auian de corresponder muy agradecidos? Sola su aleuosia pudo engañar al mundo, y hazer que se descuidasse vn Principe inocente.

Hospedòse el Conde en la Casa Real: ya se puede presumir el buen hospedage, el agassajo, el cariño que hallaria. Saliò, pues, vna mañana a oir Missa a San Saluador, y a la puerta misma de la Iglesia le embistieron los traidores con las espadas desnudas. La guarda de el Conde era poca, ellos muchos; el Conde descuidado, ellos preuenidos: el Conde niño, ellos muy hombres, aunque en la accion muy ruines: y assi antes que pudiera reboluerse le quitaron la vida con muchas estocadas. Quien pensara tal maldad! Vn cordero inocente hecho blanco en sangre tinto a lobos carniceros! Vn Principe de Castilla vertiendo arroyos de sangre por las calles de Leon!

Llegò la nueua a Palacio en destempladas vozes, en tropel confuso, en ruidoso estruendo. La Infanta Doña Sancha, ya viuda primero que casada, cayò en tierra sin sentido: la pena inmensa la rindio a vn desmayo, que ay dolores que no guardan cortesia a la Magestad. Buelta en sì acuerdo, a diligencias quizà del mismo dolor, acudiò desalada a donde estaua el difunto esposo reboleado

do

do entre su sangre, triste espectaculo aun a ojos vengatiuos! Abraçose con el muerto, llenãdo el ayre de quexas, y alaridos, regando el suelo de copiosas lagrimas. Sus lastimas fueron tales, tales sus estremos, que al enterrar el difunto, sino la deruuieran, quiso enterrarse cõ èl. No ay que marauillar, que fue pena rigurosa para vna muger que amaua, ver a su esposo antes en el ataud que en el talamo. Siente mucho vna muger, si es como deue, los desastres del marido. La Reyna Doña Teresa, con ser hermana del muerto, aunque no ay duda q̃ lo sentiria mucho, no fue vista, ni acudir a la refriega, ni hazer semejantes lastimas, de donde se infiere, que no ay deudo mas estrecho, ni voluntad mas firme, que entre marido, y muger.

Ponderan aun mas este caso algunos Autores, y dizen, que antes de matar al Conde, le leuaron los traidores como preso a vna de sus casas, lo qual sabido por la Infanta D. Sancha, acudiò allà con presteza a tiempo q̃ le estauan hiriendo, y afeandoles su alcuosia, y maldad, les pidiò cõ ahinco que la matassen a ella, y dexassen viuo al Conde. Sobre lo qual, siendo mucha su instancia en defenderle, le diò vna bofetada el Conde Fernan Lainez, tio de los traidores. Notable desacato, y cosas casi increibles en vna Corte de vn Rey, y el Rey en ella, cuñado el muerto, hermana la ofendida, y todos agrauiados, y escaparse los traidores sin ser presos! El otro cuñado Don Sancho de Nauarra anduuo mejor. Cogiole la nueua ya en los arrabales de Leon, y con suma diligencia, diuidido el campo en troços, siguiò por todas partes a los traidores, alcançolos en Monçon, junto a Palencia, donde auiendolos preso, mandò que los quemassen, justicia con que pagaron su delito, y escarmentaron otros. Rebolviò luego contra el Rey de Leon, dad si tuuo sospechas de auerle visto omisso, y grangeò de apretarle, casar con la doncella viuda a Don Fernando su segundo hijo, que

por ella heredò a Leon, y por su madre a Castilla. Verdad és, que primero quiso la Infanta la vengassen de la injuria, que la auia hecho Fernan Lainez, que no es razon, dezia, tomar esposo vna muger afrentada. Cumplieronla de justicia entregandola al delinquente, a quien mandò desmembrar. Conjurados, y traidores jamàs pararon en bien, con que no solo dura para las edades la mancha de su traicion, sino juntamente la afrenta de su castigo.

CAPITVLO XII.

De la piedad de Dauid con su enemigo Saul, quando pudiendole matar, aun no le quiso ofender.

No ay mayor valentia, que tener valor vn hombre para vencerse à si mismo. Vencer las passiones propias, y sujetar la vengança a los pies de la razõ, es vna bizarria mas que humana, y q̃ parece tira gajes de diuino aliẽto. Quitar la vida a quien hizo el agrauio, es vencer a quien anda arrastrado de la culpa; pero vencer perdonando, al braço que vibra esfuerços contra el facineroso, es vitoria de hõbres como Dauid. El solo puede ser pauta a todos los duellistas, a aquellos que sino vengan la injuria derramando sangre, se tienen por afrentados: El solo puede enseñar el modo con que ha de portarse vn ofendido: El solo puede dar luz del respeto que se deue a los Principes por mas tiranos que sean: vamos a la Historia.

1. *Reg. cap. 24.* Texto, y Glossa

Apenas se viò libre el Campion valiente de los riesgos, de que se mirò cercado en el desierto Maõ, del modo que ya diximos, quando capitaneando sus seiscientos hõbres buscò estancia mas segura. Penetraron las malezas de Engadi, riscos tan inaccessibles, que aun las siluestres cabras que los pueblan, tal vez precipitadas de las cumbres se

se hizieran pedaços, si las puntas de sus frentes no les siruieran de estriuos para afiançar la caida. Ponderacion es de doctas plumas, no hiperbolico encarecimiento. Parecióles lugar apto para engañar al mas ossado peligro, pues lo fragoso del monte venia a ser estoruo de la mas apretada diligencia. Brindauales tambien la guarida de vna opaca gruta, de vna espaciosa cueua, en cuyos obscuros senos, a aprietos de la necessidad podian hallar asilo, y esconderse. En tanto, pues, que ellos hazian sus rãchos, y sentauan sus aduares, diligenciaua Saul, vencidos ya los Filisteos, boluer a su teson, y a su porfia, que estãdo vn coraçon hecho a las iras, todo es anhelar a la vengança. Cõ mas de tres mil soldados escogidos boluió a fatigar los montes, no a caçar fieras, sino solo a vn desdichado. Derramò sus espias para acertar el tiro, y teniendo auiso, que Dauid con su gente se ocultaua en Engadi, partiò gozoso a prenderle, ò matarle. No le puso pauor lo intrincado de la maleza, ni le amedrentò lo agrio de sus riscos, antes vẽciendo con lo iracundo fuera de la Magestad, començò el primero a trepar por los breñales, dando motiuo con su arriesgado impulso, a que hiziessen sus soldados otro tanto; que en pechos leales, quando se arroja el Principe a vn peligro, es obligacion forçosa seguirle hasta dar la vida. Cada qual trepò por la maleza, y qual si fueran hipogriphos los cauallos, bolauan a las cumbres.

Lyra, y la Interlineal ad c. 24. Ex 1. Reg.

Temio Dauid el peligro, y conuocando a todos sus soldados, se ocultaron en la cueua: buscaron en ella lo mas denso de las sombras, y haziendo dellas cortinas, se hizieron al silencio. Saul, que como mas interessado de la empressa, discurria mas el monte, llegò acaso por aquella parte, y forçado de vna necessidad natural, entrò en la gruta, con tanto descuido, como dexa entenderse. Poco importa el ser Rey para euadir los lazos de la fortuna. A ser otro el perseguido, en buena zelada

lada auia dado Saul. Qualquier Principe deue mirar las acciones que intenta, y los passos en que anda, porque si vàn fuera de la razon, en donde menos piense hallarà el tropezadero. Ir à agraviar, y a ofender, son passos de vn precipicio.

Aduirtiendo los soldados de Dauid el lance tan en las manos, el Rey descuidado, y solo, y ellos muchos, y bien apercebidos, dixeronle à Dauid al oido con palabras acêtuadas apenas de los labios: Ea, Señor, a que aguardas? Que esperas, Dauid, quando vès a tus ojos descuidado a tu enemigo? Logra la ocasion, pues viene a ser este el dia, en que Dios te ha prometido ponerle en tus manos, para q̃ hagas dèl lo que quisiere. Aora te suspendes? Aora estàs confuso? Aora te pasmas? Quando el cielo te ofrece la victoria, y puedes a solo vn golpe acabar con el tirano, y empuñar el cetro. Si tu piedad no ossa, ò algũ temor te amedrenta, dexanos a nosotros, y veràs que en breue rato hazemos, que con su sangre rotule en estas malezas, como es digno desta muerte.

Nada se alterò Dauid a estos consejos, y por no embaraçar lo cortes de la ocasion en respuestas, y preguntas, se fue acercando a Saul con tan secretos passos, que aun la tierra que pisaua apenas los sentia! Tan cerca se llegò dèl por las espaldas, que asiendo con la vna mano del manto militar que le cubria, y con la otra desembainando vn puñal, le cortò vn giron, lo que juzgò bastante para señas de aquel hecho, y apenas le huuo cortado, quando arrepentido mostrò dolores del alma. Sintiò bien Dauid, que a vn Rey, por malo que sea, no se le ha de llegar al hilo de la ropa: y assi infelizes de aquellos que a su Principe, a su señor, no solo les corran girones del vestido; pero aun vestidos del honor se atreuen a cortarles! Lastimado, pues Dauid, boluiò à sus soldados, y les dixo: Tengame Dios de su mano, amigos mios, ampare mi en-

tendimiento, y guarde mi juizio, para q̃ yo no haga lo q̃e me aconsejais tan desatentos, dando muerte a mi señor, a mi Rey, a vngido de Dios. Viue el Señor, que rige el vniuerso, que si èl no le mata, ya con herida de peste, ya con golpe de vn acaso, o siendo su edad cumplida èl no se muere, que no he de manchar mis manos en su sangre, ni quitar la vida a quien es Christo de Dios. Este es mi parecer, esto lo que os amonesto, esto lo que os mãdo; que fuera vileza suma manchar con vna maldad tanto blason adquirido a costa de trabajos, y fatigas.

Mucho puede la razon, y vn Principe con ella puede mas: Assi Dauid, pudo tanto a fuerça destas razones, que los soldados que empuñados los azeros solo esperauan licencia para chocar con Saul, retrocedieron los amagados impulsos, y depuesta la braueza se mostraron obedientes. En tanto que acà se andaua en estos debates, salió Saul de la cueua bien descuidado. Tomò el cauallo al paje que le guardaua, y subiendo en èl començò a caminar por la falda de la sierra para descender al llano. Saliò tambien Dauid en su seguimiento, y puesto en parte donde pudiesse oir, y verle, començò à llamarle a vozes, diziendo: A mi señor? A Rey mio? Boluiò Saul la cabeça, tirandole el freno al bruto, y entonces Dauid inclinandose hasta el suelo con suma reuerencia, le hablò muy lastimado estas palabras.

Porque has de escuchar, señor, ni dar oidos à palabras de hombres maldicientes, de aquellos que lleuados de la emulacion lisonjean con el chisme, y malquistã à quien està sin culpa? Que delito, ò q̃ maldad ha cometido Dauid? Que males te ha buscado? Que desaueros te ha hecho? Que puedes objetar la malicia contra mi inocencia, quando tus ojos hã de ser oy testigos de la vida q̃ me deues? Bien descuidado entraste en esta cueua, donde à ser yo vengatiuo pudiera auerte muerto; pero soy honrado, y assi aunq̃ me brindaua el lance, quise mas

perdonandote vencerme, que matandote vengarme. Harto tropel venci de tentaciones; porque verme agraviado me incitaua à la ira; verme perseguido, me armaua de vengãças, mas hize rostro à todo, y dixe entre mi: No he de poner yo manos en mi dueño, porque es Christo del Señor. Y assi padre, y dueño mio, mira, y reconoce este giron de tu manto. Repara atento, si quien tuuo lugar de cortar vn pedaço de tu ropa, pudiera mas facilmente quitarte la vida? Aduierte esta accion, que es testigo de mi abono. Mira sin enojo mi inocencia, y verás lo libre que estoy de culpa. Repassa el libro en que escriues tus agravios, y bien cierto, que no halles, que yo te aya hecho algano, muchos seruicios sí à ley de buen vassallo. Tu sí, que agravias à vn inocente, y armas assechanças contra mi vida. Mas no procuro vengarme, sino apelar al Cielo, para q̃ entre los dos juzgue esta causa. La vengança dexo à Dios, para que como Juez sumo, y soberano, dè el castigo à quien vè que le merece. Cansate, pues, ya de perseguirme, que siendo, como eres, Rey tan poderoso, y à quien toda Israel, doze celebradas Tribus rinden vassallaje, es afrenta de ti mismo hazer caso de vn hombre humilde qual yo. Tu rozando olandas, y arrastrando purpura te opones à vn pastorcillo q̃ salió ayer del sayal? Tu soberania se embaraça en humildades? Tu Magestad se abate à estas miserias? Ea, señor, buelue en ti, y no ciego de passion precipites tu grãdeza.

Atonito escuchaua Saul, y como juzgando sueño lo que tocauan los ojos, y atendian los oidos, reparaua en su descuido, y embargauale el cuidado, que los cuidados mayores nacen siempre de descuidos. Rodeò su capa, ò manto, y hallò menos el giron, que en las manos de Dauid campaua por trofeo. Las señas eran tan ciertas, que desterrauan las mayores dudas. Creyò el caso como Dauid lo dezia; consideròel riesgo en que auia estado; loò en Dauid la bondad, y en sí colpò la malicia. Enternecióse Saul, que à vista de vn beneficio, el coraçon mas de marmol ha-

haze sentimiento. Con la voz ahogada en lagrimas probò a hablarle. Son por ventura, dize, ò hijo mio Dauid, vozes tuyas las que escucho? Y al ir a proseguir, añudò el llanto la voz, con que vino à hazer parentesis de suspiros lo que recogiò en silencio. Venciò el valor la ternura, y articulò estas palabras.

Confiessote Dauid, que eres mas justo que yo; y està claro el argumento, porque tu me has hecho colmados bienes, y o te he buelto muchos males; tu me has seruido valiente, yo cruel te he perseguido; tu en la forma que me has dicho, pudiendo darme muerte, has amparado mi vida. Accion digna de loar, y como tuya; porque quien avrà auido, que viendo el enemigo en sus manos le perdone, y dexe ir libre? Dios te pague esta fineza, que èl solo puede pagarla, y porque sè de verdad que has de sucederme en la Corona, y ver baxo de tu dominio el gran Reyno de Israel, jurame aqui por Dios, que no borraràs mi nombre de la casa de mi padre, ni assolaràs mi ilustre descendencia.

Rindiendo obsequios jurò Dauid à Saul lo que pedia, fuera de que ya lo auia jurado otras vezes al Principe Ionatas, no seria cosa dura prometer lo que aun sin juramento executàra su nobleza; que es propio de pechos grandes, en viendose en la altura, amparar los desvalidos, y absoluer los delinquentes. Reconciliados, pues, en esta forma, Saul recogiò su gente, y se partiò a su Corte, y Dauid alegrãdo con la nueua à sus soldados buscò lugar mas seguro. No parece q̃ tuuo seguridad en las palabras, y lagrimas del Rey, porque a reneria, claro està q̃ se fuera con èl, y se acabaran para siempre los enojos. Anduuo cuerdo, porque de enemigos reconciliados ay poco de q̃ fiar. Apagase mal la brasa de la embidia en vn pecho enconado, y aunq̃ haga algun cariño, puede ser traza dissimulada, llenãdo entre lo dulce de la aparẽcia, encubierto el veneno

de-

de la vengança. Sabio muy bien Dauid, aunque era moço, y assi aunque adulo, y se mostrò agradecido a las palabras del Rey, no quiso empeçarse de sus palabras. Por celebrar, pues, con algo la victoria, no solo de auerse librado de aquel riesgo, sino de auer perdonado a su enemigo, que esta fue mayor vitoria, tomò vn instrumento, y al son de las templadas cuerdas cantò este Psalmo, que compuso en lo obscuro de la cueua entre temores, y sombras.

Psalmo 56. Al aprieto en que Dauid se viò encerrado en la cueua de Engadi.

Texto, y Glossa.

Miserere mei Deus miserere mei, &c. Psal. 56.

Adolesceos de mi, Dios infinito,
Adolesceos de mi, que aunque no en grito,
Con lagrimas secretas os implore:
Celando à mis soldados que aora lloro:
Adolesceos de mi, dos vezes digo,
Porque estando à la puerta mi enemigo,
El puede ya matarme, si es ossado,
O yo matarle à èl por descuidado.
Y assi estoruadle à èl no me maltrate,
Y detenedme à mi, que no le mate.
Dadme de vn golpe aquestas dos vitorias,
Para timbre famoso de mis glorias,
Esta misericordia, esta clemencia
Me la debeis, Señor, por consequencia,
De que vuestra piedad siempre le alcança,
A quien consagra à vos su confiança,
Y pues en vos la tengo, caso es llano,
Que me aueis de amparar qual Soberano.

Rabi Salomon in Glossa.

Quoniã in te cõfidit anima mea.

Ha-

Haziendo vuestras alas pauellones,
Que me oculten de tales tentaciones,
Hasta que passe la maldad presente,
Y pueda escapar libre con mi gente.
A Dios he de clamar con voz, y llanto, Clamabo ad Deum.
Pues ya en tanto quebranto
Mil bienes he sentido, que me ha hecho,
Dexandome extinguidos en mi pecho
Pensamientos villanos.
De tomar la vengança con mis manos:
Del cielo me embiò nobles alientos,
Y triunfè de mis propios pensamientos.
A aquellos que procuran acabarme, Dedit in opprobrium, &c. Lyra.
Y entre sus pies hollarme,
Les vino à dar en cara con su afrenta;
Que quien cruel intenta
Ofender sin razon à vn desvalido,
Iustos es que à oprobios que de confundido.
Para amparo mayor en tal discordia,
Hizo tambien, que su misericordia,
Y su verdad vinissen à instirme, Misit Deus misericordiam suam, &c.
Que no ay roca tan firme,
Que à olas de peligros combatida,
Dexe de verse à pique de perdida:
Y assi, aunque yo brioso
No pude tener sueño con reposo;
Turbado si los ratos que dormia,
Hasta que Dios con suma bizarria
Por cercado que estaua de leopardos, Filij hominum dentes eorum arma, & sagittæ, &c.
A mi alma librò de entre sus dardos.
Aquellos hombres, que del Rey al lado,
Con animo doblado
Meten cizaña contra mi inocencia,
Son los que mas apuran mi paciencia,

Por-

Porque como saetas boladoras,
Vibran las lenguas contra mi traidoras,
Qual afilado azero,
Que separa lo vnido, y mas entero.
Ellos assi con chismes, con engaños
Me apartan de Saul para mis daños;
Enconan la materia à falsedades,
Y arden con mas vigor enemistades,
Sobre los altos Cielos,
Dobrillan mas hermosos paralelos.
Exaltare super cœlos Deus.
Sed, mi Dios, ensalçado eternamente,
Vuestra gloria eminente
Campee en la tierra luzes brilladoras,
En canciones sonoras
De Angeles, y de hombres assi juntos
Canten vuestra alabança à todos puntos.
Que yo no dexarè de hazer memoria
De lo mucho que os deuo en esta historia,
Pues quando ya mis emulos sedientos,
Laqueũ putauerunt pedibus meis.
Por beber de mi sangre mal atentos,
Me paran tantos lazos,
Que mis pies tropezando en embaraços
Apenas vian ya por do escaparse,
Quando los vi acercarse,
Y à mis ojos abrirme sepultura,
Foderũt ante faciẽ meã foueam; & inciderunt in eam
Vi que torpes, y ciegos (que ventura!)
Cayeron en la trampa que me armaron,
Y por mirar yo à Dios se me escaparon,
Pues claro està que pude en breue instante,
Dando muerte à Saul salir triunfante.
Y assi, Señor, mi Dios, mi amado dueño,
Vn coraçon pequeño,
Si bien en los deseos dilatado,
Siempre dispuesto, siempre aparejado

Cor meũ Deus.

A seruiros os rindo, y sacrifico,
Y pues al dulce metro bien me aplico,
Yo os cantaré, Señor, mil alabanças,
Porque se alienten mas mis esperanças.
Ea, noticias mias, pues sois glorias,
Que del Cielo me dais claras memorias,
Leuantaos hasta el Cielo,
Y à mi espiritu dando nueuo buelo,
El Tsalterio, y la Citara suaues
Suenan acordes con canciones graues,
Que yo os confessaré, Señor diuino,
Segun me pronostica mi destino,
Haziendo, que estos Psalmos que aqui os canto,
Vnos entre placer, otros en llanto,
Segun el tiempo, y la ocasion lo pida,
Se os canten sin medida
Con alternadas vozes eminentes
En muchos pueblos, y entre varias gentes.

Exurge gloria mea, & Lyra.

Con esta cancion tan sagrada, quanto bien sentida, celebraua Dauid la victoria del riesgo, en que se auia visto, que es propio de agradecidos dar de contado las gracias, a quien les dà el fauor en los aprietos. Conociò bien Dauid, que auia sido obra de Dios saluarse aquel dia, y auer tenido a su enemigo en las manos; y assi por todo le diò mil alabanças. Demos nosotros algunos vinos a la bizarria de saber perdonar, materia bien dificil, y poco cursada aun entre Christianos, quando tan necessaria para la saluacion. Moralicemosla, pues, con algunos similes, que son razones viuas, que conuencen, y que sin hazer fuerça, puedan arrastrar a animos vengatiuos a la piedad, y templança.

(§)

Similes de remitir agrauios, y perdonar enemigos.

EXEMPLO I.

Autores el M. Simon Bertien sermones manuscritos Serafino Razio in horto exemplorum. Speculum exẽpl. tit. Iniuriarũ remissio

Sucedió en cierta Ciudad (refieren Autores graues) que vn Ciudadano dio la muerte a vn Cauallero, ayudado de su mayor valentia, ò assistido de su mejor fortuna, que en tales lances de vna trauada refriega, tãto como la destreza, suele aprouechar la buena suerte. Sucedió, pues, el hecho, y visto por el Ciudadano el riesgo que le amenazaua, a causa de tener el muerto vn hermano valiente, y poderoso, procurò ocultarse, y andar siempre sobre auiso. La ausencia de algunos dias fue borrando las memorias del fracaso, si bien en el hermano de el muerto estauan siempre muy viuas, que quando es sangre tan propia la derramada, està punçando el pecho con recuerdos. Mirandose ofendido, al passo que poderoso, hazia apretadas diligencias por auer a las manos al matador; anhelaua a la vengança por todos caminos. El ofensor, ya fuesse que obligaciones precisas le estoruassen ausentarse, ya que temiesse mayor peligro en la ausencia, viendo tomados los passos, no se atreuia a salir de la Ciudad, ni a salir donde le viessen: andauase a las orillas, y a sombra, como dizen, de tejados. Determinò prudente ponerse bien con Dios, curando la conciencia a golpes de confession. Buẽ arbitrio en tanto riesgo. Confessò, pues, su culpa cõ mucho dolor, la que le pareciò auer tenido en aquella muerte; que muertes puede auer con poca culpa, ò prouocado el animo con alguna injuria, ò defendiendo vn hombre lo que es suyo. Hallòse muy otro despues de auer confessado, con mucho desahogo para sufrir qualquier mal, con mucho brio para to-

tolerar qualquier desdicha; que vna conciencia sana, y ofrecida a Dios, deshaze muy facilmente los miedos que dà el pecado. Llenando a Dios en el cuerpo, no ay peligros que amedrenten.

Llegò, pues, el Viernes Santo, y puesto vn cordel al cuello, esperò ocasion de encontrar al ofendido. Topòle que iba a la Iglesia, y quando alterada la sangre, y irritado el coraçon, terciando la capa, iba a echar mano a la espada, se arrojò a sus pies, y con palabras humildes, dixo que le perdonasse por amor de Dios, y de Iesu Christo su Hijo, que aquel mismo dia padeciò por todos los pecadores, y que sino, suspendiesse el azero, y le apretasse aquel lazo, con que a menos diligencia podia tomar venganca.

Quedòse el Cauallero suspenso, a tanta humildad titubeò el valor entre los torbellinos del enojo; aturdiose la pesadumbre a vista del espectaculo; el braço perdiò la fuerça; lo duro del coraçon brotò ternuras, y en fin, tocado del Cielo, se expuso a vna bizarria. Leuantòle del suelo entre sus braços, diole osculo de paz, y dixole amoroso: *Id en paz, amigo, que ya estais perdonado, Dios os perdone en el Cielo, lo que yo os perdono aqui.* Diziendo esto passò a su camino, mas contento, y alegre que si huuiera vengado la muerte del difunto; que en pechos entendidos, no ay mayor vencimiento, que remitir vn agrauio, y perdonar vna ofensa. Assi el matador, viendose perdonado con tan Christiana galanteria, se hizo pregonero de sus alabanças, que no fue lauro poco para el Cauallero, pues grangeò de toda la Ciudad comunes aplausos. Pero esto fue lo menos con que quiso el Cielo honrarle: mas fue lo que sucedio.

Aquella siguiente noche, quando en los ocios de el sueño descansa el mayor cuidado, se le apareciò Iesu Christo cercado de resplandores, y le dixo estas palabras: *Porque por amor de mi perdonaste ayer à tu enemigo,*

re-

remitiendole la ofensa, que hizo en matarte à tu hermano, te hago saber, que en esta misma hora he sacado su alma de las penas del Purgatorio: y assimismo el alma de tu padre, para que juntas en mi compañia suban à gozar de los eternos descansos, y de las delicias celestiales. Demas desto te combido à ti para el octauo dia, en que dexada la miseria deste mundo, irás à ser Cortesano de mi Gloria.

Desapareciò la celestial vision, quedando el ilustre Cauallero, despues de recordado, lleno de mil jubilos, y alegrias. Y reparando aduertido, que a los combites de Dios importa el ir adornado con vestidos de boda, dispuso muy bien su alma para el dia señalado. Confessò sus culpas, recibiò los Sacramentos, y à la hora que Christo le señalò, le rindiò el alma, y fue a gozar de los tesoros de la Ierusalen triunfante. Este es el laurel, este es el premio con que galardona Dios a los que perdonan agrauios; que como es vitoria tan diuina el remitir la vengança, parece que Dios aun no quiere dilatar el galardon, sino que de contado, remitiendo siglos de pena temporal, les dan la gloria. Ojala todos los vengatiuos se miren à este espejo, para que a sus visos aprendan a saluarse.

EXEMPLO II.

Osorio to. 1. cõci. ser. 6. post cineres. Speculũ exemplorum iniuriarũ remissio Exemplo 2.

No ha muchos años (segun cuenta el Padre Osorio) que sobre no sè que encuentro de palabras (que estas de ordinario ocasionan las pendencias) salieron a reñir dos jouenes valientes, ambos sin duda eran Nobles, pues riñeron como honrados, que tambien ay riñas viles, quando con armas traidoras, ò con ventajas ocultas se intenta la demasia. Tocòle, pues, la suerte al menos venturoso, que de vna estocada del contrario dio en tierra con la vida. Era vn Cauallero ilustre, en lo tierno de su edad, muy hazendado, y rico, y hijo vnico de vna ma-

tro-

trona viuda. Muchas causas juntas que hizieron su muerte lastimosa. El matador a vista de la desgracia, procurò saluar la vida. Embuelto en polvo, y temor, encomendò a los pies la diligencia, y como quié và de caida, parece que la fortuna le tira de la soga, vino a darcon èl en las llamas del peligro; ya fuesse que ignoraua la parte en que se escõdia, ya fuesse no conocer a la madre del difunto, vino a tomar por asilo vna granja, ò caseria casi de la misma madre, pues tuvo noticia al punto, como se ocultaua alli quien le auia muerto al hijo.

Con sentimiento noble tuvo la matrona bien que hazer en sentir la desgracia a vista del cadauer, y atender a las exequias, recogiendo en quanto le fue posible la rienda a las venganças, que en tales casos se conocẽ los Christianos pechos, y se examinan los animos valerosos. Ver a vn hijo muerto, y vnico en la casa, saber a donde està el matador, y sin cuidar de prender a este, tratar de llorar aquel, Christiana valentia! Al estampido del fracaso se alborotò la Ciudad, y el Pretor, y sus Ministros començarõ a hazer las diligencias, buscando al delinquente por todas partes. Inquiriendo, y preguntando, tuvieron alguna noticia que estaua en aquella granja, y assi convocando gente, determinaron ir allà, y preso, darle el castigo.

Sabido por la matrona este designio, començò discurrir a mover vna batalla de afectos. El maternal amor incitaua a la vengança; amor de Dios la provocaua al perdon; en lovno hallaua fuerças terribles, en lo otro miraua diuinas fuerças. Alli disfraçauan la vengança con titulo de castigo, y aqui le estoruauan el castigo con titulo de clemencia; por vna parte le honestauan el rigor, y por otra le objectauan la piedad; entre vengativa, y piadosa se atormentaua confusa: muera, muera le dezia la sangre al oido: perdona, perdona le dezia Dios al alma. A estas vozes se miraua enternecida, a aquellas se hallaua cruel.

Azia Dios via jubilos, àzia si miraua enconos, con lo qual venciendo propios afectos, y ladeandose a la parte que Dios le inspiraua, se expuso a esta valentia.

Mandò a vn criado, que adereçasse vn cauallo, y mientras le adereçaua, sacò de vn contador vnas joyas, y dineros; entregoselo todo, y dixole, que fuesse a la caseria, y que a vn hombre que estaua alli escondido, le dixesse de su parte, que tomando aquel socorro, se huyesse con toda diligẽcia, antes que la justicia le huuiesse a las manos; que la misma ofendida era quien le auisaua, y fuera de perdonarle le amparaua en su destierro, que se fuesse con Dios. Gran valor de muger, si se ha visto jamàs en las historias! Bizarria digna, que en marmoles, y brõces se esculpiesse a las edades para memoria eterna! Pero veamos aora el pago que le diò Dios por esta hazaña. Apenas partiò el criado a darle tan buenàs nueuas al homicida, quando la buena señora, como agradecida de hallarse ya libre de aquellos vengatiuos pensamientos que la brumauan, se retirò a su oratorio a dar gracias a Dios, que como era discreta, claro està que conoceria, que sin auxilios diuinos, no huuiera sido ella bastante a hecho tan heroyco.

Puesta, pues, en oracion, se le apareciò su hijo entre brilladas luzes, y con semplante alegre le hablo de esta manera: *En auer perdonado, ò madre mia, à mi enemigo, y auerme ofrecido à Dios con oraciones, has mostrado ser mi madre verdadera, mas que en auerme engendrado. Con tu piedad, y tus ruegos has alcançado de Dios perdon de todas mis culpas, y de infinitos años, que en recompensa dellas tenia q̃ estar en el Purgatorio.* Diziendo estas palabras, a ojos de su madre mesma, subiò trepando los aires a la cũbre de la gloria. Esto es lo que se saca de perdonar las injurias, y de absoluer enemigos. Al difunto no le sirue la vengança, sino de detenerle quizà mas en las penas: perdonar al ofensor, qual hemos visto, es lo que mas le sirue; al que se ven-

ga

ga le aprouecha tambien poco en reputacion, y fama, porque no ay fama mayor, ni mayor honra, que hazer lo que manda Dios, y no lo que ordena el mũdo. Baste para prueba el hecho desta señora.

EXEMPLO III.

Autor Colectos de los exemplos, tomando la historia de S. Pedro Damiano.

Coronemos el assumpto con otro simil, remedo de el primero, porque el piadoso que leyere tenga mas campo en que enseñarse a perdonar injurias; q̃ à vista de premios grandes, el mas cobarde se alienta a las hazañas. Dio la muerte vn Ciudadano a vn Cauallero noble, y aunque la autoridades de San Pedro Damiano, y basta su testimonio, huuo mucha cortedad en los Escritores de vn caso tan raro, en nò dezir la parte en que sucediò, ni declarar los nombres de el ofensor, y ofendido; y assi es fuerça mẽcionarlo de el modo que lo hallè escrito. El matador, como declarasse menor, y que no igualaua a competir con la parte poderosa de el muerto (que era vn hijo que anhelaua a la vengança) tratò de ponerse en cobro, pareciendole poco a ello los refugios de la patria; que aunque dezia de tener en ella quien le hiziesse lado, eran insufribles las molestias del competidor, que vn poderoso ofendido, halla mucho en que vengarse. Resoluiòse, pues, a mudar de domicilio, y a curar con la ausencia aquella persecucion, y como no ay donde mejor se encubra vn fugitiuo, que en vna Corte Real, donde la variacion, y tumulto son capa contra los riesgos, sabiendo que el Cesar morauа entre los Theutones, endereçò allà sus passos. El Cauallero contrario, en vez de quietar yà el animo, y darse por satisfecho de aquella casi muerte ciuil, qual es la ausencia, lleno de mayor passion, y mas enojo, partiò en su seguimiẽto; que vn pecho que se resuelue a vna vengança, no para hasta conseguirla.

No era bien llegado a la Corte el matador, quando llegò el agrauiado; que aunque quien huye, dizen que camina mas, quien persigue no anda menos. El que se contaua ya por muy seguro, y que sin ningun cuidado passeaua la Ciudad, diò en las manos de el peligro, dando de manos a boca con quien le iba buscando. El repente inopinado bastò a embargar las acciones, dexandole atonito, y confuso. Iba acompañado de quatro, ò cinco amigos (que no lo mostraron ser en la ocasion) pero juzgolos compaña poca, viendo al contrario mas apercebido, pues erá casi treinta bien armados los que hazian escolta. Mucho numero para tan poca defensa: tan poca, que aun los cinco le dexaron conociendo las ventajas. Viendose en tal conflicto, solo, y entre tantos, y que era imposible poder escaparse de ellos, acogiose al sagrado de la misericordia: dexose de pundonores, y armose a lo de Christiano, fuera, que en tales aprietos no sè que sea honra, sino mucha necedad meter mano contra treinta: en otros casos valores dexar la vida entre mil; pero en duelos, es prudencia el escusarlo. Al tiempo, pues, que el Caualiero ofendido, terciando la capa, iba a esgrimir el azero, dandole calor a vn punto treinta desnudas espadas, tomò el ofensor la suya, y echandose a los pies, puestos los braços en Cruz, y postrado de rodillas, pidiò que le perdonasse, y que vsasse de piedad con vn rendido.

El Caualiero, reuerenciando a la Cruz en aquella sumision, y atendiendo prudente, que auia conseguido la vitoria, pues el contrario estaua a sus pies vencido, reprimiendo los ardores, y suspendiendo el braço, mandò a todos los demas, que nadie le ofendiesse, y buelto al enemigo, dixo, que por el respeto de la señal de la Cruz, figurada entre sus braços, no solo hazia amistad con èl, sino que le perdonaua de todo coraçon toda la ofensa, y

agra-

agrauio de auerle muerto a su padre, y que assi fiado en su palabra, se fuesse donde mandasse sin temor de el menor riesgo.

Dicho esto, y conseguida vna vitoria tan noble, en que no solo triunfò de su contrario, sino de si mismo, venciendo sus passiones, passò adelante a gozar de la Corte con menos ahogos, y con mas desembaraço del que traìa primero. Como Catolico (que de la acciõ bien se colige que lo seria mucho) hizo a vna santa Iglesia la primer visita, y al inclinarse a hazer oracion delante de vn Crucifixo, sucediò vna cosa rara. La preciosa Imagen de el Saluador le saludò por tres vezes inclinando la cabeça. No se puede dezir mas, ni puede llegar alabança a tanto elogio, ni a grandeza tan heroyca! Que reuerencia el Autor de la piedad a quien por su reuerencia remitiò la vengança! Que honre Dios con tanto extremo a quien en honra suya supo perdonar agrauios! Fue el caso tan visible, y el milagro tan patente, que en vn instante a aclamaciones piadosas, se llenò la Corte. Llegò la fama al Emperador, y informado de la verdad, y sabida la causa, mandò llamar el Caualllero, y auiendole recibido con mucha afabilidad, y cortesia, le diò muy preciosos dones, y le enriqueciò con cargos, que a quien honra el Rey del Cielo por perdonar enemigos, razon es, que el de la tierra tenga atencion, y se hõre. No ay que traer mas exemplos, quando bastan los referidos para desapassionar pechos agrauiados. Saber sacar fruto, y vsar de la aplicacion es lo que importa; que oir mas, ò menos casos, solo es diuersion del gusto.

CAPITVLO XIII.

De lo que sucediò à Dauid con Nabal Carmelo, y como Abigail con su presencia le aplacò el enojo, y enamorado della (muerto su marido) la recibiò por muger.

1. Reg. c. 25. Texto, y Glosa.

Samuel fue Coronista de Dauid, hasta este punto, y lo demas de su historia lo dexò encargado à vn discipulo suyo, por lo qual toda la historia de los libros, primero, y segundo de los Reyes, se intitula de Samuel.

DExamos dicho como Dauid, despues de aquella hazaña de perdonar a Saul quando le tuuo en las manos, no quiso assegurarse de los alagos cõ que se le mostrò agradecido, sino que antes buscò montes mas seguros donde passar la vida. Verdad es, que el Rey se boluiò a la Corte, y que por algun tiempo dexò la persecucion, sin tratar de bolcarle; q algo auia de aprouechar aquella fineza, por duras que tuuiera las entrañas. Muriò en esta sazon el gran Profeta Samuel, que como viuia tan lastimado de considerar a Dauid arrastrado, y perseguido, quizà que permitiò Dios muriesse con algun consuelo, viendo a Saul mudado de propòsito, y arrimadas las armas, que à los justos, y tanto como Samuel, consuela Dios por todos los caminos. Muriò, pues, en medio de la bonança, siendo su muerte vn despertador de vniuersales llantos, pues todos doze Tribus se hizieron al sentimiento. Llorandole todos con igual tristeza, hizieron honras como a Principe, y dieronle sepultura en Ramatha su Ciudad. Quien duda, que seria Dauid quien sintiò mas esta muerte; quando la obligacion de auerle vngido por Rey era tan grande? Quien duda, que faltandole este afilo no se le doblarian los pesares, y temores? Que es gran cosa en borrascas de peligros tener vn padre viuo con quien poder desahogarse. Falto, pues, de este consuelo fuyo a lo mas remoto. Emboscose en las soledades de Pharan, desiertos di-

Silo ze Lyra. Glos sa hic & in cap. 13. Nu.

dilatados, donde se crió Ismael, y donde Moyses, capitaneando al pueblo hizo sus mãsiones. No ay duda, sino que en esta parte, por mas remontada, por mas solitaria, y triste, fue donde Dauid por aliuiar sus tristezas, y mostrarse grato a Dios, compuso, y dió al instrumento muchos Psalmos, de los que tratan de su persecucion; que quando vn cuidado es mucho, y ay treguas para sentirle, viene a ser desahogo lamentarse. Traduciremos algunos en nuestro poema Castellano, de los quales parte põdremos aqui, y parte reseruaremos para consolar las tristezas de Michol.

Aduierto para el curioso, que no son todos Psalmos los que compuso Dauid, sino tambien soliloquios, y oraciones, porque ay esta diferencia, que los Psalmos se dizẽ de el verbo *psalere*, que significa cantar, y son aquellos que cantaua Dauid al son de algun instrumento, como harpa, psalterio, citara, y organo: pero las oraciones son las que dezia meditando allà a sus solas, y en su retiro sin musica ninguna, y estas no son Psalmos propiamente, sino largo modo. *Lyra hic, & in Psal. 24.*

Hecha esta aduertencia, no serà fuera del proposito, que introduzcamos a Dauid retirado de los suyos, y hablando a solas con Dios: que no ay mejor rato para vn triste, que el que se dà a la oracion. Quien fluctua entre pesares, y para que no le ahoguen, ha menester diuertirse, ni todo ha de ser orar, ni todo conuersacion, porque todo cãsa, y mas a vn afligido. Sus horas ha de dar a la contemplacion, sus horas al diuertimiento, sus horas al descãso. Vn dia, pues, que entre otros se puso Dauid a considerar sus quitas, sus trabajos, sus persecuciones, y todo contra justicia, buscó vn lugar secreto, y en metros inflamados le hizo a Dios vn soliloquio, alegandole por vna parte su inocencia, y por otra la malicia de Saul, y sus sequazes. Dixo, pues, de esta manera,

Oracion, y Psalmo 16. de David, haziendo à Dios juez de su causa.

Exaudi Domine iustitiã meam. Tono, y Glosa. *De vultu tuo iudicium meum prodeat.*

Señor, oye mi justicia,
Y oye à mis ruegos atento,
Dadoos à vn sentimiento
Nacido de vna malicia,
Muestrame, Señor, propicia
Tu cara, mas de tal suerte,
Que lo propicio, ò lo fuerte,
Que en mi pleyto se decida,
Lo abraçarè con la vida,
Sin temer riesgos de muerte.

Oculi tui videant equitatem.

Vean tus ojos, Señor,
De las partes la equidad,
Que yo fio en mi humildad,
Que me saque vencedor:
Entre mi competidor,
O entre mi, con diligencia
Se hagan pruebas de conciencia,
Que pues mi pecho sabeis,
Y el coraçon me leeis,
Yo espero buena sentencia.

Probasti cor meum, & visitasti nocte.

Que sabeis mi coraçon,
No ha menester argumentos,
Pues hasta mis pensamientos
Visitais con atencion:
Con mucha tribulacion
Me aueis bien examinado,
Como el oro acrisolado,
De entre llamas bien salido,

Pues

ues siendo tan perseguido,
No se ha hallado en mi vn pecado.

Porque no solo pudiendo,
No hize à mi enemigo agrauio,
Pero aun jamàs con el labio
Le he ofendido, escarneciendo:
Sabiendo, Señor, sabiendo,
Que nos mandas oluidar
La injuria, y no la vengar,
A tus palabras atento
Hize siempre vencimiento,
Remitir, y perdonar.

Ignè me examinasti: & nõ est inuenta in me iniquitas Vt non loquatur os meũ, &c.

Que perficiones, Señor,
Mis passos, humilde pido,
No los tuerça algun olvido
De la verdad al error:
Y pues me hiziste fauor
De tantas vezes salvarme,
Buelue mi Dios à escucharme;
Ilustre se tu clemencia,
Refrenando la potencia,
De quien pretende acabarme.
Con tu diestra me amparaste
Quando me vngiste por Rey;
Que como es tu gusto ley,
Clemente me sublimaste:
A esta clemencia que obraste,
A esta obra de tu mano
Resiste vn poder tirano;
Guardame, pues, de sus iras,
Que basta que tu me miras,
Para que el no salga vano.

Perfice gressus meos.

Ego clamaui quoniã exaudisti me Deus.

A resistẽtibus dexteræ tuæ custodim.

Qual

Sub vm bra alatum tua rum pro tege me.

Qual la gallina piadosa,
Que con las alas que tiende,
A sus hijuelos defiende
Del milano que la acosa;
Tu con ala mas famosa
Cubre, Señor, à vn vandido,
De tantos tan perseguido,
Solo porque me has honrado:
No parezca desdichado
El que tan dichoso hasido.

Inimici meiani mam meam circũdederunt

Tan acosado me vi
De mis contrarios vn dia,
Que vna corona se hazia
Todo el campo contra mi;
Entre temores senti
Su rencor con tanto duelo,

Os corũ locutum est superbiam

Pero el mayor desconsuelo
Fue el escuchar de sus labios,
Que auian de hazerme agrauios,
A pesar del mismo Cielo.

proïcientes me, nunc circundederunt me.

A los montes me arrojaron,
Priuandome del placer
De mi casa, y mi muger,
Y aun con esso no cessaron,
Como à fiera me acosaron,
Quando entre lanças, y puntas,

Susceperunt me paratus ad predam.

Assestadas todas juntas
Se miran sin esperanças;
Que à vista de muchas lanças,
Quedan mil fuerças difuntas:

Exsurge Domine supplanta eum.

Ea, pues, Señor, que esperas?
Trueca vn justo castigo,

Ha-

Haziendo que mi enemigo
Se enlaze entre ſus quimeras:
Libra de penas tan fieras
A mi, y à mi compañia,
Que pues la juſticia mia
Es al mundo tan notoria,
Quando aparezca tu gloria,
Me ſaciare de alegria,

Ego autem in iuſtitia apparebo. Satiabor cum apparuerit gloria tua.

Deſta ſuerte diuertia Dauid ſus peſadumbres, contándoſelas a Dios, con ſaber que Dios no las ignoraua, porque es conſuelo de vn afligido referir ſus tragedias aun al miſmo que las ſabe. Sus ſoldados, q̃ por aquellas ſoledades, con el modo mas honeſto que podia, buſcauan el ſuſtẽto, le dieron noticia, como Nabal, vn labrador muy rico de la ciudad de Maon, auia ido a ſu granja del Carmelo al eſquilo del ganado, dias de mucha huelga, y mucho regozijo en todas las edades, dõde a vezes con los deſperdicios pueden ſuſtentarſe muchos hombres. Cõſiderando, pues, Dauid, que eſtaua con harta neceſsidad, que era Nabal ſu deudo, y que en caſa tan rica, y en tiempo de banquetes podian grangear algun ſocorro: llamò a diez de ſus ſoldados mancebos, de los mas humildes (que para ir a ſignificar vna neceſsidad no ſe requiere hombres brauos) y dixoles, que fueſſen al Carmelo, y que vi banos, y corteſes ſaludaſſen a Nabal de parte ſuya, y le dieſſen vn recado en eſta forma.

Dize Dauid, que eſtés en buen hora, y que entre ti, y ſus hermanos florezca ſiẽpre la paz, q̃ goze della tu caſa, y quãtos viuen en ella. Que porq̃ ha ſabido, q̃ han venido à tu corrijo tus paſtores a eſquilar los ganados, que por muchos años, viuiendo en eſtos mãtes, à coſta de ſu cuidado, y diligẽcia fueron ſiempre defendidos de todo pelegro, y rieſgo, como puedẽ teſtificarlo los paſtores miſmos, ſin q̃ el viuir entre ellos les

fueſ-

fuesse jamàs molesto, pues nũca en mandadas tãtas defrauda
rõ, ni vna vez te pide por merced, y te suplica, forçado de la
necessidad cõ q̃ en Faràn se halla, que de lo mucho q̃ avrà so
brado en tus mesas, le embies alguna cosa, lo que fuere de tu
gusto, q̃ viniendo en tã buẽ dia, en que à los estraños se les dà,
vn refresco, espera confiado, que hallarà gracia en tus ojos.

Esto contenia la Embaxada, y no ay duda, si que al dezir esto se le enterneceria el coraçon, y a hurto de lo valiẽte, se le saltarian algunas lagrimas; que verse obligado, quien se mirana Principe, y se mirò poderoso, a pedir vna limosna a vn hombre particular, es para mucho dolor, y mucha pena. Partieron, pues, los criados bien instruidos en lo que auian de hablar. Llegaron al Carmelo, en cuya casa de campo vieron tanto regozijo entre los esquiladores, y hallaron tantos brindis, y banquetes, que se juzgarõ dichosos a la primera vista; que para quien va a pedir, no ay mejor anuncio que hallar que le puedan dar. Preguntaron por el dueño; saliò Nabal muy a lo villano (ò muy como lo que era) cubierto de vn gauan tosco, montera quarteada, sus polainas, sus abarcas, vn baculo en las manos, y con semblante ceñudo preguntò lo que querian. Los mensajeros entonces, haziendole mas de la ordinaria reuerencia, y saludandole con muy corteses palabras, propusieron su mensaje, sin dexarse anotacion de las que Dauid les hizo, antes quizà añadirian arenga por mouer a mas piedad.

Era Nabal vn hombre montaraz, y grossero, muy impio, de pocas obligaciones, necio, y aforrado en lo mismo porque lo digamos de vna vez. Oyò atento la embaxada, haziendo algunos menoos, y visajes con el rostro, y en acabando de hablar quien proponia, les respondiò con hinchazon, y soberuia, diziendo: Quien es Dauid? Quien es acaso el hijo de Isai? Que valor el suyo, teniẽdo por abuela vna Moabita? Que blason de vn pobre pastorcillo? En ver-

verdad que nos auia venido buen dia, multiplicãdo se nos siervos que huyen de sus amos, hõbres facinerosos, y vandidos! Linda gente para sustẽtarlos yo! Seria bien, que qui te yo la comida a mis esquiladores, a mis criados, a mi familia, para darla a los que no sè quien son?

Sin darles otra respuesta les boluió las espaldas, quedandose auergonçados, y corridos. Mas sintierõ el desprecio y malas palabras, que negarles lo que pedian, q̃ vn no dar hablando bien, no lastima, aunque se siente: pero no dar, y hablar mal, es irritar sufrimiẽtos, y sacar a barreras las pacicncias. Boluieronse, pues, los mensajeros a Dauid con est te mal despacho, del modo que irian, considerelo el curioso, y en tanto veamos lo que passa con la muger de Nabal. Esta era Abigail, muger de muy buenas prendas, tan en estremo prudente, y tan hermosa, que hasta el mismo Texto sagrado la loa con elogios. En su alabança se esmeran todas las plumas, por lo que tuuo de retrato de la Reyna de los Angeles Maria; que saber con discrecion templar los enojos, y suspender la espada a vn ofendido (como despues verèmos) bien merece assimilarse a vna Reyna qual Maria. Hermosa, pues, y discreta, y rica (segun que colige bien vn docto) tuuo tan poca suerte en casamiento, que encontrò con vn tonto; pero si auia de ser dicha de èl (que siempre los tontos son dichosos) lo que desgracia de ella, mal pudo impedirlo la fortuna. Verdaderamente, que quando considero esta historia, no me espanto de desigualdades de casamientos: pero me admira lo bien que llenaua Abigail la carga de su desgracia: que honrada en su proceder! Que discreta en su sufrir! Pauta, y dechado pudo ser de mugeres nobles, que no por topar marido de contrario gusto, y opuesto a su natural, han de faltar a sus obligaciones, y aunque es marauilla que aya de ser yedra vna fealdad al olmo de vna hermosura, y oyente vna discrecion de desatinos de vn [illegible]

con todo quanto media el matrimonio, que es yugo que los enlaza, se ha de llenar esta pena con honrados miramientos. Assi Abigail, como la vid hermosa, que no desdeña el dar abraços a vn risco, sazonaua con alagos prudentes lo montaraz del marido, sin que de la ruſticquez dèl, ni de la desigualdad tomasse ocasion la discrecion, y hermosura della a ladearse a otro amor, ni a mirar a otro sujeto, que en esto estriua la honra de vn hombre que se casa; la muger es el crisol, donde se apura lo bueno, ò malo de vn credito. Dichoso Nabal mil vezes, que topò con tal muger à fuer de su necedad. Boluamos al intento.

Vn criado de los de Nabal, entre otros que se hallaron presentes, escuchò con atencion la embaxada de Dauid, y la mala respuesta con que auian despachado a los Embaxadores, y con sentimiento de hombre de bien (que sin duda lo era) y como quien sabia la nobleza de la ama, como la condicion del amo, buscò cuidadoso a Abigail, llamòla aparte, y dandole palabras la razon (que al menos entendido la razon le enseña a hablar) le dixo de esta suerte: aduierte, señora mia, en el cuidado con que vengo a hablarte, y en la lastima que traigo. Has de saber, que Dauid ha embiado desde el desierto, en que oy viue, vnos mẽsageros a nuestro amo a darle mil bendiciones, pidiendo cõ humildad, y cortesia algun poco de sustento para remediar su gẽte, y no solo no ha querido darles nada, sino que los ha despedido con mil oprobios, y afrentas: y no lo merecen, de verdad, los terminos honrados destos hombres; porque nos fueron muy buenos, y leales todo el tiẽpo que habitaron estos campos, sin que nos diessen la menor molestia, antes fueron de muro, y nos fueron àfilo, velando noche, y dia sobre nuestros ganados, por cuya diligencia no nos falto jamas la menor cosa. Siendo, pues, esto assi, y sabiendo lo que ha passado, piensa lo que has de hazer, y procuren tu con prudencia de remedio, porque te digo de ver-

verdad, que se ha llegado el fin de tu marido, y tu casa, quando Dauid lo sepa; que vn hombre afrentado sobre mal correspondido, y mas hombre de valor, tomàra qualquier vengança. Esto te vengo a informar, por ver q̃ eres discreta, que a tu marido, que es hijo del demonio, no ay quien se atreua a hablarle, y fuera quizá irritarle mas, y darle ocasion para mayores desatinos.

Ipse Belius est filial, ita vt ne mo eipossit lo qui.

Apenas oyò Abigail este informe de el criado, quando presurosa, y diligẽte, al passo que mañosa, y aduertida, sin hablar nada a Nabal, antes bien a escusas dèl, hizo adereçar vn presente rico: y es de reparar, que segun la Escritura lo menciona por menudo, deuia de ser sin duda para aquellos tiempos vna cosa grande, y aun para estos no pareciera pequeña, para en quanto dar refresco a vnos soldados. Tomò, pues, docientos panes, dos cueros de vino, cinco carneros bien adereçados, cinco medias, ò almudes de harina, cien cuerdas de vbas passadas, y docientos panes de higos, * hizo disponerlo en tercios, cada cosa de por sì. Cargaronlo luego sobre vnos jumentos, y dixoles a sus criados, que caminassen delante cõ aquellas cargas, y que ella los iria siguiendo. Hizieronlo assi, y aduierte el Texto, que no le descubriò nada a su marido Nabal, sino que montò a caballo, y tomò el mismo camino; de la qual se ofrece al passo vna duda: de que como Abigail, ya q̃ ocultasse el regalo, pudo salir de su casa, sin que la echasse menos su marido, ò sin que le diesse cuenta a donde iba? Porque vna muger moça, hermosa, y en vn campo, claro està que el marido mas descuidado la zelara, quanto y mas vn hombre como Nabal, malicioso, y caprichudo. Como pues, tuuo lugar Abigail de hazer su hecho? Satisfago: Que no es dificil a vna muger discreta, assi para el bien, como para el mal, diuertir al marido, y mas quando es vn tonto (que este nombre le diò ella quãdo hablò a Dauid) porque aunque tenga malicias, las vence la discrecion, y la

Cada media en Palestina es de quatro celemines y medio de los nuestros.

* *Tan antiguo es el hazerse panes de higos, como se haze en el Reino de Murcia. Y es fuerça entenderse assi lo que dize el Texto. Diuersas maneras de caricarum.*

la industria: y assi siendo Abigail tan auisada, no le faltaria ardid, y mas en dias de tanto banquete, y huelga, para fingirle a Nabal, que iba a la Ciudad por alguna pretencion, ò mas recado, y a dar, como dizen, vna buelta a su casa; que en casas de tal guisa, que tienen dos viuiendas, vna en la Ciudad, y otra en el Campo, y la muger es mañosa, y el marido descuidado, y para poco, es cosa muy ordinaria quedarse èl a la assistencia de los trabajadores, y discurrir ella a las cosas del gouierno. Era Nabal vn poltron, Abigail vna Cenobia, varonil, y astuta, que no diligenciaria su prudencia? Què deshecha no haria su habilidad? Dexemosla, pues, que por torcidas sendas vaya a alcançar sus criados, y boluamos a ver lo que haze Dauid.

Despues que despacho los mensageros, confiado en que no dexarian de traer algun sustento, por diuertir el tiempo, y entretener quizà el hambre que aquexaua, tomò vna citara, y buscando la sombra de vnos fresnos, cuyos floridos tapetes ocuparon los mas de sus amigos, despues de auer templado, cantò con tono lugubre estos versos.

Psalmo 139 En que pide Dauid à Dios le libre de sus enemigos, à los quales profetiza el mal fin que ha de tener.

Texto, y Glossa.

Psalm. 139. Eripe me Domine ab homine malo.

Por quanto sè, Señor, que eres muy justo,
Y con poder Augusto
Defiendes à inocentes,
Y castigas Tiranos insolentes,
Librame, te suplico,

De vn hombre malo, de vn Doech iniquo,
De vn Rey, y vn priuado,
Que por hazerles bien me han arraſtrado.
Que es ya en el mundo muy antigua vſança
Q̃ quien la vida diò tirar la lança.
Librame, pues, de aqueſtos cabiloſos,
Doblados, ſuſurrantes, y chiſmoſos,
Que no pienſan en nada noche, y dia,
Sino en ſeguir à la inocencia mia,
Haziendo que Saul en campo armado,
De vn deſpoblado en otro deſpoblado,
Me buſque ſin ſoſsiego,
Publicandome guerra à ſangre, y fuego,
Sus lenguas venenoſas
Qual ſerpientes aſtutas, y mañoſas,
Que cubren el engaño con dulçura,
Al Rey incitan, haziendole ſegura
Su Corona con darme à mi la muerte:
Y aſsi yo con dolor, ò lance fuerte!
Pido, Señor, me guardes, y defiendas,
De las manos horrendas
De vn Saul boſtinado en ſu pecado,
Y de aquellos que infames le hazen lado,
De aquellos, digo, que à Doech atentes
Se deſvelan con varios penſamientos
En atajar mis paſſos,
Poniendome aſſechanças de fracaſos,
Mil lazos engañoſos,
Por cogerme al deſcuido cauteloſos,
Haziendome de amigos enemigos,
(Baſten los de Ceilan para teſtigos)
No dexando lugar, eſtancia, ò puerto,
Adonde no me buſquen, viuo, ò muerto,
Como ſi contra el Cielo baſte el mundo

Qui cogitauerunt iniquitates.

Tota die conſtituebant prælia.

Acuerũt linguas ſuas ſicut ſerpẽtes.

Cuſtodi me Domine de manu peccatoris, &c. Qui cogitauerunt ſupplantare greſſus meos.

Non tuas me, Domine peccatoris

Aquitarme el Reynado que en Dios fundo,
No me entregues, Señor, à mi enemigo,
(Con lastimas del alma te lo digo)
No me dexes caer entre las manos
De pechos tan insanos,
Siquiera por no verlos ingreidos,
Ni que soberuios, ni desvanecidos
Hagan alarde llenos de arrogancia,
Que es propio de ruines la jactancia;
Pero vendrà algun dia,
En que Saul con su compañia impia,
Al modo que en el monte me cercaron,
Paguen el propio mal que me buscaron
En faldas de otro monte,
Espectaculo siendo al Orizonte
El, y Doech en sangre rebolcados,
Y à fuerça de carbones abrasados,
Baxen sus almas juntas al profundo,
Sin quedar de Doech casta en el mundo.
De vn hablador, que con su infame lengua
Fue à tanto Sacerdote tanta mengua,
No quede rastro dèl, cubranle males,
Y en ruinas fatales
Perezca con su hijo de tal suerte.
Que es armien ten chismosos con su muerte.
Bien conozco, Señor, segun me inspiras,
Que con la rectitud que à todos miras,
La causa juzgaràs de vn pobrecillo,
Qual me confiesso de animo sencillo,
Pues vès con la humildad que he despachado,
A que Nabal socorra mi cuidado;
Y vengaràs tambien à estos pobretes,
Que huyendo infame chusma de corchetes
Se acogieron à mi, y aunque oprimidos,

Ne forte exaltentur, Caput circuitus eorum, &c. En Gelboe. Cadèt super eos carbones ignem deycies eos. In miseriis non subsistet. Vir linguosus non dirigetur in terra. Quiè llevò la nueua à David, que avia muerto Saul, fue hijo de Doec, y Dauid le hizo matar. Cognouit, quia facit Dominus iudicium inopis.

A tu obediencia siempre estarán rendidos,
Confessando tu nombre soberano
A pesar de rigores del Tirano.

Verum tamen iusti confitebuntur nomini tuo.

En estos exercicios puede presumirse que estaria Dauid entretenido, quando llegaron los criados de buelta de el Carmelo, con el mal despacho que ya vimos. En los semblántes se les pudo conocer antes que llegassen el enojo que traian: buen refresco para los que con hãbre aguardauan el socorro. Llegaron, pues, tristes, y apesadumbrados, y hizieron relacion por muy extenso de todo lo que les auia sucedido, del mal recibimiento, de la poca caridad, y de las malas palabras. No ay duda, si que vna afrenta, vn mal hablar apura la paciencia al mas sufrido, y es harta prueba este caso, pues quando en tantas persecuciones, en tantas apreturas, y en tantas ingratitudes de Saul, de Doech, de los de Ceilan, de los Zipheos, y de los Moabitas, como experimentò Dauid (segun queda referido) no se halla que hablasse demasias, ni hiziesse desafueros, ni aun se irritasse (saluo quando en sus Psalmos, y soliloquios se lo auia allà con Dios) y aora al escuchar que le han vltrajado, y que le han hablado mal, rompiendo los fueros de la modestia, y dando rienda al enojo, se expone a la vengança. Haze como honrado, que aun Christo siendo Dios, y la misma paciencia, mostrò sentir, que le hablasse mal vn verdugo, quando al darle el bofeton le retò de mal hablado. A la Cruz, a los açotes, y a los demàs tormentos, no despegò los labios, mas al llamarle descortès, boluiò por su honra. Assi Dauid, apenas oyò las malas palabras que auia hablado Nabal, quando bibrando centellas por los ojos, y arrojando por la boca pesadũbres, mandò a quatrocientos de sus soldados, que tomassen las armas, y que los demàs se quedassen en guarda de las tiendas. Ciñose èl tambien su alfanje, y mandò que le siguiessen.

Endereçò los passos al Carmelo, echandose maldiciones, y haziendo juramentos de no dexar en casa de Nabal persona a vida. Tanto irrita vn mal hablar. Bien te se emplea Dauid (iba diziendo el mismo, tanto cuydado, y tanta diligencia como pusiste en guardar en estos montes los ganados, y labranças deste villano grosero. Muy lindo pago te ha dado! Muy bien lo ha correspondido! Mas no importa, que antes que llegue mañana, èl verà como lo pongo. No ha de quedar viue Dios en todo su cortijo quien pueda dar la nueua (en quanto a los hombres hablo, que a las mugeres sabrè guardar la cortesia. *)

* Segun vna glosa.

Con todo este enojo baxaba Dauid de el monte, quando por la otra parte descendia la hermosa Abigail con todos sus criados. Encontraronse en el valle, y Abigail diligente, apeandose del bruto en que iba, se postrò por tierra, haziendole a Dauid vn grande acatamiento. El pasmado a la hermosura, quanto atento a las acciones, tirola rienda al enojo, y quitando del semblante lo zahareño, se parò a escuchar lo que dezia. Mucho vale vna muger para aplacar pesadumbres, y mas si a lo bello del rostro le acompaña la discrecion del Alma. Acuerdome auer leido, que para hazer pazes con los Franceses, ponian de ordinario por medianeras a grandes señoras, con que raras vezes dexauan de efectuarse, y siendo esto assi, puede atribuirse a descuydo, que en guerras tan continuas de veinte años, no se aya dado en España en este punto. Vna muger entendida con hombres que se precian de corteses, mucho arraitra, por mas encono que tengan las materias. O ano traslado a nuestro Dauid, pues, quando viene mas brauo, y vengativo, solo a la primera vista de vna hermosura parece que està ya tierno. No era boba Abigail, q̃ no reparaua en la mudança, y assi mas animosa, y con gentil despejo le hablò de aquesta suerte.

Aparejada vengo, ſeñor mio para que tomes en mi qualquier vẽgança, por la ofensa q̃ te ha hecho mi marido. Aqui tienes mi cuello, q̃ à los filos de tu espada se entregara obediẽte. Y assi esto supuesto, dà licẽcia à vna criada tuya, que te informe sobre el caso dos palabras por dõde juzgo deues vsar de clemẽcia. Lo primero, porque vn señor, vn Rey como tu eres, y siẽpre lo eres mio, no deue de hazer caso, ni tomar à pechos las necedades, y grosserias de vn ignorãte, y de vn necio, como Nabal mi marido, à quien su mismo nombre està diziendo lo que es: necio en el nombre, y los hechos. Lo otro, porque si quando fuerõ tus criados me hallara yo presente, ò supiera alguna cosa, puedes estàr cierto, q̃ à pesar de esforuos vinieran bien despachados, y no manivacios, y assi basta por descargo mi ignorancia de la culpa que no tuue. Lo otro, porq̃ viue Dios, y assi guarde tu vida, que deues agradecerme auer salido à estorbarte esta vengança, pues segun la disposicion con que te hallo, ibas a derramar mucha sangre de inocentes, cosa de q̃ te pesara mucho quando te miraras sin enojo. Y aunque es solo Nabal quien està cargado, pluuiera à Dios, Señor, que fueran como Nabal todos tus enemigos, y los que te andan buscando tantos males. Y assi en recompensa del seruicio que te he hecho, hazme fauor de recibir este pequeño regalo para socorrer tu gente, que si, como dixe al principio, ha de cargar tu vẽgãça sobre mi cabeça, con que recibas este pequeño don, conocerè que està libre mi vida. Lo otro, porq̃ deues desenojarte es, porque haziendo lo q̃ te suplico, vsarà contigo Dios de su misericordia, dandote la Corona q̃ te tiene prometida, para que como Rey defiendas en las guerras à su Pueblo, y assi, quien espera dignidad tãgrãde, no ha de tener malicia, sino estar siẽpre vestido de inociencia. Lo otro porq̃ si fueres piadoso, tendràs à Dios por guarda de tu vida cõtra qualquier insolente q̃ quisiere quitartela, sinõ assi echãças de males puedan ofenderte. Lo vltimo, deues darme gusto por la quietud de tu misma cõciẽcia; porq̃ si quãdo Dios te huuiere dado todos los bie-

Nabal quiere dezir necio.

nes que he dicho, y te huuiere constituido por Rey de Israel, no te siruiera de tristeza, de suspiros, y de llanto, no te hiziera grande escrupulo auer derramado sangre de inocentes, y auer tomado vengança por tus manos: claro está q̃ si, ea pues, señor, quando auiendo vsado desta galanteria, te acordares despues que fue esta tu esclaua, quien te estoruò vna crueldad, tendràs cuidado de pagarme lo que en esta parte me deuieres.

Atonito, y pasmado estaua Dauid, pendiente de las palabras de la matrona discreta; que aunque al principio le embelesò la hermosura, al oirla hablar le arrobò la discrecion; lo hermosa le puso tierno, pero lo auisada le dexò rendido; la beldad, y gentileza le robaron los enojos, mas las bien dichas razones le arraftraron los afectos. Como quien despierta de vn sueño pesado, se cõsiderò muy otro del que estaua antes: a ojos de la razon conociò el yerro, y assi prorumpiò con diuinas alabanças, diziendo:

Bendito, y loado sea el Dios de Israel, pues èl ha sido quien con tan dichoso encuentro te ha embiado oy a ser remora de mis passos. Bendito sea tambien tu lenguaje discreto, tus sazonadas palabras, y bendita seas tu, que me has impedido hazer tan sangriento estrago, aun en vidas inocentes, que a no ser por ti, antes que mañana el Sol bordara con luz los campos, no quedara de Nabal anima viuiente. A ti te lo puede agradecer, y yo te lo agradezco. Tu regalo recibo, que es como de tu mano. Buelbete a tu casa en paz, que yo quedo sin enojos, porque escuchando tus ruegos, fuera grosseria mia dexar salpicar tu cara con claueles de verguença; y assi yo hago quanto me pides, y tomo lo que me das, porque en todo vayas seruida, y contenta.

Con esto se despidieron, mediando otras muchas cortesias. Los soldados de Dauid cargaron con el pre-

sen-

sente, muy regozijados de auer trocado la guerra por vna paz tan gustosa. Cada vno, conforme a su discurso, loaua la habilidad de la matrona: vnos, engrandecian su prudencia; otros, su discrecion; otros, su donaire; otros, su hermosura, y todos en fin se boluian hechos lenguas en su alabança. Dauid con los mas llegados era todo admiraciones, todo sacramentos. Mas picado boluia de el amor, que vino ensangrentado del enojo. Con tal muger (diria) bien pudiera vn hombre lleuar con mucho gusto los trabajos. Muger, que por vn marido necio haze semejante accion; que hiziera por vn marido a su gusto? Muger, que con tal despejo quita a su marido pesadumbres, quando otras se las buscan, que tesoro ay que la iguale? Muger, que sabe mañosa à soldados arrestados poner freno, atarles las manos, quitarles la braueza, y hazer que bueluan corderos los que venimos leones, no ay tal muger en el mundo! Vn Rey pudiera gloriarse solo con esta muger. Yo me aclamara dichoso, si la pudiera hazer Reyna.

Esta, y semejantes platicas, se puede presumir, lleuaria Dauid con sus soldados, de los quales los discretos, y entendidos harian su razon (que en alabanças de muger que las merece, ningun buen juizio quiere quedar corto.) Los de la chusma, gente de el trago, mas atentos al manjar, que a la mano que le diò, se irian chacoteando tambien entre si mismos, y hablando sus malicias, como suelẽ, que en esta parte no se la perdonan nunca a su Capitan, ni aun al Rey se la perdonan. Aquello de ver templado a Dauid a vista de la hermosura, rodar por el suelo sus brauatas, y dexarse en embrion los juramentos: gran materia les daria para chacota, y burco, y todo se lleua bien entre soldados, sin que el Rey haga melindres: que no es vida la campaña para no disimular las burlas, quando aun las veras se pueden disimular.

No menos admirada, y gustosa se boluiò Abigail con sus criados, loando, y engrandeciendo la galanteria con que auia andado Dauid. Pagauanse los afectos vno al otro, porque de los dos no se puede dezir qual boluiò mas èn amorado. Llegò, pues, al Carmelo anochece, no anochece, hora en que los trabajadores han dado ya de mano a sus haziendas. Hallò toda su casa hecha vn banquete, con tan esplendidas mesas, como si fuera de vn Rey el gasto. Nabal muy regozijado, y bien bebido, que esta era toda la pena que tenia de estàr la muger ausente: harta desdicha para vna muger discreta! Como le viò de aquel modo, no le quiso hablar palabra; que estaria mal para entèder, quien teniendo poco entendimiento le tenia bolcado. Diò orden que se recogiesse, porque no causasse risa aquella falta, que la muger que es honrada, procura siempre cubrir descuidos del marido. Puso su casa en razon, y venida la mañana, que ya Nabal con el sueño auia digerido el vino, contòle por muy extenso lo que la auia passado, significòle el aprieto en que se huuieran visto aquella noche, la determinacion con que venia Dauid: riñòle lo mal que hizo en despedirle grossero, y auer dado causa para auer sucedidò muchas muertes (que bien puede vna muger reñir a su marido lo que parece mal, sin estragar la modestia) en fin Abigail lo dixo todo tan bien, y con tal viueza, que se quedò Nabal como difunto, como vn marmol se quedò, assi lo dize el Texto. * Fue tanto el miedo que concibiò, tanta la pena de que dexò lleuarse, que no pudo echar mas luz. Diez dias estuuo como muerto, y dize vna docta pluma, que fue en castigo de la soberuia, y desprecio con que tratò a los diez criados de Dauid. Assi auia de castigar Dios a cada poderoso, que habla mal al pequeñuelo, dandole por cada vez vn dia de difunto, aparte la lengua vn dia.

* *Factus est quasi lapis. Rabi Salomon.*

Al cabo de los diez dias castigò Dios a Nabal con vna

Mer-

repentina muerte. Muy bien muerto estuuo, porque tonto que hizo perder los estriuos a vn discreto, solo puede seruir en esta vida de tropeçadero de paciencias. Grande fue la de Dauid en todos sus trabajos, y solo vn necio con su grosseria pudo apurarla. Muera, pues, malamente, que nadie le echara menos, pues aun en su casa no huuo el menor llanto, ni aun Abigail, con ser tan mirada en todo, no se lee que hiziesse sentimiento. Dauid quando supo el caso, dió muchas gracias a Dios, de auer tomado por èl aquella vengança, que quien se la dexa a Dios, viene a hallarse siempre muy cumplido de justicia. Gran materia, y grande exemplo, para que nadie la tome por su mano. Vengandose vno por si, de actor se viene a hazer reo, gana poco para el mundo, y pierde mucho con Dios; pero dexandolo todo a Dios, èl tiene el cuidado de hazer muy bien el despique, ò fino, traslado al mismo Nabal, que a los diez dias vió la pena de su culpa.

Brindado, pues, Dauid de tan bizarra ocasion de ver libre a Abigail de obligaciones, auiuandose en el pecho aquella amorosa llama, que en cenizas tan calientes era hoguera de lafecto, quiso auerla por muger, q̃ aunque estaua casado con Michol, era les permitido en aquel siglo a los varones mas justos el tener muchas mugeres, y segun esto, auia ya recibido a vna hermosa Iezraelita, llamada Achinoa, en quien tuuo el primer hijo, que fue el Principe Amon: assi, pues, pretendia Abigail para tercer matrimonio. Si lo sintiò, ò no la Infanta, quedese al discurso de quien sabe, que no ay muger que dexe de ser zelosa; pero si aquello era licito, y vn hombre andana en el monte, sin que se le permitiesse vna noche de casado; que marauilla buscasse con quien tenerla? Demàs, que obligauan a Dauid otras conueniencias, y respetos, tener vna muger discreta con quien desahogarse, y tener Abigail vna buena [illegible] que [illegible] Iezraelita,

zele,

zole, pues, recado, embiando para ellos los hombres de mas cuenta, y es de reparar, que no la embiò a dar el pesame de la muerte del marido, sino el placeme de pedirla por muger, que a muger que entierra a vn necio, placemes se deuen dar.

Recibiò Abigail el mensage, como quien de vna penada vida passa a vna vida feliz, como quien de muger particular passa a ser Reyna, como quien de vn tonto passa a vn marido discreto. Verdad sea, que a fuer de bien entendida hizo primero alardes de su humildad. Confessose esclaua de quien la hazia señora. Hasta en esto quiso ser simbolo esta grã matrona de la Virgen Madre. Con rendimiẽtos humildes enamorò a Dauid mas de lo que estaua (que ver vna hermosura postrada a los pies de quien la estima galan, es añadir leña al fuego de el amor.) Al oirla: veis aqui vna esclaua vuestra, la admitiò por esposa, como al escuchar palabras semejãtes hizo Dios a Maria Madre suya.

No esperò Abigail a que los mensageros boluiessen a su dueño por la respuesta. Lo vno, por juzgarse indigna, de que viniesse Dauid adonde ella estaua, que aquello solo milita en la que es de iguales prendas. Lo otro, porque no le permitia su amor las tardanças de esperar a que èl viniesse, que quando pinta la dicha, no se ha de aguardar a que de todo punto se entre por las puertas, sino salir a abraçarla: Assi Abigail, montando al punto a caualle, y acompañada de cinco criadas suyas, fue siguiendo a los mismos mensageros. Recibiòla Dauid como a su muger, con que se dize todo. Celebraronse las bodas con no pocos regozijos, que como nouia era rica, y estaua la casa llena, quien duda, que todo se daria a saco? Lo que causò admiracion, y no poca malicia, fue, que a los nueue meses justos, sino es que fue menos tiempo (como puede ser, segun los que saben desto) pariò Abigail vn hermoso Infante. Los curiosos, que todo lo cen-

censuran, dieron en correr el campo a Dauid, vnos a sus solas, y otros a lo descubierto, diziendo, que la nouia iba ya preñada de Nabal, y que le auia dado con boca de lobo, que aunque caso que fuesse assi, no venia a auer afrenta, por auer sido Abigail legitima muger de Nabal, y arrienda siempre con esto, quien recibe por su esposa a muger recien viuda, con todo, harta indecencia viniera a ser para vn hombre como Dauid, auer de tener por hijo suyo el que auia hecho vn tonto. Dauid no podia creerlo, que bien echaria de ver, que no auia ido Abigail con aquel embaraço. Con todo sentia el rumor de los maldizientes; y assi acudiò a Dios para que descubriesse aquel juizio, poniendole al niño por nombre Daniel, que quiere dezir: *Juizio de Dios*, como dando a entender, que juzgasse Dios, y aclarasse aquella verdad. Hizolo Dios assi, que no quiere que sus justos, aun en modo de burla sean escarnecidos. Mudole al niño la fisonomia, de tal modo, que quedò hecho vn traslado de Dauid, y para testimonio de la marauilla, el mismo Dauid le trocò entonces el nombre, llamandole Cheleab, que significa, èl parecido a su padre, con lo qual cessaron todas las sospechas, y juizios. Y con que sepa el curioso, que este hijo de Abigail tuuo dos nombres, Daniel, y Cheleab, entenderà la antinomia, y contradicion que ay al parecer en el Sagrado Texto, pues en el cap. 3. de el lib. 1. de los Reyes, se llama este Principe Cheleab, y en el lib. 1. Paralipomenon cap. 3. se intitula Daniel. Encuentros que se entendieran mal sin la noticia de historias.

Rabi Salomon, y otros Hebreos.

Este sucesso de Abigail, su discrecion, y prudencia, y el mejorar de marido a diligencias de su misma habilidad, nos descubre brauo campo para adornar la materia con similes diuersos. A tres puntos reduciremos el caso. Lo primero, tratando de algunas señoras, que a imitacion de Abigail se conseruaron prudentes en su estado, sin

que

que azares, ni disgustos las hiziessen degenerar de sus obligaciones. Lo segundo, mencionando otras, que echando por contrario rumbo desdoraron su opinion para que a vista de las faltas destas, y de las virtudes de las otras, considerando en vna parte malos fines, y desastrados sucessos, y en otra premios, y lauros, se abrace la virtud, y se abomine del vicio. Lo tercero, poniendo similes de la aficion, y del poder que tiene en arrastrar voluntades por lo mucho que arrastrò a Dauid vna hermosura prudente. Ya sè, que el docto pondrà con facilidad en su lugar cada cosa, cotejando los puntos del exemplo con los passos de la historia, que quadraren. Para los demàs basta que los lean a bulto, con la distincion que aqui iran puestos; porque querer desleir la materia para todos, fuera molestar al curioso, multiplicando a cada passo vnas mismas historias. El titulo principal le quadrara a cada exemplo,

TITVLO I.

Similes de mugeres prudentes, y de lo mucho que valen, y se estiman.

EXEMPLO I.

SVpuesto, que es vna Reyna la que nos da motiuo a que illustremos su historia, sea vna Reyna tambien la que nos dè principio; que prudencia de Abigail, solo con exemplo de Reynas deue coronarse. Y si ella supo ser sufrida en lleuar cargas de vn marido necio, sin desdezir de quien era. otras tambien con el mismo valor supierõ lleuar desaires de maridos entendidos, que a vezes se sienten mas. Sea, pues, el primer lustre vna Reyna de Portugal, y Infanta de Aragon Doña Isabel, hija del Rey Don Pedro, y nieta del Rey don Iayme, que nacio a ser el Iris

de

de la paz, entre mil domesticas dissensiones, entre reñidos enojos, que tenia Don Iayme con sus hijos. No sè que influencia celestial tuuo el viejo con el nacimiento de Doña Isabel, que solo con ella amainò las iras, olui-dò las pesadumbres, y dexò los debates. Lo que le restò de vida la criò consigo, y dizen, que muchas vezes solia dezir entre el alboroço, y el placer, que auia de ser su nieta la mas honrada muger que huuiesse salido de la Casa de Aragon. En la perfeccion de las niñezas adiuinaua el abuelo, frutos opimos de la juuentud, que siempre buenos principios prometen fines dichosos. Por ocho años la registraua la edad, quando tomò por tarea rezar cada dia todo el Oficio diuino, costumbre que observò hasta que pagò a la muerte el feudo con que nacimos. Quien no admira en edad tan tierna tal grandeza de virtud?

Muerto Don Iayme se la llevò a su Palacio su padre el Rey Don Pedro, para que en compañia de la Reyna Doña Costança, hija del Rey de Sicilia, y madre de ella, hiziesse con sus asseos, y perfecciones mas alegres, y gustosos sus dias, y sus años, que no puede auer juguete mas entretenido para vnos padres que aman, que vna niña aseada con virtudes, y agradecida con asseos. Menospreciò desde luego los trajes profanos, trocando en vestido humilde los brocados, y las sedas. Llevò siempre la mira al estado mas perfecto, y a conseguir en talamo virginal el precioso laurel del celestial esposo. Sus intentos iban a la Religion, mas ya fuesse que el respeto paternal le mudasse estos intentos, ya fuesse que el Cielo lo ordenasse, para que assi como en Italia su tia santa Isabel, Reyna de Vngria (y por quien a ella se diò el nombre) fue dechado de mugeres ilustres, assi nuestra Isabel en España fuesse tambien exemplo de casadas, Religiosas, viudas, y dõcellas, ya fuesse por todo junto, la casò su padre con el Rey de Portugal Don Dio-

S. Isabel Reyna de Vngria, fue hermana de D. Vladislao abuelo de S. Isabel Reyna de Portug.

Dionis, nieto que fue del Rey Don Alonso el Sabio, y vno de los Reyes mas esclarecidos que tuuo aquella Corona, y el mas dichoso, pues mereció ser marido de vna Reyna santa.

Casada, pues, la Infanta Isabel con el Monarca Lusitano, en cuyo cariño hallò siempre el afecto, y voluntad que sus muchas partes merecian, no se pueden numerar los grandes progressos de excelencias, y virtudes, con que fue assombro a todo Portugal. El gouierno de su casa, la disposicion de su vida, sus continuos exercicios, sus horas de oracion, sus ayunos, sus limosnas, era menester vn libro en que poder mencionarse. Lea quien gustare saberlo todo las Historias de Aragon, y Coronicas Portuguesas, en la vida de don Dionis, y tendrà muy buenos ratos, porque no dà lugar la estrechez de nuestro assumpto a tan dilatado campo. Solo la ponderacion de su prudencia en turbado mar de zelos mal nacidos, en vna batalla de falsas sospechas, en vna inquietud de ahogos reuerenciales, en quien respetaua dueño: quiero que salga a luz a dar regla, y ser dechado de las que viuiendo honradas, fluctuan en tantas penas, que no es honra el padecer, si en el penar no ay prudencia.

Tenia esta Reyna ilustre por Camarero a vn Caualle-ro noble, que fuesse de Portugal, ò que fuesse Aragonès, traido de su tierra, importa poco; el ser noble, y bien nacido, es solo lo que importa. Era muy mirado, muy honesto, muy dado a buenas costumbres, que claro està que no auia de pagarse la Reyna siendo tan honesta, y santa de menos partes que estas. Su nombre era Carlos, que assi le nombra vn Autor graue (si es verdad que en la parte, en que lo cuenta miraua solo a esta historia.) Estando su padre a la muerte, dizen, que entre otros le encargò con grã cuidado guardasse estos tres cõsejos: *Ser siẽpre à su Rey leal: Alegrarse de sus dichas, y dolerse de sus penas: Oir*

Mis-

Missa cada dia pospuesto todo leal. Quedò recomẽdado al Rey, y èl por sí supo agradar tanto, lleuandolo siempre a la vista los consejos de su padre, que de aqui vino a que la Reyna le admitiesse para Camarero, y despẽsero suyo. Sus buenos procedimientos le hizieron tanto lugar, que vino a alçarse en Palacio con titulo de valido. Todas las mercedes, y despachos de la Reyna corriã por su mano: limosnas, y lo demas todo por su cuenta; sin el consejo de Carlos no auia de obrarse nada, que quãdo sabe vn señor que tiene vn criado fiel, y que le sirue leal, es muy justo que le honre, y que le dè mano en todo.

O felicidades humanas, y que de tropezaderos se embuelue en vuestras glorias! En el mismo valimiento, en la dicha, en la grandeza, sembrò la embidia su zizaña, que esto de ver medras agenas, y mas en los Palacios de los Reyes, de ordinario engendra odios. Toda la hõra que se le haze al Priuado, sirue de veneno al emulo que lo mira, y con la misma ponçoña q̃ abriga en su pecho, procura atosigar la gracia que vè en el otro. Yo digo, que es desdicha el ser Priuado, y a quiẽ le estuuiere mal mi parecer, no me lo riña mientras goza la priuança, quando vadee sus riesgos me podrà dezir si es dicha. Vamos a nuestra historia. Tenia el Rey otro priuado (llamemosle Iulio) era muy opuesto a las costumbres de Carlos, porque èl a titulo de lisonjero, de entremetido, de dezidor, y mañoso, auia grangeado que el Rey le quisiesse mucho, que no son Dioses los Reyes, para no dexar lleuarse de vna lisõja, y de vn dicho; pero como D. Dionis era, aunque moço, prudente, no le premiaua mas de en aquello que era congrua suficiente para viuir como honrado, no desperdiciaua, digo, con èl sus tesoros, ni sus rẽtas. Embidioso pues, Iulio de parecerle que Carlos priuaua mas con la Reyna, que con el Rey (q̃ como le via manejar tãtas riquezas, y no aduertia q̃ era el tesoro de pobres, le adiuinaua mas poderoso, y mas rico)

embidioso, pues, desto dió en mal quistarse cõ èl, en aborrecerle, y quererle mal, biẽ assi como Doeeh, quãdo emulo de la altura de Dauid, tirò cõ chismes a derribarle, q̃ en priuãças de inocentes, jamàs faltarõ malsines para aguar las.

Era Carlos tan modesto, y tã criado al modo de la Reyna, q̃ aunque reparaua en algunas descortesias de Iulio, las dissimulaua prudẽte, sin darse por ofendido, q̃ es treta de discretos, en heridas encubiertas, sentir para si el dolor, mas no mostrar q̃ lo sienten. Iulio se picaua mas de ver los dissimulos, q̃ antes quisiera q̃ se prouocasse al duelo, yq̃ riñesse con èl, porq̃ desta suerte podia con facilidad echarle de Palacio pues claro estaua, que entre vn valido del Rey, y vn Priuado de la Reyna, auia el Rey de acudir a su valido. Este mismo respeto le obligaua a Carlos a euitar las pesadumbres; su mismo interès le hazia estar reportado; el no disgustar a la Reyna, le obligaua a ser sufrido.

Viendo, pues, Iulio, que por aquel medio no negociaua nada, echchò el resto a la maldad. Tratò de acusar a Carlos de mal entretenido cõ la Reyna. No puede llegar mas vn animo indignado, que amancillar con vn golpe tres vidas, y tres honras, porque acusando a Carlos de infiel, y a la Reyna de adultera, al Rey se le venia a dar la mayor herida. Parecièle al atreuido prueba hastante sus mal fundadas sospechas, de ver la familiaridad cõ que la santa Reyna comunicaua con Carlos, que como le via tan virtuoso, tan honesto, y tan recogido, y por medio dèl, ella hazia sus limosnas, no reparaua la Magestad, en que auia de auer censor que murmurasse aquel trato. Pẽsaua la Reyna biẽ, quando todo Portugal a ella la miraua Sol, sin registrarle defecto en su limpieza, y a Carlos considerauan vn siruiẽte honrado, y fiel. Solo vn emulo insolente se atreuiara a poner falta en vn honor tan candido, en vna virtud notoria, en vna santidad conocida. Aguardò ocasiõ para empeçar

su

su enredo, procurò, que el Rey, diuertido en otros gustos, y aun quizà solicitados por el (que tambien ay priuados de tercera esfera) estuuiesse algo mal hallado con la Reyna, negandose a sus braços, y esquiuandose a sus ojos, que encarcandose la voluntad a otra hermosura, cansa siempre la muger. El mismo agrauio que se le haze, parece que ocasiona vergonçosos desvios. Vomitò en fin el veneno, diziendole vn dia al Rey con arengas de zeloso, cõ muestras de turbado, con lastimas de dezirlo, que la Reyna mirauа muy bien a Carlos, y que le quetia biẽ. Notable arretuimiento, llegar a dezirle a vn Rey tal pesadumbre, pues quãdo fuera verdad el testimonio, no le permite en leyes de bien sentir, que se le diga su afrenta a vn afrentado. Al hombre mas humilde se le guarda este respeto, quanto y mas a vn Rey, cuyo honor estaua mas terso, y limpio que los astros luminosos. Solo vn valido pudiera arriesgarse a tanto. Todo su valor, y toda su cordura huuo menester Don Dionis para no acabarse a tan mortal herida. Sufriò valeroso el golpe, y inquiriò la verdad prudente. Puso se a sus solas a discurrir consigo la santidad de la Reyna, su honestidad, su virtud, su recogimiento, su penitencia le dauan vozes al alma, que estaua libre de culpa. La frequentacion de Carlos en su aposento, verlos solos muchas vezes conuersar secretos, hallarlos a los dos con vn semblãte, le prouocauan a zelos rabiosos. Por vna parte lo hallaua todo bondad, por otra veìa muchos indicios de afrenta: por vna parte se confundia la razon, y por otra le inquietaua su rezelo.

De dos mares combatido se atormentaua a si propio: llamò a Iulio, y dixole, que le informasse de lo q̃ auia visto, y que pues se auia atreuido a declararle su agrauio, le hiziesse sabidor de las pruebas de la culpa. Siempre temí, señor (respondiò cauteloso) de venir a estos lances, co[illegible], dexando la pesadumbre en que auia de meteros: la fuer[illegible] de

de mi lealtad me obligò a informaros, y porque no imagineis, que es alguna fantasía, ò alguna leue sospecha la que me diò la ocasion, atended, os suplico, a que siempre que la Reyna mi señora estuuiere disgustada, le leereis a Carlos en el semblante el disgusto, si la mirareis alegre, vereis en èl la alegria, si ella llora algũ pesar, èl dà lagrimas tambien; si ella recibe vn contento, èl le celebra con risa, esto, pues, y sus visitas secretas, su mucha frequentacion, y su priuança, mirad si pueden nacer de donde no ay aficion? De llama mas pequeña se leuantã fuegos grandes, de menos principios se origina vna desdicha. A mi toca el aduertir, y à vos, señor, remediar: cumplo con lo que me deuo, y si os he dado disgusto, pague mi cabeça ser argos de vuestro honor.

Con semejantes palabras esforçò Iulio su engaño, y como para quien està zeloso, y ya desabrido con su honor, basten aparentes sombras para juzgar verdad lo q̃ es mentira, se diò el Rey por satisfecho, si experimentando aquel informe, lo hallaua todo ajustado. Començò a hazer experiencias recatado, y mañoso. Tal vez se entraua secreto a donde la Reyna estaua, buscando arbitrios con Carlos para socorrer los pobres, q̃ este era todo su desvelo, este su mayor cuidado. En viẽdose sin dineros embiaua a empeñar la joya, ò a venderla: Carlos era quien lo negociaua, y como por agradar a quien tan bien lo merecia, buscaua con su industria todo quanto le mandaua tenia cõ ella tal cabida, que solo con èl comunicaua sus necesidades. Erã pues, solos sus coloquios estos: en auiendo que dar limosna, estaua la Reyna contenta, y alboroçada, Carlos por el consiguiente alegre, y regozijado. En no teniendo q̃ dar, vno, y otro se hazian a la tristeza. Entrauase, pues, como ya dixe, el Rey a estas estancias. Cogialos descuidados, tal vez tristes, tal alegres, y lo que en ellos era virtud, èl lo juzgaua maldad; lo que en ellos santo zelo, en èl

sospecha rabiosa. Dissimulaua sentirlo, y hablando dos ó quedades sobre la materia que le parecia, les boluia las espaldas.

Aunque la Reyna miraua aquellas curiosidades, y aduertia en los despegos, no pensaua (claro està) que eran rezelos de honor, ni pruebas de su virtud, que como estaua tan libre, y para con Dios, y el mundo tan solida su opinió nunca ella presumiera, que vn Rey tan prudente, y cuerdo como don Dionis la tuuiera en tal aprecio. Lo que imaginaua, y por lo que se guardaua dèl, era que sentia el que hiziesse tantos gastos en limosnas, y de mas a mas, que andar aficionado a otros gustos le traeria descontento. Viendole, pues, tan negado a sus hàlagos, tan mal hallado en sus ojos, en vez de hazer, como otras, alardes de sentimiẽtos, le acariciaua mas tierna, le mostraua mas amor, le rondaua mas el gusto, que no ay mayor prudencia, que a vn marido diuertido atraerle con blandura; porque querer despicar con enojos los agrauios, serà empeñarle mas, y que prosiga por tema, lo que ha sido vn poco de gusto. Era lo bueno, que todos culpauan los amores del Rey, y la santa Reyna, que era la ofendida, le disculpaua sola: los que no les iba nada, se dauan por enojados, y la Reyna, a quien le iba tanto, apenas lo sentia.

Passaron las desazones del Rey a formarles pesadumbres, tomò por color ser tan prodiga la Reyna de lo que no era suyo, y que no sufrian sus rentas tantas limosnas, y gastos, con esta capa reboçaua su veneno, negauase ya al lecho, ya a la mesa, ya a la comunicaciõ. Todo era hablar por equiuocos, a dos visos las palabras, a muchos entẽderes las razones. Nada bastò a que la prudencia de la Reyna faltasse en lid de apurar paciencias. Ni sus labios, ni sus ojos se desmandarõ jamas contra el respeto: el dar los vnos suspiros, verter lagrimas los otros, todo era mostrarse lastimada por su Rey, y por su dueño: Carlos como criado

fiel la imitaua en las acciones, que como ignoraua la prueba que el Rey hazia, y que le estaua notando, dexauase llenar de el agua de su obligacion, bueltos en fuentes los ojos. Bufaua el Rey de coraje, quando via en los dos cõprobados sus sospechosos indicios, y por salir de vna vez de aquel cuidado, apretò mas los cordeles a la prueba. Dixole a la Reyna, embueltas en enojos algunas pesadumbres, solo a fin de ver el efecto en Carlos. Ella, aunque todo lo llenaua con paciencia, y a sequedades del Rey, correspõdia con caricias, no pudo menos de sentir la desmesura, mas fue llanto la respuesta. Aplicòva lienço a los ojos para embeber las lagrimas, y Carlos al mismo tenor, para reprimir las suyas, se huuo de valer del lienço. A vn compas llorauan ambos, y lo que era fineza de criado, lo sospechaua el Rey otra contraria fineza. Anotò aquello, y passados vnos dias, boluiò a cogerlos a solas, repassando memoriales (todos limosnas, todos peticiones de personas desvalidas, y todo estudio para remediarlas.) Hablole a la Reyna con algun agrado, cosa nueua para el humor que gastaua en aquel tiempo, y sin estrañarse la santa señora, se fue a echar a sus pies de agradecida, mas èl la cogiò en sus braços con alhagos, y finezas, todo ficcion para probar su rezelo. A la Reyna dàua las palabras, y a Carlos dàua los ojos, el qual alboroçado, y contento assomò al rostro la risa, viendo a su señora alegre, soltò la rienda al plazer, y como que queria agradecerle al Rey aquellos fauores como propios. Vn coraçon sencillo, y vna lealtad inocente, que sin escrupulos anda! Pues claro està, que a ser Carlos traidor, anduuiera recatado en la presencia de el Rey: el pesar, y la alegria supiera disimular; pero como andaua inocente, lastimauase de los pesares de la Reyna, y alegrauase en sus gozos.

Iuzgò el Rey prueba bastante aquellos estremos de que entre la Reyna, y Carlos auia alguna, afició que man-

ci-

ciaua su honra, que para vn Rey sospechoso, y ya por otro notado, la menor accion de aquellas suena a afrenta. Ya solo se desvelaua en [illegible] del castigo, que como para hazer alardes era todo aquello poco, y mas teniendo la Reyna vn mundo de su parte, procuraua con recato quitar aquel tropezon, sin que nadie imaginasse en su sospecha. Demas, que como su agrauio no era mas que vna imaginacion, y esta estaua contra Carlos solamente, y podia ser no auer passado de la intencion, sin tener la Reyna culpa (como ni ella, ni el la tenian) no le pareciò ser justo castigar a Carlos con forma de castigo, sino quitarle la vida, sin que nadie lo entendiesse. Saliose, pues, vna tarde por las orillas del Tajo a diuertir sus melancolias, y a pensar alguna traza para castigar su imaginado agrauio. Sucedio passar por vnos hornos de cal, en que fabricando vnos y dando fuego a otros, estauan ocupados muchos hombres. Despertole su vengança el pensamiento, y llamando a parte al maestro de la obra, le dixo: Que a vn criado de camara, que le embiaria alli la mañana siguiente con vn papel, al punto que llegasse, le lançasse en vno de aquellos hornos encendidos, de forma que pereciesse, que era cosa que importaua a su Real seruicio, y que guardasse secreto: ofreciòlo assi el artifice, y el Rey con mas desahogo se boluiò a Palacio. Passò desvelado toda aquella noche, juzgando que se le tardaua el dia; y assi apenas viò la luz, quando mandò que le llamassen a Carlos. Acudiò muy puntual, y como quien desea desenojar a vn señor, que como auia tantos dias que le miraua con mal semblante, èignoraua en lo que le deseruia, està deseoso de ocasiones, en que mostraua su lealtad, haziendole seruicios. Recibiòle el Rey gustoso, dissimulando su pena, y dàdole vna carta, mando que se la llenasse al maestro de las obras, que estaua en las caleras, que era vn negocio que le importaua mucho, y que en la diligencia que pusiesse, conoceria, y

estimaria su cuidado. Para quien sirue fiel, no es menester mas auiuador que mandar la cosa, porque mandatos Reales, por poco que importen, llegan embebida consigo la presteza.

Partiò Carlos diligente, sin aguardar a que la Reyna se leuantasse, y sin querer detenerse a su antigua deuocion, q̃ era oir Missa; tanto puede vn Real respeto, que echa siempre el pie delãte a todas obligaciones; pero al tiẽpo que con su caualio desempedrando las calles de Lisboa, iba a emparejar por la puerta de vna Iglesia, permitiò la Magestad diuina tener su curso a fuerça de aldauadas (que poco pueden engaños, para quien tiene de su parte la justicia.) Tocaua vn Acolito la campanilla, haziendo señal, que alçauan en la Missa a Dios Sacramentado. Hirieronle aquellos golpes en el alma, como que le acusauã de indeuoto, pues sin auer aquel dia adorado al Rey del cielo, ni cumplido con su santa deuocion, iba a dar gusto al Rey de la tierra. Aferrò tanto en este pensamiento, que sin aguardar a mas violencias, se apeò del caualio, y atandole alli a vn poste, se entrò a oir aquella Missa. Antes de acabarla salieron a dezir otra, y al acabarse esta saliò otra tercera, oyolas todas tres, porque tenia por costumbre no salirse de la Iglesia con Missa començada.

En este espacio de tiempo obrò Dios sus marauillas, que claro està, que ocupacion tan buena auia de acarrear algun prodigio. Estaua el Rey tan ansioso de la muerte de Carlos, que juzgò no tendria sossiego, hasta saber que era cierta. Entrò su Camarero Iulio a darle los buenos dias. Holgose de verle, y como le trataua como amigo, contole la traza con que auia muerto a Carlos, y como seria aquella la hora en que resucito en cenizas, estaria pagando su culpa en la calera. Iulio que solo auia tirado a derribar a su competidor, y a quitarse aquel padrastro de delante, quedo tan alboroçado con la nueua, que al anss-

mismo passo que el Rey ardia ya en deseos de si se auria executado aquel castigo; hazia selos vn siglo cada Missa. Menos larga se le antojaua a Carlos cada Missa. Por salir, pues, de aquel cuidado, y descargarse de aquel peso, despachò el Rey a Iulio con otra segunda carta, en q̃ solo dezia al dueño de la calera, que le embiasse razon si se auia executado el negocio que le dixo. Calçò alas Iulio a los pies, ò a rigores de la espuela hizo volasse el cauallo. Llegò a los hornos de cal, diò el papel para quien iba, y como no parecia mas q̃ seña de lo q̃ el Rey le auia dicho, y juzgasse ser aquel el hombre a quien el Rey mãdaua que matassen, sin escuchar le razones, escusas, ni plegarias, le ataron de pies, y manos, y lançandole en el horno, pagò a juizios de el cielo su maldad, y su traicion; que quien infama inocencias, en el lazo mismo con que procura acabarlas, es bien que dexe la vida.

Llegò Carlos despues, bien ignorante de lo que passaua (que miẽtras se oye vna Missa, libra Dios a las vezes de la muerte a quien la oye) diole al maestro la carta, era al tenor que la otra, y assi le diò por respuesta, que le dixesse al Rey, que ya estaua bien seruido, y cumplido su mandato. Boluiò Carlos a palacio con esta razon, entrò donde estaua el Rey, que en verle quedò pasmado, y confuso, que como le juzgaua ya por muerto, y Iulio no boluia, casi adiuinò ya el trueque. Entre turbacion, y enojo le preguntò, como, y donde auia ido? Carlos satisfizo a todo, dando las señas del lugar, y la persona a donde le auia embiado. Hizole cargo de la tardança, a que satisfizo humilde, diziendo: Yo Rey, y señor mio, por ser vno de los preceptos que me encargò mi padre, estando para morir, he obseruado siempre oir Missa cada dia. Oy solamente; pues, por ir a obedeceros con presteza, quebrè con mi deuociõ, pero al passar por vn Templo, oì que vna campanilla hazia seña al como alçauan al Señor, y llenado de mi afecto me hallè tan em-

baraçado, y tan impedido de passar adelante, que me fue forçoso entrar primero a oir Missa, cõfiesso que me detuue a oir tres, porque no acostumbro, si ay Missa començada, salirme de la Iglesia. Si por esta tardança he errado en el despacho, dadme el castigo que pareciere justo.

Mientras Carlos informaua, ya el Rey con toda priessa auia despachado terceros mensageros, a que buscassen a Iulio, y le traxessen al maestro de las obras, para ver lo que auia obrado. Nunca èl hizo mejor obra, que castigar a vn traidor. Venido a su presencia, mostròle la carta que auia leuado Iulio, al qual dixo, que en conformidad de lo que la tarde antes le dexo aduertido, le auia ya sepultado entre las llamas,

Coligiò el prudente Rey de lo vno, y de lo otro, auer sido aquel castigo justo juyzio de Dios, como Iulio auia sido el falso, y Carlos el inocente, su esposa santa, y honesta, y el engañado. Y por no dexar escrupulo en su sospecha, dixole a Carlos a parte, que causa le mouia a hazer estremos de dolor, ò de placer, quando la Reyna su esposa lloraua, ò estaua alegre, porque le auia sido de cuydado, ya el padiera auerle costado la vida? Satisfizo Carlos (adiuinando ya el riesgo de que le auia librado la detècion en las Missas) que le aconsejò su padre, que a la persona Real a quien seruiesse, le fuesse siempre tan fiel, que se alegrasse, como propios, de sus gozos, y plazeres, y llorasse como tales sus pesares, y disgustos. Que esto solo le mouia a fuerça de su lealtad, y de ser obediente a consejos de su padre.

Deshizo el Rey sus nublados a la luz de la inocencia. Conociò en el desengaño la santidad de su esposa; fuesse a buscarla al punto, y hallandola en su oraciõ, la pidiò perdon de todo, y con honestos abraços rematò sus pesadũbres, dexò todos sus rezelos, borrò todas sus sospechas, trocò en nueua voluntad los passados disgustos, en ca-

caricias los desvios, en ternuras los desaires. Tuuo en ella a Don Alonso, que sucedió en la Corona, demas de la Doña Costança, que casó con el Rey Don Fernando Quarto de Castilla. Estimó de alli adelante la prudencia, y valor con que la santa Reyna le auia sufrido sus zelos, y desazones, pues nunca se oyó en su boca palabra desabrida contra quien tanto amaua dueño. Sola la prudencia de la gran Reina Isabel pudo ser sufrida a los desprecios, constante a los desayres, valiente en lides de amor. Sola su prudencia pudo templar encuentros domesticos, entre el Rey su esposo, y el Principe su hijo, saliendo tal vez a la campaña, y discurriendo de vnos Reales en otros, hasta mouerlos a paz, y hazerles dexar las armas. No puede encontrar vn hombre mayor dicha que vna muger prudente, en quien afiance su honra, y su estimació. Que felicidad puede igualarse a tener vn hombre, por tonto, y desaliñado que sea, como Nabal, su credito seguro? Quando todos los maridos deuen estar hechos Argos de sus mugeres, quien la encontrare prudente, se puede echar a dormir. Con vna muger honrada, no ay que zelar, ni temer.

EXEMPLO II.

Coronemos este assumpto con vn Principe famoso, a quien, ni grandezas, ni hermosuras, sino vna prudencia humilde, le arrastró el afecto, que no es solo Dauid quien se dexó cautiuar de discreciones. Auia vn varon ilustre (cuenta vn historiador grande) que teniendo vn hijo mayorazgo de su casa, aliuio de su vejez, deposito de sus gustos, quiso ponerle en estado antes que muriesse, que la sombra de los padres adelanta mucho siempre las medras de los hijos. Vinole à dar por esposa no menos que a vna Infanta, hija de vn Rey poderoso, y dotada de be-

Autores Vincentius Belbacensis in speculo historiali, lib. 15. c. 19. spec. ex p in tit. Gratias agere.

belleza, partes para enamorar a qualquier Principe; pero Lisardo (supongamosle este nombre) ò embaraçado en la hermosura de la nouia, que ay hombres que para propia muger les embaraça lo hermoso, ò descontento por casarle tan temprano, que no es caso para burlas, ò en fin por otro qualquier respeto, no quiso venir en lo que estaua tratado. Apesadumbrose el viejo, riñole la desobediencia, intimole su palabra, y con amenazas de padre, dixo auia de cumplirla. Visto Lisardo el aprieto, y que en semejantes porfias suele faltar la modestia, y quebrarse obligaciones, tratò de ausentarse. Tomò para el camino las joyas, y dinero que juzgò auer menester, y sin dexar señales de su fuga, se alexò a otros Reynos.

Caminando, pues, vn dia el desconsolado jouen, a vista de vna aldeguela, y obligado de el calor, a tomar alli descanso, apeose en vna de aquellas casas, cuyo dueño era vn viejo venerable, que baxo del sayal pobre, parece que se viò despues, deuia de ser algun Cauallero noble, que atropellado de la fortuna, como acontece a otros, se auia retirado a aquel cortijo, disimulando con capa de pobreza los bienes que le auian quedado. Como pobre en fin viuia, y como tal se trataua, sin que huuiesse en su casa cosa alguna, mas que adereços de pobre. Tenia vna sola hija de muy lindo parecer, tan aliñada en el asseo, que se suplia la gala de los vestidos humildes. Sentada, pues, a la entrada de la puerta, cuyo estrado seria, quando mucho vna mal pulida corcha, ò algun empalmado esparto, hazia sobre vna almohadilla mil curiosidades de sus manos, y al compas de la tarea cantaua con dulce voz vna cancion regalada, cuyos motetes, y versos iban solo dirigidos a darle a Dios alabanças, y agradecimientos de los muchos beneficios, con que le auia honrado su mano poderosa.

Es-

Escuchauala Lisardo muy atento, embelesado tanto a la discrecion, como a la belleza, tan pagado del donayre, como rendido al asseo, y quando huuo acabado de cantar, la dixo desta suerte. Hazedme placer, señora doncella, de darme a entẽder la letra que aueis cantado, porque no me parece que sea justa a la miseria en que os veo. Si estais tã pobre, como vuestro traje dize, si apenas me parece q̃ comeis, si primero no lo trabajais, a que fin, ò porque causa os mostrais tan grata al cielo, como si os huuiera enriquecido de mil bienes, y riquezas? Porque tantas alabanças quando os ha dado tan poco? Porque tan agradecida, quã do en nada estais medrada?

Soy contenta (respondiò la prudente doncella) de quitar los nudos a vuestra dificultad, y de satisfacer a vuestra duda. No aueis visto, que vna medicina leue suele librar a vezes el enfermo de grauissimas dolencias, por cuyo respeto se viene a estimar en mas que las mas preciosas drogas, pues aunque pequeña, restituyò la salud a quien desspechado se atormentaua doliente? Pues de la misma suerte, la accion de gracias, por qualquier pequeño don que recibimos de Dios, suele ser afecto de mayores beneficios, y agradeciendo lo que nos parece poco, se consigue interès mucho. Yo os confiesso de verdad, que no tengo mas bienes, ni mas riqueza, que ser hija deste viejo anciano, y pobre, que veis, pero doy gracias a Dios, y rindo bẽdiciones muchas, por estas pocas mercedes que me ha hecho, estando cierta, y aduertida, que quien me diò la pobreza, que posseo, la humildad en que me hallo, tiene infinito poder para darme cosas grandes; y assi, no porque sea pequeño el don que he recibido, ha de faltar el agradecimiento a la mano poderosa que le ha dado. Demas, de que esto es hablar de los bienes, y riquezas tẽporales, de las quales, ni a los muy afortunados en ellas se les acrecce algũ logro, antes mucho daño a vezes, ni a los pocos dichosos les viene

ne

ne detrimento, quando al fin de la jornada los vnos, y los otros han de passar por vn fin; tan pobre se hallarà el rico como el pobre. Pero si tratamos de los bienes mas perfectos, de los que tocan al alma: yo os juro como quien soy, que he tecibido de Dios los mas grandiosos, y muchos q̃ ha podido darme su diuina Magestad, porque se dignò de hazerme a su imagen misma, dandome razon, y discurso, para conocerle por mi Criador. Vengo a ser su combidada para la vida eterna, mediante su bondad, y misericordia, q̃ me hizo participante de sus diuinos misterios, dandome lumbre de Fe, y criandome en su Iglesia. Por tãtos, pues, y tales beneficios, como los ricos, y pobres reciben indiferentemẽte de la poderosa mano, es imposible, por mas gracias que le dèn, que sepan agradecer, y estimar lo mucho que le deuen. Y assi yo a quien me enriqueciò tãto de dones celestiales, no le consagro estas cortas alabanças, que escusa podrè tener para que no me tenga por ingrata?

Pasmado escuchò Lisardo las discretas razones de la hermosa doncella, a cuyo efecto començò enamorado à rendir esclauitudes. Mandò llamar a su padre, y dixole, que le hiziesse fauor de darle a su hija por muger; porque su entendimiento, su discrecion, y donaire, le auian auasallado la voluntad, y que no queria mas dote que su prudencia. Informòle de su calidad, de sus padres, de su hazienda, de sus riquezas, y estado, que era como ponerle a vista la ganancia. Sonriose el viejo, y preguntole, si acaso era aquello querer hazer burla de los mal vestidos? Que le hiziesse fauor en tratarle de otro modo, pues ya veìa que no era su hija merecedora de tan altas prendas, ni harian buena vnion el sayal con la purpura; que buscasse vn casamiẽto de su igual, que èl con su pobreça passaua muy consolado. Lisardo replicò a esto, que le trataua con entrañables veras, sin que se emboluiesse en su intencion el menor en-

ga-

engaño, que èl se venia huyendo de la casa de sus padres, porque quisieron casarle con muger que no era de su gusto, aunque en calidad, y hazienda le hazia grandes ventajas, porque era hija del Rey de aquella tierra. Pero que la gracia de su hija, su piedad para con Dios, su prudencia rara, le auia cautiuado de manera, q̃ la alcançaua por muger, hauia cuenta que auia hallado vn precioso tesoro; que do se le negasse, pues grangeaua vn nueuo hijo que le siruiesse. Respondiò el viejo, que le estimaua como era justo aquella voluntad, y deseos; pero que le perdonasse el no poder seruirle, porque èl no tenia mas de aquella hija cõ que consolaua su cansada vejez, y que enagenarla de sus ojos, para que èl se la lleuasse a su tierra, venia a ser privarse de la vida, y buscarle la muerte entre amarguras, y llanto. Pues sino estriua en mas de esso (añadiò el enamorado ſouen) por mi queda la vitoria: digo, que quiero quedarme aqui, y al lãdo de mi esposa hazeros compañia. Yo renuncio mis mueres, mi casa, mi mayorazgo, y quiero en este cortijo entrar a seruir por siervo. En mas estimo el sayal con vna muger prudente, que la purpura, y brocado cõ otra qualquier muger. Diziendo estas palabras se desnudò los vestidos ricos que lleuaua, y obligo por fuerça al viejo, que le diesse vno de los que tenia. Tan prendado, como esto se hallaua de la doncella, tan cautiuo de su amor, tan muerto por lo discreta.

Aduirtiendo ya el anciano padre, que eran aquellos estremos mas nacidos en vna aficion noble, que no de lasciuo amor, y que ya su estrella le auia deparado quien fuesse merecedor de la beldad, y prudencia de su hija, no quiso resistir mas al dichoso lance que le deparaua el cielo; y assi tomando por la mano a Lisardo, le llevò a vn apartado retrete, y aposento oculto que tenia, y abriendo vnos cofres viejos, que embueltos en relatas, antes parecian trastos desechados, que depositos de

bie-

bienes le manifestò en ellos vn tesoro grãde, joyas de precio infinito, y tanta cantidad de plata, y oro, quanta no vieron jamàs los ojos q̃ lo vian. Dixole entonces con palabras algo tiernas: Yo hijo mio, aunque con este sayal, soy bien nacido, y tengo mas riquezas que aqui miras, todas son tuyas, y todas te las doy por dote de la que sin mirar en interès la has querido por esposa. Porq̃ la has amado pobre, te la quiero dar tan rica, porque sola su discrecion te obligò a quererla, te doy todo mi tesoro, porq̃ puedas sustentarla; que a quien dexò riquezas, y Magestades por vna prudente humilde, no es razon que quede pobre, sino que viua muy rico. Casado, pues, Lisardo con la discreta doncella, y hecho dueño del quantioso caudal, vino a ser el Reyezuelo entre los mas poderosos de aquella Prouincia. Parabola parece aquesta historia, siendo de qualquier manera exemplo de las felicidades que le acarrea al marido vna muger prudente, como al contrario desdichas la que se aparta de sus obligaciones, cuya prueba nos darà el siguiente titulo.

EXEMPLO III. Añadido.

Para pauta de mugeres, a quien su poca dicha las hizo malcasadas, quiero que sirua por corona deste assampto vna Infanta de Castilla, y Reyna de Leon, Doña Berẽguela, madre feliz del Rey Don Fernando el Santo. Fue esta señora hija del Rey don Alonso Octauo, aquel que por sus virtudes adquiriò titulo de bueno; aquel que por su valor las Nauas de Tolosa, con perdida sola de veinte y cinco Fieles, las hizo promontorios Africanos con docientos mil cadaueres de Moros. Entre onze hijos que tuuo este buen Rey de solo vn matrimonio, fue segunda la Infanta D. Berenguela, si bien algunos la anteponen a D. Blanca (question que nos importa poco para el caso.) Apenas en

la

la edad florida descollaua Berenguela en lo bizarro, quãdo auiendo venido acaso a vnas Cortes de Carrion, Conrado Duque de Sueuia, hijo de el Emperador Federico, à las quales se hallò presente tambien el Rey don Alonso de Leon, que a vno, y otro los armò el Castellano Caualleros a la vsança de Castilla, teniendolo ellos por honra, se tratò de casar a Berenguela con Conrado. No le agradò a la Infanta, por no estar afecta a las costumbres Alemanas; y parecerle cosa desabrida alexarse tanto de su Nacion. Terciaron en fauor suyo el Arçobispo de Toledo D. Gonçalo, y el Cardenal de Sant-Angel, con que no tuuo efecto el desposorio. Como se ignoran los lances futuros, tal vez se desestima lo que estuuiera mas bien, y se abraça por mejor lo que suele hazer penar.

El Rey don Alonso de Leon, primo hermano de el de Castilla, estaua casado cõ D. Teresa, y por ser deudos, diò el Pontifice por nulo el matrimonio; y no obstante que teniã ya tres hijos, los hizo que se apartassen a fuerça de cẽsuras. Con esto le pareciò al Rey de Castilla buena ocasion para casar al primo, que andaua ladeado al de Nauarra, dandole por mugera la Infanta Berenguela. Mucho ciega el interès, pues viendo con el rigor que auia apartado el Pontifice el matrimonio primero, por auer parentesco, auiendo en este segundo la misma causa, y en mayor grado, lo tomauan como no dicho. Però entraria aqui solicitar la dispensa, cosa en aquel tiempo tan dificultosa, que con no ser mas de impedimento de segundo con tercero grado, y ser las partes vna Infanta de Castilla, y vn Rey de Leõ y embiara Roma personalmente à solicitarlo a vn Arçobispo de Toledo, no fue posible que se alcançasse el despacho: tan cerradas como esto estauan las puertas a las dispensaciones, lo qual no dexarà de admirar a los que en nuestra edad las vemos tan abiertas.

La doncella, que era bien entendida, como aquella

que

que iba mas expuesta al riesgo, procuraua persuadir a sus padres, que no la malcasassen. Aborrecia al de Leon, ya fuesse por no ser hombre a su gusto, ya por temer el desaire que le podia ocasionar el pareatesco: *Es posible* (dezia con lagrimas á sus padres) *que he de ir à ser como amiga de quien me puede repudiar mañana? Y dexarme en el estado q̃ quisiere! Que aya de respetar como à marido, à quien pueda negarme los alagos! Que aya de ir mi honor expuesto al axedrez, à si pinta, ò sino pinta! Terrible lance para quien sabe sentirlo!* A esto la replicaron con el remedio de la dispensacion, con q̃ al parecer deshazian sus argumentos. Recrecieronse caricias de la madre, y vinieron mal, ò bien a reducirla; que vn pecho mugeril entre mandatos, y ruegos paternos, que brios podra mostrar, que no se ablanden? En fin, padres pueden mucho. Casòse, pues, Doña Berenguela con el Rey don Alonso de Leon; y con grandioso aparato, y muchas fiestas se celebrarõ las bodas en Valladolid. Aumẽtòse el placer, de que al mismo tiempo vinieron Embaxadores de Francia, pidiendo al de Castilla otra de las Infantas para esposa del Principe Don Luis, hijo de Felipe, cosa muy honrosa para D. Alonso, casar casi à vn mismo tiempo a dos hijas con dos Reyes, y sin darlas dote alguna, que esto fue lo mejor, y assi fue el trato; porq̃ al de Leon solo le restituyeron algunos lugares que le auian quitado, y al de Francia se la dieron baxo desta condicio. Desta historia se colige, que vale mucho vn buen hombre. Es el caso, que dieron a escoger a los Franceses entre dos hijas que le quedauan al Rey en edad de casar, que eran doña Vrraca, y doña Blanca: y aunque era la primera mas muger, mas ayrosa, y de mas brio, y aun de mas edad, como dize el P. Mariana (contradiziendose en esto) ofendidos los Embaxadores del nombre de Vrraca, no la quisieron por Reyna, sino que lleuaron a D. Blanca su hermana, la qual vino a ser madre del Rey S. Luis. Reyna dicho!

Mariana li. 11. c. 17. haze mayor à doña Blanca, y en el c. 21. la haze menor de los tres, y en el libro 12. cap. 7. la buelue à hazer mayor.

chosissima en estremo, y de que puede estar España tan gloriosa, como Francia vfana. Causa bastante puede auer sido esta, para auerse mejorado en Castilla los nombres de las damas, y señoras, que ilustra mucho vn buen nombre.

Casada Doña Berenguela, por los años que se contaua 1201. hallò en el Rey aquel recibimiento, y agassajo, que hallan siempre en vn hombre amores nueuos, porque aũque apartado de Doña Teresa, le diuertian todavia sus memorias. En fin de alli a poco tiempo tuuo el primer hijo, que se llamò Don Fernando, tan agraciado desde sus niñezes, como dichoso en sus fines. No sè que fuerça de estrellas, ò de afecto arrastrò tãto a esta Reyna en el amor de el hijo, que no quiso que a otros pechos que los suyos se criasse; ella sola le diò leche, siendo entre las Reynas de España la primera, que se ha humanado a esta accion, digna por cierto de toda alabança, y que fue pronostico de la rectitud, y santidad que heredò el hijo, que de vna madre prudente, y valerosa se adquiere en los pecho mucho. Su hermana Doña Blanca, Reyna de Francia, como dexamos dicho, la quiso imitar en esto, pues ella sola diò el pecho al Rey San Luis su hijo, y assi no avrà que admirar, que a pechos de tales madres saliessen dos Reyes Santos. Fuera de el Principe don Fernando, tuuo Doña Berenguela otros tres hijos en espacio de siete años, y aunque enmedio deste tiempo viò en el Rey muchos desvios (porque ya aquello de prima, y mas no auiendo querido el Pontifice dispensarlos, parece que le mareaua, y luego que su cuidado antiguo, y diuertimientos nueuos le hazian mal hallado) lo disimulaua todo la gran Reyna, cõ tan prudẽte valor, q̃ no mostraua despego a cosa alguna; y a lo que otras mugeres se hazen linces, ella hazia gorda la vista, y por lo q̃ otras se quexã de sus maridos, ella procuraua hõrarlo, q̃ si vna muger no sufre faltas de deudas tan propias

como las ha de callar quien no tiene obligaciones? Bueno fera que por q̃ vn marido se diuierta, ò se descuide, ò porque sea desabrido, y de mala digestiõ, ò por q̃ sea vn necio, que es la mayor falta, aya por esto la muger de formar quexas, y hazer exclamaciones q̃ causen escandalo! Esso no es hazer buẽ lado al marido, sino deslucirle el credito, y echarle en la calle la opinion, cosa q̃ aun vna enemiga (tomese por lo q̃ fuere) a vezes no lo haze. Donde ay q̃ disimular se conoce la prudencia, q̃ donde no ay que sufrir, poco ay q̃ agradecer al ser honrada. Pocas han estudiado en nuestra Abigail; que a saber lo que ella passaua en cubrir las necedades de quien respetaua dueño, en disimular sus grosserias, sin manifestar al rostro la pena del coraçon, a buen seguro q̃ aprendieran mas de quatro a ser prudentes. D. Berenguela si q̃ la leyò las acciones, y robò las bizarrias, porq̃ con tãto valor se diò a llenar los despegos del Rey D. Alõso, q̃ cõ echar el resto l[illegible]aduerso de su fortuna, pues el Rey la repudiò, y apartandola de si, se la remitiò a su padre (lãce fuerte para vna Reyna entendida) ella a todo hizo tan buen pecho, q̃ ni por verse libre se desmandò de lo noble, ni por quedar desairada hablò mal de su marido, saluo lo q̃ puede permitirse en tales sentimientos, que tambien Abigail tratò de necio a Nabal, quando informò de sus cosas.

La capa que tomò D. Alonso para dexar a la Reyna, el color con q̃ baurizò esta accion, fue el parentesco, y mediãte èl, auer sido nulo el matrimonio. La causa a mi ver, fue justificada, y mas si es verdad lo que dizen algunos, que el Papa Inocencio, Tercero deste nombre, que entõces regia la Iglesia, y fue vna de las mayores cabeças que ha tenido, gran talento, y versado en todas letras, se lo mandò assi con penas, y censuras, hasta poner entredicho en aquel Reyno. No quiso dispensar nunca, que como hasta entonces no auia auido exemplar, reusò de dar el primero. Con todo, aunque el color era tan justo, le pareciò al de Castilla,

lla, padre de la Reyna, q̃ podia tolerarse, insistiendo siempre en recabar aquella gracia del Pontifice, quando causas tan vrgentes lo pedian, tantos años de casados, quatro hijos nacidos, y las pazes de dos Reynos, y assi sentido grãdemente de aquel desaire, y afrẽta, quiso tomar las armas contra el primo, y hazerle estar a derecho, que como del tiempo en que repudiò a la Reyna (que era, segun pienso, quando le diuertian otros braços, y aun dizen que los de D. Teresa su primera muger, assi lo insinua Castillo) como desto, pues se colegia, que no era tanto obediencia a los mandatos, quanto conueniencia de su gusto, auiuaua con razon los sentimientos. En fin con llamarse el de Leõ obediente a la Iglesia, le ataua las manos al Castellano. Ni por mal, ni por bien no fue posible que boluiesse a hazer vida con la Reyna, con que vino a quedarse en casa de sus padres, ni viuda, ni casada, ni doncella, estado el mas triste q̃ puede tener vna muger de partes tan ilustres: porque vna viuda entre sus mismas soledades, goza aliuios de la libertad, vna casada entre los disgustos que ocasiona el matrimonio, se passa tambien sus gustos: vna doncella entre las prisiones del recato, viue con las esperanças de casarse, pero vna muger dexada, es vn dolor sin piedad; vna enfermedad sin cura, vna pena sin remedio.

A todo hizo rostro el valor de Doña Berenguela, sufriendo prudente lo que acabàra con otra; lo que sentia discreta, lo disimulaua bizarra: ya era aliuio de sus padres tenerla en su compañia, porque su consejo, su parecer en qualesquier materias solia ser de importancia. Muertos ellos, dexaronla nombrada para el gouierno del Reyno, hasta que el Principe D. Enrique su hermano, que quedò de poca edad, de onze años solos, se pudiesse encargar de la Corona. Començò, pues, a gouernar con tanto valor, prudencia, y rectitud, que fue pasmo a los que mas presumidos pensaron que no fuera para ello. Ayudauala

mucho hallarse poderosa, que para auer de mandar es grã assilo el poder. Auiala dado el Rey su padre, quando boluiò de Leon desazonada, por merced, y donaciõ las villas de Valladolid, Muñon, Curiel, y Santistteuan de Gormaz (que para acariciar vnos ojos, siẽpre son las dadiuas el mayor regalo) cõ estas rẽtas, y vassallos tãtos, no solo se hazia temer, sino que ayudaua a todos menesteres del gouierno.

Mostraua esta famosa Reyna lo varonil en las cosas que requerian brio, y en lo demas era tan afable, y tã piadosa, q̃ entre los necessitados, y virtuosos distribuia sus bienes. A los que tratauan de letras, a los que se dauan al estudio, fauorecia con notable esfuerço, que aun esto quizà seria mucha causa, para que el Arçobispo D. Rodrigo, que floreciò en su tiẽpo, entre cuidados, y guerras tan continuas, cõ que siempre anduuo trabajado al lado de sus Reyes, se diesse a escriuir la historia general de España, pauta que ha sido, y luz a los que han tratado deste ministerio. Imitole D. Lucas Obispo de Tuy, aunque en estilo mas llano, pero premiaronle bien. Otros al mismo tenor se alentarõ a escriuir, otros a estudiar, que quando se premian los trabajos, se nacen muchos ingenios. Por el contrario a los q̃ via Doña Berenguela dados a bullicios, hombres sediciosos, y que solo tratan de inquietudes, los aborrecia cõ estremo, y cuidaua en refrenarlos. Premiaua en fin la virtud, y castigaua el vicio: era tal su zelo, que no queria hazer falta al menor cuidado; cargauan los negocios, cõ que se hallaua a ratos afligida. Mostrò inclinacion en aliuiarse del peso, entendieronlo algunos de los Grandes, en especial los de la Casa de Lara, que eran a aquella sazon los mas poderosos, y validos, y quisieron aprouecharse de la suerte que les representaua la fortuna. Valieronse de traza, para que sin ser sentidos por ambiciosos, se pudiessen alçar con el gouierno, que ayuda mucho vna industria, para conseguir los lances.

Te-

Tenia gran cauido con la Reyna vn tal Garci Lorenço, hõbre particular, y natural de Palencia, mañoso, y entremetido. A este, pues, los señores de Lara, que eran tres hermanos. Alvaro, Fernando, y Gonçalo, hijos del Cõde D. Nuño, le ofrecieron darle en propiedad la Villa de Tablada, si les hazia buẽ tercio en aquel negocio: èl lleuado de la codicia (que en hombres de pocas obligaciones son fuertes torcedores las promessas) lo dispuso de manera, q̃ vino a conseguirlo. Aguardò ocasion vn dia de ver a la Reyna, como quebrantada de negocios, y dixola con vna cõpassiõ cautelosa: que le pesaua infinito verla en aquella tahona de cuydados, que la podia costar no menos que la vida, y que con su falta quedaria España a escuras, que auer de tomarse su consejo, èl seria de parecer, que sacudiesse de sus delicados ombros tan pesada carga, y se quitasse de aquella penosa lid de andar complaciẽdo a vnos, contemporizando a otros, y mas quando la variedad de afectos encontrados no lo agradecia, antes lo desestimaua. La buena señora, que ignoraua por vna parte las tramas de aquel consejo, y por otra anhelaua a su quietud, le preguntò a Garcia: *Quiẽ me podrà aliuiar de este cuidado? Quiẽ os parece que serà mas aproposito para eñcargarle el gouierno, y la criança del Rey?* El entonces jugò lindamẽte de la ocasion que se le vino a la mano, y dixo: *No ay señora, en el Reyno persona que se iguale à los de la casa de Lara, porque su poder, y sus riquezas pueden acudir à todo, sobrarà para sustentar el peso, y defender la Corona.* Quadrole a la Reyna el parecer q̃ siẽpre la sangre noble se engañan mas facilmente. Consultò el negocio con los Obispos, y Grandes, y vnos por no entender la maraña, otros por ir negociados, se inclinaron casi todos al parecer de Garci Lorenço, con que vinieron a persuadirla a que renunciasse en los tres hermanos aquella carga honrosa.

No tuuiera esto afecto, ni la astucia de el enemigo de

casa llegàra a granazon, si estuuiera entonces en España el Arçobispo de Toledo don Rodrigo, falta q̃ causo esta falta. Auia ido a Romà al Concilio General Lateranense, donde entre mas de quatrocientos Padres, Obispos, y Arçobispos, fue el que mas se señalò en erudicion, y letras. Oro en el Concilio en lengua Latina, mezclando sentencias de las demàs lenguas, Italiana, Alemana, Francesa, y Inglesa. cosa q̃ dexò pasmados a todos los Padres, aplaudiendole, en que desde los Apostoles, hasta entõces no se auia visto cosa semejante. Hizole muy grandes honras el Pontifice Inocencio, con que se boluiò a España en ocasiõ que la renuncia de la Reyna estaua ya casi hecha. Sintiolo mucho, aunque no se atreuiò a contradezirlo; que es de hombres sabios no sacar la cara, por mas que lo sientã, en las cosas que no puedẽ remediar. Lo que hizo fue, que los señores de Lara jurassen en sus manos, que mirarian por el bien comun, y no darian, ni quitarian oficios sin gusto de la Reyna, y que a ella tendrian siempre el respeto que se le deuia por tantos titulos, por hermana, por hija, y por muger de Reyes.

Todo lo juraron don Alvaro, y sus hermanos de buena gana; pero lo cumplieron mal, porque apenas se vieron cõ el mando, quando por mandar lo todo hizieron a muchos hartas pesadumbres. Siempre el poder en pechos ambiciosos se despeña. Quexaronse a la Reyna algunos Grandes, en especial Don Lope de Haro, y Don Gonçalo Ruiz Girõ, Mayordomo de la Casa Real, trataron se diesse por nula la renunciacion que hizo de el gouierno. Era empeño grãde derribar a Don Alvaro, quando encastillado en el poder se hazia temer de todos: y assi, aunque Doña Berenguela lloraua el yerro que hizo, no se atreuia a dar color a nueuos empeños. Lo que hizo fue, embiar a auisar a los de Lara, que no hiziessen demasias, ni quebrantassen lo que auian jurado.

En

En vez de enmienda, sumiò el auiso de mayores desafueros, porque a Don Gonçalo Giron le remouieron de la plaça de mayordomo Real, y la pusieron en D. Fernando, vno de los hermanos de Lara, y a la misma Reyna la despojaron de las villas que eran suyas. Gran desacato cõ quien no lo merecia! Sobrada ingratitud para quien fue tan generosa.

Sufrio la Reyna con mucho valor este reuès de fortuna, y aunque en lo varonil incitaua a la vengança, lo prudente la sujetaua a cordura. Quiso mas padecer en ella los desaires, que dar ocasion con ellos a mayores rompimiẽtos. Retirôse al castillo de Otella, cerca de Palẽcia, juzgando la fortaleza por bastãte asilo para librarse de qualesquier demasias. Hizola cõpañia la Infanta Doña Leonor, y Reyna de Aragon su hermana, que por causa tambien del parentesco se auia apartado del Rey don Iayme, y assi passò su soledad con gran recogimiento, y ocupada en otras de virtud. Consuelo vino a ser en semejante fatiga, experimentar cada vna los trabajos de la otra. Dos hermanas, Infantas las dos, las dos Reynas, las dos diuorciadas, las dos prudentes, y acompañadas las dos, vienen a ser mucho aliuio a la carga de vnas penas.

El Rey Don Enrique, aunque de poca edad, sentia los desafueros que se viauan con su hermana, y deseaua hallar ocasion para irse con ella; que tira mucho la sangre, y mas quando està ofendida? No pudo lograr su intento, a causa que Don Alvaro le tenia cogidos los passos. Pero para diuertirle, y ganarle la voluntad, trato de casarle antes de tiempo. En Palencia se celebraron las bodas con la Infanta Malfada, hermana de el Rey de Portugal. Sintiolo mucho Doña Berenguela, y mediante eran parientes, escriuiò al Pontifice para que diesse por nulo el matrimonio. Sucedio assi, con que la desposada se boluiò a su tierra doncella, y sentida: doncella, porque

la poca edad de el Reyno la hizo perjuyzio en su virginidad, y sentida, porque se atreuiò D. Alvaro a pedirla por muger para soldar en algo aquel desaire. Ella le soldò mejor, pues edificando el Monasterio de Rucha, passò en èl su vida santa, y Religiosamente.

Los juizios de Dios son incomprehensibles, y assi para deshazer tiranias, permite muchas vezes los fracasos, raro fue el que sucediò en Palencia, cuya lastima parece que siempre viua esta chorreando sangre en los mismos edificios, passò desta manera. Jugana el Rey don Enrique con otros de su edad en las casas del Obispo, en q̃ estaua aposentado, y repentinamente volandose de los tejados vna teja, se le assestò a la cabeça de tal suerte, que hirsiendole muy mal, le acabò cõ la vida en onze dias. Qual cierço arrebatado, que a los primeros arboles en que haze plaça la flor de su hermosura, la estropea, la maltrata, y la destronca, assi la parca cruel, a vna Magestad hermosa, q̃ entre las niñezes de la edad iba descollando tierna, de tal manera la ahajò, q̃ marchita entre su sangre la dexò difunta. Gran desengaño para ver lo que es el mundo; lo fragil de sus grandezas! lo caduco de sus glorias! Quan presto se le acabò a Don Alvaro el orgullo! Cõ que facilidad vino al suelo su pujança! Nadie haga pie en cosas de la tierra, q̃ quando le parezca que està mas estable, al menor baiben que dè la muerte, se harà poluo el edificio.

La Reyna D. Berenguela, que en el Castillo de Otella la tenia puesto cerco D. Alvaro de Lara, auia despachado a D. Lope de Haro, y a D. Gonçalo Ruiz Giron, a que recabassen del Rey de Leon su marido, la embiasse al Infante D. Fernando su hijo, para tener consuelo, y amparo con su assistencia. Muriò en este intermedio el Rey Don Enrique, como queda dicho, y entonces la prudente señora cõ mayores diligencias instiò con Don Alonso, que la embiasse su hijo, aduirtiendo con todo cuidado (aqui se viò la pru-

den-

dencia) que no le dixessen la muerte de D. Enrique, sino q̃ antes la celassen, y encubriessen. Porque como el Rey de Leon, aunque apartado por las causas dichas, era marido de D. Berenguela, heredando ella a Castilla, pudiera èl apoderarse del Reyno a titulo de marido, que en mediãdo el interès, y mas de vn Reyno tan grande, suelen algunos hazer poco caso de diuorcios. Con esta industria, y con la buena diligencia de los Embaxadores, se logrò la accion, porque antes que el de Leon supiesse nada, ya estaua el Infante D. Fernando en el castillo de Otella con su madre. La alegria, y placer que tuuieron en verse, considerela, el piadoso, que amando tanta causa, los mayores regozijos, y ternuras le vienen estrechos. Iuntos, pues, alli todos los grandes señores, que hazian lado a la Reyna resoluieron, que ella heredaua la Corona. Aqui dizen los Franceses que se le hizo injusticia a la Reyna Doña Blãca por ser hermana mayor. Contradizen los nuestros que lo fuesse, y caso que si, que pudo bien el Reyno huir de señor estraño, y adjudicar el derecho a los naturales.

Declarada, pues, por Reyna, vsò de su prudẽcia, y bizarria, renũciãdo en su hijo la Corona, el mãdo, y el gouierno, q̃ de aquel modo le corraua las acciones al de Leõ su marido, y haziẽdole a vn hijo Rey, le soldaua los enojos. Hierro, ò ambicion humana, q̃ aũ cõ padres, y hijos no te ahorras! Quedò por la burla tã sẽtido el Leonès, tã enojado en estremo de ver al hijo con la Corona q̃ èl alcançaua ser suya, que con mas corage, que si saliera a campaña contra infieles, se entrò por tierra de Campos, talando, y destruyendo quãto topaua. En Naxera se auiã ya alçado los pẽdones por D. Fernãdo, y hecho las demàs ceremonias q̃ se vsauã en aquel tiẽpo debaxo de vn grãde olmo, q̃ la llaneza de aquellas edades, no daua mas lugar a pũdonores. En Valladolid se hizo la misma jura con mas solemnidad, y mas concurso.

Lle-

Llegaron las nueuas de los daños que entraua haziendo el Rey de Leon, causaron mucho cuydado, porque los señores de Lara, pensando por aquel modo no decaer del puesto, le dauan mucho calor, y le hazian lado. Sintiò esto Doña Berenguela, como era razon, y por apagar aquella llama con suaues medios, despachò a los Obispos de Burgos, y Auila, a que hablassen al Rey Don Alonso, y lo intimassen de parte suya, que ya que dexada, y sola auia sufrido sus despegos, y desayres, teniendole siempre el respeto que a marido, y guardandole la misma fee, q̃ si viniera a su lado, que ya que por muger suya le auia dado a su hijo la Corona de Castilla, de que auia de gloriarse, y estar contento, y gozoso, q̃ cesasse en perseguirla, q̃ mirasse su cõciencia, que no maltratasse a vn Reyno tan sin culpa.

Cosas en fin como estas embiò a dezirle, y con ir autorizadas con personas tan graues, hizieron poco fruto, que a vn animo indignado, si es ambicioso quien le instiga, valen poco las razones: antes dando mas rienda al enojo, y mas sañudo passò adelante en su intento. Llegò a dar vista a Burgos con su campo, y por ser cabeça de Castilla quiso apoderarse della. Salio don Lope de Haro a la defensa, con otros muchos señores, y anduuieron tan bizarros, que le hizieron retirar mas que de passo.

Sentia la valerosa Reyna estos desassosiegos con entrañable dolor. Trabajaua grandemente, porque entre padre, y hijo no se llegasse a las manos, que son riñas de mucho sentimiento a las que vna misma sangre dà las armas. Al lado de su hijo era siempre vigilante; que en tiempos tan rebueltos, necesita mucho, quien comiença a Reynar, de saludables consejos. Ella era su maestra en paz, y en guerra; en paz era todo dar liciones de virtud; en guerra, todo amonestarle zelo, razon, y justicia: contra su padre huir las ocasiones, empuñar la espada; contra los rebeldes, vencerlos con cortesia, y rendirlos con clemen-

mencia: contra los enemigos de la Fè, soltar la presa al valor, y destruirlos. Criado, pues, a los pechos de tal madre, y bebiendo en ellos tan saludable dotrina, que mucho que vn hijo Rey se enfayasse para santo?

Con la muerte que en breue tiempo les sobreuino a los señores de Lara (Don Alvaro murió de vna dolencia junto a la ciudad de Toro, y en Marruecos su hermano Don Fernando) se cayerõ de su peso las rebueltas, y bullicios, que por grande que sea la llama, si faltan los que la atizã, con facilidad se muere. No ay fuego tan poderoso, que en cessando echarle leña no se acabe. Pero como a vezes la paz en Principes tan moços, suele ser causa de estragarse las costũbres dandose a deleytes, pareciole a la prudente Reyna, que seria acierto poner al Rey en estado, que fuesse ser fulleria en juegos de amor, quando juega la prudẽcia, enseñarle a vn mancebo a querer a su muger, antes q̃ quiera a otra agena. Era sabia en todo esta matrona, y estana en todos los puntos. Casò, pues, a Don Fernando con Doña Beatriz hija de Felipe, Emperador que fue de Alemania, ò de Felipe Rey de Francia, como lo sientẽ otros. Celebraronse las bodas en la ciudad de Burgos con mucha solemnidad, y con todas las ceremonias q̃ manda la Iglesia. Fue tan feliz este matrimonio, que tuuieron siete hijos, el mayor fue Don Alonso, que con renõbre de Sabio le sucediò a su padre en la Corona. Muerta Doña Beatriz, al cabo de algunos años, boluiò su madre a casarle con D. Iuana, hija de Don Simon Conde de Potiers, en quien tuuo otros tres hijos. Fuera de matrimonio no se lee de este Rey mocedad ninguna, el menor diuertimiento, ninguna galanteria, todo diligencias de su madre, todo cuydados suyos, todo obediencia, y respeto.

Lo primero tiene de Mariana li. 12. c. 9. L. segũdo Castillo li. 4. fol. 6.

Muriò el Rey Don Alonso de Leon, y aunque Principe esclarecido, gran guardador de justicia (pues porque los Iuezes no admitiessen a dadiuas, ni sobornos, les se-

señalò particulares salarios) escureciò su fama mucho con la enemiga que tuuo en vida, y en muerte con Don Fernando su hijo, siendo de lo que mas auia de gloriarse. Llegò a tanto su desazòn, y encono, q̃ le dexò desheredado del Reyno de Leon por su testamento, y nõbradas para èl a sus dos hijas primeras, que tuuo en Doña Teresa (llamandose D. Sancha, y Doña Dulce) No bastaua para esto el cõtor de que D. Fernando no era nacido de legitimo matrimonio, por razon del parentesco, quando con mayor fuerça militaua la misma obgecion en las Infantas nombradas. En fin, la prudẽcia, y buena maña de la madre, hizo a toda prisa que no saliessen con logro los desinios del difunto. Auisòle al punto a Don Fernando, para que dexàra la guerra de la Andaluzia, en que estaua ocupado; boluiesse la proa a gozar la felicidad que le acarreaua su dicha con la herencia de aquel Reyno. El Arçobispo Don Rodrigo, que estaua con èl en la campaña, le acõsejaua lo mesmo. El Rey conocia era bueno lo que le aconsejauan, y aunque se le hazia pesado boluer a aquella guerra las espaldas, se dexò vencer de los mejores consejos. Cada pũto de dilacion se le hazia vn siglo a Doña Berenguela, q̃ como tan entẽdida, echaua de ver que la presteza en cosas de semejante porte suele vencer muy grandes dificultades, y que abroquelado vn competidor, es dificil de vencerle. Por esta causa, pues, atormentada de su misma viueza, se determinò a ir a llamarle en persona. Salìò de Toledo, y en la villa de Orgaz se encontraron madre, y hijo, cuyas vistas alegres para los dos disminuyeron cuydados. Allì tomaron fin acuerdo, que fue apresurar el camino para Leon, sin entrar aun en la Corte.

Tomò el santo Rey el parecer de su madre. Partiose para Leon, y le hallò mas llano que se pensaua: recibiale los pueblos con regozijos, y aplausos, llamandole santo, y pio, con otras innumerables alabanças. Coronose

ſe en la Ciudad de Toro, que por ſer la primera que le rin
diò obediencia, quiſo ſe ganaſſe aquella honra. A las In-
fantas nombradas a la ſuceſsion, a diligencia todo de D.
Berenguela, que cõ brio varonil diſcurria a todas partes,
aconſejaron los Obiſpos de aquel Reyno, a los quales to-
ca mirar por el bien comun, q̃ dexaſſen el derecho a cuyo
era, que lo demas, fuera de ſer injuſticia, auia de acarrear-
las mil deſaſtres. Su madre D. Tereſa, que como madre en
fin, acudiò de Portugal a dar ayuda à ſus hijas, las aconſe-
jò lo meſmo. Tuuo vistas con D. Berenguela en Valdeorna
de Galicia, y quedaron concertadas, que las Infantas ce-
dieſſen a ſu hermano el derecho que pretendian tener a la
Corona, y que èl las acudieſſe cada año con treinta mil du
cados para ſus alimentos.

Con eſta diſpoſicion quedaron todos contentos, y
pagados, y el Reyno de Leon ſe boluiò a juntar ſegunda
vez con la Corona de Caſtilla, atadura que ha perſeue-
rado ſiempre, y que dura en nueſtros tiempos, cauſa co-
nocida de la grandeza, y Mageſtad de los Monarcas de
Eſpaña, deuda que deue reconocerſe a eſta prudente Rey-
na, pues por ſer ſu voluntad tanta, tanta ſu virtud, tan-
ta ſu induſtria, criando a vn Principe tan dado a buenas
coſtumbres, Caſtellanos, y Leoneſes le rindieron las Co-
ronas, ſin hazer caſo de otros pretenſos derechos. Otras
Reynas, con parir vn hijo cumplen, con dar vn Principe
heredero les parece que hazen mucho; pero D. Berengue-
la fue madre por tantos modos de Don Fernando, que lo
menos fue parirle; el criarle fue lo mas; ella miſma fue ſu
ama, porque no mamaſſe en otra leche algunos malos
reſabios: ella ſiruiò de Maeſtro, porque no ay mejor do-
ctrina, que la de los padres, que procurar enſeñar, ella
fue ſu ayo, para que a ſu lado ſiempre, no tuuieſſe ocaſion
de malas compañias; ella fue ſu conſejero, que como le
queria deſintereſſada, le aconſejaua mejor; ella parien-

con do

dole Infante, le vino a hazer Rey dos vezes; y ella en fin le dió a España tan gran Rey, que fue hijo de su madre. Premiar la virtud, castigar el vicio, dar audiẽcia al mas humilde, oir al necesitado, refrenar al poderoso, socorrer al desvalido, todas fueron acciones del Santo Rey D. Fernando, que las mamò en los pechos, y assi Reyna, que a despegos de vn marido supo siempre ser tan Reyna, bien merecerà compararse con Abigail, y adquirir titulo honroso de prudente. san luis Rei de françia y S. fernando Rei de Castilla y leon fueron primos hijos de dos hermanas Doña blanca y Doña gueta

TITVLO II.

De las mugeres poco atentas, y de la afrenta que causan.

EXEMPLO I.

Con felizes progressos de las armas, gouernaua a Castilla el Conde Garci Fernandez, hijo de Fernan Gonçalez, y claro descendiente de Rasura, nobilissimo trõco de tantas ramas ilustres. Corrian los años de nouecientos y ochenta y dos, teniendo el Cetro de Leon, y Asturias D. Bermudo, a quiẽ sus mismos achaques dieron nombre de Gotoso. En estos tiempos, pues, tuuo el Conde vna victoria de los Moros, que le adjudicò nueuos trofeos, por el celestial prodigio q̃ le ayudò en la batalla, que es fuerça contarlo, para que campeen mas las dichas de quien mereciò su ayuda. A las riberas de Duero, junto de Santisteuan de Gormaz, saliò el valeroso Conde a resistir el orgullo del barbaro, que con vn exercito copioso se iba entrãdo por Castilla. Con menos gente, pero buena gẽte toda, le presentò la batalla campo a cãpo. Cada vno de sus soldados, no solo se preuino de sus fuerças, fino que se armò de sus deuociones, que es gran ventaja pelear contrito vn soldado. Assi Fernã Antolinez, Caualiero noble, y no menos

nos valiente, teniendo de costumbre oir Missa antes de entrar en la pelea, fue a oirla a vn Templo aquel dia: y apenas la començaron, quando escuchò en los Reales la señal de acometer. El honor le incitaua a que saliesse, su piedad, y deuocion le detenia, no ir lo juzgaua afrenta, dexarse començado el sacrificio, le parecia poca Christiandad, quedarse lo juzgaua cobardia, salirse, poca deuocion: y en esta lucha tan graue antepuso lo deuoto a lo valiente; antes quiso quebrar con su mismo honor, que cõ su zelo Christiano. Oyò, pues, toda la Missa mientras dauan la batalla: y porq̃ no le afrentassen los que le viessen, que se auia quedado, se fue a su casa a modo de corrido, y escondido en ella, le suplicaua a Dios boluiesse por su honra.

Nunca falta Dios a quien le sabe llamar, y assi honrò a este Cauallero con vn milagro notable (exemplo digno de memoria, de lo que vale la Missa a quien la oye) Fue el caso, que miẽtras Antolinez se estuuo en su deuocion, otro Cauallero semenjante a èl, que era el Angel de su Guarda, peleaua en la batalla tan bizarro, y tan valiente, que qual rayo entre los Moros destrozaua vidas, y en aplausos comunes le atribuyeron todos la vitoria, todo era dezir, que Antolinez se auia lleuado el lauro. Cogieronle estos rumores en su casa, y quando salia a pedir perdon, y dar su disculpa, todo era recibir parabienes, y bendiciones. En las armas, y cauallo le hallaron golpes, y manchas de sangre frescas para testimonio del prodigio. El dixo a vozes el caso, y lo que le auia acontecido, con lo qual el Cõde, y los demas le hizieron dobladas honras, que si por su respeto, y estar tambiẽ ocupado fue vn Angel a ayudarles, quizà sola aquella ayuda les diò toda la vitoria.

Gozoso, pues, desta suerte, se hallaua el noble Conde muy respetado, y bien quisto entre los suyos, quando los amores de vna peregrina belleza (que yendo peregrina le assaltò el afecto) le obligaron a casarse: laço dul-

ce

ce si se acierta, golpe crudo si es errado. Passaua en romeria a Santiago vn Cauallero Francès de alto linage, lleuando en su compañia su muger, y vna hija doncella, llamada Argentina, cuya hermosura, sobre las nobles prendas que la ilustrauan, cabò tanto en la voluntad del Conde, que se casò con ella. Tuuieronlo los padres a gran dicha, viendo lo que interessauan, y fenecidas las bodas boluieron a su Prouincia, Argentina ya Condesa de Castilla, no tan pagada del Conde, como èl lo estaua della, correspõdiò ingrata a su fortuna. A los halagos de el Cõde siempre esquiua, melindrosa a sus fauores, zahareña a su voluntad: mala pinta en muger propia, y poco color de honrada; despegos con el marido siempre amenaçan desdichas.

El Conde, que èmbelesado a la hermosura, juzgaua por amores los melindres, y por gracias los desaires, lo lleuaua bien todo, pagado de su eleccion, que en tomando los hombres bebedizos de veldad, no han menester mas hechizo para estar muy confiados. Seis años tenian ya de matrimonio, quando postrado el Conde en la cama de cierta dolencia, y passando por aquella Corte vn Francès de la patria de Argentina, que acaso de Santiago daua ya la buelta: tomò ocasion la mal hallada señora para hazer vna ruindad, atropellando su honor, y el del marido. Mostrò en fin lo poco que le queria, pues con el tal Francès se passò a Francia. Sintiò el Conde esta afrenta quãto se puede pensar, pues a hombres de menos partes suelen ahogar semejantes sentimientos. Ver amancillada su fama, perdido el credito, desdorada la opinion, manchados sus trofeos, escurecidas sus glorias, q̃ pena nò causaria? Que tormento? Que dolor? Ay pension mas cruel, ni ley mas rigurosa! Que lo que vn hombre no peca, esso le afrente! Que lo que no delinque, esso le vltraje!

Cuidò, pues, de su salud, para ir a curar su honor, que

no

no son desayres para sufridos los de vn marido agraviado. Apenas estuuo conualeciente, quando encargando el gouierno de su Estado a Fernando, y a Egidio, Caualleros principales, y disfraçado lo mejor que pudo, se partiò para Francia, a aquella Ciudad donde moraua Argentina. Informose con recato, y con industria, supo que pertrechada en ellas, no salia jamàs donde la viessen, sino que alli gozaua de sus gustos, bien entretenida, y amada de su galan. Para entrar, pues, este fuerte, se huuo de valer de mucha traza. Tenia Argentina vna Antenada llamada Sancha (aunque otros la llaman Oña, y otros Abba) a la qual por medio de sus terceros le significò el Conde amor, y voluntad de que casaria con ella, si le daua entrada en su casa. Si esta peticion se enderezaua a gozarla solamente, ò a que le diesse puerta para vengarse de la adultera, lo explican mal algunos Historiadores: solo dizen, que la tal Doña Sancha, o Doña Oña, aborrecia mucho a la madrastra, y que lleuada de la oferta del casamiento, o de su gusto, le dió entrada al Conde. Al fin vino a conseguirle, fuesse por vn camino, ò por otro; que no sera Doña Sancha la primera, que por ganar a vn marido venda a vna madrastra. Cogio, pues, el Conde a Argentina, y al adultero en su lecho, y sin turbarse el valor a vista de el agravio, les dio muerte a los dos a puñaladas; que a riesgos tan infelizes, y a venganças tan sangrientas ocasiona vna muger mal mirada en sus obligaciones. Soldò el Conde a ley de Caualiero la quiebra de su honor, a la que tanto amor tuuo, èl mismo quito la vida: la idolatrada hermosura fue destroço de sus manos; que con disfames de honra no se ahorran hermosuras. Despicado de su enojo, y cobrado su honor, cumplio a Doña Sancha la palabra dada, que como no era de mal parecer, sobre pocos años, y al contrario de Argentina, la hallaua muy rendida a su voluntad, y èl era ya deudor de algu-

Mariana, li. 8. c. 9. hasta Doña Oña, ò Sancha, fue la q̃ siendo viuda se enamorò de vn Moro, y queriẽdo matar al Conde su hijo, èl hizo à ella que le biesse la ponzoña. Mira en lo de traicion exẽplos.

nas obligaciones, quiso pagarla de todo con hazerla su muger. Traxola, pues, a Castilla, y en la Ciudad de Burgos se celebraron las bodas con fiestas, y regozijos de todos sus Ciudadanos. En fin aunque estas manchas de honor se lauan siempre mal, no quedò el Conde de los peor librados; peor negociaron otros, ò por mas sufridos, ò por ser mas infelizes.

EXEMPLO II.

Quando no miràran las mugeres principales el desdoro con que amancillan su fama, quando se dan al vicio, deuiera seruirles de freno la memoria de fines desastrados con que acaban ordinariamente las que siguen semejante rumbo. No solo el sucesso que dexamos referido de Argentina, sino de otras señoras mas grandes, y mas calificadas atemorizã exemplos. Estan fea la falta en la muger, que aunque mas timbres la ensalcen, aunque la ciñan mas coronas, puede como la mas humilde temer su precipicio. Poco sirue ser Reyna, si se degenera de lo noble, antes es el disfame mas ruidoso, mas escandaloso el vicio, y por el mismo caso la pena mas exemplar, dennos prueba algunas Reynas.

Iuana Reyna de Napoles, ilustre descendencia de sus claros Reyes, a falta de varon heredò el Cetro, y quando lo bizarro de su animo, lo grande de su denuedo, lo varonil de su brio; pudiera como a otra Reyna de Cartago, Dido valerosa, hazer que la respetàran noble, y la temiessen prudente (que es lastima que mugeres grandes no se estimen como Reynas) ella quiso antes hazerse temer por lo poderosa, que por lo noble. Pocas hermosuras ay a quien no afee la desemboltura, haziendo la que es gracia de naturaleza, escandalo del vicio. Hermosura, gentileza, y estado, todo grande, bien se dexa entender a quantos Principes, y Reyes traerian enamorados

dos, y perdidos; y quizà fueron mas dichosos los reprouados, que algunos de los electos. El que primero ganò la joya nos dara con vn lázo al cuello testimonio. Casòse, pues, con la Reyna el Principe Andres (ò Andreasso, que otros nombran) hermano de Ludouico Rey de Vngria, y deudo muy cerca no de la nouia; y apenas passarõ aquellos primeros gustos, q̃ ocasiona vn nueuo amor, quãdo sospechas dèl, y quemazones della, armaron vna batalla muy penosa, y reñida. La libertad de la Reyna, su señorio, su imperio, hazian menos recatado èl desorden de lo q̃ pudiera tolerarse en los mas sufridos. La demasiada vigilancia del Rey, su mucha curiosidad, su ver lo todo dauã tãbiẽ ocasiõ para parecer culpa qualquier accion no medida. En fin èl desabrido, y zeloso, y ella desatẽta, y libre, hizierõ al talamo de Himeneo, marcial palestra de vna intestina batalla. *Mariana lib. 18. c. 3.*

No ay mas penosa lid que entre marido, y muger quando se lleuan mal. Llegò à tanto el despecho del el Rey Andres, que se vino a resoluer en matar a la Reyna. No faltarian pareceres sobre esta determinacion, que algun nueuo cuydado, nueuo empeño, nueuo amor, era quien punçaua el animo, y atizaua el fuego (bien assi como al Rey Ingles Henrico Octauo, se lo objetò la Reyna Ana Bolena, puesta ya en el cadahalso para ofrecer la cerviz al cuchillo, diziẽdo, que la causa principal de su muerte, era querer el Rey casarse con cierta Dama, como de verdad se casò (si el intento del Rey Andres era semejante, ò zelo solamente de su honra, litiguenlo allà de espacio los Historiadores, que no lo permite aqui nuestra estrechura. Que èl quiso matar a la Reyna, esto fue cierto, y q̃ a ella no se le encubriò, tambien; que furias de vn despechado, vengaças de vn zeloso, por mas q̃ las calle la lengua, las publican, y manifiestan las acciones. Demas, que si èl se lo dexò dezir, aunque fuera el mas amigo, materia seria harta para no encubrirsele a la Reyna. Ella sin de-

xarse cegar de aquel primero movimiento que causa vn grande enojo, sin hazer tampocos desvios de darse por entendida, discurriò con madurez en el apretado lance. Tentò muchos caminos, lo vno para certificarse de aquella intencion del Rey, lo otro para buscar el modo de guardar su vida, que hazer movimiento sobre materia tan vidriosa, podia resultar solo en disensiones ciuiles, quedandose siempre amenazado el riesgo: por esto, pues, mañosa, y sagaz, encargò el caso a su astucia.

Disimulado el encono (que vna muger vengatiua finge bien los disimulos) hecha engañosa Sirena (que vna muger con halagos es lo mismo) fingiò placeres, y regozijos con sus damas en celebrar los años de su marido, vispe ras de S. Andres. A aun dulce hechizo, a vn arrullo amoroso, a vn agasajo de vna beldad, a vn cariño de vna Reyna, que hombre por agrauiado que estè, que zeloso, por mas que sus ofensas se lo riñan, ni que Rey por mas que quiera hazerse soberano, se podrà resistir risco, ni esquinarse roca? Dexòse el Rey engañar de los halagos con que la Reyna Iuana le combidaua al cortejo; que aũque medien pesadumbres, no caben en pechos Reales groserias. Dixo ella que queria colgarle por ser dia de su Santo, y con vn lazo que aliñò la seda, y puliò el oro, echãdosele al cuello don donayre, començò a apretarle tan briosa, que no diò lugar al desdichado Rey de rescatarse èl mismo, ni de llamar quien le valiesse; porque algunas criadas que estauan aduertidas, en vez de ayuda, siruieron de verdugos, y acabaron de matarle. Suceso el mas peregrino que se lee en historias! Caso el mas portẽtoso q̃ de vna muger se ha visto!

Hizo ruido la atrocidad, no solo en Nàpoles, sino en toda Italia. A las mas partes de Europa, que bolò la nueua, las llenò de assombros. Desabrido el Vngaro, quiso tomar las armas para vengar al hermano: pero como la Reyna tenia muchas fuerças (que claro està q̃ para dispo-

ner

nerse al hecho, se preuendria muy bien) y por otra parte tenia muchos Potentados en su ayuda, en especial al Principe de Taranto su pariente, y a quien en segundas nupcias se le ofreciò esposa, resistiò facilmente las assomadas de guerra de todos los agrauiados. Embiudò segunda vez, y tambien tercera del Infante de Mallorca Don Iayme, dando siempre que dezir en vn Estado, y otro. Amancillò grandemente esta Señora con su incontinencia su hermosura mucha, su ingenio grande, su valor heroico. Fue borron con que afeo todas sus hazañas, y mancho el papel en que los Escritores dixeran muchas cosas de sus bizarrias. Todo lo escureciò en ser desatenta al pundonor principal, que ennoblece vna muger.

Quarta vez estaua ya casada con el Duque de Brançuique, Oton por nombre, y siempre sin succesion. No quiso quizà darsela el cielo, porque no quedassen vestigios de sus manchas, ni Principes a quien pudiera la calumnia infamar de espurios. Deseòlo grandemente, que aun quizà este zelo la coligaua mas a sus trauesuras. Lo que no pudo la naturaleza quiso suplieſſe el arte. Adoptò por hijo al Duque de Anjou, gran Potentado de Francia, causa que vino a ser de alteraciones, y guerras, q̃ durarõ largos años. En el Castillo del Ouo, rico Alcaçar de aquella hermosa Ciudad, se hizo el acto de adopcion, con las ceremonias, y solemnidades necessarias, intitulando a Luis (q̃ este era el nombre del Duque) con el honroso titulo de Duque de Calabria, q̃ era el que tenian los Principes herederos de Napoles. No fue solo el deseo de hijo, y heredero, lo que le obligò a la Reyna a esta accion, sino necessidad de socorros para defenderse del Pontifice Romano, que cõ toda su potencia trabajò por destruirla. Fue este el caso.

Corrian los años de mil y trecientos y setenta y ocho, quando por muerte del Papa Gregorio Vndezimo salio electo por Pontifice Bartolomè Butillo, que se llamò

Vrbano Sexto. Objetaron muchos Cardenales, que les auia hecho fuerça en la tal eleccion, por lo qual, no obstante que todos espontaneamente se hallarõ a la Coronacion de Vrbano, se salieron de Roma desabridos, dãdo por achaque a los calores, y juntos en la Ciudad de Fundi, nõbraron por Pontifice a Roberto, Cardenal de Ginebra, con nombre de Clemente Septimo, cuya determinacion ocasionò el cisma, que por tantos años tuuo turbada, y suspensa toda la Christiandad, alegando cada vno de los dos Pontifices ser el verdadero, y promulgando vno contra otro sus censuras. Diuidieronse las Prouincias en dos parcialidades. Italia, Alemania, y Inglaterra seguian a Vrbano. Francia, y Escocia a Clemẽte: España anduuo neutral, aunq̃ despues de grandes juntas de hombres eminentes, cada Rey siguiò su rũbo. El de Castilla a Clemente, y el de Portugal a Vrbano: el de Aragon mas perplexo, al principio a vno, y luego a otro: eran fortissimas las razones, y derechos que tenian las dos partes. Todo olas procelosas, en que la barca de San Pedro andaua naufragante.

Principio del cisma que huuo en la Iglesia.

Como fuesse, pues, assi, que el Papa Vrbano se quexasse grandemente de la Reina Iuana, porque à no ser por el calor que ella diò a los Cardenales, no emprendieran aquel hecho de hazer nueuo Pontifice (que de tan gran ruina, quien sino vna muger libre fuera causadora?) ardia en deseos de tomar enmienda de ella, y castigar sus desembolturas con que tenia escandalizado el Orbe. Hizo pazes para esto con los alborotados, en especial con los Florentines, y Perusinos, para con este seguro poder mas a su saluo hazerla guerra. Llamò assimismo a Carlos Duque de Durazo, ofreciendole la Corona de Napoles, con que se passasse a Italia; que no era poco el derecho que por èl, y por su muger Margarita tenia, pues primos hermanos los dos, eran viznietos de Carlos Segundo, Rey de Napoles. Acetò el Duque el ofrecimiento, y

con todo su poder partió a la empresa, dandole mucha ayuda de costa el Rey de Vngria de gente, y de dineros, por el odio q̃ tenia a la Reyna por auer muerto a su hermano, como ya dixomos. Supo, pues, ella los intẽtos del Põtifice, y las trazas cõ q̃ procuraua derribarla de su imperio, y assi por esta necessidad hizo la adopciõ que queda referida en el Duque de Anjou. Comunicada primero su determinacion con el otro Pontifice Clemente, que la animo a ello, y la ofreciò socorros de toda Francia.

Es cosa muy de notar, que vino a ser esta Reyna el cuydado de los dos Pontifices, blanco de los enojos del vno, y objecto de los socorros del otro. Vrbano miraua solo a destruirla, y Clemente miraua solo a sustentarla. Tiraua cada vno a afirmar su partido, y solo en la Reyna Iuana hallaua el vno embaraço, y el otro defensa. En fin temiendo la el vno, y auiendola menester el otro, era blanco de los dos, y a todos los arrastraua poderosa. Cansose empero la fortuna de verla tan encumbrada en estas dichas, y a pocas buelras dexòla que rodasse al precipicio. Eran ya tan odiosas sus torpezas, que quãdo Vrbano la oluidàra, ellas mismas la echàran a los riesgos. Culpas en cabeças grandes suenan mucho, y al passo que ruidosas, suelen hallar de ordinario los castigos.

Llegado, pues, a Roma el Duque de Durazo con la gente del de Vngria, y con la suya, experimentò del Pontifice Vrbano, muchos fauores, muchas cortesias, muchas honras. Diole titulo de Senador Romano, y sobre èl la inuestidura del Reyno de Napoles. Con el calor que infunde Dignidad, marcho con todo el poder a tomar posseysion de la Corona. Quiso Otton, marido de la Reyna, resistirle, y quedò desbaratado, y prisionero. Passò a delante, y hallò el passo menos dificil que pensaua; que como los naturales estauan afrentados, y corridos de tener cabeça, en quien estragadas las costumbres,

era todo desdoro, lo que auia de ser luzimiento, le abriã al nueuo Rey la puerta de las Ciudades, y villas: la misma Ciudad de Napoles hizo otro tanto, con que ya Carlos a tan poca costa se mirò laureado con el triunfo.

La infeliz Reyna viendo el juego de las cosas, el marido preso, desleales los vassallos, retiròse a Castelnouo, dõde se hizo fuerte, esperando los socorros de su hijo adoptiuo, el Duque de Anjou; pero quando entendio la suerte de vencida se le concierta a vn triste cosa alguna? En rodando la rueda, no ay humano socorro que no se desbarate. Con grueso campo caminaua ya el Duque por la Italia, quando al entrar por la Pulla, Prouincia de Napoles, le assaltò vna enfermedad, que le quitò la vida. Murieron con su muerte todas las esperanças de la Reyna, y pensando quizà obligar con el rendimiento, se entregò al vencedor. No iba Carlos para cortesias, ni para vrbanidades, aunque le embiaua Vrbano, antes por esso si para castigos, y assi le mandò poner luego en prisiones, que a quien yerra no es mucho la pongan hierros. Quedese al discurso el dolor, el sentimiento, la lastima de verse estrechada en vna carcel la Magestad, la grandeza, que no cabia en Europa! No parò aqui la desgracia, sino que a poco tiempo la colgaron de vn lazo en la parte misma que ella colgò a su marido. Exemplo lamentable, y digno de estar en la memoria de quantas mugeres se dan a demasias! Vna pena misma, vn mismo castigo, vn mismo lazo acabò con la crueldad, con la desemboltura, con el poco miramiento. Assi paran, este fin tienen las que se oluidan de sus obligaciones, por mas que su fortuna las aclame poderosas.

EXEMPLO III.

No parece sino que ay delitos que se heredan, ò con los Estados, ò con los nombres, pues dos Reynas que

que se vieron en Napoles señoras absolutas de aquel Cetro, las dos Iuanas, y hermosas las dos, parece que se heredaró vna a otra el poco recato, y la desemboltura; infelizidad de aquella Corona, y que costò hartas riñas, y debates! Auian passado como treinta y quatro años, despues q̃ la Reyna Iuana colgada en su Palacio, perdiò la vida, quãdo el año que se cõtaua de mil y quatrocientos y catorze. muriò Ladislao Rey de Napoles, sin dexar sucession, por cuya causa entrò en aquella Corona vna hermana suya llamada Iuana, viuda ya entonces de Guillen Duque de Austria. Estaua a la sazon de buen estambre para ser apetecida, pues tenia solos treinta años de edad. La dote grande, y la edad no mucha, inquietaron a muchos Principes para casar con ella; en especial el Infante Don Iuan, hijo segundo del Rey Don Fernando de Aragon, dio ya por muy hecho el casamiento; pero no se efectuò, por no ajustarse algunas conueniencias, o por no ajustarse al gusto de la nouia, la qual pagada mucho mas de la gentileza de Iaques de Borbon, Conde de la Marcha, le admitiò por marido, y le hizo dueño de todo, menos de la voluntad, que dexò reseruada para otras galanterias.

Verdaderamente que ay mugeres viciosas, que no contentas con el gusto que les basta, se andan a caça de gustos, estragando la Magestad, la Nobleza, y la honra, Llegò, pues, a rugirse por la Corte, y no muy quedo, que otro Iouen no menos galan que Iaques, por nombre Pandolfo Alopo, tenia con la Reyna mas cabida que la que permitia la honestidad, y el recato de vna muger de sus prendas. El vulgo que a nadie se la perdona, sentia mal de la correspondencia de Pandolfo, y toda la nobleza se daua por ofendida. El Conde Iaques, como a quien tocaua mas aquel agrauio, se hizo al sentimiẽto con mayor dolor. Quiso poner remedio a la desemboltura, y se le pusieron delante montes de inconuenientes, que como la

Rey-

Reyna era la fenera, se hallaua èl con tan poco valimiento para materia de romper en pesadumbres, que se cõsideraua solo como Rey de farsa, Rey en el nõbre, y nada en el poder. Hazer gorda la vista, y disimular flaquezas que no cantan en lo vino, no podia recabarlo con su pundonor; que esto de auer maridos sufridos, no se entiende con todos. Viendo, pues, que en el remedio auia dificultad, y que en lo sufrido no se acomodaua, vsò del remedio q̃ vsan los infelizes, quãdo ni se atreuen a vengarse, ni saben sufrirse, que es la ausencia. Boluiose, pues, a Francia, y dexose a la Reyna; poco bofeton a quiẽ el marido le haze estoruo. No parò en esto el honrado sentimiento del Francès, sino que considerandose afrentado en todas partes (porque aquello de huirse, es como trompeta del valgo, q̃ publica la afrenta por donde quiera que và) tratò de mudar de vida, y buscar para el alma mejores felizidades. Dexò, pues, el Señorio, y renunciò el Estado, desnudose la purpura, y trocada por vn saco de sayal, se entro Fray le Francisco.

Boluamos aora a la Reyna, y verèmos los sobresaltos que la sobreuienen a sus gustos. El Duque de Anjou, Luis por nombre, como quien mediante aquella adopcion que hizo la otra Reyna Iuana en su progenitor, llamado tambien Luis (como ya diximos) pretendia la Corona de aquel Reyno, se puso sobre Napoles con vn grueso campo, reduciendo a los cercados a vna notable apretura. Ayudaua al Duque Mucio Esforcia, Capitan el mas valiente que veneraua aquel siglo, en competencia de Bracio de Monton, el General a quien la Reyna hazia mayor fauor. Obligada, pues, de el riesgo tan amenazado, quiso valerse del Rey Don Alonso de Aragon, Quinto deste nombre, Principe muy esclarecido por sus virtudes, y hazañas, Embio a pedirle que la socorriesse, y que en agradecimiento le haria sucessor del Reyno de Napoles, adoptandole por hijo. Cosa marauillosa, que hasta en el hazer hi-

hijos adoptiuos, y en ser esteriles se pareciessen las dos Reynas Iuanas! Ocasionando con sus adopciones, guerras, debates, y encuentros, que aun hasta oy apenas estan extinguidos, pues Francia, y Roma se estan siempre desabridas.

Agradòle al de Aragon el sabroso combite, y mas por lo que le auia dicho vn Matematico, que auia de suceder en aquella Corona, y assi con toda diligencia quiso gozar de tan buena ocasion, pues sin buscarla se le entraua por las puertas. Despachò desde Cerdeña vna poderosa armada, con que sucedió tambien el lance, que hizieron al de Anjou leuãtar el cerco, y retirarse. Correspondiò la Reyna a Don Alonso con cumplir lo que auia prometido, y en vna junta de Grandes le adoptò por hijo con escritura publica, y q̃ dizen la diò por buena el Põtifice Romano. Como Principe heredero, y Duque de Calabria entrò en Napoles D. Alonso con solemne triunfo, y magestuosa pompa. Hizose lugar en los coraçones de todos los Potentados, y en especial en el pecho de la Reyna, para poder con mas fuerça ostentarse señor; traza muy atenta de quien estrãgero entra a ser Rey de los naturales. Todo fue al principio gozo, y alegria de las dos naciones; vna reconocida al fauor que el Rey don Alonso la auia hecho, librandola del peligro; y otra regozijada de la buena acogida que esperauan hallar en los Napolitanos. Pero como no aya placer a quien no ague la fortuna con sus rebeses, y buel-tas; en breue tiempo corrió tormenta toda aquella bonãça. Comẽçaron a auer sospechas entre la Reyna, y el Rey, ella quexandose de que D. Alonso queria mandarlo todo, tomandose mas mano, y autoridad, que le auia concedido, quitando, y dando los gouiernos, y los cargos a su aluedrio, y D. Alonso sintiendose de verla mudables, y hallarla menos honesta de lo q̃ la Magestad, y grandeza requiere. De aqui se encendieron los enojos, q̃ abortaron pes-

Mariana. 20. c. 11.

sadumbres, guerras, y parcialidades entre Aragoneses, y Angeuinos, no solo en Napoles, sino en las demàs Ciudades, y pueblos, que claro està que siendo dos las cabeças, y encontradas, se auian de hazer los afectos a dosvandos.

Parece ser, que la señora Reyna estaua pigada del Seneschal Iuan Caraciolo, y tanto, que se rugia no solo en Palacio, sino en la Corte, y el Reyno, la no licita correspondencia. D. Alonso aunque a los principios se dió por desentendido, quando considerè la libertad con que aquello se trataua, y aun a sus ojos mismos, reuestido de su virtud, y prudencia, reprehendió a la Reyna muchas vezes. Ella dandose mas por sentida, que por enmendada, dió en llamar al Rey ingrato, y para despicar su pesadumbre, assi, de que se leuantaua con todo el gouierno. Procuraua con esto hazerle malquisto con los naturales, y reparar ella su partido. Vista por el Rey aquella inconstancia, y que en lugar de enmendarse se daua mas a sus gustos con nota, y mengua de todos, tratò de sacarla de alli, y alexarla a Cataluña, q̃ en materia de liuiandad, suele ser medicina diuidir a los amantes. Encubrense empero mal en las casas de las Reyes las ordenes mas secretas. No faltò alli quien quiso con la Reyna ganar gracias, contandole lo que passaua, con q̃ afirmada en sus sospechas, soltò la riẽda al enfado, y en la puerta Copuana se hizo fuerte, bien apercebida, y pertrechada de soldados q̃ seguian su voz con todos los Angeuinos. El Rey se tenia en el principal Palacio que es Castelnouo, con toda su guarnicion de Aragoneses, todo assomadas de vna guerra ciuil, y perniciosa.

El principio de llegar a las manos, naciò desto. Fingiò el Rey que estaua indispuesto, y viniendole a visitar el Seneschal Caraciolo, que era quien en los ojos de la Reyna se hazia el primer lugar, mandò el Rey echarle mano, y prenderle; con la Reyna quisieron hazer lo mismo, acudiendo de tropel todos los de Aragon a la puer-

ta

ta Capuana. Leuãtaron los de adentro el puente leuadizo, que fue como atajarles el passo, y demas a mas començaron de lo alto a flechar dardos, y saetas, con que Don Alonso huyendo de aquel riesgo, se fue apoderando casi de toda la Ciudad, abrasando, y saqueando muchas casas, y ardiendo plaças, y calles en vna confusa guerra. Lo fuerte de aquel sitio le valiò a la Reina el no venir a poder de Don Alonso. Viendose cercada, y en el vltimo aprieto, embiò a llamar al Capitan Esforcia, que estaua cerca de alli, con cuyo socorro, boluiendo a las armas dentro de la Ciudad, se encendiò vna nueua batalla; pero como a don Alonso le llegasse tambien vna famosa armada, tuuo la Reyna por el mejor partido retirarse à Auersa con lucida guarnicion de soldados, y Esforcia por caudillo. En las refriegas, y encuentros se auian cautiuado de ambas partes, y huuo conformidad en trocar los cautiuos, por cuyo medio fue puesto en libertad Caraciolo, que parece que nunca falta la fortuna a los que proceden mal, y que ocasionan motines; à los que viuen atentos, a essos falta.

Lo apesadumbrada, lo sentida, lo enojosa que se hallaria la Reyna, viendose arrojada de su Imperio por el mismo que adoptò por hijo, ello se dà a entender. Caraciolo, y Esforcia, que eran los validos, y los que lo gouernauan todo, la dieron por consejo, que reuocasse la adopcion hecha en Don Alonso, pues era causa bastante la ingratitud, y que en su lugar prohijasse al Duque de Anjou, pretendiente de aquella Corona, por semejante derecho. Con menos consejo tenia harto, quien picada de la viuora procuraua con su ponçoña vengar sus desabrimientos. En la Ciudad de Nola hizo lo vno, y lo otro; reuocò la adopcion hecha en Don Alonso, y prohijò al de Anjou, dandole titulo de Duque de Calabria. Todas estas rebueltas, y mudãças haze vna muger, q̃ viuiendo sin recato, no quiere que se lo riñan. No es dezible lo que oca-

ocasionò esta Reyna de guerras, de sediciones, muertes, escandalos, perdidas, y encuentros, que han durado tantos siglos, que aun oy en muertas cenizas se auiuan llamas à vezes.

Don Alonso, como prudente, no quiso sin rehazerse de fuerças, aguardar al competidor. Passòse a España, con que el de Anjou se entrò casi sin resistencia a gozar del señorio. Gozòlo muy poco, porque la inconstancia de la Reyna, guiada del Senescal, no sufria ver apoderado a nadie de lo que era suyo. Por esta causa dio orden la Reyna al Duque, q̃ se fuesse a Calabria, y que alli no cuidasse mas que de la guerra, sin embaraçarse en cosas del gouierno.

* Reuocò e despues la adopciõ, y boluiò segunda vez à prohijar al Rey D. Alonso. Tal era su inconstancia.

* Como Caraciolo era el valido, parecièle que quedando solo no auia mas Rey, y era assi; porque con la mano q̃ le daua la Reyna, y con la que èl se tomaua, hazia quanto queria; pero con lo que pensò hallar mayor poder, le acarreò su muerte: sabe siẽpre a tirania esto de alçarse cõ todo; grangea odios, y mal quista los animos, y mas quando la priuança se origina de mal fin. Conjuraronse, pues, sus enemigos, dandoles calor a ello la señora Cobella, muger de Antonio Marsano, Duque de Sessa, que al passo que priuaua con la Reina, aborrecia de muerte a Caraciolo. Fingieron, pues, vn dia, y dieronle vn recado, que la Reyna le llamaua; creyòselo luego, y partiendo a Palacio, salieron à èl los conjurados, y le quitaron la vida, y a la Reyna el gusto. Estos son los sucessos que acarrea vn mal trato, y estas las desdichas a que se expone vna muger desatenta. Sus desordenes fueron causa de entrarse Fraile el marido, y alexarse della, y los mismos hizieron que el Priuado pagasse con la vida lo demasiado que anduuo: ella tambien de alli a poco muriò en Napoles, sino ahorcada como la otra Iuana, ahogada, si, de enojo, y pesadumbre por la muerte del Duque de Anjou, que brumado de trabajos de las continuas guerras, falleciò en Cosencia, Ciudad de

Ca-

Calabria. Siruiole, pues, de cordel el sentimiento de auer sido tã ingrata, a quien hizo por ella finezas grandes; que no fue poco sentir la ingratitud, quien contra su mismo honor anduuo tan sin sentido. Mediante, pues, estas muertes de Reyna, Duque, y Priuado, se le abrio camino seguro al Rey Don Alonso para apoderarse de aquella Corona; que lo que es muerte de vnos, suele ser vida de otros.

EXEMPLO IV.

No quiero que los estrangeros me tengan por apassionado, dexandome en silencio, quando tratamos de Iuanas, otra Reyna Iuana de Castilla, cuyos licenciosos brios la hajaron harto el honor; y verdaderamente, si los que escriuian en aquella Era huuieran visto estos tiempos que alcançamos, juzgo no hablaran con tanta libertad, no digo yo contra Reynas, pero ni contra señoras particulares. Si vieran aora hecha gala la desemboltura, donayre el poco recato, licita la bizarria, quizà que pulieran mas entonces qualquiera accion licenciosa, ò vn amoroso descuydo. Reynaua, pues, en Castilla Don Enrique Quarto, a quien, ò su impotencia, dandole el apellido, le ocasionò el desayre, ò su floxedad quizà le hizo impotente. Corrian los años de 1456. quando casò con la Infanta Doña Iuana, hermana del Rey Don Alonso de Portugal, con grandes fiestas se celebraron en Cordoua las bodas, como si el aparato bastàra a hazerlas felizes. Fueron harto desgraciadas por lo descuydado del Rey, y por lo muy galante de la Reyna. Criò el Cielo a esta señora con gracias que la perdieron, gracias humanas, que suelen ser precipicios de la gracia verdadera. Su aliento, su bizarria, su donayre, su belleza, la ocasionaron quiebras de la honestidad, y estragos de la fama: harto dolor de vna hermosura, serle estrago su hermosura.

Des-

Descuidose el Rey por dos partes (que por vna bastaua para quedar quebrado) metiose a enamorado desapoderadamente, y hizo gorda la vista a descuydos de la Reyna. Este fue el mayor descuido, que no porque vn hombre se carece a otra belleza, se ha de oluidar jamás de la vista de marido. Mirar por su casa es lo primero, por mas que el amor le diuierta en otra parte. No lo hizo assi D. Enrique, sino que al passo que se dió a agenos amores, se oluidò de lo demas. La Reyna, que aun con el Rey tenia poco hombre; que sabemos si picada de zelos (que a las hermosas es fuerça que piquen mucho) ò sentida del agrauio, no hizo mala cara a los que quisieron gozar de su conuersacion, como fueron Don Iuan Pacheco, Marques de Villena, y Don Beltran de la Cueua, Mayordomo de la Casa Real, y Duque de Alburqueque. A lo que esto se enteadia, que sabemos? El vulgo, que siempre echa las cosas a lo peor, hablaua mal del caso, en vilipindio, y afrenta de la Magestad Real. Andauan los galanteos con tanto desorden, que dize vn Autor graue, que llego a estar el Palacio diuidido en dos vandos, sobre las competencias que se leuantaron entre la Reyna, y D. Guiomar, vna Dama del Rey harto alentada. Abrasauanse de zelos la vna de la otra, y cada vna tenia sus valedores, y padrinos: a la Dama fauorecia el Arçobispo de Seuilla D. Alonso de Fonseca, y a la Reyna D. Iuana Pacheco. Llegaron a romper en pesadumbres, y a dezirse que mazones afrentosas, siendo lo peor (como dize el Autor citado) el no poner ninguna nada de su casa. Con todo la Reyna castigo lindamente la desemboltura de la criada, cogiendola vn dia a las manos, y mesandola muy bien; cosa que sintio el Rey mucho, mas huuo de tragarlo.

Mariana l. 23 c. 20.

Enmedio destos ruidos poco atentos, y desentrenadas galanterias, pario la Reyna en Madrid vna hija, a quien pusieron por nombre Doña Iuana fue llamada la excelente, porque siendo de mejores miramientos, que

la

la madre, fue mas desgraciada. Iuraronla por Princesa, y heredera de Castilla; pero la mala sonada que tuuo para el vulgo, de que no era hija del Rey, sino de don Beltran de la Cueua, por cuyo respeto la apellidauan la Beltraneja (titulo bien desigual de lo excelente) le contrasto de tal suerte la Corona, que despues de riñas, y batallas muchas, se la lleuò como por mejor derecho su tia D. Isabel (como dexamos tocado en otra parte.) * Es vno de los casos mas raros que se hallan en las historias, dar por hija de otro padre à quien nacio cõstante el matrimonio. Hasta aqui pudo llegar el desdoro de vna Reyna, a que perdiesse su sucesion el titulo hereditario, y pagasse su culpa la inocencia. Pero fue gran dicha de Castilla, de q̃ en el arbol ilustre de sus Reyes, no se ingiriesse rama sospechosa

* *En el titulo de mugeres valerosas.*

Grandes fueron los desacatos, y descortesias que padeciò Don Enrique de sus vassallos mismos, solo por las desembolturas de la Reyna, por sufrirlas, y disimularlas. Cada dia conjurados los señores, querian despojarle de la dignidad Real, y nombrar vn sucessor, como al fin lo hizieron, con harta deslealtad del nombre Castellano. Vna carta le escriuieron desde Burgos, que lo menos que iba en ella, era dezirle, que la Princesa doña Iuana no era su hija, sino auida de adulterio, y que por tanto no auia de ser jurada por heredera. Leyola el Rey, y se alterò tan poco, como quando al Emperador Claudio le hazian notorias las torpezas de Messalina. Don Lope Barrientos, Obispo de Cuenca, gran sugeto, como sus obras publican, que se hallò presente, quando como Prelado auia de templar al Rey del torbellino de iras, que requeria el caso, viendole tan templado y tan pacifico, huuo de hazerle instancias a que castigasse con las armas aquellos atreuimientos, mas todo era machacar en hierro frio; no le mouian à enojos los desaires.

La buena condicion del Rey, con que auia de obligar

mas a los Nobles, que le tuuiessen el deuido respeto, essa misma les calçaua alas para desmandarse, y ensoberuecerse. Llegò a tanto el desacato, que en publica junta le priuaron del Reyno, y alçaron por Rey al Infante D. Alõso su hermano. El caso del modo que passò no quisiera referirlo, por lo abominable, y feo, por lo desleal, y desacatado, sino mirara que puede seruir de exemplo a muchos Principes, lo vno para enseñarse a gouernar, y temer alteraciones de vn pueblo; y lo otro para aprender a sufridos en tragedias lastimosas. Passò pues, desta manera.

Auianse juntado por orden del Arçobispo de Toledo, en la Ciudad de Auila, todos los alborotados, cuyas principales cabeças eran el Maestre de Calatraua Don Pedro Giron, Don Iuan Pacheco, Marques de Villena, y el Almirante; y auiendo leuantado vn cadahalso allà extra muros, subieron sobre èl la estatua del Rey D. Enrique, adornada de sus Reales vestiduras, y de las demas insignias de Rey, Trono, Cetro, y Corona. Acudiò a la nouedad la muchedumbre del pueblo, y todos los señores en puestos señalados. Iunto ya el concurso, a voz de pregonero publicaron la sentencia pronunciada contra el Rey, refiriendo, y haziendo notorios mil casos abominables, y maldades muchas, que le imputauan auer cometido. No sè yo para que hazè exclamaciones como de cosa inaudita, de la sentencia, y muerte que el Parlamento de Inglaterra le diò a su Rey estos años, si la misma lealtad (que son los de Castilla) casi hizieron otro tanto en la apariencia, no contra vn Rey Herege, qual fue el Inglès, sino contra vn Rey Christiano, y bueno, como Don Enrique. Los que se espantan de aquello, sin duda que ignoran esto. A ciertos passos del pregon iban desnudando la estatua de las Reales insignias; vna vez le quitauan la Corona, otra el Cetro, otra la Purpura, y por remate quitandole del Trono, y diziendole mil baldones, le echaron del tablado

aba-

abaxo, Miercoles cinco de Iunio de 1465. Subieron luego en el miſmo cadahalſo al Infante Don Alonſo, que a todo eſtuuo preſente, y leuantãdole en ombros de los Nobles, y alçando por èl los eſtandartes, le pregonaron por Rey, diziendo, ſegun coſtumbre: Caſtilla, Caſtilla por el Rey Don Alonſo.

Mas que aora lo de Inglaterra atemorizò entonces aquella maldad. Diuidioſe en pareceres el vulgo, y aunque algunos alabauan la accion, los mas la reprehendieron. Muchos de los ſeñores que fueron complices ſe moſtraron laſtimados, y mudaron parecer; que eſto tiene lo mal hecho, que a los meſmos que lo emprenden ſuele parecerles mal. Sintiò el Rey eſte reuès como Catolico Principe, laſtimado ſi, y paciente, no furioſo, è iracundo, qual otro ſe moſtrara. Sangre por tinta auia de gaſtar la pluma, quando eſcriue compaſsiones ſemejantes! Como ſi despertara de vn profundo ſueño aduirtiò el Rey ſus deſcuydos a viſta de ſus males, y en vez de tomar las armas para la vengança, o para la ofenſa, acudio primero a Dios, y qual otro Dauid, quando a deſacatos de vn hijo ſaliò huyendo de ſu Corte, las rodillas por el ſuelo, y bañado en llanto le hablò de aqueſta ſuerte: Señor mio Ieſu Chriſto, Hijo de Dios vivo, y Rey vniuerſal, por quien Reynan los Reyes, y ſe mantienen los Imperios, con la humildad que veis que os ſacrifico, y no con jactancia, ni ſoberuia alguna, os ſuplico me ayudeis en ſemejantes trabajos. Vueſtro fauor imploro, para que mi Eſtado, y vida no perezcan. Eſte caſtigo (que confieſſo menor que mis maldades) os ruego con todas anſias me ſea meritorio. Dadme conſtancia, y valor para ſufrirle, y no permitais que de eſte amenaçado torbellino le venga por mi cauſa daño al pueblo. Padezcalo yo ſolo, pues, ſon las culpas mias.

Aſsi ſe laſtimana con Dios eſte buen Rey, infeliz, y

desgraciado por la compañia que le acarreò su suerte, que como la buena muger es corona del marido, assi la que es desatenta le quita a su marido la corona. No solo desdorò doña Iuana la del Rey don Enrique, sino que fue causa de que se la quitassen tantas vezes. Hasta los mismos socorros que le embiaua Dios al Rey, por implorarle contrito, parece que la Reyna, como que los desluzia, y desbarataua. El Pontifice Romano Paulo Segundo, que era entonces, embiò vn Nuncio a Castilla, a que reduxesse a los Grãdes al deuer, ò que los descomulgasse. Hizose assi: ellos acudieron por medio de Embaxadores a Roma; no quiso oirlos el Papa, sin hazer primero juramento, que no daria titulo de Rey al Infante Don Alonso. Iuraronlo como se les pedia, y luego en publico Consistorio los reprehendiò asperamente, y profetizò muerte temprana al Infante, por auer admitido la Corona agena en mengua, y desacato, del verdadero Rey, y hermano suyo. Cumpliòse la profecia, porque aquel mesmo año a cinco del mes de Iulio, le assaltò vna dolencia tan graue, q̃ en breue le quitò la vida. Quando por estos medios, parece q̃ mejorana el cielo el partido de don Enrique, y los alborotados se reduzian a su gracia. En lugar de estar la Reyna llorando tantas desventuras como auia ocasionado su poca atencion, se entretenia en el Castillo de Alaejos (donde estaua como en rehenes de ciertos tratos) en admitir, y pagar vna nueua correspondencia de cierto mancebo, de que escapò preñada, con que echò el sello a todas las afrentas, y dio lugar a que el poco credito que se tenia della se hiziesse verdadero. Todo mengua para el Rey, todo desdicha para la pretensa Princesa, todo infamia para todos.

Casi a vida particular reduxeron a don Enrique estos trabajos. Como fuera de si andaua de vnas partes en otras desamparado de todos, y acõpañado solamente de algunos diez de acauallo. Entrose por las puertas del Con-

de

de de Plasencia, como a ponerse en sus manos, y hazer prueba de su lealtad. Anduuo el Conde galante en festejarle, y seruirle, teniendole regalado quatro meses, hasta que se mejoraron las cosas. Toledo, y Burgos, y a su imitacion otras Ciudades, y pueblos, boluieron a su obediẽcia: los mas de los Grandes se reduxeron a su seruicio: pero toda esta bonança se aguaua con la poca cordura, y mucho desorden de la Reyna, que cada dia daua que dezir al vulgo. Huyòse del Castillo de Alaejos para Buitrago, adonde estaua su hija, y en el tiempo que estuuo alli restada, sacò dos niños a luz, don Fernando, y don Apostol, que se criaron en Santo Domingo el Real de Toledo. Ella misma, que recogida al deuer, y ajustada a su obligacion, auia de hazer la causa de su hija la Princesa, fue quiẽ con añadir yerros a culpas, y verdades a sospechas, hizo mejor el derecho de su cuñada la Infanta Doña Isabel, pues su poco recato, y no enmendarse, la vino a dar la Corona. Sacò Dios al Rey de afan tan penoso, y lleuole a descansar de males tan insufribles. Muriò en Madrid como buen Christiano, auiendo con mucha deuocion recibido todos los Santos Sacramentos. Luego al año siguiente falleciò tambien la Reyna en la misma Villa: el achaque, si hemos de creer a algunos, fue tan poco honesto, como su vida, pues dizen, que fue de parto: otros, que la ayudaron con yervas por orden del Rey de Portugal su hermano. De qualquier modo que fuesse, dexò bien desdorada su fama, y amancillado su honor. Estuuo su sepulcro en San Francisco, junto al Altar mayor de aquella Iglesia, con su letrero, porque no faltasse memoria, ojala para escarmiẽto de quantas se precian de nobles, y se coronan ilustres. Trasladaronla de alli, y borraron su epitafio.

TITVLO III.

Del poder de la aficion, y de lo mucho que vence.

EXEMPLO I.

CAmpo muy espacioso nos ofrecia el titulo siguiente, para llenar de exemplos muchos libros; pues son pocas las historias, donde el amor no sea el dueño de todo. El arrastra los afectos, cautiua las voluntades; èl mueue las dissensiones, èl origina las guerras, y èl tambien quita las armas de las manos a los mas valientes, y reduce a pazes las mas enconadas lides. No no iba desca minado el otro Sabio, quando atribuyò a la muger la mayor valèria; porque lo que no recabare del hombre mas indignado el halago de vna hermosura, y el ruego de vna discreta, no podrà alcançarlo todo el humano poder. Lo que vna muger no venciere, no lo ha de vencer vn mundo. Que Campion mas valiente, que Pompeyo, pues èl solo se hizo el mayor lugar en Cides Españoles? Y apenas enamorado de Iulia, se haze à sus halagos, se cautiuà a su belleza, quãdo aunque por el credito Romano bueluê a hazerle Pretor, reusa bolver a Españ, y embia allà sus Tenientes, estimando en mas perder aquella honra, que hazerle a Iulia vn disgusto. Enseñorease del Orbe Cesar Otauiano, vence a sus cõpetidores, alçase con el Imperio, y dexase vencer de los amores de Liuia, y a sus ruegos nõbra por successor a Tiberio su entenado, y a Germanico su hijo le quita el mejor derecho. Gouierna Claudio al mũdo, y no acierta a gouernar descuidos, y liuandades de su muger Messalina. Tanto se dexa hechizar de la belleza, que los decretos de muerte q contra ella pronũcia, assi como vè la cara los anula, y los escuoca. Coronã à Aurelio sus hazañas por Augusto, y en-

ten-

vernecido al encanto de Faustina, las desdora por sufrido. Gana a Toledo el Sexto Rey D. Alôso, hazese terror, y miedo a toda la Morisma, y las caricias de Zaida (y a Maria) le fuerçã a llamar al Africano, para ayuda de su suegro Benabet Rey de Sevilla, con que acarrea nuevos enemigos para Espaũa, y para sí nuevos riesgos. A este modo otros infinitos Emperadores, y Reyes se dexaron vẽcer de la hermosura, postrando los timbres de vencedores a los pies de sus mugeres, y assi no ay que marauillar, que nuestro Dauid, q̃ vencia a los leones, y no temia Gigãtes, se confiesse vencido de vna belleza, preso de vna discrecion, cautivo de vna muger, y aunque ella es particular, y èl está vngido por Rey, casado con vna Infanta, y en vísperas del Cetro, no es milagro que iguale a su grandeza, a quien a imperios de amor le tiene postrado, ni es mucho que haga esposo a quien le supo echar grillos. Busquemos símiles, y exemplos semejantes que disculpen a Dauid, y que consuelen a otros. Sea el primero.

Reynando en Portugal D. Alonso el Quarto, a quiẽ sus muchas hazañas dieron renõbre de Brauo, quando su hijo el Infante D. Pedro, a quien llamaron Cruel, descollando con la edad florida, daua muestras de muy grãde. Y como vna juuentud, y mas la q̃ se cria en lozanias, esta dispuesta siẽpre a riesgos de mocedades; su padre, q̃ era en todo muy atento (como quiẽ mamò la leche de Santa Isabel su madre) tratò al punto de ponerle en estado, y darle cõpañia cõ quien no deseasse torpes gustos, q̃ si Adan con no tener estos peligros, le pareciò a Dios q̃ no estaua bien solo, menos estar a vn Principe, a quiẽ por recatado q̃ viua, es fuerça que le diuiertan hermosuras. Para engolosinarle mas, y tenerle mas a raya, le buscò muger hermosa; q̃ suele ser a vezes disculpa en vn Principe qualquier desmã, tener por lado perpetuo vna mala cara. Campaua en Castilla la Infanta D. Constança, hija de D. Iuan Manuel, nieto èl, y

ella bisnieta del Rey D. Fernãdo el Santo, con la qual, por medio de Embaxadores, cõcertò su casamiẽto. Costò muchos debates, para q̃ el Rey de Castilla D. Alõso el Onzeno, yerno del de Portugal, y primo de la nouia, la dexasse salir de sus tierras; todo zelos, y embidia de q̃no gozasse su cuñado prẽda ò el auia apetecido, y deseado casar cõ ella. Son pocos los cuñados, que se desean bien vnos a otros.

Venciòse, pues, el estoruo, y fue llenada doña Constança a Portugal, donde con aparatos, y fiestas se celebraron las bodas. No ha de negarse que ay bellezas desgraciadas: pues quando la de doña Constança ruia tenido suspenso al Rey de Castilla, tanto que a no estàr casado con muger harto hermosa, qual era doña Maria, hija del Rey Portuguès, la pusieron su Corona, hallò en el Infante menos acogida de la que ella imaginaua; que poco importa estimar, y querer vn Principe a su muger, como a su muger, sino la quiere, y estima en mas que otros amores, que esto vendrà a ser querer, y lo otro es obligacion. Quisò el Infante Don Pedro a Doña Constança con obligaciones de marido, no con caricias de amãte. Fue la causa ladearse a otra hermosura, dexarse cautiuar della, y rẽdirse enamorado. Aprouecharon poco las preuenciones de su padre, para que dexasse la voluntad de hazer su gusto, no le tuuo malo el Infante (aũque perdone la beldad de su muger) porque Doña Inès de Castro, que fue su empleo, fue vn milagro de hermosura en aquel siglo. Era esta señora Dama de la misma Infanta, y por Dama vino a ser mas q̃ señora, porque su rara belleza, su gallardia, su donosidad, su mucha discrecion, embelesaron de tal manera al Infante, que la hizo dueño absoluto de su albedrio. No fue Cleopatra mas amada de su Antonio, que lo fue Inès de D. Pedro; y si en los estremos se prueba la voluntad, y en la muerte se confirma; no entiendo han llegado ningunos amantes vnos, ni mas grandes que los dela Principe, si

haa

ha auido alguna Magestad, que pueda dezirse, que real, y verdaderamente la arraſtrò el amor, fue ſola la deſte Rey; èl meſmo ha de deſempeñarme.

Dexo al curioſo diſcurſo las deſazones, los zelos, los diſgustos, que entre la Infanta, y Doña Inès paſſariã en aquel tiempo, riñas, aunque de caſa, mas crueles, y ſangrientas porque batalla de zelos, y entre perſonas tan deſiguales, como vna Reyna con vna criada ſuya; mientras mas de las puertas adentro, mas penoſa. Los ſentimientos del Rey contra ſu hijo, las acedias, las reprehenſiones, no ay que ponderarlo. La penalidad del Infante en auer de acudir a todo, hecho blanco de todas las peſadumbres, ſatiſfaciones al Rey, cumplimientos à la Infanta, laſtimas a doña Inès, aqui amores, alli eſcuſas; aqui finezas, alli engaños, es indezible: pero con todo, quien de todos lo lleuaua mejor, era quien lo lleuaua todo, don Pedro como enamorado, a la golofina del amor ſuauizaua los peſares, que aunque el amor es niño, tiene fuerças de Gigante, quando quiere, y lleua como por gala, carga que bruma a otros.

Caſi con igual grandeza que a ſu muger, trataua el Infante a Doña Inès de Caſtro; haſta en los actos publicos la honrò ſiempre en quanto pudo; pues al primer hijo que le pariò Conſtança, por nombre don Luis (que muriò niño) quiſo que la hermoſa Inès fueſſe la madrina, ſacandole de pila, procurando, quizà, con eſta accion emparentar con ella, ya que por eſtàr caſado no la podia dar mas; porque ſegun la amaua, y la queria, todo puede preſumirſe. Si ya no fueſſe querer desluzir con eſto aquella nota del vulgo; que no es coſa nueua echar capa de religion a las maldades. Tuuo en fin en doña Conſtança otros dos hijos, don Fernando, que ſucediò en la Corona, y doña Maria, con que quiſo Dios ſacarla de trabajos, y traſladarla a ſu Reyno.

Muerta, pues, Doña Conſtança, el año que ſe contò

ua de 1345. quedò todo el campo por Doña Inès, pues ya sin aquel agraz de enojos podia gozar los frutos, que no se descuidò en darlos de bendicion (si assi pueden dezirse) pues mediante su amistad tuuo quatro hijos, Don Alõso, que murio pequeño, Don Iuan, Don Dionis, y D. Beatriz, Principes que fueron desgraciados; y no ay que hazer juizio, si seria por lo de concebidos en desgracia, que a ser assi, menos feliz auia de ser el Maestre de Auis, hijo bastardo del mismo Infante D. Pedro, y vemos, q̃ su fortuna le hizo el mas dichoso, pues por morir D. Fernando sin dexar hijo varon, se alçò con la Corona, que de derecho se le deuia a Doña Beatriz, muger del Rey D. Iuan el Primero de Castilla; pero boluamos a nuestra historia.

No sintiò mucho el Infante D. Pedro la muerte de su muger, porque al lado de la amiga hallaua todos sus gustos. La discrecion de Doña Inès, y su donaire, eran para sazonar el coraçon mas triste, quanto, y mas al que estaua enamorado. Ya como libres de embaraços, pensauan con liberrad gozar de sus amores, sin aduertir, que a la mayor bonãça, le amenaza de ordinario otra mayor tempestad. Muchos enamorados piensan que son estoruos los que quizà siruen de hazerles espaldas: lo que les es capa para disimular, y encubrir su demasia, la aborrecen como registro, y tropezon de sus descuidos. Esto mismo aconteciò a estos tiernos amantes. Tenian a la Reyna como por mal encuentro, recatauanse della, huianla, temiãla, guardauanla la buelta y mirando todo esto como penalidad, no reparauan que esto mismo les hazia sombra para dexarles muchos ratos a su gusto. Breue lo experimentaron, porque como faltò la causa de auer en Palacio a quien Doña Inès sirue sse, fue forçoso el ausentarla a ella de Palacio; y si acaso ya lo estaua, la embiarian mas lexos, porque era mucha la nota, mucho el escandalo, y mucha la emulacion. Si alguna hermosura se ha visto

con

con enemigos fue la desta señora, y aunque sabe nos, quizà si, por ser fina, y constante; que tambien ay quien se atreua a las damas de los Reyes, y no todas sabẽ resistir: que ay algunas muy tiernas de coraçon. Traslado a Doña Catalina de Sandoual, Dama del Rey D. Enrique, que admitiò juntamente el galanteo de Alonso de Cordoua pero a èl le costo la cabeça, y a ella la libertad: a èl le degollaron en Medina del Campo, y a ella la entraron Monja en S. Pedro de Dueñas. No ay que tocar a ropa de los Reyes. *Mariana. lib. 23. c 20*

No fue assi la bizarra Doña Inès, que ya que su fortuna la conduxo a aquel estado, fue muy honrada, y noble, en quanto en tal estado se permite. Era auisada, y discreta, y supo con prudencia vsar de la hermosura, la gala, la bizarria, el donaire, y el halago solo era para su dueño. Que sabemos, pues, si algunos de los Grandes, mas emulos que zelosos, inquietauan al viejo Rey, para que extinguiesse aquella amorosa llamà? A lo menos del afecto se colige, como despues veremos. Era el Rey D. Alonso tan atento, tan mirado, tan pundonoroso (digamoslo assi) q̃ en materia de liuiandades, se enojaua malamente. Fue qual otro Alonso el Casto, que aunque caso, y tuuo hijos, no se le cree dèl que los tuuiesse fuera de su matrimonio * (que es cosa particular) y assi ver al Infante tan diuertido, tan enagenado de si, y tan notado del vulgo, le llegaua al alma: Vnas vezes lo reñia, otras lo dissimulaua, y de vna manera, y otra facaua poco fruto. Quisiera mucho el viejo boluerle a casar, por si le podia rẽducir de aquella enagenacion; mas no estaua ya el amor del Infante para estas burlas. Casarle alli, para apartarle de aqui, fuera ser traza para curar amores nouicios, mas no para amores q̃ han profestado ya amistad perpetua. El mejor acierto era casarlos a los dos, por mas q̃ contradixera la desigualdad; y hazer esta cosa en casos semejãtes es de sabio. Quisiera tener el

* *Mar. Faria en el compẽdio de las historias Portuguesas, p 3. c 8. nu. 19.*

In-

Infante don Pedro mas Coronas que desabrocha flores vna Primauera, para honrar con ellas a su querida Inès, miren como admitiera otras esposas, que le aprisionaran su voluntad, y su gusto?

Bien quisiera el Infante a juego abierto casarse con doña Inès (que bien se lo deuia, quando quatro hermosos hijos la llamauan madre) pero el paternal respeto, y en Magestad tan grande, le acobardaua el deseo. Adiuinaua las pesadumbres, los alborotos, las sediciones de todo vn Reyno, y en especial el enojo q̃ su padre auia de recibir. Como cuerdo, y como noble, no queria desabrir aquella cansada edad, ni acortarle con disgustos los dias de la vida: esto por vna parte. Por otra le atizaua la conciencia, el escrupulo, el cargo, la obligacion de estarse amancebado: dexar, pues, a doña Inès, era imposible casarse, motin al pueblo; no casarse, guerra al alma. Por lo qual, para cũplir con todo en hazer su gusto, y no desabrir a nadie, se casò con doña Inès secretamente. Recibiòla por muger delante de testigos, y entregòla con la mano todo el imperio de su voluntad.

Rugiose el caso por mas secreto que fue, y aunque algunos no lo podian creer, otros sin importarles nada lo afirmauan como de vista. Testigos aduladores, q̃ aun para dezir pesares no se escusauã. Inquietauã al Rey cõ estos chismes, ponderãdole hasta el cielo aquella afrenta, su descredito, y deshonra. El Rey, q̃ cõ menos tenia harto, ardia en iras, y centelleaua enojos, deseãdo hallar modo, ò camino de limpiar aquella mancha, Nada le pareciò remedio, sino matar aquella belleza, que ocasionaua el desaire. Barbara sentencia en vn Rey Christiano! Que culpa tenia vna inocẽte hermosura de lo q̃ hazia el Infante por quererla? Que delito en admitir por esposo a quien le estaua a cargo de su hõra, y a quiẽ ella entregò el alma? Atizauã el fuego los malos consejeros de q̃ aquello conuenia para la quietud,

y sos-

y sossiego vniuersal, y que de otra manera seria tener al Infante hechizado con su amor, con mengua de la Corona. Con esto sin mas atender a inconuenientes, ni reparar en nada, se resoluiò, y dio licencia de que le quitassen la vida a D. Ines de Castro. Pues siendo ya nuera suya, y teniendo nietos della? Pues por esso, que no a ser assi, quizà no la matàra; porque quien sino vn suegro executàra tal crueldad en tal belleza? Ay suegros, q̃ son padrastros. Tal lo fue D. Alonso para D. Ines, amancillando con esta accion todas sus glorias, toda su rectitud, su buen gouierno, su justicia, su prudencia, sus hazañas, sus proezas, y vitorias, y quanta gloria ganò en la batalla memorable del Salado, donde àssistiò en persona al lado de su sobrino, y yerno el de Castilla, todo lo desdorò, y todo lo amancillò con hazer dar muerte a vna inocente hermosura.

En la Ciudad de Coimbra estaua bien descuidada la bella D. Ines, si ya no fuesse, q̃ anuncios del fracaso la huuiessen preuenido; q̃ en coraçones leales nunca faltan sobresaltos, y inquietudes, q̃ auisan de las desdichas. Estaua la hermosa Reyna (pintemosla como estaria) qual la galante azucena, que en el quadro de vn jardin preside a las demas flores. Tres hermosos hijos, rosas de su mismo ser, que vna pendiente del cuello, y las dos en el regazo, la atendian mas hermosa; estos estauan con ella de ordinario, que como eran pedazos del dueño idolatrado, las ausencias suyas no las passaua vn instante menos que con sus pedazos. Estaua, pues, aquel dia, tan infeliz para ella, como desgraciado casi a todo Portugal, mas, sobresaltada, mas inquieta, y mas ansiosa por su querido Don Pedro (que despues que se le hizo marido, le amaua, y queria mas, sin genero de comparacion.) Solia èl visitarla a sus dias, y a sus horas: mas como entonces le esperaua ausente, contaua las horas, y los dias a razon de siglos. Retirada allà en su quarto, todo era soledad, todo si-

len-

lencio, todo clausura, mientras no venia don Pedro a alegrar la casa. O si las casadas todas se recatarã assi, y en ausencias del marido se negàran a visitas! A semejante sazõ oyò abrir, y cerrar puertas de los quartos anteriores, y como nunca el Infante la entraua con alborotos, se sobresaltò al ruido. Fuesse a leuantar para mirar la causa, conduciendola el gran susto, ya amortiguado clauel, ya desmayada azucena, y hallose rodeada de Pedro Coello, Diego Lopez, y Alvaro Gonçalez, personages todos tres, que ella conocia.

Nueua pluma, y nueua tinta, y escritor de mas valor era menester aora, si ha de pintarse este caso (aũque sea a sangre fria) con el dolor que passò. El entendido podrà cõ su discurso suplirme lo que no acertare. Con los azeros desnudos, amagados todos tres a la belleza, hizieron noticiosa a D. Ines de la sentencia que iban a executar. Titubeò el valor a vista de la muerte, y desquadernado el brio, despulsadas las acciones, a medio llorar los ojos, casi muertas las palabras, se hizo toda al ruego, toda al desenojo, toda a la suplica, procurando con cariños, con ruegos, y con lagrimas, reduzir a ternura aquellos hombres de marmol. Con las manos reparaua los puñales (poca nieue a tanto ardor, flaco escudo a tanta furia) cõ los ruegos entretenia los golpes (copo aliuio en tanto riesgo) con las lagrimas humedecia las manos (poca agua a tanto mar) pero razon, ni respeto aprouecharon nada, lagrimas, y ruegos fueron todo en valde. A heridas, pues, de crueles, a puñales mal atentos, cayò muerta la mayor belleza q̃ venerò Portugal; por arroyos de carmin saliò anegada vna vida, q̃ fue alma de vn Rey. Qual desquadernada flor, q̃ a groserias de vn cierço pierde su hermosura, quedò D. Ines de Castro flor deshecha a injurias de la muerte.

Tan enlazadas, y vnidas con aliños del afecto estauan las almas del Infante, y Doña Ines, que al tiempo que en el

el pecho della se dauan las heridas, en el coraçon dèl re-
surtian los golpes. No pienso que fuera menester que le
llegàra el auiso, quando ya en si mismo miraua la trage-
dia. Supolo en fin del vno, y otro modo, y los estrems del
dolor fueron tales, que prouocò a lastima los animos mas
duros. Ver vna muger hermosa, y ya propia muger, pren-
da idolatrada, y madre de sus hijos, rebolcada entre su
sangre, aleuosamente muerta, que penas no causaria, que
ahogos, que sufrimientos? Aun vn marido de bronce se hi-
ziera a la compassion, quanto y mas hombre con alma, ma-
rido enamorado, sino amante. Los dolores de aquellas he-
ridas, siempre en su pecho calientes, si ya frias en el cada-
uer de Ines, le solicitauan para vna vengança, correspon-
diente a lo inmenso de su amor: mas no podia igualar la
execucion al deseo, porque quisiera el Infante, que para
satisfacer aquella hermosa vida que quitaron, huuiera mu
chas vidas en que poder vengarse, y despicar su dolor.

Auiendo, pues, sabido, que fue su padre complice en
aquella maldad, començò a darle pesadumbres, y disgus-
tos con tanto rencor, y encono, que quitada la mascara a
la modestia, llegaron a tomar las armas. Entre padre, y hi-
jo se encendiò vna cruda guerra, los plebeyos, y los No-
bles se hizieron a dos vandos: como leales le seguiã, vnos
al Rey; otros como compassiuos seguian al Infante, cada
qual hallaua razon bastante para su designio. Las mas de
las Prouincias ardian en sangre, y fuego, todo muertes,
todo robos, todo estragos. Vna ira de vn marido lastima-
do, y que en la escuela de amor supo lo que era querer,
que mucho que haga locuras; y solicite venganças con-
tra quien mato su amor, y le quitò su gusto; y le amanci-
llò su vida? Porque no le dexa el Rey castigar los mata-
dores, y castiga quizà la inobediencia? Pero puede ser que
no fuessen estos casos sino juyzios del Cielo, que por los
mismos fines quiso enseñar al Rey Don Alonso a sen-

tir

tir las pesadumbres q̃ auia dado a su padre quando moço. No se dixo cõ poco fundamẽto aquel proverbio Español: *Hijo fuiste, y padre serás, qual hizieres, tal avrás.* Que si vn hijo pierde a su padre el respeto, y le causa aquella pena, quando se vea padre, permitirà el Cielo, q̃ el hijo q̃ tuviere vengue en èl los disgustos del abuelo. Dioselos muy grandes D. Alonso a su padre D. Dionis, pues tal vez fue necessario, que su madre la Reyna Santa Isabel saliesse a la campaña, a ponerlos en paz; y assi parece, que aora es el Infante su hijo vengador de aquel agravio. Quando viere vn padre a vn hijo desobediente, que saca contra èl las armas, que le vltraja, y que le afrẽta, buelva la cabeça atras, y recorra su memoria, si èl con su padre hizo otro tanto, y si està cargado en ello, no ay porque culpe al hijo que se le atreue, que es instrumento de Dios que le castiga.

Hasta que murio el Rey Don Alonso no cessaron los debates, y las lides. Con su muerte, sucedio el Infante en la Corona, y al tanto en mayor deseo de auer a las manos los matadores de su esposa, los quales temerosos de sus iras, y faltos de asilo del difunto, se huyeron de Portugal, y procuraron valerse del Rey Don Pedro de Castilla, que con renombre tambien de Cruel, ò Iusticiero, se hallaua a aquella sazon no menos embelesado en la belleza de Doña Maria de Padilla, que estuvo nuestro Don Pedro en la de su hermosa Ines. Sabiendo, pues, què se amparauan del Castellano, negociò con èl por ordenes secretas se los remitiesse presos, en recambio de otros tantos fugitiuos de Castilla, que èl se obligaua a embiarle. Por medio deste concierto, huuo en su poder a Pedro Coello, y Alvaro Gonçalez. Diego Lopez fue mas dichoso, que en fin como personage de mas cuenta, no falto quien le auisò del caso, y assi passandose a la parte de Don Enrique, se librò de la celada, y saluò la vida. En los dos vengò Don Pedro su saña con vn castigo horren-

do

do, pues estãdo viuos les hizo sacar los coraçones, al vno por los pechos, y al otro por las espaldas, y despues mãdò quemarlos. No me admira que pareciesse cruel con los que lo fueron tanto en matar vna hermosura.

Manuel Faria vbi sup. cap. 9. n. 4.

En lo que se conociò mas la fineza deste Rey, fue en la lealtad que le guardò siempre a la difunta, pues jamàs boluiò a casarse. Viudo sucediò en la Corona a los treinta y siete años de su edad, y viudo se estuuo siempre en diez años que la obtuuo. Fue estremo notable de fineza arrastrar siempre luto por la que tuuo en su alma tanta parte, gouernando el Reyno con tanta rectitud, q̃ ni los recuerdos de D. Ines le oluidaron de su obligacion, ni los Portugueses vieron mejores diez años en materia de justicia.

A poco tiempo de tomado el Cetro, hizo labrar en Alcobaça dos sepulcros de marmol blanco, muy ricos y costosos, vno para si, y otro para Doña Ines, a donde mandò escultpirla muy a lo natural, coronada como Reyna. Su cuerpo mandò trasladarle alli desde Coimbra, con el mayor acõpañamiento, y aparato que se halla escrito en historias, y afiançò esto en el credito que doy a vn docto, que lo escriue, pues diez y siete leguas que ay de Coimbra a Alcobaça, dize que estauã pobladas de muchos mil hombres en hileras de la vna, y otra parte del camino con hachas encendidas en las manos, de suerte que hecha vna calle de hombres, y de luzes todo aquel espacio, esperando que passasse la litera rica, que llenaua la difunta. Que la acompañassen muchos mil hombres no auia que espantar; pero que fuessen tantos que poblassen tan dilatado camino, esso es lo que admira. Todos son prodigios del amor, nadie se espante.

Manuel Faria vbi sup. n. 3.

La mayor fineza fue la vltima por coronarlas todas. Antes de sepultar a Doña Ines, mandò, que todos sus vassallos le besassen la mano, como a Reyna suya, auiendo primero declarado en vna junta de Grãdes, q̃ el matrimo-

nio, que con ella contrajo fue legitimo, y presentò por testigos a Don Gil Obispo de la Guardia, y a Esteuan Lobato, su Guardaropa mayor, que con solemnes juramẽtos afirmaron ser assi verdad. Mediante esta declaracion, declarò assimismo, que los hijos auidos en D. Ines, eran legitimos, y capazes para poder suceder en la Corona. Hasta aqui pudo llegar el amor, y la fineza deste Principe: tanta lealtad guardò al cadauer, como a la viua belleza, y tanto la honrò difunta, como la idolatrò viua. Siendo, pues, tan poderoso el amor, que vna dama particular haze que vn Rey la ciña su Corona: que mucho que Abigail, hermosa sobre discreta, arrastre a David de suerte, que la iguale cõ su altura? Si es amor todo lo vence.

EXEMPLO II.

Demos por corona deste assumpto vn exẽplo de aficion el mas notable que se escriue en las historias, y que puede ser dechado, para que los freneticos de amor, saquen por muchos caminos documento, refrenando los lasciuos deseos, quando ciegos a la razõ se arrojã al precipicio, pues no todos hallaran vna muger prudente que les solicite el remedio, ni vn Santo como San Basilio, que les negocie el perdon. Auia vn Senador llamado Pretorio en la region del Oriẽte, juzgò que en la parte de Cesaria (dichosa Diocesis, por tener por Prelado al Grande de los Basilios.) Tenia por alivio de su cãsada edad, sola vna hija, en cuyas virtudes afiançaua no menos que su salvacion, mediante el estado Religioso a que la tenia ofrecida. Siempre procura el demonio poner embaraços a todas las obras de virtud; y assi porque no se lograsse aquel buen proposito, auiuo vna ardorosa llama en el pecho de vno de los criados de la casa, que abrasado en los amores de la doncella, solicitaua declararla sus intentos pero juzgando por imposi-

Autores. En las vidas de los Padres, p. 1. Halo en la vida de S. Basilio. Surio tom. 1. Spec. exemp. tit. Dem. exemp. 16.

si-

sible que se lograsse su amor; viendo la desigualdad que entre los dos auia, pues èl solo era vn criado, y ella hija de quien reuerenciaua señor, quiso valerse de vn nigromantico, ò hechizero, para que remediasse su dolencia, que no reparа en escrupulos quien està del amor loco: por todo atropella, y rompe vn hombre enamorado. Llegò pues, Felisardo (este nombre le daremos, para ir con mas claridad, no obstante su propio nombre) y habló con este hechizero, cuya fama le hazia muy conocido. Significòle, como a medico su achaque, descubrióle su dolor, intimòle lo insufrible de su pena, y ofrecióle gran cantidad de dinero, si con logros de su gusto se atreuia a remediarla. El hechizero, que sieruo de Satanàs no lo auia por humanos intereses, sino por condenar almas, como mirò al mancebo tan rendido a su pasion, tan esclauo de su afecto, le dixo por mas probarle, que no estaua en su mano curarle aquella dolencia, ni èl tenia poder para rendir tan principal doncella al imperio de su gusto; pero que si se atreuia a ir con vna carta suya al demonio su señor, y yendo dispuesto a hazer lo que èl le ordenasse, èl se asseguraua cõ toda certeza conseguiria su deseo, y lograria su amor.

No entiendo que hiziera mas el mismo demonio, hazer estafeta suyo a vn pobre enamorado. Como el demonio mismo se deue huir, y euitar tan mala gente. Mirauase Felisardo tan loco de su aficion (que no ay duda que vn amor desenfrenado saca a vn hombre de juizio) que còmo si le combidàra a fiestas, aceptò el partido, diziendo, romperia por imposibles, y se haria perpetuo esclauo de quien diesse remedio a su dolencia. Entonces el hechizero, metiendole en su retrete, tomò papel, y tinta, y escriuiò al demonio vna carta en esta forma.

(*)

CARTA PARA SATANAS PRINCIPE DE las tinieblas.

Porque es obligacion mia (señor, y dueño mio) solicitar con toda diligencia, que se agregen à vuestro imperio los que se professan por Christianos, apartandolos de su Religion, y careandolos à vuestra voluntad con el dulce cebo de los vicios, para que assi vuestro partido vaya cada dia en aumento, por tanto os remito à este mancebo, abrasado en los amores de la hija del Senador Pretorio principal, y rica, qual sabeis. Yo os suplico hagais desuerte, que consiga su gusto, porque yo logre el que tengo de seruiros, y que se de nueuo mas empeñado à agregaros muchos otros à vuestra compañia.

Dandole esta carta a Felisardo, instruyole en lo que auia de hazer. Dixole que fuesse a media noche a cierto campo, donde auia vn sepulcro de vn gentil, y que desde aquel lugar aclamasse a los demonios, leuantando en el aire aquella carta, que luego saldrian a èl, y leydo que la huuiessen, tendria muy buen despacho. El cabello se espeluza, y tiembian las carnes de solo contar el caso. El coraçon mas valiente se haze al miedo de oir solo la embaxada, y que pueda vn hombre enamorado, no solo oirlo, sino ir a la execucion, correo para el diablo sin compañia ninguna, y entre los horrores de la noche, cosa es q̃ pasma, y admira! O tirania del amor, y quanto ciegas a vn alma!

Partiòse, pues, Felisardo con su carta de fauor, llegò al sepulcro del Pagano, y començò a vozear a todos los ministros de Pluton, de la misma suerte que le instruyò el hechizero. A pocas vezes se le puso delante el Principe Setanàs, acompañado de vn esquadron de demonios, no con formas espantosas, qual soldados, si agradables. Tomòle la carta, y auiẽdola leido, como si ya el maluado no supiesse lo que contenia, mirò con grauedad a Felisardo, y preguntòle: Crees en mi, para que cumpla tu voluntad, y

te haga dueño dichoſo de eſta beldad que te abraſa, de eſſa hermoſura que deſeas? Reſpondiò Feliſardo con mucha cortesia (que ſiempre los eſclauos del amor reſpetan mucho al demonio.) Si mi ſeñor, en vos creo. Replicòle Satanàs: Y dime niegas a tu Chriſto? Si le niego, dixo Feliſardo; a que añadiò el demonio con vna falſa riſa: Muy perfidos, è infieles ſois todos los Chriſtianos, pues ſolo quando me aueis meneſter acudis a mi, y quando aueis logrado vueſtro guſto, y cumplido vueſtro deſeo, luego al punto me negais, y os boluеis a vueſtro Chriſto, y èl como es tan clemente, y tan piadoſo os abſuelue, y os recibe. Cõ muchos me ha ſucedido el caſo, quebrandome la fee que me ofrecieron, y dexandome burlado entre mis penas; y aſsi ſi guſtas que cumpla tu voluntad, ſi quieres que te dè guſto, me has de hazer vna obligacion, eſcrita, y firmada de tu mano, en la qual confieſſes, que niegas a Chriſto, ſu bautiſmo, y Religion Chriſtiana, y que te hazes mi eſclauo, para ſer condenado conmigo el dia del juyzio.

Repareſe en lo mucho que pide el demonio, por lo poco que ſe ofrece: que grauoſas condiciones por vn leue, y torpe guſto. Aun no ſe contenta con que niegue vn Chriſtiano a ſu Criador, ſino que le haze hazer carta de eſclauitud para ſer condenado: y es tan grande la ceguera de el amor, que paſſa por lo grauoſo de eſtos requiſitos, a trueque de lograr vn deſeo. No reparò en nada el deſatinado jouen; tal le tenia la calentura de ſu aficion: ofreciò de cõtado quanto el demonio pedia, dandole vna cedula firmada de ſu mano, de como negaua a Chriſto, y ſe conſtituia por ſieruo del Principe Satanàs. Haſta aqui pudo llegar lo recio de vna paſsion, el frenesi de vn amante, lo fuerte de vn apetito. Negar a Dios, y confeſſar al demonio; locos de atar no lo hazen, vn enamorado ſi, que es mas que loco.

Hecho el trato, y eſcritura, deſpidiò el demonio, a

Felisardo, diziendole que se boluiesse en casa de su señor, y que en breue experimentaria cosas grandes en pro de su voluntad, viendo rendida a su amor aquella fuerte muralla de hermosura. Para esto mandò llamar ante si los espiritus deputados, que son sobre luxuria, y incitan con tentaciones a que se abrasen en ella. Venidos que fueron, dioles ampla comissiõ, para que cõ todo esfuerço, y poderio tẽtassen a la hija de Proterio, abrasandola el coraçõ de amores de Felisardo. No tardaron los ministros en executar sus amorosas llamas, incitandola de suerte a las dilicias de Venus, que por mas que quiso valerosa resistirse, cayò rendida al dulce encuentro de amor. Como Felisardo la mirana atento, y aunque no se declaraua, la dezia cõ los ojos mucho, como la seguia enamorado, y la rondaua galan; a poco que el demonio atizò el fuego, tan abrasada se sintiò de amores, que huuo de arrojar a los labios las llamas que la encendian el pecho. Quitado, pues, el reboço a la verguença, y atropellados los fueros del recato, se llegò a su padre vn dia, arrojose a sus pies, y bañandolos con lagrimas, le dixo con mil sollocos desta suerte.

Ten padre, y señor mio, piedad, y misericordia desta beldad infeliz, que nombras hija, desta hermosura, que engendraste por mi mal. Mueuate lo que me amas, y obliguete lo mucho que me quieres a remediar mi desgracia, ya que mi corta ventura, no me hizo mas dichosa. Has de saber, que el amor de Felisardo (criado nuestro) de tal suerte me guerrea el alma, me atormenta el pecho, que a no ser mi valor tanto, pienso me huuiera precipitado a vn desatino. Quantas diligencias puede hazer vna muger de mi porte en esta rabiosa lid, tantas he hecho; quantos medios se pueden procurar para vencerme, tantos he buscado; quantos consejos se me pueden proponer para disuadirme, tantos me ha dado a mi misma, y nada basta a sossegar mi pena, nada a curar tanto mal, nada a remedian-

diarme, sino es darme por marido a Felisardo. Casame, padre, con èl, por mas que tu pundonor lo contradiga. La desigualdad que ay entre los dos ya la considero, el dolor que ha de causarte ya lo adiuino, lo mal que ha de parecer ya lo lloro: pero sino ay otro remedio a mi dolencia, no es justo que me niegues las puertas de tu gracia. Si me hazes este fauor, te conocerè piadoso padre, si le niegas, me verás presto difunta, y allà el dia de la cuenta te la tomarán de mi.

No puede ponderarse la pena, el sentimiento, el dolor con que el anciano padre quedò al oir estas razones, y como fuera de si començò a llenar la casa destas lastimadas quexas. Ay cãsada vejez! Ay miserable de mi! Y que es lo que ha acontecido a esta infeliz de mi hija? Quien ha sido el desleal, que ha robado mi tesoro? Quien el atreuido, que ha apagado la dulce luz de mis ojos? Que hechizos de amor han bolcado el juyzio a quien era dechado de castidad? Que liuianos pensamiẽtos han assaltado a quien esposa para Dios era todo continencia? Ea, hija, buelue en ti, y no trueques el talamo de vn celestial esposo, a quien estàs ofrecida, por los braços grosseros de vn criado. No me dès mala vejez, afrentando mi nobleza, y desdorando tu fama: destierra essos pensamientos, y abraça el ser Religiosa: mueuante mis ruegos, quando no tu obligacion: hazme este gusto, y no me dès tal pesar.

No estaua ya el amor de la doncella (como dizen) para gracias, para desgracias si estaua, y assi con mayor ahinco boluiò a insistir en su tema, diziendo: Padre mio, no ay que cansarte en amonestaciones, y consejos: porque me tiene tal la calentura de amor, que si te tardas en darme por esposo a quien te pido, me verás ya cadauer a tus ojos. Entre casarme ò matarme, no tienes que buscar medio. Perdona no obedecerte, pues que mi suerte infeliz me arrastra a tan baxo estado. Si lloro ya lo ves;

si lo siento, Dios lo sabe. Diziendo estas razones, soltò la rienda al llanto, y en desenfrenados gritos mouiò a lastima a quantos la mirauan, y lleno de confusion al padre que la via. No sabia el noble viejo a que parte hecharse metido en el laberinto de tamañas confusiones. Casarla lo hallaua afrenta, no casarla lo miraua precipicio. En lo vno sentia el deshonor; en lo otro tenia algun desacierto. Allí lo hallaua todo disgustos, aqui todo desazones. Acõsejose con algunos amigos, y pidioles su parecer sobre el medio que tomaria en materia tan confusa. Dixeronle todos, que era lo mejor que la casasse, porque lo demas auia de ocasionarle alguna mayor afrenta, ò alguna grãde ruina, que vna muger determinada, y mas en lances de amor, arriesgara vida, y honra a trueque de su gusto.

Con harto dolor del alma abraçò Proterio el consejo. Llamò a Felisardo, y diòle parte del dichoso galardõ que sacaua de su casa por auerle seruido. Entregole a su hija por muger, diole toda la hazienda, y dixole a ella al despedirse, Anda infeliz hija, y pues tan miserable suerte te adjudicò tu fortuna, allà te lo ayas cõ ella. El marido que has pedido esse te doy; viuid gustosos, aunque yo muera afrentado. Daseles poco a los que se quieren bien, que sus padres se indignen, cũplan ellos su voluntad, y mas q̃ aya sentimientos. No ay que referir los gozos con q̃ estos dos casados abraçarian el matrimonio, quando esta ya visto lo que les auia costado. Gozaron de sus amores lo que basta al apetito; pero como la pensiõn que cargò sobre tã caducos gustos era tan graue, y horrenda, arrepentido ya de su locura, andaua como assombrado, ni entraua en la Iglesia, ni ossaua confessarse, ni se encomendaua a Dios. De tal suerte se cautiuan los que siruen al demonio, que no quieren disgustarle en aquello que le ofrecen. A pocos lances aduirtieron algunos en la poca deuocion de Felisardo, como nunca le vian ir a la Iglesia, antes viã que huìa de

ella,

ella; juzgaronle por Gétil, qual otros muchos que habitauan la Ciudad. Los que se certificaron mas de la sospecha, fueron con la pesadúbre a su muger, y como lastimados, la dieron en cara con la mala eleccion q̃ auia hecho de marido, pues sobre ser inferior a su calidad, no era Christiano, sino idolatra a lo oculto, y aun casi a lo descubierto.

Sobresaltada la buena señora del auiso, y aduirtiendo tambien, en que nunca le auia visto rezar, ni aun santiguarse con la señal de la Cruz, se le aumentò mas la pena. Començò entre lastimas, y ahogos a hazerse todo al llanto, culpando a su infeliz suerte. Llegò Felisardo a la ocasion, y hallando su idolatrada beldad tan hecha de congojas, y tan deshecha en llanto, casi adiuinando ya su mal de los presentes indicios, preguntòla que tenia? Ella despues de aquellos prologos de sentidos ademanes q̃ haze vna muger discreta, quando se ve mal pagada de su dueño, le refiriò la causa, contandole lo que le auian dicho, de que no era Christiano, ni daua muestras de tal. Satisfizo èl a esto lo mejor que pudo, procurando con alagos, y caricias desenojar a su esposa, que el mejor modo de negociar cõ vna muger, y mas quando es para engañarla, es siempre el alago, y la blandura. Pero ella que picada del rezelo no se assegurana nada, conuino en que se desengañaria, con que el dia siguiente fueran los dos juntos a la Iglesia a oir Missa, y hazer oracion a Dios; donde no, tendria por patraña todas sus escusas. Como se viò cogido Felisardo entre razones, que es mayor aprieto que entre puertas, quiso hazerla sabidora de su atroz delito, para que ni le tuuiesse por General, ni le forçasse a cumplir con obligaciones de Christianos. Con suspiros profundos, y palabras lastimadas, le hizo relacion de toda su historia, contando por menudo los lances y los aprietos a que le reduxeron sus amores, hasta auerse hecho esclauo de Satanas, y tenerle dada escritura de su mano.

Mas

Mas pasmada, y mas confusa quedò la muger oyendo los inauditos modos con que violenta su voluntad se rindiò a los amores de Felisardo; pero reparando prudente, y aduertida, que auia sido su hermosura la causadora de ei daño, pues solo por ella huuo quien negasse a Dios, y se ofreciesse al demonio, vió que le corrian obligaciones de buscar el remedio para quien se auia arrojado a tanto por ser su marido. Era oraculo de aquella Prouincia, como lo fue del mundo, S. Basilio el Grande, y como a su gran doctrina, a su mucho saber, a su mucha santidad acudian desalados todos los menesterosos, sin que huuiesse nadie a quien no remediasse achaques, y dolencias, fuesse esta señora a sus pies, y bañada en llanto le refirió el sucesso, pidiendole con ruegos, y suspiros, remedio en lance tã fuerte. El Santo auiendola oido, hizo que le llamasse a Felisardo: traxole a su presencia, y examinòle de nueuo, en si era verdad lo que su muger le auia referido; èl le respondiò que si, con harto dolor, y pena. Tomòle S. Basilio de la mano, y llegandole a su celda, le preguntò con brio: Ea hijo Felisardo, quieres boluerte a Dios, y tornar a su gracia? Si Padre (respondiò el moço) de muy buena voluntad abraçara esse partido, pero no puedo, ni me hallo dueño de mi, porque me ofreci por sieruo al demonio, y negué a Christo, y hize escritura de mi mano de no faltar a lo pactado, entreguesela imprudente, es fuerça que la presente cõtra mi, no puedo negar que es mia, como pues pedirè misericordia? En (replicò Basilio) no ay que desconfiar, que la clemencia de Dios es infinita: que se arrepienta el pecador es lo que quiere, q̃ el perdonarle, por mas culpas q̃ tenga, es gusto del mismo Dios, y assi no ay q̃ hazer cuidado de negaciones, y escritos, con q̃ el arrepentimiento sea nacido del alma: aya verdadero dolor, que èl tẽdrà misericordia.

Con estas, y otras palabras saludables, animò el glorioso Santo al desconsolado jouen. Encerròle en vna̅ celda

da por espacio de tres dias, auiendole primero sellado en la frente con la señal de la Cruz que para entrar en batalla de tan horrendo enemigo, importa el ir armado con armas de Christiano. Visitole el Santo passados los tres dias, y preguntole con amor, y cõblandura del modo que se hallaua? Padre, y señor mio (respondiò Felisardo) en grande aprieto estoy, que lo en muy gran desconfiança me tiene el temor, y miedo: casi no puedo sufrir las vozerias, los clamores, las amenaças, y los estruendos que hazẽ los demonios: los quales con mi escritura en las manos me motejan, y me dizen: *Tu te veniste à nosotros, y no nosotros à ti.* Pasmame escuchar esta verdad: cõfundeme mi delito atierrame mi maldad. No temas hijo (le replico el gran Basilio) no te amedrẽtes, ni espante toda essa estratagema diabolica, sino cree en Dios muy firmemente, y confia en su clemencia tu victoria. Dexandole algun sustento, y bolviendo a signarle con la señal de la Cruz, se le dexò encerrado por algunos dias, rogando por èl a Dios cõ mucho esfuerço. Visitole segunda vez, y preguntòle del modo q̃ le iba? A q̃ respondio Felisardo, q̃ ya oìa mas lexos los clamores, y vozes de sus enemigos; pero que no los veìa por mas q̃ le amenaçauan, cõ lo qual sentia mucho consuelo.

Boluio a animarle el Santo, y dandole que comiesse, boluio a dexarle encerrado hasta los quarenta dias, socorriendole de afuera con plegarias, y oraciones, que para vn delito atroz, para vna culpa graue, qual la deste penitente, son necessarias apretadas diligencias, mortificaciones, ayunos, limosnas, ruegos, assi de parte del reo, como de parte del Padre espiritual que le confiessa: sudores son menester de vnos, y otros, y plegue a Dios q̃ basten. Llegado, pues, el dia vltimo de la Quarentena, visitò S. Basilio a su penitente, y dixole: que ay? Como te esfuerças? Como te và de ayuno? Como te và de pelea? Entonces Felisardo gozoso, y placentero, le respondiò de

otra

esta fuerte: Bien me hallo, Santo de Dios, bien me và, mediante los fauores, y mercedes que me hazes. Oy te vien vision pelear por mi contra el demonio, y le dexaste vencido.

Mandò conuocar el Santo el Clero, los Religiosos, y todo el pueblo, amonestandoles a todos con palabras graues, y lastimosas, que rogassen a Dios por aquel hombre. La nouedad del caso, y el fin de ver el sucesso alboroto la Ciudad de tal manera, que apenas quedò persona que no se hallasse al concurso. En forma de procesion les ordenò Basilio guiassen a la Iglesia, lleuando èl asido de la mano à Felisardo, que cõ la verguença, y dolor que iria a vista de vn pueblo, y ya publica la causa de su maldad, no ay aduertirlo, quãdo ello se và diziendo. Que caro cuesta vn amor, quando và desordenado! Que acedias trae vn gusto! Que penãones vn leue entretenimiento! Saliò al encuentro Satanàs, aunque inuisible, acompañado de vn exercito copioso de demonios, y asiendo fuertemente de Felisardo, procuraua con todo su poder desasirle de la mano de Basilio. El entonces asustado, y congojoso, començò a dezir a vozes: *Santo de Dios, ayudadme, valeame, no me dexeis.* Era tan grande la instancia del demonio, q̃ arrastrando a Felisardo, tiraua tãbien con èl al gran Basilio, el qual cõ imperiosas palabras le dixo: *No te basta, maluado, tu perdicion, sino q̃ quieras tentar las hechuras de mi Dios?* Respõdiò el demonio, en forma que lo oyeron muchos de los circunstantes: *O Basilio, mira q̃ me perjudicas mi derecho.*

Terror, y pasmo embargò los animos de todos, y a grito herido començaron a dezir: *Kyrie eleison, Señor, aued piedad de nosotros.* San Basilio dixo al demonio: *El Señor te reprehenda.* Y èl le respondio: *Basilio, tu me perjudicas, y me hazes notorio agrauio, que yo no busquè à este hombre, èl fue quien me buscò à mi; èl fue quien negò à su Christo, y à su Dios, y se hizo esclauo mio. Vès aqui la cedu-*

la

la firmada de su mano, que yo tengo en la mia por prueba de mi derecho. El Santo le replicò: *No hemos de cessar de hazer plegarias à Dios, hasta q̃ hueluas essa cedula.* Pusose en oracion postrado de rodillas, y todo el pueblo con el, con los suspiros, lagrimas, y lamentos que pedia la ocasion. leuantò al cielo las manos, y avista de todos se viò venir por el aire la cedula, y ponerse en las manos de Basilio. Tomòla el Santo, y dixole a Felisardo: Ea hijo mio, conoces estas letras? Hizisteis estos renglones? Es tuya aquesta firma? Si padre, y señor mio (respòdiò Felisardo) yo loco de vn torpe amor escriui estos desatinos. Pues yo los rõpo en tu nombre (dixo el Santo) para que quitado este embaraço, puedas entrar en la Iglesia sin temor ninguno. Rompiò entonces el papel; entrole dentro del Templo, y dieron al hazedor diuino sumas alabanças: diole a Felisardo grãdes documentos, y entregòle a su muger con las mejoras q̃ va de sieruo de Dios a esclauo de Satanàs. Escarmiente todo fiel en no dar rienda al deseo, quando le tire alguna beldad: no se arroje a la hermosura precipitado, y ciego, que se hallarà en vn abismo de confusiones, y penas, quãdo se mire mas triunfante del deleyte. Repasse por este exẽplo lo que cuesta vna maldad, vna locura, vn arrojo, vn desatino, que harto freno podrà ser para euitar desaciertos.

Con esto, lector piadoso, recojo las velas a mi assumpto, por ver, que para vn volumen ay suficiente materia en los exemplos, y historias referidas. Combido a segunda parte, donde en campo mas espacioso se acabàran de cõtar tragedias, y fracasos de vn paciente, que adornados cõ similes de otras historias, podràn seruir de consuelo a mal aforrunados, que aunque persecuciones de Dauid bastan a enseñar a ser sufridos, es consuelo tambien saber los que le imitaron.

LAVS DEO.

TABLA DE LAS COSAS MAS notables que contiene este libro.

A

Abiatar lleua las nueuas a Dauid de la muerte de los Sacerdotes fol.261.

Abidis Rey de España, le crian las fieras,168,

Abigail, su hermosura, y discrecion,382. Aplaca a los enojos de Dauid,383 En adelante, Queda viuda de Nabal, y casase con Dauid,393 &c.

Aficion, y lo que puede,4 4.

Agathocles alfarero viene a ser Rey de Sicilia,185.

Alexandre de Medices, muerto a traicion, 328.&c. Historia notable.

Almenon Rey Moro de Toledo, ampara al Rey Don Alonso el Sexto.208.&c.

Don Alonso el Casto, castiga rigurosamẽte el excesso del Conde de Saldaña,52. Nombra por su successor a Carlo Magno,53. Arrepientese dello,54. Tiene gran teson en no perdonar al Conde, 57. Deshereda a Bernardo del Carpio de la Corona,ibid.

Don Alonso Carrillo Arçobispo de Toledo varon señalado,103, Ofrece la Corona de Castilla a la Infanta Doña Isabel,ibid. Alienta que se case con el Principe Don Fernando de Aragon, 104, Muda de parecer, y da en que entender a los Reyes Catolicos,110.

Don Alonso Rey de Aragon el Batallador, y su desgraciada muerte,148.

Don Alonso el Sexto de Castilla, sus trabajos, destierros, y persecuciones,203.en adelante.

Don Alonso el Quinto de Aragõ, adoptado por la Reyna Iuana de Napoles, y coronado por Rey,442. Reuoca la adopcion, y cuesta grandes debates, 445.en adelante

Alvar Nuñez de Herrera, su lealtad notable,81.

Ami.

Amistad estrecha entre Dauid, y Ionatas, 114.
Amigos, se conocen en las aduersidades, mira dos raros exemplos, 124. y 132.
Angeles, hazen exequias al Rey Hermenegildo, 202.
Arcediano, q̃ vino de Roma a notificar vnas letras al Rey D. Pedro el Cruel, y la traça que tomò para ello, 271.
Argentina, dama Francesa, desleal a su marido, y castigada, 416.
Rey Andres, ahorcado por la Reyna Iuana de Napoles, 436.

B.

S. Basilio el Magno libra de la esclauitud del demonio a vn enamorado, 466. &c. Es caso prodigioso.
Beltran Claquin quiebra la palabra al Rey Don Pedro, 275. &c.
Bernardo del Carpio, su criança, y hazañas, 51. &c. Vence à Carlo Magno en Ronces Valles, 55. Habla al Rey sutio con enojo, 56. Sufre valeroso los rebeses de la fortuna, y muere tierras estrañas, 57.
Bernardo de Cabrera, priuado del Rey de Aragon, sirue leal, y desinteressado, 59. Hazenle Almirante de Aragõ, ibid. Por mirar por la paz del Reyno cae en desgracia, 63. Huye a Nauarra, 64. Prendenle, y hazenle degollar en Zaragoza, ibi.

C.

Santa Casilda, hija del Rey Moro de Toledo, su historia, 213.
Carlo Magno, vencido en Ronces Valles, 53. Muere de pesadumbre, ibi.
Carlos, Duque de Durazo, prẽde a la Reyna Iuana de Napoles, y haze colgarla, 440.
Chismosos, y chismes pueden mucho en los Palacios, 18.
Cartas falsas contra Don Rui Lopez Daualos, 67. Castigan al Rial. [illegible]

Carta del Rey Leuvigildo,194. Otra del Rey Hermenegil
do,196.
Carta de la Infanta Doña Vrraca al Rey Don Alonso su
hermano,225.
Carta de vn hechizero a Sataná̀s,408.
Christo haze mercedes a quien perdona enemigos,368.
Crucifixo haze cortesia inclinando la cabeça a quien per
dona enemigos,373. Es exemplo notable,
Cisma en la Iglesia con dos Pontifices a vn tiempo, 438.
Claudio Duque de Lusitania libre de la traicion,311.
Condes de Castilla,como se libran del reconocimiento a
los Reyes de Leon,193.
Doña Cõstança,muger del Infante Don Pedro de Portu-
gal,y sus zelos de Doña Ines de Castro, 155. &c.
Corona,nunca se heredaua en tiempo de los Godos,mira
en la introducion,3.
D.
Dauid,su origen,sus gracias, y valentias,cap.1.fol.5.&c.
Vngenle por Rey,8.Compone el Psalm.26. fol.11. Cu-
ra con su musica a Saul,cap.2.fol.17.Buelue a Belen,18.
Mata al Gigante,c.3.f.28. Su priuãça,c.4.f.30.Su amis-
tad con Ionatas,31.Compone el Psalm.143.fol.32.Enai
morase deMichol,39.Casase con ella,42.Cae de la pri-
uança,cap.5.fol.43.Buelue a ella,46.Vence a los Filis-
teos,47.Huyese a Ramata,50.Cuenta a Ionatas sus cui-
tas,y ausentase de la Corte,ca.7.fol.114.Visita a Achi-
melech,y come del pan sagrado, cap.8.f.136.&c.Am-
parase del Rey Achis,141.Fingese loco,y huye,152.Va-
se a la cueua de Odolla,y hazenle su Capitan los fora-
gidos,cap.9.fol.158.Amparase del Rey de Moab,163.
Buelvese al monte Areth,165. Dãle nueuas de las muer
tes de sus padres, y de los Sacerdotes,cap.10.fol.260.
&c.Compone el Psalm.51.fol.267. Huye de Zeilan al
monte Zyph, cap 11.f.292.Passa al desierto Maon,296.
Librase de vn brauo aprieto,297. Compone los Psal-

mos,53.y54.fol.109 Su clemẽcia cõ Saul,fol,356.&c.
Compone el Psal,56.f.362. Vase al desierto Pharã,375.
Compone el Psal.16.fol.375. Embia vna embaxada a Nabal,479 Compone el Psal.125. f.384. Va a castigar a Nabal,388. Al encuentro de Abigail mitiga todo el enojo,390.&c. Casase con ella,392.
Descortesia irrita al mas sufrido,387.
Dichos grandes de Sertorio,181.182.y 184.
D.Diego Ordoñez de Lara reta a los de Zamora,224.
D.Dionis Rey de Portugal casa con Santa Isabel Infanta de Aragon 397.Sus zelos.401.&c.
Doech,su nacion,y oficio,7.Su embidia de Dauid,8. Sus trazas para matarle,14. Quita las vidas a los Sacerdotes 263.
E.
Embidia de Saul contra Dauid es causa de aborrecerle,34.
Eridas de embidia mal se disimulan,35.
Embidioso es mas que demonio.36.
Enemigos,quien los perdona alcança de Dios mercedes, 366.hasta 374.
D.Enrique el enfermo vsa de vna traza memorable para hazerse temer,y respetar de los Grandes de Castilla,c. 5.fol.67.en adelante.
Infante D.Enrique mata al Rey D.Pedro su hermano,277
D.Enrique el impotente,sus aduersidades,è infortunios, 447.&c.
Vn entredicho tiene gran ventaja,que aunque cae sabe leuantarse,280.
Entredicho en Aragon,y descomulgado el Rey,y porque, 281.
S.Ermenegildo,su historia,y martirio,189.en adelante,
Exemplos de Priuados,que aunque fieles corrieron fortuna aduersa,51.&c.
Exemplos de mugeres valerosas,86.&c.
Exemplos de los amigos,y en que se conocen,124.&c.

Exemplos del reſpeto que ſe deue a los Tẽplos, 144.&c.
Exemplos de Principes, y Capitanes de humilde nacimẽto, 166.
Exemplos de Principes perſeguidos, 189.&c.
Exemplos de los triſtes fines q̃ acarrea poner manos en los Sacerdotes. 269, Ojo al tercer exemplo que es notable.
Exemplos de traiciones, y traidores. 307.&c.
Exemplos de perdonar enemigos, 366.&c.
Exemplos de mugeres prudentes, 396.&c.
Exemplos de mugeres poco atentas, y la afrenta que cauſan, 414.&c.
Exemplos de la aficion, y de lo mucho que puede, 454.&c.

F.

Falſo teſtimonio contra Santa Iſabel Reyna de Portugal, y ſu caſtigo, 406.&c.
Don Felipe el Quarto Rey de las Eſpañas, alabado de prudente, y piadoſo, 305. y 314.
Fernan Gonçalez preſo en Nauarra a traicion, 90. Librale la Infanta D. Sancha, Ibid. Prendele el Rey de Leon, 93 Disfrazale la Condeſa con ſus veſtidos, y ſacale de la carcel, 95.
D. Fernando Principe de Aragon viene disfrazado a Caſtilla, y caſaſe con la Infanta D. Iſabel, 105.
D. Fernãdo el Magno diuide ſus Reinos entre ſus hijos, 303
Fernan Antolinez, mientras oye Miſſa pelea por el vn Angel, 315.

G.

Garci Aluarez de Toledo, Progenitor de los Duques de Alua, y Condes de Oropeſa, va por guarda mayor de el Infante D. Enrique al Caſtillo de Mora, 67.
D. Garcia Rey de Galicia, ſus trabajos, y priſion 130. &c.
Garci Fernandez Conde de Caſtilla ſabe caſtigar la afrenta, 414.&c.
Gonçalo Bullos, ſu priſion, y tragedia, 318 &c.
Goſuinda Reyna Goda Arriana, 102. Su traicion contra el Rey Recaredo, 309.

H.
Hablar mal irrita à vn Santo, 387.
Hechizero el mal que causa, 467. &c.
Hellin, villa del Reyno de Murcia, ha sido siempre la primera que se ha entregado a la proteccion Real, 70.
Honra, y amor arriesgan à peligros, 38.
Huesca la de Andaluzia, fue Vniuersidad fundada por Sertorio, 178.
Humilde, donde la embidia piensa hazerle daño, suele engrandecerle, 15.
I.
Infantes de Lara muertos à traicion, 315. &c.
Infieles, es muy peligroso viuir entre ellos, y mas gente de pocas obligaciones, 164. y 165.
Ingundis hija del Rey de Lorena, y muger de S. Ermenegildo, gran Catolica, 190. &c. Maltratada de su abuela, 191. Persuade à Ermenegildo que sea Catolico, 192.
Ingratos, mayor castigo dexarlos viuos, q̃ matarlos, 304.
Isai, ò Iesè, padre de Dauid, su solar, y nobleza, 5. Vè vngir por Rey a su hijo, 8. Embiale a los Reales, 23. Huye con su casa al desierto de Odolla, 159. Matanle en Moab, 165.
D. Iaime Rey de Aragon haze cortar la lengua al Obispo de Girona, 280. Es absuelto de las censuras publicamente, 281.
Iaques de Borbon casa cõ la Reyna Iuana de Nàpoles, 441
Por no poder sufrir su deshonra se mete Frayle, 442.
Ionatas intimo amigo de Dauid, le viste sus armas, 31. Cuẽtale los desinios de su padre, y le consuela, 44. Conuence al Rey, para que no mate a Dauid, 46. Aconsejale a Dauid que se ausente, 118. &c. Visitale en el monte Ziph, 292.
Iuan Garcia, Secretario de D. Ruy Lopez Davalos cõfiesa su traicion, y paga con la vida, 80. y 81.
S. Iuan de los Reyes, fundacion por voto de los Reyes Catolicos, 109.

D.Iuan el Primero de Castilla queda vencido en Aljubarrota,160.Muere corriendo vn cauallo,161.
D.Iuan Maestre de Auis se haze Rey de Portugal, y gana la memorable vitoria de Aljubarrota,154.y 155.
Iuan Caraciolo Senescal de Napoles,valido de la Reyna Iuana,443.Matanle a sus ojos,446.
Iusna Reyna de Napoles,sus bizarrias,ymu te,434.&c.
Iuana segunda Reyna de Napoles, sigue los passos de la primera,441.
Iuana Reyna de Castilla, su poco recato los males que ocasiona,446 &c.
Iudas muno por mejor matarse,que viuir a vista de su ingratitud,306.
Iuez sacrilego quan tremendamente le castiga Dios,282. &c.Es caso portentoso.
Iumilla villa del Reyno de Murcia,raya de Castilla,y Aragon,61.

L.

Doña Lambra muger vengatiua,316.&c.
S.Lazaro se aparece al Rey don Sancho Capelo,233.
Lealtad de España a sus Reyes la mayor del Orbe,y quan antigua,54.
Lealtad memorable del Alcayde de Coimbra,237.&c.
S.Leandro Arçobispo de Seuilla reduce à la Fè Catolica al Rey Ermenegildo,181.
Leuvigildo Godo persigue a su hijo Ermenegildo por ser Catolico,y hazele matar,194.hasta 202.
Lorenço de Medices mata a traicion al Duque de Florencia,y su castigo,339.&c.

M.

Madre valerosa en perdonar injurias,371.
Marquesado de Villena se vne a la Corona de Castilla, y porque,70.Buelueselo a desmembrar para el Infante de Aragon,76.
Martes duda de quando,y porque se llama dia aziago,282.

Mausona Arçobispo de Merida, le libra el Cielo de traidores, 307. &c.
Michol hija de Saul, su gracia, y hermosura, 39. Casase con Dauid, 42. Consuelale en sus fatigas, 58. Librale de la muerte, 50. Su astucia con los Ministros, 84. en adelãte.
Missa, lo que vale al que la oye, 405. &c. y 415.
Mudarra Gonçalez, su nacimiento, y vengança de sus hermanos, 308. hasta 324.
Mugeres valerosas, y discretas valẽ mucho a sus maridos, 49. Mira exemplos de mugeres valerosas, 88. &c.
Mugeres prudentes, 396. &c.
Mugeres poco atentas, y la afrenta que causan, 415. &c.

N.

Nabal Carmelo necio, y descortes, 80. Su muerte, 392.
Nobè Ciudad de los Sacerdotes, passada a cuchillo, 282.
Nobleza que se adquiere con propia virtud, y fuerças, la mejor Nobleza. En la introducion, 1. &c.

O.

Obispo de Girona le cortan la lengua, 278. &c.
Obispo de Zamora ahorcado en su Palacio, 284. &c.
Doña Oña Condesa de Castilla se enamora de vn Moro, y su fiu, 325. &c.

P.

D. Pedro Tenorio Arçobispo de Toledo, varon esclarecido, 69. y 154,
D. Pedro Giron Maestre de Calatraua, tratado de casar con la Infanta Doña Isabel, 101.
D. Pedro el cruel, sus crueldades, y desgraciada muerte, 386. &c.
D. Pedro Infante de Portugal, y a sus amores grandes con Doñe Ines de Castro, 454. &c.
Pérançules muy leal al Rey Don Alonso el Sexto, y compañero fiel en sus trabajos, 211. y 224. &c.
Pompeyo viene a España contra Sertorio, 180. Queda vẽcido junto al Rio Xucar, 182. Venga la muerte de Sertorio, 185.

Piedras de San Isidro de Leon, llora la muerte del Rey D. Alonso el Sexto, 228.
Principes perseguidos, 189. en adelante.
Priuados, que aunque fieles, corrieron fortuna a huerfa, 51 &c.
R.
Razonamiento graue de Ruy Lopez Daualos al Infante D. Fernando, 71. &c.
Razonamiento discreto de la Reyna Doña Isabel al Rey Catolico, 108.
Razonamiento de Dauid a sus soldados, 161.
Razonamiento de Dauid a Saul, 360.
Razonamiento de Abigail a Dauid, 389.
Recaredo Principe Arriano, y despues grã Catolico, 190. Su prudencia en castigar traidores, 107. &c.
Roldan Conde de Bretaña, muere en Ronces Valles, 55.
Ruy Lopez Daualos, su priuança, su caida, y trabajos, 65.
Ruy Velazquez, su traicion, y castigo, 316.
S.
Samuel vnge a Dauid por Rey, 8. Su muerte, 374.
D. Sancho Ramirez de Aragon Principe esclarecido, sus hazañas 144. &c. Muere desgraciadamente, 148.
D. Sancho Rey de Castilla, matanle a traicion sobre Zamora, 213.
D. Sancho Capelo Rey de Portugal, despojado de su Reyno, 243. &c.
D. Sancho Garcia Cõde de Castilla, haze que beba su madre la ponçoña con que queria matarle, 328.
D. Sancha Cõdesa de Castilla, su valor, y astucia en librar a su marido, 88. hasta 100.
Sacerdotes que haze matar Saul, 264.
Saul atormentado del demonio siente aliuio con la musica de Dauid, 16. Sale contra los Filisteos, 20. Da licẽcia a Dauid para el desafio cõtra el Gigante, 29. Haze mercedes a Dauid, 31. Embidia sus alabanças, 34. Traza de

ma-

matarle,19.Casale con Michol, 42.Buelue a su enojo, 43.Embia a prender a Dauid,48.Haze matar los Sacerdotes de Nobè,264.Confiessa su sinrazon de perseguir a Dauid,316.
Sertorio,sus principios,hazañas,y muerte a traicion,176.
Seueriano Duque de Cartagena,y sus hijos Santos,189.
Suna Arçobispo de Merida,Arriano,y su castigo,308.&c.
Traicion contra Viriato,172.
Traicion contra Sertorio,184.
Traicion contra el Rey Don Pedro,275.
Traiciones,y traidores,309.&c.
Trabajos,se consuelan contra trabajos.Prologo.
Templos,deuen ser muy respetados,y acabã mal los que quebrantan sus fueros,144.&c.
Doña Teresa Reyna de Leon,sus trazas para hazer matar al Conde Fernan Gonçalez,88.y 92.
V.
Vellido Dolfos mata a traicion al Rey Don Sancho,221.
Viriato Portuguès,sus hazañas,y desgraciada muerte, 167.&c.
Virtud,y valentia hazen de gente humilde grandes hombres,167.y 176.y 185.
Vrbano VI.persigue a la Reyna Ioana de Napoles,438.
D.Vrraca Reyna de Castilla muere de repente,152.
D.Vrraca Infanta de Castilla,y señora de Zamora,203.Fauorece en sus trabajos a su hermano D.Alõso,206.&c.
Y.
Doña Ines de Castro,su hermosura,mucha lealtad,y lastimosa muerte,455.&c.
D.Isabel Reyna de Castilla,sus virtudes,y hazañas, 100.
D.Isabel Reyna de Portugal,su santidad,y virtudes,396. &c.
Z.
Zaida hija de vn Rey Moro de Seuilla se buelue Christiana,127.Y se casa con el Rey Don Alonso,140.

FIN.